

Serie
Testimonios

Relato Minero

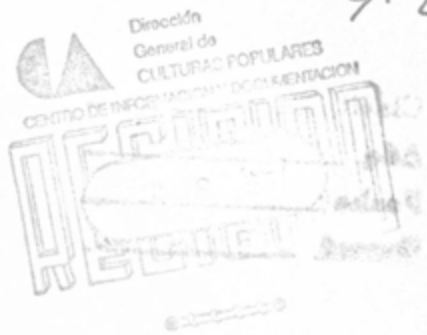


Comisión de Fomento Minero

Museo Nacional de Culturas Populares
Dirección General de Culturas Populares

SEP

(5537)
9.2



Clasif. _____

Adq. _____

Fecha _____

Exempl. _____



BIBLIOTECA
CENTRO DE INFORMACION
Y DOCUMENTACION

Dirección General de Culturas Populares

Serie
Testimonios

Relato Minero



Comisión de Fomento Minero

Museo Nacional de Culturas Populares

Dirección General de Culturas Populares

SEP

Secretaría de Educación Pública
Miguel González Avelar, secretario

Subsecretaría de Cultura
Martín Reyes Vayssade, subsecretario

Dirección General de Culturas Populares
Marta Turok, directora

Museo Nacional de Culturas Populares
Lourdes Arizpe, directora
Ma. Esther Echeverría, subdirectora

Comisión de Fomento Minero
Luis de Pablo, director

Coordinación de investigación: Ariel García, Miguel Angel
Gómez y Ana Hortensia Castro

Coordinación de difusión: Blanca Levy, Marina
Stavenhagen y Laura Sánchez

Coordinación de edición: Begoña Sánchez Venero

Edición: Lorena Vázquez y Ma. Elvira Rodríguez

Diseño de portada: Adriana Cárdenas

Fotografía: Alberto Zaragoza. Charcas, San Luis Potosí,
1955.

Apoyo secretarial: Ma. de los Angeles Aquino

© 1988. Museo Nacional de Culturas Populares
Hidalgo 289, Coyoacán
04100 México, D.F.
ISBN 968-29-1726-3

Derechos reservados a la ley
Impreso y hecho en México



BIBLIOTECA
CENTRO DE INFORMACION
Y DOCUMENTACION

Dirección General de Culturas Populares

INDICE

Prólogo	7
Presentación	9
Anécdotas históricas de los mineros de Nueva Rosita y Cloete	11
<i>Abdenago Frausto García</i>	
Miguel, el chiflonero	65
<i>Ramón Santamaría López</i>	
Autobiografía	97
<i>Juan Carrillo Hernández</i>	
La mina del Rincón	133
<i>Rebeca Santín de Cuéllar</i>	
Brillo en el túnel	153
<i>Herminio Corral Becerra</i>	
Mi experiencia como minero en Guanajuato	173
<i>José de Jesús Hernández</i>	
Me acuerdo... ..	179
<i>Miguel Angel Orantes Miranda</i>	
El gas grisú	189
<i>José Encarnación Jaime Sánchez</i>	
La aparición	239
<i>Jorge Obregón Espinoza</i>	

Autobiografía y crónica de la huelga de Nueva Rosita	245
<i>Manuel Santos Montemayor</i>	
La riqueza de mi provincia	293
<i>Alfredo González Reyes</i>	
Polvo negro	325
<i>Serapio Garza Bermea</i>	
Aquel 22 de abril	335
<i>Arturo González González</i>	
Naica. Historia de un mineral tarahumara	375
<i>Arturo Aldaco Herrera</i>	
A mi padre	399
<i>Rafael Ramírez</i>	
Glosario	401

Prólogo

En todas las etapas de la historia de México, la minería ha estado presente como actividad económica que le imprime una huella característica a la vida social de pueblos y regiones del país. Es por ello insoslayable hacer referencia a la muy reconocida tradición minera mexicana y al valor documental de dar voz a sus protagonistas. Los pueblos mineros, unos por su aislamiento geográfico, otros por su antigüedad, unos más por sus súbitas e inesperadas —a pesar de largamente buscadas— bonanzas, son germen y objeto natural de anécdotas e historias que se han ido repitiendo y depurando.

Esta visión, plena de ideales, si bien tiene un sustento real y válido, aborda una de las varias dimensiones a las que este material nos permite acceso. El trabajo minero es duro, exige destreza y condición física excepcionales; sus resultados son inciertos y, muchas veces, ingratos.

“El buen minero ha de ser todo espíritu”, decía José de la Borda, y así lo muestran los testimonios publicados en este libro. Hemos podido ser testigos del tesón, del espíritu de búsqueda, del empeño en el trabajo de los mineros mexicanos, cualidades que se han beneficiado de la atmósfera de colaboración que priva ahora entre quienes intervienen en esta actividad.

Más allá de reconocer el papel del relato minero como expresión de una tradición cultural muy rica, quizás la primera reacción ante la serie de narraciones que componen este libro es la de asomarse a un mundo aparte, con una lógica interna propia, para después mostrarse como caja de resonancia de la vida nacional.

De ahí, en mi opinión, la importancia del esfuerzo del Museo Nacional de Culturas Populares por difundir, más allá de quienes por una razón u otra tenemos que ver con la minería, este aspecto de nuestra cultura nacional. Para la Comisión de Fomento Minero ha sido muy grato poder sumarse a esta labor.

En estos testimonios se recogen historias y anécdotas —muchas de ellas de primera mano— que reflejan valores y una forma de vida característica; una relación inmediata y compleja con la naturaleza, técnica y a la vez mágica, que puede determinar el éxito o fracaso de largos trabajos; una creciente especialización en el trabajo donde el éxito y la seguridad individual dependen de la efectividad de un equipo.

El relato es aquí elemento unificador, oportunidad de disfrutar el placer de contar y de oír; es factor que distingue, vehículo de identificación gremial y expresión política; es, a fin de cuentas, reflexión de un grupo sobre su identidad.

Luis de Pablo
Comisión de Fomento Minero

Presentación

El Museo Nacional de Culturas Populares es un foro dedicado a dar a conocer las expresiones culturales de los sectores populares de la sociedad mexicana. Propósito coherente con este proyecto es el proporcionar espacios a los testimonios de hombres y mujeres que, siendo aun protagonistas importantes de nuestra historia, han sido poco escuchados.

En esta ocasión, son los mineros quienes nos acercan a su mundo con sus relatos, y rescatan para nuestra conciencia aquellos hechos no consignados por la historia. Se trata de testimonios de ideas, sensaciones y actitudes delineados por las particularidades que el trabajo y la propia mina les han imprimido.

La mina, intrincada red de túneles y cruceros, tiros y contratiros, es el lugar en donde la relación de espacio y tiempo cobra otra dimensión: oscuridad en la que se diluyen el día y la noche; laberinto donde "el alto" y "el bajo" son los puntos de referencia comunes y obligados.

Recipiente original de la riqueza, proveedora de sustento, la mina a decir de los mineros, es como una mujer bella que "lo atrae a uno, lo engríe a tal grado que después no quiere uno dejarla". Pero así como crea fascinación, la mina es también traicionera, "puede cobrarse en cualquier momento" y el precio que pagan por escarbar en las entrañas de la tierra es alto, a veces trágico; los accidentes son siempre referencia que mide el tiempo en las poblaciones mineras: el minero cuenta su vida guiado por el inevitable recuerdo de aquellos que murieron en la obscuridad.

El riesgo y el peligro, aunados a la fatiga y la tensión

del trabajo en la mina, son una constante para el minero. Su vida pende de un hilo, "tenemos la vida prestada", reiteran.

La idea de la muerte que han configurado en esa relación, constituye uno de los rasgos más exaltados de la identidad minera. Compartir tiempo y peligro crea un sentido de unidad y solidaridad muy profundo entre ellos, espíritu manifiesto en la larga e intensa tradición de lucha que mantienen.

Los "tumultos" del siglo XVIII, la huelga de Cananea en 1906, las grandes caravanas de 1936 y 1951, la huelga general de 1944 y los "desnudos" de Pachuca en 1985 dan cuenta de su conciencia colectiva y marcan deslindes en la historia nacional.

Agradecemos a todas las personas que respondieron con sus relatos al llamado del Museo Nacional de Culturas Populares. Sin ellos nuestra historia sería una historia fragmentada: al legarnos sus memorias dan resonancia a las voces que la tierra sepultó.

Nuestro agradecimiento también a la Comisión de Fomento Minero por su apoyo para la publicación de esta obra.

Museo Nacional de Culturas Populares

Anécdotas históricas de los mineros de Nueva Rosita y Cloete

Abdenago Frausto García

En México desde la época de la Colonia, el campesino y el obrero minero han sido siempre los seres más despreciados, explotados y escarnecidos por los caciques de horca y cuchillo, por los opresores y verdugos. Después de arrebatárles sus tierras y reducirlos a irredentes ilotas, los conquistadores los hacían trabajar en forma inhumana, ruin y miserable, peor que a bestias de carga, en las haciendas agrícolas para el encomendero español. En las minas perniciosas e insalubres, el triste minero era tratado peor que esclavo por el insolente y soberbio extranjero gringo, que lo obligaba a trabajar en tareas agotadoras y peligrosas.

Las ricas minas de oro y plata de Real del Monte en Pachuca, las de Guanajuato, las de Zacatecas y las de El Oro y Angangueo en Michoacán, dan cuenta en sus viejos registros de miles de indefensas vidas humanas segadas por la intransigencia y el insaciable apetito de riqueza. La desenfrenada furia del rico y ambicioso criollo, amasó pingües fortunas con la sangre y el sudor del mísero y desamparado minero y con el amargo sufrimiento de su familia; fortunas que engrosaban las arcas de los bancos extranjeros y los bolsillos de los frondosos magnates, dejando en las ricas minas de ayer sólo socavones, orfandad, miseria y llanto.

Se levanta un Hidalgo, un Morelos, un Guerrero, dando muerte a una esclavitud de tres centurias y más tarde el indio zapoteca de Guelatao junto con una pléyade de patriotas republicanos nos legan la Constitución de 1857. Pero una tráfuga del movimiento reformista, falaz y ambicioso de poder, por medio de gongalesco cuartelazo se entroniza en el po-

der encastillándose en una vieja dictadura, protegiendo al capitalismo extranjero y dando muerte asfixiante a los escuálidos derechos del campesino y del obrero. Los gritos de rebeldía de un Flores Magón, un Madero y un Carranza, seguidos de turbas sedientas de venganza, acaban con aquella odiosa dictadura. Los campesinos dejando el surco y la manquera del arado, los mineros haciendo a un lado la pica y la pulceta en el oscuro fondo de la mina, el obrero y el artesano dejando el compás y el martillo, haciendo causa común en su lucha de clases se lanzan como fuerza huracanada contra los opresores que por más de treinta años habían conculcado sus derechos.

Al estallar la Revolución en 1910, pronunciada por don Francisco I. Madero al grito de "Sufragio efectivo, no reelección", el país se convulsionó con rapidez estrepitosa de frontera a frontera. Los mineros norteros de Coahuila abandonaron las minas para incorporarse a las huestes revolucionarias. Los minerales de Lampacitos, Las Esperanzas, Conquista, Palaú, Rosita y Agujita, quedaron paralizados al abandonar los mineros sus labores al grito rebelde de "Viva la Revolución", "Viva Madero". Estos se lanzaron a la lucha en defensa de sus más nobles y sublimes ideales, cuando el héroe de la carbonera, Porfirio Díaz, convertido en odioso dictador y ensimismado en su prepotencia y cruel poder, no palidecía ni se inmutaba al oír los gritos de rebelión de un pueblo que, colérico e iracundo, reclamaba justicia. "¿Un motín?, ¡Extermínenlo!", emulando a Cananea. Pero éste no era un motín, era una revolución, que cual conflagración devastadora iba incendiando todo lo que encontraba a su paso.

Maximiliano Cepeda, Pablo Loera, Manuel de Luna, Agustín Macías y muchos otros audaces y valientes mineros de la mina del Coyote, fueron los primeros que se incorporaron a la incipiente hueste revolucionaria. Maximiliano Cepeda, gasero en el interior de la mina, fue y entregó la lámpara a la lampistería y reuniendo a su mujer y a sus cinco hijos pequeños, fue con mi padre y le dijo: "Hermano Agapito (porque era hermano en la fe de nuestro señor Jesucristo), aquí te dejo a mi familia, voy a cumplir con los compromisos que he contraído con mi patria y con mis compañeros de lucha. La Revolución me espera y si Dios quiere, volveré y si no, quedaré tendido tal vez en el campo de batalla, en la trinchera, o en el filo de la montaña".

He leído algunos libros, tratados y folletos acerca de las huel-

gas de mineros de Nueva Rosita, Palaú y Cloete, en el estado de Coahuila, de diferentes escritores y semiescritores que tratan de hacer luz en la verdad sobre este histórico movimiento reivindicativo de la clase trabajadora. En los años 50 y 51, esta patética e imperecedera lucha tuvo una resonancia internacional y repercutió con visos resplandecientes de grandeza en el corazón de la clase trabajadora, allende nuestras fronteras, no así en el corazón duro y entenebrecido de nuestro presidente de la República, Miguel Alemán Valdés.

Al escritor nato le es fácil narrar un libro o formular un artículo cuando en su lúcida mente tiene dibujado el tema o cuando campean en su cerebro los conceptos que trata de imprimir en su obra; desde su escritorio dicta a su secretaria la fórmula narrativa que se anida en su privilegiada memoria. En esa literatura he encontrado algunas falsedades y mentiras, tal vez producto de la errónea información o quizá de la malévola intención de distorsionar la verdad porque al decirla, salpica de pestilente cieno a los que en algún momento, con toda ruindad, perversidad y encono dieron la puñalada traperera al movimiento obrero del país haciendo nugatorios los derechos de huelga, la autonomía sindical, la coalición de trabajadores, derechos conquistados a través de nuestra Revolución, que costó muchas vidas y mucha sangre y que se hallan consagrados en nuestra Carta Magna.

Las huelgas de Nueva Rosita, Palaú y Cloete, deben servir de paragón y paradigma para las generaciones futuras, porque en esa lucha se demostró, sin paralelo alguno, la fuerza combativa de los mineros del norte de Coahuila, quienes defendieron sus derechos conculcados y pisoteados por el capitalismo norteamericano protegido y apapachado por nuestro propio gobierno, emulando así al gobierno dictatorial porfiriano de 1906, mediante las huelgas de Cananea y Río Blanco.

Hago un paréntesis para decir lo siguiente: Es sumamente fácil hablar de la vida del minero, de su familia y de sus peripecias en las luchas cotidianas. Es fácil, repito, hacerlo desde los escritorios, dramatizarla y darle sabor y colorido según las circunstancias que la rodean. Yo escribo como viejo minero de la región carbonífera de Coahuila, en donde el trabajo dentro y fuera de la mina es agobiante y extenuante, máxime cuando la fuente minera está desposeída de la técnica y seguridad necesarias para la vida del minero.

En las minas de arrastre el trabajo del minero es sacrificante y amenazador, sobre todo por la inclinación del talud de la mina, ya que los mineros bajan por su propio pie y ca-

minan hasta el cañón o crucero donde laboran, llevando en su morral el lonche, la caramayola de agua y en su hombro la herramienta, la pica y la pulceta que han de convertir las paladas de carbón en mendrugos de pan para su familia. Esto, sólo después de haber arrancado a la madre tierra, con pica, pulceta y esfuerzo agotador, dos o tres toneladas de carbón y de haberlo paleado cuatro o cinco metros hasta las góndolas mineras, para que después, otro compañero (el mulero) lo arrastre hacia el lugar convenido. El tumbe del carbón o hulla no es tan fácil; depende de la inclinación y el espesor del manto o veta que a veces suele ser caprichoso y pronunciado, desconcertando al mejor carbonero. Cuando el manto es bajo, éste tiene que arrancarlo hincado o casi acostado y cuando el manto está dividido por algún listón o franja de pizarra o hueso, como el carbonero le llama, esta impureza merece la calidad de la hulla. Después de esta agotante faena, el minero tiene que subir paso a paso la pendiente hasta llegar a la superficie.

Cuando el lugar donde el obrero labora es insalubre, falta de ventilación y el aire está enrarecido y contaminado por la humedad, el trabajo es asfixiante, repulsivo y agotador. El fino polvo negro que despide el carbón al golpe de la pica se adhiere al sudor del carbonero transformándolo en un grotesco payaso.

Los mineros que laboran en las máquinas corteras son hombres con temple de acero que momento a momento desafían a la muerte. Al principiar la labor perforan con un taladro el barranco haciendo cuatro oquedades en forma conveniente, en donde colocan el estopín. Calculan la pólvora necesaria para la cantidad de carbón que pretenden tumbar y hacen estallar los estopines, que aflojan la veta. Una vez dissipada la nube de polvo producida por el estruendo de la explosión, entra la máquina cortera que con la vertiginosa rapidez de sus filos, a pluma va rebanando el manto de carbón, el cual va cayendo en una banda continua que lo transporta al carro minero. El infernal ruido producido por el traqueteo de la máquina cortera y el asfixiante polvo del carbón expedido por la larga pluma cuando va entrando en el barranco, impide a los mineros percatarse del peligro que les acecha y muchas veces quedan sepultados bajo toneladas de tierra en el fondo oscuro de la mina y cuando la lámpara se apaga, se hace más angustioso el momento.

El minero palero es el que va reforzando el terreno con potentes monos de madera, cuando el cañón o crucero avan-

za. Pero a veces se presentan superficies falsas que, con el estruendo de la dinamita, provocan un alud de tierra dejando peligrosas campanas de oquedad que dan miedo, pero el valiente palero, dominando su miedo y arriesgando su vida, enmienda el desperfecto ocasionado por la pólvora. Así, existe una cadena de peligros que afrontan el mulero, el bombero, el electricista, el gasero, el mecánico, el motorista y todo obrero que expone su vida en los trabajos mineros para llevar un mejor sustento para sus hijos.

En los tiros verticales los mineros bajan en una jaula o calesa desde la superficie hasta el fondo del tiro; aquí no hay niveles como en las minas metalúrgicas, por lo que de allí tienen que ir a pie hasta el cañón o crucero donde laboran.

El enemigo más terrible y peligroso para el minero es el gas grisú o mofeta, porque cuando estalla hace estragos espantosos derribando muros, tapando cañones, segando vidas humanas e incendiando todo lo que encuentra a su paso. Este mortífero gas se va acumulando en los rincones superiores del cañón o crucero y si no se le desaloja oportunamente, estalla con resultados desastrosos. Por eso la labor del gasero es vigilar escrupulosa y concienzudamente, que el lugar donde laboran los mineros esté exento de este mortífero gas. Para ello, el gasero está provisto de una lámpara especial que le indica su presencia, porque este invisible enemigo del minero flota en el ambiente dentro de la mina y como es inodoro, el obrero no se percata de él. El gasero tiene mayor jerarquía de mando, muchas veces más que el mayordomo. Cuando se trata de casos de peligro, él coloca una marca en el cañón o crucero, prohibiendo el trabajo en dicho lugar si encuentra gas, ordenando a los loneros hacer puentes de aire hasta erradicarlo o disolverlo y nadie puede contradecir sus ordenanzas. Estas medidas de seguridad en el interior de las minas han evitado serias explosiones y la muerte de muchos mineros.

El trabajo del mulero es también de sumo peligro, pues con su par de acémilas arrastra los carros, tanto vacíos como cargados, a los cruceros. Cuando el crucero es bajo de cielo, hasta las miserables bestias tienen que alagartarse o estirarse como culebras para mover el tren y si el declive es muy pronunciado y el mulero no mete a tiempo las maneas, el tren se precipita vertiginosamente, causando desperfectos y muerte a quien se atraviesa a su paso.

Como las reglas de seguridad prohíben, entre otras cosas, prender lumbre en el interior de la mina, el minero tiene

que comer su alimento completamente frío y éste generalmente consiste en tortillas de harina con huevo y chorizo, por eso la mujer norteña es experta en esta clase de tortillas.

La idiosincrasia de nuestro pueblo, como la de casi toda la humanidad, está corrompida en la perversidad y el vicio; el minero no ha querido ir a la zaga y participa en el denigrante vicio del alcohol, que lo embrutece y le hace perder la razón y el respeto a sí mismo, desestimándose como parte integrante de la sociedad en que vive y sacrificando cotidianamente la economía familiar. Esto debe, naturalmente aclararse para no involucrar al minero honrado, laborioso y amante de su familia, que se afana en poder dar una mejor convivencia y educación a sus hijos. Es penoso decirlo, pero en la época en que Nueva Rosita llegaba a su más próspera bonanza económica debido a su avance industrial, muchos mineros, a consecuencia del vicio, perdieron el control y gobierno de la familia, a tal grado que las mujeres iban al sindicato a quejarse de su marido, porque no cumplía con la manutención de sus hijos. Las quejas llegaron a tal punto que el sindicato, por acuerdo de asamblea del consejo de vigilancia, tomó cartas en el asunto llamando a los mineros viciosos y desobligados; después de serias amonestaciones y útiles consejos, el comité de ajustes optó por recoger la raya del trabajador para entregársela a la familia. Aunque esto era atentatorio a la raya de los mineros, el sindicato trataba de corregir la vida inmoral del obrero. Los pagos de raya eran dos veces por semana y afuera de la oficina había, habitualmente, una larga fila de automóviles de sitio que esperaban para conducir a sus clientes a lugares *non sanctos* de vicio y perdición.

Por eso, cuando el que esto escribe fue presidente municipal en el municipio de San Juan de Sabinas, en su primera junta de cabildo implantó el estado seco en el mineral, en concordancia con las prescripciones que establece la Ley Federal del Trabajo, en el sentido de que todo antro de vicio debe estar ubicado a 5 kilómetros de distancia de la factoría. En aquella época, repito, el sindicato se preocupaba no sólo por defender el interés profesional de sus agremiados, sino también por despertar en sus mentes y corazones, el espíritu combativo para la reivindicación de sus derechos, conculcados por la insolente y avorazada ambición de las compañías extranjeras. Públicamente se pregonaban las arbitrariedades y atropellos cometidos por éstas, en contra de los trabajadores.

El conglomerado obrero se encontraba dividido en el estado a raíz de haber perdido la huelga: los ferrocarrileros de

Monterrey, lograron colocarse dentro de las plantas de Nueva Rosita; los mecánicos, torneros, fresistas, paileros, maquinistas y garroteros formaron la Unión de Mecánicos; los cromistas también tenían su grupo; pero el más numeroso era el Sindicato Práxedes Guerrero, cuyo secretario general era Leonardo Gómez, venido del mineral de Las Esperanzas, en donde yo había pasado mis primeros años de lucha.

La parte norte del estado de Coahuila está atravesada por una rica cuenca carbonífera, cuyo manto se extiende desde Lampacitos, hasta internarse en el estado de Texas, territorio que ayer perteneciera a nuestro país.

En el margen izquierdo del río de Los Alamos, en su confluencia con el río Sabinas, se encuentra enclavado el mineral de Nueva Rosita, cuyos mantos carboníferos son explotados por una compañía extranjera norteamericana denominada Carbonífera de Sabinas y por la *Mexican Zinc*, dolosamente dividida. Es obvio entender esta sucia maniobra, primeramente para evadir impuestos y segundo para esquilmar y rehuir el estricto cumplimiento del contrato colectivo de trabajo que tenía firmado con la sección número 14 del Sindicato Industrial de Trabajadores Mineros y Metalúrgicos de la República Mexicana. Esta mañosa compañía, estaba dividida en dos ramas ubicadas en la misma área, estaba regentada por el mismo gerente y subgerente y utilizaba las mismas oficinas, los mismos empleados de confianza, el mismo contrato colectivo, con lo que se comprende que sólo trataba de regatear las pláticas cuando se discutían los problemas laborales y aumentos de salarios.

En la carbonífera que comprende el tiro número 6, planta coquisadora, laboraban 3 mil 215 trabajadores y en la *Mexican Zinc*, en donde se encontraban las baterías de hornos para fundir los concentrados metalúrgicos que compañías subsidiarias remitían de otros lugares, trabajaban 2 mil 180 hombres. La sección 14 de mineros, fiel a su tradición histórica y a la defensa de los intereses profesionales de sus agremiados, no dejaba pasar el tiempo de la revisión de su contrato, y era cuando surgían o afloraban los problemas, porque las hambreadoras y mezquinas compañías no querían reconocer los raquíuticos sueldos que pagaban a sus trabajadores. Cuando algún departamento de la carbonífera demandaba mayores salarios, la compañía rehuía la reclamación alegando, con falsas mentiras, que tenía pérdidas en su producción y que sólo podía recuperarse con las raquíuticas ganancias obtenidas por la *Mexican Zinc*, y cuando los obreros de la *Zinc*

pedían aumento salarial, alegaban lo contrario. Todo esto era pura marrullería para no cumplir con las obligaciones del contrato colectivo, pero los mineros con su peculiar y proverbial instinto "investigativo", mucho antes de que comenzaran las pláticas ya habían obtenido, a través de amigos de confianza, datos fehacientes sobre las ganancias líquidas de las empresas, por lo que podían conseguir un buen aumento salarial.

La lectura de libros y periódicos de carácter libertario, daba luz a mis ideas e inquietudes y llenaba de entusiasmo mi corazón. Me embriagaba la lectura, pero con mayor predilección aquella que trataba de la regeneración social, la lucha de clases, la libertad de pensamiento, la lucha contra el obscurantismo clerical y el afán de buscar la flama del entendimiento, así se fue anidando en mi mente y espíritu un concepto determinante por la lucha en pro de las clases desheredadas. Los flamígeros artículos de Ricardo Flores Magón, Práxedes Guerrero, Juan Sarabia y otros grandes ideólogos, me llenaban de entusiasmo que hacía brotar de mi cerebro ideas libertarias hacia mis compañeros de clase. Pensé formar una sociedad o un sindicato, emulando a aquellos aguerridos e inquietos batalladores de Río Blanco y Cananea. Pero me sentía inútil, ímpotente e ignorante para llevar a la perfectibilidad tan extraordinaria empresa. La convivencia y amistad que sostenía cotidianamente con obreros, mineros y contratistas, a través de mi trabajo en la oficina, me hacía pensar que no era empresa difícil ni postergable y comencé a auscultar, con detenido empeño, las ideas, las inquietudes y el espíritu combativo de compañeros y amigos.

Mi ingreso a la *Mexican Zinc* de Nueva Rosita

Como los ferrocarriles bajaron el volumen de compra de carbón a la *Mexican Coal & Coke Co.*, comenzó a sentirse el desequilibrio en los gastos de producción y a generarse un ambiente de inquietud, principalmente los días de raya. Los costos de producción eran superiores al ingreso por falta de mercado, por lo que se efectuó un reajuste de personal. Como yo no era bien visto por el señor Foster, por mis ideas defensivas y por bolchevique, como el me tildaba, fui de los primeros en engrosar la lista de los terminados. Mi hermano Miguel ya trabajaba como prensista en el departamento de alfarería de la *Mexican Zinc*, y me comentó que vería al señor Galindo, mayordomo influyente en la construcción, para

que me colocara en algún departamento, con tal suerte, que me colocó en el mismo departamento que mi hermano Miguel, como trabajador eventual, ganando 2.16 pesos como cortador en el molino donde se fabricaban los crisoles y conos para los hornos de zinc con barro refractario.

Como mis ideas eran cromistas, pronto fui nombrado delegado con voz y voto en la Convención Nacional en Puebla. En Nueva Rosita la clase obrera estaba dividida y la empresa queriendo aprovechar ésto, formó el sindicato blanco Manuel M. Altamirano, con gente descastada y traidora a su clase. Cuando nos dimos cuenta de la burda maniobra de la empresa, todas las fuerzas dispersas que luchaban por la firma del contrato hicimos una causa común y nos unimos bajo la sombra de una misma bandera en contra del sindicato blanco Manuel M. Altamirano. El secretario general del Práxedis G. Guerrero, Leonardo Gómez, convocó a la unificación y pidió a la empresa que el sindicato que tuviera a las mayorías fuera el titular del contrato. La empresa, con el propósito de ganar el recuento, comenzó a ocupar gente sin necesitarla, por todas partes se veían grupos de obreros ociosos que hacían mofa y escarnio de nuestra triste, pero heroica y gloriosa situación. Para resolver tan espinoso asunto, el jefe del Departamento del Trabajo de la Ciudad de México sostuvo pláticas preliminares, tanto con los señores de la empresa como con los dirigentes sindicales. Una vez asentadas las bases, el recuento comenzó y terminó al siguiente día llevando nuestro sindicato la delantera y en consecuencia ganando.

Pasado algún tiempo Carlos Samaniego, el ídolo de los trabajadores, se fue convirtiendo en un ególatra e impositivista, sus intervenciones en los debates eran autoritarias y determinantes, aún cuando estas estuvieran fuera de razón o derecho. Así comenzaron las acusaciones en su contra por traidor, entreguista y por hacer componendas sucias con la empresa. El consejo de vigilancia convocó a asamblea extraordinaria para debatir ampliamente sobre el asunto y con pruebas irrefutables y delictivas en su contra, que no merecían quedar impunes, se le aplicó la "cláusula de exclusión".

Varios amigos obreros y campesinos teníamos por costumbre reunirnos en la barbería de Matilde Niño, para discutir los asuntos cotidianos de nuestra comunidad. En una de tantas reuniones, los compañeros decidieron lanzarme como candidato a la Presidencia Municipal, pidiéndoles como plazo 15 días para resolverles. En junta posterior, la barbe-

ría estaba que reventaba de compañeros trabajadores de la sección 14, que con febril entusiasmo querían saber mi determinación. Cuando les manifesté, en pocas palabras, que aceptaba la postulación, se hizo evidente el apoyo partidista en todos los compañeros. La campaña se desarrolló con mucho entusiasmo, visité comunidades agrarias que se mostraban complacidas por mi determinación. Debo advertir que, tanto las autoridades municipales como los dirigentes de la sección 14, eran enemigos de nuestra causa, por lo que nos obstaculizaban cualquier trámite, ya fuera político o ejidal. Comenzaron entonces los primeros choques verbales con las autoridades, debido a su prepotencia política y al querer obstaculizar el registro de la planilla, impidiéndonos nuevamente quejarnos ante el Congreso del Estado y con el gobernador. Finalmente, por órdenes superiores del estado fue registrada la planilla. Seguíamos luchando a brazo partido, navegando con vientos políticos contrarios, pero las velas de nuestra barca estaban muy bien enderezadas y en cada mitin de colonia o barrio que efectuábamos cada semana, lanzábamos candentes y amenazadoras arengas contra las autoridades municipales y testaferros, denunciando sus descaradas y cínicas arbitrariedades. Con motivo de la lucha que yo venía sosteniendo dentro de la clase obrera y campesina, había logrado conquistar cierta influencia política en las esferas gubernamentales del estado y en la Cámara de Diputados y contaba con el apoyo de la mayoría de la legislatura, no así con el del señor gobernador, que se inclinaba por mi contrincante Ignacio M. Colunga.

Finalmente ganamos las elecciones. El gobernador, no reconoció nuestro triunfo, y quiso intervenir ante el Partido Nacional Revolucionario para que no reconociera mi elección. Ante esto, el profesor Casiano Campos, diputado al Congreso del Estado y de reconocido valor civil, junto con otros diputados que hacían mayoría en el congreso, llamó a todos los candidatos triunfantes del norte del estado y juntos salimos a la Ciudad de México para entrevistarnos con el presidente del PNR, pero con las pruebas documentales que le presentamos, las cuales fueron consideradas irrefutables, se nos concedió el triunfo.

Unos días antes de tomar las riendas del municipio, mi padre, como cristiano que era, me sentó en una silla para darme sanos consejos tendientes a que tanto las adulaciones como las lisonjas no envilecieran mi alma, ni el puesto llenara mi espíritu de vanidad ni soberbia, que obrara rectamen-

te y pensara cristianamente antes de dar un fallo que más tarde me avegonzara.

En nuestra primera junta de cabildo hice hincapié en el grave problema de vicio y corrupción dentro del mineral de Nueva Rosita, diciendo que en cada calle y esquina existía una cantina y que esta clase de negocios envilecían y corrompían al trabajador. La Ley Federal del Trabajo es muy explícita en este sentido y de acuerdo con ella obramos con toda diligencia no importándonos el vendaval de diatribas y calumnias que nos lanzaran y se acordó que todo centro de vicio que vendiera bebidas embriagantes debería estar a 5 kilómetros fuera de la factoría. Esto, como ya lo teníamos previsto, trajo la reacción de la Cámara de Comercio, inclusive, el propio sindicato de la sección número 14 hizo su manifestación de protesta en contra del ayuntamiento, como si se tratara de defender el interés profesional de sus trabajadores y su economía tan deteriorada por la corrupción y el vicio. Dicha manifestación fue muda, porque sus dirigentes se cuidaron de no enseñar la oreja y no hubo oradores con el valor civil que señalara las fallas del ayuntamiento. Con motivo del estado seco que prevalecía en todo el municipio, no obstante las frecuentes amenazas que nos llovían, el tren mixto que venía de Sabinas a recoger la carga a las 12 horas, cambió su horario para que el agente de publicaciones hiciera su agosto en la estación vendiendo toda clase de bebidas a los trabajadores y empleados de oficina. En cierta ocasión un alto empleado, ya con más de media daga adentro, quiso hacerla de garrotero pero el hado de su destino no le respondió y el tren le cercenó una pierna; con aquella fatalidad, el agente del vicio perdió su negocio.

Muerte de un compañero minero

Entre los muchos amigos, compañeros de trabajo y partidarios míos, se encontraba don Ciriaco Mares, mayordomo en el interior de la mina número 6. Un día, no recuerdo la fecha, sonó el teléfono de la Presidencia Municipal y el secretario me dijo: "Señor presidente, llaman del interior de la mina para informar que hubo un grave accidente y piden la presencia del síndico procurador", pero como dicho funcionario no se encontraba, llamé a su secretario, José Michar, haciéndonos presentes en el lugar del incidente. Desgraciadamente, la víctima era mi estimado amigo y leal partidario, Ciriaco Mares.

Su cadáver se encontraba totalmente destrozado, más bien descuartizado por el convoy de carros mineros que bajaba por el cañón donde Ciriaco mayordomeaba. Cuando se presentó el mulero que manejaba el viaje, Refugio Gallegos, otro de mis más fieles partidarios y luchadores dentro de las filas mineras, le dije: "Dinos Cuco, ¿cómo sucedió este accidente?" Cuco contestó: "Cuando yo pasé con el viaje, saludé a don Ciriaco que estaba sentado en su lugar anotando en su libro los requisitos y números de carros que yo subía, cuando pedí la contraseña para bajarlos vacíos me la contestaron y solté el viaje, como siempre lo hacemos. Tal vez, don Ciriaco quiso abordar alguno de los carros para supervisar el trabajo de los carboneros y le falló el intento y los carros lo agarraron".

Cuando llegamos al lugar del accidente, ya se encontraban Pacho Rosales "Pininainas" y Raúl Chapa "el Mariguanó", miembros de la comisión mixta de seguridad del interior de la mina, el comité de ajustes de los mineros, y un grupo de compañeros que hacían comentarios sobre el trágico suceso. Don Ciriaco era muy estimado por todos sus trabajadores. El secretario del sindico y el que esto escribe, como autoridades, comenzamos a tomar los datos preliminares. El cadáver de don Ciriaco se encontraba debajo de uno de los carros totalmente destrozado, sus despojos eran irreconocibles, por lo que se infiere que su cuerpo fue arrastrado por los carros. Yo ordené, tanto al comité de ajustes del sindicato, como a Pancho Rosales, que el acta fuera levantada bajo el rigor obrero, excluyendo toda incuria de parte del occiso, en vista de que no había ningún testigo que afirmara lo contrario, para que su familia no tuviera obstáculos en el pago de la indemnización por la muerte de aquel buen minero. Los miembros mutilados y revolcados de carbón se mandaron envueltos en una lona minera al hospital para que los asearan y se pudiera seguir con el trámite correspondiente. Sería largo enumerar el número de accidentes con saldo de vidas, tanto humanas como de bestias mulares, dentro de las minas.

Delegados a la III Convención de Mineros

De conformidad con la ordenanza estatutaria, en el año de 1942, se deberían reunir en convención los miembros del Sindicato Nacional de Trabajadores Mineros Metalúrgicos y Similares de la República Mexicana, con el fin de designar parte del comité ejecutivo nacional, por lo que en cada sección

se debería nombrar delegados con derecho a voz y voto. En esta elección resultamos ganadores los compañeros Angel Sicilia, Calixto Rendón y yo. Como se presentaron serias y fundadas acusaciones en contra del ejecutivo en funciones, la convención con su poder soberano, acordó deponer a todo el comité ejecutivo nacional y consejo general de vigilancia, resultando electos los compañeros Juan Manuel Elizondo, Ismael Mora y Abdenago Frausto García, secretario general, secretario del trabajo y tesorero, respectivamente. Al tomar posesión de nuestros puestos, encontramos un ruinoso desastre en todas las secretarías y desfalcos en la tesorería.

Después de la Segunda Guerra Mundial, el sindicato de mineros comenzó a convulsionarse con motivo del alto precio de los metales en el mercado mundial y muy principalmente con los argentíferos que habían llegado a su máxima valoración, por lo que el sindicato expuso, ante las compañías mineras, el problema del aumento salarial para todos sus agremiados. Este justo y bien estudiado planteamiento del sindicato de mineros puso en el avispero a los mezquinos magnates de esta floreciente industria. Nuestro máximo dirigente nacional, de recia personalidad en la lucha obrera, honrado a carta cabal y sin doblez ni revisionismo en sus determinaciones, Agustín Guzmán Vaca, sostenía muy firme el confalón glorioso del sindicato de mineros en sus reivindicaciones y llevó hasta sus últimas consecuencias el problema "platista", obteniendo un aumento en nuestros salarios no obstante la rebeldía e intransigencia de las empresas mineras.

Como muchas empresas no estaban de acuerdo con el aumento salarial, alegando fútiles pretextos, fuimos a ver al señor presidente de la República, Manuel Avila Camacho, quien nos recibió y le dio la razón a nuestro proyecto de incremento salarial. Después de nuestras primeras pláticas con las empresas y al conocer su potencial económico, la Secretaría del Trabajo las convocó a una junta económica. El licenciado Palacios, secretario del Trabajo, arengó en forma patriótica y persuasiva para resolver el problema. Este tremendo impacto de la lucha de los mineros, provocó una efervescencia política sindical en otras centrales obreras en busca de mayores salarios para sus agremiados. A iniciativa del sindicato más poderoso y combativo del país, que en ese entonces era el sindicato ferrocarrilero, varias organizaciones de trabajadores se reunieron para deliberar sobre la estrategia y conveniencia de formar una sola central que incorporara todas las fuerzas combativas del país y para formar un solo

frente contra el enemigo común de la clase trabajadora. Esto alarmó a la burguesía capitalista y al régimen alemanista que ya había creado, por conveniencia, componendas con el ultraderechismo extranjero para acabar con el movimiento obrero del país. Así comenzaron las represiones contra todas las centrales obreras que con ardor defendían los intereses profesionales de sus agremiados, sólo la CTM defeccionó tomando el rumbo de las componendas convenencieras y convirtiéndose en un apéndice del Estado Mexicano.

Primera prestación ganada a las empresas para la cooperativa de consumo

Con motivo de la revisión del contrato colectivo de trabajo de la sección 14, los trabajadores nombraron su comisión revisora y el comité ejecutivo nacional me nombró representante para que interviniera en las pláticas y discusiones, las cuales comenzaron con la intervención del presidente de la Junta de Conciliación de Sabinas. Al llegar al capítulo de la cooperativa de consumo, me permití hacer una exposición de motivos con relación a los bajos salarios y la asfixiante situación por la que atravesaba la clase trabajadora frente al alto costo de los artículos de consumo necesarios, por lo que suplicábamos a la empresa hiciera un gesto de altruismo, sacrificando un poco sus merecidas ganancias y coadyuvara con el sindicato para resolver este angustioso problema que estaba aniquilando al factor humano de producción. Después de deliberar ampliamente sobre el tema las juntas privadas de los representantes de las empresas llegaron al siguiente acuerdo: "La compañía se compromete a entregar al sindicato la cantidad de 27 mil pesos mensuales para la cooperativa de consumo, aplicándose dicha cantidad en la baja de los precios de los artículos de primera necesidad". Al siguiente día, antes de principiar la reunión, el presidente municipal tomándome del brazo, me dijo: "Quiero hablar contigo". Retirándonos hacia un pasillo me expuso lo siguiente: "Anoche fue a verme el señor Simpson quien con cierta melancolía, me dijo que en las pláticas de ese día se había aprobado que las compañías dieran a la cooperativa de consumo determinada cantidad de dinero, pero cuando el sub-gerente Moyle, comunicó lo acordado a las oficinas de Nueva York no fue aprobado el acuerdo por el consejo ejecutivo, y me pidió que hablara contigo y con el presidente de la junta para ver si era posible

revocar el acuerdo". "Bueno, estoy enterado", le contesté y como ya era hora de que principiaran las pláticas, me retiré un tanto pensativo. Durante el receso de la reunión, se acercaron unos compañeros para informarme que el señor Simpson deseaba hablar conmigo para la revocación del acuerdo, ya que si no se hacía esto correrían al señor Moyle, el cual era apreciado por los trabajadores.

Otro día, antes de iniciar las pláticas, el señor Simpson me llamó a su oficina y en tono suplicante me dijo: "Frausto, tú no sabes el problema tan serio que tiene el señor Moyle al haber aprobado esa erogación para la cooperativa. Tú bien entiendes que él es un hombre comprensivo ante las demandas de sus trabajadores y si lo corren, los trabajadores serán los perjudicados porque vendrá otro subgerente con quien tal vez no nos entendamos". Ya en la junta, pusimos el negocio sobre el tapete de la discusión y después de un prolongado debate, yo les manifesté que era inútil estar discutiendo un problema ya aprobado por las partes y ante autoridades competentes, recordándoles y haciéndoles ver que un jugador cuando se equivoca y pierde no se atreve a suplicar al ganador que le devuelva lo que le ha ganado y además que tomaran en cuenta los señores de la empresa que cuando nos han cogido el dedo en el resquicio de la puerta, no han aflojado para liberarlo y nosotros hemos sufrido las consecuencias de nuestra falla o equivocación. Con esto, quedó confirmada una conquista económica a favor de los cooperativistas de la sección 14 y un precedente para futuras contrataciones. Como dato curioso quiero decir que el señor Moyle nunca perdió su empleo.

Termina mi comisión y regreso a mi lugar de origen

Al reunirse la soberana convención de mineros fueron designados los nuevos dirigentes en forma democrática y bajo un clima apacible conforme a los estatutos, motivo por el que hice entrega de la tesorería al compañero Ignacio Hotkins. Después de haber rendido el informe respectivo del estado económico fui aplaudido ruidosamente por todos los conventionistas, ya que los dos tesoreros anteriores habían dejado la tesorería exangüe y temblorosa.

Ya estando de regreso en mi lugar de origen y terminado el permiso económico en la empresa, solicité a ésta me pro-

porcionara casa, de acuerdo a las prestaciones que me correspondían por haberme casado.

Una mañana cuando salía a Nueva Rosita a conseguir pólvora y fulminantes me informaron de un accidente acaecido en uno de los pozos que se estaban abriendo; me dirigí al lugar de los hechos donde me informaron que no era nada grave, que un pico se había soltado y golpeado a un barrete-ro que se encontraba en el interior del pozo y que ya lo habían sacado, pero como no tenía gran cosa lo habían mandado a aguzar las herramientas al taller mecánico. Con esta información me fui a buscar los explosivos. Al regresar me sorprendió la infausta noticia de que el accidentado había fallecido por lo que, en la noche, mandé llamar al médico para que me diera una clara y completa satisfacción sobre aquel fatal accidente, su diagnóstico fue el siguiente: El golpe dado por el pico en el cráneo del occiso, aún cuando no fuerte, alcanzó a fracturar levemente la bóveda craneana rompiendo algunos vasos sanguíneos, los cuales comenzaron a gotear sobre la masa encefálica, no provocándole al principio ninguna molestia ni dolor, pero a medida que la sangre se iba acumulando y presionando la masa encefálica se iban agudizando los dolores de cabeza. Cuando el accidentado fue internado en el hospital ya era muy tarde y la muerte fue inminente.

La comisión mixta de seguridad en la carbonífera

Acatando las disposiciones el sindicato de la Secretaría del Trabajo, me nombró representante obrero de la comisión mixta de seguridad en la carbonífera, nombrando la empresa a Miguel García; dicha comisión se reunía una o dos veces por semana para recorrer las plantas y detectar el peligro y prevenir cualquier accidente que por descuido o imprudencia pudiera suscitarse, constriñendo a los compañeros a usar rigurosamente los equipos de seguridad en los lugares insalubres y peligrosos y que su negligencia no fuera la causa de su propia fatalidad. Un buen día, serían las diez de la mañana, hacíamos un recorrido por la planta y al llegar a las extensas bodegas del almacén donde hay multitud de artículos inflamables, ácidos, maderas de todas dimensiones, etcétera, y habiendo en la entrada principal un gran letrero que decía: "Se prohíbe fumar, apague su cigarro", encontramos al señor Johnson, alto empleado norteamericano acostrumbado a traer siempre en la boca un descomunal habano, que impregnaba

el ambiente con los espirales de humo que lanzaba (debo advertir que este señor era un tipo huraño, a nadie saludaba y daba la impresión del yanqui déspota, insolente y soberbio). Le dije a Miguel García: "Llámale la atención a este señor irrespetuoso a las reglas de seguridad, tú que eres el representante de la empresa". "¡Pero cómo! se va a disgustar". Y le dije: "Las leyes y reglamentos no son exclusivos, son generales para su observancia y deben respetarse". Como se negó a llamarle la atención, fui yo y le dije: "Señor Johnson, en el portón de entrada está un anuncio que dice, 'Se prohíbe fumar', apague su cigarro". "¡Oh, yes, yes!" contestó y llevándose la mano a la boca, apagó el puro.

Táctica de lucha interna

Como las empresas habían envenenado y corrompido el espíritu de lucha de muchos compañeros por medio de prevenidas, canonjías y dádivas ilícitas, había una mesnada de traidores a su clase, que por unas cuantas monedas iban claudicando a sus deberes y vendían su dignidad de hombres libres a estos mal nacidos. Nosotros los calificábamos de "panzas blancas" o "hierberos", porque cuando se presentaba algún problema de sumo interés para los trabajadores, este tipo de iscaríotes era utilizado por las empresas para envenenar el espíritu de lucha de algunos compañeros que, carentes de moral, eran embriagados en las cantinas hasta convertirlos en contra de quienes defendían sus derechos profesionales. El día de la asamblea estos traficantes se dedicaban a visitar talleres y departamentos de trabajo, sembrando la hierba, dándoles dinero a los empleados para que a la hora de la votación fueran en contra de sus propios intereses. Lo hacían con todo descaro, apoyados por los mayordomos y jefes departamentales, quienes tenían un jefe, el cual los reunía en un simulado laboratorio. Los más connotados hierberos eran Joaquín Velez, Servando Prado, Manuel y Jesús López, Juan Juárez, Alfonso Cervera, Modesto Gutiérrez y un grupito familiar de apellido Zapata, que descaradamente mostraban los billetes después de la asamblea. Como esta plaga iba proliferando, comenzamos a estudiar un plan que consistía en lanzar un periodiquito semanal para desenmascarar a la empresa y a sus paniaguados rastrosos, pero no encontramos ninguna imprenta que quisiera imprimirlo por miedo a que la compañía le cortara la luz. Por fin encontra-

mos la rebuscada incógnita que nos daría la resolución del problema que tanto nos afligía. Un compañero de la planta de luz y fuerza, Esteban González, que además tenía su barbería en la colonia Sarabia y de hueso colorado participaba en la lucha obrera, prestó un lugar donde nos comenzamos a reunir para estudiar la táctica de lucha que debíamos esgrimir en la resolución de los problemas laborales. Discutíamos quién sería el director de debates en la asamblea, quién, cómo y cuándo deberían fungir como escrutadores en la hora de la votación, todo esto con estricta observancia y orden. Al principio éramos unos cuantos cabecillas, pero mas tarde era pujante la fuerza del grupo. Con esta táctica los hierberos nunca nos pudieron ganar una.

En un principio, nuestro secretario general era el compañero Angel Sicilia "el Filósofo", obrero especializado en tornos y con gran preparación cultural, quien tuvo que dejar el puesto por razones de familia, por lo que comenzamos a mover la propaganda para nombrar un nuevo representante. Por su parte, la compañía también empezó a mover a sus gentes. Coló a algunos hierberos en nuestro grupo, con el fin de crear camorra. El día de la asamblea, cuando llegué ya habían sacado como candidato a Carlos Samaniego para secretario general y a mí como director de debates. Casi todos los del grupo salimos inconformes por nuestro rotundo fracaso, ya que teníamos que apoyar a un elemento anodino y nocivo, que ni siquiera era del grupo. Al otro día en el trabajo estábamos comentando todo esto, cuando llega Heraclio Sayas lanzando improperios contra algunos compañeros imbéciles que se habían dejado engañar por los espías de Samaniego. "Pero aunque tú no estés de acuerdo —me dijo— yo voy a cambiar el rumbo de la brújula y soplarán otros vientos en la asamblea de hoy", y salió de la oficina impetuoso y violento a los talleres de la *Mexican Zinc*. A la hora acostumbrada comenzó la asamblea y el secretario general, Angel Sicilia, abrió los trabajos, pidiendo se nombrara director de debates. Por abrumadora mayoría salió nombrado. Como era una asamblea extraordinaria, exclusiva para nombrar a un funcionario, pedí candidatos para tal puesto, proponiendo de antemano a Carlos Samaniego como estaba previsto, cuando un compañero pidió la palabra, y como se le concedió creyendo que quería hacer alguna aclaración dijo: "Yo propongo al compañero Frausto para secretario general", varias manos se levantaron para secundarlo, entonces yo tomé el micrófono y manifesté a la asamblea que nombraran a otro director de debates, en

virtud de que me habían involucrado en la designación y no podía ser juez y parte, así se nombró al compañero Sicilia como director de debates, el cual tomó su puesto diciendo que consideraba inútil discutir las personalidades de los compañeros candidatos ya nombrados, en virtud de que en ambos casos era ampliamente conocida su trayectoria en la defensa de los problemas de los trabajadores. Como las palabras del compañero Sicilia tuvieron eco en la asamblea, se nombraron a tres escrutadores y el director de debates pidió a la asamblea que levantaran la mano los que estuvieran a favor del compañero Samaniego, después de tomado el cómputo dijo: "Ahora levanten la mano los que estén a favor del compañero Frausto", resultando una aplastante mayoría.

Como secretario general de la sección 14 tuve, y lo digo con satisfacción, varios enfrentamientos con algunos jefes departamentales, no así con los jefes del departamento legal y con los señores Bushnel, Simpson y Moyle que siempre fueron comprensivos y humanos con los problemas de sus obreros.

Una mañana, al llegar al sindicato, me estaban esperando los miembros de la tripulación de una locomotora de patio, que habían sido despachados por el jefe de patio y cuyo despido había sido corroborado por el señor Moyle. Hice pasar a la tripulación a mi oficina para que me explicaran con toda veracidad el motivo de su despido. "A las tres de la mañana, —dijo uno de ellos— conducíamos un convoy por la vía de hornos de *coke*, en dicha vía hay un puente mecánico elevado por el que la máquina deshornadora empuja el *coke* al rojo vivo, cruzando las vías hasta depositarlo en góndolas especiales para su enfriamiento, a esta hora los operadores del puente no lo habían levantado y el tren de carros que empujaba mi locomotora se lo llevó causando serios desperfectos". Con esta información me dirigí a la oficina del señor Moyle, el cual estaba un poco irritado, lo saludé con una política habilidosa como sondeando el terreno, en su tono de voz se notaba su empecinamiento en correrlos definitivamente. Después de una prolongada e inútil discusión sobre el despido, nosotros seguíamos sosteniendo que a la hora del accidente el puente debía estar levantado y que la culpa en todo caso sería de otros. Finalmente, nos dijo: "La comisión mixta de seguridad dará su fallo y si ésta encuentra que no son responsables serán reinstalados y se les pagará el tiempo caído". Con esta promesa nos retiramos un tanto inquietos y molestos, por lo que mandé llamar a Manuel Castañeda, represen-

tante del sindicato en la comisión mixta de seguridad y le planteé el problema, suplicándole hiciera todo lo posible y pertinente para que el acta testimonial que se levantara fuera favorable a la tripulación y cuanto más pronto fuera, mejor. Cuando me llevó copia del acta firmada por las tres partes, exonerando de culpa a los compañeros suspendidos, entonces cité a los compañeros para el día siguiente.

Cuando nos presentamos con el señor Moyle, después de un cordial saludo, le dije: “señor Moyle, venimos a tratar nuevamente el caso de la tripulación”. El, sin ningún signo de disgusto en su rostro contestó en su mascullado español: “Yo ya dije a usted que cuando la comisión mixta falle, nosotros arreglaremos el negocio”. Entonces abrí mi portafolio y le dije: “Mire usted señor Moyle, aquí está el acta levantada por la comisión mixta y debidamente firmada por la comisión en pleno”. Se la dí y colocándose sus anteojos finos tipo magnate, con tímido cuidado comenzó a leerla. De repente con un ademán colérico, dio un estrepitoso golpe con su mano sobre el escritorio y afirmó con tono feroz e iracundo: “Yo corro a Manuel Castañeda y a Miguel García. ¡No, esto no puede ser!”, y mandó llamar al jefe del departamento legal, señor Bushnel. Yo ya estaba acostumbrado a esos dramáticos aspavientos y esperé a que ellos trataran el asunto, al poco rato salió el señor Bushnel y nos dijo: “El señor Moyle suplica a ustedes vengan mañana a esta misma hora”. Al día siguiente el secretario del señor Moyle nos indicó pasáramos directamente al departamento legal en el cual nos comunicaron que ya se habían dado las órdenes para que al otro día volvieran a su trabajo los compañeros de la tripulación que habían sido despedidos, pagándoles todos los días de asueto que, por un díscolo capricho, había tenido que pagar la empresa.

Falta de cumplimiento al contrato colectivo de trabajo

Hay un refrán muy vulgarizado pero muy sentencioso, que dice: “Para que la cuña apriete ha de ser del mismo palo”, y lo que voy a exponer encaja admirablemente en éste. El ingeniero de minas J.D. Silva, de origen mexicano, era responsable de la mina número 6 y cuanto problema se le trataba nunca era resuelto con entera satisfacción, eludiendo siempre su gran reponsabilidad, inventando sofismas y descaradas argucias, para no dar cumplimiento a los convenios esta-

blecidos dentro del contrato colectivo de trabajo, entre sindicato y compañías. Este mal mexicano era una especie de pararrayos, porque cuanto problema o conflicto se suscitaba en el interior o exterior de la mina número 6 y lo llevábamos a la gerencia o al departamento legal, nos salían con la manida frase: "Allá arréglenlo con el ingeniero Silva", y era cuando topábamos con el muro inhumano de J.D. Silva. Todos los obreros mineros sin excepción se quejaban de este sujeto ladino; falso, mentiroso, inhumano e incumplido en sus promesas.

Pancho Rosales, miembro de la comisión mixta de seguridad en el interior de la mina, me expuso una serie de irregularidades que existían en la mina número 6. Después de tomar las debidas notas, le dije en forma confidencial que iba a ver al inspector de trabajo de Sabinas, "y cuando menos lo piensen lo bajamos a la mina, y levantamos las actas necesarias que servirán de testimonio a la denuncia que presentemos por falta de cumplimiento al contrato". "Correcto", me dijo Pancho, "¿pero cuándo será esto?", como dudando de mi promesa. "Déjame preparar el terreno", le contesté y me fui a Sabinas y hablé con el inspector del trabajo y nos pusimos de acuerdo en la fecha y hora en que debería presentarse a levantar la inspección.

Por fin comuniqué a Pancho Rosales de la visita del inspector, advirtiéndole que tuviera listo el equipo y los lugares que visitaríamos. Primeramente, me dirigí a la gerencia a conseguir la autorización para bajar a la mina. El señor Moyle telefónicamente comunicó al ingeniero Silva de la inspección que se iba a practicar en el interior de la mina. En la lampistería nos proporcionaron el equipo necesario y un motorista nos condujo hasta el frente del cañón general. El ingeniero trataba de guiarnos a lugares salubres y sin ningún riesgo, pero Rosales, que conocía bien el plano de la mina, propuso ir al área de las máquinas corteras y de los cañones que iban de avance para que el señor inspector viera cómo trabajaban. Este se quedó estupefacto al ver el amenazante peligro para los valientes mineros. Nuestro recorrido duró más de tres horas, comprobándose, a cada momento, la veracidad de nuestras quejas y el motivo de quererlas remediar, pero el ingeniero a cada momento, quería distraer la atención del inspector con argumentos fútiles y pláticas lisonjeras que no venían al caso. Tanto el inspector como yo, íbamos tomando nota de todas las irregularidades que encontrábamos y los miembros de la comisión de seguridad, iban señalando y pro-

poniendo las medidas necesarias que deberían aplicarse para evitar accidentes.

Ya en la superficie, y cuando todos creían concluida la inspección, les supliqué diéramos una vueltecita por el patio de la mina, y sin esperar respuesta nos dirigimos hacia allá. Era la hora en que el sol se encuentra en su cenit, cuando los rayos caen verticalmente. Allí se encontraban trabajando los limpia-carbón, sudorosos, su semblante denotaba fatiga y sus rostros estaban cubiertos por el polvo de carbón que los hacía parecer payasos. "Mire usted inspector, he rogado al ingeniero Silva que se hagan unos cobertizos que liberen del sol a estos miserables trabajadores, pero él se ha negado rotundamente, en cambio ha mandado hacer cobertizos para que las mulas se protejan del sol, lo que significa que el ingeniero siente más compasión por las bestias que por sus trabajadores". El ingeniero quiso polemizar sobre mis palabras, pero el inspector intervino diciendo: "Todos los datos sobre fallas y anomalías que hemos registrado en esta visita, serán dados a conocer a la Secretaría del Trabajo con la seguridad de que serán corregidas lo más pronto posible. ¿Verdad ingeniero?". El ingeniero Silva prometió que daría un informe a la gerencia para que ordenara las medidas necesarias.

Al terminar mi comisión sindical como secretario general de la sección 14, hice entrega de la secretaría al compañero Silvano Rangel, en virtud de que, con anterioridad, habíamos discutido y aprobado en el grupo las personalidades de todos los compañeros que apoyaríamos en la renovación de los nuevos funcionarios, y como siempre, les dimos una nueva elección a los hierberos y mercenarios de las empresas. Nuestros candidatos salieron triunfantes ante los bastardos intereses de los judas, que defendían con cínica desfachatez los intereses del capitalismo yanqui. Los compañeros electos, ante una abigarrada asamblea, protestaron bajo el signo del honor, honradez y lealtad a las ordenanzas, leyes y estatutos de los trabajadores mineros de la sección 14. Así Silvano Rangel, hombre de profundos conocimientos en materia laboral, ocupó el puesto. A mi juicio, había sido una muy buena elección pero desdichadamente nos dimos cuenta que nos habíamos equivocado.

Las láminas de baterías de zinc

Como consecuencia de la posguerra, el país se vio involucra-

do en la competencia para producir materiales estratégicos, motivo por el que las empresas Carbonífera de Sabinas, S.A. y *Mexican Zinc* comenzaron a desarrollar febrilmente trabajos de construcción y ampliación de sus plantas para una mayor producción, en concordancia con el programa de nuestro gobierno de una mayor producción. La *Mexican Zinc* ampliaba sus baterías de zinc con tres láminas por ambos lados del bloque, lo que significaba un aumento de 800 retortas, aumentando el salario a 1 peso 25 centavos por jornada a cada trabajador que operase en esos calcinantes hornos. Esta burda y criminal maniobra fraguada por la compañía y disimulada por el comité ejecutivo local, que nosotros con tanto entusiasmo habíamos elegido, fue descubierta y denunciada por los propios trabajadores de baterías, cuando en plena asamblea le pidieron al comité ejecutivo informara sobre las tres láminas, porque ellos no estaban dispuestos a laborar más por un miserable aumento. El secretario general informó que el problema de los compañeros de baterías era un problema ya concluído, en virtud de la firma de un convenio aprobado por ambas partes y elevado a la categoría de cosa consentida y que si su comité de ajustes no les había informado de éste, esa no era su culpa. Yo me opuse a tan descarada maniobra, por haberse hecho a espaldas de las partes interesadas y en detrimento físico y económico de un gran grupo de camaradas y porque dicho convenio tenía que ser nulificado aún cuando fuera suscrito ante autoridad competente, porque a todas luces era un convenio leonino y pernicioso. El carbonero Rutilo Rodríguez, saliéndose fuera del punto de debate, hizo uso de la palabra y como carbonero pidió se le informara también sobre los carros de acero en el interior de la mina número 6 y del manto de carbón, pero como tampoco se dio un informe satisfactorio para los carboneros, la asamblea se convirtió en conflictiva y tenebrosa, amenazando con que si no se arreglaban los problemas se iba a destituir al comité ejecutivo.

El viernes siguiente, día de asamblea ordinaria, auguraba ser de garra y turbulenta, porque los hierberos se habían movido aceleradamente en todos los departamentos tratando de comprar a los imbéciles a favor del convenio ya firmado. Por nuestra parte, nosotros tomamos las medidas pertinentes y estratégicas dentro del grupo nombrando como director de debates al valiente Feliciano Ortiz. Ya en la asamblea el compañero Silviano Rangel abrió los trabajos pidiendo se nombrara un candidato para director de debates, re-

sultando electo el compañero Ortíz. Después de aprobada el acta de la sesión anterior, se pasó a asuntos generales, estando ya en la agenda el asunto de las láminas. Después de una reñida y acalorada discusión, el compañero Lira dijo que en vista de que el compañero Rangel manifestaba que dicho problema ya estaba terminado y ratificado ante la Junta de Conciliación de Sabinas, me proponía para que me hiciera cargo del problema de baterías, porque ellos no estaban dispuestos a trabajar por tan exigua cantidad y que si la compañía se mostraba intransigente se iría a un movimiento de huelga. Dicha proposición fue aprobada por aplastante mayoría.

Después de la asamblea, un grupo grande de compañeros de baterías me rodearon y pidieron que defendiera con empeño y entusiasmo su causa como había hecho con la de los carboneros. De inmediato partí a Sabinas y me comuniqué con el compañero Agustín Guzmán, secretario general del sindicato de mineros, para informarle de los acuerdos que la sección 14 acababa de tomar y de la amenaza de huelga si el problema de baterías no se arreglaba. Tal vez, cuando la palabra "huelga" resonó en sus oídos, se espantó, porque me dijo:

—Eso no puede ser posible, el gobierno de la República está muy interesado en elevar la producción.

—No te puedo decir más Agustín, contesté, te estoy hablando de Sabinas, porque en Nueva Rosita hay censura de teléfonos por parte de la empresa, por lo que te suplico que vengas rápidamente, de lo contrario saldremos a huelga.

—Yo te aviso cuándo salgo, procura calmar a los compas y guardar la mayor reserva de mi arribo.

Un viernes estaba yo trabajando en el departamento de rayas cuando me llamaron por la ventanilla, era el compañero Zertuche, secretario del trabajo, pidiéndome que cuando terminara mis labores fuera a su oficina para platicar. Una vez ahí comentó lo siguiente: "Ayer me habló el señor Moyle y me dijo que no hace mucho, por conducto del compañero Rangel trataste de comprarle a la compañía dos carros de carbón *coke* para un senador de la Ciudad de México, y que él se negó a vendértelos, pero ahora ellos están dispuestos a regalártelos, con la condición de que dejes el asunto de las láminas de baterías". En virtud de que ese negocio estaba totalmente terminado, después de escucharlo le dije que efectivamente traté de comprar dicho carbón y le supliqué que ese asunto mejor lo tratara ese mismo día en la asamblea para ver si se aprobaba por los compañeros, y me salí.

La asamblea se desarrollaba normalmente y al llegar al punto de asuntos generales y viendo que el compañero Zertuche no trataba nada, pedí la palabra y expuse todo el asunto tal y como me lo había planteado, agregando que esto significaba que hasta la fecha las dádivas y prebendas de la compañía no habían tenido cabida en mí, como lo habían tenido con la mesnada de traficantes y mercenarios que vendieron sus intereses, no por un plato de lentejas, sino por una botella de aguardiente o un jarro de pulque.

A la siguiente semana hice saber a los más connotados compañeros que el colega Guzmán llegaría y que lo iríamos a recibir a Sabinas. La primera providencia que tomó fue reunir al comité ejecutivo local, al comité de ajustes de baterías de zinc y al que esto escribe, para conocer a fondo la dimensión y características del problema. En forma confidencial me comentó que deseaba conocer el lugar y ambiente donde laboraban estos trabajadores. Los compañeros de baterías comenzaban sus tareas a las tres de la mañana, hora en que nos presentamos con el fin de recorrer todos los bloques para que en cada departamento se le diera una amplia explicación del trabajo que se desempeñaba. Yo le expliqué, con todo género de detalles, el meollo del conflicto relativo a las tres láminas que la compañía pretendía ampliar en cada bloque, con menoscabo del deterioro tanto físico como económico de los compañeros de baterías.

Al día siguiente nos presentamos ante la gerencia y los señores Moyle, Bushnel y Simpson nos recibieron con una amabilidad sorprendente, principalmente hacia Agustín. Yo noté cierto resabio hacia mí, escondido en el semblante del señor Moyle, tal vez por mis aclaraciones hechas en asambleas anteriores y porque todo lo que se discutía en el seno del sindicato, les era transmitido por las palomas mensajeras mercenarias que cumplían su trabajo, llevando la información corregida y aumentada por lo que les pagaban muy bien. Al empezar la reunión, el compañero Agustín Guzmán, con sorprendente ecuanimidad y con diversidad de detalles, refirió el problema motivo de nuestra visita, haciendo notar el arduo y agobiante trabajo de los compañeros y exigüo aumento salarial que recibían, el cual, dijo, no compensaba el desgaste físico, máxime cuando se laboraba bajo temperaturas dañinas e insalubres, agregando:

—Quiero que sepan señores, que nosotros los mineros no queremos entorpecer ni estrangular el ritmo de la producción, porque es la dinámica de nuestro primer mandatario,

pero no lo permitiremos con el sacrificio y deterioro estéril de nuestros compañeros.

El señor Moyle, después de oír y reflexionar cuidadosamente sobre lo expuesto y ajustándose parsimoniosamente los espejuelos y con flemático movimiento malicioso, dijo:

—Señor Guzmán, este problema que los señores tratan de revivir es un problema totalmente finiquitado mediante convenio firmado entre sindicato y empresa y ratificado ante autoridad competente como cosa consentida por ambas partes.

—Sí, dijo Agustín, pero los trabajadores lo consideran injusto y leonino, además de atentatorio por haber sido suscrito a espaldas de los interesados.

Después de varios días de acaloradas discusiones, bajo la negativa de la empresa a reconsiderar el negocio, los trabajadores se negaron a laborar en las tres láminas si no había una mayor remuneración. El comité ejecutivo local fue destituido, nombrándose nuevos dirigentes. El convenio con la compañía fue finalmente el siguiente: nulificación del convenio anterior. Las tres láminas, materia del conflicto quedaron suspendidas hasta nuevo arreglo mediante la intervención del comité ejecutivo nacional, cosa que nunca sucedió. Yo de antemano sabía que la maniobra o táctica de lucha de Agustín era una trampa bien colocada, de la cual, la agudeza de los señores gringos no se percató, y cayeron al nulificar el convenio tan perjudicial y lesivo para los trabajadores de baterías de zinc.

Cansados ya de tantas violaciones a nuestro contrato colectivo de trabajo por las empresas Carbonífera de Sabinas, S.A. y *Mexican Zinc*, acordamos hacer público un manifiesto en los siguientes términos:

MANIFIESTO

AL C. PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA
AL C. MINISTRO DEL TRABAJO Y PREVISIÓN SOCIAL
A LA OPINIÓN PÚBLICA EN GENERAL

Es deber de toda organización, de toda sociedad que marcha dentro de la convivencia armónica del conglomerado social, el respetar la libre concurrencia en sus derechos y por esta sola razón, la sección número 14 considera como un deber ineludi-

ble señalar ante nuestro primer mandatario de la nación, altas autoridades del trabajo y opinión pública, los motivos que la han llevado a plantear a las compañías de este lugar un movimiento de huelga.

Hace algún tiempo que la sección 14, como es su deber, ha defendido la integridad de su contrato colectivo de trabajo, señalando a dichas compañías una serie de violaciones, no sólo en el interior de las minas, sino también en el exterior, quejas que no han sido oídas y mucho menos corregidas, lo que quiere decir que nuestro contrato colectivo de trabajo en gran parte es letra muerta.

Estas mismas compañías, a raíz de la dramática y sangrienta conflagración mundial que acaba de terminar, estuvieron solicitando por parte de la sección 14 el concurso y colaboración, para que cada uno de los trabajadores al servicio de dichas compañías aportaran el mayor rendimiento en su trabajo, cosa que la sección 14 no escatimó sacrificio alguno por parte de sus miembros, considerando que era una labor patriótica, no sólo de México, sino de todos los pueblos de América al tratar de ganar una guerra en forma criminal, que no sólo tenía con sangre el agua de nuestros mares, sino arrasaba pueblos y ciudades; además porque nuestro gobierno estaba también profundamente preocupado porque México concursara integralmente en el triunfo de las democracias.

Esta solicitud de parte de las compañías fue atendida decididamente por parte de los trabajadores, sacrificando la revisión de su contrato colectivo de trabajo, tan sólo por demostrar no sólo ante el gobierno, sino a las propias compañías que el momento dramático y palpitante que se vivía, reclamaba el sacrificio, la fe y el entusiasmo de todos los sectores sociales, no obstante que este sacrificio de los trabajadores de la sección 14 y del mundo entero se transformaba en acumulamiento de fuertes capitales como consecuencia del desenfrenado auge del precio de los metales y demás materiales para la guerra.

Mas luego, estas mismas compañías estudiando el problema de la posguerra, en el cual miraban el momento propicio para un floreciente mercado de sus productos, pidieron la cooperación del sindicato para introducir moderna maquinaria en sus plantas, así como algunas unidades mecánicas en el interior de las minas, pues de otra manera, según ellos, sus productos no podrían competir con el mercado de otras industrias. El sindicato también fue consecuente en esta solicitud, proporcionando un gran número de carboneros con carácter transitorio, perjudicando esto a los carboneros de base, tan sólo porque las compañías pudieran tener un mayor rendimiento en su producción y por ser la dinámica de recuperación del gobierno de la República.

Con toda esta buena voluntad por parte de los trabajadores de la sección 14, queda plenamente demostrado la eficaz colaboración que la sección 14 ha prestado, no sólo a las compañías sino a nuestro propio gobierno, con la esperanza de que las empresas demostraran a sus trabajadores el buen deseo de respetar y cumplir con lo que establece nuestro contrato colectivo de trabajo pero esta cooperación por parte de los trabajadores ha sido interpretada por las empresas como una obligación, aún cuando los intereses de los trabajadores se ven perjudicados, cosa por la que la sección 14 no está dispuesta a seguir tolerando más violaciones con menoscabo de nuestro contrato colectivo de trabajo y de nuestros propios intereses.

La sección 14, fiel a su tradicionalismo histórico de respeto a las leyes y mandatos de nuestro gobierno, ha sabido interpretar el mensaje de nuestro primer mandatario al entablar una lucha de recuperación económica cuyo mensaje es claro y terminante, en el sentido de que los industriales no deben confundir que esta lucha de mayor producción, sea con el desgaste físico y mucho menos económico para las clases laborales del país, como se pretende hacer con los trabajadores de mina y baterías de hornos de zinc. Consideramos que las clases productoras deben cooperar para vigorizar este fundamental mensaje, con una mayor capacitación en el trabajo, mayor sentido de responsabilidad en su desempeño y mayor rendimiento en la producción, pero también debe entenderse que los señores industriales deben aportar una mayor remuneración a sus salarios y mayor cumplimiento y respeto a sus conquistas sindicales.

Los trabajadores de la sección 14 han considerado que como una labor patriótica no se oponen, ni se opondrán para que la obra constructiva y progresista del gobierno del licenciado Miguel Alemán se detenga un solo momento, sería criminal de todo mexicano intentar oponerse a la industrialización del país, a la electrificación de los campos, a la modernización de la maquinaria anticuada, pero debe también entenderse que a cambio de todos estos sacrificios por parte de los trabajadores, las compañías deben ver con un mayor sentido de cooperación todos estos sacrificios y cumplir con las leyes que rigen a nuestro país, dándole la debida interpretación, pues los reglamentos de higiene y seguridad industrial no son debidamente atendidos y ejecutados, por cuya razón la sección 14 agotará todos los medios a su alcance para que las conquistas obtenidas por la misma, a través de muchos años de lucha, sean estrictamente observadas por las compañías, pues de no ser así, nos lanzaremos a un movimiento de huelga y consideramos que serán las autoridades del trabajo las que

tengan que resolver el problema motivo del conflicto y que nosotros no deseáramos.

Nueva Rosita, Coahuila 12 de noviembre de 1949

El Secretario General de la sección 14 - Abdenago Frausto
García

Hay que reconocer que en el pacto de solidaridad, de hermandad y lucha clasista firmado por las más importantes centrales obreras del país, destacaba el sindicato ferrocarrilero por su combatividad histórica y por su brillante espíritu de lucha, por lo que se fraguó que fuera el primero en ser sometido y agredido por el gobierno alemanista. Una vez vencida su resistencia, fueron cayendo fácilmente las demás centrales de conformidad con el plan urdido por la reacción. El último en caer fue el sindicato de mineros. Con este desquiciante y traidor golpe asestado alevosamente al movimiento obrero nacional, por un gobierno anti-obrerista, nace el charrismo.

Después de todos estos atropellos a la clase obrera y muchos de sus dirigentes encarcelados y sin ninguna vergüenza, el secretario general de la CTM, "el lambiscón número uno", don Fidel Velázquez, declara al presidente Miguel Alemán "el obrero número uno". ¡Qué cinismo y desvergüenza! Como los sindicatos de industrias más fuertes y combativas del país no se plegaron a la central gobiernista (CTM), manipulada por traficantes y oportunistas, por considerarla nefasta y corrupta, el régimen alemanista quiso acabar con el movimiento obrero del país y de esta manera congraciarse con la burguesía capitalista criolla y con el ultraderechismo extranjero, pisoteando con todo cinismo su tan cacareado "régimen de derecho". La policía y fuerzas federales allanaban los locales de los sindicatos obreros, congelando sus fondos sindicales, cerrando cooperativas de consumo, clínicas obreras y dando posesión en muchas de ellas a los traidores charrros paniagudos del secretario del trabajo, "el Chato" Ramírez Vázquez.

El licenciado Miguel Alemán falsea la verdad

Escribo esto como corolario y fortaleza a nuestra lucha obrera y a muchos años de distancia, pero sin olvidar aquellas dramáticas jornadas escritas con candentes signos de rabia y co-

raje por los heroicos mineros de Nueva Rosita, Palaú y Cloete del estado de Coahuila, esperando humildemente sirvan de parangón o paradigma a la posteridad en sus reivindicaciones de la clase obrera. Lo escribo como viejo minero de la región, que sufrió en carne propia las vejaciones y atropellos de las empresas mineras de Nueva Rosita, las cuales eran protegidas en sus abusos por el régimen alemanista, en contubernio con el ultraderechismo estadounidense.

Se siente asco, se siente repudio ante las falsas y cínicas declaraciones expuestas por el expresidente Miguel Alemán, ante el periodista Suárez y publicadas en la revista *Siempre* el 14 de febrero de 1973. El buen señor trata de justificar su sucia y tenebrosa ejecutoria como presidente de la República, frente al auténtico movimiento obrero del país, no ante los líderes charros que él mismo prohijó y manipuló y que formaban parte de su corifeo, diciendo con un cinismo y descaro inaudito: "En materia obrera fui respetuoso del derecho de huelga, bajo mi gobierno se suscribieron los contratos colectivos de trabajo más importantes, creció el movimiento obrero, la organización campesina tuvo una activa participación política".

Para terminar lo dicho por este señor, que perdió la memoria, digo lo siguiente: El año de 1950 siendo secretario del trabajo "el Chato" Ramírez Vázquez, de triste memoria, la sección 14 de Nueva Rosita, la sección 28 de Palaú y la fracción número 1 de la sección 14 de Cloete del sindicato de mineros se lanzaron a un movimiento de huelga, no por desnivel económico, sino por respeto a la autoridad sindical de elegir libremente a sus dirigentes, repudiando a los líderes charros que el gobierno trataba de imponernos para proteger los intereses patronales y poder reprimir a la clase trabajadora para darle muerte al movimiento obrero del país.

Los principales sindicatos de resistencia fueron sometidos por medio de la fuerza pública: primero, el más fuerte y combativo fue el ferrocarrilero, en donde el charro Jesús Díaz de León fue el iscarote que se prestó a la maniobra; le siguió el sindicato petrolero, encarcelando a los hermanos Chimales; después el sindicato de electricistas, junto con otros sindicatos; y por último, el sindicato de mineros, nombrando por dirigente charro al traidor Jesús Carrasco.

La horrenda e infame represión del gobierno alemanista no se hizo esperar, los atropellos de la fuerza pública estaban a la orden del día. A las cinco de la mañana del 14 de diciembre, el inspector del Trabajo y el presidente de la Junta

de Conciliación de Sabinas, Pedro Guajardo antiguo miembro de la sección 14, haciendo gala de la fuerza federal, asaltaron el edificio del sindicato de la sección 14 colocando sellos en las puertas de entrada y en las oficinas, según, por órdenes giradas por el ministro del Trabajo, marioneta del presidente de la República. Más tarde, a las siete de la mañana, cuando los trabajadores en abigarrados grupos convergían por diferentes rumbos marchando presurosos hacia las puertas de la factoría y de la mina número 6 para entrar a su trabajo, se dieron cuenta de tan incalificable atropello y con justificado coraje lanzaron candentes imprecaciones contra los esbirros del gobierno y contra el traidor Pedro Guajardo; mientras tanto los soldados con el *máuser* en la diestra resguardaban el edificio, amenazando con disparar contra algunos trabajadores que trataban de investigar.

Al tercer día fue clausurada la cooperativa de consumo, propiedad de los mismos trabajadores, en donde se encontraban almacenados más de dos millones de pesos en mercancías que habíamos acumulado precautoriamente para sostener nuestro movimiento de huelga. Ese día a las diez de la mañana se presentó un capitán con un piquete de soldados armados hasta las orejas arrojando de las oficinas a los compañeros que formaban el consejo de administración y a empleadas, utilizando el mismo sistema de atraco que en el sindicato, dejando soldados en las puertas y retirando en forma amenazante a las familias que se encontraban haciendo sus compras. Al siguiente día fue clausurada la clínica obrera y como los compañeros administradores imputaron con hombría tan felónica e inhumana acción, fueron conducidos presos a Sabinas, trayendo como consecuencia, por falta de atención médica y medicinas, la muerte de algunos de sus hijos. También fueron congelados en los bancos nuestros fondos sindicales.

Nueva Rosita se convirtió en un campo de concentración, por doquier se veían camiones repletos de soldados, las calles eran patrulladas por elementos del ejército, se prohibió el derecho de reunión y cuando se juntaban dos o tres compañeros en la calle eran disueltos a culatazos. Como estaba clausurado el salón del sindicato y custodiado por fuerzas federales, el compañero Jesús Guzmán, secretario general local convocó a asamblea extraordinaria para las cinco de la tarde en plena calle, frente a la panadería Insurgentes, la cual habíamos declarado sede oficial de la sección 14 (justo es decir que dicha panadería pertenecía a mi estimado amigo Al-

fredo Oyerbides, luchador incansable dentro del movimiento obrero), como en dicha asamblea se iban a dar a conocer los motivos y repercusiones del conflicto, se convocó a todas las fuerzas vivas de la región, pero dicha asamblea fue disuelta a punta de ballonetazos por las fuerzas federales que comandaba el general Pliego Garduño.

Ante tales acciones quedan pálidas mis humildes pero veraces declaraciones ante la tenebrosa y dramática situación en que vivían los 5 mil mineros y sus familias en Nueva Rosita. Negro anatema sobre las cabezas fraguadoras de tan criminal acción, digna tan sólo de un gobierno fascista. A esto llama con cínica desvergüenza el expresidente de la República Miguel Alemán "que su gobierno fue respetuoso del derecho de huelga". También decía que durante su gobierno se suscribieron los más importantes contratos colectivos de trabajo, tal vez esto sea cierto pero, por lo que a contratos importantes se refiere, los mineros de Nueva Rosita, Palaú y Cloete no los firmaban con el proteccionismo del gobierno, sino con la combativa y unionista organización de los trabajadores y el justo derecho que nos asistía, aún cuando las compañías mineras esquilaban este derecho y la obligación de cumplir con las cláusulas de los contratos colectivos de trabajo.

El secretario general de la sección 14 enseña la oreja

Manuel Lira, Jesús Garza y Fernando Rangel, reconocidos por los trabajadores de la sección 14 como dóciles marionetas del charro Félix Ramírez, lanzaron con fecha 31 de enero de 1950 una circular al sistema, inconformándose con la Unión General de Obreros y Campesinos de México dando a conocer sin ningún razonamiento lógico la incompatibilidad de la lucha que libraba el obrero y el campesino al defender sus propios intereses, agregando que ellos serían incansables en su lucha por defender un mejor estándar de vida para sus agremiados. Todas estas manifestaciones eran signos retóricos, queriéndose limpiar la asquerosa suciedad que los compañeros les lanzaban en su cara. Nosotros, cansados de tanto entreguismo por parte de nuestros dirigentes, lanzamos un manifiesto.

A TODOS LOS TRABAJADORES DE LA SECCION 14
Y A OBREROS Y CAMPESINOS DE LA REGION
CARBBONIFERA DE COAHUILA (SALUD)

El miasmático y asfixiante ambiente en que vive la sección 14 a consecuencia de la perversidad, entreguismo y mala fe de sus actuales dirigentes, nos incitan a lanzar el presente manifiesto, sin rehuir ninguna responsabilidad que resultare por señalar la tenebrosidad de las gentes que dirigen los destinos de la sección 14; este grave problema debe ser estudiado, no sólo por los miembros de la sección 14 sino por todos los sectores que producen en la región carbonífera, por ser esta enorme masa de trabajadores una de las fuerzas determinantes en algunos aspectos de la vida social.

Nosotros los firmantes, al auscultar con detenimiento la inquietud y penuria que priva en la masa trabajadora, pecaríamos de cobardes o carentes de reponsabilidad si no expusiéramos ante nuestros compañeros cómo pensamos frente al palpitante momento que se cierne dentro de las filas de la sección número 14.

Ya no es posible seguir viviendo rodeados de tanta inmundicia sindical, tanto pillaje y tanta perfidia. Mientras la auténtica masa laborante se debate, luchando por hacer respetar sus caras conquistas sindicales, un grupo de traficantes mercenarios en asquerosas componendas con las empresas raqueteras de este lugar, pisotean y violan nuestro contrato colectivo de trabajo y corrompen la moral de nuestros tristes compañeros.

Si la empresa tipo capitalista, en vez de sobornar con miserables bebidas embriagantes el espíritu y buena fe de sus trabajadores, si en vez de crear divisiones estériles aplicando el proteccionismo y tolerancia entre unos cuantos imbéciles que venden sus derechos, no por un plato de lentejas, sino por un trago de mezcal o una cerveza, se dedicara a cumplir con las cláusulas contractuales, posiblemente las relaciones entre sindicato y compañía serían más cordiales y respetuosas. Pero, preguntamos, ¿por qué no se ha cumplido con el artículo 87 de nuestro contrato en su tercer párrafo?, que dice: "...asimismo las compañías se obligan a acondicionar o constituir un pabellón para enfermedades infecciosas o contagiosas". En el acta número 28 del día 7 de mayo de 1948, hoja número 2 dice: "Las partes han convenido en lo siguiente, sin que este convenio forme parte del artículo anterior, sin que forme parte del contrato, las compañías están dispuestas a equipar a la clínica con el instrumental y equipo médico-quirúrgico y equipo de laboratorio que han recomendado como necesario, etcétera. Así como una ambulancia para ser utilizada en el servicio de la propia clínica". Hoja número 3: "Las compañías convienen en construir una sala de infectología así como acondicionar

dos consultorios para los médicos adicionales que se van a emplear para la clínica". Preguntamos también, ¿por qué no se ha cumplido con este convenio que está fuera del contrato? Preguntamos también, ¿por qué no se ha cumplido con el artículo 242?, donde las compañías están obligadas a construir cuando menos cinco casas para los trabajadores cada mes, y además dos cuartos anexos y dos cuartos de baño con servicio sanitario para las casas de la colonia Roma. Con todas estas mermas y otras muchas que sería inútil enumerar, las empresas se han ahorrado muchos cientos de miles de pesos y todo por la mansedumbre y entreguismo de nuestros turbios dirigentes, pero repetiremos lo que un agitado y valiente compañero les ha gritado muchas veces: ¡Tan mansos que ya comen sal en la mano de los gringos! Y para colmo de desvergüenza lanzan una circular al sistema diciendo que seguirán en su lucha incansable y en su unidad indestructible, hasta conseguir un mayor estándar de vida para sus agremiados; pero si no tienen el valor, ni los atributos de hombres de lucha para defender lo conquistado, menos van a tener el valor de exigir mayores prestaciones.

Nosotros, los que siempre hemos considerado como una ley sobrenatural la lucha de clases, no nos tragaremos la píldora dorada de la cámara patronal que trata de ganar terreno con nuevas doctrinas de falso entendimiento, no mediremos fronteras ni peligros, y lucharemos contra todo lo que signifique retroceso sindical, pero principalmente contra la explotación insolente de las empresas, y contra los traidores que forman las fuerzas regresivas utilizadas por el sistema gubernamental.

El momento de prueba por el que atraviesa el movimiento obrero de México frente a las agresiones insolentes del imperialismo, sirva de agua fuerte para separar valores que sirvan de avanzada en la cruzada que tenemos que librar ante la negativa de las empresas y contra la perfidia de los tortuosos incondicionales.

Adelante y en pie de lucha hasta obtener la victoria

Nueva Rosita, Coahuila. Febrero de 1950

Abdenago Frausto	Ramón Banda	Cornelio Salas
Epigenio Coronado	Ramón Galván	Feliciano Ortiz
José Tapetillo	Esteban Lozano	Maximino Vega
	Esteban González	

En la nueva contratación que acababa de celebrarse, los compañeros de la oficina de raya que distribuían las tarjetas de trabajo durante los tres turnos, se quejaron con tristeza y

amargura de no haber alcanzado el aumento meritorio que justamente merecían y me pidieron que interviniera ante el secretario general, ya que aparte del raquíctico sueldo les exigían mayor rendimiento en el trabajo. Yo les ofrecí que vería qué les podía conseguir. Por la tarde fui con el secretario y este me manifestó que ya había tratado el negocio con la gerencia, pero que todo había resultado infructuoso. Cuando los muchachos volvieron a entrevistarme les informé del resultado negativo por parte de la empresa y les hice ver la profundidad del problema, diciéndoles que si verdaderamente eran pollos con espolones de gallos de pelea, hicieran uso de sus aptitudes. Debo advertir que estos muchachos trabajaban con una rapidez corporal dinámica, con agilidad de manos, dedos, vista y cerebro y que no cualquiera desempeñaba dicho trabajo.

El primer día que los muchachos pusieron en marcha su plan, se quedaron sin tarjeta de trabajo y como unos cincuenta obreros fuera de las puertas de entrada, porque las cerraban a la hora indicada. El segundo día se quedó también afuera una larga fila de obreros. Con aquel incidente, la empresa un tanto molesta, mandó llamar al comité ejecutivo del sindicato para exponerle tan atrevido hecho, responsabilizándose al mismo tiempo del conflicto. Después de algunas investigaciones y como yo no era nada grato para ellos, por mi furibunda lucha sindical y por crearme el consejero de los empleados conflictivos, la empresa dio por terminado mi contrato de trabajo alegando amenazas y rebeldía de mi parte, como corolario de su determinación. Quisieron someter y dominar el espíritu rebelde de los compañeros de la oficina de raya, y como hubo algunas protestas desafiantes a la empresa, también fueron despedidos los compañeros Guillermo Winter y Manuel J. Santos muchachos que, a mi juicio, no tenían por qué ser involucrados en el conflicto, toda vez que eran compañeros pasivos que ni a las asambleas concurrían y solamente iban cuando algún interés muy importante los impulsaba.

Manuel Lira, secretario general del sindicato, al cual nuestro grupo lo había elevado a tal puesto, cuando depusimos a Silviano Rangel, no fue para defender nuestro despido como era su deber, y menos el comité ejecutivo nacional que ya había caído en las garras gobiernistas. Como la asamblea que se celebraría el siguiente viernes se auguraba tormentosa, agresiva y desafiante para el comité ejecutivo local, éste solicitó auxilio al comité ejecutivo nacional y envió a Servan-

do Zúñiga, que por desgracia era miembro de la sección 14, con el propósito de solucionar el conflicto con la empresa. El arreglo que este elemento firmó con la empresa, en concordancia con Manuel Lira, fue reponer en sus puestos a los compañeros Winter y Santos y yo quedaba despedido definitivamente, en virtud de que la empresa manifestaba no necesitar de mis servicios con la salvedad de que yo estaba en absoluta libertad de enderezar una demanda por despido injustificado en contra de la empresa. Cuando se dio a conocer a la asamblea el arreglo firmado entre la empresa, Zúñiga y Lira, Feliciano Ortíz respondió con la peculiar y desafiante valentía con que siempre defendía los derechos de sus agremiados, la asamblea fue candente y tormentosa. El compañero Feliciano, de fácil palabra y convicciones profundas, después de un furibundo debate con Zúñiga y Lira, los tildó de marranos, traidores a su clase, perros falderos de la *American Smelting*, diciéndoles: "El arreglo que ustedes han tenido con la empresa deja ver la consigna que traen del charro Felix Ramírez, haciéndole el juego a la empresa. ¿Quién ignora el papel que ha venido jugando el compañero Frausto en defensa de los trabajadores, y últimamente en defensa de los compañeros de baterías?", proponiendo que Manuel Lira fuera suspendido en sus funciones por entreguista y traidor y que entrara su suplente Jesús Guzmán, y así se hizo.

Una vez presentada mi demanda en contra de la empresa, por despido injustificado, y después de tener el comprobante de registro en mis manos, me comuniqué telefónicamente con Agustín Guzmán para informarle que había sido despedido. El compañero Guzmán con la información que le di y con toda diligencia, envió un telegrama urgente al presidente Alemán en los siguientes términos:

"HACEMOS CONOCIMIENTO DE SU EXCELENCIA QUE OFENSIVA EMPRESA CONTRA CLASE TRABAJADORA CONTINÚA TRADUCIÉNDOSE EN DESPIDOS DIRIGENTES RESPONSABLES ORGANISMOS. COMPAÑERO ABDENAGO FRAUSTO, SECRETARIO GENERAL FEDERACIÓN REGIONAL OBREROS Y CAMPESINOS NORTE COHAUILA Y DIRIGENTE MUY QUERIDO REGIÓN, HA SIDO DESPEDIDO POR EMPRESA CARBONÍFERA SABINAS, S.A. ROGAMOSLE SU VALIOSA INTERVENCIÓN OBJETO REINSTALAR DIRIGENTE ALUDIDO. AGUSTÍN GUZMÁN, SECRETARIO GENERAL UGOCM."

Este telegrama fue fechado el 17 de enero de 1950 y con

fecha 15 de enero del mismo año Agustín Guzmán envió un oficio a Félix Ramírez, secretario general de mineros, suplicándole "interpusiera su ayuda objeto reinstalación". Toda la defensa interpuesta por mis compañeros Agustín Guzmán, Adán Nieto, Rafael López Malo y Guillermo Herrera Garuño, en favor de mi demanda de despido fue inútil ante la agresión del gobierno alemanista de acabar y dar muerte al movimiento obrero del país.

La sección número 28 de Palaú se va de huelga

La sección número 28 de Palaú, miembro de la Federación Regional de Obreros y Campesinos del Norte de Coahuila, comenzó sus pláticas con la Compañía Unida de Palaú, S.A. sobre la revisión de su contrato colectivo de trabajo bajo signos de buena comprensión y entendimiento, pero como dicha sección no reconocía al comité espurio de Jesús Carrasco, la Secretaría del Trabajo, manejada por "el Chato" Ramírez Vázquez, ordenó a la compañía romper las pláticas con la sección 28. Por este motivo fuimos el compañero Maximino Vega P. y yo, a hablar con Pablo Aguilar y Esteban Guzmán para conocer más a fondo el problema y poder cooperar con más eficacia en su resolución y lanzamos el siguiente manifiesto:

A TODOS LOS TRABAJADORES DE LA SECCIÓN 28 DEL SINDICATO DE MINEROS:

Impelido por circunstancias específicas, no sólo de carácter intergremial, sino de insolentes provocaciones por parte de las empresas nacionales y extranjeras, los trabajadores mineros y metalúrgicos que prestan sus servicios en las compañías carboníferas de Sabinas, S.A., *Mexican Zinc*, de Nueva Rosita, Compañía Unida de Palaú, S.A., Carbón y *Coke* de Cloete y Altos Hornos de México de Monclova. Después de un concienzudo estudio sobre los aspectos morales, legales y políticos que encierra el espinoso problema que en estos momentos los está asfixiando, han resuelto lanzarse a la huelga, sabedores que esta es la única arma con que cuenta la clase trabajadora, ya no cuenta ni existe en el código laboral para el señor ministro del Trabajo, porque los fondos de resistencia se congelaron para quebrantar la fuerza combativa de los trabajadores; que el señor ministro careciendo de facultad ministerial y legal desconoce personalidad a los dirigentes sindicales, con el asqueroso y malévolo propósito de sembrar la incertidumbre, el pá-

nico y el derrotismo dentro de las filas de los trabajadores que luchan en defensa de sus legítimos derechos laborales.

Pero todo este contumaz proceder, este enemigo público número uno de la clase trabajadora, en contubernio con las empresas extranjeras, que no se cansan de su criminal tarea de explotación y rapiña a las clases proletarias, y de vil piratería a la riqueza de nuestra patria. Hasta estos momentos conflictivos y traicioneros de parte de malos mexicanos no han podido envilecer, menguar ni quebrantar el espíritu combativo de las masas trabajadoras, por el contrario, las filas proletarias se unifican día a día, y el espíritu de sacrificio se agiganta ante las amenazas de los poderosos.

Los trabajadores mineros de la sección 28 de Palaú, consecuentes y resignados con la amargura de su dura lucha, no han medido distancias ni escatimado peligros frente al afán indetenible de seguir luchando, hasta que su convivencia social sea más justa y más humana.

Por esta sola razón, el día 25 del actual, a las diez de la mañana, sabrán poner a prueba, como un solo hombre, la resistencia de su lucha unionista contra la traición, perfidia y entreguismo de los cancerberos de la GUPSA. La fuerza minera de los obreros de la sección 28 de Palaú, que en diferentes ocasiones ha demostrado su templanza, su desafío y su coraje contra sus explotadores y traficantes, no podrá ser destruída en estos momentos difíciles de prueba, porque en el crisol de esta organización, se han fundido los más firmes valores humanos, se han cristalizado las incorruptibles ideas libertarias, y se han forjado en el yunque del trabajo minero, los hombres de templanza que se codean con la muerte, en el fondo obscuro de la mina.

Si la compañía Minera de Palaú, S.A., sigue pensando que el apoyo brindado a sus intereses por la Secretaría del Trabajo es suficiente para que los trabajadores de la sección 28 se doblegen mansamente, con todo respeto les diremos que están muy equivocados.

Sabinas, Coah. a 10 de octubre de 1950
Federación Regional de Obreros y
Campesinos del Norte de Coahuila

Abdenago Frausto García
Secretario General

Maximino Vega Portales
Secretario del Trabajo

José Inés Torres
Secretario de Organización

Delegados a la VI Convención de Mineros

Con fecha 18 de febrero de 1950, el comité ejecutivo del sindicato de mineros lanzó la circular número 933, por medio de la cual se daban a conocer al sistema, las reformas estatutarias que deberían ser estudiadas por la VI Convención de mineros que se celebraría en la Ciudad de México el día 15 de mayo de 1950. Para dar cumplimiento a lo ordenado en dicha convocatoria, la sección 14 nombró a sus delegados y como siempre, los hierberos no pudieron con la fuerza del grupo. Por aplastante mayoría fueron designados como delegados los compañeros Cornelio Salas, Maximino Vega P., Ramón Banda y el que esto escribe, y por la fracción primera de Cloete el compañero Pedro Saldivar.

Es pertinente decir, que los vientos que soplaban dentro del comité ejecutivo nacional no eran nada bonancibles, pues el compañero Agustín Guzmán, secretario general de la UGOCM, fue sustituido por el anodino y prevaricante Félix Ramírez que, sin ningún ápice de escrúpulo sindical pronto se entregó convenencieramente a las caricias veleidosas del ministro del Trabajo, traicionando la lucha vertical de los mineros. Apoyado por éste último, Félix Ramírez desconoció a los auténticos delegados de la sección 14, para formar una convención espuria, con representantes apócrifos, como los de la sección 14, que fueron nombrados por él en un cuarto del Hotel Rosita. A los delegados auténticos, con limpia trayectoria de lucha numéricamente mayoritaria, no les fueron registradas sus credenciales con el fin de darle entrada a los traidores hierberos, morrongos de la *America Smelting* y dóciles lacayos del "Chato" Ramírez Vázquez.

La sección 66 de Monterrey y 15 secciones más, siendo de las más fuertes y combativas, desconocieron la fraudulenta maniobra y abandonaron la convención, instalándose posteriormente en Netzahualcoyotl número 9 constituyéndose en convención, donde nuestras credenciales fueron reconocidas como legales. De acuerdo con el temario y estatuto sindical, la convención debería designar parte de los nuevos dirigentes nombrando a Antonio García Moreno, Abdenago Frausto y Juan Poso, para ocupar los puestos de secretario general, secretario del trabajo y tesorero, respectivamente. En todas las secciones del sindicato de mineros que no reconocieron la maniobra traicionera de Félix Ramírez, las compañías empezaron a despedir, por indicaciones del secretario del Tra-

bajo, a los compañeros más combativos que con heroico valor defendían sus derechos sindicales.

Nuestro cuartel general lo teníamos en el Hotel Mina y una noche después de analizar detenidamente el problema por todos sus ángulos, tomamos el acuerdo de que yo me regresara a Nueva Rosita a informar sobre la situación prevaliente. El compañero Jesús Guzmán convocó a asamblea y después de oír mi informe circunstancial, el compañero Francisco Solís propuso que en vista de que no se habían respetado los derechos sindicales, punto fundamental de toda lucha clasista, la sección 14 debía esgrimir su arma poderosa: "la huelga", proposición que fue aprobada por aplastante mayoría. Se nombró el comité de huelga, proponiéndome para presidente, entonces hice la aclaración de que estaba despedido por la empresa, y tenía una demanda en contra de la misma. No obstante, fui nombrado presidente del comité de huelga junto con los compañeros Ciro Falconi, Félix Cruz y Feliciano Ortiz. Con este movimiento de la sección 14 se recrudecieron las hostilidades por parte de las empresas y el gobierno alemanista, cesando de su trabajo a todo elemento que se pronunciara en favor de la lucha sindical. Con el nombramiento que me fue otorgado por la asamblea comenzamos a preparar toda la documentación relativa al emplazamiento de huelga, así como las listas de trabajadores de conservación, señalando las diez horas del día 16 de octubre de 1950 para que estallara el movimiento en las plantas de las compañías Carbonífera de Sabinas, *Mexican Zinc* y la planta de Cloete.

Cuando llegaron los compañeros Rafael López Malo y Marciano Montiel para conocer si nuestro movimiento de huelga tenía carácter legal o estábamos fuera de la ley, nos hicieron ver un punto ambiguo. Para no correr el riesgo de que pudieran declarar inexistente la huelga, era menester nombrar a otro compañero en mi lugar, en virtud de que yo estaba cesado del trabajo. Aún cuando no tenía perdidos mis derechos por tener interpuesta una demanda en contra de la Carbonífera de Sabinas, S.A. no deberíamos exponer el problema. Todos estuvimos de acuerdo y por unanimidad nombramos a Pancho Solís, como presidente del comité de huelga.

Cumpliendo con todos los requisitos legales, el comité ejecutivo local presentó con fecha 27 de septiembre, ante la Junta Federal de Conciliación y Arbitraje de Sabinas, Coahuila, el pliego de emplazamiento a huelga. Pedro Guajardo, presidente de la junta y exmiembro de la sección 14, sin ningún comentario en contra dio entrada al mencionado pliego, con-

vocando a las partes en conflicto a la junta de conciliación para el día 10 de octubre de 1950, advenimiento que nunca se efectuó porque el ministro del Trabajo, otorgándose facultades ilegales, ordenó a la junta dejara sin efecto el procedimiento en virtud, según él, de que los que habían presentado el pliego de emplazamiento no tenían personalidad jurídica. La junta, saliéndose arbitrariamente de los cánones de la ley dio por terminado el conflicto, archivando el expediente.

Nueva Rosita se convertía en un bastión de la lucha obrera, las fuerzas federales custodiaban las calles, amenazando y atropellando a cuanto ciudadano se reunía a platicar con su vecino, de tanta miseria, angustia y desesperación. Las mujeres, madres, esposas e hijas de los trabajadores, se reunieron y formaron la Alianza Femenil Coahuilense, encabezando esta sociedad la gran compañera de lucha Guadalupe Rocha. Esta organización había levantado muy en alto el pendón glorioso de las reivindicaciones de los mineros de Rosita, Palaú y Cloete, inspirando en sus asambleas el entusiasmo, la fe y la confianza en nuestra lucha por el derecho de huelga, autonomía sindical y coalición en nuestros movimientos de lucha. En Nueva Rosita, Palaú y Cloete los trabajadores huelguistas luchaban denodadamente contra las fuerzas regresivas y traidoras del comité charro de Jesús Carrasco que, en conciliábulo con el régimen alemanista, habían desatado una brutal represión en contra de los mineros huelguistas. Las fuerzas militares patrullaban el mineral, por doquier se veían cruzar camionetas repletas de soldados armados, manejadas por empleados de confianza de la *American Smelting*, algunas con micrófonos pidiendo a los huelguistas que volvieran al trabajo, que no dieran oído a sus líderes que los habían engañado, que la huelga estaba perdida. Pero los trabajadores firmes en sus propósitos de lucha no oían el canto de las sirenas gobiernistas ni norteamericanas. Ya habían transcurrido casi sesenta días de huelga sin ser quebrantado ni marchitado el espíritu combativo de los heroicos mineros.

Los informes telefónicos que dábamos a los mineros desde la Ciudad de México nada halagadores, pero llenos de fe y esperanza en el triunfo de nuestra causa, hacían revivir el ánimo de algunos pusilánimes y acobardados compañeros. El tiempo, en su giro indetenible, seguía transcurriendo, el licenciado Alemán con su sonrisa mordaz, seguía sosteniendo que su gobierno era respetuoso de los derechos de los trabajadores dentro de los cánones de la ley, pero se negaba a dar audiencia a la comisión de mineros que se encontraba en Mé-

xico. Los trabajadores cansados de tantas inconsecuencias y mentiras tomaron el acuerdo de salir a pie, en caravana de protesta hasta la Ciudad de México, para pedirle al señor presidente que les hiciera justicia, en virtud de que su secretario del Trabajo se había convertido en furibundo enemigo de los mineros de Rosita, Palaú y Cloete.

Cuando recibí un telegrama en el Hotel Mina, donde el compañero Jesús Guzmán me notificaba que los trabajadores, en asamblea plenaria, habían acordado salir a pie en caravana a la Ciudad de México en demanda de justicia y reclamo de sus derechos sindicales, inmediatamente nos fuimos a ver al compañero García Moreno, secretario general auténtico, reconocido por la mayoría de las secciones mineras. Después de discutir con él los puntos positivos y negativos del acuerdo tomado por los trabajadores de Nueva Rosita, nos fuimos a la CTAL para hablar con el licenciado Toledano, y reunidos varios dirigentes obreros de diferentes organizaciones y miembros del comité de defensa de las huelgas de Coahuila, interesados en resolver favorablemente nuestro conflicto, casi la mayoría se inclinaron por evitar que saliera la caravana alegando tortuosas maneras, geográficas distancias, inclemencias del invierno, problemas económicos, enfermedades y lo tremendo y azaroso que sería cruzar la Sierra Madre. Todos estos alegatos pintados con tenebroso dramatismo no nos arredraba en sostener el acuerdo de los compañeros de la sección 14 en salir en caravana a entrevistarnos directamente con el presidente de la República. También discutimos con García Moreno, quien se opuso, alegando que de los 5 mil mineros que salieran solo llegarían unos cuantos, porque consideraba que recorrer mil 400 kilómetros no era una empresa sencilla ni fácil y sí llena de azarosas eventualidades y que sería un fracaso, siendo más prudente reunirse con el comité de defensa de las huelgas para tomar alguna determinación más positiva. Yo como delegado y secretario del Trabajo, aún cuando mi nombramiento no estaba reconocido por la Secretaría del Trabajo, no estaba dispuesto a sabotear los acuerdos de mis compañeros mineros y en junta de ejecutivo les hice ver las consecuencias perturbadoras, no sólo para los mineros de Nueva Rosita, sino para el movimiento obrero del país. Todos los esfuerzos que hacíamos, todos los resortes que estirábamos, todas las palancas que movíamos tratando de resolver favorablemente el problema de la sección 14 eran negativos. Mientras en México la punta de la hebra de la madeja no se encontraba, los com-

pañeros de la sección 14 vivían momentos de penuria y desesperación.

Debo decir que al estallar la huelga de los obreros de la sección 14, en el año de 1950, de los 5 mil y pico de trabajadores, todos salimos a huelga, sólo se quedaron como baldón de lucha obrera los rastros, los eunucos, es decir, la carroña sindical que con su fetidez querían corromper a los hombres bien nacidos.

Sale la caravana a la Ciudad de México

Acatando el acuerdo de la asamblea, la caravana de mineros de la sección 14 salió el día 20 de enero de 1951 a las diez de la mañana rumbo a la Ciudad de México. No era una caravana de hambre como perversamente se le ha querido denigrar por los reaccionarios y enemigos de la clase obrera, porque no íbamos a mendigar mendrugos de pan, ni a levantar migajas de debajo de la mesa de los magnates y poderosos enquistados en el régimen alemanista, íbamos en demanda de justicia y reclamo de derechos.

El día 3 de febrero nos dimos cita en el CTAL con el propósito de definir la conveniencia o inconveniencia de la caravana, que ya se encontraba en camino. Las discusiones se prolongaban porque el licenciado Toledano y algunos otros miembros del comité de defensa de las huelgas se oponían a que la caravana continuara su marcha, alegando fútiles trastornos y además el licenciado Toledano nos informaba que ya tenía concertada una audiencia con el señor presidente de la República. Los mineros comisionados no estuvimos de acuerdo en que la caravana detuviera su marcha y nos fuimos al hotel un tanto contrariados y confundidos. Esa tarde reunidos en el hotel y después de una llamada que recibí de Jesús Guzmán, decidimos incorporararnos a la caravana, ya que ahí no había nada que pelear y estábamos hartos de las promesas del licenciado Toledano y demás dirigentes.

Las crudas y gélidas mañanas de enero habían pasado, dejando hondas huellas de contricción en algunos compañeros, pero con el ánimo renovado para seguir adelante. Como a las diez de la mañana del 5 de febrero, íbamos llegando a Saltillo cuando nos topamos con la caravana que iba entrando. Platicamos con Pancho Solís, quien me comentó que los comisionados y sindicatos de Saltillo habían organizado un mitin frente al Palacio de Gobierno, pidiéndome que hiciera

uso de la tribuna y expusiera públicamente frente al señor gobernador y al pueblo de Saltillo, los motivos que habíamos tenido para lanzarnos a la huelga en contra de las compañías, en virtud de que yo, mejor que nadie, conocía como se había venido desarrollando este asfixiante problema.

De la vetusta catedral saltillense se escucharon roncros y vibrantes sonidos de su campanario indicando las doce de la mañana, mismo instante en que los contingentes mineros se iban acomodando en los jardines frente al Palacio de Gobierno, encontrándose en uno de ellos el señor gobernador con varios de sus colaboradores, entre ellos el profesor Federico Berrueto Ramón, secretario de gobierno, conocido mío desde nuestra juventud. La barandilla saliente de uno de los ventanales de un hote, sirvió de tribuna para los oradores. Cuando me tocó hacer uso de la palabra, llamando atentamente la atención del señor gobernador, según su telegrama que hacía poco había recibido, en donde me señalaba la inquebrantable política de su gobierno de respeto y garantía a los derechos de los trabajadores y autonomía en sus determinaciones, pedí el cese de la persecución y encarcelamiento de compañeros, como era el caso de Nazario Guzmán, administrador de la clínica obrera, tan sólo por el honroso y humano delito de dar atención médica a los hijos de los trabajadores. Enumeré una a una toda clase de arbitrariedades que habíamos sufrido, y pedí, a nombre de mis compañeros caravaneeros que cesaran tan inhumanas injusticias que denigraban y envilecían a su gobierno y al régimen de derecho del presidente de la República. Terminado el mitin, se presentó un empleado que iba de parte de Federico Berrueto Ramón, diciéndome que el gobernador deseaba hablar con los representantes de la caravana. Le fuimos a ver, y enumeramos nuevamente todas las arbitrariedades cometidas tanto por las empresas como por el gobierno federal, así como los motivos que habíamos tenido para lanzarnos a la huelga. Después de conocer detalladamente el problema, como primera acción se comunicó a Sabinas y ordenó a las autoridades la liberación de los compañeros presos. Posteriormente nos ofreció su sincera y franca intervención ante el presidente, pidiéndonos dos días de plazo para la resolución de nuestro problema.

Transcurridos los días de plazo no hubo ningún arreglo satisfactorio, debido a la inquina e intransigencia del "Chato" Ramírez Vázquez, quien seguía sosteniendo que los derechos que los trabajadores reclamaban estaban fuera de la ley. ¡Que miopía del señor ministro! Los buenos deseos del guber-

nador de obtener la primicia del arreglo de los mineros huelguistas fracasó. Debo decir sin ningún signo lisonjero, porque soy alérgico a las adulaciones y lambisconerías (perdonando la palabra), que la manutención de la caravana, durante el tiempo que pasamos en Saltillo tratando de solucionar nuestro conflicto, corrió por cuenta del gobernador, demostrando, con este acto de humanidad su profundo interés por ayudar a los mineros, aunque para otras personas esto fue calificado como política futurista.

Desde Saltillo, el compañero Antonio García Moreno y el que esto escribe nos incorporamos a la caravana ya con el carácter de secretario general y secretario del trabajo del sindicato de mineros respectivamente, nombrados por la VI convención no reconocida por la mafia gobiernista.

Trayecto Saltillo-Monterrey

La mañana estaba un poco fría, el dorado disco solar comenzaba a levantarse en el combo infinito del horizonte, esparciendo sus rojos arreboles, formando una fantasmagórica ilusión óptica. La ondulante cinta asfáltica, cual serpiente entumecida, parecía estirarse y encogerse lentamente entre el valle y la montaña, trepando y bajando cuestras y hondonadas. No obstante el frío viento que soplaba, helando las orejas, la abigarrada columna humana, silenciosa y en perfecta formación continuaba su marcha indetenible y pensativa tal vez en un devenir incierto, pero lleno de fe y esperanza en el triunfo de su causa y sus derechos.

En un lugar denominado Los Cárdenas hicimos un alto, porque el senador Elizondo me pidió un recuento de la caravana, ya que así lo había ordenado el señor gobernador. Eramos 4 mil 816 mineros, sin contar a los enfermos.

Las jornadas reglamentadas eran de 25 kilómetros por día, con algunos minutos de descanso. Eran duras, y no por la distancia que recorriamos, sino por las inclemencias de la temperatura invernal. En las mañanas, antes de que el sol se asomara, el gélido viento silbaba en nuestra cara congelando los oídos, y en las tardes, cuando el sol tramontano se hundía en la montaña volvía a sentirse el rigor del invierno. Cuando el clarín de órdenes daba el toque de levante, sentíamos como caía la escarcha de nuestras mantas. Ni el aullido de los lobos o chacales, ni las alimañas de la selva nos atemorizaban, sólo la enfermedad entristecía nuestro ser.

El 12 de febrero hicimos la entrada a La Sultana del Norte, en donde las secciones mineras 64, 66 y 67, así como sindicatos obreros y pueblo en general, nos recibieron con las mayores muestras de compañerismo. Después del mitin acampamos fuera de Monterrey con rumbo a Ciudad Victoria, Tamaulipas.

El doctor Ignacio Morones Prieto, gobernador de Nuevo León, quería a toda costa conquistar la premisa o derecho de arreglo de los mineros de Rosita, Palaú y Cloete, en vista de que el de Coahuila había sido incapaz de hacerlo creyendo tal vez, que él con sus argumentos convencería al presidente de la República y al "Chato" Ramírez Vázquez de su error y mala fe que sentían en contra de los combativos mineros del norte de Coahuila, pero todo resultó negativo ante las tortuosas palabras del secretario del Trabajo quién sostenía que estábamos fuera de la ley. ¡Imbécil!.

Con satisfacción y orgullo manifiesto que la experiencia adquirida en nuestra larga lucha obrera, nos impelía a proteger y tapar todos los resquicios por donde pudiera filtrarse una falla ilegal en nuestros continuos movimientos de huelga, y por esto siempre las ganamos.

Como los periódicos reaccionarios y clericales llenaban sus columnas con falsedades y mentiras un rancho anciano que tenía su rancho a orillas de la carretera, temeroso de sufrir algún robo en su ganado lo transportó fuera del alcance de la caravana, pero cuando pasamos y se dio cuenta de nuestra actitud, disciplina y comportamiento, fue personalmente por un novillo y lo mató, repartiendo la carne entre los compañeros caravaneros, deseándonos buena suerte y mostrándonos una sincera amistad. Reynaldo Guerra, presidente de vigilancia y Raymundo Rodríguez, comisionado especial, habían dado la orden terminante de respetar lo ajeno y prohibieron tomar o llevar bebidas embriagantes, así como mantener una correcta disciplina y un buen comportamiento, con el sano propósito de dar un mentís a la prensa mercenaria y corrupta que, con sus asquerosas mentiras denigraba y vituperaba nuestra fuerza combativa.

Los kilómetros recorridos dentro de los límites de Nuevo León estuvieron llenos de emociones sorprendentes e innarrables, tanto panorámicas como espirituales, que daban voluptuosidad a nuestra alma. A diestra y siniestra de la ondulante carretera, se extendían las verdes huertas naranjeras, algunas ya en sazón, daban una dorada tonalidad que perfumaba el ambiente con rica fragancia de azahar, no obstante

que las doradas pomos, colgando de sus ramas, nos invitaban tal vez a mitigar la fatigosa sed de nuestra caminata. Ningún caravanero se atrevía a quebrantar la rígida disciplina impuesta por nuestro consejo de vigilancia, de respeto a lo ajeno, recordándonos el apotegma juarista: "El respeto al derecho ajeno es la paz". Como a las cinco de la tarde llegaron dos camiones cargados con dulces y sabrosas naranjas que generosamente nos obsequiaron los dueños de aquellos vastos y ricos naranjales.

Pasamos por Ciudad Victoria sin ninguna contingencia grave, salvo algunos brotes palúdicos, que no fueron motivo de deserción o cobardía, como lo afirmaba la prensa mercantilista, porque los mineros, ya muy bien forjado su recio carácter en el yunque del sufrimiento y su firme convicción, no dejaron marchitar su espíritu de lucha, antes bien sus ansias de libertad se iban fortificando y templando cotidianamente a través de las manifestaciones de simpatía que el pueblo entero nos brindaba. Por acuerdo de asamblea se ordenó que nuestros dirigentes informaran cotidianamente el curso que seguía nuestro movimiento, en acatamiento de dicho acuerdo todas las tardes, después del rancho, el clarín de órdenes daba el toque de reunión y en plena carretera, y acariciados por el susurro del fresco viento vespertino, se abría la asamblea dando lectura a algún oficio o telegrama, los comisionados daban su informe y en forma democrática se tomaban los acuerdos.

Un grave problema se nos presentó al trasponer la muda, pero peligrosa Sierra Madre, ya que en ambos lados de la carretera sólo se contemplaban hondos e insondeables precipicios, y eran varios cientos de kilómetros los que teníamos que recorrer, por lo tanto no había paraje propicio para que la caravana pernoctara, por el peliro amenazante de los vehículos que pasaban casi volando. Con tal motivo y por acuerdo de asamblea, fui comisionado para ir a hablar con el compañero Arturo Orona de la comarca lagunera de Torreón para que los ejidatarios nos proporcionaran los camiones necesarios para el traslado de la caravana. Después de no pocas dificultades con la policía de tránsito y del municipio, porque nos impedían la salida de los camiones que la sociedad 40 con toda buena voluntad nos proporcionó, soltando con mala intención la turbia agua del Río Nazas. Con una bien urdida estrategia logramos burlar las sucias maniobras de las autoridades municipales, sacando los camiones del municipio de Torreón. Con los camiones un poco dispersos logramos sor-

tear el eminente peligro que nos amenazaba al cruzar la Sierra Madre. Después de algunas jornadas llegamos a San Cristóbal Ecatepec venciendo los problemas. Allí paramos y celebramos un acto cívico ante el monumento del generalísimo don José María Morelos y Pavón, haciendo memoria de sus heroicas hazañas por la independencia de nuestra patria, recordando también la histórica constitución de Apatzingán, promulgada por el Congreso el 22 de octubre de 1814.

Al siguiente día, después de una corta jornada, llegamos y acampamos en las goteras de la pomposa y a la vez ingrata "ciudad de los palacios". Desde la colina de los Indios Verdes contemplábamos con suma alegría, el esplendoroso Valle de Anáhuac, la tierra prometida, emulando al pueblo hebreo, pero el faraón alemanista, haciendo gala de su despectiva sonrisa, ni siquiera tuvo la gentileza de recibirnos.

El día 10 de marzo de 1951, a las once de la mañana, todo estaba preparado para hacer la última jornada de nuestro penoso éxodo, en busca de justicia y reclamo de derechos.

El día era radiante y risueño sin presagios de tormenta, al igual que nuestra esperanza y fe en el triunfo de nuestra causa. Desde muy temprano empezaron a llegar infinidad de comisiones de sindicatos obreros, que haciendo causa común con nuestra lucha, nos daban la bienvenida. A las 11:30 horas, llegó el comité ejecutivo de la UGOCM, encabezado por su dinámico dirigente Agustín Guzmán, el compañero Adán Nieto, la incansable batalladora Estela Jiménez Esponda y sucesivamente el maestro Lombardo Toledano, y otros simpatizantes de nuestro movimiento, a los que les narramos las amargas peripecias que habíamos tenido que sortear, así como las demostraciones de simpatía de la clase proletaria durante nuestra odisea.

Era indescriptible el febricitante entusiasmo y espíritu de lucha del pueblo capitalino, las calles por donde marchaba la columna estaban abarrotadas de entusiasmada gente que lanzaba estridentes vivas a los mineros de Coahuila. El mudo combo y plomizo majestuoso monumento de La Revolución, dio paso a la imponente caravana minera. ¿Pero quién duda, que desde sus entrañas, los auténticos revolucionarios allí sepultos, rebulléndose en sus criptas, haciendo garras sus fúnebres sudarios, con iracunda mirada lanzaban quemantes anatemas a los traidores que han mistificado sus caros ideales de libertad y derechos conquistados a precio de sangre revolucionaria? Desde los vetustos balcones de las avenidas Juárez y Madero por donde pasaba la muda caravana, las damas

con desbordante frenesí, lanzaban serpentinas y confeti, que con los candentes rayos del sol semejaban enjambres de tímidas maripositas que se posaban lentamente en las erguidas cabezas de los norteños mineros.

Por fin, a las tres de la tarde dimos término a la penosa y larga, pero imponente jornada de mil 500 kilómetros, soportando las inclemencias invernales, al entrar a la imponente plaza de la constitución, en donde se encuentran asentados los altos poderes de la nación.

Debo decir con profunda tristeza y amargura, que nuestra fe y confianza que teníamos fincada en el presidente de la República, de que nos haría justicia, se vio marchitada, pues las puertas de la presidencia se habían cerrado para nosotros. Un silencio sepulcral invadía el recinto, los gritos furibundos de la multitud, no de los mineros, invadían la plaza pidiendo justicia y rebotaban en las mudas paredes del edificio, y tal vez en el perverso corazón del presidente, que con toda cobardía se negaba a recibirnos. La prensa mercenaria y gubernista, manejada por el ampuloso ministro del Trabajo y vendida a los dólares de las compañías norteamericanas, distorsionaba lo justo de nuestro conflicto con absurdas mentiras, diciendo que éramos un grupo de rojillos, comunistas y agitadores que queríamos crearle problemas al gobierno. En cambio la Plaza de la Constitución, estaba abarrotada de miles y miles de obreros y gente del pueblo de México, por doquier se veían carteles, banderas y estandartes de sindicatos, estudiantes, choferes y panaderos que daban su apoyo a nuestro movimiento. También estaban presentes las pancartas de las centrales obreras de la UGOCM y la CTAL, solidariéndose con nuestra causa, sólo la CTM con su líder "Charro" Fidel Velázquez, no abrió la boca. Se escuchaban iracundos gritos de protesta: ¡Abre las ventanas y escucha, no seas cobarde! La soldadesca, de cuando en cuando, se asomaba sobre los torreones de defensa, apuntando con sus ametralladoras, esperando sólo la orden para acribillarnos.

En la junta del ejecutivo nacional y el comité de huelga, acordamos que sólo hablarían tres oradores, que fueron: la compañera Guadalupe Rocha, dirigente de la Alianza Femenil de Mujeres de Nueva Rosita; Francisco Solís, presidente del comité de huelga; y Antonio García Moreno, secretario general del sindicato de mineros. Estos compañeros expusieron con toda veracidad y brillantez los motivos y elementos de juicio de nuestro conflicto, así como las arbitrariedades y procedimientos ilegales cometidos por la Junta de Conciliación

y Arbitraje de Sabinas, obedeciendo órdenes del ministro del Trabajo. Terminado el mitin, fuimos recluidos en el campo deportivo 18 de Marzo. Los subsecuentes días, el presidente, haciéndonos asco, pero apapachando a las compañías extranjeras, repetía su firme decisión de no darnos audiencia, nombrando una comisión intersecretarial para que atendiera nuestro conflicto. A nuestros dirigentes sindicales y comité de huelga, después de entrevistarse con el secretario particular del presidente, se les manifestó que por el abrumador trabajo del presidente no nos podía atender, pero que había nombrado una comisión a la cual deberíamos concurrir.

La comisión intersecretarial nombrada por el presidente, estaba conformada por Adolfo Ruiz Cortines, ministro de Gobernación; Francisco González de la Vega, procurador general de la República; y el presidente de la Junta Federal de Conciliación y Arbitraje, licenciado Romeo León Orante. Este flamante y pelele triunvirato constituía, sin lugar a dudas, la farsa política y resbalosa del Ejecutivo Nacional, al tratar de rehuir y esconder la cara y responsabilidad frente al asqueroso problema creado por su ministro del Trabajo y ante el fallo tremendo de la historia.

El día 16 de marzo nuestros dirigentes nos informaron que la comisión intersecretarial, nombrada por el presidente, les había ofrecido dar solución al problema a más tardar el día 20, por lo que se acordó hacer un mitin en el hemiciclo a Juárez para dar a conocer al pueblo de México nuestros puntos petitorios. La asamblea nombró, por pura coincidencia, a los que iban a hacer uso de la palabra en dicho mitin, designando a los compañeros Maximino Vega P., J. Inés Torres y el que esto escribe. Salimos en perfecta formación al hemiciclo a Juárez llevando nuestros estandartes y banderas al frente. Cuando llegamos ya había infinidad de policías uniformados en actitud expectante y tal vez con instrucciones secretas, así como también miembros de la policía judicial.

El licenciado López Malo me hizo ver lo importante que era hacer una somera, pero bien clara, reseña de las violaciones a nuestro contrato, entonces dije: "Pueblo de México, queremos dejar claro que no somos una caravana de hambre como los periódicos mercenarios nos tildan, con el malévolo propósito de distorsionar nuestra verdadera lucha contra las violaciones a nuestro contrato de trabajo por las empresas norteamericanas de Nueva Rosita, protegidas por el ultraderechismo criollo y el secretario del Trabajo. En Nueva Rosita se ha roto la acción de la justicia para la clase obrera, vivi-

mos bajo un régimen de hostilidad y tiranía, fuerzas federales han cerrado el local de nuestro sindicato, clausurado nuestra cooperativa de consumo, congelando nuestros fondos sindicales en los bancos, nuestra clínica cerrada dejando que se mueran nuestros hijos por falta de atención médica y medicinas, todo esto, por no dejarnos someter al imperio de líderes charros y traidores”.

Cuando las fuerzas policíacas quisieron bajarme a la fuerza, el licenciado López Malo los contuvo diciéndoles que no conocían el espíritu de la ley, que para estos actos no se requería permiso. Yo continué con mayor valor y firmeza de ánimo.

Feroz atropello a los mineros frente a la Suprema Corte de Justicia

En vista de que el presidente de la República se negaba a darnos audiencia debido a sus múltiples ocupaciones, como lo hace todo político falso y ladino; hartos ya de tantas mentiras y prolongadas promesas por parte de la comisión intersecretarial; y cansados de las perversas provocaciones por parte de los agentes del régimen, acordamos llevar nuestro problema ante la Suprema Corte de Justicia de la Nación. Como se nos informó que el jefe de la policía, general León Lobato, no daba el permiso para salir del campo de concentración 18 de Marzo, bajo una estratagema logramos salir, no en formación de marcha, sino en forma dispersa y por diferentes rumbos para luego reunirnos en determinado lugar preconcebido.

Todavía no se reunía todo el contingente de la caravana frente al edificio de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, lugar señalado para iniciar nuestro acto en demanda de justicia, cuando de repente salieron como tromba enfurecida de entre unos sótanos y túneles, una caterva de endiablados policías armados con sendos garrotes, pistolas y metralletas, agrediendo salvajemente a todos los compañeros que por desgracia habían llegado. Una de las primeras víctimas fue mi hermano Miguel, quien fue salvajemente golpeado y secuestrado por más de tres días y refundido en inmundia mazmorra, digna sólo de criminales torvos y repulsivos. A la compañera Estela Jiménez Esponda le arrebataron la bandera que llevaba y a garratazos le amorataron las piernas. Muchos compañeros fueron arrestados. Esa fue la tan cacareada justicia

que recibimos con un sangriento escarnio de nuestra honorable Suprema Corte de Justicia.

Convencidos ya, de que la tan traída y llevada justicia de un régimen de derecho era tan sólo una palabra retórica para engalanar los discursos del hombre de la sonrisa, que en forma contumaz traicionaba a la clase obrera; al comprender, también, que nuestros sacrificios habían sido estériles; y cuando nuestros dirigentes nos dieron a conocer el fallo injusto, bochornoso y anticonstitucional del juez Soto Gordoa en contra de nuestros intereses, acordamos regresarnos a nuestro lugar de origen, no sin antes pedir a nuestros representantes formularan un manifiesto al pueblo de México, dando a conocer lo atentatorio y ruin del fallo, no sólo para los trabajadores de la sección 14 de Nueva Rosita, Palaú y Cloete, sino para la clase obrera de México, porque se estaban vulnerando y atropellando los más caros derechos de la clase obrera, como es el derecho de huelga, autonomía sindical, coalición obrera, consagrados en el artículo 123 de nuestra Carta Magna.

Mucho se ha dicho sobre los motivos y consecuencia de nuestra derrota y no son nada laudatorias para el ministro del Trabajo, salpicando de rebote de pestilente cieno al presidente de la República. Indeleble y tenebroso estigma para esa catterva de traficantes de hambre y derechos de los trabajadores.

Ultima asamblea en el 18 de Marzo

Después de una acalorada y prolongada asamblea, ribeteada de un dramatismo histórico, e interrumpida en varias ocasiones por los gritos coléricos de varios compañeros que querían desahogar su coraje contra los atracadores de nuestro movimiento, el compañero Juan Morquecho, varios compañeros y yo, nos reunimos con Pancho Solís para corroborarle personalmente nuestra determinación en dicha asamblea, en el sentido de lanzar un manifiesto al pueblo de México. Pancho se encontraba tan abatido, melancólico y fatigado, que demudaba su semblante de hombre recio y valeroso. Tenía razón, porque el pesado fardo que 5 mil trabajadores le habíamos lanzado sobre su espalda, no era cosa fácil.

Al otro día, 20 de abril de 1951, salimos de regreso a nuestro lugar de origen. Todavía se nos dibujaba la rabia y el coraje por la puñalada trapera, que nos había asestado el gobierno, por defender nuestros derechos sindicales. Cuando

llegamos a la estación de La Villa de Guadalupe, nos encontramos con un largo convoy de jaulas en donde se embarca el ganado, ese era el tren que el señor gobierno alemán nos proporcionaba gentilmente para que nos regresáramos, como no estábamos dispuestos a seguir siendo burla de un tirano, tomamos el acuerdo de regresarnos por la misma carretera y con el mismo método con que habíamos venido, pero en esos precisos momentos llegó el senador Juan Manuel Elizondo y el licenciado Rafael López Malo que iban a despedirnos. Como éramos buenos amigos, le dije: "Mira Juan Manuel esta befa, este escarnio no lo toleramos, ni somos borregos para que nos embarquen en jaulas de ganado". El, lanzando una sarta de improperios, nos dijo: "Esto es el colmo de la burla y el ultraje". Se regresó sumamente indignado, y agregó: "Esperen un momento". Después de muchas horas de espera, llegó un tren con carros de pasajeros de primera clase.

Después de seis meses de lucha estéril, regresamos un tanto tristes y derrotados, no por las compañías raqueteras norteamericanas, porque a éstas siempre las hicimos tragar-se su orgullo y su voracidad en la explotación de sus obreros, sino por un régimen prepotente y traidor a la clase obrera, que con su último atraco daba la puntilla mortal a los preceptos jurídicos de derecho y justicia que la clase obrera había conquistado en muchos años de lucha.

Ahí comienza el vía crucis de los heroicos mineros de Nueva Rosita y Cloete, nuestras banderas marchitas y arrugadas ya no flotaban voluptuosamente al soplo del viento frío del norte, como cuando marchaban llenas de esperanza y fe a ver al presidente traidor. Después, en nuestra querida Rosita por todos lados se veían cruzar hombres macilentos y pen-sativos, buscando trabajo para llevar un mendrugo de pan para sus hijos, unos lograron colocarse en las minas de Palaú, otros se fueron a la sierra, a las minas de Fluorita, otros, al extranjero, de mojados, renegando de su patria y maldiciendo a sus torvos gobernantes; así me lo hizo ver Manuel Quintero, un incansable luchador de baterías:

—Tú, que tanto has luchado en defensa del obrero y campesino, mira cómo te han tratado nuestros gobernantes, tan sólo porque no nos hemos dejado uncir a la oligarquía del poder.

—Bueno, le contesté, yo reniego de los gobernantes ambiciosos, torpes y ladrones que quieren exterminar al movimiento obrero del país, pero nunca renegaré de mi patria, porque esto sería traicionarnos a nosotros mismos.

Miguel, el chiflonero

Ramón Santamaría López

Lo que voy a relatar constituye uno de los recuerdos más vivos de aquella época de mi vida, mi barrio y sus calles, mi familia, mis amigos de la infancia, a quienes siempre recuerdo no sin cierta emoción, una de esas emociones que llenan el alma de gozo; la mina que siempre fue mi ideal y en la que viví experiencias que nunca he olvidado, que siempre llevo dentro de mí, muy dentro de mi corazón. Ahora, ya viejo, he decidido darle rienda suelta a mis recuerdos, echarlos fuera, aunque confieso que no es nada fácil recordar hechos de tantos años atrás.

Sin falsas posturas y con afecto sincero,
te doy mis saludos, oh viejo minero.

Yo había entrado a la mina después de cumplir los 16 años, en ese tiempo tener esa edad era el principal requisito.

El medio ambiente en que había crecido era definitivamente de gente minera, de familias de mineros; como consecuencia, desde temprana edad yo a toda costa quería ser minero. Soñaba con mi gorra de seguridad, mi lámpara de carburo y mi guangoche; me emocionaba lo que contaban mis hermanos que trabajaban en la mina cuando llegaban a comer. En el turno de día siempre me sentaba a su lado para preguntarles cómo les había ido en el trabajo, en qué nivel andaban, quiénes eran sus compañeros. Mi hermano Juan era el más complaciente, siempre me contaba lo que le pasaba en su trabajo, con todos sus detalles. Por él supe, aunque nun-

ca había bajado a la mina, cómo eran los rebajes, los chiflones y las frentes, incluso los toques que da el calisero para bajar la jaula. Cada día que pasaba la mina se me hacía más fascinante y crecían mis ansias de ser minero.

No me desanimé ni cuando Juan mi hermano, que era el mayor, se lastimó. Me acuerdo muy bien que fue un sábado, no sé por qué, pero casi todos los accidentes de que me acuerdo fueron en el segundo turno y en sábado.

Ya nos íbamos a acostar, habíamos terminado de tomar nuestra canela, lo que siempre hacíamos a eso de las nueve de la noche, cuando oímos que tocaban la puerta con bastante insistencia. Sin preguntar mi mamá abrió la puerta. Era Rafael, amigo y compañero de trabajo de mi hermano Juan; él vivía en la vecindad del Nopalito, enfrente de la nuestra. Saludó a mi mamá con respeto, yo también había salido y nos miraba fijamente. Dándole vueltas a su gorra le dijo a mi madre: "No se alarme señora, Juan sufrió un pequeño accidente y está en la clínica minera. Si gusta usted vamos para allá para que esté más tranquila". Dijo esto de corridito, mi mamá no dijo nada pero vi en su cara una gran preocupación. Entró a la pieza a buscar su chal y salió apresuradamente agarrándose de la mano. Salimos aprisa los dos, dejando a Rafael en el quicio de la puerta.

Como era sábado, el Salón Monterrey, cantina que se encontraba a una cuadra de la casa, estaba lleno. Se oía cómo pegaba fuerte el cuero del cubilete en el mostrador y la sinfonola tocaba a todo volumen. Pasamos la plaza de La Surtidora a todo lo que dábamos, mi madre no hablaba y yo no me atrevía a decir nada.

Faltando unas cuadras para llegar a la clínica nos alcanzó el esposo de mi hermana, que también era minero. Rafael también había ido hasta su casa y le había avisado. No nos dijo nada, sólo caminó a nuestro lado.

Al pasar por la torre del reloj sonaban las diez de la noche. Ya en la clínica, mi cuñado nos pidió que aguardáramos en la sala de espera mientras preguntaba por el estado de mi hermano, otras mujeres también esperaban llorosas. Ahí supimos que eran tres los accidentados y que al parecer, no estaban malheridos, gracias a Dios. Las enfermeras entraban y salían de la sala de curaciones llevando frascos y vendas.

Cuando salió mi cuñado de la enfermería iba tranquilo, le habían dicho que dentro de un momento trasladarían a Juan a su cuarto y podríamos verlo, que estaba bien.

Un doctor bastante joven nos indicó que podíamos pa-

sar a verlo pero sólo un momento, Juan estaba en el cuarto número 10. Entramos sin hacer ruido pero él no dormía, nos sintió entrar, estaba calmado y hasta sonriente y haciendo bromas.

—¿Qué tal me veo de fakir?— me preguntó.

Tenía la cabeza toda vendada. Mi mamá se arrodilló junto a la cama tomándole una mano que tenía también vendada, hasta los dedos.

—No es nada —le dijo Juan—, esas enfermeras le hacen al cuento.

Mi mamá, que siempre fue muy valiente, asintió con la cabeza. Gracias a Dios mi hermano estaba bien, tanto así, que pidió hablar con el doctor para pedirle que lo dejara ir a la casa, a lo que el médico se negó rotundamente, pues le dijo que tenía que estar en observación cuando menos 24 horas, ya que la herida de la cabeza era tan profunda que habían tenido que suturar y había perdido mucha sangre. Yo no decía nada, sólo pensaba en el cuidado que tendría cuando fuera minero.

Una enfermera entró a indicarnos que tendríamos que retirarnos, que el enfermo debía descansar y que le iban a inyectar un sedante. Mi jefa ya estaba tranquila, se despidió de él pasándole la mano por la frente; mi mamá hablaba poco, casi cerraba la puerta cuando Juan me llamó para pedirme que no dijéramos nada a su novia, ya andaba queriendo casarse.

Pasó un poco de tiempo y a mí nadie me quitaba de la cabeza la idea de ser minero, seguía con ese deseo metido muy adentro. Un día mi madre me llamó, aunque no era muy afecta a hablar o a decir cosas, me dijo pasándome la mano por la cabeza (esa fue siempre su manera de acariciar): "Mira hijo, yo quisiera que te buscaras por ahí un trabajito menos peligroso que te permita apuntarte en la escuela nocturna, a ver si es posible que termines tu secundaria. Todavía estás muy chico para entrar a la mina". No le contesté, yo quería ser minero así que, como decían en ese tiempo, los consejos por un lado me entraban y por otro me salían.

Por aquel entonces mi hermano estaba a punto de casarse y tenía muchos gastos, casi toda su raya la utilizaba en comprar cosas para su nueva casa; como consecuencia, mi mamá se veía más apretada con el gasto. Aunque ella no decía nada yo me daba cuenta de su situación, así que un buen día me presenté con don Luis el sotaminero, que vivía en el Nopali-

to, éramos viejos conocidos ya que yo le acarreaba el agua a su esposa.

—Así que quieres ser minero— me dijo poniendo su mano en mi hombro —¿Ya lo pensaste bien?

—Sí Barra, ya lo pensé bien y estoy decidido, contesté.

Me miró de arriba a abajo y socarronamente me dijo:

—No vas a aguantar la soba, todavía estas muy enclenque, además me gustaría hablar con tu mamá o de perdida con tu hermano, ese sí que es un buen perforista.

—En mi casa todos están de acuerdo, le dije. Si usted me da esta oportunidad no le fallaré.

Don Luis movió la cabeza de un lado a otro, de la bolsa de su chamarra sacó su libreta y me apuntó.

—A ver qué sale —dijo para sí. El jueves te presentas de día para que empieces tu semana, esa disposición ya la esperarán en la mina, empieza la semana ese día.

Corrí a darle la nueva a mi mamá, que me miró fijamente, como si ya esperara la noticia. En su rostro no había sorpresa, ni alegría, ni angustia. Estiró la mano y me acarició la cabeza revolviéndome el pelo como siempre lo hacía y siguió empinada en el lavadero.

Empecé inmediatamente con los preparativos, tenía que limpiar perfectamente la lámpara que teníamos colgada en la cocina y que prendíamos cuando mi mamá no tenía para comprar una vela. Con la escobetilla tallé el guangoche de lona que también teníamos colgado, hasta dejarlo bien blanco, en él guardaba mi jefa sus yerbas para todos los dolores: hitamo, ruda, mejorana, etcétera. La gorra de seguridad sería el problema, esa sí no la teníamos. Me senté en el escalón de la puerta a ver qué se me ocurría, no quería molestar a nadie, menos a mi familia.

Mi mamá, que tenía su ropa, me vio tan pensativo que adivinó la causa.

—Te falta la gorra ¿verdad?, dijo sin mirarme.

—Sí —le contesté— y no se me ocurre nada para conseguirla.

Dejó la cubeta con la ropa mojada, se acercó a mí y me volvió a acariciar, revolviéndome el pelo con sus dedos. Cuando me acuerdo de esto se me pone la carne de gallina. Mi madre era de pocas palabras, así que cuando me acariciaba de ese modo lo hacía con infinita ternura.

—¿Sabes qué estoy pensando? —me dijo— ¿Te acuerdas que hace como un año agarró el trole al hijo de mi compadre

Mario? Quizá todavía tenga la gorra, ahora en la tarde me acompañas y lo vamos a ver, vive por El Arbolito.

Así lo hicimos, cuando terminamos de comer fuimos a buscar a don Mario. El barrio del Arbolito quedaba hasta el otro lado del poblado. Por suerte lo encontramos; él nos prestó la gorra de buen grado. "Nada más que te suplico —me dijo— que cuando tengas y compres la tuya, ésta me la regreses, es un recuerdo".

Cuando regresamos a la casa ya casi oscurecía. Seguí limpiando mi lámpara, le revisé la carretilla y le puse piedra nueva. El martes por la tarde, para qué negarlo, ya me sentía un poco emocionado, no veía la hora de que llegara el jueves.

El miércoles le ayudé a mi mamá a poner el nixcómel, puso un poco más para que alcanzara para mis tacos. Cuando estuvo listo lo escurrí en la cubeta y lo llevé al molino, andaba muy emocionado y a todos los cuates del barrio que encontraba les contaba, presumiéndoles: "Mañana me voy a la soba, me toca de día". Regresé a la casa a lavar la botella para mi canela, ya se me estaba olvidando.

Mi mamá se puso a hacer las tortillas, siempre las hacía a mano. Las de los tacos son especiales, son un poco más chicas y delgadas; a medida que van saliendo del comal se van doblando a la mitad para que no se quiebren cuando se les echan los frijoles.

Cuando llegó mi hermano de la chamba, como no dándole importancia al asunto, me preguntó si ya estaba listo, contesté que sí enseñándole mis cosas, lámpara, gorra y morral. Me miró sonriendo, aunque vi en sus ojos una gran tristeza. El también, como mi madre, hubiera querido para mi otro trabajo pero, qué le vamos a hacer, quizá ese era mi destino.

Ese día me acosté bien temprano, pues a las seis y media de la mañana tenía que estar listo. Pero qué iba a poder conciliar el sueño, ni dejé dormir a mi hermano; a cada rato lo despertaba para ver si ya era hora. Oí cuando mi mamá se paró y salió de la pieza para prender la lumbre y calentar la canela, yo también me paré. Cuando Juan despertó, estaba yo listo, tomando mi jarro de té, parado junto al brasero. Mi madre me pidió que tuviera mucho cuidado. Sacó de su bolsita un escapulario, me lo puso y me dio su bendición. Como un amuleto guardaba yo, celoso, aquella medalla que mi madre había puesto dentro de un relicario cuando en el viejo santuario, ante la patrona del rostro piadoso, de hinojos, llorando ante un crucifijo imploró a la Virgen por su hijo, ese hijo

adorado que se iba a la mina dejando en su pecho clavada una espina.

Esperamos el camión en la esquina de la tienda del Portalito, otros compañeros hacían lo mismo, nadie se fijó en mí, sólo era un minero más con mi gorra puesta y mi lámpara al cinto. Me sentía otro, como más hombre, más maduro. Desde que el camión apareció por La Surtidora empezó a tocar el claxon. Todos nos pusimos listos para subirnos y agarrar un buen lugar; yo hacía lo que todos hacían, si empujaban yo empujaba, si gritaban yo gritaba. Llegamos pronto a la mina, según decían los compañeros, el camión se fue volado.

En la puerta de la mina había muchas señoras vendiendo hojas o atole para los que salían a las once. Todos nos formamos para checar nuestra tarjeta, yo aún no tenía la mía pero ya estaba apuntado. Mi hermano tenía que decirle al chechador que yo era nuevo, me estaba esperando del otro lado del portón, tenía que enseñarme muchas cosas, por ejemplo, a conseguir el gancho para mi ropa (aunque yo sabía que no iba a ser fácil pues esos se consiguen con el tiempo, es negocio de los bañeros).

Así que por ese día usé el de mi hermano. Esos ganchos son muy necesarios, pues no hay modo de dejar la ropa por ahí encargada porque o se la llevan o la esconden. Todo eso se va aprendiendo con el tiempo. Nos cambiamos rápido, Juan me había prestado una remuda y me fui corriendo al almacén. Ahí me esperaba el encargado de vigilar la herramienta que se pedía, relámpagos, marros, cables, etcétera.

Cada uno se encargaba de lo que él mismo pedía, pues se firmaba un vale. A mí me ordenaron que pidiera pico y pala, todos los cocheros (peones) pedíamos lo mismo. La jaula bajaba y subía, nosotros esperábamos nuestro turno todos hechos bola en el brocal del tiro.

Llegan a mi mente, frescos, los recuerdos: La jaula tiene dos niveles, o sea dos pisos con puerta plegadiza; en cada piso caben diez hombres o más. A mí me toca en el de abajo, se llena todo el calisero y baja un poco; mientras se llena el de arriba quedamos en la oscuridad. Vuelve a tocar el calisero y la jaula se descuelga. Los oídos me empiezan a zumbiar y me duelen. Vamos al nivel 19. Qué extraña sensación, no sentí a qué hora paró la jaula, hasta que empujaron mis compañeros. Bajo rápido, no suelto el pico y la pala. Por fin estoy en el interior de la mina.

Confieso que estaba iluminada, había focos como en una avenida, era el cañón general. Aunque no tenía miedo, el co-

razón me latía a mil por hora. El encargado empezó a dar órdenes: "Tú, tú y tú —nos dijo señalándonos— se vienen conmigo, los arrendadores sigan subiendo la madera, vamos a acabar de ademar el contratiro. Los demás se llevan la columna y la máquina grande y unos fierros, vamos a romper un frente por el rumbo de La Blanca, ya la marcó el ingeniero. Arman la columna y me esperan". Todos obedecían.

Nosotros nos fuimos caminando con el encargado por toda la vía del cañón general. En una curva estaban dos conchas (los carros donde se acarrea el metal) descarriladas, con todo el metal. El encargado nos explicó que eso había pasado porque la vía estaba un poco abierta, que las acabáramos de vaciar y las volviéramos a subir a la vía y nuevamente las llenáramos a pala. Nos explicó bien cómo hacerle, cuando se retiraba nos dijo: "No huevonéen" Yo tenía unas ganas inmensas de trabajar, fue fácil vaciar las conchas y subirlas a la vía; lo hicimos rápido. Agarré mi pala y empecé a palear a lo loco. A cada paleada que echaba se me caía la gorra; yo creía que echar pala era la cosa más fácil del mundo, pero qué vá, tiene su técnica y yo no la sabía, mejor dicho, no estaba acostumbrado. La pala se me resbalaba y nomás levantaba una o dos piedritas y a veces ni una. Como el lugar estaba caliente yo sudaba a chorros, ha de haber sido de vergüenza. Uno de los compañeros, entonces todavía había compañerismo, me quitó la pala y me dijo: "Siempre métela buscando el piso, nunca a la mitad del montón". Así me fui haciendo minero, cada día que trabajaba aprendía cosas nuevas. Yo me esforzaba porque quería aprenderlo todo, ya era minero y ahora quería ser barra.

Así pasaron los días y las semanas, ahora me sentía más seguro, más confiado, estaba agarrando experiencia. Andaba en una cuadrilla que le decían "faina volante" o sea, andábamos de comodines, en donde hacía falta un trabajo ahí estábamos, los mismo en frentes que en rebajes, preparándonos, poniendo madera, dejamos nuestra huella en toda la mina.

Miguel, el chiflonero, trabajó en esa cuadrilla desde que llegó. Siempre callado, todo lo que quería decir lo decía trabajando y había que ver qué forma de trabajar. Desde un principio entró como perforista, desde el mismo día que llegó fui su ayudante, de esto hacía unos cuatro meses.

Bien que me acuerdo cómo llegó al barrio, fue la tarde de un domingo, de esos domingos bonitos de vecindad en que

las vecinas pasan la tardecita sentadas en el quicio del zaguán para oír el radio, platicar o simplemente ver pasar a la gente.

“Los domingos en la tarde
nuestra calle, qué bonita
y el radio de la vecindad
cantando La Cumparcita”

Los chamacos jugaban despreocupados, yo jugaba con ellos al “burro fletado” o elevábamos papalotes. Lo podíamos hacer todos los meses, aquí nunca falta viento. Era bonito dejarlos ir bien lejos, hasta que se veían chiquitos. Aparte de trabajar en la mina, era lo que más me gustaba hacer, volar mis papalotes con mis cuates, pues aunque casi tenía diecisiete años y era ayudante de perforista, sentía como si mi niñez no hubiera pasado.

Las vecinas seguían en su amena plática; ellas se metían con el sol cuando éste empezaba a ocultarse allá lejos y el aire pachuqueño soplaba con más fuerza; recogían sus bancos y empezaban a meterse.

Desde hacía un buen rato que un hombre estaba recargado en el poste, con toda la indumentaria de minero, gorra de seguridad y lámpara colgada al cinto. En un principio no le di importancia, pensé que sería alguno de tantos borrachitos del barrio, pero pasaba el tiempo y no se movía. Un poco intrigado me acerqué a verlo pero no era de estos lugares, traía su jorongo al hombro y sus guaraches bien estoperoleados. Le pregunté si buscaba a alguien, le dije que quizá yo podría ayudarlo, ya que conocía a mucha gente en el barrio. “No —me contestó en un tono cansado— sólo busco un techo para dormir un poco, vengo de Guanajuato a buscar trabajo”. A grandes rasgos me platicó cómo llegó, ilusionado por todo lo que en su tierra se contaba de Pachuca. Para entonces ya se habían acercado las señoras que también habían notado la presencia del desconocido y querían saber quién era y habían escuchado parte de lo que me dijo.

Mariquita, la casera, que también era de por aquel rumbo, al ver al muchacho tan cansado, tan desprotegido, se conolió de él y ofreció prestarle una vivienda que estaba desocupada ahí en la vecindad. “Gracias señora —le dijo él— tan pronto y encuentre trabajo le pago” y extendiéndole la mano agregó: “Me llamo Miguel Martínez”.

Las mujeres, curiosas, le hacían preguntas a las que él contestaba con desgano, no faltó quien le preguntó si era ca-

sado. Miguel era bastante joven, tendría unos veinte o veintidos años. También era muy reservado, poco fue lo que dijo, quizá por lo cansado, el caso es que él se notaba mal. Su rostro, muy pálido, denotaba la falta de alimento. Mientras la casera fue por sus llaves él volvió a recargarse, ahora en la puerta de lo que sería su vivienda, estaba muy débil. La portera llegó muy pronto con una escoba para darle una barridita al cuarto, yo le ayudé al muchacho pues me había caído bien, así como si adivinara que con el tiempo íbamos a ser los grandes amigos, el tiempo lo diría.

Después de barrer Mariquita se retiró, ya empezaba a oscurecer y le dije a Miguel que yo tenía carburo, que si quería podía regalarle un poco. Todos los mineros teníamos en nuestra casa siempre un poco de carburo del que nos sobra del turno. Lo teníamos en un bote bien tapado porque se volatiliza; algunos llegábamos a juntar cinco o hasta diez kilos, que después vendíamos y algo nos quedaba.

Sin hablar, desatornilló el depósito de su lámpara y me lo dio. Fui a mi casa y se lo traje bien lleno, ya estaba oscuro y él me lo recibió sin mirarme. Sacó de su morral una botella con agua, se la echó al depósito, reguló su goteo y la prendió, traía buena piedra. Yo le hacía algunas preguntas que él contestaba con desgano, como si su pensamiento estuviera bien lejos. Comprendí que quería dormir, así que me despedí con la promesa de que al otro día lo llevaría con mi encargado para ver si lo apuntaba.

Cuando vio que me retiraba me alcanzó y poniéndome la mano en el hombro me preguntó si mi mamá no podría calentarle unas gordas que traía en su morral, que ya estaban casi duras. Acepté con gusto seguro de que mi jefa ya había prendido la lumbre y no se negaría. Me las llevé con todo y morral y mi mamá acepto gustosa, además, en una cazuela le puso tantitos frijoles y unos chiles verdes, nosotros también andábamos volando bajo. Le llevé un jarro con canela, sabía que traía mucha hambre. Mientras comía platicamos un rato, es decir yo platicaba, pues repito, él era hombre de poco hablar. Le volví a decir que al otro día lo llevaría a la mina, para darle confianza casi le aseguré que lo apuntarían.

Me fui a dormir tranquilo, al otro día me podía levantar tarde, ya que me tocaba el turno de las tres. Como a las diez de la mañana, después de desayunar salí al patio de la venciudad y Miguel ya me esperaba, sentado en el quicio de su puerta, con su inseparable algodón al hombro. Le pregunté si ya había desayunado contestándome afirmativamente. Se iba a

abonar con Mariquita, según me platicó le pagaría después. Salimos con rumbo a la vencidad del Nopalito, desgraciadamente ya desaparecida.

Se repetía la historia de meses atrás, cuando le fui a pedir a don Luis que me apuntara, ahora también miraba a Miguel de arriba a abajo. Le preguntó si ya había trabajado en alguna mina y Miguel le contestó que había trabajado cuatro años en el mineral de Cata, en Guanajuato y que era perforista de chiflón y de máquina grande. El barra no preguntó más, sacó su libreta y lo apuntó. "El jueves te presentas a las tres", le dijo; dimos las gracias y salimos. A Miguel no había que explicarle nada, pues en su tierra y en todos los minerales también cortan semana los jueves. Le vi la cara más contenta, cuando menos el trabajo lo tenía asegurado. Me preguntó qué tan lejos estaba la mina, y si alcanzaba el tiempo para irse caminando; yo le dije que no se apurara, que yo le prestaba para el pasaje mientras sacaba su primera raya. El camión costaba diez centavos y había planillas de tres pasajes por veinticinco centavos.

El día que empezó a trabajar nos fuimos juntos, en ese turno siempre me iba a pie pues sobraba tiempo. Las cosas se le facilitaban, pues poco que mucho yo le enseñaba todo: cómo se pedía la herramienta, la checada de la tarjeta y otras cosas, no tenía que andar preguntando. Por ejemplo, me dijo que en su tierra no había ganchos en el baño para colgar la ropa, ni se cambiaban, con la misma que trabajaban se iban a su casa.

Ese día le presté mi gancho, ya le había conseguido una remuda así que nos cambiamos y fuimos al almacén por la herramienta y por nuestro carburo. Junto al tiro estaban el sotaminero y el encargado, algo decían señalando a Miguel. La jaula subió llena, aún seguían saliendo los del turno de día todos mojados y llenos, irreconocibles, sólo los ojos y los dientes les brillaban; algunos aún con la lámpara prendida corrían al almacén a entregar la herramienta y luego a darse un reconfortante baño. Deveras que son sabrosas las bañadas en la mina, qué agua tan caliente y sale con tanta fuerza que arde la espalda. Nosotros ya estamos ahora en la jaula, todos apretados; el calisero jala el cable, suena la chicharra y vamos para abajo. Ya no me zumban los oídos ni me duelen, eso quedó atrás.

Al llegar abajo, como siempre, el encargado nos distribuyó. Yo estaba deseando que me mandaran con Miguel, que-

ría saber qué tal era como minero. El encargado, adivinando mis deseos, nos mandó juntos a retirar a la frente recién abierta, por el rumbo de La Blanca; a Miguel le había salido su tarjeta como perforista y tenía que demostrarlo, era su prueba. Esperamos el motor que nos llevaría pues estaba bastante retirada esa frente. Cuando llegó el motor ya traía enganchadas las conchas que íbamos a llenar, nos trepamos al motor. Unos cincuenta metros antes de llegar se percibía el olor dulzón a pólvora y una nubecilla pegada al techo casi no dejaba ver el trote del motor, casi acababan de disparar.

Al llegar, Miguel echó el brinco del motor y pegándole con la mano al depósito de su lámpara echó la luz arriba, al hueco que había dejado la disparada, por si había piedras flojas (en la mina, en las partes más oscuras, cuando las piedras están flojas caen con la pura luz de la lámpara). El otro perforista que iba con nosotros llevaba la barra de amacizar y empezó a picar todo lo que había quedado flojo; Miguel, con mucho conocimiento, le decía a cuál y cuándo tenía que picar. Estuvo bien amacizado y no había peligro de que cayera alguna pegadura. Le entramos todos juntos a retirar el humo de la pólvora que todavía estaba duro y salía de abajo de la carga que paleábamos.

Retirar nos llevó casi medio día y eso que éramos cuatro; terminamos casi a la hora de la comida en que llegó el sotaminero a checar. Prendimos por ahí cerca una lumbrecita, acomodamos nuestros tacos cada quien en su pala y desde lejos los calentamos. El sotaminero se sentó un rato con nosotros, le invitamos un taco que se comió con gusto. Guardamos la servilleta y la botella en nuestros guangoches y nos dispusimos a seguir chambeando, el barra ya estaba en la frente marcando los barrenos que íbamos a dar. "Apúrense a armar la columna —nos dijo— a ver si la tumban de aquí a las tres".

El motor que ya se había llevado las conchas regresó con una plataforma, con la pólvora, las cañuelas, fierros y todo, así que ya armada la columna montamos la máquina; el otro perforista y su ayudante hacían lo mismo. Conectamos el aire y el agua y a sonarle, empezó el tremendo ruido de las perforadoras. El barra observaba a Miguel, que me hacía señas de apretar la silla (¡qué buen perforista era!). Dimos seis barrenos a cada máquina, le dimos diez y las malas a los compas. Mientras yo bajaba la máquina y desarmaba la columna Miguel soplabla los barrenos; le ayudé a preparar las cañuelas y empezamos a cargar, ya casi eran las tres, como había di-

cho el barra. Cuando terminamos él mismo nos ayudó a pegar. Íbamos de salida en el motor que nos había esperado y ya en la jaula el barra le dijo a Miguel dándole una palmadita: "Tú eres perforista".

La vida seguía normal, Miguel y yo nos habíamos hecho los grandes cuates, él me enseñaba siempre cosas nuevas. En el trabajo, por un lado había tenido suerte de ser su ayudante, pero por el otro trabajaba mucho, Miguel era de esos hombres que no les gusta descansar ni un minuto y yo tenía que secundarlo, pero ni hablar, andaba yo muy a gusto.

Me acuerdo bien de una ocasión en que cambiamos unos durmientes, seguíamos en la faina volante y, como siempre, nos traían de aquí para allá. Llegó el barra y nos dijo que se necesitaba un trabajo urgente, que dejáramos eso como estaba, la alcancía del acarreo general se había encampanado, ya le habían picado por el camino, le habían echo toda la lucha posible y no se desencampanaba, había que poner una plasta; él mismo nos llevó al almacén a pedir la dinamita, el pedazo de cañuela y el capsul. Nos fuimos bien rápido, yo estaba un poco sacatón pues era un trabajo muy peligroso. Llegamos rápido, Miguel preparó sus bombillos de dinamita, le puso el capsul a la cañuela, que apretó con los dientes, y empezó a subir; desde abajo se veían las toneladas de metal en cientos de piedras. Con el peso de Miguel y sus movimientos empezaron a caer piedritas, estaba graneando y yo le grité desde abajo, al tiempo que le echaba la luz: ¡ten cuidado! El seguía buscando el lugar adecuado para poner la plasta y no fallar, yo le seguía echando la luz. Vi cuando la acomodó y prendió la cañuela, desde abajo vi la chispa, como las de bengala. Bajó lo más rápido que pudo, pusimos la tapa y esperamos que tronara la dinamita; la carga se vino abajo, todo había salido bien, gracias a Dios. Por ahí cerca estaba el motorista y su ayudante, también estaban dos bomberos con su morral en la mano, ya era hora de salida así que todos nos encaminamos al tiro. Qué mal me caía ese turno de las tres, era como si tuviera un mal presagio.

No me gustaba llegar a la vencidad a las doce de la noche, aunque ahora fuera acompañado de Miguel. Quiero contar, con toda la verdad del mundo, por qué le tengo aversión a esta hora de llegada.

Una noche que llegábamos de trabajar, no sé por qué, desde que entré a la vencidad sentí una extraña sensación.

Subí los escalones de dos en dos, llevaba mi lámpara prendida; jalé el hilo de mi puerta y entré a la cocina. Mi mamá siempre me dejaba dos o tres taquitos junto con mi jarro de canela en el rescoldo de la lumbre para que duraran calientes, yo me recargaba en el bracerito para "cenar" (de algún modo había que llamarle). Iba a darle el primer sorbo a mi canela cuando oí un grito horrible, feo y prolongado. Dios mío, se me heló el cuerpo. Solté el jarro, de dos zancadas ya estaba en la piza, mi mamá se había enderezado y prendió la vela:

—¿Qué fue ese grito tan feo?, me preguntó.

Yo le contesté, aparentando serenidad:

—Acuéstate, acuéstate, no es nada, parece que don Pascual llegó borracho y le está pegando a doña Julia. Ya tú lo conoces, siempre pasa lo mismo.

Apagó la vela y se acostó, yo también me acosté. Todavía estaba temblando; me tapé la cara pero no pude dormir, hasta muy de madrugada. En la mañana cuando me levanté, en la vecindad todo era alboroto, los vecinos se preguntaban entre sí si habían oído a la llorona, yo me estuve callado. Mi mamá no me dijo ni me comentó nada pero pensaba como yo, ¿qué sería aquello? Ahora que han pasado tantos años sigo haciéndome la misma pregunta, de sólo acordarme se me pone la carne de gallina.

Pasaban los días y las semanas, Miguel y yo nos habíamos hecho los grandes amigos, los domingos nos íbamos a misa de ocho de la mañana a San Francisco, bien bañaditos. Miguel había dejado de usar su cotón al hombro, ahora sólo usaba su camisa bien arremangada y bien limpia. Sus guaraches llenos de estoperoles sonaban fuerte en el empedrado de la calle, que a esas horas estaba llena de gente que iba y venía. El barrio estaba alegre también, en la pulquería la sinfonola ya tocaba alegremente *El barrilito cervecero*.

Después de comer las vecinas acostumbraban sacar sus banquitos al quicio del zaguán y se disponían a ver morir la tarde. Los hombres estaban en la pulquería o jugaban rayuela en plena calle.

Miguel y yo jugábamos con los muchachos o nos poníamos a leer algunas revistas en el solecito. Miguel era el primero en meterse, le gustaba dormir mucho pero yo más bien creía que le gustaba estar solo para soñar, cerrar los ojos y echar a volar muy lejos su pensamiento.

Desde hacía bastante tiempo le había dicho a mi mamá: "Cuando me toque el turno de las tres te voy a llevar a almor-

zar a la mina de Dos Carlos". Ella siempre ponía pretextos, no quería conocer la mina ni por fuera. Pero esta vez parece que sí estaba animada, Miguel también se lo había pedido.

Así que desde el viernes que me fui a trabajar le recordé que al otro día iríamos a almorzar a la mina. Qué sorpresa se llevó cuando llegamos, estaba la plaza en todo su apogeo. Todos los sábados desde muy temprano, afuera de la mina había una completa romería. Puestos de todo y para todos, ahí se expendían las mercancías más diversas; desde ropa usada para trabajar, caballos o bicicletas. Había muchos abone-ros árabes con sus chales y rebozos en el hombro y su mon-tón de tarjetas en la mano; ponían en las puertas radios y relojes despertadores, todo lo daban en abonos, pero el que compraba una cosa de esas no la acababa de pagar nunca, eran bien *rupas* esos árabes.

Lo que más llamaba la atención eran los puestos de bar-bacoa y de carnitas, también las fondas bien arregladas con adornos de papel de china y su piso de tarima pintado de con-go amarillo. Sobre los anafres había grandes cazuelas hu-meantes de mole rojo de guajolote y sopa de arroz. En otros anafres algunas muchachas muy limpias, de blanco delantal, echaban tortillas a mano que cuando se cocían se inflaban como pelotas. También tenían un sitio muy especial las no menos arregladas cantinas, con sus banderitas de colores y su piso lleno de rojo aserrín; en el mostrador los grandes vi-trioleros de vivos colores, llenos de pulque curado de ricos sabores: tuna, apio y naranja. Aquello estaba lleno, cerca de la mina las mujeres iban con sus hijos a esperar a su marido que salía del turno de las once. Al verlo salir, el chamaco co-rría a quitarle el morral al papá y se lo terciaba al hombro mientras que éste hacía cola para cobrar. Los sábados, en el turno de las once, faltaban al trabajo muchos a los que se les pasaban los pulques.

Yo le explicaba a mi mamá mientras almorzábamos mu-chas cosas que ella no sabía. Por ejemplo, me preguntó de las mujeres paradas junto a la oficina de rayas, "son la viudas —le dije. Todos los sábados vienen, a veces vienen más, a veces menos". Mi mamá sonrió y me pasó la mano acaricián-do-me el pelo como me gustaba. También se les daba ayuda a los mineros retirados, algunos ya estaban muy mal por el tra-bajo en la mina, era una verdadera pena verlos sentados o en cuclillas, tosiendo todo el tiempo. Muchos con silicosis muy avanzada.

Mi mamá estaba muy contenta, comimos de todo. Miguel

tenía ganas de un vaso de curado pero no quiso mi jefa. Nos tomamos un refresco y cuando terminamos de almorzar nos fuimos a caminar un poco. Quería enseñarle todo a mi madre. Los chicos correteaban descalzos en medio de los puestos chupando su paleta o su varita de tejocotes con piloncillo. Seguimos caminando, mi mamá llevaba su chal nuevo y yo me detuve a darle cinco centavos a un cieguito que con su desafinada guitarra cantaba:

Minero soy, mi sino sufrir,
en las entrañas de las montañas
he de morir.

Al recordar, revivo aquellos momentos: desde donde estamos parados, se ve la horca del tiro, el malacate está trabajando. Con la mano señalo a mi mamá el cable que sube y baja. Desde aquí se distingue bien al chofer del camión que toca el claxon con insistencia, nadie trae reloj pero deben de ser como las doce, así que aún no tenemos que regresar a dejar a mi mamá ni ir por nuestro morral, nos toca el turno de las tres.

A nuestro paso por los puestos notamos la alegría de las familias que pasean comprando esto y lo otro, como dije antes aquí venden de todo, como en botica, desde un ajuar hasta una castaña para pulque. Afuera de las cantinas algunos compas juegan rayuela.

Nos fuimos hasta el crucero, a tomar el camión para el mineral de La Reforma, los sábados también ahí se hacía la plaza, quizá hasta más grande, pues allá trabaja más gente.

Mi mamá había comprado naranjas, zapotes, cacahuates, que repartía entre los vecinos. Como nunca salía, estaba muy contenta. Apenas nos dio tiempo de tomar el mismo camión que nos había traído, nomás fue a su terminal y se regresó. A todos nos habían dicho que ese día teníamos que llegar un poquito antes, pues íbamos a echar una platicada junto con los del turno de día.

Por esos días todos los mineros nos preparábamos con entusiasmo para conmemorar el 12 de diciembre que es una fiesta muy grande, la más grande para la familia minera. En todos los niveles de la mina no faltaba el altar a la virgen de Guadalupe y no sólo en el interior sino también en las haciendas de beneficio, en los diferentes departamentos, como el de plata y fierro, en molinos o tanques, en todos veneraban a la virgen. Todos los trabajadores cooperaban para que el altar

de su nivel o departamento fuera el más bonito, el más arreglado, el más iluminado.

El 12 de diciembre no se trabajaba, para los mineros era más importante que una fiesta nacional. Desde semanas antes se formaba una comisión para reunir fondos para los adornos del altar principal, la comida, la misa y lo demás.

Aquí en la mina de Dos Carlos, donde cambié, se celebraba anualmente la misa en el nivel 19. Dejan bajar a las familias en la jaula y les prestan los cascos de seguridad, pues es ahí donde primero dan la misa. Luego la dan en los niveles del 8 al 1, donde está el sistema de bombeo, allí hay hasta bancos para que se sienten las mujeres.

Es muy hermoso escuchar misa dentro de la mina, yo creo que poca gente ha sentido la extraña pero emocionante sensación, que hasta hace llegar las lágrimas, de venerar a la virgen en el interior de la tierra. Al terminar la misa los encargados vigilan que nadie vaya a los laboríos, por lo peligroso que es y menos que nadie las mujeres, pues existe la creencia de que si una mujer entra a un laborio se pierde la veta, así que todos pa'arriba.

“Ya esperaba la barbacoa a los chicharrones”, este día echamos la casa por la ventana, que si los cuetes, que si el pulque, lo que se necesitara para una fiesta en grande.

Yo y Miguel andamos muy apurados, pues somos de los organizadores y queremos que todo salga bien. El patio de la mina está repleto de gente, los músicos ya le están cantando *Las mañanitas* a la virgen. Los más picados ya empiezan las “cruzadas” en honor a la virgen, según ellos. Todo mundo está contento, comiendo y bebiendo; el cieguito canta con su guitarra desafinada *Minero soy*.

Somos de los últimos que nos vamos, pues como somos de la comisión tenemos que vigilar que nadie se quede por ahí. A la mañana siguiente nos toca trabajar de día y, triste despertar, yo no tomo pero estoy medio cansado, no quisiera ir pero ni modo. Mi mamá me despierta y yo me hago guaje hasta que tocan la puerta, es Miguel que me grita que ya es tarde, que no vamos a llegar. Me visto rápido y agarro mi guangoche que está colgado en la puerta y antes de salir mi mamá me persigna cuando me echa su bendición.

Esperamos al camión en la calle y apenas alcanzamos a llegar. Ese día transcurre normalmente, sin ninguna novedad. Al llegar a la vecindad nos encontramos con la sorpresa de que los vecinos ya están organizando la primera posada, que será el sábado, así que desde el viernes todos están muy

animados. A los jóvenes nos toca hacer la cadena de papel de china para el adorno, a las muchachas vestir las piñatas. Mariquita la portera es la que da las comisiones para que no se haga pesado, a unos los tamales, a otros las chalupas, los pambazos, los buñuelos, sin faltar el tradicional ponche. Iba a ser inolvidable, los chamacos desde antes ya habían comprado las palomas y los cuetes para tronar. Esa noche nos fuimos a dormir un poco tarde, cuando empezó a llover. Al despertar, aquella mañana de sábado amaneció más fría que de costumbre. Estábamos en pleno diciembre, delgadas capas de hielo cubrían los charcos de la calle.

Apenas había sonado la media, el camión no debía de tardar. Todos los compas estaban titiritando de frío. Llegaban de todas partes con su paliacate rojo cubriéndoles la boca y las orejas, que es donde más cala el frío. Llegábamos como burros, nadie saludaba, por mucho un movimiento de cabeza como diciendo: "¡Ah qué frío, jijo!". Todos éramos del barrio de La Surtidora, todos nos conocíamos, de ahí que no había fijón a la hora que todos queríamos entrar al camión al mismo tiempo.

Después de la terminal la siguiente parada donde más gente se subía era en El Portalito, así que el chofer tenía que dejar el volante para acomodar a la gente: "Échense pa' trás, échense pa' trás", gritaba. Todo el trayecto nos lo pasábamos vacilando o echando albuces, sólo Miguel el chiflonero, con su actitud pasiva, casi taciturna, se acomodaba en un rincón con los costales, como él decía "para no molestar y para que no me molesten". Así era, desde que llegó.

Yo lo conocía muy bien, tenía una inquietud, un desasosiego que manifestaba en el trabajo; era como si siempre tuviera prisa. Recuerdo cuando el armastrote llegó al portón de la mina. Todos bajamos hechos bola con nuestra tarjeta en la mano, todos queríamos checar primero, con aquella sana ingenuidad o tal vez sin la malsana y tan actual malicia de algunos trabajadores de ahora. Todos queríamos empezar primero el trabajo, lograr más, demostrar que éste no nos renidía, que éramos incansables.

No tardaba en tocar el silbato de las siete, estábamos listos con nuestro casco y nuestro itacate esperando que se vaciara la jaula de los compas que, mojados y llenos de lodo, salían del turno de la noche con los ojos completamente enrojecidos por el gas y por la desvelada tan dura de este turno. Luego, luego, se iban a las regaderas a quitarse el lodo y calentarse con el fuerte chorro de las regaderas.

Nosotros ya estábamos listos pal'hoyo. Ya en el trabajo Miguel y yo platicábamos acerca de la posada del sábado, ¡el relajo que nos traíamos desde hacía días! Yo era ayudante de Miguel y aprendí mucho, él tenía mucha "calicatencia". El turno, quizá por la emoción de la posada, se nos pasó muy rápido; pronto oímos la voz del encargado que nos gritaba desde arriba: "¡Ya es hora!, desconecten la máquina, llévenla al crucero" No respondimos, acabábamos de dar el último barrero y rápido desconectamos la manguera y la amarramos a la máquina, después la llevamos al crucero, de ahí la llevaría el motor a San Carlos, ahí la necesitaban.

Nos bañamos rápido y salimos luego, luego. Nos encontramos a varios compas en el camino, todos iban de salida, todos de sabadito alegre. Ya en la puerta, el encargado del turno de la noche llamó a Miguel y le dijo: "Oye chiflonero, no vino mi perforista y necesito tumbarle al chiflón ese que tú abriste y que está pasando muy bien, ¡échame una mano! (Miguel, aunque tenía poco tiempo de trabajar en esta mina, tenía ya una fama de buen perforista, bien reconocida). Ya están los cuartones y la espiga arriba, nada más te la tumbas y te vas, es tu tequio". Yo lo codiaba pa'que no aceptara, nadie lo podía obligar. No me hizo caso y siguió, con su indomable espíritu trabajador; simplemente sacó su tarjeta, que traía en la gorra, y se la dio al encargado, volteó y me dijo: "Ahí nos vemos en la nochecita, voy a bajar".

Cuando llegué a la vecindad seguían los preparativos para la posada, le pasé a avisar a Mariquita que Miguel iba a doblar turno y también le platicué a mi mamá esto mientras me daba de comer. "Ojalá no se tarde", me dijo. Me acosté un rato sin poder dormir, me paré, ya estaba oscureciendo. En la vecindad seguía la animación y yo saqué mi lámpara a la puerta de mi casa, ya había muchas a lo largo de la vecindad. Ya estaban colgadas también las cadenas de papel; doña Julia sacó su radio, el que puso a todo volumen. Las señoras le soplaban a sus braceros, que tenían ya los sartenes para los buñuelos. La callejuela de la vecindad lucía preciosa con todos los adornos y piñatas colgadas en los tendedores. Los chamacos correteaban ansiosos de romperlas; yo estaba inquieto, miraba con insistencia el zaguán para ver si llegaba Miguel.

Por fin, las muchachas empezaron a formar a los chamacos repartiéndoles velitas para cantar la letanía y la posada. Se formaron dos grupos, los que hacían de peregrinos y los posaderos, es decir, los que pedían posada y los que la da-

ban. Todos estaban muy animados, el ponche empezaba a hervir en los anafres y los buñuelos se inflaban; se repartían las canastas de papel llenas de colación. Empezó el "Dalé, dále, dále", los palazos al aire de los chamacos vendados con un paliacate. Se empezó a servir el ponche con piquete y los tamales, todos cantaban y reían. Por ahí unos compas me preguntaron por Miguel y les dije que se había quedado doblando turno. Al momento, que veo al encargado de la mina con la gorra y la lámpara de Miguel en la mano, me quedé medio atontado, no alcanzaba a comprender lo que sucedía. Un hombre alto que venía con el encargado me preguntó si yo era el ayudante de Miguel el chiflonero, yo le respondí que sí. Me dijo que venía a hacerme entrega de las pertenencias de Miguel, que él había tenido un accidente y estaba internado en la clínica minera, que su estado era grave.

Otro compa que venía con ellos se me acercó y poniéndome la mano en el hombro me dijo: "Si vas a la clínica te acompaño". Empezamos a caminar rápidamente por la callejuela, en otras vecindades se alcanzaba a escuchar la algarrabía de la posada, los gritos de los muchachos, los cohetes; nosotros caminábamos de prisa, yo iba como sonámbulo. Habíamos caminado un buen tramo que se me hizo eterno, el compa que me acompañaba hablaba y hablaba, yo casi ni lo escuchaba. A grandes zancadas llegamos a la clínica, al llegar a preguntar por él una enfermera a su vez nos preguntó si conocíamos a su familia porque "Necesitamos unos datos para su acta de defunción". Me la soltó así nomás, con la frialdad que da la costumbre de ver las tragedias humanas. Sentí que las piernas se me hacían de chicle y con la mirada fija en la enfermera, que al verme comprendió mi dolor, escuché que me dijo: "Fue mejor así, sus heridas eran de muerte. Tenía la cara destrozada". Me tomó del brazo y me llevó a una oficina, ahí me hicieron mil preguntas que no sé como pude responder. Me sentía muy mal, todavía no alcanzaba a comprender lo que pasaba. La misma enfermera me llevó a otra oficina y al cabo de un rato volvió y me dijo: "Este es el certificado de defunción, ya lo firmó el doctor, ahorita viene la ambulancia para que lo lleven a velar. Mañana a las once es el entierro, ya está todo arreglado".

Miguel ya estaba en su caja, entre dos camilleros y yo lo subimos a la ambulancia junto con el pedestal y cuatro candeleros con cirios. Eché a caminar inmediatamente, apenas nos dio tiempo de subirnos, el chofer ya llevaba la dirección que yo le había dado.

En el trayecto todavía se escuchaban los cuetes de los que aún disfrutaban de la primera posada. Por fin, la vieja ambulancia llegó a la vecindad cuando todos estaban ya metidos en sus casas, menos el sereno que, por la posada y el ponche con piquete, ya traía media navaja adentro, entre pecho y espalda mientras, como testigos en la noche, las estrellas que parpadeaban lentamente eran sus únicas compañeras.

Le dije al de la carroza que esperara un ratito mientras abría la puerta de la vecindad y corriendo fui por la ropa de Miguel que habían ido a dejar a la casa. El envoltorio estaba amarrado con una cañuela. Al entrar a la casa mi mamá se despertó y empezó a regañarme: "Muchacho de porra, ¿dónde andabas? ¿No ves que hemos estado buscándote como locos por todas partes? Pero ahorita te saco la verdad". Yo no podía hablar, el llanto se me agolpaba en la garganta, no respondí. Hasta que encontré en sus ropas las llaves de su vivienda, dije: "Es que se mató Miguel, ya lo traen ahí pa' que se vele". Mi madre dio un salto de la cama, yo salí corriendo con las llaves. Cuando salí, los camilleros ya habían bajado la caja a los escalones. "Orale, que no tenemos su tiempo" dijeron. No respondí, abrí el cuarto mientras el otro compa bajaba los candeleros y las ceras.

Acomodamos la caja, era gris, de las más corrientes pero qué le vamos a hacer. Para esas horas ya había llegado mi mamá con Mariquita, don Chava y el velador, que seguían alegando sin darle mucha importancia al asunto. Mi mamá se apresuró a poner café, yo me puse a cambiar todas las cosas de Miguel pa' la azotea y allí me dio la última sorpresa. Yo nunca había entrado a su cuarto pero al verlo, no comprendí cómo en el poco tiempo que tenía ahí había comprado tantas cosas, en fin. Ahí había una cama de esas de tubo, nuevecita, un trastero con muchos jarros colgados, cazuelas, cajones de dinamita, estos eran útiles para guardar la ropa y esas cosas y yo los puse alrededor de la caja para que la gente se fuera sentando cuando llegara. En una de las cajas había muchas cartas dirigidas a él, mandadas a lista de correos. Todo eso me lo llevé a mi casa, ya después tendría tiempo de leerlas. Ya casi iba amaneciendo, ya estaban llamando para misa de siete, la gente entraba y salía. Uno de los vecinos trajo cal y pintó una cruz debajo de la caja, yo estaba muy triste. Mi mamá me trajo un jarro de café bien caliente que me supo a gloria, después me dijo que me fuera a acostar un rato pero yo no quise, no quería separarme de él, ni siquiera un ratito.

Una vecina cortó de sus macetas unas florecitas, otra fue a llamar a la señorita que rezaba el rosario; casi no se tardó, pues vivía en la misma calle. Al llegar, cubriéndose la cabeza con su velo dijo: "Vamos a rezar un rosario por el alma de este señor. En el nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo..." Todos nos hincamos y rezamos con devoción, era todo lo que podíamos hacer. Al terminar el rosario llegó el sota-minero con una corona, la dejó y se retiró sin decir nada. Atrás de él llegó el encargado de turno, también muy demacrado y como si sintiera una culpa que lo aplastaba se dirigió hacia mí y me dijo: "La vida es así, hay accidentes casi a diario". El sabía de mi amistad con Miguel.

Cuando llegó la carroza subimos el féretro y después nos subimos al camión de acompañamiento, el jefe de turno se sentó junto a mí y me dijo: "¿Ya supiste como estuvo?" Empezó a hablar como si quisiera contarle todo, como si quisiera desahogarse, le dije que se calmara, él seguía hablando atropelladamente:

"La barrenación se la echó rápido —me dijo—, tú ya lo conocías. Cuando terminó echó para abajo la espiga y le gritó a su ayudante que llevara la dinamita y la cañuela que yo ya tenía preparadas, cuando acabara de cargar echaría las cosas y se colgaría por la reata. El chiflón no estaba muy alto, tendría unos 6 ó 7 metros, ya habíamos desconectado el aire de la espiga y la llevábamos cargando hasta el crucero, a nosotros también nos urgía salir pronto, todo lo llevábamos de un solo viaje. Dije que cuando bajara Miguel se llevara los cuartones. Habíamos caminado unos 20 metros cuando oímos la disparada, yo me sobresalté, no la esperaba tan rápido. Además habían salido nada más tres barrenos. Dejamos la cosas en el camino, llegamos corriendo, no supimos lo que ocurrió, pero cuando nos acercamos Miguel estaba ya con la cara deshecha, había muerto instantáneamente. Con trabajo lo sacamos y lo llevamos a la clínica, lo demás ya lo sabes, falta lo que diga el cuerpo de seguridad cuando investigue a fondo, habrá que esperar". Entrábamos ya al panteón, estaban sonando la campanita.

Le pedí al chofer que se parara en la oficina para entregar el papel de defunción, el encargado de la oficina hizo apuntes en un libro muy grande. Después se fue en la carroza para decirle al chofer dónde era donde se iba a sepultar, en quinta clase. Las pocas personas del acompañamiento nos regresamos al camión, muy despacito, como no queriendo perturbar la paz de aquel lugar. El camioncito nos llevó de regreso a

la vecindad donde para esas horas los niños estaban en pleno juego canicas, rayuela, trompo, etcétera. Es el momento en el que uno quisiera volver a ser niño y ser ajeno a todas las situaciones del mundo de los adultos.

Mi mamá me sirvió de comer, en verdad tenía mucha hambre, no había probado nada desde la tarde del día anterior. Cuando acabé de comer me fui a acostar un rato, sin preocupaciones. Al otro día, el lunes, me tocaba el turno de las once así que me desperté hasta las nueve. Ya más tranquilo, me fui caminando hacia la mina porque a esa hora no hay camiones. Tenía que recoger la raya de Miguel y traerme la ropa de su gancho. Cobré su semana, los tres días de depósito los cobraría hasta el próximo sábado.

Me regresé caminando por la vereda que tantas veces recorrimos juntos, robándole al cerro las flores de San Juan. Al llegar me di cuenta que el cuarto de Miguel tenía candado, fui a traer la llave que estaba en la caja que contenía todas sus cartas. Me traje la caja, quería poner todas sus cosas en orden y darle una barrida a su pieza, pues no tardaban en ir a recoger el pedestal y los candeleros. Cuando terminé me senté a revisar los papeles, tenía la esperanza de encontrar a quién avisar en su tierra.

Había muchos sobres dirigidos al señor Miguel Martínez, lista de correos. También encontré una carta escrita por él que no había alcanzado a llevar al correo, dirigida a la señorita María de Jesus Tovar, lista de correos, Guanajuato, Guanajuato. Al abrirla sabía que estaba faltando a una de las más elementales reglas de educación, pero tenía que hacerlo. La carta decía:

“Querida Jesús: te escribo para saludarte y al mismo tiempo para decirte lo siguiente: que siempre estoy pensando en ti hasta dormido pienso en ti y le pido a la virgen que estés bien tú y la niña, que pronto si Dios quiere conoceré, pues fijate que ya lo tengo todo arreglado, ya compré todo para tu cocina y en esta semana compro lo de la pieza pues quiero tenerte lo mas pronto que se pueda no puedo estar sin ti.

“Jesús pon mucha atención en lo que voy a decirte dentro de 15 días o sea el sábado 30 de este, voy a ir así que el domingo 31 te espero en la plaza de San Roque donde platicábamos no saques nada para que tu madrina no se dé cuenta.

“Tan pronto como llegue nos venimos verás como te va a gustar aquí traemos a la niña y la bautizmaos quiero que se

llame como tú fijate chula, que ya tengo pensado quiénes serán los padrinos ya no me contestes pero no se te olvide domingo 31 en San Roque.

Recibe mi corazón

Miguel Martínez."

Dejé caer la carta al suelo, sentía unas ganas infinitas de llorar, ¡qué vicisitudes tiene la vida! Tenía un nudo en la garganta. ¿Quién se iba a imaginar lo que Miguel guardaba con tanto celo? ¿Quién iba a pensar que aquel muchacho serio y trabajador, que se nos hacía tan diferente, tuviera tan escondido este secreto? Esas eran sus ansias, esa era su inquietud, que desahogaba trabajando sin descanso. Qué valor se necesitaba para guardar una cosa así, ahora lo comprendo plenamente. Cuántas veces lo vi, con la mirada perdida, pensando seguramente en María de Jesús y en su hija.

Con la manos apretándome la cabeza permanecí un gran rato, la tristeza que me embargaba no me dejaba pensar qué actitud iba a tomar ante tan difícil situación. Mientras algo se me ocurría seguí revisando los papeles, quería encontrar una dirección, algún dato, pero nada, Miguel fue tan reservado que las cartas que le llegaron las rompió o las quemó, el caso es que sólo guardaba los sobres vacíos.

Habían pasado como dos horas, tocaron a la puerta, era mi mamá. Le había parecido extraño que yo permaneciera tanto tiempo en una pieza en donde acababan de velar a un difunto, así que me fue a buscar. "Pásate, le dije, ando buscando en los papeles de Miguel algo que me ayude a localizar a algún familiar para avisarle". No le quise decir nada de lo de María de Jesús, no quise hacerla llorar. Mi mamá, con gran sentido, me dijo: "¿por qué no esperas a tu hermano?, él te puede aconsejar". Asentí con la cabeza, tenía mucha razón. Tapé el cajón de los papeles y me fui a comer, quería también dormir un rato. Me tocaba el turno de las once y por primera vez sentía miedo, seguro me iba a quedar de perforista en el lugar de Miguel y seguro me iban a mandar a tumbarle al mismo chiflón y también seguramente los compas le pondrían a ese chiflón "el chiflón de la muerte", así sucede en la mina. Cuando hay un accidente, a ese lugar se le conoce por lo que allí pasó, por ejemplo, hay un contratiro por el rumbo de Santa Ana al que se le conoce como el contratiro "del cojo" porque ahí se rodó un compa y le tumbaron una pier-

na. Hay un crucero al que le dicen el crucero "del quemado" porque ahí agarró el troje a un trabajador y no lo soltó hasta que estaba bien quemado.

Cuando desperté —serían como las siete de la noche— le pedí a mi mamá que fuera a buscar a mi hermano, que vivía en la misma vecindad y estaba recién casado. Llegó con mi cuñada, se sentaron en la orilla de la cama, les conté a grandes rasgos el problema. A ellos sí les platicué lo de la carta, Juan me aconsejó que le escribiera inmediatamente a esa muchacha de Guanajuato contándole todo para que, si era posible, se viniera inmediatamente. "Así le voy a hacer —le dije a Juan—, mañana llegando le escribo". Agarró a su señora del hombro y salieron silbando, yo me volví a recostar con las manos en la nuca. Mi jefa ya me estaba haciendo los tacos, esperé pacientemente a que dieran las diez, agarré mi guangoche, me despedí de mi mamá, que se disponía a acostarse, me persigne y salí corriendo a esperar el camión, al pasar por la vivienda de Miguel sentí un escalofrío. En el camión, como siempre, los aventones y los albuces, algunos ni se enteraron de la muerte de mi amigo y a los que lo supieron, ya se les había olvidado.

Cuando llegué a la mina me fui directamente al baño, todo había pasado, al encargado también se le había olvidado. Me dijo: "Cámbiate y te vas a la oficina, el sotaminero quiere hablar contigo". Algunos compas me miraban de soslayo, yo no les hice caso, me metí a cambiar. Todo eran recuerdos, ahí estaba, vacío, el gancho de Miguel. Me cambié rápido, ya quería bajar, total, "pronto ocho pronto nueve".

Fui primero a la oficina, el barra revisaba su lista de raya.

—Dame tu tarjeta —me dijo—, desde hoy vas a bajar con la categoría de perforista. Ten mucho cuidado, no quiero que en mi turno pase otra desgracia como la del sábado.

—No tenga cuidado, barra.

Salí con rumbo al almacén a llenar mi depósito de carburo y a pedir mi herramienta, ya no iba a esperar a que la pidieran los peones. Ese día me estuve todo el turno reparando unas mangueras, el aire y el aceite de las máquinas las rea-muelan. Mientras los demás trabajaban estuve pensando en cómo le iba a dar la noticia a María de Jesús. Ese día no me bañé, en realidad no me ensucí ni sudé, así que me cambié rápido, chequé mi salida y me vine a pie, como siempre lo hacía en ese turno. La mañana era bastante fría, había calado; el cerro estaba pelón. Cuando llegué mi mamá me esperaba

con mi té de canela y un cocol también acabado de salir, siempre madrugaba para ir por el pan a La Surtidora. Me dijo que si quería acostarme la cama estaba arreglada, pero yo tenía otras cosas más importantes que hacer. Esperé a que abrieran la tienda y fui a comprar papel y sobre, de una buena vez le iba a escribir a María de Jesús.

Escribí lo esencial, no quise entrar en detalles, le conté a grandes rasgos lo que había pasado, le dije que sentía con toda el alma causarle este dolor pero que era necesario. Le expliqué que era preciso que registrara a la niña como hija que era de Miguel, le mandé mi dirección y cómo llegar —hasta un croquis de las calles le hice— o que me dijera el día que venía y yo la esperaba en la terminal.

Esa misma mañana eché la carta en el correo en un sobre dirigido a la señora María de Jesús Tovar, lista de correos, Guanajuato, Guanajuato, y me puse a esperar. Le recomendé a la casera, a mi madrina y a todas las vecinas que tuvieran cuidado por si llegaba o veían por ahí a una señora que debía ser joven, con una niña en brazos.

Yo seguí trabajando como siempre. Diariamente después de almorzar me daba mi vuelta por el correo para ver si había carta para Miguel.

Recorrí las listas con avidez pero no estaba su nombre. No fue sino hasta el cuarto o quinto día, cuando ahí estaba su nombre. La emoción me recorrió todo el cuerpo, fui a la ventanilla, me identifiqué con la tarjeta de raya de Miguel y recogí la carta. La curiosidad no me dejó llegar hasta la casa, me senté en una banca del jardín que estaba junto al correo, abrí el sobre y me puse a leer. La carta decía:

“Miguel de mi alma dispénsame, que hasta hora te conteste pero no había podido bajar al correo, mi madrina me tiene muy vigilada hasta hoy que me mandó entregar una ropa aproveché para escribirte en una carrerita quiero decirte que ya no puedo vivir sin tí que me haces mucha falta, peor ahora que me he sentido muy mal y mi madrina no me hace caso fijate que ya recibo mas ropas para lavar no descanso en todo el día desde que Dios amanece hasta en la noche pegada en el lavadero solo descanso cuando me meto a darle de comer a la niña ven por favor te lo pido, con todo mi corazón.

“Miguel como te digo en la otra carta la niña cada día que pasa se parece mas a ti te quiere con toda su alma.

María de Jesús”.

¡Qué desgracia!, pensaba yo de regreso a mi casa ¡Cómo pueden suceder estas cosas!

Cuando llegué a nuestra vivienda mi mamá se había ido al mercado, así que me acosté, estaba muy desvelado. Dormí como un lirón, nadie me hacía ruido; desperté ya casi en la nochecita. Mientras comía le platicué a mi mamá y a mi hermano todo, les enseñé la carta. Juan la leyó en voz alta y ambos se pusieron muy tristes, me aconsejaron que no me apurara, dijeron que ojalá viniera esta muchacha. No podíamos hacer otra cosa que esperar. Me fui a trabajar como de costumbre, ese día era sábado, mi hermano me había cobrado mi tarjeta y los tres días de Miguel. Al otro día era Nochebuena, los vecinos iban a sacar nuevamente sus mesas y sus anafres para el ponche y los buñuelos, yo no quise participar.

Pasaban los días y la semana, llegó el Año Nuevo y nada, no tenía ninguna noticia, ni ella se aparecía, qué iba yo a hacer. Le escribí nuevamente, dándole santo y seña, rogándole que viniera o que escribiera y volví a esperar. En esa semana, la primera del año, me tocaba el turno de las tres. Un día me fui bien temprano, quería ir a la oficina de estadísticas pues ahí estaba la afiliación de Miguel, ojalá allí encontrara algún dato de su familia de Guanajuato.

El encargado de la oficina se portó muy amable, me enseñó su tarjeta de afiliación. Ahí estaba su retrato pero ningún dato que me ayudara, sólo decía: nombre, Miguel Martínez; edad, 22 años, soltero; lugar de nacimiento, Guanajuato, Guanajuato; padre, Miguel Martínez (finado); madre, María Hernández (finada). Era todo. Me fui para mi chamba, no había averiguado nada.

Estaba tan nervioso y desesperado de que no llegara esa muchacha que me decidí ir a buscarla a Guanajuato. Ahora que veo las cosas con absoluta calma pienso que eso hubiera sido una locura, aunque me disgusté con mi familia porque me lo impidieron, ellos tenían razón, yo nunca había salido de Pachuca ni conocía México. Volví a escribir la cuarta carta en un mes. En las mañanas iba al correo, no fuera a ser que no hubiera recibido mis cartas y le escribiera a Miguel, el caso es que ella no escribía, ni venía.

Aquel día fui a ver al jefe de la oficina de estadística quien me prometió que él mismo se encargaría de preguntar a la estadística del mineral de Cata donde según Miguel siempre trabajó. Así que pasados unos días fui a verlo y tal como me lo prometió ya me tenía todos los datos, los únicos que le habían mandado y que estaban en su tarjeta de afiliación.

No traían nada nuevo, eran exactamente los mismos que estaban anotados aquí.

Ya habían pasado tres meses, ya se estaban perdiendo mis pocas esperanzas, soñaba con que viniera María de Jesús con su niña. Cada que le escribía le explicaba que tenía que registrar a la niña como hija de Miguel, que trajera ese documento, que era muy importante, que teníamos que reclamar la indemnización a que tenía derecho. Yo había preguntado por aquí, por allá, a los compas, a los amigos mayores, a algunos que habían tenido en su familia algún accidente cómo habían arreglado la indemnización. Quería estar bien enterado para que cuando ella viniera no tuviera problemas. Fui a ver a don Gil, compadre de mi mamá, el señor que me prestó mi primera gorra. A él se le había matado un hijo, lo agarró el trole. Le platiqué más o menos el asunto, me dijo que no había problema de nada, que nada más se presentara alguien que demostrara que tenía derecho: Su mujer, sus hijos, su madre, en ese orden. Yo me angustiaba: "¡Dios mío y esta mujer que no da señales de vida haciéndome perder toda esperanza! Peor ahora que me empezaron a devolver las cartas".

En un solo paquete me llegaron muchas, decían: No reclamadas. Volvía a preguntarme qué hacer. Su vivienda, ya la habían desocupado, todas sus cosas de la cocina las guardamos nosotros, sus cajones con sus cartas también, lo mismo su lámpara y su gorra. La cama, nuevecita, se le había quedado a Mariquita la casera como pago de la renta y la comida, pues ella lo atendía.

Ya habían pasado seis meses, había sido por este tiempo, si no mal recuerdo, aquel domingo en que, cotón al hombro, todo flaco y desganado Miguel llegó al barrio. De esto tendría más o menos un año.

No sé qué me pasa, el caso es que no dejo de recordarlo. Qué tipo tan especial, a nadie le decía ni le contaba nada, todo se lo echaba dentro y en el trabajo se quería acabar la mina, qué recio y qué valiente era.

También pensaba en María de Jesús y en su niña, ¿qué sería de ellas? Sólo Dios sabe.

Hacía tiempo que tenía la intención de mandar hacer un panteoncito de mampostería para la tumba de Miguel, con el dinero de su raya, que yo había cobrado pero siempre, por angas o por mangas, no lo hacía. Ahora me había decidido, más aún que estaba cancelado y que andaría de flojo toda la se-

mana —así pasaba cada que se cumplía el contrato, descansaba uno cada ocho días mientras firmaba el otro—, así que tendría todo el tiempo del mundo. Fui al panteón a buscar un albañil, ahí hay muchos que se dedican a arreglar sepulcros. Hablé con dos o tres, un joven que se veía bastante listo se comprometió a arreglar también la perpetuidad y además el precio estaba más o menos bien. Le fui a enseñar dónde era la tumba y de pasada le di una escombradita. El panteón iba a ser sencillito, con su cruz de tubo grueso y una placa de granito que diría: “Miguel el Chiflonero, 16 de diciembre de 1944”. Yo pensaba que quizá cumpliendo con este deber me olvidaría de todo esto, inclusive me daban ganas de no volver a Dos Carlos, pues ya algunos amigos me estaban animando para que me fuera a apuntar al sindicato de mineros de la compañía Real del Monte. Era una compañía gringa, ahí sí pagaban bien, tenían muchas prestaciones; el trabajo era de planta, aunque eran muchos los requisitos para entrar. Había un perforista que era mi amigo, vivía por el rumbo de La Viborita, él era el que más me animaba así que aproveché que andaba de flojo y me puse a arreglar todo. Fui a la presidencia a apuntarme para sacar mi cartilla, ya me tocaba y además la necesitaba. Saqué mi acta de nacimiento y fui con mi cuate al sindicato para que me apuntaran.

Me dijeron que el jueves pasaban reconocimiento; yo estaba seguro de salir bien, pues aunque había trabajado en la mina, había sido por poco tiempo, así se los dije. El reconocimiento, según me dijeron, era muy minucioso y ponían especial atención en el pulmón. Mi amigo me aconsejó que el miércoles, al acostarme, me tomara dos litros de leche con diez gotas de yodo, por si había algunas manchas en el pulmón, eso las tapaba y no salían en las radiografías.

El jueves temprano me presenté al dispensario de la compañía, ahí hacían el examen. Nos habían citado a las ocho de la mañana, éramos como diez. Nos pasaban de dos en dos. Otro muchacho del Real y yo fuimos los segundos, nos llamaron por nuestro nombre. Ahí en la salita estaba una señorita que apuntaba nuestros datos, cuando terminó nos dijo acercando una silla:

—Desnúdense y pongan aquí su ropa, ahorita viene el doctor.

Nos quitamos los zapatos, nos desabrochamos la camisa, aflojamos el cinturón esperando que la muchacha se saliera pero ella como si nada. En esos momentos entró el doctor que nos dijo:

—¿A qué hora se desnudan?

Nos quitamos la camisa y el pantalón; la señorita, que nos veía de reojo nos dijo:

—También el calzón.

Yo como que quería ponerme el pantalón y salir corriendo. El doctor se dio cuenta y amigablemente nos dijo:

—No les dé pena, así le han hecho cientos de aspirantes que vienen al mes.

Y ni modo, nos desnudamos. El famoso reconocimiento fue fácil, nos revisaron si teníamos los dedos completos, el corazón y terminaron con la radiografía del pulmón. Nos vestimos y al salir nos dijeron que el lunes saldrían las listas que ponían en el sindicato.

Ya estábamos afuera y yo todavía estaba avergonzado. Me despedí de mi ocasional cuate y me fui a mi casa, como el examen había sido en ayunas, ya tenía hambre.

Mientras almorzaba le platiqué a mi mamá lo del dispensario y la hice reír de buena gana cuando le puse de ejemplo que yo prefería dar cincuenta barrenos en un rebaje bien caliente y no volverme a encuear delante de esa señorita.

Los demás días pasaron tranquilos, el lunes temprano fui al sindicato a ver las listas. Iba confiado, ya estaba ahí el cuate del Real; estaba feliz, fue a mi encuentro y me dijo sonriendo: "Sí estamos en la lista". De todos modos fui a ver, ahí estaba mi nombre.

Por ahí salió un secretario que nos dijo que había un pedido para El Real, para la mina de Purísima Grande, que los que estábamos en la lista y quisiéramos irnos para allá pasáramos para que nos dieran la orden para Pachuca. "No hay pedido", nos recalcó. Yo no lo pensé, total, "pronto ocho pronto nueve".

Fui el primero en entrar, me acordé que en esa mina trabajaba mi amigo. Me siguieron otros compas; todos eran nuevos, entre ellos el del Real. Nos preguntaron el nombre, nos dieron nuestra orden para bajar, el vale del almacén para la gorra y la lámpara y por último nos dijeron: "Se presentan el jueves de día". Salimos con los papeles en la mano, los muchachos se veían un poco nerviosos, todos nos despedimos con un hasta luego. "Allá nos vemos el jueves", les dije y me fui para mi casa. Después de comer me encaminé al barrio de La Viborita a buscar a mi amigo, estaba comiendo pero salió al primer chiflido. "Voy a Purísima Grande", le dije antes de saludarlo. Le dio mucho gusto, noté que de veras me aprecia-

ba. "Mira —me dijo—, nos tenemos que ir juntos, vas a levantarte más temprano. Aquí te espero a las seis".

Donde él vivía se agarraba para arriba por la mina de El Lobo y ahí estaba la carretera del Real. No teníamos que ir hasta el centro. Cuando llegamos a la mina mis cuates ya se estaban cambiando, ya les habían dado su gancho. Aquí en la compañía todo es más organizado, a mí también me dieron el mío. Me estaba cambiando cuando entró un contratista, se dirigió a mí preguntándome: "¿Tú eres perforista?" Le dije que sí moviendo la cabeza. Mientras me amarraba mi zapato minero me dijo: "Mira, yo necesito dos perforistas, Luis ya me dijo (así se llamaba mi amigo) que también eres chiflonero, me gustaría que te vinieras conmigo al contrato, aquí vas a ganar mucha lana. Si te vas por la casa sacas tu raya pelona". Le dije que sí, total, a eso iba. Me junté con los otros compañeros, entre ellos Luis, que andaba en el contrato.

Desde ese primer día me di cuenta que abajo de la mina todo es lo mismo (el antro dantesco de noche sombría donde hay que ser bravo, donde hay que ser fuerte). La primer semana la cosa estuvo calmada, no hubo mucho cuele; estuvimos preparando una tepetatera pero, según platicaban, desde el lunes la cosa iba a cambiar, íbamos a tumbarle a un rebaje que estaba bien caliente. Yo no decía nada pero eso me tenía sin cuidado, yo sabía de lo que era capaz.

Me encontraba a gusto con esa cuadrilla, todos le entrábamos parejo. Yo había entrado como peón pero anduve desde un principio con sobresuelo de perforista, así que tenía que demostrarlo.

A los pocos días, por orden del ingeniero y del consejo de seguridad se abriría un chiflón que serviría de respiración del rebaje al que íbamos a tumbarle y que deveras bufaba de caliente. No tuve ningún problema, me lo eché así, sin ayudante. Miguel me había enseñado un estilo de barrenación en un chiflón reducido. Aunque aquí se acostumbrara esa barrenación que le llamaban "cinco de oros", la que yo daba era mas rápida, un barreno menos, se llama "pata de gallo" y así es, como una pata de gallo, con un barreno más corto enmedio.

De Purísima Grande tengo un gran recuerdo, todos los compas me agarraron ley, lo mismo el encargado y el contratista, que se dieron bien cuenta que siempre puse todo mi empeño, nunca escatimé esfuerzo, ni valor, ni energía, ni nada, mucho menos amistad y compañerismo.

Me hice de muchos amigos, por eso me dolió mucho cuando me cambiaron a la mina del Alamo, aquí en Pachuca,

aunque me iba a beneficiar en todos los aspectos, en primera y no tendría que viajar diario y vendría como encargado. La mina del Alamo me era familiar cuando menos en el exterior, de chamaco fui "morroneo" de don Pascual, un señor que vivía en la vecindad. Era un gran tipo y aunque tomaba mucho siempre fue muy gente. Como siempre me sucedía, me adapté pronto a mi nuevo trabajo, a mis nuevos compañeros que también, como los del Real, jalaban parejo. Nada de ese dicho que "Si quieres ser minero viejo... haste guaje". No, aquí todos le entramos con fe.

Seguí trabajando con mas ánimo, como si me hubieran inyectado una buena dosis de energía. Había conocido a una muchacha bien bonita y bien buena y ya éramos novios, la quería mucho y pronto nos casaríamos, total, "pronto ocho pronto nueve", así de fácil. Hicimos las cosas bien rápido y nos casamos. No quise irme del barrio, le pedí a mi esposa que siguiéramos viviendo en el barrio, en la vecindad, pero poco nos duró el gusto, empezaron a llegar los chamacos y la pieza y la cocina ya no eran suficientes. Nos cambiamos por ahí cerca, no queríamos dejar el rumbo, quería que mis hijos fueran a la misma escuela en la que yo hice mi primaria.

Pasaron muchos años y, cosa curiosa, entre más pasaban más satisfecho y orgulloso me sentía de ser minero. Por eso precisamente me costó tanto trabajo tomar la decisión de retirarme, tuve que pensarlo mucho, mi esposa me alentaba a tomar esta alternativa que sería definitiva en mi vida. Así que esperé a que me tocara el turno de noche y sin decirle nada a mi vieja agarré mis papeles y me fui al sindicato. Me encontré a un hombre entrado en años, me saludó amablemente, me estiró la mano al tiempo que me decía: "Qué pasó barra, a poco no se acuerda de mí, yo soy aquel que le fue a avisar cuando agarró la disparada al chiflonero aquel que era su perforista, ¿se acuerda?" Asentí con la cabeza mientras mi pensamiento se iba muchos, pero muchos años atrás.

Seguido voy a la mina, mi vieja dice que no la puedo olvidar, que ahí me enterraron el ombligo. Quizá tenga razón, el caso es que me gusta ir a bañarme y a saludar a los compañeros que aún quedan.

También me gusta ir a Dos Carlos, me voy y vengo caminando, conozco bien las veredas. Cuando es junio le robo al cerro las flores de San Juan o los mantos azules cuajados de rocío. Siempre que regreso de estas caminatas como que me

siento con más ánimos. Mi vieja dice que hasta me pongo chapado, será que las disfruto enormemente.

En estos días no he podido ir a caminar, estoy muy ocupado escribiendo este relato minero que como dije al principio constituye la verdad de una larga vida fuera de la mina. Lo estoy haciendo lo mejor posible, aunque con la conciencia de que no voy a aportar nada a las letras, pues en verdad yo soy minero, no escritor, pero quise colmar mis ansias, probarme y la verdad, es bien difícil, prefiero la mina. Pero gracias a Dios ya estoy terminando de escribir el último renglón cuando, desde el patio, me grita uno de mis nietos:

—Abuelito, que dice mi abue que ya dejes de escribir, que te va a volver a doler el pulmón, que ya te vengas a comer.

—Si hijo, dile que ahora voy, nada más le pongo la fecha a este montón de recuerdos.

Autobiografía

Juan Carrillo Hernández

Prólogo

Intentar hacer una biografía del minero es una tarea casi imposible, pues se necesita vivir en carne propia todos los sufrimientos por los que pasa este hombre tan singular e importante. Singular, porque para ser minero se necesita ser un hombre con valor fuera de lo normal; importante, porque es la minería una de las fuentes de ingreso para el país.

Es por eso que me atrevo a hacer esta autobiografía. Las experiencias vividas me facilitan adentrarme en el sótano del recuerdo, recuerdo que por más que yo quiera hacer agradable, jamás lo lograré, debido a los acontecimientos ocurridos durante estas experiencias. Lo narrado a continuación es una forma de dar a conocer los sufrimientos, peligros y demás cosas por las que pasa el minero. Pero tengo la seguridad de que todo ello no supera la realidad de los hechos, aun cuando me esfuerzo por dar a conocer lo pasado por mí y por tantos excompañeros que aún siguen trabajando, tal vez resignados a su suerte, o tal vez impedidos de abandonar ese trabajo por las circunstancias por las que atraviesa, ya sea por problemas de salud, o de índole económica; mi admiración y respeto para todos los mineros de toda la República Mexicana y en especial para los de Angangueo.

Soy de Angangueo, Michoacán. Mi relato, aunque parezca increíble, es verídico; se inició el 29 de octubre de 1956. Los nombres de todas las personas aquí mencionadas son verdaderos,

por ningún motivo los he cambiado, pues no creo lesionar a nadie con este relato, al contrario, pienso que me servirán como testimonio en caso de que se me tomara como un charlatán o un mentiroso, por lo tanto, yo asumo la responsabilidad.

Ese 29 de octubre lo recuerdo y lo recordaré hasta el fin de mi existencia, cuando ingresé a la Compañía Impulsora Minera de Angangueo; para esas fechas yo contaba con diecinueve años, pues nací en abril de 1937. Estos años habían transcurrido llenos de penalidades, sufrimientos y privaciones, ya que no vivía con nosotros mi padre y mi familia era muy numerosa, lo cual hacía más difícil la situación de mi madre (que en paz descanse). Mi madre se desempeñaba como molinera en un molino de nixtamal; mi familia se componía de ocho miembros cuyos nombres, por orden de edad, son los siguientes: María de la Luz, María del Carmen, Agustina, Sara, Juan (narrador), Evangelina, Arturo y Manuela. No hubo la oportunidad de estudiar más que la instrucción primaria en esas fechas, la cual cursé en una escuela de gobierno llamada Isaac Arriaga. Cabe señalar que antes, con mucho esfuerzo y sacrificio, estudié un año en la escuelita particular de una magnífica maestra llamada María de Jesús González, en la cual adquirí los conocimientos necesarios para entrar a la escuela oficial. Sin cursar segundo ni tercer año entré directamente a cuarto; modestia aparte, me sentí con la capacidad para ser uno de los mejores en cuarto, quinto y sexto año. Antes de los mencionados estudios me desempeñé como ayudante de albañil en la reconstrucción de la parroquia de mi pueblo; esta obra estaba a cargo del señor Miguel Vega. Los párrocos que me ayudaron fueron, primero Estanislao Alcazar, segundo don Fidel Cortez, que posteriormente serían obispos de Matamoros, Tamaulipas y de Chilapa, Guerrero, respectivamente. Digo me ayudaron, por que me dieron trabajo y me permitían salir para asistir a la escuela; a la hora de salida de la escuela regresaba a trabajar. Antes había trabajado cargando bultos o canastos en el mercado, descargando camiones, tirando la basura de las casas y acarreando agua a las mismas; vendía paletas y dulces en el cine, o sea que era el mil usos de aquel tiempo; vendía también cerveza los domingos en el campo deportivo, todo esto fue antes de entrar a la mina en donde pasé las más amargas experiencias, que aún recuerdo como una pesadilla.

Un día antes de empezar a trabajar en la mina me reuní con los amigos de aquellos tiempos (28 de octubre de 1956)

para celebrar las fiestas del santo patrono del pueblo, San Simón Apóstol, y también para festejar que iba a trabajar al día siguiente. Empezamos a tomar cerveza, la cual me tocaba invitar a mí, ya que yo era el nuevo minero; esto terminó en borrachera, la cuenta me la habían fiado para cuando cobrara mi primera raya o paga. Al día siguiente me presenté a mi trabajo, hay que mencionar que debido a mi juventud no me hacía efecto "la cruda", lo cual era bueno a mi favor.

En ese tiempo era muy difícil encontrar trabajo, debido a un accidente ocurrido el 25 de abril de 1953 donde murieron veinticinco mineros, entre los que se encontraba un alto jefe minero, el señor Pérez Quijano, varios contratistas, rezagadores, perforistas, ademadores, rieleros y encargados; esto fue lo que hizo que la empresa *American Esmeatig Resin & Company* decidiera cerrar la única fuente de trabajo en el pueblo, liquidando a los trabajadores. Después, por consejo del párroco, se formó la Unión de Accionistas, también con apoyo del gobierno del estado de Michoacán. Las acciones costaban cien pesos cada una; con el dinero de dichas acciones se volvió a abrir la mina, con el nombre de Impulsora Minera de Anganguero, S.A. de C.V.

Siguiendo con mi relato, les diré que en ese primer día me fue muy mal, desde el inicio mi trabajo fue un calvario, ya que desde que me metí a la calesa sentí miedo y ganas de regresarme. Para colmo de mis males me habían dado una lámpara de carburo en mal estado, pues las condiciones económicas de la empresa no permitían comprar nuevas. Me dieron mi casco de minero y yo llevaba zapatos de calle, ya que no tenía dinero para comprar unos nuevos para trabajar en la mina.

En Anganguero el clima es frío, pues está enclavado en plena sierra llamada Sierra de Anganguero. Cuando bajé por primera vez sentí frío (en el exterior hacía bastante), se aproximaba el invierno y con los nervios de que por primera vez iba a trabajar en la mina, más lo sentía; pero no sabía que en breve tiempo iba a cambiar el clima totalmente pues, para mi sorpresa, al llegar al piso de San Hilario ya se sentía calorcito y sentí un cambio en la respiración. Me sentía más sofocado y cabe señalar que la ropa con que se trabaja es una camisa, pantalón y zapatos; la chamarra nada más se usa para bajar y subir, para cubrirse del frío del exterior cuando se forma uno, ya que en la calesa o jaula nada más caben diez personas y mientras espera uno su turno para bajar es necesario abrigarse. Ya en el nivel de San Hilario está estaciona-

do el trenecito donde viaja uno al contratiro número dos, este viaje se hace en *pulmans*; en dichos *pulmans* caben cinco personas en un lado y cinco enfrente sentadas, metiendo las piernas los de un lado entre las piernas de los del lado opuesto (a esto se le llama “empiernar”). Este trenecito se compone de un motor que se alimenta por medio de corriente directa, cuya alimentación eléctrica —trole— va pegada a la parte superior del túnel y la de la vía se hace por medio de la tierra; este sistema es parecido al de los tranvías.

Al poco rato de haber bajado se llenó el tren y partimos rumbo a las entrañas de la tierra, donde me sentí por demás sorprendido y asustado, ya que al llegar donde nos teníamos que bajar, en el contratiro número dos, se sentía un calor más sofocante y comencé a sudar como si estuviera en un baño de vapor. En el contratiro número dos estaba otro malacate para subirnos a los diferentes lugares; como en un elevador, va uno al piso que quiera. Nosotros subíamos según el nivel donde nos correspondía trabajar, ya fuera en el ocho, el seis o el cinco; del nivel de San Hilario al nivel ocho hay 50 metros de altura, del nivel ocho al nivel seis hay 60 y del seis al cinco hay 50. El nivel de San Hilario es el que está desde la entrada del pueblo y es donde se saca el metal por medio de los trenes o motores, como se les conoce; este nivel llega hasta el frente o sea el tope del túnel de la mina. Este tope siempre va en constante avance con el fin de preparar chiflones para nuevas obras o rebajes.

En ese tiempo no estaba en funcionamiento el menos cuarenta o sea 40 metros abajo del nivel de San Hilario, por encontrarse inundado desde el accidente de 1953; posteriormente lo desinundaron y continuaron trabajando. Total, que de San Hilario se sube al ocho, del ocho al seis, del seis al cinco, y para subir al cuatro lo hacía uno por escaleriado, porque el malacate estaba nada más en el cinco. Ahí también se encuentran los cargadores de batería de los trenecitos, más chicos que los que circulaban en San Hilario (a estos trenecitos los llaman “manchas”). Los chiflones, como se les conoce, son hechos a propósito para subir y bajar, como ya lo he dicho, por escaleriado y también para echar el metal. Este chiflón está dividido en dos partes forradas de madera, acomodadas de tal manera, que las dos forman un enguacalado o anillado. La madera que se usa para formar el anillado consta de dos largueros y tres armadores, un armador por cada extremo y uno en el centro, lo cual forma dos cuadros divididos por la parte de enmedio. De dichos cuadros, uno sirve para

poner escaleras y el otro se forma por dentro con tablas o rajas para vaciar el metal; a este cuadro donde se vacía el metal se le conoce como alcancía. El forro se hace con el fin de que, cuando vacían metal, éste no se salga por el lado del escalerado, lesionando a alguna persona que en ese momento vaya subiendo o bajando por allí.

La alcancía tiene en la parte de abajo una puerta de fierro para detener la carga y llenar los carros de metal llamados "guajolotas". Con dos guajolotas se llena una góndola; las guajolotas se usan únicamente en los niveles ocho, seis y quinto y las góndolas, en San Hilario, sirven para sacar el metal hacia el exterior, directamente a la báscula para pesar el tonelaje de cada viaje. De ahí va el metal al molino, donde se muele y se separa de las impurezas tales como tepetate; los demás metales se separan por procedimientos para mí desconocidos. Después se concentra el metal para ser transportado por ferrocarril a otra parte de la República para extraer de él la plata pura.

En cada obra hay un contratista, un encargado, un perforista, un ademador y dos o tres rezagadores, según decida el contratista. El contratista es el que manda a la gente, el encargado también manda a la gente pero en el otro turno, y es mandado por el contratista y cada uno, tanto el contratista como el encargado, traen su gente. El perforista se encarga de barrenar para en los barrenos meter la dinamita y el ademador la hace como ayudante de éste cuando no tiene que poner madera, pues su trabajo consiste en eso. Los rezagadores son los que se encargan de echar la carga a pala y carretilla hacia la alcancía; además se usa pico y marro de ocho libras para romper las piedras de metal que quedaron grandes y que por su tamaño no se pueden palear. Esto es en todas las obras o rebajes, independientemente de la gente que se le llama de hacienda, o sea rieleros, tuberos, motoristas, llenadores, enganchadores, manguereros, reparadores de gondo, muestreros, ayudantes de muestreros y caballerangos; estos últimos dos se dedican a tirar la materia orgánica en la acequia y a lavar los depósitos de la misma. Dichos depósitos tienen sus lugares estratégicos y la tarea de tirar y lavar se hace durante el cambio de turno, o sea entre turno y turno. Cuando los caballerangos realizan esta tarea, los ponen sobre la vía, ya que están provistos de ruedas, los llevan donde pasa la acequia y ahí el agua se encarga de sacar y desapaecer dichos desechos fecales.

Todos los trabajadores hacen lo que les corresponde: los

rieleros arreglan la vía, los tuberos ponen tuberías para aire o agua según se necesite, ya que las máquinas perforadoras trabajan con aire y agua; los motoristas manejan el motor y remolcan los carros; los enganchadores y llenadores trabajan juntos, sacando de las alcancías el metal, llenando los carros o góndolas y vaciando; el enganchador engancha por medio de eslabones los carros o góndolas; los manguereros hacen conexiones de manguera para agua o aire inflando las llantas de las carretillas, cambian los manerales en mal estado y parchan las cámaras de las llantas de las carretillas. Las demás herramientas se sacan al exterior para su reparación; existe una fragua en el exterior para afilar los picos, arreglar las palas y afilar las barrenas, que en la punta están provistas de una pastilla de tungsteno.

Los reparadores de góndolas y carros revisan las ruedas y las engrasan o las sacan para llevarlas al taller mecánico. También hay almacenistas que llevan a diario la herramienta para cambio de dinamita, para distribuir en el interior herramientas tales como palas, picos, cuñas, barrenas, clavos, llaves *stilson*, marros, maneros y otras herramientas que se utilizan y que ya no recuerdo debido al tiempo que llevo fuera de la empresa (20 años). Aparte, el almacenista o "guarda herramienta", como se le conoce, debe de saber primeros auxilios, pues es el indicado para darlos en caso de accidente; en el almacén debe de haber férulas, camilla y botiquín de primeros auxilios.

Los muestreros se dedican a sacar sus muestras todos los días en los diferentes rebajes u obras, según se requiera. Para saber las leyes de todos y cada uno de los rebajes, estas muestras se sacan al exterior y se llevan al laboratorio para ser analizadas y ver si son costeables o no, según la ley que dé cada obra. Además, en ese tiempo existía un equipo de exploración, cuyo trabajo consistía en explorar nuevos lugares en busca de nuevas vetas. El personal restante, como son mecánicos y electricistas, se dedican a la revisión y reparación de equipo como malacates, bombas y demás equipo que les corresponde, principalmente los cables de acero de los malacates, donde van suspendidas las jaulas o calesas en las que baja o sube la gente y también los carros de metal o tepetate. A esto se le llama "manteo"; el electricista revisa los motores eléctricos y las instalaciones, principalmente del trole, donde se alimentan los motores o locomotoras que acarrean los carros o góndolas de metal. Aparte, hay jefes más arriba, a los cuales se les conoce como "mineros"; estos son los que

revisan las obras o rebajes, según el área que les corresponda; ellos firman las tarjetas de asistencia. Los capitanes son los que reciben órdenes del minero y ponen el sobresueldo en dichas tarjetas y el nombre del contratista con quien trabaja cada persona. El sobresueldo consiste en que si un trabajador falta, lo sustituye otro y si gana menos que el que faltó, se le paga la diferencia. Por ejemplo, si falta un perforista, le corresponde al ademador desempeñar ese puesto y se le paga la diferencia como perforista, aunque sea por un día, ya que existe un escalafón.

Continuando con mi relato (ese día me tocó trabajar con un contratista llamado Arnulfo Escutia), cuando íbamos caminando rumbo a la obra adonde se me había asignado, me dio más miedo al sentirme perdido en un laberinto, pues por todos lados se veían cruceros o túneles abandonados. Aunque me quisiera regresar no hubiera podido, pues me hubiera perdido o me hubiera muerto, ya que en los cruceros o túneles abandonados la muerte es segura, pues en estos se acumula un gas mortal debido a que no entra aire y por lo tanto la persona que entra ya no sale viva. Esto me hace recordar a un joven de unos dieciocho años, hijo de un trabajador llamado Salvador, al que decían "el Piernitas" y era rielero. Este joven era ayudante de muestrero y un día, terminando de sacar sus muestras bajó a esconder su herramienta a un chiflón tapado como a una escalera abajo, pero ya no pudo subir porque se "engasó" en pocos minutos. La escalera mide 2.20 metros de largo, así que murió casi instantáneamente, por el desconocimiento del peligro que existe al entrar en un lugar abandonado y sin ventilación.

Llegamos a nuestro rebaje como a las ocho y media y nos sentamos a fumar un cigarrillo, luego empezamos a trabajar; para mí era desconocido el trabajo de la mina, pues era el primer día. Me indicaron que había que llenar carretillas de metal y llevarlas a vaciar a la alcancía. Me persigné y me encomendé a Dios, pues ahí comenzó mi calvario; cuando quise levantar la carretilla por primera vez, no tuve la suficiente fuerza o maña que se necesita, me temblaban los pies de la fuerza que estaba haciendo. Total, que la levanté un poco y empecé a dar pasitos, como cuando un niño empieza a caminar por primera vez. Sentía que se me saltaban las venas del cuello y ¡zas! que se voltea la carretilla y empiezan las burlas e indirectas de los compañeros, los chiflidos y la llamada de atención de Arnulfo. A la siguiente vez le echaron menos metal, pero como la raza es cargada con la gente nueva, me

volvieron a cargar la mano y de nuevo se me volvió a caer la carretilla. Además de eso, a mi lámpara se le pasaba el agua y se le estaba acabando el carburo más rápido que a las otras, resultando que como a las doce del día se apagó y ya no tenía lámpara.

Me pusieron a llenar carretillas y me empezaron a salir ampollas en las manos; al reventarse las ámpulas sentía unos ardores horribles. Le avisé al contratista y me dijo que me frotara las manos con ceniza de carburo para que se me curtieran y se hicieran callos. A esas alturas tenía un calor infernal y una sed abrasadora, pues ya me había terminado el agua que me había preparado en casa y la de la tubería estaba ocupada, estaba conectada a la máquina de perforar. Sudaba en cantidades enormes, a tal grado que mi pantalón, única prenda que tenía puesta, se me pegaba al cuerpo por lo mismo mojado de sudor y me raspaba el tejal que entraba (tejal se le llama al polvo grueso o partículas de metal). En las piernas y en mis zapatos se acumulaba todo el sudor que me salía del cuerpo, tanto, que al dar el paso chacualiaban mis pies como si los tuviera metidos en el agua.

Empecé a notar que no orinaba, tal vez por la deshidratación; las molestias de las ampollas se fueron acentuando más y más, hasta que llegó el momento en que parecían sangrarme, fue cuando me froté con la ceniza de carburo, como me lo había indicado Arnulfo, pero tal vez me lo dijo de farsa o en verdad, nunca se lo pregunté por la vergüenza al ridículo, pero cuando me froté la ceniza sentía que se me quemaban las palmas de las manos. Entonces desconectaron la manguera de la máquina de perforar y me pegué a ella como desesperado; me lavé las manos hasta sentir que se me había pasado el ardor, tomé tanta agua que me sentí abotigado, parecía que iba a reventar. Entonces me di cuenta de las risas burlonas de mis compañeros, el agua estaba tibia como un caldo, de tal manera que me sabía horrible; luego me acerqué a la manguera del aire y me la puse por todo mi cuerpo sintiendo un alivio pasajero, pues sentía que la cara me ardía de calor. A esa hora se terminó el turno, eran como las 13:30 horas.

Me acuerdo que mandaron a un compañero por la dinamita, mientras yo aproveché para ponerme la manguera del agua en mi cabeza, abriendo la llave al máximo. Sentía como me corría el agua, casi caliente, por todo el cuerpo. Llegó la dinamita y el perforista y el ademador se pusieron a cargar; al poco rato pegaron (pegar se llama cuando se prende la me-

cha que contiene un detonante que ocasiona la explosión de la dinamita, para tumbar el metal o carga, como se le llama). Total, que salimos del rebaje y como yo no traía luz, me echaron en medio para caminar; lo hacían con cierta precipitación y vi que por donde quiera salían mineros también casi corriendo, lo cual es usual para llegar más temprano. Entonces ya no regresamos por donde habíamos entrado, sino bajamos por escaleriado del ocho a San Hilario o sea que ya no bajamos por el contratiro, por donde se encuentra la calesa, por ser más lento; ésta primero baja a la gente de los niveles de arriba, o sea del cinco y del seis y hasta que se va terminando la gente de esos niveles para en el ocho.

Cuando íbamos bajando el escaleriado, me machucaban mis manos, o sea que me pisaban por no tener experiencia ni la suficiente rapidez para bajar que ellos tenían. Esto molestó al que vanía arriba de mí y empezó a decir maldiciones por la lentitud con la que yo bajaba, este señor se llamaba José Hernández y le decían "el Cácher". Era un hombre alto, como de cien kilos de peso, con el que yo había tenido un altercado antes de entrar a la mina, así que, se imaginarán cómo estaría de enojado conmigo, que a veces me pisaba con toda intención, tanto, que me daban ganas de mentarle la m.... A poco rato me dijo que me hiciera a un lado para que pasara, obedecí y pasó bufando como animal furioso; atrás de él venía Avila, que era el perforista de Arnulfo y me dijo: "No hay prisa, ya mero llegamos a San Hilario".

Cabe mencionar que del ocho a San Hilario hay 50 metros, por lo tanto hay que bajar como veintidós escaleras y cada escalera mide 2 metros con 20 centímetros. Cada dos escaleras hay un tapón, este tapón está hecho con el fin de que no quede libre el chiflón y en caso de que algún minero se salga de la escalera, su caída no sea de fatales consecuencias, pues no es lo mismo caer de 4 metros con 40 centímetros, que caer 50 metros. Las escaleras son de madera y los taponés también, (esto me hace recordar a un compañero de nombre Juan Sánchez, al que le decían "el Lechero", que se cayó de un chiflón; no murió, pero quedó incapacitado para bajar a la mina, creo que en la actualidad todavía va a trabajar en el exterior). Siguiendo con mi relato, como dijo Andrés llegamos al nivel de San Hilario y nos fuimos caminando a los pulmans, que estaban estacionados en el contratiro número dos, en espera de que se llenaran para que nos transportaran de regreso a Cantingón.

Andrés era un hombre delgadito, de estatura normal

—como de uno setenta y dos— y tenía como veintiocho o treinta años. Revelaba una tristeza en su semblante, tal vez porque para entonces ya se sentía enfermo. Murió años después, ya que había trabajado con la anterior empresa, la *American Smelting Refig & Company* y había entrado muy joven, pues es común que todos los mineros ingresen a trabajar entre los dieciocho y diecinueve años. Es por lo regular a los cuarenta que ya se encuentran enfermos de la silicosis y se retiran cuando la enfermedad no está muy avanzada, duran bastantes años.

Nos sentamos en los pulmans, en un lugar ya casi al final de la fila, al cabo de unos minutos se llenó y partimos; al llegar a Cantingón todos se bajaban corriendo, aun estando el tren en movimiento. Esto lo hacen para ganar los primeros lugares y salir más pronto, porque al llegar uno a Cantingón se forma una cola para ir saliendo conforme nos vaya tocando. Una vez formados empezaron las bromas y llevadas de todos ellos, con sus diferentes comentarios y burlas para quienes, como yo, eran nuevos. Se llamaban por sus apodos, la mayoría tenía el suyo; esto me hace recordar que en una ocasión estaba esperando para bajar, pero como yo era de los últimos porque tenía que esperar a que bajaran mi carrito de la herramienta y la dinamita, me ponía a platicar con Abel Salazar, que era el malacatero y a quien respeto como amigo y admiro como hombre. Le dije: “Ahí nos vemos, ya me voy a bajar” y él me dijo: “Espérate, deja bajar esta jaula o calesa de animales”, a lo cual respondí: “¿Por qué animales?” y me dijo: “¡Fíjate nada más!” Como coincidencia estaban dentro de la calesa muchos que tenían apodos de nombres de animales: estaba Miguel García (muestrero), alias “el Pantera”; Ramón Guzmán (muestrero), alias “el Chivo”; Jesús Silva (riellero), alias “el Alacrán”; Manuel Santamaría (manguerero), alias “la Yegua”; Manuel Mendoza (capitán), alias “el Caballo”; Canuto Reyes (jefe de mecánicos), alias “el Caimán”. Estas seis personas, por necesidad de su trabajo, casi siempre bajaban al último y en esa ocasión coincidieron en bajar juntos, lo cual nos causó risa a Abel y a mí. Había otros: “el Camello”, “el Cholofón”, “la Guajolota”, “el Ardillo”, “el Zorrillo”, “la Perra” —así le decían a Nicanor—, “los Sapos” a José y a su hermano Serafín; a los hermanos García, Simón, Lorenzo y Samuel les decían “los Burros mochos”.

Cuando estábamos esperando la salida, Andrés me dijo: “¿Por qué entraste a trabajar aquí?, este trabajo no es para tí, este trabajo es para gente que no sabe leer ni escribir”. Yo

le respondí que como otros de mis amigos ya habían entrado, ¿por qué yo no?. A lo cual él me respondió: "¿Y si ellos se tiran al piso del tren, tú también lo vas a hacer?". Yo no le respondí nada, siguió diciendo: "Si yo tuviera tus años y estuviera sano, de tarugo estaría aquí, pero desgraciadamente ya me siento jodido; además tengo esposa y tengo hijos". Le respondí que nada más iba a trabajar mientras terminaba mi servicio militar y me entregaban mi cartilla. El me constató como si adivinara: "Nada más te vas a ver con dinero, pronto te vas a casar y ya menos vas a salir de la mina, porque aquí en Anganguero no hay otra cosa en qué trabajar para mantener una familia". Terminó la plática diciendome que lo pensara bien, para que después no me fuera a arrepentir.

Para esa hora ya nos tocaba salir y al salir al exterior, por primera vez admiré la belleza del sol, un sol tan maravilloso que estoy seguro que su luz natural me lastimaba. Me sentí contento, pues el primer día de trabajo había terminado y veía cómo los que habían salido antes que yo ya se habían bañado y salían corriendo a abordar el camión que los llevaría al pueblo. Iban bromeando, silbando, en fin, había una alegría general; se arrancaba el camión y algunos salían del baño chiflándole para que se parara y los esperara y corrían al ver que el camión no se detenía, se resignaban y se metían al camión que estaba estacionado y vacío a esperar que se llenara para partir a sus respectivos hogares a descansar de tan dura faena.

Terminé de bañarme y me fui a mi casa; cuando llegué me estaba esperando mi madre, quien al verme llegar quiso llorar, tal vez de felicidad porque había regresado o de tristeza al verme, pues creo que se me notaba el cansancio. Me dijo: "Bendito sea Dios que llegaste, estuve todo el día con pendiente, pasa a comer, has de tener hambre". Yo le respondí que no tenía hambre, que mejor me iba a acostar porque me sentía muy cansado y me dijo: "Quién te lo manda, apenas puedo creer que te hayas metido a trabajar en la mina, ese trabajo dicen que es muy duro". No respondí y me fui a acostar, no a dormir, sino a descansar de la soba que había llevado, me sentía como si me hubieran dado una paliza o como cuando pelea uno en el ring (en ese entonces yo practicaba el boxeo y había tenido varias peleas en los pueblos circunvecinos), me sentía como si hubiera peleado. Entonces me vino la idea de no regresar al día siguiente, pero rápido la deseché, pues en un pueblo como el nuestro todo se sabe y sentiría vergüenza de que se fuera a dar cuenta mi noviecita, la

cual era la criatura más hermosa y pura que había conocido. Nos habíamos conocido desde niños y ni pensar lo que pasara eso, tal vez influyó mucho esa reflexión y el amor propio, total, que esa tarde no fui a ver a mi noviecita (actualmente mi esposa), pues no tenía ganas de salir.

Me quedé dormido, sumido en mis pensamientos; se me hizo un segundo cuando escuché al día siguiente el silbato de la sirena, pues hay dos sirenas, una en el centro del pueblo y otra al sur del mismo, en la estación del ferrocarril, que sueñan a las cinco de la mañana para que las amas de casa sepan que es hora de levantarse a lavar el nixtamal, ir al molino y prepararle los tacos a sus respectivos maridos para que los lleven a su trabajo. Cuando sonó la sirena sentí que me echaron una cubeta de agua fría o caliente, no puedo describir el temor que tuve al recordar el día anterior. Me levanté y almorcé con bastante hambre, pensando que tal vez me iría mejor que el día anterior, salí hacia la mina, ya con más confianza en mí mismo. Me acerqué a uno de los compañeros con los que trabajaba, le comencé a hacer plática y me preguntó que cómo había amanecido de cansado, le dije que algo, y me contestó que poco a poco me iría acostumbrando. También me dijo que no me dejara de nadie, proque entre más me dejara más me cargarían la mano; continuó diciendo que a todos los nuevos les pasaba lo mismo pero que terminaban por acostumbrarse al trabajo. Me sentí más tranquilo, había comprado cigarros y al llegar al rebaje les ofrecí a todos, quienes aceptaron complacidos, los note más amigables. Terminamos de fumarnos el cigarro y comenzamos a trabajar, yo miraba mi sombra reflejada en el respaldo del túnel y me veía musculoso y fuerte; como todo joven que empieza a trabajar, me sentí orgulloso de ser todo un minero, aunque con un trabajo bastante rudo, pero al fin trabajo. Mi mente se llenó de ilusiones de torno a mi novia, la cual adoraba con toda mi alma, con un amor tan puro y sincero como no se pueden imaginar.

Al principio del turno me empezaron a doler las ámpulas de las manos y me volvía echar ceniza de carburo, pasó lo mismo que el día anterior, corrí donde estaba la máquina de perforar y me lavé las manos, pero a medida que íbamos trabajando se me fue pasando el ardor y los compañeros me preguntaban cómo me sentía, les respondía que más o menos bien, me decían: "Pronto se te van hacer callos y ya no te va a doler. Y me sentía un tanto contento porque ya no me hacían las burlas del día anterior, sino al contrario, sentía que empezaba a nacer entre ellos y yo un compañerismo sincero.

De vez en cuando pensaba en no regresar al día siguiente, pero después de rato decidía aguantarme hasta lograr acostumbrarme, entre palada y carretilladas se terminó el turno y así pasaron los primeros días, hasta que terminó la semana.

El lunes que llegué me dijeron que ya no iba a trabajar con Arnulfo Escutia, que me presentara con el capitán Luis Díaz. Pensé que tal vez el contratista vio que no di lo que esperaban que rindiera y optó por cambiarme con otro contratista, pero no fue así, pues para mi sorpresa me mandaron como llenador con unos compañeros que eran muy trabajadores. El motorista se llamaba Carmen y le decían "el Camello", el enganchador se llamaba Raymundo y le decían "Mercantil". Todo el día se la pasaba el Camello gritándole a Mercantil, llamándole la atención. Le decía: "Pareces nuevo, ni que fueras tan jovencito, eso déjalo para Juan que todavía está bien pendejo" y soltaba la carcajada. Mercantil, todo sudoroso, se concretaba a decir: "Sí Camellito", lo cual hacía que el Camello le dijera todo el tiempo: "Dices lo mismo, ya cámbiale" y, bajita la voz, Mercantil le decía: "Pinche loco", lo cual nos daba mucha risa al Camello y a mí. Poco a poco le fui agarrando la onda, ya me tenían confianza, tanto el Camello como Mercantil, hacíamos buen conjunto de trabajo. En ocasiones Mercantil, cuando íbamos a llenar, agarraba cualquier objeto como si fuese guitarra y cantaba y brincaba como bailando, decía: "Paloma, ¿dónde te fuiste anoche, que todas las plumas te volaron?" y repetía las mismas palabras y volvía a brincar; esto me causaba risa, no así al Camello, que le decía: "Ya me tienes hasta la chin... con lo mismo, pinche loco" y, ahora sí, el Camello se carcajeaba.

Estaba contento trabajando, cuando un día me dijeron que me habían peleado el puesto y que le tocaba a otro, ya que existía el escalafón, por lo tanto yo tenía que regresar al rebaje. Fui a parar con David Salazar, que era uno de los más matados y ni modo, yo para esas fechas ya me había casado y no había más que trabajar, como me lo había dicho Andrés Avila. En ese rebaje David Salazar era el contratista, Alfredo Reyes el perforista, Faustino Salazar el ademador, Juan Sánchez el rezagador, Gabriel "N" era otro perforista y yo, el tercer rezagador. En aquel tiempo no había segundo turno, pues estaba la empresa empezando y por tal motivo no había encargado del supuesto segundo turno; en esas fechas, principios de 1957, ya nos habíamos provisto de lámparas eléctricas, que para todos eran una novedad, pues estas lámparas daban más luz que diez lámparas de carburo juntas. Las lám-

paras de carburo nada más las usábamos para dar la “pegada” o sea, prender la mecha para detonar la dinamita.

Al principio pasó lo mismo que cuando entré por primera vez a trabajar, como ya estaba acostumbrado al calor de la mina y ya tenía las manos encalladas, tardé poco en acostumbrarme al trabajo. En ese rebaje había una carretilla que por equivocación habían armado con los manerales al revés; esa carretilla, la usaba todo minero que fuera nuevo para probar si podía, pues cuando mucho dos carretillas podía uno parar para descargarla y fue la que me asignaron a mí, pero no me había dado cuenta del defecto de la carretilla. Entonces me dijo Faustino Salazar: “Aguzado con la carretilla, porque no vas aguantar mucho con ella”, le di las gracias. Las primeras tres carretillas las vacié bien, pero las otras dos las vacié de lado porque nos tocaba carretillar a cinco y a cinco les tocaba llenar alternativamente, de manera que mientras dos llenaban las carretillas, dos carretillaban y después de cinco cambiábamos. Faustino les dijo que no me dieran más esa carretilla, que aunque yo era nuevo en el rebaje, tenía quién me defendiera y ese era él, advirtiéndoles que nada más que me acostumbrara no iba a haber ninguno que me aguantara el ritmo de trabajo, pues estaba muy joven y bien alimentado. Para ese entonces pesaba como 75 kilos y medía 1.74 de estatura. Como a las dos semanas estaba tan acostumbrado como el que más y me atrevía a retar a cualquiera, para ver quién aguantaba a carretillar y llenar al mismo tiempo o más veces. Uno de ellos aceptó el reto, fue Juan Sánchez, pero para mi satisfacción yo había carretillado diez y cuando le tocó a él, a las ocho carretillas se rajó diciendo: “Ay hijito, aprendiste pronto y yo ya estoy más trabajado que tú”.

Recuerdo que en esas fechas entró un amigo mío en el mismo rebaje, se llamaba Manuel Rodríguez y le decían “el Picos”, hicimos pareja, éramos buenos trabajando. En una ocasión me mandó David a traer madera vieja al contratiro a mí solito, en un carrito que se le conoce con el nombre de “burra”. Fui y llené la burra de madera vieja que había quitado de rebajes viejos, ya que en ese entonces la compañía no estaba en condiciones de tener la suficiente madera nueva para la mina. Estaba muy pesada debido al tiempo que había estado en lugares donde había agua y al mismo tiempo resbalosa; llené la burra y me regresé con la madera, pero en una pequeña subidita se me regresó; el peso me ganó. Entonces volví a intentar subirla y me encarreré y cuando iba a pasar la subidita me volvió a ganar, me hice a un lado y se

fue sobre la vía. Hacía un calor tan insoportable, que del coraje comencé a llorar y hasta me estaba diciendo maldiciones por no haber podido con la madera. Normalmente mandaban a dos personas por la madera, pero como ya les dije, David era de los contratistas que hacían trabajar más a la gente, entonces le quité como la mitad de madera y fue así como pude llegar. Entonces David me reclamó que por qué había tardado tanto; yo enojado le dije que si le parecía, que si no, le hiciera como quisiera. Al verme enojado ya no me dijo nada (posteriormente, al paso de los años me vio para que fuera su compadre).

En el rebaje hacíamos bromas y también nos dábamos cuenta quién se robaba el agua y los tacos, pues dejábamos colgadas nuestras cosas de un clavo para comer y beber el agua a las doce. Una vez nos dimos cuenta que Juan Sánchez era el que se tomaba el agua que traíamos de nuestra casa y luego le echaba agua de la manguera a las botellas; nos pusimos de acuerdo y nos tomamos todos el agua y llenamos con agua de la manguera y tabaco todas las botellas, de manera que cuando se fuera a tomar el agua de cualquiera de ellas le iba a saber a rayos. Vimos cuando se fue hacia donde estaban las botellas colgadas, todos estábamos pendientes de sus movimientos; cuando regresó venía diciendo groserías, que: "Jijos de la quién sabe quién" le habían echado al agua, todos nos reímos de buena gana. Luego, ya que se le pasó lo enojado, me dijo: "Ay hijito, sabía re' feo". Desde entonces jamás nos robó el agua.

En esas fechas yo ya me había casado, como lo había pronosticado Andrés Avila, pues entré a trabajar el 29 de octubre de 1956 y el cuatro de marzo del año siguiente me casé, o sea que en menos de cinco meses me eché a cuestras la obligación de mantener un hogar. Los meses anteriores a mi casamiento, todos los sábados que cobraba me iba con mis amigos a tomar y no regresaba sino hasta el domingo en la mañana, bien tomado y sin un centavo en los bolsillos; pero como ya me había echado la soga al cuello, dejé pasar unas semanas sin tomar, pero luego los amigos y compañeros de parranda me empezaron a criticar; me decían que me pegaban, que por eso ya no tomaba. Pienso que influyó mucho el machismo, y que fue muy estúpido de mi parte seguirles la corriente, pues seguí con la vida de antes, con la única diferencia de que primero llegaba a mi casa a dejar lo que yo pensaba que era el gasto de mi esposa, luego me salía y regresaba como anteriormente lo hacía.

También tenía fama de peleonero, pues con cualquier pretexto me peleaba a golpes con cualquiera. En ocasiones acudía la policía para detenernos y nos echábamos a correr. Como mi pueblo es chico y pacífico nada más había cinco o seis policías, tan viejos, que era difícil que nos alcanzaran. Nada más nos reconocían y luego hacían su reporte, para que posteriormente nos mandaran cita con el presidente municipal; si no acudíamos a la cita pagábamos una pequeña multa y nos dejaban en libertad, no sin antes advertirnos que la próxima vez serían más días de arresto y más multa.

Quiero aclarar que a medida que iba pasando el tiempo iba mejorando el sistema de trabajo, pues se contaba ya con las herramientas necesarias y de mejor calidad; lámparas eléctricas, madera suficiente y menos presión en el trabajo, ya que anteriormente el trabajador tenía que trabajar más de lo normal, hasta el cansancio, como siempre. Ya se había creado el segundo turno y por lo tanto comenzaron a dar "chivo" (chivo se le llama al dinero extra quincenal que dan a los contratistas que echen más carga, más metal o, en el caso de las obras en desarrollo, o sea las frentes, cruceros o chiflones, el que colara más metros, según el cuele, les iban a cubicar los ingenieros para saber cuántos metros habían avanzado y con esa cubicación se les pagaba dicho dinero extra), así que para el contratista, entre más trabajara la gente, más probabilidades de ganar más dinero tenía.

Había contratistas temidos por su forma de trabajar, tal parece que estábamos en tiempos de la esclavitud, nada más estaban pendientes de lo que hacía la gente y mande y mande: "Andale tú fulano, sutano o mengano, chingale, nomás te estas haciendo pendejo. En la calle se te tiene miedo y aquí se te tiene lástima, ándale friégale, que esto urge" y no paraba de estar friegue y friegue todo el turno. En los rebajes o las obras se estaba por destajo, claro, independientemente del sueldo que tenía uno, entre más carga se echara, más dinero sacaba el día del chivo. En ningún momento le quitaban a uno su sueldo base o sea que ese sueldo, aunque no hubiera chivo, el sueldo de cada uno de los trabajadores salía íntegro.

Con los dos turnos aumentaron las posibilidades de cambiar de categoría, pues el perforista subió a encargado, el ademador a perforista, el rezagador a ademador y así sucesivamente, se iban recorriendo las categorías. Como ya mencioné, existe el escalafón, según la antigüedad uno adquiere derechos para escalar a diferentes puestos. A la persona o personas que les corresponde se les pregunta si aceptan el puesto

o no y en caso de que lo quieran se los dan, no sin antes ponerlos a prueba para ver si lo pueden desempeñar; si en determinado tiempo no pueden con dicho puesto, se lo dan a otro trabajador que le corresponda, con la misma condición. Hay casos en que el trabajador al que le corresponde no lo quiere. como uno que conocí, al que le decían "el Panza dura". Le ofrecieron en ese entonces el puesto de perforista y dijo: "Que le entre otro, yo no quiero morir pronto".

Antes de que se me olvide, también quiero aclarar que aunque ya usábamos lámparas eléctricas, cada contratista debía llenar una de carburo, como ya dije anteriormente, como medida de seguridad. Al entrar a la frente o a algún chiflón se prende la lámpara de carburo para ver si no hay gas o sea falta de oxígeno, pues cuando esto sucede la lámpara se apaga y eso indica que hay peligro. Eso me hace recordar una ocasión en que estuve a punto de morir engasado, no recuerdo la fecha, pero lo principal son los hechos. Me ofrecieron cambiarme a ayudante de explorador con un joven que había contratado la empresa para trabajar en Palo Amarillo, Estado de México, donde se estaba llevando a cabo el cuele del tiro con el fin de unir el tiro con la frente del nivel seis, para mejorar las condiciones de ventilación en la mina, cosa que con el tiempo se llevó a cabo. El joven que habían contratado se llamaba Silvino Torres y era originario de San Luis de la Paz, Guanajuato, le iban a pagar por destajo su trabajo de exploración. Resulta que estábamos apenas instalando la máquina, un sábado por la mañana, cuando me sentí como mareado, como si ya me fuera a dormir. Entonces le avisé a Silvino lo que me pasaba y él dijo: "A mí me pasa lo mismo, también a Chava, el otro ayudante". Entonces pedimos la calea y nos subieron al exterior y nos dimos cuenta que una válvula se había cerrado sola; esa válvula estaba en la tubería que nos suministraba el aire, entonces la abrimos y ya no bajamos. Era como la una de la tarde y había que esperar a que saliera el gas acumulado hasta el segundo turno. El mismo Silvino bajaría y se encargaría de revisar los dos siguientes turnos, según se tenía proyectado. Tenía un amigo trabajando con Silvino, lo había encontrado en Cantingón y nos saludamos, fue la última vez que nos vimos, pues al siguiente día me di cuenta que habían muerto él y Silvino; probablemente se volvió a cerrar la válvula y por eso murieron.

En el mismo tiro de Palo Amarillo me di cuenta de un caso muy singular, digo singular, porque los acontecimientos lo demuestran. Resulta que empezó la empresa a contra-

tar gente del Estado de México para que trabajara exclusivamente en el tiro de Palo Amarillo; la mayoría eran de un lugar llamado El Tejocote. Un trabajador entró, pero a la semana de haber entrado se fue, no sin antes venderle su boleta de trabajador de la Impulsora a otro sujeto, que supuestamente era su amigo o familiar; debido al parecido, nadie notó el cambio y resulta que éste se accidentó y murió instantáneamente. No se cómo le harían para resolver el problema, pues los papeles de identificación estaban a nombre del que estaba vivo, ¿y el muerto, qué?

Yo me atreví a pedirla de perforista para ganar más dinero, entonces un amigo más grande de edad que yo, llamado Rodolfo Sánchez, al que le decían "el Tarzán", me dijo: "Cómo eres tonto, tú no debes trabajar en esto, busca la manera de encontrar chamba de ayudante de muestrero o de almacenista, porque así tienes la seguridad de salir temprano de tu trabajo. Luego, como almacenista o guarda herramientas ya tienes la esperanza de escalar para salir afuera, ya sea como reparador de lámparas o como reparador de cascos de seguridad, porque si le entras de perforista te va a llevar la fregada muy pronto". Atendí su consejo y en una ocasión en que pusieron un boletín por medio del sindicato, donde se solicitaban dos ayudantes de muestrero, nos tocó a un amigo y a mí ocupar dicho puesto, pues nosotros resultamos electos debido a que la mayoría, en ese entonces, no sabía escribir muy bien y nosotros ya habíamos cursado la primaria.

Nuestro nuevo trabajo nos resultó contraproducente, pues a nuestros jefes, Miguel García "el Pantera" y Ramón Guzmán "el Chivo" les gustaba tomar y a nosotros también y el horario que teníamos se prestaba para hacerlo casi diario; a veces entrábamos a trabajar a las ocho y salíamos a las diez y media u once de la mañana, ya para la una de la tarde ya estábamos "hasta atrás", como decía el difunto Ramón. En lugar de decir ¡salud! para brindar, decía "va pa' trás". Era algo célebre este difunto Ramón, todos lo conocían muy bien por las anécdotas que al calor de las copas le daba por contar. Dicen los compañeros que en una ocasión los invitaron a un mole y que los demás le dijeron que se parara a dar las gracias por la invitación. El se paró, pero se quiso pulir y la regó feamente, pues dijo: "Agradecidos habían de estar que vinimos a su pobre casa", lo cual ocasionó la risa de todos los invitados; sentaron a Ramón para que ya no la siguiera regando. Este señor tenía un dedo mocho, el dedo de enmedio de la mano derecha, yo trabajaba con él. Una vez vio

venir volando a una avispa a la altura de su frente, se la quiso espantar con la mano pero, para su desgracia, pasó la avispa por donde le faltaba el dedo y le picó la frente; después le hacíamos burla diciendo que le había picado en los cuernos. Por lo regular, tres o cuatro días de la semana nos poníamos hasta atrás, pues tomábamos las famosas "garroteras", que consistían en alcohol con refresco de cola en una tienda; era tan fuerte el alcohol que con dos o tres ya empezaba uno sentir que le chillaban las orejas.

Nuestro trabajo consistía en sacar determinado número de muestras, según las obras y avances que le correspondía a cada muestrero. Esto nos daba la oportunidad de salir más temprano si nos apurábamos; en ocasiones, para no regresar caminando, le decíamos al enganchador que nos echara un aventón, a veces nos tocaban unos que no querían, pero cuando encontrábamos cuates sí nos hacían la balona y nos subíamos. Se hacían a un lado y nos metíamos en medio de la góndola, acostados, con el peligro de que nos fuéramos a atorar en alguna parte, donde pasaba el trole muy bajito. Había veces que rozaba el trole en nuestros cascos y no levantábamos la cabeza por miedo de que nos quedáramos embarrados; pues es demasiado peligroso viajar en esas circunstancias. Aún así, arriesgábamos nuestras vidas estúpidamente, nada más para salir más temprano y no caminar; ahora pienso que cómo fue posible que nunca nos pasó nada, pues viéndolo bien, eso es un acto suicida.

En una ocasión, ya había sacado mis muestras del rebaje que nos correspondía y me bajé; como a dos o tres escaleiras estaba el nivel seis, ahí me senté a amarrar los costalitos de lona que contenían las muestras, cuando bajó uno de los trabajadores del rebaje donde yo había estado y gritaba que había un hombre tapado porque se había hecho un "caído" (caído se le llama a parte del túnel o de la obra que se desprende, ya sea de los lados o de arriba). Subí rápido, pues no estaba muy alto, como dije anteriormente, vi cómo de las piedras salía una luz que apenas se percibía, era la lámpara del perforista, que se llamaba don Luis Ramírez, y le decían "el Ardillo". Un leve quejido se escuchaba dándole más dramatismo al accidente; lo malo del caso era que amenazaba con quedarse más sepultado de lo que estaba, pues la parte donde se hizo el caído estaba graniando por lo flojo del terreno. Pero se juntó gente, empezaron a poner madera para sostener en caso necesario y empezó el rescate del Ardillo, con tal suerte, que don Luis fue rescatado con vida, aunque con frac-

turas en ambas piernas que lo incapacitaron para trabajar dentro de la mina y caminó con bastón el resto de su vida. Esto me hacía pensar que cuándo y dónde me tocaría a mí, pues ya que uno baja a la mina ni un cacahuete vale la vida de uno, nunca se acostumbra uno a ver tantos y tantos accidentes, que hasta el más templado se acobarda.

Para esas fechas me dijeron que me convenía cambiar de ayudante de muestrero a almacenista; hice mi solicitud al sindicato, aceptaron mi cambio porque hacía falta un almacenista y yo era el indicado, o sea que me correspondía por antigüedad y también por saber hacer cuentas, pues ya había una esperanza para algún día salir a trabajar en el exterior; como dije anteriormente, los almacenistas eran los únicos que podían salir por escalafón al exterior. Me reanimé y como tenía bastante facilidad para hacer cuentas, me dieron el puesto. Cuando me cambiaron de categoría a Ramón Guzmán, mi exjefe, le mandaron de ayudante a un amigo mío llamado José Loa, que también se había casado recientemente. Para esas fechas a mí se me había muerto mi primera hija, la cual recuerdo aún, pues la quise mucho (como coincidencia a José Loa se le murió también su primera niña).

Fue a principios de 1960 cuando un lunes, antes de bajar a la mina, estuvimos platicando acerca de nuestros problemas; sería a eso de las ocho de la mañana, ¿quién se iba a imaginar que en menos de dos horas ya estaría muerto José Loa? Me había dicho que iba a salirse y se iba a ir muy lejos, para olvidar a su hija, a lo cual le dije que adonde fuera, se seguiría acordando de ella. Como era muy chancista me dijo: "Ojalá y mejor me llevara la chin... para dejar de sufrir". Total, que se fue. Aquel día le tocaba muestrear en el cuarto nivel, en una obra que llevaba un contratista al que le decían "el Pichi", la cosa es que cuando más tarde llegué (me esperaba en el contratiro a que me subieran el carrito donde llevaba la dinamita y la herramienta), iba yo empujando mi carrito sobre la vía del nivel quinto, como a las nueve y fracción, cuando me vino a encontrar el capitán, que en ese tiempo era, en ese nivel, Alfredo Martínez "Fello" y me dijo: "Andale muchacho, corre a abrir el almacén porque hubo un accidente y hay un muerto y un herido". Le pregunté cómo y quiénes eran los accidentados. "Fue Romancito y su ayudante". Yo sentí que la tierra se hundía a mis pies y acudí con la camilla al lugar del accidente. Cuál sería mi sorpresa al ver a José Loa, prensado por una enorme piedra (pegadura) contra un marco; desde luego había muerto instantáneamente. Al verlo

se me salieron mis lágrimas y le grité desesperadamente: "¿Por qué tenía que ser así Loa? ¿Por qué Dios mío? "Todos los ahí presentes me miraron y se agacharon en señal de aprobación de mi actitud, vi cómo en sus preocupados rostros rodaban las lágrimas.

Ahí estaba la muestra de que cuando menos lo piensa uno, sucumbe ante la adversidad, estaba latente lo poco que vale la existencia; una vez bajando a la mina, sea cual fuere el puesto que desempeñe dentro de ella, ahí la familia puede perder al ser querido, su único sostén. Para Loa terminó la lenta agonía y para la viuda y sus hijos comenzaba una serie de penalidades, de sufrimientos, pues cuando suceden este tipo de accidentes los más afectados son los hijos y desde luego la esposa, porque el poco dinero que les dan como indemnización por la muerte del familiar se lo terminan rápido, ya que nunca se han visto con dinero y lógico es que quieran disfrutar de ese dinero a manos llenas. Se les termina tan rápido como si se les esfumara en las manos, y entonces viene el verdadero calvario para la viuda, pues si tiene hijos pequeños tiene que esperar a que crezcan y sigan con la misma suerte de su difunto padre. Hay ocasiones en que se le ayuda a la viuda dándole trabajo en las instalaciones de la empresa o a algún hijo en edad de trabajar, ya sea en el taller mecánico o en otra parte, fuera de la mina.

Entretanto, a un lado, como a unos seis metros, estaba Romancito tirado sobre una tabla. Tenía fracturada la columna vertebral, pues le tocaba yo los pies y me decía que no los sentía (era señal de que tenía rota la médula espinal). Para su desgracia, quedó inválido para el resto de su vida; quedó atado a una silla de ruedas, víctima de la fatalidad, tal vez por falta de precaución o sepa Dios la causa. Total, que creo que otra vez me salvé de morir, pues como dije anteriormente yo era su ayudante; di gracias a Dios de que me hubiera salvado la vida al cambiarme al almacén. Ya un poco calmado, comprendí muchas cosas, comprendí que todos y cada uno de los mineros entra vivo y no sabe si saldrá muerto, siempre se encomienda uno a Dios con la fe y la esperanza de salir con bien al final de turno.

Pienso que en los pueblos mineros es más notorio el alcoholismo debido a que no hay otros medios de diversión. En aquellas fechas sí permitían la venta de bebidas embriagantes los sábados y domingos, actualmente está prohibida, pero, los que nos gusta tomar, vemos cómo pero lo hacemos, esté prohibido o no. Luego decíamos que era para matar los ga-

ses adquiridos durante el día o la semana, otras veces decíamos salud porque tal vez para la próxima semana ya estaríamos muertos; otros se justificaban porque ya estaban demasiado enfermos de la silicosis. Algunos, al calor de las copas recuerdan sus años de juventud, sus años de bonanza, recuerdan pasajes de su, hasta cierto punto, corta vida llena de sacrificios, peligros e ingratitud. Considero que todos los que como yo, por cualquier circunstancia, tuvieron la desgracia de caer en las entrañas de la tierra para arrancarle sus riquezas y a cambio recibieron una miseria como pago, fuimos, son y serán unos verdaderos valientes, que no temen a la muerte, ya sea por accidente o enfermedad adquirida en la mina. Para salir de ella es un verdadero triunfo, pues las circunstancias lo obligan a uno a trabajar día con día, sin una esperanza de emigrar en busca de nuevos horizontes; para esto se necesita poner todo lo que esté de parte de uno para aprender un oficio u ocupación y salir a buscar otra clase de trabajo y así librar a nuestros hijos de esta cadena porque si el padre fue minero el hijo también lo será y así sucesivamente.

Continué trabajando como almacenista, recuerdo que el 11 de julio de cada año se festejaba el Día del Minero, en esas fechas sentía en mi interior la necesidad de decir a tan abnegado trabajador unas palabras de aliento para que comprendiera que lo que él sentía yo también lo sentía, porque lo estaba viviendo en carne propia. Tal vez sentía amargura por la impotencia de no poder hacer nada para salir de este trabajo y pobreza; dejaba en mí, latente, la idea de superarme y buscar por todos los medios aprender algo que me diera la seguridad de otras oportunidades de superación.

Antes del 11 de julio tenía preparados unos versos que iba a decir en la ceremonia con motivo del Día del Minero y estos fueron los versos de los cuales yo fui el autor:

Al Minero

Hombre que vives sepultado en las montañas
y mitigas tu pobreza trabajando día con día
yo te admiro, pobre hermano
porque sufres con paciencia
tu fatal lenta agonía
vas fingiendo sonreír
ocultando tu tristeza
y pensando el porvenir

te entristeces y suspiras
una lágrima se asoma en tus pupilas
destrozando el corazón de hombre noble
¿lloras la tragedia de ser pobre?
¿no recuerdas que la vida es pasajera?
tu esperanza se apasiona y desespera
oh minero, no descanses tu tristeza
llora, llora de tu vida la pobreza
llora, que las lágrimas que lloras
limpiarán de tu alma la dureza
llora, llora y recuerda en tu memoria
que a cambio de trabajo
Dios te dé la gloria.

Continué trabajando en el interior de la mina como guarda-herramientas en el turno primero y cambiaba cada semana del primero al segundo, de manera que decidí aprender a escribir a máquina, pensando que, en un momento dado eso me serviría para tener un nuevo puesto fuera de la mina. Salir del interior de la mina era mi meta principal, superarme, pues a pesar de estar trabajando de almacenista no dejaba de ser minero y de estar expuesto a algún accidente fatal; total, que no me resignaba a continuar trabajando allí. Acudí a aprender a escribir a máquina con una señorita muy apreciada y querida por toda la gente del pueblo, se llamaba Catalina Mondragón. Aceptó enseñarme con mucho gusto, ya que me conocía desde que yo era niño; me dijo que con mucho gusto lo haría si era para mi superación y beneficio, que me iba a cobrar 50 centavos diarios por una hora y que podía iniciar luego, de manera que ese mismo día comencé mis clases de mecanografía. Cuando estaba en el primer turno iba en la tarde y cuando estaba en el segundo turno iba en la mañana, así que poco a poco fui aprendiendo a escribir en máquina, hasta que al fin me dijo que ya estaba listo para trabajar en cualquier oficina.

Debo mencionar al difunto Joaquín Cedillo, que con sus consejos me alentaba para que siguiera aprendiendo y me decía que cuando no tuviera dinero él me daría para pagar. Esto me sirvió de estímulo para seguir adelante, pues no cabía duda que me sentía agradecido de que una persona que no era más que un vecino, sin que nos uniera ningún lazo familiar, se preocupara por mí aunque supiera que yo era un cabecilla. El se daba cuenta de eso porque tenía una cantina y cuando tomaba en su cantina me corría y no me vendía para no perjudicarme.

Al pasar el tiempo fui ascendiendo y por fin llego el día de mi libertad, digo mi libertad, porque ya no tenía que bajar a la mina, pues iba a ocupar el puesto de lamparero. Mi nuevo puesto consistía en repartir las lámparas a todos los mineros que iban a bajar y recibir las de los que iban saliendo y ponerlas a cargar para el día siguiente. También había que reparar las que salieran deterioradas o rotas, total, que yo me sentía el hombre más feliz del mundo por haber logrado tan anhelada meta. Empecé a trabajar con el miedo que da la inseguridad, pensaba que a la mejor me iban a echar política, pues había quizá otros que se creyeran con más derechos que yo y me imaginaba qué pasaría de tener que volver a bajar otra vez y para salir, cuánto más tendría que esperar. Mis temores fueron infundados, pues para el término que marcaba el contrato colectivo de trabajo me arreglaron la tarjeta de planta.

Afuera di gracias a Dios por haberme concedido la dicha de haber salido con bien de ese trabajo que, aunque rudo y peligroso, me enseñó a ver tantas y tantas cosas, tales como olvidar los valores humanos y perderle a veces el interés a la vida; el mal trato de los contratistas; lo peligroso que resulta este trabajo, desde que pisa uno la calesa; la tristeza de sentirse olvidado en las entrañas de la tierra y todo, para apenas ganar para medio comer. No tener siquiera la satisfacción de que por sus manos pasen en las monedas algunos gramos de plata; la plata obtenida a costa de tantas vidas humanas, de tanto derramamiento de lágrimas de los familiares de los caídos en el cumplimiento de su deber, de tanto sufrimiento de los enfermos de la silicosis; sufrimiento no comparado con nada en esa lenta agonía.

Pasaron los días en mi nuevo trabajo, pero no recordaba que no estaba exento de volver a bajar a la mina, pues con anterioridad era uno de los que formaba las cuadrillas de salvamento, voluntariamente. Esas cuadrillas consistían en aprender el manejo de unos aparatos de oxígeno para, en el caso de alguna emergencia, de un accidente o de rescate de algún trabajador que se hubiera muerto en un lugar donde no se puede entrar sin escafandra (como se les llama a dichos aparatos), estar adiestrados para hacer todo tipo de maniobras. Dichas prácticas se hacían cada sábado, alternando las demás cuadrillas de salvamento, me parece que eran en ese entonces cuatro o cinco.

En cierta ocasión hubo un caído en San Cristóbal, que es una de las partes que sirve para que salga el agua de este

nivel y que está arriba del nivel de San Hilario. Debido a este caído se estancó el agua y se filtraba y caía en la vía de San Hilario, ocasionando desperfectos, pues el agua que cae en esa parte es tan fuerte, que en menos de 24 horas puede agujerar un riel; por tal motivo, nos llamaron para entrar con escafandras para ver por dónde estaba el caído. Teníamos que calcular el oxígeno con la distancia de entrada y regreso; el oxígeno lo marca un manómetro y este manómetro tiene la específica cantidad de atmósfera que contiene el tanque. Total, que cuando entramos mi manómetro marcaba igual que los demás pero probablemente yo estaba consumiendo más debido a los nervios, de manera que al regreso vi con pavor que me sobraban pocas atmósferas, pero me controlé y les avisé con señas que ya teníamos practicadas al señor Rosales, que era el encargado de la cuadrilla. El me dio a entender que me calmara, para no consumir más oxígeno y poder salir; se me hizo largo el camino de regreso.

A medida que iba pasando el tiempo se bajaba más la aguja indicadora y empecé a recordar que hacía poco tiempo había habido un accidente en el que perdieron la vida dos gentes de una cuadrilla. Uno de ellos se llamaba Pedro Mendoza y vivía cerca de Cantingón, el otro se llamaba Francisco "N" y vivía por Carrillos. El accidente se debió a que entraron a un crucero donde hacía mucho tiempo no trabajaban, llamado Carrillos y los dos quisieron correr cuando pensaron que estaban en peligro y se quitaron la mascarilla, lo cual les provocó la muerte instantánea. Entonces empecé a caminar más lento, como me indicaba el señor Rosales, para no gastar más oxígeno; yo sabía que si me ponía nervioso o me daba pánico, no saldría con vida. Entonces empecé a recordar lo que hasta la fecha había sido de mi vida y a pensar que si no salía vivo dejaría a mis hijos en la orfandad; empecé a repasar lo que había vivido como si fuera una película y más tristeza me dio pensar que ahora que ya tenía mi trabajo afuera, fuera a morir en la mina. Total, que interiormente me conformaba con la voluntad de Dios, los minutos se me hacían eternos y la manecilla del manómetro seguía bajando; tal parecía que el destino estuviera jugándome una mala pasada, pues jamás pensé salir con vida y no quise alarmar a los demás, pues pensé que si me alocaba, los demás harían lo mismo y por lo tanto, en lugar de ser un muerto serían más.

En eso estaba pensando y encomendándome a Dios, cuando a lo lejos vi, con una alegría indescriptible, que aún había esperanzas de salvación; aunque muy lejana, pero lo

cierto era que se veía la entrada del túnel. Entonces me fijé en el manómetro y vi con espanto que estaba por terminarse el oxígeno y así como se me acercaba la salida, se me acercaba también la muerte por falta de oxígeno. Ya no quise ver más, ni la salida ni el manómetro; me concentré para caminar lento y calmado, esperando la salvación o la muerte, me dieron ganas de quitarme la mascarilla y echarme a correr cuando faltaban unos cuantos metros, pero me contuve pensando que si me llegaba a caer a mis compañeros no les daría tiempo de sacarme con vida. En pocos minutos estábamos fuera, me quité la mascarilla con ganas de llorar de alegría, pues por esta otra vez me había salvado de morir. Me prometí a mí mismo no volver a usar la escafandra, ya que por miserables diez pesos que nos daban por cada práctica nos exponíamos a morir; recapacité acerca de lo poco que se valora la vida de los mineros. Entonces el señor Rosales me dijo que no comentara con ninguno de mis compañeros el incidente para no alarmarlos y que si quería salirme de la cuadrilla, lo hiciera con entera libertad. Le dije que sí, que me diera de baja ya que esto había sido como una lección para mí y una experiencia más en mi vida.

Así siguió transcurriendo el tiempo y me daba cuenta de los accidentes que ocurrían, recuerdo a un contratista llamado Adrián Esquivel. Este señor había salido de vacaciones y cuando regresó le tocó segundo turno; tenía su obra entre el ocho y el seis, pero tenía en el ocho otra frentecita a su cargo, por lo cual indicó a su perforista que limpiara y diera unos barrenos. El perforista se llamaba Fortino Torres, dio los barrenos pero no terminó toda la barrenación, nada más pegó la cuña (pegar es meterle dinamita y detonantes para hacer explosión, cuña se le dice a unos barrenos que van al centro, en diagonal). Al final del turno el señor Adrián tendría que salir por el nivel seis, pero no se supo cuál fue la causa o motivo por lo que no lo hizo y esto le costó la vida. Resulta que bajó con un compañero que trabajaba con él al que le decían "el Layos" pero, para su propia fortuna, el Layos se adelantó y cuando estaba en el nivel ocho esperó a Adrián y oyó la detonación; esperó un rato y luego fue a ver. Cuál sería su sorpresa, que Adrián estaba completamente destrozado, pues en el momento de bajar tronó la cuña y le dio de lleno a él. A mí me tocó verlo afuera, tenía las piernas destrozadas y las rodillas estaban sostenidas nada más por los tendones; parte del estómago lo tenía lleno de agujeros y en su interior se podían tentar todas las piedras que se le habían incrustado. Al

señor Fortino no le hicieron nada, pues se comprobó que él no había tenido ninguna culpa.

A propósito de Fortino, me lo encontré después de veinte años de no habernos visto, pues fue uno de los que entramos en la misma época y me dijo que se había salido y había durado quince años fuera, pero como no sabía hacer otra cosa, después de ese tiempo volvió a entrar a trabajar en la mina y ya tenía cuatro años de haber entrado. Esto me hizo recordar al poeta Amado Nervo en su poema *En paz* en esas palabras que dice: "Yo fui arquitecto de mi propio destino..." Creo que está en lo cierto, pues uno y nadie más es el que se labra su propio destino. Así como el accidente del señor Adrián hay muchos que por azares del destino truncan su vida y dejan en la orfandad a sus hijos y en la más espantosa desesperación a su esposa; para ellos termina el calvario y para la esposa comienza, pues el único sostén de la casa ha muerto y ahora la responsabilidad de los hijos será de ella.

También recuerdo a un contratista llamado Salvador Segundo. Este señor, cuando yo ingresé a la empresa, estaba recuperándose de unas fracturas que había recibido en un accidente, cuando se abrió la góndola donde él viajaba, de ese accidente salió con vida, pero después de más de un año de recuperación volvió a su trabajo como contratista y se mató al caerle una pegadura (pegadura son rocas de metal que se desprenden solas).

Otro caso fue el de Victoriano Álvarez, que lo agarró el motor (tren) y le destrozó las piernas. Aún lo sacaron con vida, pero al llegar al hospital vio como estaba de sus piernas y de la sorpresa murió. También recuerdo el accidente de un trabajador llamado Pablo Carrillo Hernández, con mis mismos apellidos, pero no éramos familiares. El estaba trabajando con otro señor que era malacatero y al que se le conocía con el sobrenombre de "el Chulo"; no entendió la señal del calesero o sea de Pablo, al hacer el manteo (manteo se le llama cuando se meten o sacan carros de la calesa, entonces se manda la señal por medio de un foco y un timbre para que suba un poco; el calesero con un gancho jala unas orquillas o patas que tiene en la parte inferior de la calesa y éstas, al entrar en unas hendiduras, dejan fija la calesa para que no se mueva y poder sacar o meter los carros de ella). En esa ocasión le mandó Pablo la señal para que la bajara un poco y el malacatero la bajó completamente y como Pablo estaba sujetando la varilla para jalar las orquillas y tenía casi metida la cabeza dentro la calesa, tenía confianza en que la iba a bajar lentamente

este malacatero pero la bajó como si fuera a San Hilario estando en el nivel ocho. Hizo que lo lanzara al vacío y cayó hasta el nivel menos cuarenta o sea, cuarenta metros más abajo de San Hilario. Cuando lo sacaron yo estaba presente y vi cómo tenía la cabeza deshecha, otra víctima del descuido, otra familia desamparada. Recuerdo de este accidente que una comadre de mi esposa y mía le fue a avisar a mi esposa que yo me había matado en la mina, pero mi mamá la oyó y le dijo a mi mujer: "No te asustes, que te va hacer mal —pues en ese tiempo mi esposa estaba esperando—, no creas lo que dicen, Juan no tarda en llegar". Tal vez el corazón de madre le avisaba que yo estaba vivo, pues cuando llegué me recibieron con la noticia de lo que les habían dicho y les dije que el señor que se había matado se apellidaba igual que yo, nada más su nombre era diferente.

También recuerdo la muerte de un joven llamado Gilberto Almanza, que entró como a los dieciocho años de edad a trabajar y creo que no cobró ni su primer sueldo, pues murió antes de hacerlo. Resulta que se sentó al borde del carro pulman que lo transportaría a Cantingón y cuando el tren se arrancó no se sentó como debería hacerlo y su cabeza se fue a estrellar contra una alcancía, destrozándose la completamente; otra muerte por descuido, otra viuda, pues tenía días de haberse casado por el civil.

Con todos estos accidentes se le queda a uno en la mente presente la fatalidad, la desesperación y la impotencia ante la muerte. Debido a que está uno constantemente viendo estos accidentes a veces sueña que le pasan; aún a treinta años de haber trabajado en la mina, a veces sueño que estoy dentro de ella, pero resulta una pesadilla, pues por ningún motivo extrañé cuando salí de ella, al contrario, pienso que jamás volvería a entrar, ni de paseo, pues me dejó una honda huella de amargura, de sufrimiento; no por que me hubieran pasado accidentes graves, sino una especie de trauma. Lo único que me sucedió a mí fueron pequeños accidentes, para ser exacto, cuatro. Cuando era llenador, en diferentes fechas me machuqué la uña al cerrar la puerta para que dejara de caer carga en las guajolotas; me prensaba a veces algún dedo, iba al hospital, me quitaban la uña y a trabajar, así, no daban ni un día de incapacidad; nada más se cubría uno el dedo lesionado y sanaba sin dejar de trabajar.

A pesar de todo lo narrado anteriormente, para mí el trabajo de la mina fue como una escuela de la vida donde se aprende a ser fuerte en todos los sentidos, donde se aprende

a valorar a las personas. Creo que por lo rudo del trabajo en la mina nació en mí la necesidad de superación, pues después de que aprendí a escribir a máquina y cuando estaba fuera de la mina trabajando como lamparero pusieron un boletín donde necesitaban un oficinista, me hicieron la prueba y me quedé como tal. Entonces había el proyecto de poner una escuela técnica de artes y oficios, proyecto que se hizo realidad, debido a la influencia del señor Ricardo J. Cebada. Se instaló dicha escuela y yo ingresé a estudiar por las tardes como técnico electricista, teniendo el honor de ser uno de los alumnos de la primera generación de la Escuela Secundaria Técnica Industrial y Comercial número 50, donde terminé mis estudios de electricidad en preparación técnica elemental, el 30 de noviembre de 1964.

Para esas fechas, el señor don Gonzalo Martiñon era el jefe de las oficinas de la mina en Cantingón y lo cambiaron para ocupar otro puesto en otro departamento, y me dejaron a mí en su lugar como jefe de la oficina, pero como ya había terminado mi corta —pero al fin carrera— como técnico electricista, emigré a buscar trabajo e inmediatamente lo encontré en Toluca, en una importante empresa automotriz (*General Motors de México, S. A. de C.V.*), donde trabajé durante quince años y aprendí bien el oficio de técnico electricista, que me da para vivir bien. Por medio de esto les he dado su carrera a todos y cada uno de mis hijos (seis en total, cinco mujeres y un hombre). Todas las penalidades sufridas en la mina no se me han borrado, me quedan latentes en mi memoria como si hubiera sido ayer pero, como dije anteriormente, esto me sirvió de base en todos los aspectos; nada más me quedan los recuerdos, lo digo con orgullo, de haber sido un minero.

Todos los mineros están expuestos a enfermarse de silicosis, o sea acumulación de polvo de metal en los pulmones; esta enfermedad (hasta la fecha no tiene remedio), la adquiere el minero poco a poco, según los años de trabajar en el interior de la mina y se mide por grados. Cuando un individuo se empieza a sentir mal, los síntomas son una constante tos, y demasiada agitación a medida que va avanzando la enfermedad. Algunos que salen de la mina a trabajar al exterior como veladores, en las diferentes instalaciones de la empresa, cada día se sienten más y más mal hasta que llega el momento en que caminan unos 100 metros y se cansan tanto, que tienen que sentarse a descansar porque se sienten demasiado fatigados y sienten que la tos los ahoga. Hasta que llega

el momento en que a la compañía ya no le conviene tenerlos y los retira dándoles su indemnización, según los grados de la enfermedad. Estos mineros retirados, con el dinero que les da la empresa, se retiran a sus casas con el afán y esperanza de componerse. Acuden a ver médicos especialistas, se gastan el dinero en medicamentos que no les sirven para nada y total, que quedan sin dinero y no adquieren ningún alivio. Si tienen hijos que los ayuden a sobrevivir económicamente están bien, pero algunos ya tienen hijos casados y no les alcanza lo que ganan y no pueden ayudar; los que tienen hijos en edad de trabajar lo hacen a muy temprana edad, a los dieciocho años, es una cadena interminable.

Yo tuve un compadre que se llamaba Samuel García, esta persona duró mucho sufriendo con su enfermedad, pues cuando yo me alejé de mi pueblo todavía trabajaba en la mina. En una ocasión que fui a mi pueblo encontré a una de sus hermanas y me dijo que fuera a verlo, que estaba muy malo. Fui a verlo y cuál sería mi sorpresa al encontrarlo completamente acabado, muy delgado, ya no podía estar ni acostado. Lo encontré a gatas, como se ponen a orar los musulmanes, en esa posición lo encontré, lo saludé y al saludarlo sentí un nudo en la garganta, pues pensé que cómo era posible que mi compadre, que fue un hombre tan fuerte, se encontrara en ese estado. En sus tiempos mejores medía como 1.85 de estatura y tenía como 90 kilos de peso, si no es que más: su cuerpo era atlético e imponente. Me conoció y me saludó, yo le pregunté que cómo se sentía, palabras que se dicen de puro compromiso, pues a la vista saltaba que estaba completamente acabado; había dado toda su juventud y sus fuerzas se habían agotado en la máquina perforadora en la mina. Para esas fechas ya había fallecido mi cuñado, Amador Aguilar, que también fue compadre de él, así que me respondió: "No me puedo dormir, ya me ganó mi compadre Amador. Quién sabe por qué Diosito no ha querido quitarme de sufrir pues, como ves, en esta postura es como puedo estar más o menos bien. Ya no puedo comer cosas como carne o tortillas, lo único que me pasa es el "Jumex". Yo sentí un dolor muy profundo y ganas de llorar ante aquel cuadro tan doloroso, pero me contuve; en esas circunstancias había que fingir. Estuvimos charlando por unos momentos, ya que él se agitaba mucho al hablar; por último me despedí y con la mirada llena de lágrimas me dijo: "Adiós compadre. Compadre, creo que ya no nos volveremos a ver, pues yo nomás estoy esperando el momento de partir, que ojalá sea pronto. Le he pedido tanto a Dios que

me recoja para dejar de sufrir y también para que mi mujer descansa de tantas molestias que le he causado con mi enfermedad. Cuidate mucho compadre, cuida a tus hijos. Bendito sea Dios que te dio entendimiento para que te salieras de la mina, si no ya ves como hubieras acabado". Me despedí finalmente y me salí, ya en la calle comencé a llorar, iba solo y por un callejón solitario, así que no me vio nadie y aunque me hubieran visto, de todas maneras lo hubiera hecho, pues sentía que mi corazón se me partía en mil pedazos. Ni el llanto era suficiente para borrar de mi pecho toda la amargura que sentía, pues me había despedido de mi compadre, al que nunca más volvería a ver. Tardé mucho tiempo en olvidar esa despedida, al poco tiempo me di cuenta que en más de una ocasión lo daban por muerto e iban por el doctor para verificar, pero el médico lo encontraba aún vivo. Más tarde, al paso de los días, murió y dejó de sufrir; descansa en paz mi compadrito Samuel.

Pasa por mi mente otro caso similar, el de un amigo que trabajaba, en la mina y le decían "el Matasanos". Era contratista, se llamaba Belén Romero. Este señor vivía frente a mi casa, en esas fechas él ya no trabajaba y yo estudiaba por las tardes en la técnica; cada que me daba tiempo me ponía a platicar con él pues él se sentaba fuera de su casa y me decía: "Ay hijo, quién fuera tú, que tienes ilusiones y estás yendo a estudiar, no que mírame a mí, ya no puedo ni caminar. Esta maldita tos no me deja ni de día ni de noche, es tan triste esta enfermedad que si tuviera enemigos ni al más odiado se la desearía. Sigue estudiando para que te superes". Este señor también duró mucho tiempo sufriendo su enfermedad, hasta que al fin descansó.

Conocí a otro, de muchos enfermos que hay de silicosis; este señor fue también contratista, se llamaba Jesús Saucedo y le decían "el Meyano". En una ocasión pasé por su casa como a las tres de la madrugada y lo vi parado en la ventana, al día siguiente le pregunté que qué estaba haciendo ahí a esa hora y me contestó: "Es que no puedo dormir de la tos y como me acuesto con la ropa de diario, me levanto y me vuelvo acosar". Le pregunté que por qué se acostaba con su ropa de uso diario y me contestó: "Es para que, si me llevo a morir en la noche, no les cueste trabajo vestirme". Lo decía con tanta naturalidad y una sangre fría que sorprendía; al poco tiempo murió, aún joven, pues la mayoría de los mineros enfermos mueren entre los treinta y cinco o cuarenta años de edad. Recuerdo también al "Flaco", así le decíamos a Rodolfo Herre-

ra, que murió como a los cuarenta años y por lo menos no dejó viuda a sufrir pues él no era casado.

Otro minero que también fue contratista, llamado Salvador Hernández, vivía en el barrio de "Cantingón". Este señor estaba comiendo cuando se le reventaron los pulmones y murió.

Todos los accidentes ocurridos en la mina, por desgracia, son fatales. En casos raros los mineros se salvan, pero quedan inválidos como en el caso de un joven que conocí por el sobrenombre del "Chan", se accidentó y quedó inválido para el resto de sus días.

Anganguero es un pueblecito pequeño, pintoresco y hermoso, enclavado en la sierra de su propio nombre, Sierra de Anganguero, en el estado de Michoacán. Su población es netamente minera y como tal, sus costumbres, religión y posición social son para todos y cada uno de sus habitantes las mismas, por lo tanto, todos los habitantes de Anganguero somos como una familia, nos conocemos todos nuestros defectos y avances económicos, intelectuales y sociales.

En Anganguero sólo existe la clase trabajadora, pues todos trabajan como mineros; estos son unos verdaderos titanes en la lucha por sobrevivir, porque la única fuente de trabajo es la mina, y desde tiempos muy remotos se dedican a la explotación de sus ricas vetas de plata. Los mineros dejan paulatinamente su vida en el constante trabajo, en un destino incierto, lleno de privaciones que han venido acarreado de generación en generación, hasta nuestros días.

En Anganguero la población es cien por ciento católica; entre sus costumbres tiene celebrar las fiestas tradicionales como la de Semana Santa, en la que es representada, como en otras partes de la República, la pasión y muerte de nuestro Señor Jesucristo. Además, en una época del año hay procesiones todos los días, no recuerdo en qué fecha ni los días, un día en cada barrio. Se festeja también el día del Santo Patrono San Simón el 28 de octubre, en diciembre también se festejan la Navidad y el Año Nuevo, independientemente de las fiestas patrias del 15 y 16 de septiembre. Recuerdo que el Día del Minero, 11 de julio, en la época en que yo trabajaba en la Impulsora Minera de Anganguero, en el monumento al minero se recordaba a todos los mineros muertos en accidentes dentro de la mina. Dicha lista, año con año aumentaba, según el número de accidentes, o sea que se sumaban los de ese año a la lista anterior. Posteriormente se seguía con una comida con barbacoa, chicharrón, mole, refrescos, cervezas

y hasta traían de Zitácuaro mariachis. Total, que se hacía un pachangón de película, era un fiestón que terminaba en parranda, ya que al terminar la fiesta en el salón, cada quien jalaba a donde quisiera a seguir festejando, para el siguiente día amanecer con una cruda marca diablo. Por consiguiente había ausencia de muchos trabajadores a sus labores, porque se la curaban y no iban a trabajar. Yo era uno de ellos pero tan bien la habíamos pasado, que aún después de semanas recordábamos ese acontecimiento, con la esperanza de que el año siguiente pudiéramos vivir y disfrutar de ese día.

En la actualidad lo único que le dan al minero en ese día son unos garrafones con refresco de cola y alcohol de 96 grados, así les dan a beber las famosas "garroteras", (con dos o tres los ponen hasta las mañanitas). Ya no hay mole, ni chicharrón, ni mariachi, ahora nada más hay veneno, o sea alcohol con refresco. Todo aquello quedó como un recuerdo del pasado, pues a la empresa ya no le alcanza para hacerle fiestas al sufrido minero. Año con año va muriendo la tradición que antaño fuera uno de los días más alegres y que el minero esperaba con ansias, para disfrutar de todo lo ya mencionado, pero la realidad es ésta y es imposible revivir a un muerto.

El sueldo que ganábamos en ese entonces, como ahora, era y es muy bajo. Existe una tienda donde le proporcionaban a la esposa del minero todos los artículos de primera necesidad como: jabón, azúcar, maíz, frijol, aceite, papas, chales, chiles secos y demás cosas para la preparación de alimentos (claro, esto no es forzoso el minero que no pide nada, saca su sueldo completo). El trabajador viene sacando la mitad de su sueldo por los descuentos, esta tienda es de gran ayuda para las amas de casa, pues surten su despensa a bajo precio. Existen mineros que sacan paquetes de cigarrillos para venderlos por fuera más baratos; también sacan maíz y lo venden fuera para comprar vino. Yo fui uno de ellos, en una ocasión saqué una camisa de lana a cuadros y se la vendí a un cantinero más barata de lo que me la habían vendido en la tienda, así perdí lo que le ganaron en la tienda más lo que le desconté al cantinero que me la compró. Para acabarla de amolar, en la misma cantina del que me la compró me gasté el dinero que me había dado por la camisa; tardé dos meses y medio en pagar, porque la ropa la dan en facilidades, no así el abarrote, que lo descuentan semanariamente.

Quizá todavía exista eso de sacar en la tienda artículos para venderlos afuera más baratos y poder curarse la cruda. También así se logra que lo poco que gana uno rinda menos

y que cada semana se vea uno hundido en deudas, principalmente de cantinas.

En ese tiempo acudían a las ventanillas de raya cantineras y cantineros a cobrarles a sus clientes y también acudían a cobrar sus abonos las personas que tenían tiendas de ropa. Esto, además de los descuentos de la tienda, el pasaje, el impuesto sobre productos del trabajo (del sindicato) y algún préstamo que debía uno, hacía que a los mineros nos sobra- ra una miseria, la cual iba a parar a la cantina. Si acaso lle- vábamos algo a su casa, apenas si alcanzaba para comprar carne para comer sábado y domingo; los demás días se co- mía papas, frijoles, charales u otras cosas que el ama de casa podía comprar a bajo precio. Quiero aclarar que no todos los mineros hacían esto, pero sí la mayoría; como en toda regla hay excepciones, algunos eran muy metódicos y por lógica vi- vían en mejores condiciones, porque sabían disfrutar su sa- lario según sus necesidades. No así los que nos "atascábamos" en la tienda y en la cantina, todo el tiempo andábamos de "pe- rros", sin quinto; nos emborrachábamos de puro fiado (este término se usa cuando uno nunca trae dinero). En ese tiempo la costumbre de la mayoría de los mineros era puro trabajo y borrachera, pues no había otra diversión más que alcohol y billar y para salir de la monotonía (al menos así pensá- bamos algunos), armábamos pleitos cada ocho días para darle más sabor, a la vida, de lo contrario parecían "días sin hue- lla". No encontraba nada atractivo irme a encerrar a mi casa a aburrirme, sin hacer nada.

Fue hasta 1962 que, como bendición, se puso en marcha la escuela Secundaria Técnica Industrial y Comercial núme- ro 50, y cambió mi vida, pues dio un giro en todos los aspec- tos. El ser alumno de dicha escuela me hacía comportarme de otra manera, aunque seguía emborrachándome, ya no lo hacía seguido, pues tenía que cumplir con mis tareas y asis- tir a clases después de trabajar, lo cual hacía que yo le toma- ra más interés a la vida. Pienso que si no hubiera sido por esta escuela quién sabe qué hubiera sido de mí y de mi fami- lia, a quien tanto quiero y amo. Por esa familia me sentí im- pulsado a superarme y salir adelante en todos los aspectos; ya no había pleitos en mis borracheras por respeto a mis maestros y a mi escuela y por miedo a la vergüenza de que me fueran a expulsar por mala conducta y perder la única oportunidad de salir adelante. No lo hacía por mí, sino por mi esposa y mis hijos.

Hago la aclaración que todo lo escrito es referente al mi-

nero, y que por ningún motivo hago mención del personal del molino, ni de los talleres mecánicos, o sea que mi relato no tiene nada que ver con el personal que labora en el exterior de la mina, pues mentiría si escribiera acerca de lo que desconozco. Además, hago la aclaración que este relato comprende del 28 de octubre de 1956 a enero de 1965, hechos de antes o después de esta fecha no me constan. Probablemente haya cambiado el sistema de trabajo o siga igual, lo escrito corresponde nada más a los ocho años que laboré en la empresa.

No debo dejar pasar desapercibido al ingeniero Domingo Rodríguez Morales, ya que con la ayuda que el me brindó puede salir a trabajar fuera de mi querido pueblo. A la fecha me encuentro satisfecho de haberme superado y haber logrado mi triunfo sobre la adversidad, pues a base de sacrificios y trabajo logré lo que me propuse: fui minero, a mucha honra, mis hijos gozan todos y cada uno de una carrera que les dejé como herencia y que creo que han sabido aprovechar, porque ya a la fecha están sacando provecho económico y satisfactorio de ella.

Para terminar con este relato minero diré que, aunque sufrí bastante en la mina, siento como si fuera ayer cuando por primera vez ingresé a ella. Recuerdo a mis excompañeros, a todos los fallecidos ya sea por enfermedad o por accidente, los llevo en mi memoria con un amor de hermanos y compañeros del mismo dolor, de la misma tierra que me vio nacer (Anganguero). Recuerdo la mina que fue mudo testigo de mis fatigas y peligros que allí pasé.

La mina del Rincón

Rebeca Santín de Cuéllar

Como un reconocimiento al esfuerzo de mi padre y de muchos hombres que trabajaron en una mina de tantas, llamada "mina del Rincón".

Existe un camino que poco ha cambiado en los últimos cincuenta años. Al principio de este camino se pueden apreciar los mismos árboles y los grandes sembradíos de antes. Más adelante los cultivos de papas en la laderas de los montes transforman un poco el panorama. Todo esto lo podemos encontrar en un lugar cercano al Nevado de Toluca.

Si recorremos unos cuantos kilómetros, siguiendo el rumbo que va hacia Valle de Bravo, encontraremos un hermoso paraje donde parece que el tiempo se ha detenido. Es como si toda esa maravilla que contemplamos se hubiera plasmado en una pintura. Como antaño, se encuentran casitas de madera, riachuelos de agua cristalina que serpentean los campos y brillan como espejos al reflejar la luz del sol y rebaños pastoreados por niños parecen ser los mismos, a imagen y semejanza de como los veían sus padres y abuelos. Sin embargo, existe una diferencia que destruye la belleza natural de aquel lugar. Ahora, los medios de transporte que se utilizan para desplazarse de un lugar a otro, a diferencia de entonces, son autobuses, automóviles, camiones, etcétera.

Pero trasladémonos con la imaginación a los años treinta. Por aquel camino pintoresco oímos el resonar de las herraduras de los cascos de los caballos retumbar entre los cerros, su resoplar y también el jadeo que les ocasiona el peso

de la carga que transportan. Recuas de mulas y burros también son utilizadas para el transporte de carga. Oímos también el mugido de las vacas, el valar de los borregos y el alboroto de las gallinas y los guajolotes que transportan los arrieros. Podemos sentir asimismo el vaho caliente de los animales que de madrugada transitan por ese camino de ensueño.

Recorramos con el pensamiento esos caminos, ahora pavimentados, que antiguamente eran de terracería. Olvidemos por un momento que actualmente, en esos lugares, los árboles han sido talados sin misericordia por las nuevas generaciones y pensemos en las curvas que bordean los montes apretados de nutrida vegetación: ocotes, pinos, encinos y fresnos forman su elegante vestido.

Cuando mi mente se traslada a aquella época, surge la imagen de las recuas de mulas cargadas de mineral que aparecen de entre los cerros, estas surgían como por encanto a lo lejos, en los intrincados laberintos que se forman en los montes, en las barrancas, en las cañadas y en las planicies de recónditos lugares.

Todo el año se hacía el recorrido, tanto en invierno soportando fríos glaciares, tormentas de nieve o granizo y temperatura de grados bajo cero, como en verano en que se suceden verdaderos aguaceros torrenciales. También, por qué no, disfrutando del clima acogedor y agradable de la primavera, aunque a veces los calores fueran agobiantes.

Por allá, en algún punto perdido entre tantos cerros, al sur del Estado de México y por el rumbo de Valle de Bravo, rodeada de pintorescos pueblitos casi ocultos por una frondosa y tupida vegetación, existió una mina de oro y plata, su nombre: "mina del Rincón". Este nombre se le dio, precisamente, por encontrarse en lo más recóndito de aquellos parajes.

Los habitantes de los pueblos circunvecinos a la mina se dedicaban a las labores del campo y al pastoreo, muchos otros al comercio. Sus labores se distinguían claramente de las labores que se realizaban en la mina. En ambas partes el trabajo, claro está, era muy diferente; el ambiente, la forma de vivir y las personas también lo eran.

El clima que predomina en la mina es templado, ni el calor ni el frío son extremosos, por esta razón resulta agradable vivir en esa zona.

Allá por los años treinta, a la mina del Rincón como a otras tantas minas, llegaba gente de todas partes en busca de empleo y para todos había. Quienes más lo buscaban eran los

que vivían en los pueblos cercanos y se veían atraídos por la prosperidad y la fiebre del oro. Algunos de los pueblos que más prosperaron con el auge de la mina fueron Real de Arriba y Temascaltepec; "El Real" y "Temas", era como comúnmente se les conocía.

La vida diaria de los trabajadores de la mina que vivían en los pueblitos cercanos transcurría más o menos de esta forma:

Los "ratones" (así llamaban a los mineros) salían de sus casas en las primeras horas de la madrugada. Antes de partir acostumbraban tomar un pequeño desayuno que consistía en café, té o leche caliente y pan, y muy rara vez frijoles o huevos. Diariamente tenían que recorrer una considerable distancia de su jacal a la mina. Por ejemplo de Real de Arriba, uno de los pueblos más cercanos a la mina, tenían que recorrerse alrededor de tres kilómetros para llegar a ésta. Era curioso observar cómo al principio del recorrido se vislumbraban pocos trabajadores y poco a poco su número aumentaba, conforme se acercaban al sitio de reunión.

Casi todos los mineros vestían de la misma forma. Su vestimenta característica consistía en ropa gruesa de color oscuro, pantalones de peto con tirantes u overoles, además de sus imprescindibles botas mineras con casquillo en la punta; algunos, los que querían ser más elegantes, adornaban su ropa con estoperoles. Sus cascos gruesos, siempre necesarios, nunca les faltaban. Era curioso notar el contraste que existía entre la forma de vestir de los mineros y el atuendo que usaban los campesinos. Unos usaban casco, otros sombrero de paja; unos guaraches y los otros botas. Los mineros se vestían con ropa de mezclilla, los campesinos con calzón de manta. Aunque ambos, campesinos y mineros vivían en un lugar en común, lógicamente era posible distinguir por su forma de vestir, a qué se dedicaba el uno y el otro.

Muchos trabajos y oficios se desempeñaban en la mina. Algunos trabajaban en las excavaciones de los tiros, otros extrayendo la tierra y las piedras que se molían para sacar el metal; el resto trabajaba en labores también muy necesarias para el buen funcionamiento del mineral. Había carpinteros, mecánicos, limpiadores y al estar todos en movimiento semejaban una especie de hormiguero. Todos trabajaban con gran entusiasmo, diligencia y armonía.

Se podía distinguir cierta diferencia en el trabajo que se realizaba, dependiendo de la sección en la que se estuviera laborando. En una de estas secciones por ejemplo, estaba

la compresora; ésta era una construcción que semejaba un viejo castillo gris y estaba formada por un sinnúmero de tubos gruesos y delgados, maderas finas y anchas, tinacos de muy variados tamaños, todos perfectamente armados y ordenados para formar aquella gran mole. A su lado se veían, dispersos por todos lados, gran cantidad de botes que contenían diferentes sustancias químicas, grasas, solventes, etcétera.

A las siete de la mañana era la hora de entrada, todos los trabajadores checaban su tarjeta al entrar. A medida que se iban incorporando a sus tareas, el ruido y el bullicio aumentaban paulatinamente. Se oía el golpetear de los fierros y el constante martilleo; un ruido fuertísimo y muy peculiar era el que más llamaba la atención, un sonido estridente que se producía al moler el metal. Se oía además el correr del agua que salía con muchísima fuerza por la tubería y el resonar de las bandas encargadas de transportar el metal. Los hombres tenían que comunicarse a gritos y todo esto formaba un concierto ensordecedor.

La mayor parte del día transcurría casi de la misma forma. A medio día, como a eso de las doce, sonaba el silbato que indicaba que ya había llegado la hora de la comida, era una sirena cuyo sonido semejaba el silbido de un barco de vapor. Los familiares de los trabajadores eran los encargados de llevarles de comer. Personas de diferentes edades marchaban desde los pueblitos hacia la mina cargando canastas cubiertas con blancas y hermosas servilletas bordadas de mil colores y de variadas formas, creando una escena llena de alegría y vistosidad. Los hombres, ya fueran jóvenes o adultos, solían llevar dos o cuatro canastas colgadas de un palo que recargaban sobre su hombro. Las mujeres podían llevar sólo una o dos canastas en el brazo (o brazos), hombro o cabeza. El menú preparado solía ser de lo más exquisito y variado: arroz, pollo en mole, chicharrón con chile, delicioso chorizo (que le dio fama al de Toluca), ricos bisteces, frijoles refritos, cecina, carne de puerco en chile verde, son algunos de los platillos que se cocinaban para deleite de los trabajadores. Todo esto se acompañaba con tortillas calientitas, hechas a mano y con agua de limón, naranja, jamaica, o un refresco grande llamado "canica".

Quienes llevaban la comida hacían su recorrido en un ambiente de alegría y entusiasmo, caminaban por el mismo camino por el que habían pasado sus familiares en la madrugada, rumbo al trabajo. La comida debía llegar un poco an-

tes de que el silbato sonara. Muchas veces se corría para poder llegar a tiempo; esta necesidad era motivo para crear pequeños accidentes cotidianos que hacían cómica la situación, provocando risa o enojo a los afectados. Se derramaban los alimentos, se olvidaba algo, las personas tropezaban, se caían. Imaginemos cómo quedaba una canasta por dentro, después de que se rompían los jarros de la comida cuando alguien se caía.

La vida estaba llena de sencillez y tranquilidad. Con qué gusto se realizaban las tareas, los deberes y los pequeños trabajos que a cada uno correspondían. Día con día se tomaba el camino, éste era, en su primer tramo empedrado, como la calle principal de un risueño pueblito que lo recorría de lado a lado; más adelante se ensanchaba convirtiéndose en una carretera de terracería ya muy amplia, bordeada de vegetación, con detalles que la hacían muy peculiar, como en el tramo de Ojo de Agua, lugar en el que brotaba del cerro agua a raudales, de ahí su nombre. Llamaba la atención otro lugar por donde se tenía que pasar debajo de una enorme roca. De noche esta roca semejava la boca de un feroz lobo. El sitio causaba temor por las leyendas que se contaban acerca de la llorona y del jinete del caballo blanco que, se decía, habían visto por aquel lugar. Casi todo el camino estaba acompañado por dos ríos: uno a la derecha con aguas turbulentas y en cuyas orillas se podía encontrar una tupida vegetación y gran variedad de flores, rosas silvestres, dalias, mirtos y otras especies más, árboles muy altos, fresnos, encinos, etcétera; había, asimismo, zarzales y algunas clases de orquídeas y otras formas de plantas parásitas. A la izquierda de aquel camino corría otro río, diferente al anterior; éste llevaba hasta lejanos lugares aguas cantarinas, cristalinas y muy tranquilas. Sus bordes se adornaban con oyameles y álamos que en otoño se pintaban de follajes de variados matices (como en los paisajes canadienses), pero que en invierno perdían su ropaje para recuperarlo nuevamente en primavera.

El regreso de los familiares encargados de llevar la comida, al igual que el de los trabajadores, se hacía invariablemente más pausado y lento. Los primeros regresaban por allá de las dos de la tarde, los demás como a las cuatro o aun mucho después, ya casi de noche. Así terminaba otro día de labores en la mina. Todo mundo regresaba a sus viviendas para descansar, pasar unos momentos de tranquilidad o hacer alguna otra cosa, ya que había quienes que se dedicaban a cultivar el campo, además de trabajar en la mina y otros que aten-

dían animales de su propiedad: gallinas, guajolotes, puercos, vacas, etcétera, después de esto cenaban y se dormían. Así, al día siguiente podían regresar al trabajo con más fuerzas y bríos, reanudando la rutina de trabajar en aquella mina.

La mina y los mineros

La compresora estaba comunicada con las minas mediante algunas vías por las que pasaban constantemente los carritos que llevaban el metal molido y procesado en dicha planta. La mina principal se encontraba a unos doscientos o trescientos metros de la trituradora y del centro de lo que se consideraba el mineral. La mina principal era una excavación muy grande con una enorme enramada formada por una puerta en forma de arco. A la entrada de ese lugar se hallaba un cuarto de mucha amplitud, de unos veinte metros por lado en donde se podía encontrar un sinnúmero de objetos: ropa minera de calor obscuro y botas, carretillas dispersas por todos lados, lámparas colgadas en la pared y sobre el suelo; al fondo, en uno de los rincones del sitio aquel, los imprescindibles picos y palas tenían su lugar. Amontonados, semejaban cruces abandonadas que hacían recordar a los mineros muertos en los tiros de la mina. A la mitad de la habitación, por un amplio hueco de unos tres o cuatro metros en el piso, aparecía como por arte de magia una jaula que subía y bajaba a varios hombres equipados con cascos, linternas, guantes, picos, palas y su reforzada ropa para la mina.

Al igual que los que trabajaban en la compresora y otras secciones los mineros, entraban a las siete de la mañana; el ambiente ahí era más pesado y hasta se podría decir que triste y lúgubre. Parecía que algunos realizaban el trabajo por pura necesidad y compromiso. A los que ahí trabajaban se les veía llegar cabisbajos, pálidos y melancólicos, con los hombros caídos, temerosos.

Como en la mayoría de las minas, el trabajo consistía en cavar y cavar haciendo túneles, rascando las entrañas de la tierra a uno y otro lado, buscando el codiciado metal. Inmediatamente después de cavar se tenía que apuntalar la zona para así contar con la mayor seguridad posible. El miedo y la inseguridad de estar en las entrañas de la tierra se reflejaban en el rostro de los "ratones"; sin embargo, a la hora que salían a la superficie se rompía el hechizo que los aprisionaba en cada jornada de trabajo. Al desaparecer el hechizo los

mineros se convertían en otros hombres, más alegres y tranquilos; habían vuelto a ver la luz del sol y todavía se encontraban vivos.

También a los mineros se les llevaba de comer pero a diferencia de los demás trabajadores, ellos no podían disfrutar todo lo que hubieran querido de la comida; el lugar en el que se encontraban era demasiado incómodo, los alimentos se les bajaban a los túneles. Casi siempre comían en la semioscuridad y en lugares estrechos, llenos de tierra y con poca ventilación.

De todos los trabajos el de ellos era el más pesado, peligroso, monótono y quizás el más mal pagado, a pesar de que todo giraba en torno a lo que ellos pudieran encontrar y sacar de la tierra. La riqueza y el bienestar de toda la población dependía del rendimiento y eficacia de aquellos pobres y sacrificados mineros.

Las construcciones de los diferentes talleres del centro de trabajo formaban un gran óvalo. Al lado izquierdo de este óvalo se encontraba la compresora y la casa principal. En esta casa vivían algunas de las personas encargadas de la administración de la mina y de otros trabajos administrativos de importancia como el gerente y los ingenieros metalúrgicos. Era tan grande y amplio el lugar que también servía para brindar alojamiento a las visitas distinguidas, éstas solían ser los socios capitalistas o gente del gobierno y hasta militares de alto rango (generales, capitanes, tenientes). A menudo llegaban militares encargados de custodiar el preciado tesoro que la mina producía. Un poco más adelante de la casa principal había un gran camino que comunicaba con San Andrés y otros pueblitos. Por el camino cruzaba un puente de vías y arcos techados con madera y láminas, que iba directo al túnel que estaba a un lado del mismo camino. A un lado del túnel se encontraba una gran bodega y junto a ésta el edificio que hacía las veces de oficinas administrativas. Por último, al fondo de la parte izquierda del enorme óvalo estaba la carpintería, un espacioso tejabán techado con láminas de cartón. Todo semejaba un solo cuerpo puesto que se había cercado con un extenso alambrado y tenía rejas que se hallaban constantemente vigiladas por los eternos veladores. Aquello daba la impresión de no ser una mina sino una especie de cárcel. Un poco a la izquierda de ese inmenso lugar, fuera de la cerca, un gigantesco almacén daba albergue a tubos, alambres, rieles, durmientes y a gran cantidad de cosas y objetos que por sus dimensiones no cabían en otro sitio.

Del lado derecho del óvalo un amplio número de construcciones al servicio de la mina servían como locales que hacían las veces de centro comercial. Por el lugar en donde estaban ubicadas se podía pensar que querían cerrar, dándole forma así al óvalo; sólo dejaban un diminuto espacio por donde cruzaba la vía que comunicaba con la otra mina y con una carretera por la que solían llegar los fuereños al mineral: comerciantes, visitas ocasionales, parientes y de vez en cuando hasta turistas que llegaban por ahí.

En los lugares en donde no existe gran variedad de cosas que hacer o con qué entretenerse, casi siempre se lleva día con día una constante rutina; poco cambiaba la monotonía del trabajo diario y del ir y venir del trabajo a la casa y viceversa. No obstante, era posible apreciar el encanto que nos ofrecía la naturaleza para nuestro deleite y asombro. Una de las cosas más bonitas y agradables de aquel lugar eran sus mañanas frescas y transparentes, llenas de luz, con un hermoso cielo en el que se combinaban un gran número de tonalidades de azul. Los días con mucho sol y las tardes tibias y tranquilas sólo se veían alteradas por la algarabía que causaban miles de golondrinas, cuyos nidos habían sido construidos en los extensos tubos de escape y ventilación de la entrada de la mina. Ver a las golondrinas durante todo el día salir en busca de alimento resultaba un espectáculo extraordinario; su ir y venir constante y su incesante chillar creaban un escenario natural maravilloso. Sin embargo, el verdadero ritual comenzaba cuando el sol empezaba a ocultarse, cientos y cientos de golondrinas salían de los tubos como si fueran una tromba; luego se esparcían por todo el cielo volando hacia arriba para después dejarse caer creando una especie de lluvia negra, pero era una lluvia que se movía hacia arriba y hacia abajo, en la que se formaban variadas figuras: puntas de flecha, caracoles, espirales y masas gigantescas a las que la imaginación podía encontrarles alguna configuración específica, a veces real o mitológica y hasta mágica. Los personajes que representaban esta majestuosa danza poco a poco se iban retirando del escenario, a la par de las últimas luces que emitía el sol. Maravilla vistosa y alegre que ponía un toque de subyugante encanto natural al día.

Los sábados solían tener un matiz especial. Día de raya, desde temprano los mineros se formaban frente a la ventanilla de pago que estaba en las oficinas administrativas. Ya con ropa diferente y de mayor colorido que la usada para el tra-

bajo, los trabajadores, muchos de ellos acompañados por sus esposas e hijos, mostraban impaciencia por "rayar". En esos días se notaba más la alegría y el entusiasmo con los que se transformaba completamente el ambiente. Después de rayar, toda la familia se dirigía a comprar lo necesario para la semana. Desde el día anterior, el viernes, iba llegando un gran número de comerciantes de todos los lugares imaginables; llegaban en burros, caballos, mulas y a pie, llevando muchísimas cosas para vender, tantas como la imaginación proponga: maíz, frijoles, jitomates, chiles, cebollas, carne, queso, pollos, borregos, puercos, guajolotes, naranjas, mangos, duraznos, manzanas, zapatos, vestidos, telas, herramientas, muebles, etcétera. Se formaba un gran mercado y se vendía muchísimo en él. Fue éste un tiempo de riqueza, auge y prosperidad para todos.

La mayor parte del tiempo se vivía en una completa tranquilidad y bienestar. Pocos acontecimientos cambiaban la vida cotidiana pero a pesar de esto, de vez en cuando ocurría algún suceso que rompía la monótona secuencia en la que transcurría el tiempo, por ejemplo, cuando solían llegar los soldados con su modo diferente de vivir; a veces eran mañosos y ladrones, en otras ocasiones se emborrachaban y se drogaban y en ese estado armaban un escándalo que atemorizaba a los que allí vivían. Ya desde aquellos tiempos se hablaba de la mariguana pero sólo los soldados tenían el mal hábito de fumarla, a las demás personas ni curiosidad les causaba esta yerba, más bien les molestaba y repudiaban a los soldados por mostrar tan deplorable conducta.

Los domingos eran los días más tristes de la semana, pues no se veía alma alguna por ningún lado, todos se quedaban en sus casas o se iban a pasear a los pueblos cercanos. Casi nadie trabajaba en la mina, sólo el eterno velador permanecía en aquel lugar, siempre fiel a su trabajo.

Cuando había fiesta en algún pueblo, la gente desde temprano se preparaba y salía con rumbo hacia la diversión. Invariablemente, se dirigían a Temascaltepec para asistir a misa: en la mina del Rincón nunca hubo un templo. En fiestas como la del 6 de enero, la gente acostumbraba estrenar y ponerse sus mejores ropas. El gusto por asistir a una celebración como ésta hacía que desde temprano estuvieran listos para partir y la distancia por recorrer, de alrededor de 10 kilómetros, se les antojaba cortísima. Formábase una gran procesión de ida y vuelta, a la ida se les veía marchar con alegría, al regreso cargados de cuanta cosa podían comprar o

cambiar. Estas eran sus únicas diversiones, además de las eventuales ferias que se instalaban en los pueblos cercanos. En esas ferias la gente se confundía entre la multitud, se dejaba de lado la distinción de clases, de oficios y de posiciones económicas, el único objetivo era divertirse. Lo mismo se divertía un minero que un jefe o un campesino, ganadero o comerciante.

Recuerdo que en alguna ocasión, y creo fue la única, llegó el circo y causó mucha expectación y asombro. Traía leones, acróbatas, elefantes, payasos y otros artistas más. Los leones con sus estruendosos rugidos hacían vibrar los cerros, el ruido se esparcía por los aires y con ayuda del eco podía recorrer grandes distancias causando temor y confusión a los contrariados habitantes. Al poco tiempo de haber llegado el circo, toda la chiquillería trataba de imitar a los acróbatas y a los domadores. Mientras el circo permaneció en aquel lugar los curiosos duraban horas y horas contemplando el movimiento de antes, durante y después de las funciones. Su llegada fue verdaderamente una novedad, nunca se habían visto animales, una carpa y un ambiente como aquellos que en el circo existían; éste representaba una forma de vida diferente a la vida común y corriente que los mineros llevaban y que muchos de ellos jamás habían podido imaginar.

Otro de los acontecimientos novedosos y divertidos fue cuando llegaron los húngaros; quienes también causaron mucho asombro por sus pintorescos vestidos de variados colores y por la algarabía y el relajo que armaban. Constantemente se la pasaban gritando y peleando por cualquier cosa. A las personas de la mina les daba desconfianza aquella gente; los húngaros les inspiraban algo de miedo y muy poco se les acercaban. Se dedicaban a la venta de chácharas, a hacer trabajos de herrería y a adivinar la suerte. Lo que llamaba mucho la atención eran sus bellas mujeres, ataviadas con vestidos floreados, hasta los tobillos, y sus pañoletas adornadas con monedas de oro y plata amarradas en la cabeza. Usaban blusas de brillantes colores y sus hermosas cabelleras, siempre largas, eran de color miel y trigo dorado; los rasgos de sus caras mostraban formas finas, tersas y elegantes. A pesar de todo, la gente tenía que estar a la defensiva con ellos pues acostumbraban robarse las gallinas y todo cuanto podían.

Uno de los hechos más sobresalientes en la mina, que causó tristeza y sumió en la mayor desesperación a los habitantes y a las personas que de alguna u otra forma estaban relacionadas con la mina del Rincón, fue la ocasión en que

hubo un derrumbe en la mina chica; todo mundo quedó como conmocionado. Al igual que una sola familia ante el accidente familiar, los habitantes estaban reunidos, preocupados por los mineros que habían quedado atrapados a varios metros de profundidad. Fueron muchos los días que transcurrieron sin que la gente pudiera dejar de lado la tremenda angustia que los embargaba. Los que fueron atrapados por el derrumbe estuvieron todo ese tiempo sin probar alimento, sumidos en una total oscuridad y casi sin poder moverse, soportando un intenso calor y respirando apenas. La falta de oxígeno los había agotado enormemente, tenían las piernas adormecidas por la inmovilidad que les causaba el estar bajo el derrumbe y las gruesas maderas que aprisionaban sus cuerpos. Llegaron, por el extenuante calor y por la desesperación, a sentir tanta sed que se vieron obligados a beber de sus propios orines, refrescando así por lo menos, sus resacas bocas.

Por medio de golpes en los tubos o haciendo chocar sus cascos, trataban de comunicarse con el exterior e indicar que aún estaban con vida. ¿Lograrían salvarse todos? No lo recuerdo bien, sólo existen en mi mente grabadas las escenas más impresionantes, como si fuera una horrible pesadilla. Algunos, o tal vez todos, lograron salvarse gracias al escaso aire que les entraba por uno de los tubos de ventilación. ¿Cuántos días estuvieron debajo de la tierra? Quizá fue una semana o más, pero aquello pareció una eternidad y permanece como una marca hecha con un fierro candente en la memoria de todos los que estuvimos en la mina en ese entonces. Aquella imagen se tornó durante mucho tiempo en un luto que ensombrecía la vida alegre y cotidiana de los mineros.

En otra ocasión un minero joven se accidentó y en la forma en que ocurrió el suceso el relato se hizo muy popular, al grado de convertirse en leyenda. Sucede que aquel minero de escasos años había bebido y llegó a su casa tan ebrio que, no se sabe por que razón, golpeó a su madre. Ella, muy indignada por la actitud de su hijo, soltó una maldición con tanto sentimiento y rabia que llegó a cumplirse. Maldijo al joven muchacho diciéndole que cuando bajara a la mina se habría de caer y hacerse pedazos, como efectivamente ocurrió. Se escribió hasta un corrido que aludía al hecho relatado que la gente de los pueblos constantemente gustaba de escuchar. El ritmo del corrido era triste y melancólico, en él se oía una advertencia que pretendía aleccionar a los jóvenes para que no se dejaran llevar por las malas influencias que los llevan al vicio; la advertencia era la voz de la madre que pedía a los

hijos amor y respeto hacia sus vidas y hacia la vida de los demás.

Mi familia, mi padre

Mi familia llegó al Real en 1932. Mi padre consiguió inmediatamente trabajo en la mina y fue comisionado como mecánico en la compresora. Al poco tiempo de haber entrado a trabajar, por su empeño y preparación, además de una gran capacidad para la resolución de los problemas, fue ascendido y continuó siéndolo, escalón por escalón, hasta llegar a ser uno de los técnicos más calificados del lugar. Por este hecho fue por lo que se ganó el apelativo de "maestro".

Había muchos trabajadores que al igual que nosotros vivían con sus familias en Real de Arriba. Los empleados de la mina y mi padre se reunían diariamente a las seis de la mañana para poder llegar a las siete, la hora de entrada. Algunas horas después, mi madre le mandaba la comida con mi hermano mayor. Religiosamente, todos los días se cumplía este rito que se hacía extenso a todos los que formaban parte de él; la gente llamaba a los encargados de ejecutarlo "los comederos".

Al correr de los días y en cierto tiempo, ya formábamos parte de la vida en torno a la mina. Mi padre contaba con muchas cualidades que le abrieron el paso para convertirse en poco tiempo en uno de los dirigentes del pueblo; su don de gente, su facilidad para la organización y su gran dinamismo contribuyeron para lograrlo. Formó, si se puede decir así, un sindicato de mineros logrando obtener muchas prestaciones y mejores condiciones de vida para los que ahí trabajaban. Tantos fueron los logros que muchos ni siquiera podían imaginarse que se pudiera vivir así. Poco a poco fue mostrándoles a todos que la vida podía tener otros incentivos, la vida no sólo era trabajar como topos, siempre debajo de la tierra o como autómatas en las máquinas. Empezó por mostrarles que en la vida existía la posibilidad de ser cada vez mejores, que si se luchaba por ello se podía vivir en mejores condiciones y con mayor seguridad. Al paso del tiempo y después de haber logrado muchas mejoras en el trabajo, cuando la gran mayoría ya confiaba en mi padre, él decidió cambiar nuestro lugar de residencia a una casita que se encontraba cerca del mineral. Como estaba pegada a las faldas de un cerro, vista a lo lejos semejava un fruto prendido de algún gigantesco ma-

torral. Era una casa sola, hecha con madera como tantas otras, con dos habitaciones juntas y la cocina y el baño aparte.

Constantemente, año tras año mi padre y algunas otras personas siguieron impulsando las mejoras para beneficio de los trabajadores y de sus familias. Se construyó un hospital de gran funcionalidad y limpieza, con personal capacitado para atender desde las más simples molestias hasta a los graves accidentados en el trabajo; se atendía también a los familiares de los trabajadores. Había, recuerdo bien, un doctor muy preparado que vivía cerca de aquel hospitalito; vivía cerca para poder atender de inmediato y sin pérdida de tiempo a cualquier paciente que solicitara sus servicios a cualquier hora del día o de la noche. La casa del doctor era sencilla pero bonita, rodeada por un jardín repleto de variadas y hermosas flores. Tenía vistosas y elegantes cortinas en las ventanas. Estaba tan linda como aquellas que se ven en las páginas de los libros de cuentos europeos. El doctor había tenido dos hijas que cuando nosotros llegamos al mineral ya eran jóvenes y muy guapas, siempre vestían a la última moda con vestidos y sombreros de gran elegancia. Cuando paseaban por la calle solían ser el asombro de todo aquel que las miraba, pues nadie podía darse el lujo de vestirse como gente de la ciudad y además tenían un gusto para ello, que rivalizaba con el buen gusto de la más alta sociedad.

Otra de las mejoras que se hicieron fue cambiar la escuela que ya existía, de un lugar a otro. Originalmente se encontraba en un sitio algo apartado del centro del mineral, en la parte más alta de la colina, en un llano amplio pero bastante solo. La nueva escuela fue construida mucho más cerca. Todo ahí eran cerros y cerros, así es que se escogió uno y se preparó para la construcción del nuevo local. Este cerro rodeaba la plazuela del centro del mineral. La escuela, ya construida, quedó casi enfrente del hospital, cercada por árboles de donde todas las mañanas salía un melodioso gorgoritar de las "primaveras", los cenizales y de los gorriones que se escondían entre el verde follaje que se mecía suavemente con la brisa ligera; también se oía el sonar de las hojas, provocando un continuo murmullo arrullador y agradable.

A la escuela se llegaba por una carreterita muy pareja y amplia, a la cual le habían regado finísima arena de color gris. La carretera iba en forma ascendente rodeando medio cerro hasta la entrada de la escuela donde había un patio grande y espacioso. La escuela era pequeña pero de salones cómodos y funcionales. Se contrataron maestros que contaban

con variados conocimientos generales. Aparte de la enseñanza de las materias tradicionales, los maestros enseñaban diversos oficios como carpintería, música, danza, costura, etcétera.

Se contruyó además una sala de actos con techos, paredes y pisos de madera; gruesas tablas sostenían aquel inmueble. Había un foro en el que se realizaban los actos con una parte plana donde estaban colocadas las butacas y atrás de ésta, separadas por un pasillo estaban las gradas. La parte de abajo, donde estaban las butacas, recibía el nombre de luneta, como en los cines. Esta luneta era por lo general ocupada por las personalidades más destacadas: dirigentes, representantes, ingenieros, maestros, técnicos, etcétera. La parte de arriba, las gradas, las ocupaban los mineros, los obreros y sus familiares. En esta sala de actos o teatro (también así le llamaban) se daban funciones de cine, se llevaban a cabo asimismo festivales escolares y de carácter patrio, como el 15 de septiembre; festivales de fin de cursos y sobre todo juntas de trabajadores en las que se trataban los asuntos más importantes; de ahí salían los grandes proyectos para las mejoras de todo el mineral.

Con la ayuda de mi padre se logró que una de las prestaciones fuera el obsequiar a los niños en Navidad y Día de Reyes juguetes y regalos, además de premios e incentivos para la gente mayor. Recuerdo que en Navidad el centro de la plazuela, aparte de verse colmado de juguetes, también se veía adornado por elegantes piñatas vestidas de muchos colores. Estas se colgaban de dos grandes tubos, luego se vendaban los ojos los niños para que intentaran quebrarlas; el regocijo que mostraban era digno de vivirse, la expresión de los niños atentos a cada golpe reflejaba la impaciencia porque la piñata fuera quebrada para lanzarse y ganar la mayor cantidad de fruta posible. Una vez que habían sido rotas las piñatas se repartía fruta, colación y juguetes. Poco a poco se fue aceptando la tradición de hacer regalos el Día de Reyes. Los padres procuraban obtener, según sus posibilidades económicas, los juguetes necesarios para obsequiar a sus hijos en ese día.

A medida que transcurría el tiempo, el ambiente que prevalecía en la mina se iba transformando, se veía más alegría en las personas, contaban con más ánimo de vivir; se notaban más satisfechos y más contentos de su trabajo. Mi padre había formado dos grupos musicales para amenizar los eventos sociales y culturales. Uno de ellos era la banda musical, a la que muchos trabajadores se habían integrado. En las fies-

tas patrias la banda desfilaba acompañada de los alumnos de la escuela, los obreros y otras personas podían hacerlo si querían y por lo general lo hacían con mucho entusiasmo, organización y uniformidad.

Mi padre sabía tocar varios instrumentos, tocaba el clarinete y el saxofón; recuerdo muy bien que él solía acompañar los bailes haciendo sonar un viejo órgano de aire. Enseñó a tocar a uno de mis hermanos cuando éste apenas contaba con diez años de edad y entonces se convirtió en el miembro más joven de la banda, para asombro de quienes lo veían ejecutar piezas musicales con un instrumento que se antojaba enorme para su estatura.

Cuando se realizaban otro tipo de festejos como los cumpleaños, el conjunto musical se reunía para cantar "Las mañanitas" y después amenizar la reunión pasando así un rato agradable.

Mi papá se preocupó también por el aspecto deportivo de la comunidad. Trató de darle un mayor impulso al béisbol, deporte que era su pasión. Formó algunos equipos que acostumbraban jugar los domingos. El campo de "beis" ocupó el lugar en donde anteriormente había estado la escuela. Debía ser un lugar algo retirado por lo peligroso que resulta jugar con pelotas tan duras; en ese lugar el peligro era mínimo. La gente acudía sin falta los domingos a presenciar los interesantes partidos. Alrededor del campo, en la parte del cerro, se construyeron una especie de escalones alargados que hacían las veces de gradas, en las que las personas podían sentarse cómodamente y disfrutar del juego. Aquello semejaba la construcción de un bello estadio, solamente que en pequeño.

En la mina se practicaban, además del béisbol, otros deportes como el basquetbol y el tenis. Los tableros para el "basquet" se encontraban en la plazuela, en el mismo centro del mineral. El tenis lo practicaban principalmente los capitalistas ingleses que vivían en la mina.

Uno de los logros más importantes que se obtuvieron bajo la dirección de mi padre fue la cooperativa. Era un gran almacén en el que se podía adquirir lo necesario para el hogar a precios mucho más bajos que en otros lugares. Mi padre acostumbraba recorrer los pueblos a fin de conseguir maíz, frijol y otros muchos productos, lo más barato posible, para beneficio de los obreros. Solía analizar en folletos los artículos que fuera conveniente adquirir, seleccionaba herramientas, zapatos, vestidos, telas, útiles escolares y un sinnú-

mero de cosas que por lo general se ocupan en el hogar y en el trabajo. Para el hogar se hacía una despensa por medio de la cual la gente empezó a conocer lo que eran, por ejemplo, los chiles enlatados, la harina de trigo, el chocolate y otras novedades. Para el trabajo se podían adquirir lámparas de pilas, que eran de lo más novedoso por aquel entonces pues los mineros acostumbraban usar lámparas antiguas que alumbraban a base de una piedra, como el carbón, la cual se encendía para utilizar la flama como luz, había también lámparas que funcionaban con una especie de gas fosforescente.

Por aquella época mi padre gustaba de alquilar películas de cine que estuvieran de moda, mexicanas y extranjeras, para esparcimiento de los mineros y de sus familiares. Cuando era día de función el teatro se llenaba a reventar, nadie quería quedarse sin ver la cinta; pocas veces se tenía el privilegio de ver cine y nadie podía darse el lujo de dejar pasar una ocasión de disfrutarlo.

Por todo lo anterior y por mucho más, la gente quería y respetaba a mi padre. Era muy frecuentado porque aparte de sus labores y obligaciones en la mina, en casa, en sus ratos libres, gustaba de arreglar toda clase de máquinas de escribir y de coser. También arreglaba pistolas, relojes, etcétera, para ello contaba con un pequeño taller. Hacía muebles y cajas para difuntos, además era muy aficionado a la fotografía, gustaba de la buena música y tenía gran predilección por la ópera, el ballet y el teatro. Cuando era necesario, por razones de trabajo, viajar a la capital donde tenía que arreglar asuntos como registros de propiedad, negociar el precio del oro y de la plata, cobrar cuentas pendientes o hacer pagos, aprovechaba para ver un buen espectáculo en el Palacio de las Bellas Artes o en algún otro lugar.

Mientras la mina fue propiedad de los ingleses siempre existió un excelente entendimiento entre los capitalistas y los que ahí laboraban. En general se lograron obtener casi todas las prestaciones que los trabajadores exigieron, nunca supe que hubiera existido algún desacuerdo que afectara las relaciones entre ambos. Pero después vino la expropiación minera con la que todo el panorama cambió. Al ocurrir esta expropiación mi padre ocupó el puesto de gerente general de aquella mina. Al principio todo marchó viento en popa, hasta que empezó a escasear el capital necesario para mantener una mina de aquella magnitud en óptimo funcionamiento. Mi padre se movilizó por todos lados tratando de conseguir el di-

nero necesario. Lo habían dejado solo con esa responsabilidad sobre sus hombros. El gobierno de aquel entonces se había comprometido a prestar el dinero y el apoyo necesarios para que la mina siguiera funcionando, pero esto quedó en las puras promesas. El dinero nunca llegó y la mina del Rincón y no sólo ésta, sino muchas otras minas, tuvieron que cerrar. Sin capital y sin apoyo, la mina se vino cuesta abajo. Lo que tanto esfuerzo, dedicación y empeño había hecho subir a la mina como espuma ahora, como la misma espuma, iba desapareciendo.

A pesar de que la gente confiaba en mi padre (tanto que hasta había sido nombrado para diputado de la región), esto no fue suficiente para sacar adelante la producción de la mina. Aparte del económico se fueron suscitando algunos otros problemas de índole política; habían asesinado al gobernador y desde luego era más importante la estabilidad política del gobierno que una simple mina. No obstante, la mina pudo sostenerse por algunos años más, hasta que fue prácticamente imposible seguir manteniéndola en funcionamiento. Los mineros, ahora desesperados, antes acostumbrados a una vida más o menos tranquila y con dinero suficiente para mantener una situación económica estable, se voltearon contra mi padre acusándolo y culpándolo de lo que ocurría, al grado de querer lincharlo, obligándolo a ocultarse en el cuarto del velador, el cual era utilizado muchas veces como cárcel para encerrar allí a los mineros que se robaban el oro. En ese lugar se refugió para poder salvarse de la ira de los trabajadores, que con justa razón exigían su dinero. Poco a poco fueron calmándose los encendidos ánimos, empezaron a dialogar él y los trabajadores, así pudo explicar la situación llegando a un entendimiento. Es triste recordar qué pronto se les olvidó lo mucho que había hecho mi padre por ellos y por el bien de la mina. Se les había olvidado cómo aportó su ayuda aquel día del derrumbe para rescatar a los mineros atrapados; ya no se acordaban que siempre, aun cuando lloviera o relampagueara, él se encontraba "al pie del cañón". Su figura se distinguía constantemente, en todo lugar, perpetuamente tranquilo; su inconfundible silueta se destacaba entre todos, dibujándose por los reflejos de la luz, todo el tiempo de pie.

Mi padre era de estatura regular, rebasaba escasamente los 1.75 metros y tenía complexión robusta, cara alargada y pelo rizado. Sus ojos eran oscuros, con pestañas enchinadas y cejas pobladas, su boca regular y su nariz grande. Usaba bigote finamente recortado. A mí me parecía (claro está,

era mi padre) muy guapo, pero no sólo a mí sino a muchísimas mujeres puesto que su presencia era agradable y hasta se puede decir que atractiva. Se vestía con chaqueta larga, camisa y pantalón, casi nunca usaba overol. Mi padre, siendo yo niña, me recordaba un poco a Lázaro Cárdenas y otro poco a Jorge Negrete. Como todo hombre, también tenía sus propias debilidades.

Solía reunirse con sus amigos, a los que llamaba camaradas, para echarse unas copas y jugar al dominó y al ajedrez. Al calor de las copas acostumbraba gastar bromas pesadas y contar chistes de elevado color, aunque caía en gracia pues poseía un gran sentido del humor. Jamás se le veía derrotado, preocupado sí, pero siempre, hasta en los momentos críticos o difíciles, estaba de pie, como un buen capitán de barco que, o lleva su nave a playas seguras o se hunde con ella.

Ya cuando no quedaba nada qué hacer por la mina, cuando todos los recursos se habían agotado, comenzó la desbandada de mineros hacia todas partes. Los trabajadores que tenían familias y propiedades en su lugar de origen se fueron para sus respectivos terruños, pero los que habían dejado todo para trabajar en la mina o los que habían llegado de lugares lejanos tuvieron que buscar nuevos horizontes; la mayoría partió para la capital y sólo algunos para los estados circunvecinos.

Se comenzó a vender la maquinaria que había en la mina y todo lo que se pudo; con lo poco que reunió se les pagó a los trabajadores, tratando de que el pago fuera lo más equitativo posible. Mi padre se quedó sólo con algunos de sus más cercanos colaboradores.

Pronto, todo fue quedando en silencio, se veía escaso movimiento en el lugar; la compresora estaba quieta, muda, ya no volvería a sonar, ya no se volvería a oír el ruido ensordecedor que causaba al despedazar el metal. Únicamente algunos obreros deambulaban por el ahora lúgubre lugar, semejando almas en pena, esperando el milagro que nunca llegó; esperaban que de un momento a otro, como por arte de magia, volviera a funcionar aquella gran mole de fierro.

Años después, por falta de cuidados y ya sin habitantes, las construcciones y todo lo demás fue deteriorándose hasta quedar en ruinas. Las casas de madera se pudrieron, quedando cada una convertida en un gran montón de leña. Sin habitantes, la maleza fue cubriendo todo el mineral; los tiros de la mina se fueron cubriendo de agua, tornándose en trampa peligrosa para quien quisiera internarse en la mina. Muy

pronto, aquella zona quedó catalogada como insegura y el acceso a ella quedó prohibido. Nuevamente se veía como antes de haberse convertido en un gran mineral, sólo un conjunto de cerros repletos de vegetación. La maleza había sepultado todo vestigio de vida, de riqueza y esplendor del auge y prosperidad que como un sueño alguna vez existieron.

Sin embargo, si alguna vez alguien visita alguno de los pueblos cercanos a la mina (San Andrés, Temascaltepec, San Simón, Real de Arriba) y pregunta por la mina del Rincón, tal vez alguna persona de edad se acuerde de lo que ahí pasó y pueda confirmar mi historia. También es posible que se acuerde de un gran hombre que por esfuerzo y dedicación dejó una profunda huella en dicha mina. Su nombre seguramente permanecerá en la mente de las personas que aún vivan y que hayan estado involucradas, de una forma u otra, en el proceso minero del lugar. Me refiero a Eleazar Santín Acuña, mi padre, mejor conocido como el maestro o señor Santín. Otros nombres de algunas familias deben estar presentes en el recuerdo: los Méndez, los Calderón, los Montes de Oca, los Sánchez, los Patiño Arriaga, los Monroy, los Fonseca, etcétera.

Reciban todos ellos un reconocimiento de parte mía y de todos los antiguos habitantes de la mina del Rincón, sus amigos.

Semblanza general

La mina del Rincón fue propiedad de ingleses. Cuando don Porfirio Díaz dio concesiones a capitales extranjeros de todas partes llegaron inversionistas, dispersándose a lo largo y a lo ancho de la República Mexicana. La explotación minera proliferó en gran escala. En el Estado de México muchas minas fueron trabajadas: las minas del Oro, la de Colorines, la de Zacualpan, etcétera. Muy pronto los ingleses comenzaron a sacar provecho de ellas y a enriquecerse; vivían como reyes en sus enormes mansiones ubicadas en las Lomas de Chapultepec, repletas de lujos y comodidades. También las personas encargadas de las minas y que residían cerca de los centros de trabajo vivían muy bien, en casas cómodas y agradables. Eran casas en forma de cabañas con chimeneas y amplios y bien cuidados jardines; tenían servidumbre y gozaban de privacidad. Sus hábitos de vida eran muy diferentes a los de los mineros; sus ropas solían ser de gran elegancia y comodidad, su comida contaba con una gran variedad de platillos,

no se privaban de nada. Constantemente llegaban a sus casas enormes cargas de alimentos que satisfacían todas sus exigencias. Las cargas traían dátiles, quesos holandeses, galletas inglesas, frutas secas, vinos, té, pastas y muchos otros productos más.

Mientras la mina fue propiedad de ingleses se podía encontrar trabajo en ella, pero las condiciones en las que vivían los mineros no eran muy favorables pues se les pagaba un sueldo relativamente bajo que apenas les alcanzaba para medio vivir.

Los mineros habitaban en casas muy pobres, de dos habitaciones oscuras y estrechas además de frías. Tenían luz eléctrica y agua, sin embargo existía una enorme diferencia entre la vida que llevaban los propietarios y los trabajadores; en verdad había una gran brecha entre ellos.

Los ingleses no trataban con crueldad a sus empleados, pero eran muy exigentes y rara vez se mezclaban o convivían con los obreros y con sus familiares. Solamente en muy contadas ocasiones, cuando las circunstancias realmente lo ameritaban, se ponían ropa de trabajo y casco para bajar a inspeccionar las minas o examinar los trabajos; los capataces y administradores se ocupaban de todo.

Fue con estos matices como en cierta época floreció la mina del Rincón. Tal vez algún día, alguien se aventure por aquellos lugares y vuelva a explorar los yacimientos de plata y oro que posiblemente aún valgan la pena y con suerte, pueda producirse otra vez el milagro que ocurrió entonces. Mientras tanto, todo permanece dormido en un sueño de paz y tranquilidad.

Brillo en el túnel

Herminio Corral Becerra

Posiblemente fue en el año de 1878 cuando nació don Herminio Corral Aguilar pues en febrero del 43, comentábamos en su sepelio, que le faltaban pocos días para cumplir los 65 años de vida. Comentábamos también que si hubiera vivido unos días más, a pesar de que era visible su precario estado de salud, él hubiera hecho con gusto el esfuerzo necesario para asistir al nacimiento del volcán Parícutín, que sucedió por aquellas fechas, a unos pasos del poblado de San Juan Parícutín, muy cerca de la ciudad de Zamora, en donde el pueblo, que a la postre quedó sepultado por la lava, era conocido por San Juan de las Colchas, pues ahí se hilaban y tejían estas prendas caseras.

La afición de don Herminio por todo aquello que se relacionara con las minas y la geología fue tan intensa que era común que descuidara muchas cosas de rutina, e inclusive algunas obligatorias, por ir a ver minas o subir a los cerros a contemplar por horas enteras las montañas, las cañadas o las llanuras vecinas. Había transcurrido su vida en actividades relacionadas con la minería pues desde que su padre, de oficio carpintero, aceptó lo acompañara a su trabajo en la colocación de las cimbras de los túneles de alguna mina, don Herminio debió identificarse con los minerales, con las galerías subterráneas y los tiros de las minas.

En aquel mundo de obscuridad, de silencio y con el parpadeo de las lámparas de carburo, tal vez quedó prendado del fulgor de los hilos del mineral aprisionado entre las rocas. Decenas o cientos de metros abajo de la superficie de la tie-

rra, el entonces adolescente, tuvo al alcance de su vista lo que otrora fuera el trabajo de la energía solar, de la petrificación de los gases, de la magma de los milenarios, o de recientes convulsiones del fuego interno. En ese entonces, que no conocía la procedencia de aquel maravilloso serpentear de las vetas en la paredes de los túneles, quedó extasiado al comprobar que su color y brillo le gritaban su diferencia en contraste con el color del material rocoso donde se encontraban. El vio, desde aquellos lejanos días, que los hilos del mineral solían enjuntarse hasta parecer meras líneas de separación de las capas de las tierras; en cambio, otras veces se ensanchaban voluptuosamente presentando amplias superficies que motivaban la alegría de los mineros. Es posible que aquella pasión por los minerales fuera consecuencia de su deseo de identificación con ellos: "Son otra cosa entre la tierra y las rocas comunes; yo también quiero serlo", tal vez así lo haya meditado.

En el pueblo de Santa Isabel, a unos 50 kilómetros al oeste de la ciudad de Chihuahua, pasó sus primeros años ayudando en lo que podía, en la carpintería de su padre. Su vida escolar duró hasta donde lo permitió el alcance de la enseñanza del lugar. Sin embargo, aprendió a escribir bien, sin faltas de ortografía y con letra muy clara y resultó también hábil para el dibujo y para la ejecución de las operaciones aritméticas básicas. Aquellos pocos años de escuela le hicieron ver lo mucho que desconocía de la vida y de las ciencias, y ello le llevó a aficionarse a leer todo aquello que tuviera al alcance de su mano.

En plena adolescencia, por la pérdida de sus padres, se fue con su hermano mayor al mineral de El Magistral en donde se colocó como "zorra" por breve tiempo. Su trabajo era de mandadero y ayudante de los mineros a quienes les hacía gracia el carácter festivo de aquel joven que, ya entonces, mostraba un espíritu siempre abierto a la picaresca y a la broma sana. Entrando y saliendo de la mina y yendo a los bailecitos de los ranchos vecinos, un buen día se enteró de que el mineral que se sacaba de El Magistral era llevado para su concentración y fundición a un lugar cerca de la ciudad de Chihuahua, cuyos propietarios eran también norteamericanos como los del negocio minero en que prestaba sus servicios. Pensó que podía serle útil conocer cómo se lograba la utilidad de aquellas brillantes piedras que del diario veía sacar de la mina pero, antes de satisfacer esa curiosidad, necesitaba conocer bien los secretos del trabajo de los "pobladores" de las pare-

des y techo de los túneles, que sabían dónde, a qué profundidad y en qué dirección debería barrenarse la matriz de la piedra para lograr el mayor volumen de mineral al explotar los cartuchos de dinamita.

Don Herminio ya había dejado de ser un adolescente, ahora ya era un joven en pleno desarrollo físico y mental; su delgado cuerpo lleno de vigor por sus cortos años, se movía al ritmo de su cerebro, siempre ávido de curiosidad por todo aquello que le rodeaba en el mundo en que vivía.

Observó con detenimiento el trabajo de los mineros encargados del "pueblo" de la mina; descubrió que las rocas tienen su "hilo" —como los compañeros nombraban el curso primitivo del correr de la lava antes de endurecerse—; observó las fisuras de la piedra y supo cómo los barrenos se hacían para provocar el ensanchamiento de aquellas hendeduras y del material cercano a la veta. Llegó a manejar la dinamita, los fulminantes y la cañuela con la familiaridad con que lo hacían los viejos mineros. Conoció el tiempo en que sucederían las explosiones, de acuerdo al largo de las mechas ya prendidas, y a fijarse mucho en el camino al correr a los refugios de la lluvia de piedras durante el estallido de los cartuchos, pues un error o un tropezón podían ser de graves consecuencias. Tiempo después, dueño ya de esos conocimientos, se unió a la caravana de carretones que llevaba a la capital del estado, los minerales para su fundición.

En aquel año de 1900 debé haberse manifestado con mayor fuerza el carácter inquieto de aquel joven pues no se quedó a trabajar en La Esmeralda —como popularmente se conocía a la empresa *American Smelting and Refining Company*— que establecida en Avalos, convertía en láminas y lingotes los minerales que recibía de las múltiples minas del estado.

El señor Corral no se quedó en la capital de Chihuahua, sino que se fue a trabajar a una gran fundición en la ciudad de El Paso, en el estado de Texas de la Unión Americana; sus conocimientos de la carpintería le sirvieron para la elaboración de los moldes de madera que se usaban para recibir, en tierra preparada, el vaciado del metal.

Aprendió el idioma inglés hasta donde éste tuvo contacto con su trabajo y su vida diaria. Ahorró un poco de dinero y regresó al mineral cerca de donde le esperaba su novia, la joven Marina Barrera Ruiz, con quien se casó en 1904. Ella era una muchacha ranchera, hija de una modesta pareja cuyos ancestros, años atrás, colonizaron aquella áspera región de las estribaciones de la sierra de Chihuahua. Algunos de sus

hermanos trabajaban también en la mina y aceptaron con gusto el inicio de la nueva familia.

En aquellos días, don Herminio sufrió una caída en alguno de los nuevos socavones de la mina, a cuyo fondo se descendía por una primitiva escalera hecha de vigas gruesas recargadas a las paredes del agujero y con escalones en muescas talladas con hacha, espaciados a lo largo de la propia viga. Los cuidados de su esposa y su vigor juvenil, le ayudaron para superar aquel desafortunado contratiempo. A la postre aquello le fue de utilidad, por el tiempo que pudo aprovechar leyendo algo de geología durante su convalecencia. Sus primeras lecciones sobre el tema estaban contenidas en un antiguo librito en inglés, con bellos dibujos de estratos y de cristalizaciones, del cual nunca en su vida se desprendió.

Los trabajos de aquella mina se redujeron al agotarse las vetas. Esto trajo consigo el cambio de la familia a Chihuahua, donde nació su primer hijo que fue una nenita que bautizaron como Marina, al igual que su madre. Luego vivieron en la humilde población del mineral de Santa Eulalia donde nació el segundo de sus hijos y el tercero nació en la casa de la ranchería de los padres de su esposa Marina. En aquellos años era una constante peregrinación, de un lugar a otro, iban donde hubiera trabajo para don Herminio.

Para 1910 un rico propietario de Chihuahua apadrinó al menor de sus hijos, se trataba de don Enrique Gameros para quien el señor Corral había trabajado en Villa Ahumada y quien hizo prosperar aquella región de la parte media del estado de Chihuahua.

La pasión de don Herminio por la geología ya era evidente pues cuando falleció, entre kilos de papeles y libretas con apuntes que dejó, sus familiares encontraron una amplia colección de estudios, entre otros, uno que detallaba su actividad en el conocimiento de la geología de esa zona del desierto y en el que concluía su certeza sobre la existencia de mantos petrolíferos en lugares cercanos a ese lugar. Años después este documento lo donaron sus familiares a don Antonio Bermúdez, chihuahuense también, que por muchos años laboró al frente de Pemex.

Se desató la lucha armada de la Revolución y se dificultó la vida en el campo, se cerraron muchas minas y el señor Gameros falleció dejando únicamente la lucha entre sus familiares por los bienes que dejó.

Don Herminio sólo se quedó con su experiencia y la obligación natural de la protección de su familia. Uno de sus cu-

ñados, en Santa Isabel, se afilió con Orozco; el mayor de sus hermanos, en cambio, fue de Los Dorados de Villa; el menor se fue al vecino país del norte; y otra de sus hermanas, al casarse, emigró al estado de Sinaloa. Don Herminio no quiso intervenir en las cuestiones políticas y menos para que por ello sucedieran las matanzas entre nosotros mismos. Fue en esta forma que decidió trasladarse con su familia a la Ciudad de México que él, entonces, consideraba segura y con mayores posibilidades de empleo. Lo escaso de sus medios económicos y la irregularidad y peligro de los viajes en ferrocarril, le llevaron a la necesidad de dejar a su familia en el rancho de los padres de doña Marina su esposa. Partió solo a México y cuando, trabajando en algo, reunió algún dinero mandó lo necesario para el viaje de su esposa y de sus pequeños hijos.

En 1914 vivieron en la entonces llamada calle de San Miguel. El señor Corral viajaba constantemente de un lugar a otro del país y en alguna temporada que estuvo al lado de los suyos se dedicó, en su propia casa, a elaborar un producto blanqueador para ropa que vendía en las lavanderías de los chinos. En otra temporada trabajó en una pequeña fábrica de medias y calcetines en donde inventó y patentó un aditamento para duplicar el tejido y lograr el refuerzo de las puntas y el talón de las manufacturas. Eran maquinillas movidas a mano en las que don Herminio lograba sacar medias y calcetines calados con las iniciales de sus dueños. Para aquel tiempo eran notables estos avances tecnológicos. En otra ocasión se dedicó a teñir hilo ayudándose del mecanismo de su bicicleta y a sus hijos les encantaba participar en la obra pues se divertían pedaleando con gran entusiasmo.

Cuando los trágicos sucesos de Veracruz, en que las fuerzas norteamericanas ocuparon el puerto, don Herminio estuvo a punto de enrolarse al llamado del gobierno "en defensa de la patria", pero no había tal, era un pretexto para organizar brigadas para mandarlas al norte a la lucha contra Villa. Más adelante él platicaba que se había presentado como experto en el manejo de dinamita y conocedor del inglés para que el gobierno lo destacara, en el vecino país, para realizar trabajos de sabotaje a instalaciones fabriles, puentes y vías férreas y que ya en la antesala de las oficinas, donde se filiaba aquella gente, un amigo de él sigilosamente le informó de qué se trataba.

Debe haber sido en el año de 1916, aquel año en el que por las continuas entradas y salidas de los diversos grupos

de la contienda revolucionaria se trastocó el comercio de la ciudad y el suministro de los alimentos para el consumo de la gran ciudad, año que popularmente fue designado como "el año del hambre" pues hasta casi desaparecieron los gatos y alguien inventó la barbacoa de carne de perro y fue cuando se presentó una grave epidemia de tifo.

El señor Corral andaba en alguna parte fuera de la ciudad cuando doña Marina, su esposa, enfermó de tifo pero un buen médico, el doctor Manuel Espejel, la atendió y sanó y un hermano del don Herminio le mandaba a su domicilio, en un carrito de mano, algunos alimentos que tapaban con carbón para evitar que les fueran arrebatados en el trayecto.

Un buen día regresó don Herminio disfrazado con ropa de manta, un gran sombrero de petate y, al hombro, un morral. Entró en la casa y vació el morral sobre la mesa de la cocina: era tasajo y muchas gorditas de maíz azul rellenas de haba. Se quitó el cinturón y, de su hueco, chorreó sobre la cama muchas monedas de oro y plata que guardaba en su interior. Este dinero sirvió, en mucho, para el alivio de su esposa y para que sucediera una pequeña bonanza en la economía de aquella familia.

Tiempo después, por su plática, se supo que aquella temporada de ausencia se la había pasado en la ciudad de Toluca, a donde se habían ido las fuerzas revolucionarias que antes se encontraban en la Ciudad de México y cuya emisión de papel moneda se había depreciado totalmente. En Toluca, al dominio de aquel grupo militar, los billetes que tenía don Herminio sí tenían valor. Compró una partida de mantequilla rancia, que fue lo único que le vendieron, rentó un local y se consiguió unos cazos para hacer chicharrones, fundió la mantequilla y le agregó sosa, alguna esencia olorosa y algo de color. El jabón, así hecho, tuvo muy buena aceptación. Mientras esperaba a los compradores de jabón don Herminio reconoció, entre los soldados, a algunas gentes del norte que calzaban "tegüas" como las que usaban por allá los campesinos de Chihuahua y que es un calzado sencillo de tres piezas de gamuza y cuero cosido con tiras también de gamuza. Se consiguió un ayudante de zapatero y juntos hicieron muchos pares de tegüas que con gusto compraban los soldados. Esa era la procedencia de las monedas de oro y del banquete de su familia.

Pasaron los años y el señor Corral prosperó en muy diversos lugares. Los gastos de sus viajes de estudio los cubrían quienes, conectados con los negocios mineros, tenían interés

en acrecentar sus capitales. A veces volvía a su casa lleno de optimismo y alegría, otras decaído y sin deseos de charlar. En algunos ratos de tranquilidad en su casa conversaba con gran amenidad, su plática siempre era didáctica, escucharle era siempre aprender algo sobre cosas de la naturaleza, costumbres, lugares, anécdotas y muchas cosas más.

En alguna ocasión repetía los viejos cuentos mineros del pastor que, en el campo, juntó unas piedras para hacer lumbré y calentar sus gordas y de pronto se percató de que las piedras se estaban fundiendo con el fuego y que ese era el origen de la rica mina de tal parte donde después creció un pueblo que ahora es la ciudad fulana. Contaba también que don fulano de tal, rico minero de tal parte cuando se caso su hija caminó de su casa al templo sobre una alfombra formada con barras de plata.

Era común que sus relatos los salpicara con chispazos de su gran ingenio. Tenía el innato sentido del humor blanco y nunca se le oyó que usara vocablos vulgares o corrientes, lo más ofensivo que decía era "pusilánime", "timorato" y "chivo".

Por alguna de aquellas pláticas se supo que trabajó en Bermejillo en el estado de Durango, administrando La Purísima que fue una mina de plata y plomo. Don Herminio hacía en aquella pequeña empresa de mecánico, contador, ingeniero, pagador y de todo lo que fuera necesario para atender debidamente aquel encargo.

Se supo también que para 1922 ó 1923 el señor Corral había donado al Instituto Geológico Mexicano, que se encontraba sobre la calle de Carpio frente a la alameda de Santa María, una muestra de pechblenda —óxido amorfo de uranio— que se exhibía en alguna de las vitrinas de aquella institución que era a la vez el Museo de Geología de México. Se desconoce la fecha de la donación (que cualquiera que fuera, para 1923 era muy cercana a la del descubrimiento del radio por los esposos Curie), lo que significa que el señor Corral en aquellos días ya estaba enterado de aquel gran descubrimiento, y que conocía las características de los minerales en los que este elemento suele presentarse en la naturaleza.

Uno de sus hijos, entonces alumno de sexto grado en una escuela cercana al edificio del instituto, se llenó de satisfacción y de limpio orgullo en una ocasión en la que el maestro llevó a su grupo al museo, señalando a sus compañeros de clase la pequeña etiqueta de aquella piedra en la que, con toda justicia, aparecía el nombre de su padre. A los otros niños

nada les interesó aquello; no estaban para ver piedras. Su interés era otro, tal vez que aquello terminara pronto para irse a sus casas.

También en aquellos años, de 1922 a 1924, don Herminio buscó lo que él llamó la zona diamantífera del estado de Guerrero, según parece como consecuencia de la antigua conseja de la existencia de geodas acarreadas por la corriente de algún caudaloso río de ese estado y que encontraron los soldados de Galeana, durante la guerra de la Independencia. No encontró nada de diamantes pero sí una región, ya en terrenos de Oaxaca, con grandes mantos carboníferos. Es posible que a la fecha sean ya muy conocidos esos mantos.

En otra ocasión, en 1924, llegó a su casa con un velis grande cargado con su ropa y varias bolsitas de lona que contenían una tierra muy negra que, al comprimirse con la mano, dejaba escurrir pequeñas esferas de mercurio. Se supo que esto era de Veracruz, de la región Huasteca, pero no se conoció el sitio del origen de esta maravilla natural, ya que es conocido el hecho de que el azogue en muy raras ocasiones se presenta en estado nativo.

En aquel tiempo el señor Corral platicaba de grandes riquezas de oro en el sur del estado de Jalisco y de hierro en el estado de Colima; es posible que esos yacimientos auríferos sean los que recientemente han entrado en explotación en El Grullo.

Muchos años después don Herminio entregó a don Dámaso Cárdenas, en Jilquilpan, Michoacán, algunos apuntes sobre esta región aurífera; don Dámaso no mostró interés por encontrarse en territorio jalisciense, él mismo así se lo hizo ver al señor Corral.

Llegó 1927 y el señor Corral andaba por Fresnillo, en el estado de Zacatecas. Un buen día llegó a la casa de su familia en México llevando una canasta de mimbre llena de unas piedras verdes con tonos amarillentos y azulados; algunas de esas piedras mostraban incrustaciones como de vidrio verde transparente y otras se veían veteadas de tenues rayas rojizas. Era turquesa que don Herminio recolectó del material de desecho de la mina en la que trabajaba en Zacatecas y que se estaba perdiendo al ser enviado a la fundición a pesar de que él, insistentemente, lo había advertido a los principales del negocio, haciéndoles ver el posible gran valor de aquel fosfato. Con ese cargamento de piedras estuvo en Querétaro donde, en los talleres de piedras semipreciosas del lugar, no supieron trabajar aquel material al gusto del señor Corral.

En la Ciudad de México anduvo de un lugar a otro hasta que se encontró con el señor don Carlos Neve, que entonces era dibujante de el periódico *El Universal* en el que ilustraba la historieta semanal de *Segundo Primero*. Don Carlos era también pintor, escultor y tallador de piedras; fue el autor de un mural en el *hall* del edificio de la entonces Secretaría de Guerra y Marina; y elaboró y entregó al embajador de Estados Unidos en México, *mister* Morrow, un busto del aviador Charles Lindberg que esculpió con motivo de la visita de dicho aviador a México. Don Herminio y el señor Neve se entendieron bien, ambos eran personas honestas y buenas e hicieron un trato: de cada dos piedras que Neve tallara, sería una para cada uno de ellos.

Esto trajo otra pequeña bonanza a la familia del señor Corral, quien reunió un capitalito de diez mil pesos con el que decidió volver con su familia a Chihuahua, cerca de sus hermanos. Federico, el mayor, era entonces comandante de la policía y Rafael, el menor, era diputado local y alto empleado de una gran negociación mercantil.

Ya instalados en Chihuahua los familiares de don Herminio suponían que por fin sentaría pie en un lugar, pues hasta se dedicó a trazar calles y lotificar unos terrenos de cerro a la orilla de la ciudad que, muchos años antes —tal vez en 1911—, le fueron concedidos por una denuncia que había hecho y que, posiblemente por inútiles, le fueron otorgados por un corto pago de derechos. En pleno cerro de Santa Rosa fijó el sitio para la apertura de una noria a cielo abierto, entre las rocas y obtuvo agua que sirvió para hacer los adobes y ladrillos de las humildes casas que poblaron aquella, más adelante llamada colonia San Rafael.

En el año de 1928, de acuerdo con el gobierno del estado, trazó la ubicación de la después carretera a la sierra de Chihuahua; su interés en aquellos trabajos no fue de índole económica, sino de mera colaboración a su solar nativo.

A pesar de haberse tranquilizado, su inquietud por la minería era irrefrenable. No podía escuchar nada sobre minas o descubrimientos cuando don Herminio ya estaba preparando viaje a donde fuera. Su equipo de trabajo y su herramienta personal consistía en su imprescindible libro de geología; una pica de mano que colgaba de la cintura; una brújula; una libreta corriente de papel cuadriculado; en la bolsa del chaleco un lapicero viejo, sin puntillas; y en su cartera, bien envuelta, una pequeña amatista de cuyos usos, tiempo después pudimos enterarnos. De ropa, usaba su pantalón de montar,

una camisola de lana, chaleco, chaqueta de pana y sus botas fuertes de puntera metálica. Cargaba un albardón y una cobija gruesa de lana; también traía siempre con él piedras de pedernal, yesca y eslabón que le servían para encender su "macuchi" y hacer fuego cuando fuera necesario.

Así fue como un buen día se enteró, en alguna forma, de que en Parral vivía un viejo gambusino que tenía muestras de minerales de muchos lugares. No esperó más, reunió su equipo, tomó su viejo velis de cuero y se fue a buscar a aquel hombre.

Por alguna carta a sus familiares o por conversaciones posteriores se conoció que había localizado al señor aquél, por cierto un hombre de edad ya muy avanzada y enfermo, quien le mostró los tesoros de su larga vida de gambusino. Entre las muestras había algunas de casiterita que alguien de la sierra de Durango le había regalado al viejo; el hombre aquél no conocía la ubicación del sitio de procedencia de aquellas piedras, sólo sabía que se las habían llevado del rumbo de Indé.

El señor Corral vio y analizó aquellos minerales y se dedicó a buscar personas de Parral que le ayudaran en el costeo de su prospección a la sierra de Durango, hacia el rumbo aproximado de donde procedían las muestras. Los señores Salas, Montoya y otras dos personas, que conocían de la acendrada honorabilidad y de los conocimientos del señor Corral, aportaron cada uno mil pesos para esos gastos. Don Herminio aportó su trabajo como participación del 20 por ciento de la sociedad.

Estuvo don Herminio cerca de dos años dedicado a esta actividad y por algunas pláticas con él, muy posteriores al año de 1929, se supo de lo sucedido.

Por ferrocarril llegó hasta —Inde o Rosario— donde termina la vía de la sierra de Durango; en ese lugar se conectó con una persona que le sirvió de guía y, a caballo, ambos emprendieron viaje hacia el corazón de la serranía. El guía debía conducirle hasta determinado lugar en donde le pondría en contacto con un grupo de hombres que, por aquellos rumbos, quedaban irreductibles de las partidas de "alzados" que, a la bandera de los cristeros, todavía quedaban dispersos en algunas regiones del país. Don Herminio de alguna manera se había enterado oportunamente de aquella situación, pero siendo como era, un individuo tranquilo y ajeno a esas cosas, se preparó debidamente y consiguió a una persona que le llevara hasta aquellas gentes.

Ya en plena sierra esta persona le presentó con los "alzados", a quienes don Herminio explicó el motivo de su viaje y a quienes obsequió cartuchos para pistola, cigarros, café y harina que, para el caso, había antes adquirido en el pueblo. Su seriedad, su inteligencia y su sinceridad le ganaron la voluntad de aquellos individuos que, inconformes con el gobierno, por ignorancia o por fanatismo, habían adoptado aquella actitud de rebeldía. El señor Corral nunca discutió con ellos sobre este particular, ni tampoco pretendió oponerse a las correrías que emprendían a las rancherías o lugares poblados adonde, de vez en cuando, bajaban a robar ganado o enfrentarse con los soldados del gobierno que les perseguían sólo hasta el límite de los lugares poblados.

Cuando esto sucedía, el señor Corral se quedaba a la soledad de las montañas, en algún lugar lejano, dedicado a su tarea de coleccionar piedrecillas y de anotar en su libreta los accidentes geológicos que observaba o los bosquejos de los estratos de los cerros.

Aquellos hombres eran sus guías y fueron sus amigos; eran gentes de campo, como él mismo; y le respetaban y cuidaban subiendo y bajando cerros. Tal vez le imponía su gran diferencia entre los conocimientos de ambos y quizá su incredulidad de que alguien se interesara en piedras, que ellos diariamente tenían a la vista. Aprendieron mucho de él y él de ellos y a veces era quien les guiaba, quien les enseñaba el camino hacia determinada barranca o hacia tal cerro. Pasaron bastante tiempo juntos durmiendo, las más de las veces, a campo raso, al pie de los pinos y a la luz de las estrellas; a veces había tasajo, en otras sólo pinole y las frutillas del monte como piñones, bellotas o manzanillas o algo de los terrenos bajos como vainas de mezquite, pitayas, guayabas silvestres o tunas.

Un buen día se separaron y el señor Corral regresó a Parral. En sus alforjas ya no cargaba café, ni parque, ni harina, sino sólo piedras, muchas piedras. Debe haber permanecido en aquella ciudad unos dos meses durante los cuales elaboró su informe, mandó analizar las muestras en un laboratorio calificado y se entrevistó con sus socios.

Les explicó la extensión que cubría el material de acarreo que contenía la casiterita; el promedio aproximado de este mineral relacionado a la grava inerte; su espesor según sondeos que había realizado; y finalmente, el contenido en estaño puro de acuerdo a los análisis de laboratorio que reali-

zaron a las muestras que llevó a Parral. Todo esto daba millones de toneladas de estaño puro.

Del resultado de aquellas pláticas, el señor Corral nunca quiso dar mayores detalles. Se le apagaba la voz como si se le cerrara la garganta y a la vez le invadía un gesto de tristeza y desaliento que le dominaba por buen rato; pasado esto, se calmaba y decía con gesto de rabia: "...son unos pusilánimes... ¡Ahí está todo! Hay madera y materiales para levantar pueblos enteros y manera de trazar ferrocarriles y carreteras... Hay agua y hay todo... Pobre de nuestro México con gente como ésa... ¡Pusilánimes... codiciosos...! Han de estar esperando que los extranjeros aprovechen nuestra riqueza... Pobre gente... no pasan de ser timoratos..."

A raíz de aquel episodio, que seguramente terminó en un descalabro moral para don Herminio, se le veía decaído, triste, encerrado en sí mismo y bastante alejado de las cosas comunes que le rodeaban.

Poco a poco su ánimo fue reponiéndose y, siempre creativo, se dedicó a diseñar y construir en madera un mecanismo de múltiples zarandas que, explicaba, serviría para lavar las arenas auríferas de los arroyos. Se entretenía y a la vez alejaba de su mente el asunto del estaño, dibujando los planos para un torno que diseñaba para la extracción del mercurio a partir del cinabrio. En la entonces Escuela de Artes de Chihuahua se coló un pequeño fierro fundido, cuyos mol-des en madera elaboró él mismo. Pensaba patentarlo y conseguir socios que le ayudaran a producirlo en escala importante y de diversa capacidad para su aprovechamiento de acuerdo a los diferentes volúmenes de producción de la materia prima. En aquel asunto se le escuchaba argumentar que con el funcionamiento de ese horno se evitaría el escape de gases, como sucedía en el sistema de "ollitas" que se venía usando en Oaxaca y que provocaba graves daños a la dentadura de los trabajadores.

Alguna vez fue al desierto de Camargo, en auxilio de agricultores amigos y dueños de tierras, a orientarles sobre los lugares con mayores perspectivas para el alumbramiento de aguas subterráneas.

En aquella temporada de relativa tranquilidad, en la casa que él mismo construyó en Chihuahua —en uno de cuyos frentes colocó dos mosaicos con incrustaciones de aquellas piedras verdes de Zacatecas—, don Herminio solía recibir a personas que le buscaban para escuchar su consejo o su opinión sobre tal o cual mina que iban a comprar o que querían ven-

der. En múltiples ocasiones les acompañaba a los lugares de las minas o de las vetas. Varias veces esos viajes se iniciaban en avioneta desde la ciudad de Chihuahua, en aquellos aparatos de antes de 1940, y al enterarse sus familiares les invadía gran preocupación por su seguridad. El iba y venía contento sintiéndose satisfecho de que, en ese período de su vida, había experimentado ya todos los medios de transporte hasta entonces conocidos.

Hasta aquí el señor Corral nunca había logrado capitalizar en forma importante el producto de su ingenio y de su habilidad manual, pues si no se trataba de cerros y de minerales, nada le merecía su completa atención. Descubrir, descubrir siempre las riquezas ocultas a la vista de los profanos, era para él la razón de su vida y, hasta cierto punto, su vicio y su manía.

Ya para los últimos años de la vida de don Herminio un hijo suyo, que se había graduado de agrónomo fue comisionado en su empleo para realizar un estudio preliminar sobre la factibilidad de la construcción de una presa de captación de mediana capacidad sobre el arroyo del Nogalito, que está cercano al poblado de Cerralvo en el estado de Nuevo León. Bajo indicaciones de su jefe, el ingeniero Samuel Melo y Osetos, el joven Corral se abocó a múltiples trabajos topográficos para definir los niveles de los terrenos proyectados a regarse, la capacidad del vaso de captación y la perforación de pozos en la línea del posible lugar donde se construiría la cortina. A la vez realizó trabajos de campo par el posterior cálculo de los aforos de la corriente en el arroyo.

Entretanto, en Chihuahua, las cosas iban un poco mejor. El señor Corral se sentía ufano de que su hijo empezara a desenvolverse en su profesión. Un buen día, aquel muchacho le escribió relatándole los problemas que tenía con la identificación de los materiales que se venían obteniendo al avance de los pozos sobre la línea de la cortina y además sobre la aparición, en el cauce del arroyo, de algunos veneros que impedían el trabajo.

El señor Corral no esperó más, tomó sus cosas e hizo el viaje. Nada le iba a quedar de aquello, sino la satisfacción de ayudar a su hijo y el goce de su propia afición. Este joven más adelante platicó conmigo sobre aquel episodio de la vida del señor Corral. Trataré de repetir sus propias palabras:

“Salimos muy temprano al sitio donde se proyectaba levantar la cortina y en donde mi papá recogió algunas piedrecillas del lodo que se sacaba de los pozos. Las vió con cuida-

do, las sopesó, separó algunas; luego volvió la vista a los cerros vecinos y finalmente se dirigió hacia el pozo más cercano que sería de unos cuatro metros de profundidad; bajó por el escalereado que se había cortado para la extracción de los materiales y tomó muestras de los diferentes niveles, las puso en su bolsa y regresó con gran agilidad a la superficie donde volvió al examen de las piedrecillas.

“Los trabajadores y yo veíamos con curiosidad como, en sus manos, volteaba las piedrecillas y con su lente de aumento las observaba de un lado a otro. Anotó algo en su libreta y las tiró.

“Me pidió que fuéramos lo más lejos posible de aquel lugar, hacia el rumbo de los escurrimientos del arroyo.

“Caminamos algunos kilómetros hasta donde fue posible llegar en nuestro vehículo, lo dejamos a la sombra de una frondosa coma y seguimos a pie hacia la parte alta de los cerros”.

El joven Corral, después de encender su cigarrillo, continuó su relato como haciendo tiempo para que yo me percatara de que aquella expedición con su padre había representado, para él, un episodio valioso.

“En el trayecto —continuó— observé cómo trabajaba mi padre: caminaba hacia lo alto del cerro, se detenía a recoger alguna piedra que llamaba su atención, le limpiaba la tierra, la humedecía con la lengua y la examinaba cuidadosamente, luego observaba las cercanías y finalmente se deshacía del pedrusco. Si su interés por alguna muestra que recogía era mayor, entonces, después de humedecerla, le pasaba con fuerza la uña del pulgar de su mano derecha, si resistía, trataba de rayarla con su navaja; si el acero de la hoja dejaba alguna marca en la piedra, entonces sacaba su lupa y, acomodándose a la mejor luz del sol, la observaba largamente y finalmente la ponía en la bolsa de su chaqueta.

“Muchas piedras procedían de algún hormiguero; otras eran parte de alguna roca grande de donde las desprendía con su pica de mano; otras eran cantos rodados a flor de tierra; o las tomaba de la pared de algún barranco. En fin, eran piedrecillas de todas partes y que, juntas, hubieran formado un buen muestrario.

“No todas las piedras pasaban el proceso completo de aquella revisión: unas volvían al suelo después de haber sido humedecidas, otras luego del rayado con la uña y otras posteriormente a su rayado con la navaja. Las que iban a su bolsa eran las que habían llegado hasta el examen con la lupa”.

Mi interés por lo que el joven Corral me relataba iba en aumento y no me atrevía a interrumpirlo. Mientras esperaba el momento propicio para preguntarle, él continuaba con su relato:

“Proseguimos caminando por aquellos lugares de la montaña hasta donde, en una parte alta, empiezan las cadenas de cerros que forman el valle, que desde ahí se admira completo, hasta poder distinguir las lomas que lo cierran en la garganta en la que se proyectaba la presa.

“En los trabajos de la triangulación que estaba haciendo, yo no había llegado hasta aquellos sitios que me dieron la impresión de un gigante con los brazos extendidos tratando de unir sus manos allá en lo lejano, por donde se escapa hacia la llanura el arroyo que corre por el centro.”

El joven, hijo de don Herminio, hizo una pausa como gizando en su mente del paisaje que me describía en aquella expedición. Aproveché el momento para pedirle que me explicara sobre el porqué de aquella secuencia en los métodos de identificación que su padre aplicaba en las piedras. Me pareció observar en él un gesto de satisfacción, como si esperara mi pregunta y prosiguió:

“A mí también me llamó la atención lo que observaba en aquel recorrido y le hice a mi padre la misma pregunta. El, con toda calma me explicó que, por ejemplo, el recoger piedras de los hormigueros lo hacía para evitarse el hacer un agujero para sacar el material de capas interiores, ya que las hormigas ya habían hecho aquel trabajo.

“Me dijo también que mojar las piedras con la lengua era para ver más claro su textura y para conocer su posible acidez; que rayarlas con la uña y en su caso con la navaja era para conocer su dureza; y que cuando la dureza de la piedra necesitaba el uso de la navaja se producía una raya cuyo color, a la observación con la lupa, le daba algún indicio del material o el mineral que pudiera contener aquella muestra”.

Me llamó la atención el que en una forma tan aparentemente primitiva para analizar una piedra pudiera ser posible saber de qué clase de roca se trataba, claro, siempre que se tuviera previamente un profundo conocimiento de las variadas formas y orígenes de los materiales rocosos.

El joven Corral prosiguió su relato:

“Por cierto, en aquella ocasión recuerdo haberle preguntado a mi padre que si era posible una prueba más sencilla y práctica, para saber un poco más de la piedra que tuviera

en sus manos y que hubiera resistido, sin rayarse, el filo del acero de la navaja.

“El me contestó, sacando de su cartera un pequeño envoltorio en el que traía aquella piedrecilla color violeta, que ese aparente pedacito de vidrio era una amatista oriental, o sea la piedra cuya dureza es de las que están inmediatamente abajo de la duraza del diamante; luego se extendió en una explicación de la que poco entendí, sólo recuerdo que mi padre me dijo que la amatista es un corindón.

“El nombre se me grabó —continuó el joven Corral— porque lo seguí repitiendo mientras caminábamos hasta llegar a un sitio que él escogió y donde se sentó en una gran roca. A pleno sol se levantó su sombrero y, casi inmóvil, pasó largo rato viendo los cerros y anotando en su libreta lo que sus expertos ojos percibían. Hoja tras hoja de aquella libretita se llenó de dibujos y de datos.

“De regreso a Cerralvo, ya de noche, fuimos a cenar a la fonda en la que me atendían. Durante la cena mi padre pidió que le consiguieran una lámpara de alcohol y unas pinzas o unas tenazas de la cocina.

“Trajeron la lámpara y las pinzas y, habiendo ya cenado, mi padre vació sus bolsillos de la cosecha del viaje y separó las piedras reuniéndolas por grupos, que a mí me parecieron como de muestras parecidas. Prendió la mecha de la lamparilla, sacó del bolsillo de su chaleco aquel lapicero hueco que siempre portaba y lo puso en su boca, tomó con las pinzas una de las piedras y la arrimó a la llama soplándole al través de aquel improvisado soplete, lanzando el chorro de fuego contra diversos lados de la piedrecilla que, para mi sorpresa, poco a poco cambiaba de color y hasta me pareció que también de forma.

“Separó aquella y tomó otra que claramente vi que se fundía; la separó y anotó algo en la libreta. Esto lo hizo varias veces con las muestras de un montoncito y luego de otro. Algunas las rayó con su navaja y otras sólo las volvió a observar con su lupa.

“Ya de regreso de la fonda a mi domicilio, me preguntó si tenía los datos de los aforos de la corriente del arroyo y la ubicación de estos trabajos a lo largo de su cauce. Yo le había platicado de estos trabajos que, entre otros, venía realizando en aquella comisión que se me había encomendado, pero tuve que contestarle que sólo tenía los datos de campo, como la nivelación para las secciones y la velocidad de los flotadores en las distancias antes medidas de la corriente de

aquel arroyo, y que no había tenido tiempo de calcular los gastos, o sea su volumen de escurrimiento.

“Me recomendó que realizara los cálculos, porque esos datos tal vez comprobarían la idea que él ya se había formado de la geología de aquella región”.

Paso a paso seguía el hilo de la conversación del hijo del señor Corral y más ahora que, al través de aquel relato, me parecía conocerlo un poco más en el aspecto de su capacidad, en la actividad que desempeñaba y que tanto le agradaba desarrollar. Me lo imaginaba en lo alto de las montañas, de pie, con el abismo de los barrancos abajo de la gran roca en que se sustentaba, con el sombrero levantado a media cabeza, recreándose en la belleza de las coloraciones de los estratos de los cerros, ajeno a todo y como queriendo adivinar los cataclismos y convulsiones que en las eras del mundo en formación pudieron haberse sucedido. Esas, ésas eran sus dudas. Ese era el origen de su gran cariño a la investigación de lo desconocido. Su gran reto: la explicación de esos fenómenos, pero sobre todo, su aplicación práctica en beneficio de los seres vivos y de la especie humana.

Volví a mí mismo y puse atención a lo que aquel joven proseguía relatando de aquella expedición.

“Mi padre se quedó en Cerralvo varios días dedicado a escribir lo que sería el informe de los aspectos geológicos de la región de la cuenca y del valle del arroyo de El Nogalito y yo, seguía yendo al campo a los trabajos de topografía y a enterarme del avance en los pozos. Una sola vez me indicó que le llevara, precisamente sobre el cauce del arroyo, corriente abajo, a unos mil 500 metros donde se observaba un abundante escurrimiento, que atribuí a que en días anteriores habían caído algunas lluvias por el rumbo de las montañas. Esa vez mi padre recogió algunas piedrecillas que me pareció que no le produjeron mayor interés, porque volvió a deshacerse de ellas.

“Unos días después, llovió fuerte y me quedé en Cerralvo aprovechando el tiempo en calcular los aforos, cuyos datos tenía. Me llamó la atención que estos arrojaban datos de gasto muy diferentes y además, a mi juicio, bastante irregulares. Yo estaba con la impresión de que el volumen del agua corriente en el arroyo debería ser mayor, mientras más abajo de los veneros fueran estos calculados; pero no, para mi sorpresa no era de esa manera, pues en un sitio del cauce el aforo daba una corriente de cuarenta litros. Más abajo de ese lugar, a unos quinientos metros, era de veintiséis, más abajo

daba cuarenta y cuatro, más abajo, once litros por segundo y en otro aforo apenas aparecían catorce litros”.

El joven aquel me aclaró que esos no eran los datos precisos de los aforos porque ya los había olvidado, pero que las cifras que me señalaba eran sólo para ilustrarme sobre la irregularidad del comportamiento del caudal de aquel arroyo.

Luego continuó su plática relatándome que mostró los datos al señor Corral y que éste expresó que eso confirmaba sus conclusiones preliminares de acuerdo a sus observaciones de la geología de la zona, en el sentido de que el referido arroyo de El Nogalito tenía características de corriente divagante, además de su natural variabilidad en razón a la precipitación pluvial anual. Que ese tipo de corrientes divagantes, son aquellas en las que el agua corre a la luz del sol en diversos e inesperados tramos y que en otros se mueve bajo tierra.

Me dijo también que su padre le explicó que no era recomendable que se construyera la cortina de la presa en el lugar que se había previsto, que aparentemente era el más apropiado por la cercanía de las lomas al lado del arroyo, ya que, precisamente en ese sitio, la corriente acuifera era subterránea y se tendría que hacer a una gran profundidad, cimentación que resultaría incosteable consolidar.

Agregaba el joven Corral que su padre le había dicho que, a su juicio, para crear una fuente de trabajo para las gentes de aquellos lugares, en lugar de presa para almacenar agua y utilizarla en el riego de las tierras, se podrían sacar, en los lugares de agua abundante en el arroyo, derivaciones para inundación de terrenos cercanos o en su defecto, se podrían hacer profundos sondeos sobre el cauce hasta encontrar roca impermeable para la cimentación de la cortina.

Su opinión era, como aficionado a la minería, la de que se explorara debidamente la serranía de la cuenca de aquel arroyo, porque en algunos lugares podría explotarse el plomo, cuyos indicios él encontró en varias muestras que recogió.

Aquel joven, hijo del señor Corral, terminó su relato diciéndome que su padre formuló largo escrito sobre los aspectos técnicos geológicos de la zona que observó y que le sirvieron para llenar ese punto del estudio general que se le había encomendado; que cuando lo leyó lo entendió muy a medias, dado lo elemental de sus conocimientos sobre ese tema y que le pidió explicación verbal, conversando largamente hasta que, con sus propias palabras, pudo cambiar aquello a términos que le fuera posible explicar a sus superiores.

El proyecto de construcción de una cortina para tapar

la corriente del arroyo de El Nogalito, ubicado a unos cuantos kilómetros al norte de la población de Cerralvo, al alcance del viaje camino de tierra, que al parecer justificó la observación de alguien para que en ese sitio se construyera, quedó en suspenso por aquellos años, posiblemente por el desarrollo de algún proyecto hidráulico que haya sondeado el cause del arroyo para encontrar terreno firme.

A la fecha, cincuenta años después, los "chiveros", que tienen sus majadas y recorren aquellos terrenos, se siguen preguntando la causa por la que no se aprovechó el sitio para embalsar mucha agua y regar miles de hectáreas que ahí están aprovechándose, apenas, en exiguas siembras de temporal y en la cosecha de chile de monte o en la cacería de la codorniz, que otorgan precarios medios de subsistencia.

Este episodio es uno de los muchos que en la vida del señor Corral le sucedieron y los cuales dan idea de su personalidad y de la rectitud de su juicio. Todo mundo lo trataba como ingeniero; sin embargo, él modestamente siempre firmó sus trabajos como "minero práctico".

En sus últimos días todavía traía entre manos un asunto relacionado con la explotación de los jales de Santa Eulalia. Aducía el señor Corral que los primitivos sistemas de beneficio de los minerales aplicados desde los tiempos de la Colonia, tanto en las minas de esa región como en las de Parral, Maguarichi y otros del estado, llevaban a la seguridad de que esos jales tenían metal suficiente para hacer costea-ble su explotación y nuevo tratamiento. Esto daría ocupación —decía— a muchas gentes y alguna utilidad a quienes apoyaran esas empresas.

En el invierno del 43, don Herminio tuvo que guardar cama como consecuencia de una inesperada intoxicación, no sufrió mucho. En el seno de su familia, en los brazos de su hija Marina su deceso fue casi instantáneo. Su corazón, que siempre había latido al ritmo de su inagotable entusiasmo, se detuvo de momento para dar paso al tardío reconocimiento de las gentes sobre su gran valor humano y su ferviente espíritu de patriotismo.

No está entre nosotros el viejo soñador de minas don Herminio Corral; no está, pero no se ha ido. Sus enseñanzas y su ejemplo de cariño a nuestras montañas coloreadas por los minerales y su consolidada honestidad, quedan a la vista de quienes le proseguimos. Esa herencia es valiosa, debemos acrecentarla para distribuirla entre quienes nos sigan, también mexicanos, también partícipes de esos tesoros morales.

Poco tiempo después de su sepelio, que fue sencillo como humilde lo fue su vida, empezó a circular entre los gambusinos y mineros la conseja de que en el lejano final de aquel oscuro túnel del nivel 64 de la vieja mina La Esperanza, se percibía el brillo de una tenue lucecita. Esta pequeña luz no era de ninguna lámpara de carburo, ni del brillo del mineral de alguna veta virgen pues hacía ya mucho tiempo que no se trabajaba en ese frente, pues se perdió el hilo de la veta que dió bonanza larga y fama a aquella mina que se perdió a pesar de los múltiples pueblos con que los mineros le buscaron.

Nadie se explica la procedencia de esa luz, que como estrella de humilde magnitud, apenas alumbra muy cerca de ella. De vez en cuando los viejos mineros visitan con agrado el antiguo túnel. Su obscuridad no les impide avanzar con firmeza, pues les guía con seguridad ese tenue resplandor. Cuentan también que se ha escuchado que esos mineros dicen con gran respeto: "Vamos a visitar a don Herminio. Cerca de él sentimos el amor a nuestro trabajo y la tranquilidad que sólo se encuentra en este silencio".

Tal vez ellos así lo piensen, tal vez tengan razón al sentirse cerca del origen común de la vida y de la humanidad.

Mi experiencia como minero en Guanajuato

José de Jesús Hernández

Yo soy un joven de veintisiete años y este relato lo hago basándome en algo verídico que pasó en la ciudad de Guanajuato. Por estar tan escasos los trabajos decidí meterme a la mina, pues aquí en Guanajuato de lo que hay más trabajo es de minero. Me metí a la edad de dieciocho años en una compañía que había hecho un pedido de seis gentes y de volada se llenó la solicitud. De los seis, sólo éramos dos de dieciocho años y los otros cuatro un poco mayores y juntos empezamos nuestras labores haciendo una gran amistad. Realizando el recorrido para conocer la mina, nos pusieron a hacer bromas y después de darnos la planta nos separaron en diferentes trabajos. A mí y a mi compañero, que éramos los dos más chicos, nos echaron juntos y a los otros cuatro en diferentes trabajos, nada más que a los dos meses me decepcioné de la mina porque el primer accidente que sucedió entre los seis que habíamos entrado, pasó así:

Como nos lo comentó el compañero que andaba con él, ya había acabado de barrenar y estaba cargando cuando el maestro perforista le dijo a su ayudante: "Ayúdame a cargar este barreno porque está muy alto". Como mi amigo era alto, se puso a cargarlo y cuando el maestro perforista se volteó, nada más oyó un quejido y cuál había de ser su sorpresa que a su compañero le había caído una piedra como de cuatro toneladas, muriendo instantáneamente. A mi amigo no le hubiera tocado porque su maestro era chaparro, pero al hacer el intercambio para cargar fue cuando sucedió el accidente. Yo me desanimé pero, como están tan escasos los trabajos en Guanajuato, me tuve que aguantar y pasó el tiempo.

Al paso de un año mi otro amigo Roberto, quien tenía como treinta y dos años y era soldador del tiro de la mina, estaba con otro trabajador en el último nivel cuando llegó un minero pidiendo que lo ayudaran a sacar a su compañero porque al estar limpiando la tolva donde cae el mineral, que estaba todo pegado, cuando empezó a despegarlo se vino el mineral aterrándolo hasta la mitad, por lo que mi amigo el soldador, fue hasta el lugar donde estaba atrapado el otro minero y se amarró para bajar a ayudarlo. El que estaba aterrado a la mitad gritaba que lo sacaran. Al estar hasta abajo mi amigo, se despegó más mineral quedando los dos aterrados por completo, entonces el compañero del soldador y el del que estaba primero aterrado, se bajaron por el otro lado de la tolva para levantar la tapa para que saliera el mineral, no le hacía que se tirara, lo importante era que salieran los que estaban aterrados. Salió primero el otro minero con vida, pero no le tocó la misma suerte a mi amigo el soldador. Ya ven, el destino juega con nosotros, porque Roberto fue a prestar ayuda y sólo encontró la muerte. De los seis que habíamos entrado juntos, sólo quedábamos cuatro.

Después de medio año a uno de nosotros, el más loco para todo, le llamaban la atención continuamente: "Haz las cosas con cuidado, pon más atención" y ya cuando se iban los jefes él sólo respondía: "Me vale, yo así hago las cosas y así se va". Un día que estaba mero arriba del tiro de la calesa donde bajaba la gente, echando madera, llegó un jefe de turno y le dijo: "Amárrate", y se fue. No entendió y no se amarró, en cambio su compañero sí estaba atado con un cinturón de seguridad que había ahí. Llevaban madera grande, por lo que tenían que subir a lo más alto de la calesa; pero el techo de ésta estaba lleno de aceite y cuando él acomodaba la madera grande resbaló con el aceite. Como la estaba bajando casi a la hora de la salida, cuando él se vino para abajo del tiro ya había bastantes mineros en los brocales de las ventanillas. Me acuerdo que estábamos sentados esperando la calesa para irnos, cuando a 3 metros de nosotros cayó una bota con todo y pierna, lo cual nos asustó de pronto y entonces empezaron los de seguridad, con ayuda de unos compañeros, a bajar por el tiro para recogerlo en bolsas de polietileno porque cuando se vino por el tiro su cuerpo se hizo pedazos, cayendo por todos lados. Al salir de nuestro turno la mayoría preguntamos que quién había sido y mi sorpresa fue mayor al saber que era otro amigo de los que habíamos entrado juntos. Ya nomás quedábamos tres.

Pasó el tiempo y uno de los tres de los que habíamos entrado juntos se iba a casar, pero al estar quitando el yumbo con el que habían barrenado, su maestro se bajó a recoger las mangueras, mi amigo le dijo: "Yo recojo las mangueras", y se fue su maestro adonde estaban los gastos y la pólvora para cargar el cielo de la mina que estaba barrenado, pero al regresar al lugar ya no encontró a su ayudante y el lugar que había barrenado estaba todo caído y su ayudante abajo de todo el mineral. El maestro yumbero subió por ayuda cuando estábamos abajo con los de seguridad, pidiendo un aparato *Scuuptran*. Yo estaba en el nivel de arriba cuando subió el compañero a pedir ayuda y bajé junto con los de seguridad. Empezó el aparato a quitar el mineral y, como no sabíamos de qué lado estaba aterrado, tuvieron que quitar bastante mineral hasta que lo encontraron. Al verlo todo aplastado y con todo el cráneo y los sesos embarrados en el suelo, el de seguridad que recogía los sesos del suelo empezó a vomitar, se sentía mareado. Después fuimos a su velorio y en su ataúd había un retrato de él, pues como quedó irreconocible, el que quería verlo sólo miraba su retrato que estaba en la caja. Yo me quedé pensando que cómo era posible que sólo faltando dos días para que se casara, hubiera podido ocurrir este accidente. Ahora ya nomás quedábamos dos amigos, "el Frego" Franco y yo. Los dos pensábamos salirnos, pero como venían buenas las utilidades, decidimos que cuando nos las dieran nos saldríamos de la mina.

Mi amigo el Frego era operador de equipo pesado y yo obrero general y como andábamos juntos, de vez en cuando me dejaba echar las tres para aprender en el aparato. Mi amigo era de Puebla y tenía una chava que se había llevado y estaban viviendo juntos. Como la muchacha estaba embarazada y como faltaban tres meses para cobrar las utilidades, decidió llevarse a su señora para Puebla, donde vivía toda la familia de mi amigo.

Esta fecha no se me olvida porque siempre andábamos en la misma cuadrilla, fue el 27 de marzo de 1982, cuando andábamos de tercera, o sea el turno de la noche. Andábamos siete en esa cuadrilla que se componía del yumbero Juan, de Charlie, el ayudante de Yumbo; Frego, operador del *Scoop*; Raymundo el soldador y su ayudante Ismael. Eran dos locomotoras con cinco carritos donde se echaba el mineral, yo traía una y mi tacaño José otra, y llevábamos ese camino que iba a dar a una mina vieja. Ese día en la noche estábamos en la ventanilla donde nos pueblaban el trabajo y el ingeniero

nos dijo que entre todos regáramos la rezaga que habían disparado y que la amacizáramos, volviendo después cada uno a su trabajo. Como mi amigo el Frego, o sea el operador, se tenía que quedar solo en su trabajo cuando estábamos todos juntos, mi tocayo José le dijo al ingeniero que como el operador se iba a quedar solo y como todos nos llevábamos a vaciladas y a maltratadas, que si nos podíamos quedar juntos. El operador le dijo que qué tenía que se quedara solo, que si le pasaba algo sería nada más a él, "Al cabo no soy de tu familia, ¿o sí?" Mi tocayo se quedó avergonzado y ya no dijo nada.

Estando ya abajo en la mina, como nos dijo el ingeniero, nos pusimos todos a regar con agua y a amacizar la carga, pero ese lugar estaba muy caliente, como si fuera vapor y de cualquier cosita nos bañábamos de sudor como si nos hubieran echado una cubeta de agua. Estábamos los siete amacizando, pero con lo caliente se cansaba uno de volada; vi que mi amigo Charlie se había ido a la tubería de ventilación a tomar aire y lo seguí. Estábamos agarrando aire cuando vimos que los otros hacían señas de que fuéramos y yo le dije a Charlie: "Nos han de querer para amacizar otra vez", pero vimos los movimientos rápidos de sus lámparas y le dije a Charlie: "Vamos a ver". Ya cuando fuimos mi amigo Franco el operador estaba abajo de una piedra como de dos toneladas, pero como estaba el montón de rezaga quedó el hueco y la piedra le pegó en la mera cintura pero del lado de la espalda y nada más alcanzó a decir: "Sáquenme de aquí cabrones" y perdió el sentido. Cuando Juan agarró el aparato *Scoop* y le quitó la piedra de encima, Charlie lo jaló del cinto y vieron que tenía un gran agujero en la espalda. Cuando lo jaló Charlie y se dobló por mitad, entonces agarré la locomotora y me fui por la camilla y a pedir la calesa para que lo subieran de volada, pero mis compañeros ya lo traían en la otra locomotora. Todavía vivo, a la mitad del cañón, venía pujando y le decían: "Ya mero llegamos", pero no alcanzó a llegar y se murió. Cuando lo estábamos poniendo en la camilla yo lo agarré del lado de la espalda pero, donde le hizo la piedra el agujero, se me fue la mano para adentro de su espalda y sentí un escalofrío. Todos los de la cuadrilla que lo llevamos a la enfermería nos quedamos sentados, comentando sus últimas palabras antes de bajar a la mina, todavía en vida: "Si me pasa algo, que al cabo no soy de tu familia y si me pasa, nomás a mí" y al rato llegaron los doctores y nos dijeron que aunque yo hubiera estado ahí a la hora del accidente hubiera

sido inútil, pues el golpe le había roto el hígado, el vaso y los riñones.

Al rato llegaron los agentes del Ministerio Público para que les dijéramos cómo había estado el accidente y pues estuvo así: Cuando estábamos en el montón de rezaga, ya todos cansados de amacizar, yo y Charlie en la tubería de ventilación y mi tocayo con la manguera de agua, él nos dijo: "Háganse a un lado, porque si no, los mojo" y todos dejamos las barras de amacizar para hacernos a un lado. No me quedé, nada más se quedó José, el que estaba regando, y como el Frego era el que rezagaba y quería acabar rápido volvió a agarrar la barra y cuando estaba amacizando queriendo tumbar la piedra, no cayó la que estaba picando sino otra de atrás, que fue la que le cayó encima. El que estaba regando lo buscó, pero cuando volteó lo vió debajo de la piedra. Ya en la enfermería lo taponearon de donde le cayó la piedra y se lo llevaron los del Ministerio Público.

Ahí quedó mi amigo Franco con quien nada más estaba yo esperando las utilidades para salirme, mi amigo que tenía a su señora esperando y se la había llevado para su tierra, al cabo ya se iba a salir. Ahí quedó otro de mis amigos de los que entramos juntos. Ahora nada más quedo yo. Aunque me salí por un tiempo la escasez de trabajo, aquí en Guanajuato, está crítica por lo que tuve que meterme otra vez a la mina de El Cubo y ahora no sé hasta cuándo voy a durar, pues la muerte llega cuando menos se la espera uno. Bueno, se despide de ustedes su amigo.

Me acuerdo...

Miguel Angel Orantes Miranda

Me acuerdo que estaba en segundo año de secundaria cuando decidí dejar la escuela. Tenía entonces quince años y mi padre, hombre duro y de fuerte carácter, con esa voz de trueno que nunca he olvidado, me dijo: "Aquí no quiero vagos, o estudias o trabajas".

Empecé a trabajar el 2 de marzo de 1945 en la casa de lámparas del taller eléctrico de minas, en la mina La Colorada. Después me tocó trabajar en La República, El Campo Frío, La Demócrata y en la instalación de un malacate y equipo de bombeo en la *Oversighy*. Yo estaba encargado del mantenimiento del "trole", o sea las líneas de corriente en las corridas que iban de La Colorada al Campo Frío. En esta última yo me encargué de poner el trole y la iluminación, así como los calentones y el alumbrado de los comedores.

Trabajé nueve años en estas minas, han sido los años en que he laborado más a gusto. En mi primer día de trabajo mis compañeros de la casa de lámparas me dieron mi bautizo; era la primera vez que iba yo a bajar al tiro de La Colorada y cuando nos subimos a la jaula ellos se agarraron de los lados y me dijeron que yo me sujetara de arriba. Como yo era el más alto me pareció lógico, luego le dijeron al malacatero que tuviera cuidado, que venía con ellos uno nuevo y el muy desgraciado, subió la jaula hasta el tope del malacate y la soltó... 50 metros de caída libre que se me hicieron eternos; sentía el estómago pegado a las anginas y el corazón que no me cabía en el pecho. Pegué un grito que se oyó por toda la mina y ya cuando la pararon no hallaba dónde meter la cara de la vergüenza que tenía. Después de eso todos los miedos que hu-

biera podido sentir en la oscuridad de la mina se me hicieron chiquitos.

Me adelanté y me tocó iniciar a los nuevos. Los hacíamos que se agarraran de la parte de arriba de la jaula y nosotros nos poníamos a los lados para evitar que con el susto fueran a sacar los brazos, pues se los podían arrancar con la pared debido a la velocidad.

Cuando uno subía a la jaula y miraba para abajo lo único que veía era un interminable hoyo negro y de vez en cuando, en el fondo, unas diminutas lucecitas que nos indicaban el final del tiro. A veces eso nos servía de consuelo, sabíamos que si la jaula caía, no se iría viajando por un pozo sin fin sino que tarde o temprano se detendría en el fondo del tiro y que así, los compañeros de turno rescatarían nuestros cuerpos o lo que quedara de ellos.

En febrero del 49, en el tiro de la mina La Demócrata, ocurrió un accidente en el que murieron cinco compañeros. Según la versión oficial explotó un tanque de acetileno en el interior de la jaula, lo que hizo que se rompiera el cable cuando iban bajando. Pero luego supimos que habían cargado la jaula con maquinaria y herramientas de trabajo, además de un tanque de oxígeno y otro de acetileno que usaban los soldados; esto, más los cinco compañeros, le daban a la jaula un peso excesivo, pero lo peor del caso es que, según contaban después, entre los cinco iba uno nuevo y cuando le quisieron dar el "bautizo", el malacatero paró la jaula de golpe, lo que hizo que el cable se reventara. Sacamos a los cinco hechos pedazos, estaban incrustados en los fierros retorcidos entre el lodo y las piedras del fondo del tiro.

Hubo muchos accidentes en aquel entonces y casi todos se debieron a fallas humanas, a errores —a veces fatales— de los mismos compañeros accidentados. Teníamos buen equipo de seguridad y el trabajo no era tan duro como nos contaba mi padre en los años en que él empezó a trabajar. Claro, hubo accidentes que no se hubieran podido evitar pues las minas siempre cobran su tributo en vidas a cambio del mineral que se arranca de sus entrañas.

Me tocó ver muchos accidentes pequeños, de desprendimientos de roca los más. Siempre era en la frente, donde se estaba barrenando, en donde había más peligro, como pasó en el accidente del Campo Frío. Debido a la falta de mantenimiento de los pilares que sostenían el techo de los estopes, estos se fueron debilitando y un día de septiembre de 1952 la mina se sentó, con todo el pueblo adentro.

Eran las 7:30 p.m., hora del lonche, cuando los diamanteros callaron las máquinas barrenadoras. Desde hacía días se venían desprendiendo grandes pedazos de roca del cielo de los estopes y el mayordomo, presintiendo el peligro, paró las labores; los mineros salieron corriendo por la frente dos cuando el cerro se vino abajo. Millones de toneladas de montaña habían caído dentro de la mina y al caer, millones de metros cúbicos de aire fueron comprimidos haciendo pedazos todo cuanto se encontraba en los corredores de la mina. Los hombres se tiraron al suelo y se agarraron unos de otros y de cuanto pudieron para no ser arrastrados por la fuerza del aire. Algunos no tuvieron tiempo y el viento los estrelló contra las paredes de la galería, como le pasó a Roque Aguirre que quedó como pintado en la pared. En las frentes del nivel cinco ya los trabajadores estaban en los comedores cuando escucharon el ruido que hacía el aire al pasar, todos se metieron debajo de las mesas y se agarraron de las patas —eran unas mesas grandes muy pesadas— pero Juan Durazo se asomó a la puerta a ver qué pasaba y el viento lo sacó del comedor y se lo llevó. Después lo encontramos estrellado al final del corredor.

Luis Avila, hermano del “Chanate”, y “el Pollo” Acosta, mayordomo de motoristas, regresaban de dejar una carga de mineral en la primaria cuando los agarró el aire. Venían en un tren en el que sólo los motores de las máquinas, pesaban más de 20 toneladas cada una, el aire sacó el tren de la vía y arrancó el trole del techo de la frente. Todo, trole, vagones y motores, quedaron hechos bola junto con los cuerpos en una sola masa cubierta de piedras y lodo. Ahí quedaron también José Castro y Matías Hernández, el esposo de la Juanita.

Me acuerdo que yo estaba jugando volibol con unos amigos en las canchas de la escuela, en Buenavista, cuando sentimos que la tierra se estremeció y luego escuchamos un ruido siniestro, muy diferente al que producen las tronadas; fue un ruido muy raro, una especie de ¡blof! hueco y sordo, un ruido que nunca habíamos escuchado. Dejamos de jugar y sin decir palabra corrimos hacia el pueblo para ver qué pasaba pues presentíamos, sin saber qué, que algo malo había pasado. Cuando llegamos nos enteramos que se había sentado El Campo Frío —yo tenía muchos amigos entre los 150 hombres que componían el pueblo mixto— por lo que inmediatamente nos fuimos para allá. Cuando llegamos al tiro de la mina encontramos al “Chuluy”, el jaulero, desnudo y llorando sin saber explicar qué había sucedido, pues iba bajando en la jau-

la cuando el aire los lanzó, con todo y jaula —como catapulta— hacia arriba, encaramándolo en la punta del castillo del malacate. El aire le arrancó la ropa y destruyó el malacate haciendo imposible la entrada a la mina por ese lugar.

Nos fuimos a La Colorada, en donde ya había mucha gente. Empezamos a sacar a los heridos y aquellos a los que no les había pasado nada salían corriendo con cara de espanto y agarraban por donde mejor les parecía. La gente se arremolinaba afuera de la mina y se oían los gritos y el llanto de las mujeres, hasta que los sacamos a todos. A todos, menos a seis.

Fue una suerte que el accidente ocurriera a la hora del lonche, si no, a todo el pueblo se lo hubiera llevado la desgracia. Nos estuvimos hasta las seis de la mañana sacando los cuerpos. Fue duro estar ahí, pues unos estaban hechos pedazos, hechos bola entre las máquinas, el lodo y las piedras; pedazos por aquí y por allá, un verdadero desastre. Al último que sacamos fue al Pollo Acosta, estaba cubierto por el zoquete y pasábamos por encima de él sin darnos cuenta, hasta que vimos algo que parecía una mano. Era él, el Pollo. Después me platicó el Pulencho Miranda que el Pollo y Luis Avila, el hermano del Chanate, los acababan de remplazar a él y a los motoristas Ramón Tapia y Francisco Acosta y que iban entrando al comedor del cinco cuando se les vino el mundo encima.

Pero no todo era malo en la mina. Me hice de muchos amigos en esos años, nos pagaban bien y el trabajo me gustaba. Yo trabajaba en La Colorada, pero conocía todas las minas. En La Colorada hacía mucho calor y los mineros tenían que andar casi desnudos. Cuando yo bajaba a darle mantenimiento al trole me tenía que quitar la ropa. Fue la mina más húmeda y más caliente de las que he conocido, si no hubiera sido por el agua que se filtraba por las paredes de los túneles hubiéramos estado seguros de que nos encontraríamos en el meritito infierno, o cuando menos muy cerca. De ahí me tenía que ir siguiendo la línea del trole hasta El Campo Frío y era una de pescar resfriados, pues era la mina mas fría de Cananea, ahí tenía uno que andar bien abrigado.

Todas las minas estaban comunicadas entre sí, era una maraña de túneles que llegué a conocer muy bien. Al principio me perdía, pues estaba muy oscuro allá abajo, pero con el tiempo me acostumbé a encontrar las entradas y salidas, así como los nombres de todas las frentes y túneles de las minas.

Me acuerdo que usábamos unas lámparas de baterías y que cuando se le acababa la carga a la pila nos teníamos que quedar ahí hasta que pasara alguien para irnos con él, pues la oscuridad era absoluta. A algunos les ganaba el miedo y los encontrábamos temblando, rece y rece, a punto de llorar; eso le pasaba a los más jóvenes, a los demás sólo les quedaba esperar y esperar, pues era peligroso irse tanteando las paredes, ya que eran minas muy grandes, con muchos túneles y tiros y había que andarse con cuidado si quería uno salir completo.

Una manera de divertirnos y hacernos la vida menos pesada era la de ponerles apodo a los compañeros y amigos. A mí me decían "Pilloncito" desde muy chico porque me llamo Espiridión, igual que mi papá. Soy el quinto de una serie de "Espiridiones" de los Miranda que llegaron a Cananea en 1904, venían desde la Higuera de Zaragoza, Sinaloa. A mi hijo, Pilloncito, lo registramos como Espiridión VI.

Cuando entré a trabajar a la casa de lámparas mis compañeros me pusieron "el Clavijas", porque tenía los colmillos de arriba muy salidos, encimados y muy grandes. Como estaba muy chavalo, con la raya me compraba muchos dulces; me gustaban mucho las pepitorias, unas pepitorias muy duras que vendía don Esteban Peña y que yo me comía como si nada porque tenía muy buen diente, por eso me pusieron ese apodo.

Ya después, en el cincuenta y tantos, "Ramitos" —un amigo de parrandas —cada vez que "pistiábamos" me decía:

—Te doy quinientos pesos por los colmillos.

—Caballero, vaya usted a chingar a su madre— le respondía yo.

Pero una vez que estábamos en el "Bohemia", Ramitos, Verdugo —el dentista— y una bola de cuates, estubo Ramitos friegue y friegue con lo mismo toda la noche, hasta que nos salimos el dentista y yo sin decirle nada a nadie. Verdugo tenía su consultorio en el segundo piso del edificio de al lado, arriba de "el Intimo", y nos fuimos para allá. Al rato volvimos, puse los colmillos encima de la barra y le dije: "Caballero, está usted servido. Me debe usted quinientos pesos". Ramitos no lo podía creer, los colmillos eran enormes y nadie imaginó que fueran los míos hasta que les enseñé los agujeros que me habían quedado. Ramitos fue por el dinero pues en aquel tiempo quinientos pesos era mucho dinero para traerlo en la bolsa. Me entregó los quinientos pesos y seguimos pistiando el resto de la noche. Después, con los colmi-

llos, Ramitos mandó hacer unos aretes muy bonitos para su esposa. Quién sabe si se los pondría alguna vez.

Me siguieron diciendo el Clavijas, pero cuando murió mi papá dejé de ser el Pilloncito y me empezaron a decir “Pillón”, en parte por el nombre y en parte porque decía mi mamá que yo era un pillo “redomado”. Y es que en aquel tiempo yo era muy parrandero, al igual que todos; además tenía uno que ser bueno para los trancazos porque había muchos pleitos. Nosotros vivíamos en Buenavista —el más grande de los campos mineros— y teníamos pleito casado con los de El Ronquillo, en Cananea. Cada vez que había baile o queríamos ir al cine teníamos que ir en bola y siempre regresaba cada quien por su lado y todo golpeado. ¡Nos daban unas corretizas los desgraciados...!

En el pueblo también había bailes. Los que se organizaban el Día de San Juan, el Sábado de Gloria y el Año Nuevo, eran los más importantes, en este último se hacía el baile de los viejos y el baile de los jóvenes, después nos íbamos los jóvenes al baile de los viejos porque era más suave. traían orquestas de fuera, músicos y artistas famosos, eran unos bailes en forma, muy bonitos. En todos los bailes había pleitos, era el *show*, el momento cumbre. No faltaba quien empezara el pleito y después era todos contra todos, a darnos hasta que nos cansábamos; las mujeres se subían en las mesas y en las sillas para ver mejor y echarle porras a sus compañeros. Peor era cuando subían los de Cananea. Si allá no nos querían nosotros los queríamos menos. En el pueblo los hacíamos correr nosotros a ellos, los bajábamos a pedradas hasta que se iban, después continuaba el baile.

Me acuerdo que en la “calleancha”, la calle más grande del pueblo, había varias fondas donde vendían comida y eran como cantinas clandestinas, pues vendían mucho aguardiente. Ahí estaba la fonda de doña Belén, en donde se vendía muy buena comida; era famosa esta señora por sus dichos y puntadas, además, por la comida que hacía. Los fines de semana se hacían unas borracheras bárbaras y después venían los pleitos; la calleancha era pura piedra y hoyos y cuando alguien se peleaba, al escuchar el barullo, salía la gente de sus casas a ver el pleito. Eran fiestas para todos pues casi siempre había pleitos grandes.

En una ocasión estaban Nacho y “el Nelo” Rangel pisitando en la fonda de doña Belén cuando llegaron a comer unos de Cananea. Luego, luego el Nelo les empezó a busca pleito y como a los Rangel les gustaba echar bronca luego, luego

se salieron a la calleancha a darse de trancazos. Los de Cananea eran muchos y pronto se armó un gran alboroto, cuando salimos a ver quién se peleaba nomás se oían los trancazos y las maldiciones y no se veía nada, pues en esa ocasión no había luz en toda la calle. Poco a poco se fueron apagando los golpes y solamente se escuchaba que eran dos los que quedaban parados y dándose trancazos y patadas se fueron por toda la calle acercándose hasta la plaza donde sí había luz. Duraron mucho dándose, cayéndose y volviéndose a levantar. Nosotros, que no sabíamos qué había pasado, no nos animábamos a separarlos porque se estaban dando con muchas ganas. Después de tanto darse se recargaron en el poste de la luz a descansar y entonces soltaron la carcajada. ¡Eran los dos hermanos, el Nacho y el Nelo los que se estaban golpeando! Los otros habían corrido hace mucho y con lo oscuro y con lo entrados que estaban echando trancazos ni cuenta se dieron de ello.

En la plaza de Buenavista se juntaban tres viejitos muy mentirosos, a uno de ellos le decían "Lieritas", otro era "el Viejo Casanova" y el otro, el más mentiroso, era "el Condenado". Este último nos contaba que cuando el llegó al pueblo, a principios de siglo, hacía tanto frío que cuando platicaban las palabras se congelaban y no se entendía nada, pero nomás salía el sol y era un palabrerío por todo el pueblo. También contaba que cuando era joven trabajó de correo entre Hermosillo y Nogales y como era muy ligero se iba corriendo para llevar pronto la correspondencia. Al principio, como era muy rápido, iba rumbo a Nogales y cuando llegó quiso parar, con la aviada que llevaba, fue a parar hasta Tucson, Arizona. Ya después, empezaba a frenar en Imuris para poder detenerse en Nogales.

Cada vez que nos contaba una mentira, el Viejo Casanova le decía: "¡Ay condenado, cómo eres mentiroso!"

Me acuerdo que en aquellos tiempos, cuando empecé a trabajar, hacía mucho frío en Cananea. Caían grandes nevadas y la temperatura bajaba a 10 y hasta 15 grados bajo cero. Yo me levantaba a las cinco de la mañana para irme a trabajar a las seis y en ocasiones tenía que salir por la ventana para quitar la nieve que obstruía el paso en la puerta, unas veces se levantaba la nieve hasta un metro de altura y otras nada más hacía un intenso frío. Cuando hacía mucho frío, los que trabajábamos en la superficie parecíamos esquimales de tanto trapo que nos poníamos. Yo me metía luego, luego a La Colorado pues ahí estaba calentito. Ahora ya no hace tanto frío

y la nieve, cuando llega a caer, ya no se junta como antes. A mi se me afigura que mucho ha tenido que ver que la compañía se haya acabado los cerros; poco a poco se fueron cerrando las minas, desde el cuarenta y tantos en que se empezó a trabajar en el sistema de tajo a cielo abierto. En 1964 se cerró la última mina, La Colorada, y a partir de entonces todo cambió. Los campos mineros fueron abandonados quedando solamente Buenavista, que en sus buenos tiempos llegó a tener hasta cinco mil gentes. Hoy nada más quedamos treinta personas en el pueblo, todo está en ruinas y ahora nos tendremos que salir de allí pues son terrenos que pronto va a trabajar la compañía.

Me acuerdo que saliendo de Cananea, rumbo a Buenavista, pasaba uno por La Sesión, luego estaba La Demócrata, la veta 5 y la veta 3; antes de llegar al Piedrón, en el cerro, estaba La Chivatera; más arribita estaba El Capote, donde vivía Pancho Verdugo; después El Parque Azul y luego seguía Buenavista, el centro de todos los campos mineros, el más grande y el más importante; más arriba estaba La Gasolinera, La Campana, La Yuriki y por último, Puertecitos.

Los campos mineros se establecían cerca de las minas de las cuales tomaban el nombre. Solamente Buenavista, "El Pueblo" como le llamamos, tiene su nombre propio y está ubicado estratégicamente en el centro de esta región minera, cerca de casi todas las minas de Cananea, en la pura sierra. Hoy ya no queda ninguno de estos campos mineros, todos han sido sepultados por los "vaciaderos" de los tajos. Con el cierre de las minas cambió mucho la vida de Buenavista, la gente empezó a irse a vivir a Cananea y se hizo un nuevo camino directo al pueblo.

Cuando yo estaba chavalo todos los sábados nos íbamos a las entradas de las minas a recoger loncheras, mientras los trabajadores se iban a rayar a la oficina de la compañía. Juntabamos entre diez y catorce loncheras cada uno y cuando los trabajadores se iban hacíamos un *picnic* con las sobras del lonche. Nos dábamos unas buenas hartadas con la comida que les sobraba a los trabajadores y más tarde nos íbamos por todos los campos mineros entregando loncheras, nos pagaban 20 centavos por cada una.

También me acuerdo que, cuando la planta nueva, abrieron una cooperativa en Buenavista y otra en la Chivatera, pero era tanta la gente, que no se daban abasto. Nos teníamos que ir a dormir afuera de la cooperativa a eso de la una de la mañana para que a las ocho, cuando abrían, pudiéramos com-

prar algo; el que se iba después de las tres ya no alcanzaba lugar, pues eran unas colas muy largas las que hacían todos, acostados con su cobija. A veces uno no podía dormir por los ronquidos que se oían y en la mañana, cuando abrían, a veces se quedaba uno dormido y había que regresar por la noche a hacer fila pues los demás, de sonsos, no lo despertaban a uno.

Hoy ya todo esto pertenece al pasado, yo mismo soy parte de ese pasado, ya estoy viejo y cansado de tantos años de trabajo; los mineros nos hacemos viejos muy pronto. Me sigue gustando mi trabajo, ahora soy mayordomo del taller eléctrico del tajo, pero ya estoy cansado; tantos años de vida dura y borracheras me han afectado el hígado, los pulmones, los oídos y quién sabe cuántas cosas más. Ya me voy a retirar, a vivir de los recuerdos, como todos los viejos que no tienen otra cosa que hacer más que suspirar con nostalgia al acordarse de los buenos tiempos. Es la vida que me tocó vivir y no me quejo pero a veces, como hoy, me acuerdo.

Hoy en Buenavista, ya no hay cooperativa, ya no hay bailes, ya no hay minas, ya no hay campos mineros, ya no queda nada de lo que había antes, pura historia y recuerdos viejos sepultados por toneladas y toneladas de tepetate. La gente de hoy ya no sabe lo que es ser minero, ya no hay minas con tiros profundos, ni lámparas para alumbrar lo negro de la mina. Hoy puro corte, puro tajo a cielo abierto; hoy todo es más moderno, pura maquinaria, gigantescas máquinas que facilitan el trabajo; hoy ya ni trabaja la gente, todo está computarizado; hoy puro apretar botones; hoy no es como antes que todo era puro pulmón y fuerza.

Es el progreso pues... es el progreso... y está bien, tiene que ser, pero a veces a uno le da por pensar y a veces, como hoy, me acuerdo...

El gas grisú

José Encarnación Jaime Sánchez

Propiamente, mi autobiografía —salpicada de diversos matices y que de igual forma puede considerarse como mi relato minero— versará, a grandes rasgos, sobre este interesante tema: *El gas grisú*, el cual es una mezcla gaseosa de metano y aire que, lógicamente, al acumularse en los lugares de trabajo en cantidades superiores al cuatro por ciento produce terribles explosiones en las minas de carbón de hulla; por fortuna estos trágicos estallidos no suceden con frecuencia. Lo anterior ha acontecido en la región carbonífera de nuestro estado de Coahuila, así como también en diversos lugares de los Estados Unidos, Japón, Alemania, etcétera, en los cuales existen extensos y ricos mantos de este valioso mineral, que al procesarse para convertirlo en carbón *coke* tiene una gran y significativa importancia para producir el acero. El gas grisú durante muchos años ha sido considerado como el enemigo mortal de los mineros.

En nuestro paso transitorio por la vida, con frecuencia escuchamos de nuestros ancestros pronunciar tres palabras que componen una frase: "Recordar es vivir". Si reflexionamos en forma serena y juiciosa sobre lo anterior, llegaremos a la conclusión de que la misma se convierte en una realidad tangible. Cuántas experiencias de diversa índole hemos recogido a través de la mejor universidad, en la cual seguimos cursando nuestros estudios: la gran escuela de la vida. Este noble propósito me invita, propiamente me motiva, a escribir mi autobiografía echándole cuerda al "reloj" de mi vida, plasmada de grandes realidades, en términos muy sinceros, muy modestos, como sus propios conceptos; relacionándola fun-

damentalmente con mi vida, mi convivencia diaria a través de tres generaciones con mis amigos y excompañeros de trabajo, los mineros de mi "tierra prieta": Palaú, Coahuila.

Este importante centro minero tiene una vida activa —produciendo carbón en diversas minas— calculada en términos muy conservadores, de aproximadamente cien años. Según se comenta por sus viejos moradores, entre otros mi padre político, el señor Valeriano Ruiz López —el cual cuenta actualmente con la edad de noventa y cinco años, empujando a trabajar a principios de siglo como almacenista, posteriormente como jefe de almacén en diversas compañías mineras—, este centro minero, decía, fue fundado en el año de 1888 y siempre ha sido considerado muy rico por sus extensos mantos carboníferos. Su carbón tiene la propiedad de ser muy vituminoso, con porcentajes muy bajos de ceniza; se dice en términos mineros carbón "coquizable". Esta fuente de trabajo principió a explotarse por compañías americanas bajo los procedimientos y sistemas más rudimentarios; a cada minero se le dotaba diariamente de una pica, una pala y en ocasiones de una carretilla para mantear su carbón, además de su lámpara de concordia, exigiéndoles la compañía en forma arbitraria, cuando menos una producción diaria de dos toneladas de carbón.

Lleva el nombre de Palaú en honor de uno de sus más viejos mineros, de origen francés, que en vida llevó este apellido. Esta bendita tierra me vio nacer el día 20 de abril de 1921; en abril de este año cumpliré, Dios mediante, sesenta y seis años de edad. Mis padres fueron el señor Encarnación Jaime Hinojoza y la señora Ofilia Sánchez Juárez; al llevarme a la pila bautismal me impusieron el nombre de José Encarnación Jaime Sánchez. Mis primeros años de infancia transcurrieron en forma apacible; en el año de 1933 terminaba mi instrucción primaria —modestia aparte, con magníficas calificaciones desde el primero hasta el sexto grado cursados en la escuela artículo 123, Justo Sierra— siempre guiado en ese templo del saber por mis inolvidables maestros y maestras de los cuales guardo gratos recuerdos: María de los Angeles Gándar, Margarita Flores Valerio, Albina Aranda Vásquez y José Flores González; los últimos hace varios años se nos adelantaron en el viaje sin retorno. Mi padre, que gran satisfacción me produce poder escribirlo, fue malacatero de profesión, además de obrero especializado en los malacates de vapor. Trabajó en las minas de carbón de casi toda la región carbonífera, por lo general en su segunda e

dad, desde 1910 hasta 1945; indudablemente, la suya fue una larga vida de trabajo y esfuerzo. Todos los mineros tenían un gran concepto de él, siempre lo reconocieron como un gran luchador, idealista y abanderado de las causas nobles; fue uno de los pioneros de la Unión Minera Mexicana de la región carbonífera, fundador en 1928 de la respetable logia masónica Xicoténcatl 47 de Palaú; de igual manera de la comunidad ejidal de ese lugar en 1934. De esa fecha en adelante realizó una verdadera labor de proselitismo social en favor de todas las organizaciones mineras de la región.

Las secciones mineras de referencia posteriormente se adhirieron al gran Sindicato Industrial de Trabajadores Mineros, Metalúrgicos y Similares de la República Mexicana (SITMMSRM), fundado en la ciudad de Pachuca, Hidalgo el 11 de julio de 1934 en sesión solemne de mineros de varias partes de la República, en el teatro Fray Bartolomé de las Casas de ese lugar. De igual manera, fue el primer delegado de la Sección 28 del sindicato de mineros de Palaú en el año de 1936, durante la Convención General Extraordinaria de los mineros, celebrada en la Ciudad de México para elegir su primer comité ejecutivo general. En el año de 1932, propiamente un año antes de terminar mi instrucción primaria, al considerar no poder seguir estudiando debido más que todo a la falta de escuelas secundarias en toda la región carbonífera, de "golpe y porrazo" propiamente, me convertí en el "viandero" principal y consentido de mi padre.

Todos los días le llevaba su comida a la mina número 4, en la cual prestaba sus servicios como malacatero, ¿quién podría imaginar que en esa forma principiaba mi convivencia diaria con mis amigos los mineros? Recuerdo que siempre me quedaba absorto, fascinado, angustiado, sinceramente no encuentro las palabras adecuadas para poder describirlo, cuando uno de los tambores del malacate deslizaba en forma vertiginosa metros y más metros de cable de acero al interior de la mina, la cual tenía una profundidad de más de 80 metros. Pero el mencionado cable tenía sus machotes; llegando al final de los mismos mi padre, todo lleno de sudor, con gran serenidad, precisión y destreza accionaba las palancas del malacate y la jaula —de igual manera llamada "calesa" por los mineros— llegaba al borde de la bocamina o bien al interior de la plancha. Se llegaba la hora de la comida, muchos de los mineros salían a la superficie a tomar sus alimentos, yo aprovechaba lo anterior para platicar con ellos; conocía en esta forma, en términos generales, los tra-

bajos que desempeñaban en la mina los gaseros, los muleros, los camineros, los paleros; algunos de ellos me invitaban a hacer "gandalla", es decir, a tomar un taco de sus comidas.

Con frecuencia los escuchaba comentar acerca de los grandes peligros que se corrían en la mina, sobre todo de las grandes acumulaciones de gas grisú en los lugares de trabajo; algunos mineros, lógicamente los de edad más avanzada, hacían mención en sus pláticas de las grandes y terribles explosiones ocurridas en las minas 2 y 4 —aunque ésta última había sido acondicionada por la compañía y seguía produciendo carbón. Todo lo anterior se debió, según ellos, a las pocas atenciones que en materia de seguridad ponía la empresa que explotaba estas importantes minas de carbón. Siempre se hacían conjeturas sobre las causas y origen de estos terribles estallidos, por desgracia nadie conocía la verdad.

Se comentaba que pudiera ser una chispa producida al arrancar un trole eléctrico, una lámpara gasera mal probada, o bien la imprudencia de un minero al prender un cerillo para encender un cigarro; cualquier cosa podía ser suficiente para que este mortal gas, que siempre está al acecho estallara violentamente produciendo una terrible explosión en toda la mina. Como mencionábamos, dos de estos trágicos sucesos acontecieron en las minas 2 y 4, el primero en el año de 1920, el segundo el 24 de diciembre de 1925 y en ellos no hubo sobrevivientes, todos los mineros fallecieron en forma espantosa, terriblemente quemados de todo el cuerpo. Se calcula que en estos dos siniestros perecieron un número aproximado de doscientos obreros, muchos de ellos de origen japonés, que en los albores de este siglo habían llegado en un gran enganche a la región carbonífera para trabajar en las minas.

Por cierto, en los últimos años de la década de los 30 me tocó en suerte conocer a dos mineros japoneses, logrando a través del tiempo una gran amistad con ellos. Uno se llamaba José Ángel Yamasaky y tenía grandes conocimientos de las minas de carbón, desempeñaba el puesto —con mucha eficiencia— de minero mayor de la mina 3; siempre se le encontraba de muy buen humor, con todo mundo bromeaba; le gustaba mucho echarse la copa con los mineros, por lo general el día sábado de cada semana. Sin embargo el otro minero llamado Gilberto Owada, quien desempeñaba la categoría de palero de lugar en la mina 5, siempre fue completamente distinto a Yamasaky; le gustaba mucho la pesca, estaba reconocido en toda la región carbonífera como un magnífico

cocinero, preparaba excelentes platillos, la mayoría de ellos teniendo como base la carne de pescado. Tanto Yamasaky como Owada eran "chaparros" de estatura, pero tenían un corazón muy grande, noble y generoso, siempre bien dispuesto a ayudar a los mineros y a sus familias en todo lo que se les podía ofrecer.

En Palaú actualmente existen familiares de estos dos mineros japoneses, claro, en segunda y tercera generación. Entre ellos están mis dos amigos, José y Roberto Yamasaky, quienes hace muchos años estuvieron trabajando en el interior de la mina de arrastre La Sauceda, que estuvo produciendo carbón durante más de treinta años (1945-1977); me acuerdo que fue la primera mina mecanizada en toda la República Mexicana. En el año de 1954 la compañía minera implantó un nuevo sistema, tanto de explotación como de extracción de carbón, llamado "frentes largos", en donde laboraban dieciocho mineros en forma sincronizada; la producción de carbón salía al exterior por medio de bandas mecánicas transportadoras. Este moderno procedimiento rindió resultados muy positivos, sobre todo en el incremento de la producción de este importante y valioso mineral; la compañía tomó este moderno sistema de explotación de las minas de carbón de Alemania. Con lo anterior, quedaba atrás el antiguo sistema, tan rudimentario y fatigoso para los mineros, de explotar los mantos de carbón a base de pica, pala y carretilla.

En cierta ocasión escuché que los mineros hablaban en voz muy baja, con demasiada discreción, en el sentido de seguir activando la organización de la Unión Minera Mexicana en toda la región carbonífera, pues según las expresiones de algunos de ellos, le faltaba más vigor, propiamente más fuerza tendiente a aumentar su membrecía, aún venciendo el temor a los rumores que se corrían de que todos los obreros que se adhirieran a la Unión Minera serían corridos por las empresas en las que prestaban sus servicios. A pesar de todo, estaban de acuerdo en seguir insistiendo en lo mismo, comprometiéndose formalmente a realizar una verdadera labor de proselitismo social entre todos sus compañeros, en la cual denunciarían, más que todo —con justificada razón— la explotación tan arbitraria e inhumana que de ellos hacían las compañías mineras que explotaban los mantos de carbón de Palaú y toda la región carbonífera.

Cierto día tuve la oportunidad de escuchar las palabras pronunciadas en forma serena y juiciosa por el maestro Bernardo López, pues continuaba con mi trabajo diario de vian-

dero consentido de mi padre. Este minero, de edad avanzada, tenía la categoría de palero de lugar en la mina 4; posteriormente se convertiría en el primer secretario general local de la Sección 28 de mineros de Palaú, Coahuila. El maestro López, como todos los mineros con respeto le llamaban, se refirió en su comentario a la gran inseguridad que prevalecía en toda la mina, sobre todo en el claro vertical de la misma, que tenía muchos anillos de mampostería sumamente podridos, originando mucho peligro para la vida de los mineros (pues el claro podría cerrarse en el momento menos esperado). Por otra parte, en el cañón 2 norte de la mina, los lugares de trabajo se sentían sumamente calientes debido más que todo a la falta de ventilación.

Por desgracia, las palabras del maestro López llenaron de desesperación y angustia a todos los mineros, pues se daban cuenta que la compañía no ponía ningún interés para tratar de resolver estos graves problemas. Los obreros tomaron el acuerdo de que, en forma muy discreta, se pidiera asesoría a los mineros japoneses Yamasaky y Owada, que tenían grandes conocimientos y experiencia en las minas de carbón, para que los orientaran tratando de evitar en todas las formas posibles estos graves problemas, considerados sumamente peligrosos. Owada, que como ya habíamos descrito tenía la categoría de palero de lugar, confirmó las palabras del maestro López: "el claro de la mina estaba a punto de cerrarse"; sin embargo Yamasaky, minero mayor de la mina 3, siempre sonriente, dijo en tono irónico: "Al cabo para morir nacimos, pero en un caso de verdadera emergencia, primero Dios, todos los mineros que estén en el interior de la mina podrán salvarse saliendo en pequeños grupos por el claro de la ventilación".

Ellos habían bajado la noche anterior, de acuerdo con algunos obreros que los ayudaron, sin que los mineros de confianza de la compañía se dieran cuenta, comprobando que el claro de la ventilación de la mina estaba en magnífico estado, pues muchos anillos de mampostería se conservaban en muy buenas condiciones. Además, para mayor seguridad, la mayor parte del claro estaba forrado de una gruesa capa de mampostería y cemento; de igual manera la empresa tenía instalado un pequeño malacate eléctrico en la superficie, a 6 metros del claro, con su respectivo tambor y cable de acero. Pegado al mismo estaba un gran tonel de acero de 1.50 metros de diámetro, el cual podía soportar en su interior cuando mucho a cuatro mineros. Pero Yamasaky recomendaba que en

un momento dado, todos los mineros que estuvieran en el interior de la mina deberían de conservar la calma y la serenidad para realizar esta peligrosa maniobra, pues sería muy peligroso que a todos les entrara el nerviosismo y quisieran salir al mismo tiempo.

En los largos años de 1932, 33 y 34, en el cual terminé mi chamba diaria como viandero, la apacible vida de los mineros transcurría en forma tranquila, sin pena ni gloria, pero solamente en forma aparente pues al principio de 1934 la Unión Minera Mexicana cobró gran fuerza social en toda la región carbonífera. Se formó un gran sindicato minero llamado Manuel Pérez Treviño, quizá como un gran honor al general de división del mismo nombre, de origen norteño, quien en la última década de los años 30 desempeñó la importante función de gobernador constitucional de nuestro estado libre y soberano de Coahuila de Zaragoza. De igual manera fue el primer presidente (o secretario general) del Partido Nacional Revolucionario, actualmente denominado Partido Revolucionario Institucional.

Las compañías mineras, pero sobre todo la gringa Asarco, de Nueva Rosita (de triste historial en el aspecto social por la "caravana del hambre" del año de 1950 en que los mineros de Nueva Rosita, Palaú y Cloete realizaron el inolvidable y sagrado movimiento de huelga y de la cual todavía nos quedan profundas cicatrices en el alma, pues vencidos más que todo por el hambre lo perdimos todo, menos nuestra dignidad de hombres) tomaban una despiadada y cruel represalia en contra de muchos obreros por la formación del Sindicato Manuel Pérez Treviño —llamado de igual manera sindicato rojo— principiaron a realizar una verdadera labor de proselitismo y soborno, tratando de convencer a los mineros para que de ninguna manera continuaran adhiriéndose al mismo. Por desgracia, muchos de ellos quizá por temor o bien por la necesidad de seguir conservando sus trabajos se convirtieron en "judas iscaríotes" pasándose en forma incondicional al lado de las empresas mineras, con las cuales lograron formar un sindicato llamado Plutarco Elías Calles.

Los obreros pronto lo bautizaron en forma irónica como "sindicato blanco" o "de leche". De esta manera los obreros ya estaban organizados, pero desgraciadamente divididos en dos sindicatos; se comentaba que el sindicato rojo tenía una mayor membresía pero los obreros incondicionales del sindicato blanco estaban muy bien protegidos por la compañía, se les daban los mejores lugares para trabajar en la mina, muy

buenas lámparas de concordia, mejores salarios, etcétera. Todo lo anterior, como es lógico suponer, debidamente planeado con el propósito de que los obreros del sindicato rojo renunciaran a esta organización y se pasaran al sindicato blanco. Por fortuna surge el SITMMSRM marcando un nuevo sendero, un porvenir más justo, en todos aspectos, en el tortuoso y difícil camino de la vida de los mineros a nivel nacional, explotados durante muchos años en forma injusta y arbitraria por todas las compañías mineras, principalmente las gringas que operaban en varias partes de nuestra República Mexicana: en la región carbonífera de nuestro estado de Coahuila, en San Luis Potosí, en Guanajuato, en Chihuahua, en Zacatecas, en Sonora, en Hidalgo, etcétera. Con este motivo, el comité ejecutivo general del SITMMSRM, en forma oficial se dirigió a la Compañía Minera Consolidada, de Coahuila, invitándola a iniciar pláticas tendientes a la celebración del primer contrato colectivo de trabajo. La compañía se defendió mañosamente, aduciendo que en Palaú había dos sindicatos de mineros, que el más fuerte, con mayor membrecía para ella, era el Sindicato Plutarco Elías Calles. Lógicamente, lo anterior llenó de indignación a los obreros miembros del Sindicato Manuel Pérez Treviño, pues la empresa a toda costa pretendía celebrar el contrato colectivo con su sindicato "de leche".

Se celebró una asamblea de mineros, tomándose el acuerdo por unanimidad de votos, de quejarse por la vía más rápida ante el comité ejecutivo general del propio sindicato de la actitud tan déspota y arbitraria de la empresa, para que el mismo comité, como era su deber y obligación, corriera los trámites legales en relación con este grave problema. Esta actitud tan negativa de la empresa fue presentada oficialmente en la Ciudad de México, ante el presidente de la República, general de división Lázaro Cardenas del Río, reconocido como un verdadero paladín de la noble causa proletaria, quien, haciendo una verdadera justicia social a los mineros de Palaú por considerar que tenían toda la razón legal, ordenó oficialmente al licenciado Ignacio García Téllez, titular de la Secretaría de Industria, Comercio y Trabajo, se celebrara en Palaú un recuento de obreros, lógicamente, contando con la intervención del gobierno para conocer en definitiva cuál sindicato tenía la mayor membrecía; indicándole que incluso se corrieran todos los trámites legales para que estuviera presente —en calidad de observador— una escolta de nuestro glorioso ejército nacional. Me acuerdo muy bien que, represen-

tando al gobierno como inspector federal del Trabajo, adscrito a la Secretaría del Trabajo y Previsión Social, estuvo Bernardo G. Mortera, con una gran experiencia y capacidad en cuestiones laborales. La persona de referencia, muchos años después, fue nada menos que el apoderado jurídico de la compañía siderúrgica Altos Hornos de México; incluso posteriormente el ingeniero Harold R. Pape, antaño director general de la empresa, le asignó una nueva función como consultor de la gerencia.

Previamente se designaron los representantes, tanto del sindicato como de la empresa, los cuales serían testigos del resultado final del cómputo del recuento ante la fe del inspector federal del Trabajo, el cual lucía en su cinto una pavorosa pistola 45 reglamentaria.

El expresó unas cuantas palabras para orientar a los obreros, diciendo: "Para ahorrar tiempo, el obrero o empleado que emita su voto debe de decir solamente 'rojo', o bien 'blanco', pues hay que tomar en cuenta que son más de mil personas las que tienen que votar". Por cierto, hay una anécdota de uno de los empleados de oficina de la compañía en aquel lejano año de 1934, llamado Leobardo R. Rocha el cual, al llegar a la mesa de votaciones expresó: "Soy rojo, pero simpatizo con el blanco". De inmediato Mortero, con profundo enojo de contestó: "Aquí no quiero cabrones", ordenando a la fuerza militar que lo sacara de la fila. Nunca llegué a imaginar que veinte años después, en 1954, yo trataría muchos asuntos de carácter obrero-patronal con Mortera, en los minerales de Palaú, Monclova y México, D.F.; en este último lugar —por lo general siempre con la intervención de funcionarios de la Secretaría de Trabajo y Previsión Social— incluso me permitía el lujo de bromearme con él; en ocasiones le recordaba la anécdota de Leobardo Rocha y él me contestaba de muy buen humor: "De vez en cuando saludo a ese cabrón en las oficinas de la compañía de Palaú, ahora es cuacha grande, es contralor de la empresa".

Pues bien, se terminó el recuento, que duró más de cuatro horas; al hacerse el cómputo final de los votos triunfó por inmensa mayoría el Sindicato Manuel Pérez Treviño. Como consecuencia de lo anterior, los obreros rojos y blancos fumaron la pipa de la paz social, se olvidaban todas las rencillas habidas, se reconocía y se registraba oficialmente a la Sección 28 del sindicato de mineros en Palaú. Posteriormente, de mutuo acuerdo compañía y sindicato firmaban el primer contrato colectivo de trabajo.

Terminaba el año de 1934, mi vida daba un giro de ciento ochenta grados, estaba ya "cachorro", según me comentó mi padre, por lo tanto ya no le llevaría su vianda; me asignó una nueva chamba como auxiliar, más bien supervisor, en los trabajos de agricultura. Le gustaba mucho sembrar en grandes cantidades maíz, trigo, frijol, etcétera. Se levantaban muy buenas cosechas, pues llovía con frecuencia, pero el kilo de maíz lo vendíamos con regateos a dos centavos, sumamente barato. De igual manera, teníamos un gran gallinero; me acuerdo que los blanquillos, vulgarmente llamados huevos, los cotizábamos a dos por cinco centavos (actualmente comprar uno, pues simplemente cuesta otro "huevo"), en nuestra ciudad de Monclova se cotizan unitariamente en 35 pesos. Mi padre, bendito Dios el mejor amigo que tuve en mi vida, me advirtió: "Este empleo tendrá el carácter de provisional en tanto pensamos qué puedes estudiar".

Así transcurrieron tres largos años de mi vida, 1935, 36 y 37 ayudándole a mi padre en los trabajos de la agricultura; montaba a caballo diariamente, jugaba beisbol y basquet, pero, además, estaba estudiando mecanografía, taquigrafía, gramática, redacción y algo de oratoria, todo lo anterior bajo el control y exámenes de cada clase del maestro de academias Bernardo Pérez, originario de Nuevo Laredo, Tamaulipas. Al mismo tiempo trabajaba en el comité ejecutivo local de la Sección 28 del sindicato de mineros como secretario y asesor, pues tenía mucha capacidad y experiencia en cuestiones y problemas de carácter obrero-patronal. Al principiar el año de 1936, la Compañía Minera Consolidada de Coahuila, que explotaba los mantos mineros en Palaú, propiamente "tiró la toalla", renunciaba a seguir al frente de la fuente de trabajo argumentando entre otras cosas, que la nómina semanal de los obreros había aumentado mucho, pues había que pagarles vacaciones, días festivos, séptimo día y tiempo extraordinario en su caso, todo lo anterior contenido en el contrato colectivo de trabajo; estas prestaciones estaban plasmadas en el artículo 123 constitucional.

Con esta renuncia, la compañía dejaba "sin Juan y sin las gallinas", completamente a la deriva a más de seiscientos obreros, tanto del interior de las minas como de oficinas, talleres, etcétera. Ellos en forma desesperada y angustiada, no encontraban los procedimientos legales para resolver este grave problema. Por este motivo se solicitó la asesoría del comité ejecutivo general del sindicato de mineros de la Ciudad de México, el cual, de inmediato se avocó al problema enviando

a dos de sus licenciados del departamento jurídico a Palaú para iniciar y darle forma legal a un embargo precautorio a la compañía, se trataba de decomisarle maquinaria, edificios y las minas de carbón número 3 y 4 (las cuales en realidad estaban produciendo muy poco). Se corrieron todos los trámites legales de este procedimiento, la compañía aceptó todo, prefirió dejar las minas a seguir perdiendo dinero semanalmente.

El primer paso se había dado, este problema estaba resuelto parcialmente, sin embargo, no se sabía qué hacer para darle vida y seguir conservando la fuente de trabajo. Los licenciados del sindicato recomendaron a los obreros se convocara a una asamblea urgente con carácter extraordinario, pues en la misma comentarían con ellos las demás instrucciones del comité ejecutivo general del sindicato de mineros, sobre la forma y procedimientos legales, con el propósito de que la fuente de trabajo, las minas de carbón, siguieran activas, produciendo para darle vida a todos los obreros y sus respectivas familias. La asamblea de referencia se celebró un domingo por la mañana ante un lleno impresionante en el teatro Juárez de ese lugar. Acudieron todos los obreros, muchas de sus familias y muchas personas que radicaban en el mineral pero que tenían otros medios de vida.

La asamblea de obreros duró varias horas, los licenciados recomendaron en sus intervenciones que, por instrucciones del comité ejecutivo general, deberían de correrse todos los trámites legales para que en forma oficial se registrara una cooperativa de producción de los obreros, pues consideraba que este procedimiento estaba ajustado a todos los preceptos legales. Los obreros no se podían convencer con los argumentos expuestos, pues desconocían en absoluto todo lo relacionado con las cooperativas, además, muchos de ellos en sus expresiones denotaban mucha desconfianza, otros pretendían que la compañía los terminara de acuerdo con el contrato colectivo de trabajo y la propia ley en esa materia. La asamblea en unos minutos se puso tensa, "muy caliente" como dicen los obreros, pues había los que estaban a favor y los que estaban en contra en relación a las instrucciones del comité.

Lógicamente, con esta actitud los licenciados del sindicato estaban indecisos, no sabían cuál camino tomar, pues las instrucciones del comité habían sido muy precisas: pugnar, es decir conseguir el acuerdo unánime de los obreros para constituir oficialmente una cooperativa de producción

en Palaú con el propósito de que este importante mineral, al través de sus trabajadores, siguiera produciendo carbón, dándole de esta manera vida a todos ellos y sus respectivas familias. Entonces, jugando al "vivo" como dicen los mineros, ellos solicitaron que la asamblea entrara en receso por el término de una hora, para posteriormente seguir deliberando sobre el principal punto expuesto. En esas fechas ya contaba yo con la edad de quince años, siempre acompañaba a mi padre a las asambleas de los obreros, llevaba mi cuaderno de taquigrafía para practicar y sacaba algunas notas; propiamente seguía conviviendo con ellos, quienes a Dios gracias siempre me trataron con mucho cariño.

Pues bien, uno de los licenciados que tenía una gran amistad con mi padre —quien se encontraba con uno de los grupos que dialogaban sobre este problema en un costado de la plaza principal— lo mandó llamar y le expresó en una forma sencilla:

—Usted, amigo Chon, quizá por su edad de más de cincuenta años, quizá por lo que ha luchado al lado de los obreros, es una persona muy apreciada y respetada por todos ellos; necesitamos que nos ayude para sacar este problema pues, repito, esas son las instrucciones precisas de nuestro comité.

Para entonces ya había más de cien obreros en la "bola", escuchando todo con mucha atención. Mi padre le contestó:

—Yo estoy muy de acuerdo con sus puntos de vista amigo licenciado, pues sinceramente los considero muy lógicos, además tenemos un gran presidente, el general de división Lázaro Cárdenas está reconocido como un verdadero paladín, un defensor apasionado de la noble causa proletaria. Además, hace dos días estuve en Múzquiz con el general de división Miguel M. Acosta el cual, desde hace muchos años es amigo mío; me comentó entre otras cosas que nuestro presidente estará la próxima semana en la ciudad de Torreón en una gira de trabajo, haciendo el recorrido en el famoso tren Olivo. Considero que Miguel, como amigo de los mineros, nos puede ayudar y estoy seguro que puede obtener una entrevista con el general Cárdenas para tratar de llegar a una solución en el grave problema de nuestros obreros.

Hablaron otros mineros más, entre ellos el maestro Bernardo López, palero de lugar en el interior de la mina 4 y secretario general local de la Sección 28:

—Me gusta y estoy de acuerdo en lo que se ha platicado, sobre todo en las palabras del compañero Chon Jaime, el cual

siempre nos ha ayudado en todo, solamente quiero agregar que sería conveniente designar una comisión para que con la ayuda que nos está ofreciendo el general, se pueda entrevistar al señor presidente de la República en la ciudad de Torreón.

Después, me acuerdo, otro obrero que tenía las categorías de ayudante de herrero y ayudante de mecánico en los talleres de la compañía, llamado Adrián Maltos Castañeda—quien ocho años después se convirtió en mi tío político y posteriormente en mi compadre— muy joven todavía, pero muy fogoso para hablar, dijo:

—Necesitamos tomar una decisión. Yo también estoy de acuerdo en los puntos de vista que se han expuesto, pues hay que tomar en cuenta que los obreros que todavía sienten simpatía por el sindicato blanco se andan moviendo con este asunto de la cooperativa de producción; acuérdense ustedes que en la asamblea pasada, la cual se puso muy caliente, estubo hablando Darío Hernández Arista, que había sido uno de los líderes del sindicato blanco, estubo picando mucha piedra sobre el pinche sindicato de leche; yo me le aventé hablando pues nuestro sindicato es el titular del contrato colectivo de trabajo...

Maltos continuó hablando, todo lo anterior dio como resultado que Darío se saliera completamente disgustado de la asamblea. Después, cuando Maltos ya estaba reunido con algunos amigos obreros en la plaza, lo fue a provocar, diciéndole:

—Maltos, te vengo a dar en toda la madre.

El le contestó en plan de broma:

—No estés tan seguro de lo que dices, pues en todo caso nos vamos a dar en toda la madre; tú tienes mucha estatura y gran peso pero no tengo nada de miedo.

Total, se trenzaron a golpes, Darío le tiró muchos golpes a Adrián pero él los esquivaba con mucha facilidad, pero en cambio le dio muchos a su contrario. Los obreros metieron la paz, Maltos le dijo a Hernández:

—Yo sabía que te iba a poner bombo a chingadazos.

El le contestó sonriente:

—Cabrón, nunca pensé que serías tan hombre, jamás llequé a pensar que me dieras esa tamboriza, te prometo que de ahora en adelante seremos los mejores amigos, jamás me meteré en nuevas chingaderas.

A continuación se dieron un gran abrazo en señal de una gran amistad, la cual perduró durante muchos años.

Otro obrero cuyo nombre no recuerdo, habló sobre la constitución de la cooperativa de producción, expresando:

—Yo estoy de acuerdo con todos ustedes, hay que designar la comisión para que entreviste al presidente Cárdenas en la ciudad de Torreón. Pero yo quisiera que formara parte de la misma el Güero Inés Valadez, pues todos nosotros sabemos que cuando anda en copas, siempre alardea de que él fue asistente, en los años de 1914, 15 y 16 del entonces coronel Lázaro Cárdenas del Río.

Mi padre terció en este asunto:

—Todo lo anterior lo considero muy conveniente. Respecto al Güero Valadez, es preferible llamarlo, no me gustaría que después fuera a quedar en vergüenza en la asamblea.

A Valadez se le llamó y dijo:

—Yo lo aprecio y respeto mucho Don Chon, pues gracias a usted obtuve la chamba en la mina cuando dejé la bola. De lo que platico cuando ando en la parranda, todo es cierto, fui asistente del coronel Cárdenas en esos años, principalmente en el estado de Michoacán. Me gustaría formar parte de la comisión para ayudar en algo, ojalá que mi general me pueda reconocer.

Se continuó nuevamente con la asamblea, la misma aprobó por unanimidad de votos los puntos de vista expuestos por los licenciados, apegados a las instrucciones del comité, de constituir la cooperativa de producción en Palaú. Además, se designó la comisión formando parte de la misma el Güero Valadez. Se buscó la ayuda, para obtener la entrevista con el presidente, del general de división Miguel M. Acosta, muy amigo de los mineros de la región carbonífera. Cuál sería la sorpresa del general y los demás miembros de la comisión de obreros, cuando al entrevistar al presidente de la República, el primero en hablar fue el Güero, diciéndole al general:

—Mi presidente, yo soy Inés Valadez, que fui su asistente cuando usted era coronel.

—Acércate un poco por favor —le dijo Cárdenas, reconociéndolo inmediatamente. Ah que cabrón tan hombre, siempre fuiste muy valiente a la hora de los pajuelazos. Por cierto, tengo una enorme deuda contigo, recuerdo que en un combate en Apatzingán cuando resulté herido, tú me salvaste la vida. Me da mucho gusto volver a verte, quiero que te vayas conmigo a México en compañía de tu familia e hijos, si los tienes. Allí encontrarás toda la ayuda de mi parte para que tus hijos tengan mejores estudios. Tú eres el que decides, Güero cabrón.

Inés Valadez le contestó al presidente:

—Le agradezco mucho en todo lo que me puede ayudar, pero yo deseo junto con todos mis compañeros mineros que las minas de carbón de Palaú sigan trabajando para tener un medio de vida con el cual podamos sostener a nuestras familias, pues la compañía minera abandonó esa fuente de trabajo.

Fue de esta manera, con la valiosa intervención del presidente de la República, general de división Lázaro Cárdenas, que logró constituirse la cooperativa de producción Obreros Unidos de Palaú, SCL. Después de este suceso el Güero Valadez, cuando andaba en copas les decía a los mineros: "Para que vean, cabrones, que por mí están trabajando las minas de carbón, con lo cual estamos tragando todos y ustedes ni un chingao trago de vino me invitan". Todos se reían con muchas ganas, pues sabían que al Güero siempre le gustaba bromear con todos. Dos años después, Inés Valadez, que tenía la categoría de gasero en el interior de la mina 5, tuvo que salir de la misma a trabajar en el exterior, pues había sufrido una enfermedad en los pies, parece ser que se llama dermatosis. Según los médicos la había adquirido como consecuencia del mucho andar en las minas, pues tenía que revisar —previamente a la bajada de los mineros— todos los lugares de trabajo para checar que no hubiera gas grisú en los mismos, de igual manera por el sudor de sus pies en las botas y el polvo de carbón.

Durante los años de 1936 y 37 la cooperativa de producción estuvo muy mal administrada por personas recomendadas por el gobierno que no conocían absolutamente nada de minas de carbón; recuerdo que uno de ellos se llamaba Gonzalo Reyes Navarrete. Semanariamente aplicaban "la unidad" es decir, el peso se pagaba hasta a cuarenta centavos, los obreros estaban completamente disgustados; generalmente los sábados de cada semana, días de pago, armaban fuertes broncas, con justificada razón, en las propias oficinas de la cooperativa diciendo entre otras cosas: "Trabajar en cooperativa vale pura madre, estamos más jodidos que cuando trabajábamos en la compañía. Necesitamos buscar una solución para tener un consejo de administración integrado por obreros que sean socios de la cooperativa. Nos quejaremos ante el comité ejecutivo general, aunque nuestra sección sea pasiva; de igual manera ante la Dirección General de Fomento Minero".

Los obreros siguieron luchando de una manera incansable, contando siempre con la valiosa ayuda del comité eje-

cutivo general del SITMMSRM, con el propósito de que la Dirección General de Fomento Cooperativo autorizara oficialmente que se designara un consejo de administración integrado en su totalidad por los socios activos de la cooperativa de producción. Por fin lograron su noble intención, Fomento Cooperativo recomendó entre otras cosas, se designara en esta función a los socios con más experiencia, sobre todo en el interior de las minas, sugiriendo de igual manera hubiera honestidad en el manejo administrativo; por último, que se integraran dos planillas para que los socios, en forma democrática, votaran por la que consideraran más conveniente.

Para llenar este último requisito se iniciaron las campañas de propaganda, tratando de formar las mismas; posteriormente en la asamblea electoral se elegiría por mayoría de votos a la mejor. Pues bien, en una figuraba al frente como candidato a presidente del consejo de administración, Bernardo Reyes, bautizado por los obreros como "el Cócono". Laboraba en el interior de la mina 5 como mayordomo de cañón, estaba considerado por muchos obreros como un magnífico elemento; en la otra estaba mi padre, Encarnación Jaime Hinojoza, con categoría de mecánico y obrero especializado en la operación de los malacates de vapor, tanto en minas verticales como de arrastre; todos los obreros lo llamaban cariñosamente "don Chon". En ese año de 1938 contaba con la edad de cincuenta y dos años. Los socios de la cooperativa continuaban trabajando intensamente, haciendo una verdadera labor de proselitismo, lógicamente, cada quien por su planilla favorita. Unos comentaban:

—El Cócono es muy buen elemento, conoce mucho de minas, tiene muchos socios que lo apoyaron votando por él.

—Todo esto es cierto, pero tiene un aspecto negativo, le gusta mucho el trago.

—Don Chon es un hombre enérgico, sumamente honesto, en varias ocasiones nos lo ha demostrado.

Pero uno de tantos días se corrió el rumor —el mismo cobraba mucha fuerza— y posteriormente se confirmó, en el sentido de que el Cócono Reyes estaba apoyado firmemente por el grupo de los intelectuales (así bautizaron los obreros a los señores que vinieron de México para administrar la cooperativa). A ellos se había unido un reducido grupo de masones de la respetable logia masónica Xicoténcatl 47, fundada en Palaú en el año de 1928. Mi padre también pertenecía a la misma, siempre fue considerado como uno de sus pioneros. Por fin, llegó la convocatoria para elecciones autorizada

oficialmente por la Dirección General de Fomento Cooperativo de la Ciudad de México; en el oficio de remisión se indicaba que oportunamente, unos cuantos días antes de iniciarse el proceso electoral para dar fe y legalidad del mismo, estarían en Palaú un representante de esa Secretaría, un funcionario del comité ejecutivo y además, para la protección de los obreros, después de correrse los trámites legales respectivos, la federación había designado para estar presente en la asamblea a Ricardo Nuñez, capitán primero de caballería del ejército nacional.

Este apreciable y respetable militar pertenecía al 38o. regimiento de caballería destacado en Múzquiz, Coahuila, al mando del entonces coronel Juan Jaime Hernández. Estos dos acreditados personajes militares tenían una gran amistad con mi padre desde hacía varios años, cuando este destacamento llegó a Sabinas —comentaban los obreros— y posteriormente tuve la satisfacción de confirmarlo ya que el coronel Jaime le decía a mi padre: "Tú de ninguna manera te apures, sigue luchando por la noble causa de los obreros, cuando te veas en aprietos, te autorizo para que le digas a cualquier cabrón que eres hermano mío, con esto considero que se acaban las chingaderas". Sin embargo, mi padre jamás llegó a necesitar de esta clase de ayudas, con frecuencia me decía: "No mi hijo, estoy optimista, muy confiado, tengo la absoluta seguridad de que vamos a triunfar, solamente pretendemos que el gobierno nos haga justicia social".

Así transcurrían los días, se notaba en todos los obreros-socios de la cooperativa mucha serenidad; los dos grupos seguían activando la propaganda en favor del Cócono Bernardo Reyes y muchos otros lo hacían por don Chon, el cual tenía mucha simpatía en Palaú.

Por fin, después de varios días llegó la fecha señalada para la asamblea, muchos socios hacían favorito, pues los que iban a votar por la planilla del Cócono Reyes con frecuencia decían:

—A nuestro amigo propiamente lo apoya el gobierno a través de la Dirección General de Fomento Cooperativo, además de todo el grupo de lectuales y algunos masones de la logia de Palaú, entonces ¿para qué meternos en problemas? Sabemos bien que con el gobierno no hay chapulín que chille.

Sin embargo, muchos socios también comentaban en nuestra planilla, encabezada por don Chon:

—Le vamos a dar, viejo, en toda la santa al grupo del Cócono Reyes, en compañía de los cabrones catrines que tene-

mos como administradores, los cuales vinieron a hacerse ricos a costa del esfuerzo y sacrificio diario de todos nosotros.

—Ninguno de ellos ha bajado a las minas de carbón porque eso, todos los días lo hacemos nosotros para ganar el sustento de nuestras familias —afirmó uno.

—A las minas solamente bajamos los hombres —decía otro— los que son cabrones siempre se quedan afuera.

Se llegó el esperado y ansiado domingo de elecciones, en nuestra casa almorcé con mi padre, se veía muy tranquilo, me expresó:

—Hijo, no quiero que ahora vayas a campiar, vamos a ir a la asamblea de elecciones aunque tú te quedarás afuera, para evitar alguna bronca. Toma una libreta de taquigrafía para que tomes nota de lo más importante que se trate.

—¿Pero en qué lugar voy a estar?

—A un costado de la plaza —me expresó. Hemos contratado en Sabinas un sonido local y un técnico para que lo opere, tiene dos magnavoces, todo lo que se trate en la asamblea se escuchará perfectamente bien a cien metros de distancia, nuestro deseo es que todo el pueblo de Palaú se entere del resultado de esta elección. Además, habrá muchos campesinos reunidos en el centro de la plaza, choferes de sitios de alquiler, pequeños comerciantes, etcétera. Tú no tengas ningún miedo, pues ya estás cachorro, cabrón. Además, eres hijo de todo un hombre.

Se instaló la mesa electoral, el representante general de la Dirección de Fomento Cooperativo, antes de iniciar los trabajos de esta asamblea de carácter electoral dijo:

—Hemos checado minuciosamente la nómina de los socios de la cooperativa, por lo cual, nos dimos cuenta que son seiscientos doce socios activos, por lo tanto, para ahorrar tiempo el voto será nominal y directo, es decir, cada socio al votar dirá simplemente: Reyes o Jaime. Además, cada planilla tendrá el derecho de que hablen tres socios.

A continuación habló el capitán Núñez, expresando con todo respeto:

Les voy a pedir a los socios de la cooperativa que solamente estén en el interior del teatro Juárez los que estén debidamente acreditados, aunque considero y confío en que no se presentará ningún problema, pues al entrar al teatro me dí cuenta que las dos planillas tienen sus representantes debidamente acreditados en la comisión de recepción y orden. Los exhorto a que se mantengan serenos en este importante acto, del criterio de todos ustedes depende que la cooperati-

va de producción progrese, pues todo se puede realizar con una administración honesta; en caso contrario, si ustedes se equivocan al elegir su consejo de administración, disculpen mi manera de expresarme, se los va a llevar la chingada a todos.

Ante las palabras del capitán Núñez todos los socios presentes quedaron completamente pensativos, como quien dice, recordando una de las muchas canciones del llorado cantautor José Alfredo Jiménez, "Los mariachis callaron".

Me acuerdo que por la planilla del Cócono Reyes hablaron Darío Hernández Arista (al que le dió la tamboriza Adrián Maltos), tenía muy buena elocuencia, era magnífico orador y prestaba servicios a la cooperativa como jefe de tráfico en el interior de la mina 4; otro fue el propio Cócono y no me acuerdo del nombre del último que lo hizo. Después de lo anterior, la inmensa mayoría de los socios no sabía qué hacer, pues del grupo de don Chon Jaime, como que nadie se atrevía a hablar. Así pasaron cinco largos minutos. Por fin, solicitó el uso de la palabra el funcionario del comité ejecutivo general del sindicato de mineros:

—Voy a ser muy parco en hablar. Concretamente, sólo hago una pregunta: usted, compañero Jaime, ¿qué tiene que decir?

Mi padre se levantó de su asiento, expresando con mucha parsimonia y serenidad:

—Sinceramente, reconozco que Bernardo puede ser muy buen administrador, trabaja en la mina, es muy buen elemento. Está más joven que yo, sin embargo, gane quien gane, los trabajadores respetarán a la planilla triunfante. Yo nunca he tenido la costumbre de echarme el caldo porque si está muy caliente me puedo quemar, pero por mi planilla y por todos los socios de la cooperativa que la apoyan, hablaré solamente Nieves Zamarripa; él será el tesorero en el consejo de mi administración, repito, para que todos los socios lo escuchen bien, será el tesorero de mi consejo de administración.

Zamarripa, quien prestaba sus servicios en el departamento técnico de la cooperativa, tenía la categoría, más bien, el título profesional de topógrafo; había estudiado esta carrera por correspondencia en la Escuela Internacional de la América Latina, la cual tenía o tiene hasta la fecha una sucursal en México, D.F. Al hacer uso de la palabra principió diciendo:

—En realidad no me considero un buen orador, como Darío Hernández; él tiene sesenta años de edad, yo apenas veinticuatro, pero me siento motivado por las palabras expre-

sadas por el compañero y amigo, consejero de muchos obreros, don Chon Jaime; con las mismas nos está demostrando su gran honestidad al manifestar que el Cócono Reyes podría ser un buen presidente del consejo de administración. Nada más que el compañero Chon Jaime es honesto mientras que el Cócono Reyes es sumamente ambicioso; jamás tendrá el carácter, la energía, la firmeza de nuestro viejo; es sumamente débil, demuestra su flaqueza al dejarse manejar por los intelectuales y por un grupo de chivos prietos; por si lo anterior fuera poco, le gusta mucho la parranda. Es un elemento muy bueno trabajando como mayordomo de cañón en la mina 5, yo también soy sincero y honesto, lo reconozco y acepto.

Por otra parte —continuó— los que figuramos en la planilla del compañero Jaime tenemos programado llevar a cabo un verdadero plan de trabajo, que indudablemente redundará en un enorme beneficio para todos los socios de la cooperativa y sus respectivas familias: reabrir dos minas de arrastre, las cuales llamamos Dos Viejo y Uno y Medio, en compañía de Atilano, el simpático "Campls", quien tiene una gran experiencia como minero. Hace muchos años principió a trabajar en las minas de carbón de Lampacitos. Hemos estudiado en forma detenida y juiciosa los planos de las minas que dejó la compañía y consideramos que la mina 4 es un verdadero cascarón que tiene algunos problemas de inseguridad, sobre todo el claro de la mina que continuamente se está reparando con mampostería nueva, pero de todas maneras éste, en el momento menos esperado puede cerrarse. En los lugares de trabajo siempre se tienen grandes acumulaciones de gas grisú, debido más que todo a la riqueza de su carbón, que es muy vitamínico, con porcentajes muy bajos de ceniza.

Sinceramente, —prosiguió— considero que en esta mina nada se tiene que hacer por lo que respecta a la mina 3, uno de sus caños generales a últimas fechas se ha inundado, es decir, está lleno de agua. No obstante que la mina se bombea diariamente, el mencionado cañón no se puede poner en condiciones para trabajar produciendo carbón. Por otra parte, tenemos la ventaja de que la mina 5 quedó en pleno desarrollo, pues cuentan los viejos mineros que la compañía la abandonó muchos años antes de la Revolución de 1910. Considero que podemos principiar a explotar la mina de referencia en forma paulatina, tenemos la intención de principiar a trabajar en las minas llamadas Dos Viejo y Uno y Medio, como mencionaba en principio, reabriendo el cañón general de las mismas. Según los planos, hay grandes bloques de car-

bón que se pueden explotar sin mayores costos que graven la economía de la cooperativa, pues hay zonas de protección, también llamadas "barreras", de 200 metros de ancho entre cañón y cañón, las compañías de antaño usaban este sistema. En estas dos minas podríamos reabrir y desarrollar el cañón general de cada una de ellas, hasta llegar a su límite para posteriormente explotarlas viniendo de atrás hacia adelante, utilizando un sistema de desborde. Además, pensamos construir veinte casas de concreto para los socios de la cooperativa, pero serán rifadas entre los mismos, tomando en cuenta a los que produzcan más carbón semanal durante tres meses consecutivos. También llevaremos a cabo la electrificación de las calles principales de los barrios Tres y Cuatro de este mineral pues, por desgracia, nos hemos dado cuenta que solamente los ricos de Palaú gozan y se benefician de este importante servicio.

Apenas terminó de hablar Zamarripa, se levantó un socio de la cooperativa, diciendo en voz alta:

—Cabrón ¿y eso es que no sabes hablar? Qué chinga nos has dado, yo también voy a votar por la planilla del viejo Chon Jaime. Los catrines y chivos prietos que apoyan al Cócono Reyes que vayan mucho a la china hilaria.

Todos los socios de la cooperativa presentes en el teatro Juárez gozaron y aplaudieron las palabras expresada por este amigo. Nuevamente hizo uso de la palabra el representante de la Dirección General de Fomento Cooperativo quien sumamente disgustado, manifestó:

—Es necesario que se tenga más serenidad, más orden en esta asamblea y que los socios de la cooperativa no se expresen en esta forma, pues de ninguna manera voy a permitir que pronuncien palabras obscenas. Otro socio de la cooperativa se levantó y gritó:

—Tú también estás con el Cócono Reyes, cabrón vendido.

En esos momentos la asamblea se ponía sumamente tensa, demasiado caliente, como hasta la fecha dicen los mineros de mi tierra. Nuevamente solicitó el uso de la palabra el capitán Núñez, expresando:

—Tengan calma amigos obreros, conserven la serenidad. Respecto del orden que menciona el representante de Fomento Cooperativo, aquí estamos nosotros para cuidarlo, por desgracia, a los trabajadores no se les puede exigir empleen un lenguaje académico, ellos no tienen una gran escuela, pero son sinceros en sus expresiones. Debemos de agradecerles a todos ellos que todos los días bajen a las minas de carbón para

explotar este importante y rico mineral. Para mí ellos son soldados sin bayoneta que como mexicanos colaboran con su esfuerzo y sacrificio diario para que nuestro México sea más rico. Por mí, los autorizo para que si lo desean sigan hablando en la forma que lo acostumbran. Yo también voy a dar color, aunque después pueda haber grito. Me gustaron mucho las palabras de ese muchacho Zamarripa, en realidad tienen un verdadero plan de trabajo, además al frente de la planilla figura mi amigo de hace varios años, don Chon Jaime.

Después solicitó la palabra el funcionario del comité ejecutivo general, expresando:

—Considero que ya ningún socio de la cooperativa hará uso de la palabra por lo cual, voy a pedir con todo respeto al representante de la Dirección General de Fomento Cooperativo, de una vez por todas, ponga a votación este acto de proceso eleccionario, bien sea por el sistema global, o por el que se tiene acordado, por voto nominal y directo, para conocer en forma definitiva cuál es la planilla triunfadora.

Nuevamente, se aprobó este último sistema por considerarlo más democrático; después de más de cuatro horas de votación, se dio a conocer el resultado del cómputo final: 129 votos para la planilla del Cócono Reyes y 483 votos para la planilla de don Chon Jaime.

El nuevo consejo de administración y vigilancia quedó integrado por los socios que se mencionan: presidente del consejo, Encarnación Jaime Hinojoza, mecánico; documentador, Gaspar Valdez Enriquez; tesorero, J. Nieves Zamarripa, topógrafo; presidente del consejo de vigilancia, Alejandro Alvarado, minero mayor en la mina 4; secretario, Román de la Fuente, electricista en la superficie y vocal, Patricio Flores, carbonero.

El nuevo consejo principió a trabajar en forma muy activa, citó a reunión al gerente de la misma, ingeniero Johnn B. Gibson de origen inglés el cual, según comentaba, tenía el título de ingeniero geólogo, habiendo trabajado durante muchos años en las compañías petroleras americanas establecidas en México. Mi padre, al saludarlo, lo invitó a tomar asiento y le expresó:

—Le voy a hacer una sola pregunta, quiero que sea honesto al contestarla: ¿conoce usted las minas de carbón y los trabajos que se desarrollan en las mismas?

—Los felicito por la honestidad de todos ustedes —dijo el ingeniero—, por eso voy a contestar la pregunta que me hace el señor Jaime con toda sinceridad. Yo no conozco casi

nada de minas de carbón, pues mi profesión es completamente distinta, sin embargo, al gobierno nadie le puede decir que no, a mí me invitaron a colaborar con el anterior consejo de administración y lo estoy haciendo, pero con la advertencia de que buscarán a otro ingeniero, de preferencia minero para gerente de su cooperativa.

El presidente de vigilancia, señor Alejandro Alvarado, le contestó:

—Muchas gracias por sus palabras ingeniero Gibzon, sobre todo por su respuesta a la pregunta del compañero Jaime. Le vamos a conceder a usted un plazo de un mes para liquidarlo de acuerdo con la ley. En ese tiempo, consideramos que podemos encontrar y contratar un ingeniero de minas, que es lo que realmente necesitamos.

—Estoy de acuerdo con este punto de vista —expresó el ingeniero— y los felicito, ojalá que con este nuevo consejo puedan encontrar el éxito económico que todos ustedes justamente anhelan.

Se llegó el plazo del mes, el ingeniero Gibzon se retiró y la cooperativa contrató los servicios del ingeniero Alberto A. Barnette, el cual, muchos años después fue subsecretario de la Secretaría de Recursos Hidráulicos —cuando fue presidente de la República el licenciado Gustavo Díaz Ordaz.

En ese año de 1938 yo seguía ayudando a mi padre en los trabajos de agricultura y del campo; cierto día me comentó:

—En la reunión de consejo que tuvimos la semana pasada se tomó el acuerdo, por unanimidad de votos y de acuerdo a nuestras propias facultades, de abrirles un campo de trabajo a los jóvenes hijos de los compañeros mineros socios de la cooperativa, que tendrán la categoría de aprendices en oficinas y demás talleres del exterior. A todos ellos se les compensará en principio con un peso diario y posteriormente, de acuerdo a la propia Ley de Sociedades Cooperativas, se les admitirá como socios. Como requisito indispensable deben de haber cursado la instrucción primaria y haber obtenido buenas calificaciones desde el primero hasta el sexto año, además, estarán sujetos previamente a diferentes exámenes de admisión en varias materias. Sería bueno que tú le entraras.

—No, padre —le contesté—, yo tengo mucho cariño por la agricultura y el campo, concédeme la oportunidad de estudiar agronomía en la escuela de agricultura Antonio Narro de Saltillo.

—Me gusta la idea —me contestó— sería muy bueno,

pero hay una tranca, no tienes estudios de secundaria y preparatoria y aunque apenas tienes diecisiete años, todo esto sería muy tardado. No vayas a pensar que no te quiero o puedo dar este estudio, pues a Dios gracias y a nuestro trabajo, tengo los suficientes medios económicos para costear tus estudios. En fin, piénsalo bien, de ninguna manera te voy a obligar a que seas aprendiz en un taller de la cooperativa.

Así pasaron varios días, un sábado por la tarde me fui a dar una vuelta por la plaza principal —y única en Palaú—, quizá me tocó la suerte, sinceramente no sé a qué atribuirlo, de encontrarme a varios condiscípulos de escuela (sobre todo del sexto año), entre otros a Oscar Garza Maldonado, Teodoro Cruz Hernández, Pedro Hernández Sarabia y Juan Ignacio García. Me comentaron con mucho entusiasmo que el lunes próximo se presentarían en las oficinas de la sociedad cooperativa de producción Obreros Unidos de Palaú para tratar de pasar las pruebas en varias materias pensando, lógicamente, que en el supuesto caso de que resultaran satisfactorias, serían admitidos en principio como aprendices en los talleres de la “coperacha”, posteriormente como socios de la misma, así como también como miembros pasivos de la Sección 28 del SITMMSRM, yo solamente les contesté: “Que tengan mucho éxito en los exámenes, sinceramente los felicito por esta decisión que han tomado”.

Al día siguiente, domingo por la mañana, me fui a camppear en compañía de mi padre a los terrenos de agostadero de la comunidad ejidal de Palaú. Teníamos nuestro semoviente —como decía mi padre, “este patrimonio es de toda nuestra familia, me ha costado mucho esfuerzo económico poder realizarlo, hay que cuidarlo como a las niñas de nuestros ojos”— el mismo consistía en más de veinte vacas de vientre, treinta y cinco animales de ganado caballar entre yeguas, potrillos y potrancas, seis caballos de silla, dos de carrera y quince mulas para los trabajos de la agricultura. Esos fueron sinceramente los años más felices de mi vida, luchando siempre para seguir adelante, al lado de, y aconsejado siempre, por el mejor amigo que tuve en mi vida, un hombre todo corazón, generosidad y nobleza, que en vida llevó el nombre de Encarnación Jaime Hinojoza. Yo jamás tuve secretos para él, por lo general siempre me comprendía en todo, pues a pesar de tener fama de ser muy enérgico, en algunas ocasiones me permitía el lujo de bromear con él.

El 12 de marzo de 1938, ese día, me acuerdo muy bien habíamos encerrado unas vacas paridas que traían becerros

“gusanientos”, después de dos horas de intenso trabajo arreglando los becerros, propiamente curándolos, se llegó la hora de la comida, y como siempre, la hicimos en “el sabino solo”, al frente del cual corría un arroyo que siempre llevaba muy buen caudal. Comimos muy bien (siempre se ha dicho que no hay comida más sabrosa que la que se come en el campo), por lo general nos echaban muy buen lonche: tacos de tortilla de harina con carne con chile, de chorizo con huevo, de chorizo con frijoles; de vez en cuando mi padre llevaba el acero para hacer panes de maíz amasados con leche. Cuando los rancheiros de las cercanías se daban cuenta de esto, nos llevaban un cabrito para asarlo en las brasas cuando estos costaban cincuenta centavos y cuando eran cuates, regalaban el otro; en la actualidad un cabrito de “riñón tapado” como dicen los rancheiros, con promedio de peso entre 5 y 6 kilos se cotiza hasta en 15 mil pesos. Estábamos lonchando cuando llegaron los dos vaqueros que ayudaban a mi padre a cuidar los animales y en los trabajos de agricultura, Domingo Flores y Mariano Palafox.

Mi padre los recibió sonriente y a las primeras de cambio les dijo:

—¿Qué pasó con ustedes, par de cabrones? ¿por qué llegan tan tarde? Ni siquiera llegaron a tiempo para prender la lumbre, pero de todas maneras vénganse a taquear con nosotros.

—No don Chonito, nosotros andamos campiendo desde muy temprano, fuimos a darle la vuelta al otro agostadero, en el cual tiene las yeguas. Por cierto, encontramos cuatro paridas. —le contestó Mingo.

—Bueno, ¿serán siquiera potrancas?

—No sabemos —expresó Mariano— las vimos a distancia.

Mi padre, nuevamente, les dijo:

—Cómo serán pendejos, fíjense siempre a qué lado se amamantan con la yegua, pero de todas maneras tienen que hacer corrida para encerrarlas, pues a lo mejor los potrillos andan gusanientos. Nosotros nos regresamos porque nos sentimos cansados, pero de todas maneras les encargo mucho esto, mañana me reportarán las novedades que hubo.

Mingo, que tenía mucha confianza con mi padre, pues casi se había criado en nuestra familia, le dijo:

—Don Chonito, queremos que nos regale algo para un trago de vino.

—Cuando terminen me van a ver para que les dé una botella —le constestó mi papá.

En el camino, ya de regreso a nuestra casa ubicada en el barrio Del Tres de Palaú, yo le pregunté de pronto a papá:

—¿Es cierto que mañana en la tarde principian los exámenes para los futuros aprendices de la cooperativa?

El me contestó sonriendo, acercando su caballo al mío y dándome una palmada en la espalda:

—Seguro mi hijo, te veo con ganas de entrarle.

—Sí voy a participar —le contesté—, pues casi todos mis condiscípulos de primaria lo van a hacer.

Le mencioné los nombres de algunos de ellos y él me dijo:

—El primero es un hermano, hijo de Alejandro Garza, palero del lugar en la mina 4.

—¿Cómo que hermano? —le pregunté sonriendo.

—Claro, él pertenece a nuestra logia masónica. El segundo es hijo de José Cruz, mecánico y especialista en los malacates de vapor, tanto en las minas de arrastre como en las verticales; el tercero lo es de Juan Hernández, jefe de tipleiros en la mina 4, también hermano mío y el último es hijo de Dionicio, “Nicho” García, jefe de carpinteros en la misma mina. Me da mucho gusto, pues todos estos muchachos son hijos de muy buenos amigos míos, qué bueno que también sean muy amigos tuyos.

Se decía, y los viejos de antaño siguen sustentando este criterio, que antes un maestro de primaria, en un momento necesario, podía impartir clases de tercero, cuarto, quinto y hasta sexto año y no desentonaba con los maestros que llevaban este grado. Así que principiamos las pruebas, afortunadamente todas las pasamos bien, pues aunque propiamente habíamos terminado en 1934 la instrucción primaria, de todas maneras, los sinodales que nos puso la coperacha nos dieron dos días de plazo para repasar el cuestionario de preguntas. Nos citamos en la plaza principal y todos nos ayudamos para salir adelante; recuerdo que un día antes de iniciar las pruebas llegué muy temprano a las oficinas de la cooperativa y uno de los sinodales me dijo:

—Qué bueno que llegues temprano Chonito, tú de ninguna manera te apures, como quiera pasarás la prueba.

—Yo a usted le pido puras habas, si la paso como estoy, seguro que lo voy a hacer, será porque puedo con el paquete, me daría vergüenza que mi padre supiera lo anterior.

—No te creas muchacho —me contestó seriamente— solamente fue una broma mía para calar tu temple. No cabe duda, tendrás el mismo temple, la honestidad y energía de tu padre. Al través de los años serás un chingonazo en la vida.

Te pido de favor no vayas a comentar nada de esto con tu padre, te repito, sinceramente, que fue solamente una broma mía.

—Con todo el respeto que usted me merece, quiero que tome muy en cuenta que aunque cuento con diecisiete años, está tratando con un hombre, no con cualquier cabrón.

Me acuerdo que a Teodoro Cruz lo mandaron al almacén de la cooperativa, de igual manera a Pedro Hernández, pues el almacén general era sumamente grande. Los administradores pensaban —con justificada razón— que era necesario tener almacenes auxiliares en las superficies de las minas. A Oscar Garza, a quien desde la escuela se le admiró por tener una paciencia admirable, lo dejaron en el departamento técnico para enseñarlo a dibujar y a que sacara copias heliográficas y para que principiara a ordenar un archivo completo de todos los planos de las minas, que habían dejado las compañías mineras anteriores con el propósito de que siempre estuvieran a la mano, en las consultas que se hicieran, así como los estudios de las minas, pues comentaban los viejos mineros que antes de la Revolución, las compañías jamás se preocuparon por llevar una topografía —cuando menos mensual— de los avances de los cañones principales, labores, etcétera.

El día 17 de marzo de 1938, un día antes de que el presidente de la República, general de división Lázaro Cárdenas del Río decretara con gran entereza y valor civil la expropiación petrolera, el ingeniero Barnette me expresó:

—Tú eres hijo de don Chon Jaime, al cual admiro mucho por su honestidad, lo aprecio y respeto mucho. Me estoy dando cuenta que con su administración la cooperativa, en unos cuantos meses ha progresado mucho, se tienen muy buenas cantidades de dinero en depósitos bancarios, etcétera. Yo a tu papá le agradezco mucho su valiosa y bondadosa ayuda, en algunas ocasiones he bajado yo a casi todas las minas con él, de día y de noche, de igual manera en la madrugada. Es un hombre incansable, por eso todos los socios de la cooperativa están muy contentos trabajando, pues la producción de carbón ha aumentado considerablemente.

Tú, al igual que Oscar —me explicó el ingeniero entre otras cosas— te vas a quedar con nosotros en el departamento técnico de ingenieros de la cooperativa, mis deseos son tratar de ayudarte para que estudies la carrera de ingeniero minero en Guanajuato, pues esta escuela de minas tiene mucho prestigio a nivel nacional e internacional.

—Le agradezco mucho su ayuda —le expresé— pero nunca he tenido vocación por esta carrera, además, solamente tengo estudios de primaria.

—Eso no importa Chonito, te mandamos por cuenta de la cooperativa para que estudies secundaria y preparatoria a Saltillo o a Torreón, piénsalo bien, después platicaremos. Por lo pronto, te voy a asignar la categoría de cadenero-estadadero de pimera, es decir, serás ayudante de topógrafo. Tu trabajo diario será muy fácil, muy pronto te adaptarás a él, tendrás siempre lista la mochila de cuero, muy bien afilada la hachita, los cinceles, suficientes taponos de madera y clavos especiales para minas; de igual manera, limpiarás diariamente la cinta métrica, bien sea la de 50 metros o la de 100. En forma paulatina, te dedicarás también a manejar el teodolito, nivelarlo, darle vuelta de campana, checar la retícula y tenerlo bien limpio diariamente.

—Bueno, ¿y qué más? —le pregunté.

—¿Qué?, ¿se te hace poco?

—¡Se me hace un chingo de trabajo!

—Ah que mi amigo Jaime. Estás muy joven, lleno de vida. Estoy completamente seguro que todo lo harás bien.

—Bueno ingeniero ¿y todos estos trabajos serán en la superficie de las minas?

—No, de ninguna manera, vamos a principiar con nuevos levantamientos topográficos para hacer cambios parciales de vías férreas, desde la estación del ferrocarril hasta los patios de la mina 5, son como 3 kilómetros de distancia. Además, todos los días tendrás que bajar a las minas con uno de los topógrafos, Zamarripa o Chuy Meléndez; necesito tu opinión sobre todo esto, vamos a seguir platicando.

—De ninguna manera —me atreví a decirle— esto de bajar a las minas nomás está cabrón. Yo en realidad le saco a bajar a las chingadas minas.

El ingeniero Barnetche nuevamente me sonrió, diciéndome:

—Ah qué muchacho, con razón tu papá me explicó que eras muy mal hablado, pero también muy hombre, no me salgas que eres un jotinche teniendo miedo de bajar a las minas de carbón. Toma en cuenta que solamente serán cuando menos dos horas diarias, sin embargo los fines de mes, día de medida, habrá que trabajar día y noche; todo este trabajo lo necesitamos hacer de urgencia, pues estos avances mensuales habrá que pasarlos a los planos de cada una de ellas para tener la seguridad de no cometer posteriormente un error téc-

nico, el cual podría ser de fatales consecuencias para la vida de los mineros.

Yo nuevamente volví a la carga diciéndole:

—Bueno, por un pinche peso diario que me van a pagar no es posible que tenga que hacer este trabajo.

—Pues esto reclámasele a tu papá, —me contestó el ingeniero, ya en un plan muy serio— a mí no trates de chingar-me con eso, porque sencillamente no es culpa mía. Si no quieres bajar a las minas será porque tienes miedo. A güevo no te voy a exigir nada, mañana tú decides si aceptas bajar o te vas a montar tu caballo diariamente, pues te gusta mucho la vaqueriada.

Me fui muy pensativo a la casa, pues se había llegado la hora de la comida. Después, en la plática de sobremesa papá me notó muy serio, preguntándome:

—¿Qué pasa hijo? ¿tienes algún problema?

Le conté toda la larga plática que había tenido con el ingeniero Barnetche y él me contestó:

—Yo considero que el ingeniero tiene mucha razón en todo, es la vida de los mineros, conozco hijos y nietos de los más viejos, que están trabajando actualmente. De estos últimos hay como cuatro laborando en el interior de la mina 5 y todavía no completan la edad de diecisiete años. Mañana le dices al ingeniero que sí bajarás a todas las minas, pero que este cabrón quizá nieto de francés, o a lo mejor de alguno de aquellos a quienes nuestros abuelos hicieron correr y al fin rendirse en el cerro de las Campanas, cuando Juárez y sus Leyes de Reforma, pues bien, dile que tú estás listo para bajar a las minas que te toquen diariamente, que si es tan hombre, te lo demuestre bajando contigo a las minas, pues he notado que cuando se trata de bajar él también se pandeia todo. Si no quiere, dile francamente que es orden mía.

Yo mañana no puedo estar en la oficina —continuó diciendo—, voy a salir temprano a la ciudad de Monterrey para atender la petición de los dueños de una planta termoeléctrica que se interesan mucho por comprarnos mensualmente cien toneladas de carbón *coke*. Les fijé muy buen precio, el cual sin regateos aceptaron, calculando que al procesar una tonelada de este carbón especial, se llevarán cuando menos de dos y media a tres toneladas de carbón crudo, además del pago semanario de los gancheros y horquilleros. Asimismo, para no fallar con este pedido mensual, vamos a parar durante dos o tres días las baterías de *coke* (muchos mineros también les llaman simplemente "cocedores"). En algunos hornos, so-

bre todo en el piso de los mismos, se tendrá que poner nuevo ladrillo refractario; por esto aprovecharé mi visita a Monterrey para ponerme al habla con los gerentes de dos o tres fábricas que producen este ladrillo especial, para saber cómo andan los precios y comprar donde convenga mejor.

A otro día, como a las ocho de la mañana, estaba yo revisando el material de trabajo que tenía en la mochila de cuero, cuando sentí una palmadita en la espalda, me di vuelta, encontrándome con el ingeniero Barnette, después de saludarme cordialmente me dijo:

—¿Qué pasa muchacho? ¿estás listo para bajar a la mina 4?

—Seguro que sí, nada más que usted también tiene que bajar, pues ando completamente cansado. Anoche me avisó con urgencia uno de los mayordomos que los claros de la mina 4 se están nuevamente cerrando, pues aunque se han reparado algunos anillos que había, podridos, de mampostería, siempre la madera se afloja mucho.

—Hoy en la madrugada me encontré a tu papá y a don Alejandro Alvarado, minero mayor de la mina y presidente del consejo de vigilancia, a los dos los noté muy preocupados, al saludarlos tu papá me dijo en forma disgustada: "Qué pasa con usted chingao ingeniero, usted debe de tener más sentido de responsabilidad, debe de bajar diariamente a las minas como es su obligación, porque de lo contrario muy pronto le vamos a dar aire". Es decir, propiamente renunciarme de mi puesto, porque no estaba cumpliendo con mi obligación, como lo había prometido.

Entonces —continuó—, con la tremenda regañada que me dio tu padre, veo que tenemos que bajar a la mina; yo de igual manera te confieso que le saco a la bajada, pero Dios quiera que no nos pase nada, porque muy pronto me voy a casar, mi novia radica en Tucson, Arizona. Nos la vamos a jugar, tenemos que bajar por el claro de la ventilación de la mina, el cual está completamente estrecho, no sé qué pendejo lo trazó de esta manera, tiene un diámetro completamente reducido. Pondremos una pierna cada uno sobre el tonel de acero, es decir adentro del tonel, y con la otra afuera nos iremos equilibrando. Le voy a recomendar al maquinista que la maniobra sea despacio, para que tengamos mayor seguridad, además, por los claros del vertical de la mina, obedeciendo instrucciones superiores, ya se empezaron a sacar las acémilas (mulas), después seguirán los dos troles eléctricos y todo el material que se pueda recuperar. Se piensa asimismo ta-

poner los claros de la mina con cemento y frijol, esto debe de ser desde la superficie hasta la plancha interior; todo es en sentido preventivo y para mayor seguridad, pues los gases están reportando grandes acumulaciones de gas grisú, sobre todo en los lugares de trabajo del cañón dos norte, pudieran originarse una explosión.

—Bueno —le expresé— pues a la riata que se van las yeguas.

—¿Qué chingaos es eso?

—Pues manos a la obra ingeniero, hay que bajar a la mina inmediatamente, como dijo Yamasaky “al cabo para morir nacimos”.

—Pinche japonés, siempre está con sus bromas de mal gusto.

Nos trasladamos a la mina 4, en un “fortingo” modelo 34 que teníamos en el departamento técnico (así les llamaban antaño a los carros modelo *Ford*, o propiamente de esta marca). Llegamos, se fue a hablar con el maquinista, le dio algunas instrucciones; la maniobra se hizo muy lentamente, pero al fin llegamos al interior de la plancha de la mina, me dijo:

—Nos vamos rápido al cañón dos norte.

Al abrir la puerta del mismo, inmediatamente sentimos que golpeó nuestros rostros un aire muy caliente, completamente insoportable, el ingeniero dijo:

—Esto ya valió madre, tenemos que taponear la puerta principal de este cañón, pues el gas ya está invadiendo todo.

De esta manera, indudablemente por el intenso calor, puede originarse una explosión solamente en este cañón, que los mineros llaman “fuego espontáneo”. Si se toman estas precauciones rápidamente, es decir taponear la puerta principal del cañón, se evitarán mayores consecuencias.

Por vía telefónica pedimos la jaula para salir a la superficie; el ingeniero, al poner un pie en el borde de la superficie de la mina, exclamó:

—¡Bendito nuestro padre Dios que nos ayudó para salir del todo bien!

—¿Ya se dio usted cuenta que no soy un jotinche como me mencionó la vez pasada? Si quiere, volvemos a bajar a esta mina a la hora que se necesite.

—No, discúlpame muchacho, ahora no tengo la menor duda que tienes el mismo temple de tu padre.

Esto fue precisamente el día 19 de marzo de 1938, me faltaba un mes para cumplir los diecisiete años de edad. De esta manera, poco a poco les fui perdiendo el miedo a las mi-

nas de carbón, todo se volvió rutina, pero al día siguiente teníamos que bajar a la mina 5, la cual se iba desarrollando rápidamente, produciendo mucho carbón, igual que las dos viejas minas de arrastre El Dos Viejo y la Uno y Medio.

Ese día me tocó bajar con uno de los topógrafos, precisamente con J. Nieves Zamarripa, el tesorero del consejo de administración de la cooperativa, como planchero. En el exterior estaba Faustino "el Chivo moro" Garza; los mineros lo habían bautizado de esta manera porque tenía el pelo entre negro y cano, era de igual manera un obrero muy agradable en su trato pero sumamente bromista, cuando se daba cuenta que bajaban mineros nuevos a la mina, le hacía una seña al maquinista y ¡pácatelas! este le imprimía toda la velocidad al malacate, dando por resultado que llegábamos a la plancha en dos o tres segundos. El claro de la mina tenía una profundidad de más de 80 metros, yo en esos momentos sentí que me llevaba la china hilaria; el corazón y otras cosas se me querían salir por la boca, pero ya en la plancha recibí otra desagradable sorpresa, un mulero llamado Manuel Fávila gritó:

—Ahí viene este cabrón hijo del dueño de la cooperativa, tenemos que bautizarlo a como dé lugar, nadie se vaya a rajar.

Inmediatamente me agarró, tratando de tumbarme. Yo, completamente enojado le grité:

—No creas que soy cualquier pendejo, tú y otro cabrón me valen pura madre.

Pero al fin, la fuerza numérica de los mismo me venció; así me llegó el bautizo en la mina, con grasa de los carros mineros y polvo de carbón. En eso llegó José Ángel Yamasaky, había sido cambiado de la mina 3, la cual ya no se explotaba, a la mina 5 teniendo la función de jefe de tráfico. Se sonrió, diciéndome:

—Jijo rachngara no rajar con tu pare, esto ser pura chingara broma, después tú desquitar con otros.

Al final todos nos soltamos riendo, el muiero Fávila me dijo:

—En realidad estás muy fuerte, haces mucho ejercicio montando a caballo, jugando beisbol y basquet.

—Pues sí —le contesté—, peso 68 kilos, mido un metro con ochenta centímetros de estatura, 34 de cintura... etcétera, por eso sé a lo que me atengo, pues dos de ustedes me vienen completamente guangoches.

Así continué con esta chamba de cadenero-estadadero de

primera todo el año de 1938 pero además recibí entrenamiento especial para integrar la cuadrilla de salvamento. Me acuerdo que los aparatos estaban muy pesados, teníamos prácticas cada quince días, siempre en los lugares más bajitos de las minas. Principió el año de 1939, hasta llegar al fatídico día 30 de septiembre, por cierto, día de medida; solamente nos faltaba checar los avances de la mina 5, pues el día y la noche anterior habían trabajado intensamente en las otras minas.

Bajamos a la mina de referencia el topógrafo J. Nieves Zamarripa, Eduardo Pichardo, el otro cadenero-estadadero y yo; para la hora del mediodía todavía nos faltaba checar los avances de dos cañones principales y sus labores respectivas. Zamarripa nos sugirió:

—Sería bueno no salir a comer, porque perderíamos mucho tiempo para todo esto; además hay que recordar que ahora es sábado, si salimos a comer y bajamos nuevamente a la mina se nos hará muy tarde, calculo que podríamos terminar entre seis y siete de la tarde.

—Me gusta mucho la idea —comentó Pichardo—, seguiremos la chamba de frente, pues no me gustaría nada regresar después de las dos de la tarde, para salir a las siete de la noche. Aquí nos podemos echar un taco con cualquier amigo minero.

En eso llegó a la plancha general un convoy de carros mineros, los cuales eran arrastrados por un cable de un trole eléctrico, con dos y tres toneladas de carbón cada uno; había salido del cañón general para llegar a la plancha. Después los contamos, eran un total de veintiocho carros mineros. En el primero de los mismos, en los topes, venía trepado el japonés José Ángel Yamasaky; nos saludó como siempre, sonriendo y mascando tabaco; en eso le dice a Zamarripa:

—Cabrón ingeniero, tú ser tesorero cooperatira, cuidar dineros, entonces ¿por qué cabrones andar minas? Aquí haber muchos perigros, cabrones, no sariendo comer.

—No mi japonecito —le contestó Zamarripa—, hay que seguir el ejemplo de nuestro jefe Chon Jaime, él baja a las minas a todas horas.

—Ser cierto, muy buen vecino mío en el barrio Del Tres. Entonces, si no sarir pa'avanzar, venir a ronchar conmigo.

Así lo hicimos, pero de una manera muy rápida para continuar nuestro trabajo. Cuando al fin regresamos a la plancha interior de la mina, ya estaba bajando el pueblo de segunda, pues la hora de entrada estaba estipulada a las cuatro de

la tarde. El planchero esperó un ratito para pedir la jaula y completar los diez mineros; de pronto todo estaba listo, en la misma calesa, con nosotros, también salía Yamasaky. Venía bromeando con todos, como siempre, diciendo:

—Hoy ser sábaro hay que correr parnda con cabrones mineros, muchos ser muy gorones.

Llegué a nuestra casa en el barrio Del Tres, la cual estaba como medio kilómetro de la mina 5; me di un baño con agua calientita, hice unos ejercicios para relajar los músculos, aunque no me sentía cansado. Me encaminé al restaurante de don Crispín Alonso, el cual estaba como a 100 metros de nuestra casa; me acordé que todos los sábados hacía muy buenos y sabrosos tamales. Le saludé, preguntándole por los tamales, me contestó:

—Sí Chonito, sí hay pero todavía no salen, están en la lumbre. Qué bueno que llegas a tiempo pues ya tengo apartadas varias docenas.

En eso estábamos, cuando escuchamos un trueno, aunque algo sofocado; salimos inmediatamente, dirigimos la vista hacia la mina 5, viendo una densa columna de humo que paulatinamente seguía creciendo, elevándose a un costado a una gran altura, que no pudimos calcular. Rápidamente se unió a nosotros Miguel Cruz, quien trabajaba como carbonero en una de las minas, exclamando angustiado: “¡Dios mío! ¡La mina 5 hizo explosión, vámonos rápido Jaime!”

Poco después llegamos, corriendo, pero ya había obreros en la superficie del claro de la mina; empezaban a llegar familias jadeantes de tanto correr, esposas, madres, incluso hijos de los mineros que habían bajado al interior de la mina. En unos cuantos minutos se veía la angustia y se oían los llantos desgarradores que le llegaban a uno a lo más adentro. Los mineros que estaban afuera no podían contener de ninguna manera a estas familias, que trataban de abalanzarse al claro de la mina.

Como a la hora, llegó una partida de soldados del 38o. regimiento de caballería destacado en la ciudad de Melchor Múzquiz, Coahuila, al mando del coronel Izquierdo. Ya habían llegado también Zamarripa, mi padre, Alejandro Alvarado y Yamasaky, el cual llegó en camiseta. Lleno de sentimiento, casi llorando, exclamó: “¡Jijore, esto ser expresión, toros estar muertos abajo mina, hay que organizar rápido cuadrillas sarvamento”.

Alejandro Alvarado cambió una cuantas palabras con el coronel Izquierdo, inmediatamente se tendió un cordón de sol-

dados en la puerta de la entrada de los patios de la mina, a una distancia de la bocamina como de unos 100 metros; se tendieron tres cordones más, dos a menor distancia que el anterior y el último a dos o tres metros de la bocamina. El coronel les gritó a los soldados: "¡Todos a bayoneta calada!"

Todo se estaba organizado muy bien, pero se hacía muy lento; llegó la cuadrilla de salvamento de la compañía Asarco de Nueva Rosita, muy bien equipada y con mucha práctica y experiencia en todo esto, todos ellos al mando del ingeniero de minas José A. de Silva, gerente de la misma empresa. Bajaron los aparatos, se los acomodaron en sus cuerpos, además —esto nunca lo había visto— traían seis arpilleras de cebolla picada. El ingeniero de Silva dijo con voz serena: "Yo me encargo, haciéndome responsable de todo lo que se refiere a la organización del salvamento". Llegó de igual manera don Eutiquio Canales, de mucha experiencia en las minas de carbón, pues había sido minero mayor años antes en varias minas de la región carbonífera. Por cierto, él fue el que bajó en la primera jaula con diez mineros, yo también me había preparado; me acerqué a un costado de la jaula para bajar con ellos, cuando escuché el grito de un soldado diciéndome:

—Usted de ninguna manera va a bajar, está muy joven para hacerlo.

—Déjeme por favor bajar —le contesté angustiado—, yo soy parte integrante de la cuadrilla de salvamento de la cooperativa.

La jaula no se movía de la superficie, se acercó el ingeniero de Silva diciendo:

—Carajo, hay que bajar lo más pronto posible.

Entonces se acercó el coronel Izquierdo, exclamando:

—Pues este cabrón muchacho está amachado en bajar. Además, ya tiene una parte del cuerpo en la jaula, sería peligroso que la misma se pusiera en marcha.

Entonces llegó mi padre, gritando desesperado:

—¿Qué chingaos pasa aquí? ¿por qué todavía no baja la jaula? Sácate de la calesa, cabrón, pendejo, es cierto que eres muy valiente, pero no tienes ninguna experiencia en esta clase de salvamentos, como los demás mineros que van a bajar.

Ni modo, no tuve más remedio que obedecer. El ingeniero de Silva, ya más calmado, me dijo:

—Mire jovencito, usted está muy joven para bajar.

—Es que abajo hay tres mineros que fueron compañeros míos de escuela en el sexto año —le repliqué.

—Sí, te comprendo, te comprendo, pero nos vas a auxi-

liar en otra forma, debes de conocer a todos los mineros que ya bajaron en la primera jaula, ¿o no?

Le contesté afirmativamente, pues había tomado en mis manos todo el reporte de lampistería, por el cual me di cuenta que mis amigos habían bajado a la mina. En el mismo se tenía todo el control; el minero que pedía lámpara para bajar, debía de registrar su número de cheque, así como también su nombre. Continuó hablando el ingeniero de Silva:

—...de igual manera, necesitamos conocer cuántos mineros poblaron el turno de segunda...

Todos los trabajadores seguían aglomerados en la pequeña oficina de ingenieros, todos querían hablar. Nuevamente el ingeniero expresó:

—Por favor, que se tenga serenidad, de esta manera no se puede avanzar nada. A ver muchacho —me dice—, parece que conoces el control de todo esto, explícame todo, para principiar a formar y organizar el programa de salvamento.

—Bien ingeniero —le contesté— en este turno de segunda, de acuerdo con el informe de lampistería que se tiene a la mano, bajaron setenta y dos mineros.

—Espérame tantito —me dijo— ¿no habrá dudas?

—No —le contesté— el propio lampistero afirma lo anterior, en los cargadores de lámparas faltan las mismas, es decir setenta y dos. Pero en la mina hay setenta mineros, pues dos ya fueron rescatados, están a salvo, internados en el hospital de la cooperativa, son José Reyna y León Espinoza, los cuales venían saliendo de la mina en una calesa, pero al momento de la explosión el impacto del gas, buscando salida, los aventó hasta las vigas de acero y madera que forman parte de la estructura del tiple de la *Kina*; de esta manera se salvaron milagrosamente.

Me siguió dando instrucciones el ingeniero de Silva:

—Haga una relación de los mineros que ya bajaron a la mina en la primera jaula, pues según las instrucciones que le di a Eutiquio, estarán solamente dos horas abajo. En esta forma cheque entrada y salida de todos los mineros que sigan bajando en las próximas jaulas, pues estas maniobras de salvamento serán solamente por dos horas para cada cuadrilla. Hay que organizar a los trabajadores que van a bajar en la segunda calesa, y así sucesivamente, al mando y responsabilidad de las mismas estarán los mineros con más experiencia. Además, a todos sin excepción hay que darles un vaso de cebolla picada y un poco de agua para que la mastiquen. Con la misma, en el organismo se evita el peligro de que se vayan

a intoxicar por las emanaciones de gas grisú que puedan haber quedado.

Luego pidió el plano de la mina, el cual lo teníamos en la misma oficina. Estaba colgado en la pared, con su respectivo marco protegido por un vidrio desmontable, el ingeniero Silva lo estuvo observando detenidamente.

—Caray, la mina tiene solamente un puente de aire, normalmente cuando menos deben de ser dos, uno para recibir el aire limpio y el otro para expulsar el aire viciado, pero la mina apenas está en proceso de desarrollo, es decir, para que me entiendan mejor, todo queda muy cerquita, con solamente cinco cañones, dos hacia el lado sur, dos al norte y un diagonal, todos con sus respectivas labores de trabajo. En cuatro horas cuando mucho terminaremos el salvamento; por desgracia, no creo que haya mineros sobrevivientes, todos deben de haber perecido asfixiados, terriblemente cocidos por dentro, pero así es esto de las minas, muchas veces se gana pero en raras ocasiones, de igual manera se pierde.

Apenas estábamos en eso, cuando oímos que a lo lejos timbró el teléfono de la mina, el cual tenía audífonos exteriores, pues todo lo que se necesitaba en la mina se pedía por esta vía telefónica. En ese momento se solicitaba el movimiento sincronizado, es decir, una jaula salía a la superficie y la otra llegaba al interior de la plancha de la mina. Se realizó la maniobra y ya frente al claro de la mina el ingeniero expresó:

—Se me hace muy rápido todo esto, hay que tener la última esperanza de que algunos mineros sigan con vida. Checa el número de mineros que salgan en la primera jaula —me dijo—, deben de salir cuando menos tres de ellos, más otros tres o cuatro rescatados, con vida o sin ella.

Llegó la jaula a la superficie con solamente tres mineros, el ingeniero rápidamente les preguntó:

—¿Hay alguna novedad? —pues traían unas lonas que tapaban toda la visibilidad de la jaula.

—Sí —le contestó un minero—, encontramos cerca de la plancha, más bien en el cuarto de la romana del interior de la mina a los plancheros y al romanero con vida; vienen sin sentido, pero consideramos que están con vida, por eso no queremos que les dé el aire.

Rápidamente se acercó un médico, los examinó todavía en la jaula y exclamó:

—¡Dios mío, están con vida! ¡Podemos salvarlos! Acerquen de inmediato la ambulancia para llevarlos al hospital,

de momento no los podemos identificar pues todos están completamente llenos de polvo de carbón, parecen negros.

Posteriormente nos dimos cuenta que eran el romane-ro, Lino Sepúlveda y los plancheros Severo Almeida y Lucio Maldonado; el ingeniero pidió una camioneta y me dijo: "Va-monos rápido al hospital, podemos obtener muy buenos da-tos de estos tres mineros". Cuando llegamos ya los habían in-yectado y bañado, el ingeniero Silva preguntó:

—¿De ustedes quién es el romanero?

Lino Sepúlveda le contestó muy serio, completamente angustiado:

—Yo soy, ingeniero —comentando con voz entrecorta-da— sólo alcanzamos a ver una gran bola de fuego que venía por el cañón general avanzando rápidamente hacia la plan-cha de la mina; de inmediato nos tiramos al piso de la roma-na, el cual era de cemento. Nosotros, a Dios gracias, nos sal-vamos porque en esos momentos estábamos lonchando, pasaba uno o dos minutos después de la cinco de la tarde.

Lo anterior posteriormente se pudo comprobar, con las ropas de los mineros, las cuales colgaban siempre en los lu-gares de trabajo, pues en algunas se encontraron relojes de bolsillo, protegidos por unas cajitas metálicas, todos, para-dos a la cinco de la tarde de ese fatídico día 30 de septiembre de 1939.

De esa manera continuó el proceso de salvamento, baja-ba una jaula con mineros al interior de la mina y salía otra a la superficie con tres o cuatro cadáveres de estos obreros víctimas de la explosión. Todo se estaba llevando a cabo en completo orden, ya se tenían sesenta y nueve cadáveres en la superficie de la mina, todos fueron completamente identi-ficados. Le di una checada a la relación de la lampistería, fal-taba solamente uno, llamado Cruz Gloria. Todo lo anterior se había realizado en menos de cuatro horas, como lo había pronosticado el ingeniero José A. de Silva; se continuó bus-cando toda la noche el cadáver de Gloria, y aún a la mañana siguiente, no se podía encontrar por ningún lado. J. Nieves Zamarripa, el topógrafo, el cual también había bajado con las cuadrillas de salvamento, comentó:

—Posiblemente Lino Sepúlveda pueda saber dónde en-contrarlo, me acuerdo que en algunas ocasiones auxiliaba a los plancheros cuando había mucha carga en la mina.

Se fue a consultar a Lino Sepúlveda al hospital.

—Efectivamente, nos estuvo ayudando un rato, pero des-pués no lo vimos, posiblemente su cadáver esté en el interior

de los depósitos de agua que se tienen para amortiguar los golpes de las jaulas.

En ese lugar se encontró el cadáver de Cruz Gloria.

Ya se habían acomodado a todos los cadáveres en camillas que habían enviado del hospital de la compañía Asarco; principiaban a llegar los servicios de funerales de Nueva Rosita y Sabinas con muchos ataúdes. En esos momentos surgieron nuevamente los llantos de angustia, que nos desgarraban completamente el corazón, de las esposas, madres, hijos y demás familiares de todos los obreros fallecidos. Hubo momentos sumamente tensos, no se podía controlar a las familias; los soldados nuevamente tuvieron que calar sus bayonetas. Yo me dediqué por completo a localizar e identificar a mis amigos excompañeros de escuela: Alberto, el "Piracoché" Garza, Ramón Ordaz y Bonifacio Marín. Después de bastante tiempo los encontré, me volví al cuarto de los primeros auxilios, en el cual había suficiente material de curación, algodón, gasas, vendas, etcétera. Me llevé un trozo de gasas y un paquete de algodón, quería cuando menos limpiarles sus rostros y sus brazos. En ese momento llegó don Eutiquio Canales y me dijo: "Chonito, no se te ocurra hacer lo que estoy pensando, pues todos estos pobres mineros quedaron hechos barbacoa, completamente cocidos, la carne de sus cuerpos se desprende fácilmente". Don Eutiquio Canales siempre me apreció mucho, pues vivíamos en el mismo barrio Del Tres y desde el año de 1928 era compadre de mi padre. En esos momentos no pude más, completamente angustiado, sollozando, llorando propiamente, me abracé al cuerpo del señor Canales, él me dijo: "Estás muy nervioso y cansado pero procura llorar, eso es bueno. Desgraciadamente así es esto de las minas, afortunadamente pasan muchos años sin que se registren explosiones en las minas; yo, en mi larga vida de minero he intervenido en varias en Lampacitos, en Rosita y aquí mismo en Palaú, en 1920 y 1925".

El siguiente día fue de luto completo para todos los habitantes de Palaú, pues se les proporcionó cristiana sepultura a todos los mineros víctimas de esta terrible explosión; prácticamente todo el pueblo de Palaú acudió al cementerio notando, angustiados, el inmenso dolor de las esposas, madres, hijos y demás familiares de estos mineros caídos en el cumplimiento del deber, tratando de ganarse el bendito pan de cada día para el sustento de ellos y sus respectivas familias.

Por este infausto acontecimiento, los miembros del consejo de administración y de vigilancia de la cooperativa, soli-

citaron al presidente del municipio de Múzquiz tuviera a bien decretar tres meses de luto, en los cuales se prohibían terminantemente los casamientos, bailes, etcétera. Todo lo anterior fue aceptado, cumpliéndose y observándose no solamente en Palaú, de igual manera en todos los demás minerales y en el mismo Múzquiz, capital del municipio.

Así terminó el año de 1939 para los mineros —socios y asalariados a la vez— de la Sociedad Cooperativa de Producción Obreros Unidos de Palaú, SCL, a consecuencia de la terrible explosión de la fecha que se menciona, motivada por los grandes acumulaciones de gas grisú en algunos lugares de trabajo.

Principió y terminó el año de 1940, dándole nuevamente la vuelta al calendario, yo seguía chambeando como cadenero-estadaletero de primera, “arriba y abajo”, como dicen los señores que juegan a los dados. Además, ya ganaba la fabulosa cantidad de tres pesos diarios, le había perdido por completo el miedo a las minas de carbón. Me acuerdo que de vez en cuando me echaba mis cheves y tragos, cuando esa bebida de moderación podemos decir que estaba en promoción: tres cervezas de cuartito por un peso. Esto lo hacía con algunos amigos mineros y los tragos los tomaba cuando íbamos a campiar; papá sabía que lo hacía de vez en cuando, nunca me llamó la atención, pero una vez se me “durmió el gallo”, pues me había desvelado bastante y sentía algo de cruda. Mi tía Anita, con la cual propiamente me había criado desde la edad de cinco años —mi santa madre, la cual no tuve la dicha de conocer, ni tan siquiera tenerla presente como un recuerdo, había fallecido en octubre de 1920— Anita fue con el grito a papá. De repente sentí que entró abruptamente a mi recámara, yo dormía en un catre bastante amplio, tenía mi escritorio, la máquina portátil *Remington Rand*, una silla, un ropero, ¡ah!, también el retrato de mi novia (desde finales del año de 1939 me la había ganchado a fuerza de perseverancia, bien dicen que hay que perseverar para poder alcanzar; siempre le eché el ojo, muy buena muchacha, habíamos sido condiscípulos desde el primero hasta el sexto grado), pues bien, entró mi padre intempestivamente, diciéndome: “Cabrón, ¿así es como te echas los tragos? Sé que lo haces, sin embargo nunca te he llamado la atención porque te quiero, pero también necesitas ser más hombre, responsable y puntual en la chamba. Ya Anita preparó el almuerzo, unos huevos rancheros, frijoles refritos, un pedazo de carne asada, tortillas de harina y café calentito, quiero que después

de que almorcemos, te eches un buen lonche, aprovechas este día para que vayas a campiar. Primero les das una vueltas a las vacas en el agostadero grande y después te pasas al otro potrero, para que veas también las yeguas”.

Cuando salí le di la vuelta al corral, él ya estaba ensillando mi caballo, se me acercó y me dió una palmadita en la espalda, yo aproveché para preguntarle:

—¿Qué pasa don Chonito? ¿ya se le pasó el enojo?

—¿Qué chingaos quieres que haga? Al fin eres mi hijo, creo que no será la última vez que lo hagas, además, siempre me has ayudado mucho, nunca te rajas para nada.

—Hagamos las paces, nada de rencores.

Así fue siempre mi padre, el cual falleció a la edad de ochenta y seis años, muy enérgico en todos los actos de su vida, pero a la hora buena demostraba su grandeza, generosidad y nobleza de corazón.

Nuevamente, vuelta al almanaque, principiaba el año de 1941, acercándose paulatinamente el día 19 de marzo. Lógicamente, el festejado día de San José; por desgracia ese día resultó fatídico para los mineros de la coperacha, la mina Dos Viejo se ubicaba atrás de los talleres y almacenes, como a 200 metros de las oficinas generales y por supuesto de la de los ingenieros. Principiaba el día, consecuentemente el turno de primera; de repente un obrero entró corriendo a la oficina técnica, gritando:

—¡Hubo un accidente en la mina! El carro minero guía se fue volado.

—En la madre, y Nieves todavía no llega —exclamó Eduardo Pichardo—, sácate rápido la camilla, yo me llevo los demás aparatos, vámonos volados a la mina.

Llegamos corriendo, recorrimos el trayecto en dos minutos aproximadamente; había ya obreros fuera de la bocamina de arrastre, la cual tenía una pendiente calculada en un 10 ó 12 por ciento sobre la superficie. Un minero nos explicó brevemente que el carro minero guía lleno, para tener muy buen peso, tenía en su interior varias ruedas de acero de carros mineros y se le zafó la colilla que lo atora en la superficie y se fue volado al interior de la mina. Pichardo preguntó cuánto hacía de esto, le contestaron:

—Pues cuando mucho unos veinte minutos, no ha salido ningún obrero de la mina.

—Bueno Chonito, vamos a bara a la mina, no llevaremos los aparatos, solamente la camilla más grande.

Así lo hicimos, al avanzar como unos 200 metros, llega-

mos al cañón uno poniente, escuchando quejidos de dolor. Comenté: "Aquí está un minero lesionado". Efectivamente, era don Valentín Chantaca, jefe de gaseros de la mina a quien sacando del cañón, el carro volado le dió un golpe en uno de los costados, un poco arriba de la cintura. Chantaca era un hombre corpulento y pesaba 120 kilos, algunos mineros nos ayudaron a ponerlo en la camilla. Él decía, quejándose mucho: "Por favor no me muevan tanto, siento dolores muy intensos, el méndigo carro me quebró la espina, me siento desgarrado por dentro". Pichardo, como de cuarenta años, pero muy chaparro (con 1.54 de altura aproximadamente) nos dijo: —Tú vas adelante, yo atrás de la camilla.

Aunque yo sabía que esta maniobra no era la indicada le obedecí, no podíamos avanzar gran cosa, el cuerpo de Chantaca se movía hacia atrás de la camilla. Fue en esos momentos cuando llegó el topógrafo J. Nieves Zamarripa, así como también el doctor José Martínez Zamora; Zamarripa nos gritó: "¡Cómo serán pendejos, así no es la maniobra! y tú Pichardo, entre más viejo más bruto, considera el declive de la mina y la altura que tiene Jaime, él debe de ir atrás y tú adelante".

Estos momentos de cambio, los aprovechó el doctor Martínez Zamora para inyectar a don Valentín; reanudamos la tarea de salvación, con el cambio avanzamos mucho y por fin salimos a la superficie de la mina de arrastre, ya esperaba la ambulancia para llevar al minero lesionado al hospital de la cooperativa.

En esos momentos, de igual manera, salió el minero mayor, Atilano "el Simpático" Campos, quien nos dijo: "El carro minero siguió en las paralelas de las vías, pues nunca se descarriló; llegó hasta la frente del cañón general, impactando brutalmente contra el manto de carbón a don Celso Guzmán, palero de lugar en la mina, quien por desgracia falleció en forma instantánea. Además, le dio un golpe en el cerebro al bombero Refugio, Cuco Argumedo; también Moy, el ayudante de Celso está gravemente lesionado, tiene una pierna completamente destrozada, desde abajo hasta la ingle. Le improvisamos un torniquete pero no funcionó, pues la lesión está muy arriba, sigue perdiendo mucha sangre; ya llegó la otra cuadrilla de salvamento hasta el lugar del accidente, no tardará mucho sin que aparezca en la bocamina, con los mineros accidentados".

Por desgracia, nada se pudo hacer por los tres mineros accidentados, Valentín Chantaca, Refugio Argumedo y Moisés Villaseñor. El primero de ellos a consecuencia del acci-

dente resultó con la columna vertebral destrozada, un poquito arriba de la cintura, además, con estallamiento de vísceras, pues no obstante su fortaleza física las lesiones fueron consideradas por los médicos como mortales; falleció al día siguiente. De igual manera, dos días después, Cuco y Moy. Nuevamente por desgracia había luto en los cuatro hogares de los mineros que perecieron víctimas de este fatal accidente de trabajo; en sus sepelios propiamente podemos decir, sin ninguna exageración, que el pueblo completo, es decir, todos los habitantes de Palaú, hizo acto de presencia, llegando hasta el "valle de lágrimas" para despedir a estos esforzados mineros que sucumbieron en un sublime holocausto. Don Celso Guzmán en forma instantánea y los tres restantes a los días de haber sufrido este fatal accidente de trabajo.

Yo continuaba con mi vida de siempre, seguía montando a caballo, pero por lo general nada más cada fin de semana. Practicaba beisbol diariamente, con juegos del "rey de los deportes" cada fin de semana; asistía con frecuencia a los bailes; cumplía con mi novia, me sentía feliz de la vida, pues la misma avanzaba paulatinamente. Ya había cumplido veintisiete años de edad, seguía practicando con frecuencia en mi máquina de escribir; tomaba notas en taquigrafía. Quería cambiar de chamba, me gustaban mucho los trabajos de oficina, además de pronto me habían entrado "ñañas", nunca supe el porqué pero de plano le sacaba a seguir bajando a las minas de carbón todos los días. Con frecuencia recordaba las palabras del japonés, José Ángel Yamasaky: "Minas carbón perigosas, uno entrar pero no saber sariendo. Pero arcabo para morir nacer; yo no tener miero, chingaras minas". Mientras tanto, mi amigo Oscar Garza Maldonado, con la paciencia que siempre observó, toda su vida, había tomado un curso por correspondencia de topografía en la Escuela Internacional de la América Latina. Después de tres años se recibió como topógrafo, con excelentes calificaciones; siempre fué muy delgaducho, con frecuencia padecía de catarros constipados, tomaba mucho el famoso tónico "Quina-Laroche", a menudo me decía a mí: "Quisiera tener tu cuerpo, atlético, bien formado"; yo le contestaba en plan de broma: "Para que lo consigas tienes que chingarte un rato". El no me contestaba, solamente se concretaba a sonreír.

Uno de tantos días, me di cuenta que a José Antonio, Toño Figueroa, hijo del maestro mecánico Vicente Figueroa —jefe del taller mecánico de la cooperativa— le había tocado por suerte principiar a trabajar como mecanógrafo en las ofi-

cinas de la coperacha, él de plano no sentía mucha vocación por esta chamba. Un amigo de nosotros me comentó lo anterior, diciéndome:

—Sería bueno que permutaras trabajo con Toño, parece ser que le gustaría estar en el departamento técnico de la cooperativa.

Cierto día lo fui a visitar a su casa pero me informaron que andaba en el rancho con su papá, el maestro Vicente Figueroa; le dejé como recado que quería hablar otro día con él, que me buscara en la oficina. Así ocurrió, estuvimos platicando, me dijo entre otras cosas:

—La mera verdad yo no quiero estar en las oficinas porque ando mal en ortografía, redacción, etcétera.

De esta manera permutamos, yo a la oficina, él a la mina como cadenero-estadadero.

Al terminar el año de 1941, que fue de luto para la gran familia minera por el terrible accidente de trabajo que se menciona, le damos otra vez vuelta al almanaque para principiar el año de 1942, el cual terminó sin pena ni gloria, es decir, no hubo novedades que consignar, si acaso que la cooperativa de producción seguía brillando con luz propia, administrada honestamente por socios de la misma, obteniendo muy buenos resultados económicos. Con lo anterior se demostraba al gobierno de la República y al mundo entero que más que técnica y títulos universitarios, en todos los órdenes de la vida, principalmente en los manejos administrativos y económicos, debe de tener prioridad la honestidad de las personas que lo manejan.

Principiamos el año de 1943 y a mediados del mismo, se empezaron a correr rumores en mi tierra prieta, Palaú de que el gobierno de nuestra República, a través de las compañías siderúrgicas, necesitaba, pero de urgencia, aumentar la producción del acero. Por este motivo se había señalado a Monclova para construir y posteriormente echar a andar una nueva industria siderúrgica. La industria de referencia principiaría a operar con un solo horno, sin embargo, para cubrir tan buen e intencionado propósito, se tenía que cubrir dos aspectos muy importantes: la compañía Altos Hornos de México, SA (Ahmsa) no disponía de una sola mina de carbón, además, no se contaba con las suficientes reservas de arrabio; estos dos importantes minerales son básicos en las aleaciones para producir el acero. Al terminar el año de referencia, se le echaron muchas ganas a la construcción de la planta siderúrgica, miles de obreros de obra directa y especializada

estaban trabajando activamente. En mi tierra muchos amigos mineros aseguraban que la compañía Altos Hornos se interesaba mucho por la adquisición, desde luego empleando todos los términos legales en la compraventa, de la mina de carbón de Palaú —talleres, edificios, maquinaria, etcétera—, que como se ha descrito, estaba operada, legalmente constituida por la sociedad cooperativa de producción. Dicha compañía necesitaba de urgencia una mina de producción de carbón coquizable es decir, con muy poco porcentaje de ceniza. La mina 5 de la coperacha, muy rica en carbón muy vituminoso, propiamente quedaba “como anillo al dedo” a la compañía de referencia.

Por fin, parecía que cristalizaban sus proyectos haciéndose oficial el rumor de la compraventa de la coperacha, del consejo de administración y de vigilancia de la misma (cuyo presidente era el señor Miguel Pérez González). Sin embargo, mi padre se había reintegrado a sus labores habituales como maquinista especializado, estaba trabajando en la mina 5, aunque se le había asignado un nuevo nombramiento como consejero de los Amigos Mineros, administradores de la cooperativa; todos ellos fueron convocados a la Ciudad de México por la Dirección General de Fomento Cooperativo, en representación propiamente del gobierno de la República y de la compañía siderúrgica Altos Hornos. Se hizo la solicitud oficial de compra, los administradores pidieron un plazo de dos días para estudiar y contestar en forma afirmativa o negativa esta proposición. Se consultó con el comité ejecutivo general del SITMMSRM el cual, después de los estudios respectivos recomendó la conveniencia, muy favorable por cierto, de cerrar esta operación. Sin embargo, se pedía la opinión de todos los concejales de la coperacha; nadie hablaba, de pronto el secretario general del sindicato de mineros, todavía muy recordado por cierto, Agustín V. Guzmán, le soltó la papa caliente a mi padre:

—¿Y usted, compañero Chon que, me consta, ha luchado desde años atrás por la conservación y engrandecimiento de esta fuente de producción que, nos damos cuenta, ha rendido magníficos resultados positivos, con su larga experiencia, qué nos puede comentar en relación con este importante problema?

Mi padre le contestó, sonriendo, en forma optimista:

—Pues, Agustín, en unas cuantas palabras lo voy a decir todo, hay que aplicar el dicho: “cuando te compran, vende”. Entraremos en negociación directa, asesorados por us-

tedes, con la compañía Altos Hornos la cual ya tiene que sacar la cara, pues tal parece que está necesitando guajes para nadar.

De esta manera se entró en pláticas de negociación, la compañía propuso una comisión de avalúo, los concejales lo aceptaron. Altos Hornos expresó que tenía la muy buena intención de darles chamba a todos los socios de la cooperativa que tuvieran menos de treinta años, firmar un contrato colectivo de trabajo, aumentando al "rompe y razga" el 50 por ciento en los salarios que tenía establecidos la cooperativa. Nadie hablaba, todos parecían muy contentos con las proposiciones de la compañía. Se solicitó un pequeño receso y Agustín Guzmán V. expresó:

—Todo esto está muy bueno muchachos, hay que aceptarlo. Además, la Sección 28 de ustedes, actualmente pasiva, recobrará su vigencia al firmarse el primer contrato colectivo de trabajo.

Mi padre le preguntó, sumamente serio:

—¿Y eso es todo Agustín?

—Pues sí don Chonito, todo me parece muy favorable para ustedes, aparte de lo que le vaya a tocar por la venta a cada uno de los socios de la cooperativa.

—Pues con todo el respeto y aprecio que te tengo como viejos amigos, permíteme decirte que estás jodido con todo esto, que no alcanzas a comprender que la compañía quiere hacer un desviejadero de muchos socios de edad madura de nuestra cooperativa. Yo de ninguna manera estoy de acuerdo con esta proposición, ojalá que los demás concejales me apoyen, si consideran que tengo la razón.

Nuevamente habló Agustín Guzmán V. y le dijo a mi padre:

—Discúlpame, pero como dicen ustedes, a la mejor tamalera se le va un chile. Te agradezco que me abras lo ojos en esto, todos los socios de la cooperativa, sin tomar en consideración edades, tendrán chamba en la compañía. Si quieren llegar a un arreglo satisfactorio, tendrán que tomar en cuenta nuestra petición, porque yo también la considero muy justa.

Al fin de cuentas todo se arregló, la compañía lo aceptó todo, la Sección 28 firmó el primer contrato colectivo con la compañía Carbonífera Unida de Palaú, SA (Cupsa) y *tuticon-tenti*. De tres pesos que ganaba yo como mecanógrafo, me aumentaron casi el 50 por ciento, pues ya ganaba la fabulosa cantidad, como mecanógrafo de 5.98 pesos diarios. Además,

después de haberse realizado el avalúo correspondiente, la compañía pagó por la cooperativa la cantidad de 4 600 000 (cuatro millones seiscientos mil pesos), cada socio de la cooperativa alcanzamos la cantidad de 6 mil 015 pesos.

Nuevamente, al terminar ese año de 1944, parece que fue en el mes de octubre, mi vida daba un giro de ciento ochenta grados. Por mi propio gusto hacía gestiones, por fortuna favorables, para ingresar al numeroso grupo de los maridos oprimidos. Nombraba una comisión para que fuera a pedir a mi Tencha, la novia de ayer, de mañana y de siempre. A Dios gracias estamos por cumplir cuarenta y tres años de vida matrimonial, pues nuestro matrimonio civil y religioso se efectuó, jamás lo olvidaré, el 10 de diciembre de 1944. Procreamos cuatro hijos: Ofilia, María Teresa, María del Refugio y Encarnación Jaime Ruiz; las dos primeras son maestras, tienen ejerciendo esta noble profesión veinte y dieciocho años respectivamente. "La Negra", Cuca, como cariñosamente siempre le hemos llamado, solamente llegó hasta segundo de secundaria y Encarnación es técnico en refrigeración, pertenece al Club de Leones y desde el año pasado se inició en la masonería, por lo general nunca falla a este taller los días viernes de cada semana.

Posteriormente, todo se volvió una simple rutina. Se convocó a asamblea de elecciones para cambio parcial del comité ejecutivo local de la Sección 28 del sindicato de mineros; por unanimidad de votos resulté electo para ocupar la función de secretario general local del interior, exterior y actas, todo lo llevaba muy bien. En las asambleas tomaba versión taquigráfica, traducía la versión plasmándola en las cuartillas y echándole muchas ganas a la *Remington Rand*. Además, enviaba con mucha oportunidad todos estos documentos al comité ejecutivo general; redactaba los oficios que se enviaban a la compañía, dentro de las demás carteras de los funcionarios del comité ejecutivo local, etcétera. En fin, poquito a poco me fui ganando la confianza y la amistad de todos ellos; posteriormente desempeñé otras comisiones como funcionario del comité ejecutivo local, dos de revisión de contrato, cuatro de reglamento interior; fui delegado en la novena convención ordinaria del sindicato; además tuve más de treinta comisiones de diferente índole, pero todas dentro del aspecto y control del sindicato en la Ciudad de México.

En el año de 1954 desempeñé una comisión con dos miembros más del sindicato de la Sección 28 para tratar —en

México, con la intervención de la Secretaría del Trabajo y Previsión Social y de funcionarios del comité ejecutivo general del sindicato— graves problemas que teníamos con la compañía, pues la misma estaba violando constantemente algunos artículos del contrato colectivo de trabajo; sobre todo lo relacionado con la seguridad e higiene industrial. Sobre esto último, uno de los mineros de la mina La Sauceda, llamado Jesús Borjon, había bajado hasta el primer cuarto de herramientas, distante de la bocamina en más de 200 metros, a dieciocho mineros sin sus correspondientes lámparas mineras, exponiéndolos lógicamente a graves peligros.

Lógicamente, todo lo anterior causó tremenda indignación entre los mil doscientos obreros de la compañía, miembros activos de la Sección 28. Este grave problema se discutió mucho en la Ciudad de México sin que los comisionados, asesorados por funcionarios del comité ejecutivo general, pudiéramos obtener algo positivo. Concretamente, exigíamos que la empresa corriera o moviera de la chamba al minero de referencia. Por fin, el licenciado Adolfo López Mateos sugirió en forma amable a los representantes de la empresa que aceptaran una visita de inspección por parte de un funcionario de dicha Secretaría a la mina La Sauceda, pues de igual manera se tenían quejas del sindicato en el sentido de que había lugares de trabajo muy bajitos y completamente insalubres. La empresa, de la manera mas inocente, cayó en la trampa que hábilmente le había tendido el ministro del Trabajo, licenciado López Mateos. Para el desempeño de esta comisión la Secretaría del Trabajo designó a uno de sus brazos principales, “el hombre fuerte” —así le llamaba el subsecretario del Trabajo, licenciado Salomón González Blanco— ni más ni menos que al licenciado Guillermo Candiani, jefe de la mesa de conciliadores de la Secretaría.

El señor Guillermo Candiani estuvo con nosotros varios días, recuerdo muy bien lo que me dijo cuando nos regresamos de México:

—Usted, amigo Jaime, será el responsable de mi integridad física en los días que esté con los mineros en Palaú; propiamente, será mi pistolero.

Se trabajó muy duro para resolver todos los artículos violados, pero tan pronto se abordaba el de seguridad, la compañía, a través de sus licenciados y del ingeniero Juan H. Heitz, gerente de la empresa, mañosamente se salía por la tangente. Me acuerdo perfectamente bien que las pláticas se terminaban a la una o dos de la mañana, yo tenía que acom-

pañar al licenciado Candiani a Rosita en un automóvil de sitio, pues lo teníamos hospedado en un buen hotel de ese importante mineral —actualmente Ciudad Nueva Rosita. Yo, desde tiempo atrás había hecho una buena amistad con él, un día le expresé:

—Se nos está quedando sin resolver el asunto del minero Jesús Borjon.

—No mi pistolero, lo que pasa es que le estoy soltando el mecate a la empresa, pues las instrucciones de mi ministro, el licenciado López Mateos son terminantes, sacar de la empresa a este minero, ellos sabrán si lo liquidan o lo cambian a otra de sus factorías, pudiera ser a las minas de Barroterán. Pero de todo esto, le suplico a usted, amigo Jaime, que no lo comente con ningún funcionario de la Sección 28.

Por fin, se llegó el día de la bajada al interior de la mina para la inspección ocular de los lugares de trabajo. De las oficinas de la empresa nos trasladamos a la mina La Saucedá, todos pedimos equipos para bajar. El ingeniero Heitz le expresó al licenciado Candiani:

—A mi no me gustaría que usted bajara a la mina, pues aparte de ser peligrosa, no conoce nada de esto.

—Si baja mi pistolero yo también lo puedo hacer —le contesto Candiani.

—Pues Jaime conoce mucho de los problemas de las minas, solamente de oídos —dijo sonriendo— pues nunca ha bajado a ellas, pero como asiste a todas las asambleas de los obreros y tiene muy buena memoria, se le pega todo, por eso discute mucho, pero sin tener argumentos para defenderlo.

El licenciado Candiani, ya un poco molesto le dijo:

—Pues de todas maneras vamos a bajar al interior de la mina, pero de antemano le agradezco su consejo.

Así, bajamos al interior de la mina La Saucedá dividiéndonos en dos grupos, el primero integrado por Heitz, Candiani, un servidor, el gasero Pedro Moreno —el cual, previamente nos había aconsejado sobre los lugares más peligrosos e insalubres de la mina que teníamos que visitar— además, Antonio Olivo, jefe de la comisión mixta de seguridad e higiene industrial de la empresa; cinco personas que en el cumplimiento del deber también estábamos exponiendo nuestras vidas, como todos los mineros lo hacen diariamente.

En el cañón general de la mina nos encontramos a dos paleros, Eligio Terán y Luis Cruz con sus respectivos ayudantes, estaban poniendo madera en la frente de trabajo y enhuacalando el cielo de la mina, como a unos 10 metros del avan-

ce general. Los saludamos y les presentamos al licenciado Guillermo Candiani; tanto el ingeniero Heitz como el propio licenciado expresaron:

—Tenemos mucha sed, pues sentimos mucho calor.

Los mineros les dieron sus cantimploras, que ellos llaman de igual manera "caramallolas". De pronto, don Luis Cruz, me dice:

—¿Te sientes cansado Chonito?

—Pues algo —le contesté— es natural, ya tenía varios años que no bajaba a las minas, más de diez pues antes lo hacía diariamente, cuando fui cadenero-estadadero, tanto en la cooperativa como en la compañía.

Se terminó la visita de inspección después de cuatro horas y regresamos a las oficinas para continuar platicando. Al final de cuentas todo se arregló, la empresa accedió a retirar al minero Jesús Borjon de la mina La Saucedá y enviarlo a las minas de Barroterán.

El reloj del tiempo fue avanzando en forma paulatina, así transcurrieron casi treinta años; los mineros de toda la región carbonífera trabajaban normalmente en el interior de las minas, tratando de ganar el pan bendito de cada día para el sustento de sus familias. Así se llegó al fatídico, funesto día 30 de marzo de 1969. Un sábado por la tarde, el turno de segunda de la compañía minera se pobló con ciento cincuenta y tres mineros, los cuales poco tiempo después fallecieron en forma espantosa, instantánea, víctimas de las explosión de la mina Guadalupe. Nuevamente el gas grisú aparecía haciendo de las suyas, demostrando que siempre será el enemigo mortal de los mineros de las minas de carbón.

La aparición

Jorge Obregón Espinoza

El primer Carmelo Briones no era de aquí, era de más abajo, por Toluca. Los que sí ya nacieron aquí, en el mineral Del Monte, fueron mi jefe y su papá, el Tata. Este ya murió pero era él quien, sentado en un cajón después de la cena nos mantenía despiertos a mis hermanos y a mí hasta que mi padre regresaba de su turno en la mina de Dolores.

Algunas noches cuando, seguramente, ya se le habían agotado las anécdotas que sobre su trabajo en los socavones solía contarnos para hacer menos pesada la obligatoria espera para dar las buenas noches al señor de la casa, el Tata nos hablaba sobre la historia del creador de sus días, que "en gloria esté".

Mi viejo decía: "Llegó al mineral Del Monte cuando la principal empresa minera pertenecía a los ingleses. El ya no era un jovencito, aunque tampoco viejo, era de mediana edad, pero muy fuerte. Procedía de la cárcel de Toluca, donde estuvo preso por no haber querido ingresar al ejército ya que consideraba que el presidente de aquel entonces, Manuel de la Peña y Peña, había entregado a los norteamericanos la mitad de nuestro territorio.

"Don Carmelo —proseguía el Tata— fue condenado a muerte, pero como en esos tiempos también estaban reclutando gente para trabajar en las minas de por aquí, le cambiaron la condena por diez años de trabajo en los tiros. Y ahí tienen que lo trasladan desde Toluca hasta acá. Lo instalaron en un presidio que pagaba la compañía y lo pusieron a acarrear tamaños costalotes hechos de cuero de chivo, cargados de mineral.

“Luego —continuabad el abuelo—, lo cambiaron a los ademes y más tarde a las barretas y al desagüe. Ahí, mi padre era el encargado de alimentar de leña a una enorme bomba de vapor que quemaba toneladas y toneladas diarias de troncones. Han de saber que el pobre trabajaba de diez a doce horas todos los días, menos los domingos, sin parar y vigilado constantemente por los guardias. Mal comido y mal pagado no disponía de dinero pues su chivo no se lo daban completo porque disque le guardaban la mitad para cuando saliera libre, si es que salía, pues con el trabajo tan duro los presos no aguantaban y pronto morían accidentados o del terrible mal de piedra.

“Pero una vez, ahí tienen que mi padre junto con otros tres presos que eran de Guanajuato, se escondieron en un socavón a la hora de la salida y ahí se estuvieron hasta la madrugada. Pa’que decirles que pronto se dió la voz de alarma y salieron todos los guardias en su persecución dejando libre la entrada de la mina. Aprovechando este descuido, mi padre y sus compañeros, que se salen pa’fuera y a correr. Agotados, pero sin haber sido vistos, llegaron a un montecito, en ese lugar los tres fulanos decidieron irse a través de la sierra huasteca hasta Veracruz, donde dijeron que tenían familiares. Mi padre, que no tenía pa’onde jalar se fue a Pachuca. Ahí, afortunadamente, se encontró con buenas personas que le prestaron ropa para que no se distinguiera que era preso y de nuevo se vino pa’l Real del Monte, arriesgándose a que lo reconocieran.

“Por estos rumbos anduvo vagando unos días comiendo yerbas y bellotas y pidiendo en los jacales aunque fueran tortillas duras hasta que, como pudo, lavó su ropa, se rasuró la barba y medio disfrazado se presentó en el mero centro del pueblo. Su aparición no llamó mucho la atención pues la gente de por aquí, en esos tiempos, estaba acostumbrada a la presencia de forasteros que acudían en busca de trabajo en las minas. Pero un día, uno de los guardias se le acercó y le dijo:

—Epa tú, fuereño, ¿andas buscando chamba?

—Pos sí señor, vengo de lejos a ver si me contratan, —dijo mi’apá.

—Ah, pos ven pa’acá, en la mina del Rosario necesitan peones, quien quita y te enganchen. Pregunta por don Nestor y dile que López, el guardia de los ingleses, te manda y que me guarde mi comisión.

“Y así fue que Carmelo Briones, de condenado a muerte, se convirtió en un minero libre y jamás fue reconocido ni

molestado por su fuga. De la mina del Rosario se fue a la Purísima Chica y más tarde a otra y otra, hasta que dió con un amigo que le propuso dejar de ser asalariado e irse con él a trabajar un terrenito de superficie que había encontrado y que él 'ahí, poco a poco' explotaba. Así, entre los dos empezaron a trabajar.

"Pronto se les arrimaron dos mujeres, hermanas ellas, que vendían atole y con quienes ellos almorzaban. Una de ellas, Encarnación González, se entendió con mi padre y al poco tiempo se casaron con todas las de la ley, si no, no hubiera yo nacido. Ya juntos se fueron a vivir al Hiloche en una casita que, previamente, don Carmelo había construído con madera del lugar y que estaba muy cerca del yacimiento que, ya para entonces, trabajaba en sociedad con su amigo, cuyo primer nombre era Miguel, de los demás ni me acuerdo".

Al llegar a esta parte del relato, mi abuelo siempre hacía un alto y continuaba al día siguiente o cuando hubiera oportunidad. Siempre fue así, sin fallar y vaya que repitió la historia muchísimas veces. Al seguir con la reseña, el Tata proseguía:

"¿En qué nos quedamos la otra vez? Ah, ya recuerdo, en el matrimonio de don Carmelo y doña Chona, mis queridos padres. Pues sí, en eso andaba el señor, trabajando el terrerito del que ya era medio dueño. Sacaba todos los días varias cargas de mineral que su compañero vendía a los compradores libres o coyotes que se dedicaban a negociar con los operarios de las minas que sacaban mineral de 'partido', es decir, la parte que, una vez cumplida su tarea ordinaria, extraían para repartirla a medias con el patrón y cuya propiedad les correspondía para aumentar en algo el pobre salario que devengaban. También estos rescatadores compraban el mineral que, algunos trabajadores poco honrados, subrepticamente sacaban de las minas o de las haciendas de beneficio, aprovechando la negligencia de los cuidadores.

"Un día en que mi padre había tomado más pulque del que acostumbraba, vió un resplandor en medio del agujero que escarbaba a diario. Pensando que la brillante luz era producto de la bebida ingerida no prestó atención hasta que, después de un rato, al extinguirse el brillo, vio surgir la figura de un hombre, de un anciano, que al acercarse a él hizo que sintiera un escalofrío. Asustado, el viejo preguntó a la aparición si era de este o de otro mundo. La respuesta no fue entendida muy bien por mi padre, pero sí la orden que recibió: 'Ahí, donde viste el resplandor, métele el pico y a tres metros

de profundidad, encontrarás la más rica veta de plata nativa que nunca se haya encontrado en este país’.

“Mi padre —proseguía el abuelo—, al principio no supo que hacer pero al día siguiente, al contarle a su compañero lo sucedido, éste le recomendó que, por aquello de las dudas, realizara una excavación en el sitio indicado, cosa que de inmediato se efectuó. Durante varias semanas los dos socios del terrerito estuvieron cavando, turnándose uno durante el día y el otro durante la noche, hasta que, al llegar justo a la profundidad indicada por la aparición, descubrieron una veta con claras muestras de contener ricos valores de plata.

“Al llevar unas piedras al ensaye, el análisis contenido en un papel oficial denotaba que tal veta debería de dar de 90 a 100 kilos de plata por tonelada. Ya se imaginarán ustedes la sorpresa de los descubridores de este tan inesperado como rico filón. Luego, luego, los que se consideraban ya millonarios, hicieron todas las gestiones para denunciar la mina y realizar las obras de exploración. Se habilitaron de lo indispensable para efectuar los ademes correspondientes puesto que, una vez abierto el pozo, se denotó que la veta señalaba un rumbo casi horizontal.

“Efectivamente, después de haber cavado unos 20 metros en línea recta, el mineral extraído produjo a los mineros una ganancia nunca antes soñada”.

Aquí el abuelo hacía otra pausa, recomendaba irse a la cama y prometía continuar en otra ocasión la interesante, pero muchas veces relatada, historia.

Otro día cualquiera el abuelo proseguía su cuento y, como de costumbre, lo iniciaba de esta forma: “¿En qué nos quedamos? Ya, ya, en el descubrimiento de la veta a la que mi padre, que Dios guarde, puso por nombre La Aparición. Pues bien, conforme se iba siguiendo el dichoso filón, se iba ademandando sobre el nivel a medida que se continuaba la obra de exploración. Cuando ya se habían descubierto unos 300 metros y se habían colocado unos seis ademes, el socio de mi padre, ilusionado con las cuantiosas ganancias obtenidas, llevó a su esposa a conocer el yacimiento haciéndola bajar por el pozo e introduciéndola para que contemplara la riqueza tan grande que iba a producir la mina.

“En los momentos en que ambos llegaron al término de lo explorado, mi padre y dos operarios barreteros que ya les ayudaban y que se quedaron esperando en la superficie, escucharon un pavoroso tronido y con espanto vieron como se sentaba sobre el nivel de la mina una masa de miles de tone-

ladas de *soil* o capa vegetal que sepultó, sin misericordia, al desgraciado matrimonio.

“Por más esfuerzos que se hicieron no fue posible rescatar, en esos momentos, con vida a las víctimas del derrumbe. Un día más tarde y con la ayuda de las autoridades y numerosos vecinos, se pudo sacar de entre los escombros a don Miguel y su señora, a quienes se dió cristiana sepultura. Mi padre, posteriormente y pasados los días reglamentarios del duelo, trató de volver a localizar el yacimiento, pero todo fue inútil, la veta se había perdido y aún cuando se hicieron pozos en distintos puntos, no se pudo volver a encontrar.

“La versión que corrió por todo el mineral Del Monte y que llegó hasta Pachuca, era en el sentido de que la rica bolsa se perdió por celos. Y es que en esos distritos mineros y en casi todos los del país existe la leyenda que dice que, cuando una mujer visita una mina, la veta, que es femenina, se encela y huye del hombre que la ha traicionado, enfrentándola cara a cara con su rival”.

El abuelo terminaba su bonito relato explicando que finalmente su padre, después de un tiempo de andar buscando inútilmente esa u otra veta productiva, gastó todo el dinero que había obtenido y tuvo que conformarse hasta el fin de sus días con el raquítilo salario que le pagaban como barretero de la mina de Las Palmas, en cuyos niveles murió un día víctima de la temible silicosis.

El abuelo lloraba como un niño al llegar a esta parte de su historia y nos aconsejaba que cuando viéramos a una mujer penetrar al interior de un tiro huyéramos, pues de seguro habría un derrumbe o cuando menos se perdería la veta.

Esta narración, contada por mi difunto tata, se me quedó grabada en la memoria desde la infancia hasta que, ya adolescente, en la escuela secundaria un ingeniero que nos daba física, luego de que yo le platicué la vida de mi bisabuelo, me explicó que lo que debió haber sucedido en este caso fue que, tanto mi antecesor como su amigo y socio, cavaron el pozo contra todas las reglas que dicta la ingeniería de minas moderna. “Ellos —aclaró mi mentor—, lo que debieron haber hecho era limpiar el terreno para colar fuera de la influencia de la veta, no colar sobre ella para que no sufriera el nivel la acción del intemperismo diferencial y los efectos sobre la roca encajonada como resultado de las soluciones ascendentes, que fueron las que dieron lugar a la formación de la veta. De haberlo hecho así el derrumbe no se habría producido —agregó el profesor—, y su bisabuelo hubiera seguido disfru-

tando de una bonanza pocas veces vista. Lo que no me explico —aseguró— es porqué se perdió la veta de la cual jamás he oído hablar por estos rumbos”.

Después de esta explicación, tanto mis hermanos como yo, hemos llegado a la conclusión de que los aparecidos, o no son mineros o no han ido nunca a la escuela. De haberlo hecho, ahora seríamos ricos y ni mi padre ni yo tendríamos necesidad de seguir subiendo y bajando a los niveles en la calesa.

Autobiografía y crónica de la huelga de Nueva Rosita

Manuel Santos Montemayor

Nací en Nuevo Laredo, Tamaulipas el 26 de mayo de 1912. Mis padres fueron don Manuel Santos y Tomasita Montemayor. El primero originario de Bustamante, Nuevo León y la segunda de Higuera, también en el estado de Nuevo León.

Mi padre fue ebanista de oficio y un autodidacta en el aspecto intelectual y profesional, pues sin haber concurrido a ninguna escuela superior litigaba como abogado y llegó a desempeñar puestos públicos en los diferentes juzgados en Nuevo Laredo, donde participó en la política local en la década de los años diez, cuando los vaivenes políticos aún no adquirían estabilidad.

Fue hasta el advenimiento de Plutarco Elías Calles cuando nació el invencible PNR ya como institución política de control —que aún perdura con el nombre de PRI.

Mi padre murió a los 64 años de edad en Nuevo Laredo, el 21 de marzo de 1927. Mi madre, de origen campesino y escasa cultura, fue la segunda esposa de mi padre (que había enviudado) y siempre estuvo dedicada a las labores del hogar.

Del primer matrimonio de mi padre hubo tres hijos: Francisco, Rafael y Amelia, todos ellos ya fallecidos. De su segundo matrimonio fuimos cuatro hijos: María Teodora, José Ángel, Ángel José y yo; de todos solamente yo sobrevivo.

A partir de los años veintes la situación económica familiar vino a menos, fue bastante crítica y en medio de privaciones y penurias pude hacer mi instrucción primaria completa: primero y segundo años en la escuela Miguel Hidalgo y el resto, hasta el sexto año, en la Miguel F. Martínez. En aquellos tiempos no había escuelas secundarias ni prepara-

torias como ahora. La instrucción era más seria. Eso sí, más sólida y más amplia.

Como antes digo, no había secundarias y mi madre, que no había hecho su primaria completa y que sabía por experiencia la falta que hace la instrucción y preparación, al ver que no había ninguna posibilidad económica de enviarme a estudiar a Ciudad Victoria, Monterrey o Saltillo, las capitales más cercanas a Nuevo Laredo, me sugirió la idea de repetir el sexto año de la primaria a pesar de no haber salido reprobado, cosa que hice para aprovechar la magnífica capacidad del entonces profesor Jesús B. Santos —no pariente— originario de Villa Aldama, Nuevo León y ahora licenciado en Derecho.

Con la muerte de mi padre murieron definitivamente mis aspiraciones de cursar una profesión o la educación superior. Al sepelio de mi padre asistió un hermano suyo, el profesor Jesús Santos (homónimo del que fue mi maestro), y me ofreció ayuda para ir a estudiar a Monterrey pero no acepté su generoso ofrecimiento ante la situación familiar, pues tuve que convertirme en el sostén de la casa, a pesar de mi edad. Y así fue como me inicié como aprendiz de mecánico automotriz, cosa que ya había iniciado en forma irregular recién salido de la escuela y un poco antes de la muerte de mi padre.

Antes de terminar la primaria fui “comidero”, así nos decían a los niños que llevábamos la comida del mediodía a los trabajadores ferrocarrileros (que eran vecinos nuestros) a los talleres, cosa que hacíamos en el tiempo libre, antes de regresar por la tarde a la escuela. Me pagaban 65 centavos por quincena, cosa muy buena en aquellos dichosos años.

A propósito de esta actividad y por vivir en un barrio de puros ferrocarrileros, en 1926 escuchaba yo a muchos de ellos hablar con mucha pasión y calor de su movimiento insurgente en defensa de sus derechos, movimiento que aplastó Plutarco Elías Calles en forma violenta, anticonstitucional y despiadada, como ha venido sucediendo más o menos con todos los gobiernos posteriores (que orgullosamente se autopregonan “revolucionarios”) excepción hecha, claro está, del señor general don Lázaro Cárdenas y sin excluir al licenciado Luis Echeverría, por más que la “gran” prensa de México, incondicional y aduladora del poderoso en turno, afirme lo contrario.

Pues bien, allí con los ferrocarrileros del barrio tuve mis primeras nociones —muy vagas por cierto, dado mi escaso entender— de lo que era la clase obrera y sus luchas reivin-

dicativas. Otra cosa que aprendí estando en la primaria, por la historia y por lo que vi, fue a odiar a los gringos, nuestros siempre fatales y nefastos "primos y buenos vecinos".

Nuevo Laredo era muy chico en aquellos años, la escuela estaba rodeada por las calles de Doctor González, Doctor Mier, Lerdo de Tejada y Reynosa. Por la calle de González —la principal—, al final de ella y a orillas de la ciudad pero no muy lejos de la escuela, estaba la zona roja o de tolerancia, así que nosotros, a la hora del recreo presenciábamos el paso obligado de los gringos para ir a embriagarse y a disfrutar de su vida licenciosa en los burdeles.

Recuerdo que en una ocasión venía un gringo cayéndose de borracho y apoyándose en la cerca o verja que rodeaba la escuela; nosotros andábamos jugando a las canicas a la orilla del patio. Algunos niños, al ver al gringo dejaron de jugar y se acercaron a él pidiéndole dinero: "Guime guan nicol, mister" le decían, y el gringo con una risa idiota de borracho, pero sin dejar de lucir su aire de gente "superior" empezó a aventar monedas, gozando al ver cómo se atropellaban los muchachos por ganarlas. Aquello, lo recuerdo con mucha indignación y vergüenza.

¡Cómo recuerdo también aquellos tres meses que pasé en Dilley, Texas! cuando recién fallecido mi padre nos fuimos mi madre, mis hermanos y yo a trabajar y tratar de ganarnos el sustento. En ese lugar vivía una hermana de mi madre, la tía Teresita y su esposo, el tío Ramón Galindo, quien había emigrado a los Estados Unidos cuando la Revolución y su actividad era la agricultura.

Cuando se ponía a platicar conmigo me decía: "Mire, sobrino, aquí la primera guarnición —quería decir el primer trabajo o la primera prueba— que le ponen a uno los güeritos es el desenraiz (que se hacía con talaches o zacapicos para sacar las raíces de los mezquites que se derribaban para el desmonte). Si da el ancho en eso, luego le dan otro trabajo menos pesado y es así como la gente va mejorando su situación".

También había otro trabajo, bastante pesado, que la gente llamaba "el traque", es decir las obras de construcción de vías de ferrocarril.

Pero eso sí, a leguas se notaba el racismo y discriminación ocasionados por la "superioridad" de los primos. Los trabajos más rudos y mal pagados los realizaba el mexicano, los más suaves y mejor pagados, el gringo. Además, había que observar una estricta y buena conducta, rayana en la sumi-

sión, casi igual a la de los negros. La carretera que seguía a San Antonio, Texas era la línea que dividía al pueblo. Del mejor lado los gringos, naturalmente; con sus casas bonitas y confortables, con todos los servicios. Del otro lado los "mexicas" con una colonia descuidada y mal trazada, casi sin servicios, como si fuera un vulgar campamento.

Yo me inicié en la pizca del algodón y cuando eso terminó, acomodando las pacas del algodón en los *yines* o despepitadoras. En otra ocasión ayudé a un compatriota a regar las huertas de sandía con botes, mata por mata, por la escasez de lluvias. Así pasamos tres largos meses, larguísimos, angustiosos y vejatorios.

Un día un mexicano olvidó que no estaba en México y golpeó a un gringo que lo había insultado. Eso le costó una señora golpiza por parte del *scherriff* hasta que quedó bañado en sangre, luego lo llevaron preso. Nada de llevarlo arrestado para que un juez lo juzgara, ¿para qué? Le había faltado al respeto a un representante de una raza "superior" en su propio país. Por el mes de agosto de ese año de 1927, al escasear el trabajo, decidimos regresar a Nuevo Laredo. No nos gustó el modo de vivir americano.

Cuando por fin cruzamos la frontera o sea el puente internacional de regreso a Nuevo Laredo, yo sentí como si se hubieran abierto las válvulas de escape de una caldera de vapor o de un tanque de aire comprimido. Respiré a pleno pulmón el aire de mi patria, de mi pueblo natal.

Ignorándolo en aquel tiempo, sentí lo que los fundadores de Nuevo Laredo sintieron cuando el gobierno de los Estados Unidos notificó a los habitantes de Laredo, Texas que con motivo de los nuevos límites con México, fijados en el río Bravo, ya eran ciudadanos norteamericanos pues el estado de Texas había pasado a ser una estrella más de la bandera de los Estados Unidos de Norteamérica. Los notificados, por toda respuesta, procedieron a cruzar el río Bravo y fundaron Nuevo Laredo y no sólo eso, sino que sacaron del panteón los restos de sus familiares muertos y los vinieron a sepultar en lado mexicano, en el pueblo que ellos fundaron para seguir siendo mexicanos. Así es que la rebeldía, la repulsa antiyanqui, ya la traigo en la sangre, la heredé de mis antepasados.

Como antes dije al regresar a Nuevo Laredo mi madre escribió a una hermana suya, la tía Beatriz, que radicaba en Nueva Rosita; era exmaestra y se casó con el tío Rafael Ortiz, antiguo minero y después comerciante. También vivía y trabajaba en el mineral otro tío mío, hermano de mi madre. Era

mayordomo de electricistas en el interior de la mina número 6. Su antigüedad databa de 1912 ó 13, pero la empresa le reconocía sólo desde 1919, era el tío Natividad Montemayor; el "Pelón Montes", le decían sus compañeros porque estaba calvo.

Ambos hermanos de mi madre la invitaron para que nos viniéramos a vivir a Nueva Rosita y fue así como el 1o. de septiembre de 1927 llegamos al, para nosotros, famoso mineral. Nos fue a traer a Nuevo Laredo el tío Rafael en su "troquita" *pick-up*, Ford.

De rompe y rompe, llegando y llegando, empecé a ayudar como dependiente en la tienda del tío. Mi tía Beatriz, sabiendo mis conocimientos en mecánica, me recomendó con don Julián Morales Sánchez y su hijo del mismo nombre, que tenían una gasolinera y taller mecánico y ahí empecé a trabajar. Luego anduve en otros talleres donde me pagaban más (tenía yo 15 años), hasta que el tío Natividad —que como antes dije era mayordomo de electricistas en la mina— habló con el superintendente de la mina y me consiguió trabajo en la empresa Asarco como ayudante de lampistero, ganando un peso diario. Ahí se proporcionaban las lámparas o reflectores de baterías a los mineros que laboraban en el interior de la mina.

Fue así como me inicié formalmente como un miembro más de la clase obrera el 11 de mayo de 1928. En ese tiempo no había aún organización formal y reconocida. Fue hasta 1932 que el entonces presidente de la República, general Abelardo L. Rodríguez, promulgó y puso en vigor la Ley Federal del Trabajo.

Antes, en la vieja Rosita había existido una organización que se llamó Unión Minera Mexicana. Cuando se abrió el tiro seis en lo que luego se llamó la Nueva Rosita y entró en explotación ya bajo la égida de la poderosa Asarco, fue que florecieron dos organismos que venían actuando en una especie de semiclandestinidad. Uno de esos grupos lo integraban antiguos ferrocarrileros de los desplazados por Calles en 1926. Celebraban sus reuniones y procuraban afiliar a los mecánicos, paileros, herreros y demás trabajadores que ya tenían tiempo de trabajar en la empresa minera. Se denominaban a sí mismos "Sección 14", que era el mismo nombre que tenía su sección en el sindicato de rieleros. El otro grupo lo integraban mineros que venían del tiro cinco de la Rosita, que luego dieron en llamar "la vieja Rosita".

Algunos de ellos habían pertenecido a la Unión Minera

Mexicana y el resto eran mineros nuevos con inquietudes de emancipación revolucionaria. Su sindicato se llamaba Praxedis G. Guerrero. Actuaban también casi clandestinamente. No tenían gran fuerza frente a la Asarco, empresa que casi ni en cuenta los tomaba y no les temía.

Ambas agrupaciones empezaron a tener pláticas tendientes a formar un sólo organismo y tener así mayor fuerza ante la empresa y las autoridades, sobre todo con la promulgación de la Ley Federal del trabajo.

Ante esta situación la empresa Asarco —que comprendía a la Carbonifera de Sabinas, S.A. y a la *Mexican Zinc Company, S.A.*— ni corta ni perezosa se dio a la tarea de organizar su propio sindicato para contrarrestar la fuerza que ya estaba tomando la Sección 14 de antiguos ferrocarrileros y los mineros del sindicato Praxedis G. Guerrero. Para esto la empresa no reparó en gastos de ninguna especie y claro, como nunca en la historia de los pueblos y de los movimientos reivindicadores han faltado judas vendepatrias y traidores, la Asarco pronto encontró los elementos que necesitaba y fue así como contrató los “servicios” de Rafael Mercado, un tipo oportunista, ambicioso, audaz y semianalfabeto quien, ante la abundancia de dinero y las facilidades y apoyo que le brindaba la empresa, empezó su “gran tarea” invitando a los obreros a ingresar al sindicato y seduciéndolos con la promesa de beneficios que la empresa estaba dispuesta a otorgarles, además de una serie de canonjías y consideraciones de otro tipo.

Desde luego, la compañía procedió a construir para “su” sindicato el salón de actos correspondiente. Pusieron por nombre a esa agrupación el de Ignacio M. Altamirano. ¡Qué ironía!, usar el limpio nombre de aquel prócer liberal para obra y agrupación tan desleznables.

Aquello pintaba como el gran muro de contención donde estaba llamada a estrellarse la insurgencia obrera. Pero los “rojos”, como dio en llamarse a las agrupaciones revolucionarias, la Sección 14 y los mineros del Praxedis G. Guerrero no estaban dormidos sobre sus laureles ni cruzados de brazos, nada de eso, su enorme y gran espíritu combativo y de decisión los llevó a hacer una gran campaña en favor de su noble causa y aquello creció en forma arrolladora. Fue así como el gobierno de Cárdenas, ya en 1934, tomó cartas en el asunto e hizo intervenir directamente al jefe del Departamento Autónomo del Trabajo, cuyo titular era el ingeniero Juan de Dios Bojórquez.

Se hicieron rápidamente los trámites para efectuar el re-

cuento en las diferentes áreas de trabajo de las empresas, advertidos todos los trabajadores de que el grupo mayoritario sería la base para la estructuración de un sólo sindicato y estando obligadas las minorías a sumarse incondicionalmente al grupo triunfador y así pasar a establecer un sólo contrato colectivo.

El resultado del recuento fue un triunfo arrollador para los rojos, habiendo sido la minoría los "panzas blancas", como llamaba la gente a los que integraban o pretendían integrar el sindicato blanco Ignacio M. Altamirano.

Ya integrado, el sindicato quedó registrado oficialmente como Sección 14 del Sindicato Industrial de Trabajadores Minero Metalúrgicos y Similares de la República Mexicana. De este modo fue aplastado el intento de la empresa de ejercer control sobre los obreros a través de un sindicato blanco.

Después de la firma del primer contrato sobrevinieron las revisiones normales cada dos años, en las cuales se iban mejorando tanto los salarios como las otras prestaciones y se iban logrando conquistas. Claro que para obtener esto se llegó en varias ocasiones a declarar la huelga, que pronto terminaba con el avenimiento de las partes y la firma del nuevo contrato debido a la fuerza y unidad de la organización.

Así pasaron los años 36, 38 y 40, cuando se registró la huelga más larga en la historia de la Sección 14, que duró cuatro largos meses que abarcaron los dos últimos del gobierno cardenista y los dos primeros del de Avila Camacho, quien estrenó su gobierno sometiéndose por la fuerza a un arbitraje y acuerdo arbitrario también de lo más desastroso hasta esa fecha para la Sección 14, pues solamente se obtuvieron 25 centavos de aumento total a los salarios y el pago del 50 por ciento de los salarios caídos.

Y "de ahí pa'l real", como dicen los rancheros, se inició el retroceso del movimiento obrero nacional. Yo nunca pude comprobarlo, pero un tiempo después de esa huelga empezaron a colarse fuertes rumores de que ya sin el apoyo que significó siempre el gobierno del general Cárdenas para la clase obrera, las empresas actuarían de acuerdo con el nuevo gobierno de Avila Camacho (o cuando menos contarían con su complacencia) y también con los dirigentes del movimiento, que presumían de muy revolucionarios. A éstos, la gente les tenía mucha confianza, especialmente al que encabezaba el comité de huelga, Carlos Samaniego G., respetable fondo de resistencia que en ese tiempo había logrado reunir la sección. Ya sin poder económico, el gobierno de Avila Camacho actuó

con inusitada energía obligó a la sección a capitular y a levantar la huelga en condiciones por demás desastrosas.

Pero uno de los dirigentes, Samaniego, sí logró posteriormente un curul en la Cámara de Diputados y su campaña fue costeada en su totalidad con fondos de la Sección 14. Después de esto fue creciendo su ambición, al grado de soñar con la posible gubernatura del estado, cosa que no vio realizada. De todos modos, su ascendiente y militancia entre los trabajadores vino a menos luego de que se vio su manifiesta vocación gobiernista y empezaron sus muy buenas relaciones con la empresa, obteniendo jugosos contratos de construcciones para la propia compañía.

En ocasión de esa huelga fue cuando, ya mayorcito de edad, empecé a tomar más en serio las actividades sindicales y colaboré activamente auxiliando al comité de huelga en el reparto del "chivo" semanario, como se le decía a la ayuda que se daba a los compañeros para la compra de su despensa.

Durante los años que siguieron ya actué por voluntad de mis compañeros, desempeñando algunos puestos de representación como presidente de administración de la clínica obrera; secretario de previsión social, higiene y educación; representante del consejo local de vigilancia ante la comisión de honor y justicia en el proceso que se abrió a unos compañeros del consejo de administración de nuestra cooperativa Obreros Unidos de Rosita; así como presidente de ajustes por los compañeros empleados de oficinas, que éramos más o menos ochocientos. En 1948 intervine con la misma representación por oficinistas en la revisión del contrato colectivo y posteriormente en la revisión del reglamento interior de trabajo, derivado de la contratación misma.

Después de esto llegó 1950, año crucial y decisivo para la clase obrera de México y para los mineros en particular y muy especialmente para los integrantes de la Sección 14 y su fracción número 1 de Cloete.

En el mes de abril de ese año se realizaron las elecciones para renovar la mitad del comité ejecutivo local de la sección. Para que tomara posesión, como se acostumbraba, el día 1o. de mayo había una velada especial que se efectuaba por la noche, después del desfile tradicional en el que se recordaba la gesta heroica de la inmolación de los mártires de Chicago y se hacía el informe y balance de nuestros avances y conquistas. Un mes después se efectuaba la Convención Nacional para renovar también la mitad del Comité Ejecutivo Nacional.

Pero en ese 1950 en que se verificaban estos cambios de dirigentes —tanto en la 14 como en el Nacional, cumpliendo con los estatutos— ya se aproximaba y se presentía el advenimiento de algo tan importante como desconocido, hasta cierto punto por la base de los trabajadores. Y aquello no tardó en hacerse realidad.

De conformidad con la costumbre establecida se enviaron a México, a las oficinas del Registro Nacional de Asociaciones dependiente de la Secretaría del Trabajo, los nombramientos y actas relacionadas con las elecciones efectuadas a la mitad del comité ejecutivo local para su debido registro y reconocimiento y para que se diera constancia de ello y el aviso correspondiente a las compañías con el fin de continuar con las relaciones contractuales.

Pero ello no fue así, porque ya en la Convención Nacional andaba la cosa muy revuelta y agitada. Ya el gobierno alemán había metido la mano con fines políticos pues, como se rumoraba tanto que Alemán quería prorrogarse en el mandato presidencial o reelegirse, ya se daban los pasos necesarios y se trataba de controlar a las principales centrales obreras, cosa que ya se había logrado con petroleros, ferrocarrileros y electricistas.

Sólo faltaba agregar a esa lista a los mineros (sesenta mil en aquel tiempo), aparte de los grupos políticos alemanistas ya definidos, para conseguir sus objetivos reforzándolos con el “apoyo” del poderoso sector obrero.

Como el sindicato nuestro de mineros —mayoría de la convención— queriendo conservar su independencia y no ser mezclado en los enjuagues políticos se negara a dejarse conducir por ese camino el gobierno, a través de Rogerio de la Selva, secretario de la Presidencia, intervino en la convención descaradamente y lo hizo con tal eficacia que logró que la mayoría de los delegados auténticos, casi en pleno, abandonaran los trabajos amañados. Rogerio de la Selva, sólo rodeado de unos cuantos incondicionales ambiciosos y traidores logró lo que se proponía, es decir, construir y constituir una dirección nacional a todas luces espuria.

No obstante, las delegaciones en su mayoría manifestaron su apoyo a la planilla que encabezaba Antonio García Moreno, de la 66 de Monterrey y se dió el caso de que hubiera dos comités ejecutivos nacionales: el espurio, pero reconocido por el gobierno y el en realidad auténtico, reconocido por la mayoría de las delegaciones, aunque ignorado por el gobierno.

Y ahí fue donde empezó la lucha a nivel nacional, enarbolando la bandera de la libertad sindical sin intromisión del gobierno en sus asuntos internos, el derecho de huelga y por la dignificación de la clase obrera.

La sección 14, naturalmente, pertenecía a esta línea y no tardó en reflejarse en ella la intromisión oficial en lo referente a apoyar a la planilla derrotada, encabezada por Feliciano Morales, que tan sólo fue apoyada por un pequeño grupo de incondicionales tanto del gobierno y del ejecutivo impuesto (Nacional), como por la propia empresa Asarco, que tenía que plegarse a los caprichos y finalidades políticas del gobierno.

Con la sartén por el mango, tanto el gobierno como el Comité Nacional reconocido por las autoridades, entre las cuales destacaba en forma muy importante el secretario del Trabajo y Previsión Social, licenciado Manuel Ramírez Vázquez, maniobraron para que en lugar de registrar a nuestra planilla triunfante —apoyada por la mayoría y que encabezaba el querido compañero Ciro Falcony— ésta no fuera reconocida y registrada sino, en su lugar, la incondicional de compañía y gobierno, representada por Feliciano Morales.

Antes de darle la forma "legal" a esto, nuestro comité auténtico empezó a actuar, aún sin llegarle el reconocimiento de México puesto que oficialmente la Sección 14 se lo había notificado ya a la empresa. Las compañías estaban frente a un dilema, por un lado reconocían, repito, al comité nombrado por las mayorías pero por el otro, habiendo sido notificadas oficialmente del reconocimiento y registro de la planilla de Morales, "coqueteaban", digámoslo así, con las dos representaciones recibíéndolas indistintamente pero sin resolver los problemas dando largas a todo, esperando que aquella situación se despejara.

Unos meses después de esto se había revisado el contrato colectivo y con ese motivo, al no haber llegado a la firma del mismo, se decretó y estalló la huelga, que sólo duró once días. La empresa se negaba a pagar los salarios caídos y nosotros a reclamarlos. Fue cuando intervino el gobierno, enviando a Nueva Rosita al licenciado Salomón González Blanco, oficial mayor de la Secretaría del Trabajo. Las instrucciones que dicho señor traía eran de que nos invitaba a regresar al trabajo con la formal y oficial promesa del propio gobierno de que se nos haría el pago de los salarios caídos, ya fuera por el gobierno o por la empresa misma.

Accedimos a ello y ahí terminó el conflicto. Pero los dirigentes de la sección, aprovechando la estancia del oficial

mayor, le plantearon el problema interno electoral y le pidieron que, dada su alta investidura oficial y en vista de la anomalía que existía con la dualidad de representaciones, fuera testigo ocular de la voluntad de los trabajadores en relación con las recién efectuadas elecciones.

El licenciado González Blanco accedió a la solicitud que se le hizo y en la misma asamblea en la que se trató lo de los salarios caídos el propio oficial mayor efectuó una consulta democrática. La votación mayoritaria que apoyaba a la planilla de Ciro Falcony G. no hizo sino ratificar su voluntad y el licenciado González Blanco, ante la consulta que hizo sobre la votación en favor de Feliciano Morales, constató que escasamente doscientas zonas lo apoyaban contra una comprobada y notoria mayoría de cerca de tres o cuatro mil gentes en favor de Falcony.

Visto lo anterior, el oficial mayor ofreció a la asamblea informar al secretario del Trabajo sobre el resultado real de la votación manifestada en su presencia. Ante la sorpresa general, nos dimos cuenta que de nada sirvió su testimonio pues el secretario del Trabajo, Ramírez Vázquez, lejos de darnos la razón ratificó el apoyo y reconocimiento a Feliciano Morales, quien ya se había definido como incondicional del Comité Nacional espurio.

Ante esta situación tan parcial, injusta y definida del propio gobierno, la Sección 14 —apoyada en la legalidad y el contrato— se desentendió de la decisión gubernamental y declaró rotas las relaciones contractuales con la empresa, que no reconoció a quienes los trabajadores habíamos designado para ser representados durante la administración del propio contrato y para llevar adelante su cumplimiento. Por mayoría indiscutible se acordó emplazar a huelga debido a la clara violación del contrato, fijando como fecha para estallarla el día 16 de octubre de 1950 habiendo, naturalmente, cumplido con todos los ordenamientos legales.

Pero la Junta de Conciliación y Arbitraje número 17 de Sabinas, lejos de cumplir con lo que la ley establece al respecto y obedeciendo las instrucciones que recibiera del secretario del Trabajo, no sólo ignoró el emplazamiento sino que no corrió el aviso de huelga a la empresa y no citó previamente a las pláticas de avenimiento, como era su obligación. Por su propio conducto dio aviso a los trabajadores —sólo tres días antes de que estallara la huelga— de que si la estallábamos sería declarada ilegal e inexistente. Es decir, estaba adelantándose a juzgar un hecho que aún no se producía.

Pensábamos que aquella amenaza no pasaba de ser eso, una simple amenaza para intimidarnos, nunca creímos que se concretaría porque representaba la más inaudita y aberrante violación a los derechos de los trabajadores. Fue así como a pesar de todo, el 16 de octubre a las doce del día, los obreros abandonamos las plantas a pesar de que no se permitió que se utilizara el silbato que anunciaba la hora de salida para tomar los alimentos. La excepción fueron unos ochocientos trabajadores, de cinco mil y pico que éramos, los demás salimos a la huelga con todo orden y disciplina.

La respuesta no se hizo esperar por parte del gobierno. La Junta 17 de Sabinas, cumpliendo su anticipada amenaza, declaró la inexistencia de la huelga porque aquello era, según su criterio, un paro ilegal. Su presidente era un antiguo compañero nuestro al que la propia sección había recomendado para el puesto. Se llamaba Pedro Guajardo Martínez. Lo menciono por su nombre para que quede constancia histórica de la traición a sus antiguos compañeros, ya que obedeció sumisamente las órdenes injustas que le dieron. Su posición digna hubiera sido renunciar al puesto y solidarizarse con nuestro movimiento. Pero pudo más el charrismo que la propia dignidad.

El movimiento de la 14, aparte de tener sus razones específicas para estallar su huelga, surgió simultáneamente al acuerdo tomado por los delegados del comité durante la convención en México y no fue reconocido por el gobierno.

Dicho acuerdo consistió en un emplazamiento a huelga nacional, escalonado y progresivo, en todas las secciones del sindicato minero pertenecientes a la Asarco para presionar al gobierno a reconocer a quienes los trabajadores habían nombrado y deseaban tener como sus representantes.

Empezó la Sección 14 de Nueva Rosita, luego siguieron Torreón —o sea la sección de Peñoles—, Monterrey con las secciones 66 y 67, después Chihuahua con las de Parral y Avalos, Sonora, San Luis Potosí, Zacatecas y así sucesivamente, hasta su totalidad.

Pero ante la amenaza de la huelga nacional contra la Asarco y la paralización total de la industria minera el gobierno, a quien iba dirigida la presión por la intromisión en los asuntos internos sindicales, no se iba a cruzar de brazos así como así. Inmediatamente desató toda una ofensiva general de represión, soborno e intimidación a todas las secciones del país, lo que dio por resultado el desmoronamiento del movimiento nacional, dejando sola a la Sección 14 y su fracción

número 1 de Cloete, que había salido en defensa de su propio contrato y en apoyo al movimiento nacional que se había acordado.

En Palaú, Coahuila, la Sección 28 también había emplazado por revisión a su contrato. Como se desconociera la personalidad jurídica de las secciones como tales para efectos de emplazamiento, se organizó el movimiento por coalición, cosa que también ignoró el gobierno, empecinado como estaba en derrotarnos a como diera lugar.

Entonces, cuando estalló la huelga en Nueva Rosita y se colocaron las banderas rojinegras a la entrada de las puertas principales de la empresa, vimos con dolor y con rabia que nuestro antiguo compañero, Pedro Guajardo Martínez, presidente de la Junta 17 de Sabinas a quien, como ya dije antes, nosotros habíamos recomendado para ese puesto, —ahora incondicional instrumento de represión del gobierno y de la empresa— apoyado en las fuerzas federales había ido a quitar las banderas que muchas veces él mismo colocara como representante de los obreros en movimientos anteriores. Rompía así, arbitraria e injustamente nuestra huelga y abría las puertas para dar paso y protección a los traidores y esquirolles que, custodiados por las tropas federales, ingresaban a la empresa para suplantarnos.

Y así empezó la lucha histórica y extraordinaria de nuestra resistencia contra la empecinada arbitrariedad de un gobierno que, irónicamente, se autonabraba "régimen de derecho". Triste principio de la instauración de los gobiernos civilistas de extracción universitaria.

Nueva Rosita se convirtió automáticamente en un auténtico campo de concentración y la represión fue inaudita. Se trataba nada menos que de sofocar, de aplastar de cualquier forma un movimiento que era la clave y el principio de la emancipación obrera nacional en contra de su sojuzgamiento, por negarse a ser instrumento político de los sucios manejos del gobierno alemanista.

Se empezó por darnos las veinticuatro horas que marca la ley para regresar al trabajo cuando un movimiento es declarado inexistente, con la advertencia que de no hacerlo perderíamos todos nuestros derechos y se nos aplicaría la rescisión de contrato masivamente. Respaldaban sus amenazas con el argumento de que la huelga (ellos dieron en llamarle paro) se había declarado inexistente y por lo tanto era ilegal. Aberrante contrasentido pues un hecho que no se ha producido malamente puede declararse ilegal, y mucho menos puede ser

juzgado antes de producirse, como lo hizo el propio gobierno cuando nos fijó el aviso con tres días de anticipación en las puertas de la empresa. Y repetimos, por una parte ignoraron deliberadamente el hecho de la huelga y por la otra lo juzgaron ilegal sin que aún se hubiera presentado.

Pero en medio de estas perogrulladas y aberraciones a todas luces injustas y arbitrarias, el hecho se presentó precisamente en la fecha señalada, el 16 de octubre, o sea tres días después del anticipado aviso que se nos había hecho. Entonces sí, ya existió el hecho.

Así que no obstante sus amenazas, la huelga estalló el día y la hora señalados porque nada ni nadie podía convencernos, ni nos ha convencido 35 años después, de que nosotros, los huelguistas, no tuviéramos razón y de que el derecho siempre nos asistió.

Pero don Miguel Alemán Valdés, el gran "Mister Amigo" de los gringos y su camarilla, arropándose o encubriendo sus verdaderas intenciones de tipo político en el sacrosanto e invulnerable "principio de autoridad" y su no menos soberano "régimen de derecho", decidió que no teníamos la razón, nada más que por sus pistolas y porque realmente no quisimos plegarnos a sus ambiciosos caprichos políticos de eternizarse en el poder. Y el problema, como la clásica bola de nieve, creció y creció. No valieron ni las amenazas, ni la represión, ni los sobornos para hacer volver a la gente a su trabajo.

La gente respondió con coraje y entereza, con la determinación de no proporcionar personal para la conservación de las plantas. Todos entregamos las tarjetas que nos identificaban como personal de conservación, dejando toda la responsabilidad de las consecuencias al propio gobierno y a las compañías que, apoyándose mutuamente, procedieron a meter esquiroles para sumarlos a los escasos ochocientos traidores que no habían salido a la huelga y que se quedaron dentro de las plantas protegidos, ellos y los esquiroles —nosotros los llamábamos "panzas blancas"— por las fuerzas federales.

La represión se recrudeció al máximo. Nos fue congelado, más bien dicho robado, nuestro fondo de resistencia, que pasó a manos de los que en estos tiempos se les llama "charrros", es decir, los comités impuestos y reconocidos por el gobierno y las empresas. Luego se nos clausuró nuestras cooperativa, que también pasó a ser ocupada por las fuerzas federales. Se suprimieron las medicinas a los huelguistas y a nuestras familias el servicio médico en el hospital y en la clínica obrera. Nos fue incautado también el servicio de fune-

rales. Se presionó al comercio libre para que no nos proporcionara mercancías, ni a crédito ni aún pagándolas.

Los soldados tenían órdenes de disolver reuniones de hasta tres compañeros si se encontraban casualmente en la calle y se detenían a comentar los sucesos. Se enviaban gentes a las casas de los huelguistas para convencerlos de que regresaran al trabajo, pues la producción se había desplomado de inmediato. Inclusive, se les pagaba a razón de cien pesos por cada trabajador que lograran convencer para que volviera, cosa que tampoco les dio resultado, habiendo regresado por este medio muy contados compañeros.

Las ayudas que llegaban eran más bien simbólicas, pues no bastaban para sostener a cinco mil trabajadores y casi veinte mil familiares que dependían de ellos. Los camiones con comestibles eran bloqueados y no los dejaban llegar. Eran envíos que provenían de los compañeros campesinos de Torreón de los cuales era líder Arturo Orona.

No obstante, la resistencia era increíble, formidable. Nadie se doblegaba ni pensaba en claudicar. Las mujeres de los mineros, cuando no tenían nada que dar a sus hijos se encaminaban al rastro de la ciudad y juntaban la sangre de desperdicio de los animales sacrificados. La llevaban a sus hogares y hervida, sin sal y sin ningún condimento, se las daban a sus hijos por todo alimento y eso, una vez al día. Otras iban a casas particulares a lavar y planchar o se alquilaban como sirvientas para llevar algo de comer a sus hijos. Pero nadie pensaba en la rendición. Cuando moría un niño a consecuencia de desnutrición o infecciones intestinales o cualquier otro motivo, como no había servicios funerarios ni dinero con qué pagarle a las funerarias particulares, se construían ataúdes con tablas de cajas de frutas y así, a pie, se encaminaba la gente a dar sepultura a sus hijitos.

Sólo el doctor Rafael Angel Ortiz Montemayor, hijo de minero y aliado nuestro, se multiplicaba increíblemente para dar auxilio a los huelguistas enfermos y reunía muestras médicas para aliviar en parte a los necesitados.

Dentro de las actividades específicas a que estábamos dedicados surgió la idea de buscar ayuda solidaria, económica y moral para nuestro problema y fue así como nuestra Dirección Nacional acordó enviarme a la Sección 6 de Charcas, San Luis Potosí, para pedir ayuda a los compañeros de esa sección hermana, donde ya se dejaba sentir la presión en contra nuestra por parte de la dirección nacional charra encabezada por Jesús Carrasco, secretario general impuesto por el

gobierno. Los dirigentes de la Sección 6, presionados por Carrasco, empezaban a dar muestras de debilidad y temor y trataron de influir en la gente de la sección para que se nos negara toda clase de ayuda.

Fue así, en condiciones bastante desfavorables, que emprendí el viaje a Charcas acompañado por el compañero Juanito Pozos, miembro de la Sección 6 y también del Comité Ejecutivo Nacional que encabezaba García Moreno y al cual el gobierno no reconocía.

Llegamos a Charcas justamente en la noche, a la hora en que celebraban los compañeros de la sección su asamblea ordinaria. Los trabajos ya estaban en pleno desarrollo. Fue entonces que Juanito, a quien la gente de ahí seguía estimando y respetando, se dirigió al presidente de los debates y al comité, informándoles que estaba ahí acompañando a un representante del Comité Nacional encabezado por García Moreno y que venía de México para informar a los compañeros del problema de Nueva Rosita y pedir ayuda y solidaridad.

Quiso que no, el presidente de debates pidió autorización a la asamblea y ésta dio su aprobación acordando que, con dispensa de trámite, se diera la información. Fue entonces, en esos momentos, que inicié mi intervención. Después del saludo de nuestra dirección y de mis compañeros huelguistas de Nueva Rosita, principié a explicar lo mejor que pude la situación que guardaba nuestro conflicto y la razón por la que me encontraba ahí, solicitando su ayuda solidaria, económica y moral para continuar nuestra lucha.

Hasta la fecha, no recuerdo cuánto tiempo les hablé ni todo lo que les dije. Pero sí creo que lo hice con todo el sentimiento, la emoción y la pasión que sentí y sigo sintiendo hasta la fecha, agregando a ello el sentimiento natural que lo embarga a uno cuando se tiene conciencia de estar viviendo en carne propia el atropello y la injusticia que se comete contra todo un pueblo de trabajadores cuyo único delito es pedir justicia, no implorarla, sino exigirla. La cosa es que los compañeros, todos, se sintieron vivamente impresionados con mi exposición y fui escuchado con atención y sumo interés.

Terminé diciendo a los compañeros que si después de lo expuesto deseaban hacer algunas preguntas, con gusto las contestaría. Y como hubo algunas intervenciones tuve margen y oportunidad para extender aún más mi información, agregando por último que nuestro empeño y determinación por alcanzar el triunfo de nuestra causa estaba ligado íntimamente al deseo de sentar de una vez por todas el prece-

dente de respeto a nuestra vida sindical interna y que estábamos dispuestos a luchar hasta las últimas consecuencias para que ellos y sus familiares no sufrieran lo que ahora estábamos sufriendo nosotros; que por ello les pedíamos ayuda para nuestras familias, para resistir con tanto heroísmo como hasta esas fechas lo habíamos estado haciendo, afrontando los sufrimientos y consecuencias de nuestra lucha al igual que los trabajadores, sin claudicar ni dar muestras de temor o desaliento.

Cuando terminé mi intervención no hubo aplausos, no, pero la gente estaba tan impresionada y emocionada que luego, luego, abordaron el asunto. Un compañero habló para decirnos que precisamente, cinco minutos antes de que llegáramos, habían tomado el acuerdo de no ayudar más a nuestra huelga, pero que ahora proponía revocar el acuerdo anterior, lo cual fue aprobado por unanimidad, echando abajo las intenciones del charro Carrasco y de sus incondicionales del comité local.

A continuación surgieron varias propuestas entre las cuales hubo la de que se siguiera ayudando a nuestra lucha, hasta el final, con 1 peso por trabajador semanariamente y que de inmediato se nos diera un cheque por 10 mil pesos.

Ya se imaginarán los compañeros que lean este relato la viva e intensa emoción que me embargaba en esos momentos por el éxito que había logrado en favor de nuestra causa. Nuestros familiares eran cerca de veinte mil, los 10 mil pesos era poco en realidad frente a las necesidades reales, pero peor era no tener nada.

Terminada la asamblea nos fuimos a las oficinas del comité para que se nos extendiera el cheque que había acordado la asamblea. Estaban solo el tesorero y el presidente del consejo local de vigilancia, pues el secretario de la sección, pretextando estar enfermo, se retiró de los trabajos y se fue a su casa. Los tres se sentían bien comprometidos con el comité de Carrasco y se resistían a cumplir con el acuerdo de los compañeros. Los primeros dos alegaban que no estaba el secretario general y que el cheque tenía que ser firmado por los tres. Estuvimos discutiendo hasta las dos o tres de la madrugada, hasta que al fin logré convencerlos de que firmaran el cheque ellos dos.

La firma del secretario general faltante se la solicitaría personalmente en su casa, si él se negaba, el cheque no tendría ninguna validez y yo no podría cobrarlo. Ante este argumento el tesorero y el presidente del consejo de vigilancia ce-

dieron, pensando tal vez que seguramente el secretario general no iba a firmar. Fue así que elaboraron el cheque y me lo entregaron. Rápidamente y a esa hora, Juanito y yo fuimos a ver al secretario general a su casa, hacía un frío de los mil demonios pero eso no nos importó. Llegamos a la casa y tocamos. Salió a abrirnos su esposa. Le dí mis disculpas por la molestia de la hora, sintiendo la indisposición de su esposo y le supliqué que llevara el cheque a su marido para que me hiciera el favor de firmarlo, a lo que no puso ninguna objeción porque vio las firmas de sus otros dos compañeros. Dímos las gracias a la señora y rápidamente me acompañó Juanito al autobús que me llevaría a la estación del ferrocarril para irme a San Luis Potosí.

Una vez en San Luis, me di a la tarea de localizar al compañero Leodegario Molina, secretario general depuesto por el charrismo de su sección, la 5. Venciendo las dificultades de no conocer la ciudad, al fin lo encontré y rápidamente le expliqué mi problema: el banco no quería pagarme el cheque sin conocimiento de firma porque eran 10 mil pesos y sólo podían pagar hasta 3 mil en esas condiciones. Nos encaminamos a las oficinas de la cooperativa de consumo donde aún tenía amigos Leodegario. Pero luego cambió de opinión y fuimos a ver a uno de los comerciantes más fuertes de San Luis, un árabe de nombre León Sood.

Cuando mi compañero y amigo le explicó mi problema, el señor Sood me preguntó: "¿Traes papeles de identificación?" Le contesté que sí y le mostré en primer lugar el nombramiento que me acreditaba como representante de mi sindicato. Lo leyó y volvió a preguntar: "¿Traes algún otro documento?" Le dije que sí, pero que no era del sindicato y enseguida le mostré mi carta de viaje que traía de mi Logia Osiris 39, de Nueva Rosita. Al verla y leerla ya no dudó más, se fue a su escritorio, firmó y selló el cheque deseándome éxito en mis gestiones y ofreciéndome toda su ayuda si algo más se me ofrecía.

Resultó que tanto el señor Sood como mi compañero Leodegario eran también masones, cosa que yo ignoraba, y esa fue la razón fundamental por la cual no dudó en brindarme su ayuda fraternal. Dí las gracias al hermano e inmediatamente nos fuimos —ya plenamente identificados Leodegario y yo— al banco, a cobrar, y luego al telégrafo a enviar a Nueva Rosita aquella valiosa ayuda a mis compañeros. De esta venturosa y grata experiencia conservo en mi poder el talón del giro telegráfico.

Cuando había transcurrido más o menos un mes desde que estalló la huelga, el licenciado Lombardo Toledano se entrevistó con el presidente Alemán. Le explicó que los contratos de los mineros no eran como los de textiles y petroleros, pues cada sección contrataba de manera autónoma con la empresa correspondiente y el Comité Nacional sólo representaba al conjunto de secciones. El señor presidente, tan enterado de todo, "ignoraba" cual era nuestra forma de gobierno y entonces, de acuerdo con esa explicación, se dignó conceder autorización y salvoconducto al licenciado Rafael López Malo —apoderado nuestro— y a Antonio García Moreno —a quien reconocíamos y nombramos nuestro secretario general nacional— para que se trasladaran a la región carbonífera y para que los trabajadores en huelga nombraran a sus representantes para venir a la Ciudad de México a discutir el problema de la huelga de Nueva Rosita y Cloete, así como la de Palaú. Fue así como, en un sólo día, López Malo y García Moreno lograron que los huelguistas nombraran a sus representantes.

Quedé incluido en la comisión de Nueva Rosita en unión de Pancho Solís, Lalo Narváez y otros dos compañeros cuyos nombres no recuerdo. Por Cloete vinieron Pedro Saldívar y J. Refugio Martínez. Por Palaú fueron nombrados tres o cuatro compañeros. Esa misma noche salimos a la capital. De más está decir que todas nuestras gestiones se estrellaron siempre ante las artimañas legaloides del secretario del Trabajo, Manuel Ramírez Vázquez, cabeza oficial visible y brazo ejecutor encargado de aplastar nuestra lucha.

Así nos pasamos todo el mes de diciembre de 1950 y parte de enero de 1951, sin poder avanzar nada en la resolución del conflicto. Fue en esos días que los delegados recibimos la noticia del acuerdo que habían tomado nuestros compañeros de Rosita, Cloete y Palaú en el sentido de que en vista de que las autoridades no resolvían el problema y sistemáticamente afirmaban que no existía, a propuesta del compañero José González se acordó venir todos en caravana, a pie, a la Ciudad de México para que tanto el secretario del Trabajo como el gobierno comprobaran que no era cuestión de quinque delegados a quienes no se atendía, sino de todo un pueblo de trabajadores mineros que exigían respeto a sus determinaciones —sin intromisiones extrañas— y la resolución de su conflicto. Aprobada la propuesta, se fijó el día 20 de enero a las diez de la mañana para iniciar la marcha.

Cuando se conoció esa determinación, mucha gente no

sólo lo consideró imposible y temerario, sino que no lo creyó. Se trataba nada menos que de recorrer mil 500 kilómetros, desde Nueva Rosita hasta la capital. Pero se llegó el día señalado. Hacia las nueve de la mañana no se había reunido gran cosa de gente; a las diez en punto se inició la histórica caminata en correcta formación y disciplina ejemplar. Era el total de la gente en huelga y también se agregaron al contingente la totalidad de sus familiares, que sumaban más de veinte mil, entre mujeres madres, esposas y hermanas, hermanos e hijos de los mineros. Por el orden en que se inició la marcha, parecía que algún militar los había entrenado previamente.

No es para describir lo imponente y patético de aquel acto insólito. Queda el recuerdo imborrable de aquel día y aquellas horas, de dos o tres kilómetros de gente marchando por la carretera de Nueva Rosita a Ciudad Sabinas, Coahuila, distante del mineral 15 kilómetros. El pueblo entero de Sabinas, al ver llegar a aquella impresionante multitud, volcó todo su sentimiento de simpatía y solidaridad hacia los mineros y lo demostró saliendo a su encuentro y obsequiando a los caravaneros alimentos y ropa, sobre todo cobijas y cobertores, pues el invierno estaba en todo su apogeo. Ahí, a 5 kilómetros de la ciudad, en la salida hacia Monclova, acampó la caravana, durmiendo a orillas de la carretera.

Como el grueso de los familiares quería seguir acompañando a los obreros, los dirigentes, no sin trabajos lograron convencerlos de que se regresaran a Rosita para cuidar sus hogares, al contemplar la posibilidad de que fueran a ser lanzados de sus casas en su ausencia por los agentes de las compañías apoyados por el gobierno. Así fue como quedaron en la caravana sólo los trabajadores, entre los cuales había un grupo como de diez compañeros procedentes de Palaú.

Se tomó el acuerdo de caminar diariamente de las seis de la mañana hasta las dos de la tarde. Durante ese tiempo se avanzaban 25 kilómetros. Un compañero que había sido soldado y corneta de órdenes era el encargado de anunciar todas las mañanas la partida, así como de llamar a reunión para tomar acuerdos e informar a la gente sobre la marcha de los acontecimientos. Todo estaba perfectamente organizado. Se habían integrado pelotones de diez compañeros y un jefe. Luego cinco pelotones formaban una compañía y así, sucesivamente, hasta llegar al gran mando, que ejercían los dirigentes que integraban el comité de huelga.

Como antes hice mención, la caravana siempre acampa-

ba a 5 kilómetros de las ciudades adonde llegaba. Había orden terminante de que una vez que se instalaba el campamento, nadie podía ir a la ciudad si no justificaba plenamente la necesidad de hacerlo. Mucho menos se podían introducir bebidas embriagantes al mismo. Sólo el comité de huelga estaba facultado para autorizar la salida del campamento. Una comisión especial —de avanzada— se adelantaba en una “troquita” para seleccionar el lugar más apropiado donde acamparía la caravana. Esta labor la desempeñaba el compañero Ernesto Olivas, ya retirado de la empresa pero revolucionario y simpatizante de nuestra causa, como que era hijo de un ameritado compañero nuestro, don Ponciano Olivas, que era velador en la compañía, hombre de muy altos kilates revolucionarios.

Después de varias jornadas llegó la caravana a Monclova, Coahuila, donde está enclavada la industria siderúrgica más importante de México. Ahí se repitieron las emotivas escenas de solidaridad y apoyo, tanto de la población como de los trabajadores de Altos Hornos. Los silbatos de las locomotoras y de las plantas rendían homenaje a los valientes mineros que luchaban con denuedo por la dignificación y la liberación de toda la clase obrera de México. Aquellos silbatos, a veces tristes y prolongados, a veces alegres e intermitentes, se antojaban como bendiciones para los caravaneros, significándoles el vivo deseo de su triunfo, de su causa.

Entre tanto, los comisionados que estábamos en la Ciudad de México, a medida que avanzaba la caravana, utilizábamos este hecho para presionar a las autoridades, apremiándolas a resolver el problema. Pero nadie nos hacía caso, sobre todo porque estaban segurísimos de que aquella marcha increíble no resistiría mucho tiempo y pronto se desintegraría y fracasaría así nuestro intento de que se nos hiciera justicia por ese medio.

El gobernador de Coahuila, licenciado Raúl López Sánchez, conociendo muy bien la firmeza de convicciones de sus paisanos mineros, al ver que aquello no era precisamente un juego de niños y que era muy en serio, envió gente de su absoluta confianza para contar a los integrantes de la caravana, pues se hacía circular la versión de que no eran puros mineros, sino que había crecido el número con campesinos que se habían agregado durante la marcha hacia México.

Al comprobar que se trataba de auténticos mineros —pues todos traíamos en el pecho o en el sombrero el gafete con nuestra fotografía que nos identificaba como trabajado-

res de la Asarco— el gobernador ordenó que se llevaran víveres a los obreros y esto dio origen a la formación de un grupo de compañeros encargado de repartir los alimentos, incluyendo la carne de las reses que se sacrificaban.

Esta clase de ayuda no fue solicitada por los mineros al gobierno. Existía un orgullo y una dignidad muy grandes en ellos. La gente dio en llamar a la caravana "Caravana del hambre"; "pero no de comida —decían— sino hambre de justicia". Justicia negada de manera criminal por el gobierno de la República. Tiempo en que el presidente Miguel Alemán Valdés consideraba y hacía llamar a su régimen "de derecho".

¡Qué vergüenza! Un gobierno integrado por civiles universitarios que habían estudiado en las universidades sostenidas precisamente con los impuestos que ganan los trabajadores.

El invierno arreciaba. Sobre las espaldas de los mineros caía la nieve, pero nada arredraba a aquellos valientes que tan convencidos estaban de tener toda la razón en sus reclamaciones. Al ver los mineros, emocionados, el apoyo masivo y solidario del pueblo y de los obreros cuando salieron de Monclova rumbo a Saltillo (iban muy optimistas comentando la importancia de ese apoyo que se les brindaba), el comentario general era de que aquello no podía durar mucho tiempo sin que se resolviera y decían: "No, esto no tarda en reventar —querían significar al expresarse, no puede durar mucho—, nuestra presión es muy grande, esto no llega a Saltillo sin que reviente".

Un compañero ya entrado en años, viejo minero, al escuchar esos comentarios no compartía aquella creencia y les contestaba con sorna: "Sí, pero lo que va a reventar son las ampollas y las llagas que traemos en las patas".

Y así siguió, siempre adelante, aquella enorme multitud de más de cuatro mil gentes, con la misma firmeza del primer día y la gran confianza en nuestras leyes laborales y en la razón y justicia de sus reclamaciones.

Al mismo tiempo que los representantes en México, toda la opinión pública de la capital se enteraba de los avances de la caravana; también se recibían drámaticos y apremiantes telegramas que nos enviaba desde Nueva Rosita la Alianza Femenil —constituida por nuestras valientes mujeres— informándonos de la trágica y dramática situación que vivían allá por la falta de alimentos y medicinas, cosas éstas que hacían más patética nuestra lucha. La clásica lucha del pequeño David, representado por nuestra organización, y el gigante Go-

liat, encarnado en el gobierno alemanista y las empresas norteamericanas.

Hacia los últimos días de enero, se decidió por los delegados en México a moción de Pancho Solís, presidente del comité de huelga, que fuera él a incorporarse a la caravana, ya próxima a llegar a Saltillo y que el resto de los comisionados nos quedáramos en México para atender a cualquier forma de arreglo que pudiera presentarse, dada la fuerza que nos daba y representaba la gente en su determinación de llegar a México, cosa que aún se resistían a creer la mayor parte de los funcionarios del gobierno, nuestros enemigos naturales, representados por Ramírez Vázquez y aliados incondicionales de la poderosa Asarco para tratar de aplastar nuestro movimiento y con él a todo el movimiento obrero mexicano.

Cuando ya todo fue inútil para lograr una solución a nuestro conflicto se decidió que el resto de los comisionados saliéramos a reunirnos con la caravana, que ya estaba por entrar a la capital del estado, Saltillo, precisamente el 5 de febrero de 1951, aniversario de la Constitución de 1917.

Efectivamente, salimos de la Ciudad de México el día 4 de febrero el resto de los delegados, entre otros: Cuco Martínez de la fracción número 1 de Cloete acompañado por García Moreno; Juan Manuel Elizondo, que era senador por Nuevo León y exsecretario general —uno de los mejores del Sindicato Nacional de Mineros— y el licenciado Rafael López Malo.

Debo mencionar que durante nuestra estancia en México yo acudía diariamente a la redacción e imprenta donde se editaba el diario *El Popular*, donde me regalaban veinte o veinticinco ejemplares, que enviaba a Nueva Rosita. Era el único diario que publicaba la verdad sobre nuestro problema. En la parte superior, donde estaba el nombre del diario, escribía yo algunas frases de aliento a mis compañeros, como especie de mensajes, los cuales reproducían ellos a máquina y los hacían circular entre todos.

Además, me impuse la misión de visitar las redacciones de los diarios de la capital para invitarlos a que fueran a Nueva Rosita para que conocieran y publicaran la verdad, solamente la verdad, ya que casi todo lo que se publicaba eran boletines y mentiras propaladas por la Secretaría del Trabajo.

También visité a varios comentaristas liberales, de periódicos y revistas, con muchos de los cuales conservo una amistad que mucho me honra. Ellos forman, en el marco de nuestra lucha, el cuadro de honor por la incorruptible verti-

calidad en su actitud honesta que en defensa de nuestra lucha siempre hicieron.

Llegamos a Saltillo en las primeras horas de la mañana del día 5 de febrero, justamente cuando la caravana ya comenzaba y se disponía —encabezada ya por Pancho Solís— a efectuar el mitin en la plaza de armas de Saltillo, frente al Palacio de Gobierno, como se venía haciendo en todas las ciudades por las cuales pasaba la caravana, cosa que ocurrió al filo de las diez de la mañana.

Los mítines tenían por objeto dar a conocer a todo el pueblo de México la existencia del problema y pedir su solidaridad económica y moral para la solución del mismo.

Unos dos o tres días antes de hacer la entrada a Saltillo llegó a aquella ciudad un escritor y periodista, José Revueltas y el fotógrafo Cassasola; habían sido enviados por el director de la revista *Hoy*, José Pagés Llergo, para hacer un reportaje sobre la caravana. Llegaron de noche y con un frío de los mil demonios, el que hace siempre por esas fechas. Iba el compañero Revueltas envuelto en una frazada, con una bufanda y su sombrero en la cabeza para cubrirse los oídos.

Cuando se presentó en el campamento a los primeros que encontró fue a los compañeros de la avanzada que vigilaban la entrada y salida de los compañeros. Al preguntar por los dirigentes para entrevistarlos e identificarse como periodista de la Ciudad de México —que había sido enviado especialmente para escribir sobre la caravana y el problema— se encontró con cierta hostilidad y desconfianza de parte de los mineros, pues eran tantas y tantas las falsedades que ya se habían escrito que empezó a oír a los compas que decían: “Si es periodista, que lo pelen, nunca dicen la verdad de nuestro asunto, que lo pelen, que lo pelen”. El pelar a un soplón o a un periodista mentiroso era el máximo castigo y humillación que se le aplicaba públicamente.

Cuando el compañero Revueltas se enteró de por qué decían eso los caravaneros, empezó a decirles: “No, compañeros, yo sí diré toda la verdad sobre el problema porque soy su amigo”.

Así que una vez que se entrevistó con los dirigentes y se le permitió hacer su trabajo puso manos a la obra y cumplió su palabra de decir la verdad y no sólo eso, sino que escribió un histórico y brillante reportaje, tan emotivo, tan humano y vibrante como el de Armando Rodríguez Suárez; apareció en dos números de la revista *Hoy*, habiendo causado un gran impacto en la opinión pública y especialmente entre las or-

ganizaciones obreras del país y también en el extranjero. Ya no dudamos más de la calidad revolucionaria y periodística del amigo Revueltas.

El día 10 de marzo de 1951 llegamos por fin a las goteras de la gran capital, la última etapa de nuestra caminata que culminó en los Indios Verdes, donde instalamos nuestro último campamento. Ahí nos preparamos para efectuar nuestra entrada al corazón de la Ciudad de México: el Zócalo, o sea la plaza de la Constitución, frente a la que se encuentra el Palacio de Gobierno, el palacio presidencial. A sus lados están las oficinas del Departamento Central y la gran Catedral.

Como de costumbre, la salida de los Indios Verdes al centro de la ciudad se efectuó en el más perfecto orden. Tengo que agregar algo que durante nuestra caminata no habíamos visto por haber recorrido una carretera bastante solitaria que pasa por escasas ciudades importantes: un gentío enorme, de todas las clases sociales, se agregó a ambos lados de la caravana, vitoreándola con gran admiración y respeto, pues no se había registrado hasta esos momentos una proeza tan extraordinaria, de esa magnitud, en toda la historia del movimiento obrero mexicano.

Al frente, formando un grupo, venían del brazo el licenciado Vicente Lombardo Toledano, Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros, Agustín Guzmán V., Juan Manuel Elizondo y algunas otras personalidades cuyos nombres escapan a mi memoria. A lo largo del recorrido, sólo una palabra se escuchaba entre aquella multitud, emocionada y frenética hasta el delirio: "¡¡justicia!!, ¡¡justicia!!, ¡¡justicia!!" Y el eco de aquel grito resonaba en todos los ámbitos de la ciudad. México se estremeció como nunca ante aquel magno suceso.

Caían ramos de flores que la gente del pueblo lanzaba al paso de la caravana y el cielo se nublaba con la enorme cantidad de confeti y serpentinas que se nos arrojaban, como un homenaje de admiración, solidaridad y respeto hacia los mineros de Coahuila, de ese norteño estado del que un día también salieran los contingentes revolucionarios que vinieran a vengar el proditorio asesinato del mártir de la Revolución, don Francisco I. Madero.

Al fin, los mineros habíamos llegado al lugar histórico que nuestros antepasados, los aztecas, eligieron para fundar la gran capital del imperio mexicano. Cumplíamos así el acuerdo tomado en Nueva Rosita de venir en masa para demostrar la existencia del conflicto y dar así el más rotundo mentís al secretario del Trabajo y a todo el gobierno de la Re-

pública, demostrando que éramos auténticos mineros y no los ejidatarios engañados que un día afirmara la gran prensa de México que eran los integrantes de la caravana.

Ahí mismo, en pleno Zócalo, se mostraron los volantes que se le quitaron a un automóvil que la Secretaría del Trabajo había enviado a repartir entre los caravaneros para disuadirlos de su llegada a México. Inútil y vano empeño de Ramírez Vásquez, que se mostraba más activo y empeñado en destruir nuestra lucha que las propias empresas norteamericanas.

Más de cien mil gentes llenaron la Plaza de la Constitución esperando, como nosotros, que el señor presidente saliera al balcón presidencial para que presenciara lo que nunca quiso creer, la increíble visita que los mineros del carbón le hacían para pedirle su intervención directa para resolver aquel grave conflicto que afectaba a todo un pueblo trabajador, ser escuchados directamente por él y que dictara las órdenes pertinentes para terminar el problema con entero apego a la razón y a la justicia. Ahí tenía frente a Palacio a los mineros, en el corazón mismo de la capital de la República.

Pero todo fue en vano, el señor presidente Alemán, el jefe del Estado mexicano, nunca salió al balcón. Consideró más importante ir a un pueblecito de los alrededores a condecorar a una maestra que había cumplido cincuenta años al servicio del Estado. Al pueblo trabajador de las minas lo ignoró, ignoró su llegada a México, lo ignoró, olímpicamente. Tal vez la lucha y la epopeya de todo un pueblo trabajador no tuvo la menor importancia para el celoso "régimen de derecho" que él representaba.

¡Qué ironía! Un hombre que había iniciado su carrera profesional precisamente como abogado defensor de los obreros. Ahora, ya como jefe de la nación, renegaba de su pasado, lo negaba y se negaba a dar la razón y hacer justicia a todo un pueblo que no pedía limosna y que había caminado mil 500 kilómetros confiando ciegamente en nuestras leyes y en el pasado obrerista del presidente de México.

No obstante aquel desaire presidencial, ahí mismo, en el Zócalo, hicieron uso de la palabra varios oradores y denunciaron ante la opinión pública el incalificable atropello de que eran víctimas cinco mil trabajadores. Hablaron en esa ocasión memorable, Guadalupe Rocha, presidenta de la Alianza Femenil que integraban las esposas y madres de los mineros; Pancho Solís, presidente del comité de huelga; Antonio García Moreno, secretario general del Ejecutivo Nacional, reco-

nocido por los mineros del carbón, aunque desconocido por el secretario del Trabajo y sus corifeos.

Después de aquel histórico y grandioso acto fuimos “alojados”, confinados más bien dicho, en el parque deportivo 18 de Marzo, por instrucciones que recibiera del propio presidente el señor licenciado Alejandro Carrillo, secretario general del Departamento Central, quien también se encargó de proporcionar una parte de alimentos para los caravaneros. El resto nos era proporcionado por parientes, amigos y organizaciones simpatizantes de nuestra lucha.

Cuando llegaba la carne para ser repartida entre la gente, se la ponía a cocer en botes de lata, sin condimentos, pues no los había. El compañero Soto —cocinero de nuestro grupo— cuando ya estaba hirviendo el puchero, solía decir: “Pos’ a mí no me lo crean, pero ya se oye relinchar”. Decía esto porque se había corrido la voz de que aquella carne que nos llevaban era de caballo.

Los domingos nos visitaba mucha gente, entre parientes, amigos y simpatizantes que iban a obsequiarnos alimentos, algunos ya preparados, que repartían sin distingos entre los compañeros; también ropa y medicinas. Los hermanos Gabriel y Roberto Figueroa acompañados de la señora Esperanza López Mateos, esposa del segundo y hermana del entonces senador Adolfo López Mateos, nos visitaban en su coche que llevaban repleto de frutas y legumbres, carne y ropa que iban repartiendo personalmente a los compañeros a medida que caminaba su coche.

Recuerdo que al compañero Bernardino Ayala —Nino, como le decíamos todos, autor del diario de la caravana— le tocó de obsequio un suéter del señor Gabriel Figueroa que era delgadito como él. Entonces Nino, muy ufano y orgulloso, nos decía luciendo su flamante prenda: “Ora sí cabrones, aquí está el camarógrafo Figueroa”.

Rodolfo Dorantes, insigne periodista revolucionario, digno heredero de las glorias periodísticas de don Francisco Zarco, se dio a la tarea de editar por su cuenta una hojita que se llamó *El Diario del Campamento*, en la que se relataban todos los acontecimientos y novedades del día. Yo tuve la precaución de coleccionarlos. Era también como una denuncia enérgica y valiente de la forma tan injusta, ilegal e inhumana en que fuimos tratados los mineros del carbón en Coahuila.

Para nuestro problema no hubo justicia, ningún gobierno posterior reparó aquel crimen, aquel aberrante desprecio

del gobierno para los mineros y la terca negación de nuestras leyes, pero la historia no sólo la escriben los vencedores, también los vencidos, los derrotados por la sinrazón y la injusticia, debemos consignar ante la historia el gran crimen cometido con tanta gente tan digna y tan noble.

Ya "instalados" en el Parque Deportivo 18 de Marzo, se organizaron las gestiones para obtener una entrevista con el presidente Alemán, para lo cual enviábamos el telegrama y al mismo tiempo lo publicábamos en *El Popular*. Luego, nos íbamos desde las nueve de la mañana, los quince compañeros comisionados, a Los Pinos. Allí permanecíamos, después de anunciarnos, hasta las once de la noche sin lograr ser recibidos. A esa hora se acercaban las guardias presidenciales y con toda cortesía nos comunicaban que: "El señor presidente se había ya retirado a sus habitaciones y no recibiría a nadie".

Como pasaran los días y todo era igual, los compañeros empezaron a desesperarse y a desconfiar de la comisión. Entonces los compañeros acordaron nombrar todos los días a un grupo de base para que se agregara a la comisión para ir a Los Pinos a solicitar la audiencia con el licenciado Alemán. La comisión agregada sería cambiada todos los días para que no fueran los mismos. Así se terminó con los rumores y la desconfianza. Naturalmente que esto no dio ningún resultado positivo y el presidente Alemán nunca nos recibió. De anunciarnos lo anterior se ocupó el licenciado Rogerio de la Selva, secretario de la Presidencia.

Un día del mes de marzo, no recuerdo la fecha exacta, nos recibió precisamente el licenciado de la Selva, el cual, después de preguntarnos nuestro nombre a uno por uno, nos dijo:

—Bueno señores, en este día y a esta hora, les comunico que el señor presidente no los recibirá ni ahora ni nunca.

Ante esta declaración intervine y le dije:

—Señor licenciado, estamos a escasos pasos, dos o tres, del despacho del señor presidente, no es posible que ahora que ya es presidente se niegue a recibirnos. Cuando él fue a Nueva Rosita en su gira como candidato los mineros lo recibimos con todo entusiasmo y lo apoyamos y votamos por él. No podíamos por ningún motivo estar al lado del licenciado Ezequiel Padilla; en cambio, el grupo que siempre presumió de ser comunista fue el primero en apoyar al candidato de una oposición bastante dudosa, dados los antecedentes del mismo. Creímos que el señor presidente se había despedido de nosotros como amigo y que ahora, como presidente, seguía

siéndolo pero su negativa a recibirnos nos muestra todo lo contrario. Quisiéramos que nos recibiera y despidiera con el arreglo satisfactorio y justo de nuestro problema, tal como lo hizo él allá cuando salió de Nueva Rosita.

—Lo siento mucho, señores, pero ya les dije y les repito: el señor presidente nunca va a recibirlos.

No obstante esta rotunda declaración, que conocieron todos los compañeros, el licenciado Lombardo Toledano que nos asesoraba, sugirió la idea de ir a Martínez de la Torre, donde residía el general Manuel Avila Camacho —que fue quien entregó el poder al licenciado Alemán— para solicitar su intervención y ayuda en favor de nuestra causa y que el presidente nos recibiera.

Se estuvo de acuerdo y los compañeros dirigentes acordaron comisionarnos al compañero Reynaldo Guerra y a mí para ir a Martínez de la Torre. Nos llevó, por encargo del licenciado Lombardo, el ingeniero Jorge Cruickshank.

Encontramos al general Avila Camacho justamente cuando llegaba del campo. Le explicamos el objeto de nuestra visita y nos citó para las siete de la noche ahí, en su finca de La Soledad. Concurrimos puntualmente y tuvimos una larga conversación con él, de más de dos horas. Le explicamos detalladamente nuestra situación y el objeto de nuestra visita, así como el estado en que se encontraba el problema en general y la sistemática negativa del presidente a recibirnos, una de las principales razones por las cuales lo habíamos ido a ver. La otra razón era pedirle ayuda económica para atenuar en parte el hambre y las enfermedades que estaban padeciendo nuestras familias. Le pedimos, naturalmente, su intervención para que nos recibiera el presidente.

“Muchachos —nos dijo textualmente— aquí en el rancho estamos muy pobres. Voy a darles a ustedes dos (a Guerra y a mí) mil pesos a cada uno para los gastos de su viaje. En cuanto a mi intervención para que sean recibidos por el señor presidente, les prometo que mañana mismo, a primera hora, le hablaré a su propia recámara para hacerle la petición. Ustedes tendrán noticias de mi gestión por medio de mi secretario particular que está allá en México. El irá a verlos de mi parte”.

Nos despedimos de él agradeciéndole su atención y nos fuimos al hotel para dormir y regresar al día siguiente a México.

Ya en el hotel, me dijo Guerra: “Qué bien me cayó esta ayudadita del señor general, llegando a México se la voy a

mandar a mi muchacho que estudia en Monterrey para que pague su asistencia”.

Yo le contesté que también a mi familia le caerían muy bien los mil pesos, pero que el problema era general y lo más importante, que ese dinero deberíamos entregarlo al compañero Félix Cruz, tesorero de la caravana, que aunque era un obsequio personal nosotros estábamos comisionados para solicitar ayuda general y no personal. A regañadientes y obligado por lo que le dije, no tuvo más remedio que entregar el dinero junto con el que yo le entregué al compañero tesorero.

Cuando llegamos a México ya había ido el enviado del general Avila Camacho a ver a nuestros dirigentes y les explicó el resultado de la gestión del expresidente. Esta fue en el sentido de que el presidente Alemán había estado de acuerdo en recibirnos, pero eso tendría que ser cuando regresara de su gira por la Baja California, para donde ya estaba por salir. Esperanzados por esta noticia, no nos quedaba otro remedio que esperar.

Entretanto, ya el juicio de amparo interpuesto por nosotros contra los actos de la Junta Federal estaba por vencer y dictarse el fallo. Nuestros abogados, Herrera Garduño y López Malo, hablaron con los magistrados del Tribunal y le propusieron enviar a una persona por la vía aérea, la más rápida, para que trajera el documento.

Los señores magistrados, muy celosos de formulismos burocráticos y nada simpatizantes de nuestro problema, respondieron que eso no podía ser, que ese documento debería llegar por los conductos debidos y ordinarios.

Nadie, pero nadie, nos quita de la cabeza que todas estas trabas obedecían a la consigna generalizada del gobierno de estorbar en todo lo posible el fallo que sin duda nos tenía que ser favorable por lo justo de nuestra petición. Pero no querían adelantarse los funcionarios que intervenían al respecto para no “quemarse”, naturalmente. Ello no tardó en suceder.

Andando en su famosa gira de trabajo en la Baja California, el presidente Alemán (sabíamos que por ahí tenía un gran rancho sembrado de olivos y equipado a todo lujo) una mañana, al reunirse con los periodistas les preguntó con aquella su eterna sonrisa:

—Qué tal muchachos, ¿cómo los han tratado durante la gira?

—A cuerpo de rey, señor presidente —contestaron los periodistas.

—Así es como se trata a todos los que están dentro de la ley, les contestó. No como esos mineros de Coahuila, que están fuera de la ley y su problema está legalmente perdido. Creen esos señores que con sólo presionar al gobierno con su caravana ya se les dará la razón aunque no la tengan, como nunca la han tenido.

Oír esto los periodistas de la "fuente" y entender su significado fue una sola cosa. Aquello sí que era un noticia. Inmediatamente enviaron esa declaración presidencial a los diarios de México, la cual fue publicada en primera plana.

Aquello fue para nosotros no como un duchazo de agua fría, sino como un cañonazo en pleno corazón. No obstante, nadie nos quitaba ni nos quitará jamás de la cabeza que eso no podía ni debía ser. ¿Cómo íbamos a dar crédito a esa aberrante declaración, a pesar de que fuera el presidente quien la hiciera y a pesar también de que era abogado? ¿Cómo podía dictaminar u opinar sobre un juicio de amparo que no le correspondía y del cual aún no se conocía el dictamen del juez correspondiente de acuerdo con la ley?

No podíamos creerlo. Sin embargo así fue. Hasta entonces nos explicamos el porqué del interés del juez Ignacio Gordo en demorar la resolución. Ni tardo ni perezoso, a los dos días de las declaraciones presidenciales "resolvió" nuestro juicio de amparo ¡negando!!, exactamente de acuerdo con la opinión del señor presidente quien, a control remoto había girado sus instrucciones (que no fueron otra cosa las declaraciones hechas a los periodistas en la Baja California).

Ante esta situación y dados los acontecimientos, se esfumó la promesa hecha al general Avila Camacho de darnos la entrevista presidencial. No tuvo cara ni valor todo un señor presidente para despojarnos de la justicia que a todas luces nos asistía y decírnoslo personalmente. Así funcionaba su famoso "régimen de derecho". Pero eso no fue todo, la culminación de ese inaudito atropello vino después.

Como ya no nos quedaba sino un sólo y último recurso, acudimos a él. La apelación ante la Suprema Corte. Se turnó nuestra demanda al quinto Tribunal Colegiado en funciones para que conociera nuestro reclamo y fuera más rápido el trámite y resolución. También ahí, en forma inexplicable y misteriosa, demoraban la resolución. Nuestros abogados, Herrera Garduño y López Malo nunca encontraban a los magistrados en sus oficinas. Ante esta situación teníamos fundados nuestros temores de que algo se tramaba nuevamente en nuestra contra, como efectivamente sucedió.

Desesperados nuestros abogados por no encontrar nunca en sus despachos a los magistrados, le preguntaron a un empleado qué pasaba. Entonces, el señor que aseaba las oficinas les dijo: "Miren ustedes, vengan muy temprano, antes de la hora de entrada normal o después de la salida, a esa hora sí los encontrarán".

Así lo hicieron Herrera Garduño y López Malo y al día siguiente, temprano, sí los encontraron cuando ya iban de salida. Desde luego los abordaron y les preguntaron por el resultado de la apelación interpuesta. Acorralados ya, entre sorprendidos y extrañados, contestaron en esta forma: "Señores, ese caso ya está terminado desde hace más o menos 15 días".

Al pedirseles una explicación, pues no se había recibido ninguna notificación al respecto, dijeron lo siguiente: "El caso fue archivado sin juzgarlo, por desistimiento de la Sección 14 al haberse recibido un oficio del presidente de la Junta Federal 17 de Sabinas, Coahuila, en el que transcribe expresamente el acuerdo de la mencionada sección tomado ante la presencia del ciudadano inspector, presidente de la referida Junta 17 en el sentido de que se desiste de la huelga. Por lo tanto, este Tribunal ordenó fuera archivado el expediente sin juzgarlo, precisamente por desistimiento de una de las partes".

Así, salomónicamente, con la mayor frescura y falta de seriedad, concluyó nuestra última instancia y nuestro último recurso. El honorable Tribunal en funciones de la Suprema Corte nos dio el último y definitivo garrotazo, siguiendo la huella del juez de Distrito, que nos había negado en principio el amparo. Y digo siguiendo la huella para no contradecir la "opinión" del señor presidente Alemán, un abogado que en sus tiempos de litigante en materia laboral se dedicaba a defender precisamente a los obreros. ¡Qué ironía y qué vergüenza para esa honorable profesión!

Así que los magistrados y demás encargados de nuestra justa causa sólo recurrieron a una nueva y vergonzosa triquiñuela para conservar, naturalmente, su chamba. Instruyeron —no puede pensarse de otra manera— al inspector de la Junta 17 y a los esquiroles y panzas blancas que se habían apoderado de la Sección 14 y a quienes se reconocía como titulares legales, para que fabricaran una asamblea con la presencia del inspector —su cómplice— previamente instruido para el caso, haciendo que éste diera fe del famoso "acuerdo" y que los que no habían secundado la huelga desistieran, traicio-

nando al movimiento. Se reconoció a la Sección 14, o lo que había quedado de ella.

Hasta aquellos días y momentos no creemos que se hubiera registrado un caso igual en toda la historia del movimiento obrero de México. Un sindicato de más de cinco mil trabajadores, que salió a la huelga luchando por la dignidad y soberanía y autodeterminación —caros principios— con las únicas armas, las de la legalidad, fue aplastado y mediatizado por caprichos e intereses políticos de los gobernantes que intervinieron descaradamente y en forma arbitraria en los asuntos internos de una organización de trabajadores honestos y dignos.

Hasta estas fechas, Miguel Alemán y el artífice de las trampas y del trinquete, Manuel Ramírez Vázquez, se han de sentir (si viven) muy ufanos y satisfechos de su "grandiosa obra". Un pueblo entero de trabajadores mineros honrados y sus familias los maldice hasta la fecha y hasta los últimos días de su existencia. Y la "honorable" Suprema Corte de Justicia y sus tribunales colegiados se cubrieron de gloria y escribieron, con su actitud, la página más negra y criminal de toda su vida. ¡Todo por conservar la chamba!

En el parque 18 de Marzo donde estábamos "alojados" se llamó a reunión para ser informados sobre el final de nuestro problema, porque ya no había legalmente a quién recurrir; se nos dijo que estábamos en libertad para que cada quien resolviera su situación en la forma más conveniente a su interés, ya fuera regresando a la empresa —si los aceptaban como de nuevo ingreso— o dedicándose a cualquier otra actividad, pues ya no pesaban ni operaban los acuerdos nuestros sobre que regresábamos todos juntos al trabajo o ninguno.

Después de lo anterior empezó a instrumentarse y a organizarse nuestro regreso a Nueva Rosita para tratar de reencauzar y reorientar nuestras vidas y ver la forma de sostener a nuestras familias, nuestras heroicas y abnegadas familias que nunca nos abandonaron en nuestra titánica lucha. Entonces, el "generoso" gobierno de Miguel Alemán y su testaferrero principal, Manuel Ramírez Vázquez, nuestro verdugo material y visible (pues fue siempre él el que dio la cara para reprimirnos) acordaron proporcionar un tren especial para el regreso de la caravana a Rosita.

Efectivamente, ordenaron que fuera estacionado un convoy en la estación de la Villa de Guadalupe. El tren especial y de "lujo" que se nos proporcionó consistía en catorce o die-

ciseis carrros-caja, de los que utilizan para transportar ganado, aún con el estiércol de la última remesa, con unos tablonés alrededor para que sirvieran de asientos y una locomotora.

Ante tamaña y enésima burla y humillación los compañeros protestaron indignados, llevando ante el gobierno la voz de nuestra protesta el compañero Juan Manuel Elizondo, senador por Nuevo León y exsecretario general del Sindicato de Mineros. Fue a ver al gerente de los Ferrocarriles Nacionales, licenciado Manuel R. Palacios, al cual le dijo: "La gente no se moverá de ahí hasta en tanto no se cambie ese convoy para transportar ganado por coches de pasajeros. Los compañeros son gentes y gentes dignas del mayor respeto, que no merecen esa afrenta humillante".

Ante la valiente e indignada protesta de Juan Manuel, el gerente ordenó que fuera retirado el insultante tren y se pusieran en su lugar catorce coches de pasajeros de segunda y tres de primera, más dos plataformas para transportar las "troquitas" heroicas que habían acompañado a la caravana en su extraordinario recorrido de mil 500 kilómetros. El tren de pasajeros fue colocado en la estación al día siguiente; antes fueron retirados los carros-caja y entonces sí, los llenaron de ganado.

A la hora de partir nos fueron entregados de parte del gobierno cien pesos a cada uno (dinero que le sacaban a la empresa) para nuestros gastos de regreso. ¡¡Muy humanitarios!!, ¿verdad? y abordamos el tren.

Llevando algunas horas de ir caminando, nos encontramos con la novedad de que no podíamos seguir porque había un descarrilamiento y no se podía pasar. El tren descarrilado era el que llevaba los carros-caja con ganado, los mismos que se nos habían asignado para el regreso y que nos habían precedido en la salida. ¿Fue verdaderamente accidental aquel descarrilamiento? Se daba por hecho que ahí íbamos los caravaneros. ¿Fue el último y "generoso" intento del gobierno para liquidar a los mineros de la caravana? ¿No fue una "inocente" y "verdadera" coincidencia? Que el que lea estas líneas lo juzgue.

Nosotros siempre pensamos que ese fue el último intento, el más criminal por cierto, de acabar con la protesta de cinco mil honrados hombres contra la injusticia, vengando así, en forma tan mezquina como criminal, la audacia y valentía de un pueblo que se enfrentó con toda energía y dignidad a la arbitrariedad y la injusticia de un gobierno siervo

del imperialismo norteamericano en México representado, en este caso, por la poderosa Asarco.

Tuvimos que hacer un rodeo por Zacatecas para llegar a Torreón, luego a Saltillo y por último a Nueva Rosita. Todavía en Zacatecas, al ir llegando y subiendo una cuesta bastante empinada, hubo otro "inocente" contratiempo. En forma misteriosa y por demás accidental, se desconectaron las mangueras del aire de los frenos. Afortunadamente la tripulación pronto reparó el mal y la cosa no pasó a mayores y del susto.

Al llegar a Nueva Rosita, una gran multitud unida a nuestros familiares nos esperaba en la estación con mantas y pancartas dándonos la bienvenida en forma emocionada y fraternal. Era por demás impresionante y llegaba a lo más hondo del alma el escuchar el continuo silbato de la locomotora que anunciaba nuestro regreso.

No era ni fue un regreso triunfal, porque el gobierno y las empresas nos robaron el triunfo contra toda razón y toda ley; es más, violando todas nuestras leyes laborales. Pero sí estimo que fue un regreso, el regreso de la dignidad y la firmeza de convicciones en defensa de los derechos inalienables de la clase obrera.

Tendrían que pasar muchos años para que los trabajadores se repusieran y volvieran a levantar las banderas de la insurgencia obrera, cosa que sucedió en 1958 con los compañeros del riel en el movimiento dirigido por Demetrio Vallejo Martínez, líder extraordinario que surgió de la base, como surgen todos los grandes dirigentes en los momentos cruciales e históricos de las luchas proletarias reivindicativas. Aquel triunfo moral y digno —el de los mineros— entró por la puerta grande de la historia para exhibir ante las generaciones futuras la "clase y calidad" del gobierno que México padeció con Miguel Alemán de 1946 a 1952.

Dos o tres días después de nuestra llegada a Nueva Rosita, fue a visitarme un buen amigo y compañero cuyo trabajo antes de la huelga era el de fogonero de una de las locomotoras del patio. Se llama Tomás Vargas. Después de saludarme entramos en conversación y él me dijo:

—Manuel, vine a saludarte y a darte una disculpa.

Agradecí el saludo pero no entendí lo de la disculpa y le pregunté:

—¿De qué te disculpas?

—De lo siguiente —me dijo— yo no esperé a verme con ustedes, me vine antes. Recibí una carta de mi esposa avisán-

dome del estado de salud de mis dos hijos, que son los únicos que tenemos. Cuando salimos de aquí en la caravana el mayor, que tiene dos años, ya caminaba solito y el más chico, que tiene un año apenas, gateaba. Cuando regresé encontré que el mayor ya no caminaba, sino que gateaba y el más chiquitín ya no gateaba sino que mi esposa tenía que cargarlo. Esto se debió a la debilidad por falta de alimentos. Estaban totalmente desnutridos.

Como yo no encontré dónde trabajar, tuve que ir a verle la cara a los gringos de la compañía. Ellos, que estaban escasos de personal, aceptaron darme trabajo pero con la condición de que tenía que entrar como nuevo y renunciar a todos mis derechos anteriores. Ya comprenderás mi situación. Yo acepté todas las condiciones que me impusieron con tal de llevar de comer a mis hijos. Cuando ustedes iban llegando a Rosita en el tren, yo estaba firmando en el departamento de trabajo la solicitud y llorando, pues escuchaba el silbato de la locomotora que los traía de México. Pero te juro que nunca he pensado en traicionarlos. Sigo pensando igual y sintiendo igual. Sólo las tristes circunstancias me hicieron volver al trabajo, humillado. Pero fue por mis hijos. Te explico todo esto porque tú, aparte de amigo, has sido representante nuestro y no quiero que me consideres un traidor a nuestra causa.

—No tienes nada de qué disculparte Tomás —le contesté. El último acuerdo tenido en el parque 18 de Marzo fue que quedábamos todos en libertad de actuar por nuestra cuenta de acuerdo con nuestras necesidades e intereses.

Fue así como cada quien buscó y encontró la mejor forma de sobrevivir. Algunos compañeros emigraron como braceros a los Estados Unidos. Unos no aguantaron la nostalgia de la patria y regresaron a buscar la vida otra vez en México, otros lo hicieron porque no encontraron acomodo; algunos más aún radican allá porque sí pudieron acomodarse y lograron llevarse a su familia.

Me contaron del caso que sucedió con el compañero Revueltas cuando iba en un barco en misión periodística a las islas Revillagigedo. Cuando estaba en la cubierta del barco en alta mar, un marinero le gritó: "¡Hola compañero Revueltas!" Revueltas, un poco sorprendido, contestó el saludo pero sin reconocer a su interlocutor. Este le preguntó luego: "¿A poco ya no me recuerda, compañero Revueltas?"

El aludido le contestó que en realidad no lo recordaba. Entonces el marinero aquel le dijo: "Pos' yo sí lo recuerdo,

cuando fue usté al Saltillo a reportear lo de la caravana de mineros. Yo soy uno de ellos, pero ahora soy marinero”.

Otro grupo de compañeros se fue a Sinaloa, donde se habían expropiado unas tierras de un latifundio a unos norteamericanos de apellido Kelly. Pancho Solís y el grupo que lo siguió fueron allá por invitación del licenciado Lombardo y de Jacinto López para dedicarse a la agricultura. Con la aureola que Pancho llevó por aquellos rumbos debido al Partido Popular al cual pertenecía, pronto fue nombrado presidente del Comisariado Ejidal; entre los nativos nadie aceptaba porque los Kelly tenían fama de matones y asesinos, cosa que no tardó en ser realidad, empezando por mandarle a Pancho provocadores. Pero al ver que Pancho no aceptaba las provocaciones, los exlatifundistas optaron por sus antiguos métodos y una noche, asesinos a sueldo de esos señores, fueron y asesinaron a Pancho estando dormido y a punto estuvieron de asesinar a Chelo Solís, su esposa, a la que hirieron de gravedad pero fue traída a México en donde la atendieron y su vida se salvó. El resto de los compañeros de Rosita, al ver aquello, optaron por regresar a su lugar de origen.

La situación económica empeoraba cada día por el desempleo. No era posible cruzarse de brazos ante esta situación. Por consejo de unos buenos amigos decidí ir a Monclova a ver si lograba colocarme en Altos Hornos de México. Pepe Carrillo, hijo de una de las personas que me aconsejaron ir a esa ciudad, era a la sazón jefe del almacén en aquella empresa. Una vez que conoció mi situación y mi solicitud me indicó que tal vez fuera posible ayudarme pero entrando como empleado de confianza, para evitar la intervención del sindicato con aquella forma de ingreso. Sólo me pidió que me esperara unas horas mientras hablaba con el jefe de personal; para evitar malos entendidos había que notificárselos. Se trataba del señor Mortera, que en tiempos del general Cárdenas había sido inspector federal del Trabajo y hacía alarde de un “rojo cardenismo”. Ahora ya había abandonado aquella postura revolucionaria y era nada menos que jefe de personal de Altos Hornos.

Esperé a Pepe Carrillo en la terminal de los autobuses en que me regresaría a Nueva Rosita esa tarde. Como a las seis llegó por ahí al jardín donde yo lo esperaba y me dijo lo siguiente: “Te traigo malas noticias, hablé con Mortera y le informé de mis intenciones de darte trabajo en el almacén, conmigo. Después de escucharme y conocer tu nombre consultó unas listas que tenía en el cajón de su escritorio, luego

dijo: 'Yo no me opongo a tus deseos en lo personal, pero en estas listas que aquí ves está Manuel J. Santos entre los primeros diez. Las listas nos las enviaron de Nueva Rosita, incluyen a los participantes en la huelga y la caravana de octubre de 1950 y 51 para que estemos en guardia y no les permitamos la entrada aquí a Altos Hornos. Tú sabes, podrían resultar problemas dados los antecedentes de estos trabajadores. Así es que tú sabes lo que haces y te repito que por mi parte no hay inconveniente'. Eso fue lo que me dijo Mortera y yo le doy en parte la razón. Así es que lo siento mucho pero no va a ser posible darte trabajo''.

Quiero aclarar que cuando Pepe me dijo que hablaría con Mortera yo le dije que tenía conocimiento de que algunos compañeros huelguistas habían entrado a trabajar cambiándose el nombre o apellido, pero que yo no estaba dispuesto a hacer eso, que mi nombre seguía siendo el mismo: Manuel J. Santos Montemayor y que era exhuelguista y excaravanero de Nueva Rosita. Así lo hizo Pepe y claro, no hubo oportunidad.

Sin embargo, el señor general Lázaro Cárdenas, que en ese tiempo era vocal ejecutivo de la Comisión del Tepalcatepec, nos invitó a los que quisiéramos ir a Michoacán a trabajar en las obras que él dirigía. Para esto debo aclarar que antes de regresar a Nueva Rosita con la caravana, fuimos un grupo de compañeros y yo a informar al general Cárdenas del inicio y triste final de nuestra lucha y a darle las gracias por la ayuda moral que nos había brindado. El estaba tan profundamente molesto y contrariado por aquello que le informamos que nos dijo: "Miren, muchachos, yo nunca antes de este problema le había pedido favor al señor presidente Alemán y nunca más lo haré en el futuro. A ustedes les toca elaborar un manifiesto al pueblo entero de México explicando con claridad y ampliamente la historia del conflicto. Así se registrará la responsabilidad histórica de esta injusticia. El jefe de la Nación, como presidente, es el único responsable de todo lo bueno y malo que ocurre en el país''.

Y fue así como a finales de 1951 emprendimos la marcha hacia Uruapan, Michoacán, donde estaban las oficinas generales de la Comisión del Tepalcatepec. Nos animamos cerca de unos cuarenta y cinco compañeros.

Cuando estuvimos en Uruapan fuimos recibidos por un grupo de compañeros que eran miembros del Partido Popular, del cual era presidente el licenciado Lombardo Toledano, con quienes hicimos luego gran amistad. Ya después nos

entrevistamos con el señor general poniéndonos a sus órdenes. El dijo a nuestros representantes del grupo: "La idea de haberlos invitado a venirse por acá es con el fin de organizar y crear una comunidad agrícola piloto cuando ya estén terminados los trabajos de riego para aquella región, cerca de Apatzingán —para eso nos ofrecía crédito, asesoría y diez hectáreas para cada uno—, pero aún faltan los canales de riego, con cuyos caudales se generará energía eléctrica en la planta de El Cóbano para luego irrigar las tierras del Valle de Apatzingán, en donde pienso acomodarlos. Pero como antes les digo, faltan aún detalles para lograr ésto. Por lo pronto, como mineros que son, ustedes saben hacer túneles y nos ayudarán a abrirlos para dejar pasar el agua para la planta de El Cóbano. Una vez logrado esto ya se harán los canales de riego y entonces sí los dotaré de su parcela correspondiente y les instruirán ingenieros agrónomos para que se conviertan en agricultores".

Fue así como nos dedicamos a abrir un túnel de seis metros de diámetro por novecientos de longitud. Ni mis compañeros ni yo teníamos experiencia en esta clase de obras. No obstante, nos convertimos en perforadores, pero como no teníamos la herramienta adecuada, en realidad el trabajo fue de barreteros; usamos barras y marros de 6, 8 y 12 libras. Aquello era totalmente novedoso para muchos de nosotros; yo por ejemplo, ya tenía como veinte años de ser empleado en la oficina rayadora de los mineros, mis compañeros, así que fue un cambio total de actividad y a los dos o tres meses de duro trabajo ya había bajado 18 kilos de peso. Pero a todo nos aveníamos —hasta a lo mal alimentados que estábamos— con la ilusión de que pronto seríamos agricultores organizados. Claro que para mí era más pesado que para los otros compañeros que no eran trabajadores o empleados de oficina como yo. Pero le entré con ganas y al poco tiempo ya dominaba con cierta habilidad y maestría el marro más pesado, el de las 12 libras, que sólo yo utilizaba. Aunque nos proporcionaron una compresora para perforación, el avance del túnel fue lento en razón de que no teníamos la maquinaria y herramientas adecuadas. Después la obra pasó a manos de una empresa constructora llamada Carreteras y Urbanismos, propiedad del ingeniero Gonzalo Martínez Corbalá, con quien algunos de mis compañeros siguieron laborando.

Por el trabajo descrito nos habían asignado un salario (si así se le podía llamar) de seis pesos diarios con los cuales había que sostener a nuestras familias, cosa bastante difícil.

A mí en lo particular se me presentaba el problema de la estabilidad para la escuela de mis hijos.

Mi salud cada día era peor con ese trabajo y eso que no me atacó el paludismo como a algunos de mis compañeros. Me hice el ánimo de hablar con el señor general Cárdenas para pedirle la oportunidad de cambiar por algún trabajo en las oficinas de la Comisión de Uruapan. Lo logré y fue así como ingresé a trabajar en los almacenes de la comisión ahí en esa ciudad, cosa que me permitía atender mejor a mi esposa y a mis hijos, sobre todo en cuanto a lo que se refería a educación.

Mi esposa, que no desperdiciaba oportunidad para hacer alguna cosa que pudiera ayudar económicamente, empezó por darse a conocer en cuanto a aplicar inyecciones; después ingresó a una escuela primaria donde daban clases de corte y confección para las señoras y señoritas que lo desearan y de ahí salió hecha toda una profesora de alta costura, corte y confección, naturalmente. Así que después de tener su título —que le enviaron de México debidamente autorizado por la dirección— empezó a ayudarme gracias a los trabajos de costura que le caían. Pero eso no fue todo, sino que por otro lado, en forma verdaderamente accidental, interviño en el alumbramiento de una joven vecina recién casada, de origen muy humilde. Cuando aquella jovencita empezó a dar de gritos por los dolores del ya inminente alumbramiento, mi esposa fue a ver qué le pasaba y como no había a quien recurrir ni pedir ayuda, ella atendió a la enferma, habiendo resultado el parto con toda felicidad.

Pero eso no fue todo, sino que aquella madre —casi niña— agradecida por el servicio que mi esposa le había dado, se dio a la tarea de correr la voz diciendo a todo mundo que ahí había una partera muy buena y eso dio margen a que algunas mamás de parturientas vinieran a buscarla para que atendiera a sus hijas. Mi esposa les decía que ella no era partera pero no se lo creían y el acuerdo a que llegaban era que sí las atendería pero sin responsabilidad de su parte. Y fue así como inició una nueva actividad para ella insospechada que coincidió con la creación en Uruapan de un Centro Materno Infantil oficial, el cual convocó a todas las parteras áulicas o prácticas para darles cursos sobre su actividad. A ellos asistió mi esposa y pronto adquirió, además de la práctica, amplios conocimientos en ginecología y obstetricia que mucho la ayudaron en esa nueva actividad. Así que los siete años que vivimos en Uruapan, ella los aprovechó adquiriendo dos

actividades profesionales: modista de alta costura y partera. Aunque en esta última actividad no aprendió mucho en cuanto se refería al cobro de sus servicios, había casos de personas tan humildes que además de atenderlas, ella les regalaba alguna ropita usada para sus recién nacidos que habían venido al mundo en medio de una pobreza muy grande.

Para nosotros, las escuelas primarias y la educación en Uruapan eran muy deficientes y abundaban los colegios particulares de filiación católicas; mi esposa y yo no estábamos de acuerdo con esos sistemas. Entonces pensamos en un cambio y fue así como, cambiando impresiones con una hermana de mi esposa que era maestra de primaria en México, llegamos a la conclusión de solicitar su ingreso en un internado que estaba —o está aún— en Santa Catarina, Azcapotzalco que inicialmente fue fundado para los hijos de los miembros del ejército y en el cual ya admitían a particulares. Mi cuñada se encargó de esos trámites y logró éxito. Así es que cuando nos avisó que ya había conseguido el internado para los dos mayores los enviamos, no sin antes consultar su opinión sobre si querían venirse a México, pues no queríamos enviarlos sin su voluntad. Ellos aceptaron entusiasmados y fue así como continuaron su primaria ya sin interrupciones en aquel internado.

Después vino lo que sigue. Cuando terminó el mayor su primaria, con ciertos sacrificios conseguimos que una familia amiga le diera alojamiento y asistencia para que siguiera en la secundaria. Pero cuando el segundo terminó su primaria, prácticamente ya no podíamos con los gastos de los dos. Así que hubo necesidad de tomar nuevas determinaciones para solucionar el problema. Teníamos dos opciones: irnos a Monterrey a vivir o a México. Nos decidimos por esto último y empezamos por hipotecar el terrenito que ya habíamos comprado en Uruapan para tener lo indispensable para iniciar el traslado. Repartimos el dinero del préstamo. Mi esposa se quedó con una parte y yo con la otra. Solicité un permiso por tres meses en la Comisión y me lancé a México a buscar trabajo o algo que hacer para que después se viniera mi esposa. Dejamos a unos amigos en la casita que teníamos y luego mi mujer se vino a México con el resto de la familia, otros dos chicos.

Por lo pronto vivimos con la familia de uno de los hermanos de mi mujer y yo como antes digo, me lancé a buscar algún trabajo valiéndome de los amigos que había hecho en 1950 y 51, cuando venimos en caravana de Nueva Rosita a la

capital. Andando en eso, en un tiempo que tuve le escribí a un muy querido amigo que radicaba en Los Angeles notificándole que ya me había venido a la capital a vivir, que había hecho lo que Hernán Cortés, “quemar mis naves para conquistar la capital”. Mi amigo me contestó y no me deseó éxito, sino que me decía en su carta que me felicitaba de antemano porque sabía, estaba seguro, de que lo conseguiría. Aquello me alentó un poco pero pasaron los días y yo no conseguía nada y volví a escribirle y le dije: “¿Vieras que no se deja muy bien conquistar esta capital?”

Un día me encontré con un viejo y buen amigo. El cubría la fuente obrera en el Partido Popular que dirigía el licenciado Lombardo Toledano. Me saludó con mucho gusto y me preguntó que si andaba en alguna comisión sindical. Mi respuesta fue: “¿Cuál? si lo que ando haciendo es buscar trabajo o algo que hacer porque ya dejé Uruapan para que estudien aquí mis hijos”. Le conté que por lo pronto y en vista de que no conseguía trabajo, había rentado un localito en la calle de Bernal Díaz, cerca de la línea de autobuses Anáhuac, para tratar de iniciar un negocito de jugos y alimentos norteños, pero que ya no tenía con qué seguir adelante por falta de dinero. El se entusiasmó mucho y me dijo que con eso me haría rico. Pero yo le decía que era muy optimista y le repetí que ya no tenía con qué seguir adelante, pues las personas a las que me había acercado en demanda de un préstamo, muy cortésmente, me lo habían negado. Luego él me preguntó que como cuánto era lo que necesitaba para empezar. Le dije que conservadoramente pensaba en unos seis mil pesos para invertir la mitad y guardar la otra como reserva para ver si aquello tenía éxito. Me repitió que con eso me haría rico y que él me prestaría los seis mil pesos. Le pregunté si se había vuelto loco, porque ya varios amigos y parientes me habían negado su ayuda. Me dijo: “no, no estoy loco, mañana vas al periódico en la noche y te daré los centavos”. Con franqueza, yo aún no lo quería creer pero fui, pensando que nada perdería cuando me dijera que siempre no podía. Pero no fue así. De inmediato me dio tres mil pesos y me dijo: “Vienes mañana por los otros tres mil”.

Yo, repito, no lo quería creer pero ahí estaba la realidad. Fui al día siguiente y recibí los otros tres mil pesos. De inmediato puse manos a la obra y empecé a acondicionar el modesto localito con la estufa de la casa que aún no usábamos; unas mesitas redondas de alambón y sus banquitos de lo mismo, que le compré a un cubano que ya no tenía nego-

cio; un mostrador de fibracel y una vitrinita. ¡Ah!, le dí una pintadita al local que tendría por nombre "Lonchería Coahuila". Con ese nombre mandé hacer un anuncio que ocupó toda la pared del local (por consejo del pintor que me lo hizo pues, según él, comercialmente los anuncios deberían de ser llamativos).

Pues bien, iniciamos mi compañera y yo nuestras nuevas actividades con un miedo horrible pero resueltos a salir adelante para solucionar los problemas de la familia. Con los consejos de un paisano de Torreón que también tenía un negocio de lonchería empezamos. Los amigos periodistas y grabadores le hicieron propaganda a los alimentos nortños como cabrito, machaca, chorizo con huevo, menudo o pancita y por supuesto a las comidas corridas y a las imprescindibles gorditas de harina.

Empezó a funcionar la lonchería teniendo como empleados a la familia y a una sola persona contratada. Los muchachos, después de venir de la escuela se convertían en meseros y lavaplatos, mi señora en cocinera y yo en el administrador general del negocio, proveedor de todo lo que ahí se necesitaba y, para completar, la hacía de aprendiz de cocinero, cosa que nunca había soñado en hacer ni aprender. Pero la necesidad era mucha y urgente y cuando mi mujer no estaba o estaba muy ocupada yo le entraba a la cocina.

Poco a poco la modestísima Lonchería Coahuila fue dándose a conocer y a cobrar cierta fama entre los viajeros que venían del norte y los que ahí radicaban. Les gustaba y buscaban mucho el menudo, el cabrito, la machaca, el chorizo con huevo y sobre todo que no faltaran las tortillas de harina que mi esposa hacía diariamente amasando 15 kilos de harina para dar gusto a nuestros paisanos que ya habían dado con la lonchería y traían a amigos y parientes a "banquetearse con lo nortño", como decían ellos mismos. Entre los amigos periodistas que me visitaban con frecuencia estaba Mario Gil, gran amigo desde los tiempos de la huelga minera de Nueva Rosita.

Un día, platicando de sobremesa después de haber tomado su, para él, rica pancita me dijo: "Oiga compa Santos, ¿por qué no revive usted al dueño que hubo de una fondita que dió en llamarse por la clientela 'Monotes'? Ahí iban muchos estudiantes y jóvenes artistas que después serían famosos pintores y grabadores como Diego Rivera y Siqueiros. Ellos dieron en pintar en las paredes, con la complacencia del dueño, figuras de crítica política. El Monotes se hizo —ade-

más de serlo por sus sopes y taquitos— muy popular por lo que estaba pintado en sus paredes”.

No me pareció mala su idea pero yo le dije que no se pintaría en las paredes nada sino que yo adornaría con fotos y grabados, pero en marco y vidrio, para poder llevármelos cuando quitara el negocio porque el dueño del local era un heredero directo de antiguos porfiristas. Así lo hice y empecé con unas cuantas fotos de regular tamaño que conseguí con los hermanos Mayo y algunos otros fotógrafos amigos.

Pronto empezó a crecer el número de fotos y grabados que me obsequiaban los amigos pintores y grabadores y otros que yo conseguía. Y también empezó a cobrar fama y popularidad aquel singular modo de adornar las paredes del local.

Algunos decían que aquella lonchería era un nido de comunistas por las fotos y grabados que había en sus paredes. Otros opinaban que aquello era un ambiente muy revolucionario. En fin, la clientela empezó a fluir, mi familia y yo a sobrevivir y los muchachos a estudiar.

Por supuesto que no faltaban líos y discusiones bastante acaloradas por la “fama” de los personajes que ahí exhibían. Algunas gentes, las más, admiraban mucho aquello y me felicitaban. Otras, de tendencias conservadoras y no muy liberales fruncían el gesto, pero de todos modos acudían a saborear los platillos norteños que ahí se servían y la fama de la Lonchería Coahuila crecía. Algunas otras personas me dejaban en un librote, que aún conservo, su opinión y felicitación muy entusiasta por la forma en que yo tenía adornado mi negocito. Algunos decían que era yo muy valiente y liberal por lo que ahí se veía y que no estaba muy de acuerdo con la línea política de nuestros gobernantes. En fin, aquello tenía “sabor”, para nosotros y nuestros clientes.

Once largos años duró el trajín y esa vida hasta que nuestros hijos terminaron sus estudios. Entonces le dimos el cerrojazo a la ya famosa Lonchería Coahuila. Después... pues como dice el refrán popular, “a otra cosa, mariposa”. Al recordar mi un tanto azarosa vida, después de haber sido minero durante veinticinco años, creo que lo mejor de mi vida quedó para siempre en aquel querido mineral de Nueva Rosita, donde nacieron mis hijos y que fue escenario de mis luchas e ideales como trabajador minero.

¡Veinticinco años! Se dice pronto, pero qué larga y azarosamente vividos.

Después... a vender libros por la calle, a manejar una pequeña empacadora de especias; a administrar un salón de fies-

tas en Saltillo, luego, nuevamente el regreso a México donde radicaban mis hijos.

En seguida la oportunidad de empleo en una empresa que hacía estudios económicos para la instalación de diferentes negocios. Esto duró solamente un año. Luego ingresé a trabajar en el Instituto de Energía Nuclear en Salazar, al que entré en parte por la amistad con el que era su coordinador general, paisano mío y por el respaldo del entonces secretario general del sindicato de ahí, el de los nucleares, que después se dividiría en tres organismos: el de investigaciones nucleares en Salazar; Uramex, en el D.F., que aglutinaba todo lo relacionado con la exploración del Uranio y por último el de Seguridad nuclear.

En Salazar empecé como empleado administrativo y luego ya lo fui de planta, como gestor del Instituto. Esto duró diez años, hasta que el gobierno del licenciado De la Madrid decidió acabar con aquel "amenazante y duro" sindicato de los Nucleares. Se modificó desde la Constitución hasta la Ley Nuclear para desaparecerlo y no tener este "dolor de cabeza".

Vinieron tres años de forzado receso laboral por el cierre de la empresa paraestatal en la cual, para su desaparición, tuvo una "brillante" y "eficaz" actuación el ahora diputado y jefe de la mayoría priísta el licenciado Eliseo Mendoza Berrueto, justo premio a su obediencia política para lograr tal vez algún otro premio como la próxima gubernatura de Coahuila. ¿Quién sabe?

Por lo pronto, la demanda de justicia de los exnucleares duerme el sueño de los justos en manos del propio gobierno que a la vez fue el patrón de Uramex, nada menos que juez y parte en este memorable e histórico movimiento.

Y para concluir estos recuerdos personales les diré que ahora cuento con la eficaz y gran disposición de ayudarme en los últimos años de mi existencia, del licenciado Eliezer Morales Aragón, director de la Facultad de Economía; me encuentro como empleado auxiliar del departamento de Servicios Generales ¡a ver hasta cuándo!

Considero que quedaría inconcluso este relato si dejara de consignar la importantísima, desinteresada, apasionada y solidaria participación que tuvieron en nuestro movimiento los más distinguidos y honestos periodistas de izquierda, así como un numeroso grupo de lo mejor de la intelectualidad de México, a quienes considero tan patriotas y preocupados por el bien de este país, como aquel glorioso equipo del cual era

guía y jefatura el insigne patricio, licenciado don Benito Juárez. Lamentando no tener sus fotos para agregarlas a este trabajo. También he de consignar para la historia los nombres de los integrantes de otro grupo, nefasto por su conducta de traición al movimiento obrero e incondicional —desde entonces hasta la fecha— de todos los gobiernos antiobreros que ha tenido nuestro país.

Entre los primeros debo mencionar a los periodistas Mario Gil, Armando Rodríguez Suárez, Antonio Rodríguez, Renato Leduc, Francisco Martínez de la Vega, Rodolfo Dorantes, Juan Manuel Berlanga, Horacio Quiñones, Gerardo Unzueta, Edmundo Jardón Arzate, Sergio Novelo, Jesús Briseño (de los tranviarios), Eugenio Nolasco, Rogelio Alvarez y algunos otros que escapan a mi memoria.

Además, los grandes y distinguidos intelectuales como Esperanza López Mateos, Gabriel Figueroa, Roberto Figueroa, el doctor Enrique Arreguín, David Alfaro Siqueiros y su esposa Angélica Arenal, Benita Galeana, Efraín Huerta, Rosenda Gómez Lorenzo, Juan Manuel Elizondo, el licenciado Feliberto Fentanes Salomón, Valentín Campa, Hero Rodríguez Toro, el licenciado Vicente Lombardo Toledano, José Revueltas, Narciso Bassols Batalla, Angel Bassols Batalla, Eli de Gortari y nuestro inolvidable compañero Camilo Chávez, dirigente de la sección integrada a la Consolidada de México.

En el segundo grupo, que yo llamo de la ignominia y la traición por la activa participación que tuvieron en contra nuestra, figura en primer término el licenciado Miguel Alemán Valdés, presidente de México y protector de las empresas extranjeras; su testaferro incondicional de él y de la Asarco, Manuel Ramírez Vázquez, secretario del Trabajo y Previsión Social (¡qué ironía!), quien era el encargado de dar órdenes a los jueces de Distrito y a las juntas federales de Conciliación y Arbitraje para que no fueran atendidas nuestras gestiones y protestas; Fidel Velázquez, desde aquellos tiempos jefe de la CTM y fiel colaborador del gobierno en turno; Jesús Yurén, su segundo de abordó; Jesús Carrasco, habilitado por el secretario del Trabajo como secretario general del Comité, pelele del Sindicato Minero a sus órdenes; Servando Zúñiga de nuestra Sección 14; Filiberto Ruvalcaba, uno de los principales instrumentos que utilizó la Secretaría del Trabajo; Ramón Quintana, que entonces se ostentaba como diputado federal por nuestra sección e incondicional del comité, espurio que contribuyó, junto con Esteban Guzmán de la sección de Palaú, a desintegrar la coalición integrada por Palaú,

Nueva Rosita y Cloete, debilitando así nuestra lucha; incondicionales ambos de Filiberto Ruvalcaba, que ya se perfilaba como el futuro secretario general del Minero para sustituir al pelele Jesús Carrasco.

No quiero terminar este relato sin antes rendir un cálido homenaje de admiración y respeto al recuerdo de mis queridos compañeros Francisco Solís y Ciro Falcony G., presidente y secretario, respectivamente, del comité de huelga y jefes de la marcha hacia la Ciudad de México: la caravana que alguien dio en llamar "del hambre".

El mismo cálido homenaje lo extiendo a las abnegadas compañeras nuestras que sin dudar un momento en secundar nuestra lucha integraron la Alianza Femenil Coahuilense, defensora de nuestra lucha. Citar nombres de ellas sería omitir injustamente a muchas.

Mi homenaje y mi recuerdo es en lo general.

Con relación a la forma de ser de nuestros dirigentes Pancho Solís y Ciro Falcony debo decir que el primero era bronco e impetuoso mientras que el segundo, Ciro Falcony, era la cordura y la reflexión personificadas, actuando siempre de una manera muy responsable en la toma de decisiones en bien de nuestra lucha.

A pesar de las vicisitudes y sinsabores que la lucha nos deparaba nos quedaba algún tiempo libre que yo empleaba en escribir y fue así como, entre otras cosas, elaboré unos modestos versos llenos de indignación con los cuales doy por terminado el presente relato, los transcribo a continuación.

Imprecaución

¡Criminales de un pueblo! ¡Yo os acuso!
¡Yo os acuso con índice de fuego!
¡Yo os acuso de asesinos y traidores!
Yo os acuso por viles detentores
de la justicia, que se niega al pueblo.

¡Abortos malinchistas! ¡Engendros maquiavélicos
de mil y mil negras traiciones al obrero!
Cuando llegue el momento de rendir cuentas
¡Vosotros, vosotros los traidores, seréis de los primeros!

¡Todos! desde el más poderoso al más pequeño,
os habéis conjurado arteramente,

para ver fracasar el noble empeño
del obrero, de la masa que busca mejor suerte.

¡Yo os acuso! Cobardes traficantes
de la ley, la razón y del derecho obrero.

¡Yo os acuso, cobardes denigrantes
del decoro nacional y el patrio suelo!

¡Sigo acusándoos, por viles mercaderes!

Por entreguistas viles y rastreros.

Porque para vosotros tienen más interés vuestros placeres
que la más digna y noble clase: ¡Los obreros!

Los obreros que luchan incansables
por redimir su clase siempre noble,
por redimirla de tantos miserables
que adoran más al vil metal que saberse hombres.

Libres de la opresión, la tiranía,
libres del extranjero pernicioso,
libres también del imperialismo, esa utopía,
que sólo alienta el malvado, el ambicioso.

¡Por esas causas luchamos los mineros,
los mineros del norte de Coahuila
por el libre rescate de sus fueros,
¡que tanta sangre ha costado y tanta vida!

¡Viva pues nuestra ejemplar unidad, nuestra gran lucha!
Esta gran cruzada ejemplar nunca igualada.

¡Viva también nuestro común ideal que por doquier se
escucha,
y que es trabajo, que son pan y paz, mi camarada!

La riqueza de mi provincia

Alfredo González Reyes

Por azares del destino me vi involucrado en esto de la minería, ya que un hermano mayor era el que trabajaba en contratos con la empresa. Al paso del tiempo le ofrecieron un trabajo de planta al interior de la mina el cual, parece, no aceptó y se fue a la Ciudad de México donde hasta la fecha se encuentra. Bueno, pues así fue como me dieron los contratos y me empezó a gustar mi nuevo empleo. Durante varios meses de trabajo en la planta de fuerza de la compañía tuve como misión la de surtir de aire y electricidad a ésta y al mismo pueblo, allá por los años cuarentas. En la compañía me iba a quedar de planta, pero por ahí no era mi vida, así que tuve que ingresar y ser uno más de los miles de mineros que había todavía por esos años y que eran unos tres mil, que ya eran pocos, porque según comentarios hubo hasta cinco mil trabajadores en esta mina.

No quise salir de mi ciudad donde estaba mi madre y mis demás hermanos, dos mayores y uno menor, el cual ya estaba trabajando en la mina en un departamento de paleros y cuya misión era la de rellenar lugares como estopes y plajas, que eran terminados explotando y labrando su mineral y su jefe era el señor Reyes Esparza.

A uno de mis tres hermanos, que era netamente minero, no le gustó mucho el trabajo y como a los dos años se retiró de la minería. Comparando con el tiempo que yo trabajé no fue nada pues fueron veinte largos años que también fueron pocos ya que conocí, por esa época, a trabajadores que tenían treinta o treinta y cinco años de trabajo en la mina.

Nunca subí a un elevador y menos a una calesa, que es algo parecido al elevador. Bueno, mi primer día de trabajo fue una cosa inolvidable, así empezó todo:

Los mineros que ya sabían su labor llegaban corriendo o de prisa a sus lugares de trabajo. Nosotros nos presentamos con los cabos de turno, y digo nos presentamos, porque en esa ocasión éramos doce compañeros nuevos. Al llegar a un lugar o tiro inclinado que se llamaba W 2 256 a unos compañeros los mandaron a los niveles más abajo como el 830, 875 y 920 y a mí me tocó bajar al 740 el cual, por cierto, estaba calentísimo. Por el *wince*, bueno así le decíamos al *wince* 2 526, se podía bajar, un poco semiacostado, en una calesita para cuatro personas. Bueno, les decía que ésta era muy caliente. Un día me tocó arrimar unos rieles de 30 libras, o sea que son rieles no muy altos son más pequeños que los que se manejan en otros lugares, pero estaban tan calientes que hasta con los pantalones o la camisa los enrredábamos para que no se nos pegaran al cuerpo y a la hora que llegaba la calesa nos subíamos al nivel 695.

Ya en los comedores empezamos a hablar sobre nuestras experiencias del primer día de trabajo y les platiqué del infierno que me encontré, y cual sería mi sorpresa que todos los niveles eran la antesala del mismo infierno.

Bueno, pero no les expliqué como se hace para bajar al nivel 695, para que me entiendan mejor les diré que todos los niveles cuentan con un número, o sea en metros, así que el cero corresponde al de la superficie. El tiro Buenos Aires, que cuenta con un enorme ventilador, es el que refresca los niveles que están más próximos a la superficie, porque en los niveles de abajo yo creo que el que soplaba era el mismísimo diablo; así empezamos a contar el nivel 105, 165, 205, 270, 340, 385, 425, 470, 560 y 695 que es a donde se encuentra el límite de cada tiro, de ahí caminábamos, como ya les había dicho antes, unos mil 500 metros para llegar al 2 526 y de ahí a los niveles de más abajo.

Nos encomendábamos a Dios para que nos diera licencia de salir con vida de nuestro trabajo porque, eso sí, somos creyentes de nuestra virgen de Guadalupe y sacábamos las antorchas prendidas hacia la superficie el día 11 de diciembre de cada año junto con nuestro gran Sagrado Corazón de Jesús en el mes de junio.

Estaba también en la superficie el tiro general, que fue el primer tiro de donde se empezó a explotar este gran cerro de Pro-año, que fue bautizado así en honor a su descubridor.

Teníamos otro tiro, Saraos, que ya no estaba en servicio cuando entramos a trabajar.

Del tiro general, que también bajaba su calesa hasta el 695, se caminaban como mil 500 metros para llegar a otro malacate; por el tiro sur se bajaba a los niveles 740, 785, 830, 875, 920, 965 y a ese famoso nivel 1010 que tanto oíamos en un corrido que se le compuso a nuestro querido mineral de Fresnillo: "Mineros del 340 ya no tumben tepetate, ahora tumben pura carga y que no falle el malacate".

Había otro malacate del contra-tiro oriente ubicado en el nivel 425. Este bajaba a los trabajadores al nivel 470, 515, 560 y 695 y, desde luego, había niveles del tiro general y Buenos Aires que estaban cancelados por el interior de la mina. De una manera o de otra, por ejemplo, para el nivel 270 se tenían que subir dos escaleras, o sean 8 ó 10 metros, para llegar del general al Buenos Aires. Luego el nivel 425 estaba completamente comunicado, era vía de acarreo del Buenos Aires al tiro general y a las tolvas de manteo; igualmente el 695 era para el acarreo general de toda clase de material con grandes dimensiones, como fue el acero que se usó para el nacimiento de un nuevo tiro que se llamó La Fortuna y que se empezó, por la superficie, en los años cincuentas y que se paró durante mucho tiempo debido a unas grandes corrientes de agua, de las cuales un chorro de agua era tan fuerte que traspasó el espesor de la lámina, el cual, al transcurso de los años, se fue agotando por los trabajos que se desarrollaron en los frentes donde se pusieron compuestos de fierro, uno tras otro, para mayor seguridad de todos los mineros que ahí trabajaban.

Para que se den una idea de lo fuerte del agua, hubo ocasiones que arrastró varias toneladas de fierro (motores y palas mecánicas), unos mil metros. El fierro lo amontonábamos en unas puertas, que les digo son de mucha seguridad, para poderlo retirar o arrimar a su lugar de trabajo y poder pasar. Para ver el nivel de agua había unas compuertas en la parte baja, que se abrían para descargar el agua hasta que ésta tenía su cauce normal y en la parte de arriba un contrapeso.

El tiro Buenos Aires es el más veloz porque cuenta con un malacate con dos tambores enormes, que se enredan apasionadamente entre 700 u 800 metros de cable de no menos de una pulgada y media de espesor y cuenta con una calesa de dos pisos mucho muy resistente como para poder bajar o subir, desde el nivel 695 hasta el superior, motores o palas me-

cánicas con varias toneladas de peso que son llevadas a todos los niveles. Estas palas son requeridas para el levantamiento de carga o tepetate de algún frente, chorro o rebaje y son manejadas por operadores muy competentes quienes, en menos de dos horas, tienen listos los lugares para ponerse a barrenar para la siguiente disparada. Estos operadores necesitan mucha fuerza para el manejo de estas palas, ya que presentan bastante peligro porque funcionan a base de aire y tienen un manguerón de dos pulgadas con unas 80 libras de aire y ya se han de imaginar la fuerza tan enorme que desarrollan. Pero rinden más, gracias a la modernización de todo el equipo de trabajo.

Les voy a contar lo peligroso y riesgoso que son estas temibles palas mecánicas que, con su rugir de una manada de leones y con su poderosa fuerza dejaron a varios compañeros prensados entre rocas y con su enorme peso, que rebasaba la tonelada, los destrozó y mutiló de brazos y manos. Desgraciadamente esto pasa en todos los trabajos donde se usan herramientas de grandes tonelajes.

Por vez primera hablaremos de accidentes mortales donde se pierde la vida de un amigo o de un familiar en el interior de la mina o en otros lugares de trabajo. Le doy gracias a Dios por haberme dado licencia de haber salido con bien de mi trabajo, en el que duré veinte años donde, claro, hubo lesiones pero no de gravedad.

Recuerdo cuando dos trabajadores sufrieron las consecuencias que dejan estas enormes palas. El contratista Leonardo, a quien todos los compañeros le decíamos León (de cariño) y el contratista Juan García, otro gran hombre que todavía presta sus servicios como jefe de turno en la sección del tiro de La Fortuna, presenciaron el accidente. Las manos de los compañeros se quedaron atrapadas y la máquina casi se las arranca, pero gracias a la intervención tan atinada de un gran doctor, quien estaba al frente del hospital de la misma empresa, se pudo evitar una posible muerte. Bajaron al interior de la mina donde estaban los trabajadores accidentados y así lograron salvarles sus manos a estos dos grandes trabajadores. Quisiera hacer mención de este gran hombre, Juan García, por la forma de tratar a todos los que de él recibían órdenes de trabajo y por su conocimiento del mismo, porque no crean ¡Hay cada bárbaro!

Antes de que llegaran las palas a revolucionar el orden de trabajo, estábamos para eso los rezagadores. Nuestro trabajo era rezagar o limpiar los frentes y durábamos hasta dos

o tres días en esta fuerte faena. Lo caliente de estos lugares mareaba y alcanzaban hasta los 40 grados, así que ya se imaginan como terminábamos los turnos de cada día. Había lugares en donde apenas se disparaba dos veces por semana a base de máquina o perforadora con fierros de acero y puntos de diamante o tugsteno, que ya estaban afiladas y listas para barrenar las rocas. Estas puntas podían contener varios metales, los cuales fueron localizados por un gran geólogo, por el departamento de ingenieros y por mis grandes compañeros que estaban en el departamento de exploración (de los que luego les platicaré algo y de nuestro gran compañerismo que existió durante los años que pertenecí a ese departamento).

Les decía que no importaba la clase de mineral o de tepetate que se usara, ya que éste último no servía más que para rellenar lugares ya abandonados lo cual nos dejaba completamente extenuados, cansados y con ganas de abandonarlo todo, pero que van haciendo su aparición los palos, siendo una bendición para varios trabajadores que llevaban los cueles o frentes rumbo a lo que después sería el tiro de La Fortuna y que abarcaba del nivel 695 al 1065, el más profundo.

Decíamos que en menos de dos horas estaba listo el lugar para ser nuevamente barrenado y disparado; para lo que servían los motores de batería con cable de cobre de alta tensión. Estos cables, también habían sido factores de accidentes mortales.

Los motores de batería arrastraban de dos a tres conchas que iban llenando los trabajadores con unos palos mecánicos, las cuales eran vaciadas en unas tolvas preparadas para recibir la carga y luego eran manteadas en el *winsé* o inclinado que también servía para bajar a la gente y para llevar, a un costado, los botes del manteo. Me acuerdo que para ese entonces andaba con mi barra de ayudante del rielero Juan Pérez, que era mi maestro y me mandó al nivel 740 por un gato que se usaba para enderezar o dar curva a los rieles —son pequeños y pesan 30 libras—, para eso tuve que subir como 90 metros hacia arriba, ya que el trabajo a realizar era en el nivel 830 y cuando traía el gato cargado en la espalda pasó el bote del manteo. Entonces el señor Cabos, el jefe de la sección 2526 y el señor Tolano (como lo llamábamos de cariño, parece que se llamaba Victoriano Luevano) me hicieron la invitación de subir porque estaban haciendo una revisión del tiro. Los cables para hacer estas maniobras son muy resistentes, ya que mantienen algo así como tres o más toneladas en sus botes. Este iba con muy poca velocidad, hacia aba-

jo, y pensé que si me subía llegaría más pronto a lo caliente porque el inclinado donde me encontraba estaba un poco más fresco, por lo que me negué a subir. A los diez ó quince minutos se oyó un estruendo enorme, polvareda y silencio y, desde luego, nos imaginámos lo peor, pero no, bendito sea Dios, en el siguiente nivel se habían bajado los dos viajeros. Nos platicaron que al salir del bote el señor Tolano, que se bajó al último, al retirar el segundo pie se desprendieron los tornillos que hacían la abrazadera del bote yéndose éste hasta el fondo del inclinado, salvándose él de morir.

Bueno, estos dos hombres tenían algo muy particular pues entre los dos pesaban como unos 220 kilos o más por lo que me dijo el jefe Tolano: "Si te has subido, con tres nos vamos".

Bueno les decía de los motores, ahora voy a hablar de los *Triley*. Estos motores arrastran carros o conchas con capacidad hasta de 12 toneladas de mineral que son llevadas al tiro general donde hay enormes tolvas que reciben el mineral del tiro Buenos Aires, del 2526 y del que sería, después, el tiro de La Fortuna. El mineral es manteado y sacado por el departamento de manteo a la superficie; después se lleva a las quebradoras en carros mucho más grandes con una capacidad entre 10 ó 15 toneladas cada uno, es vaciado en las quebradoras por una maroma a base de aire que va rompiendo esas enormes piedras metalíferas y las va reduciendo a algo así como lo que conocemos como grava y de ahí va al departamento de molinos y flotación donde, bajo procedimientos muy adelantados, se convierte en ricos concentrados que son embarcados al extranjero.

Bueno amigos, pues hemos relatado algo de lo mucho que compone el trabajo de algunos o todos los mineros del país o de todo el mundo ahora que se cuenta con más equipo moderno, pero vamos a conocer las peripecias del minero.

Como ya les había contado, en el primer trabajo había un contratista muy buena persona, don Rafael de Lira, que estaba en el nivel 740 de ese inclinado que se encontraba entre el tiro Buenos Aires y La Fortuna. Pero no les he contado que para bajar al interior de la mina se nos proporcionaban unas lámparas que estaban a prueba de duración de diez horas o más, cubriendo las ocho horas que pasábamos en el interior de la mina; estaban en buenas condiciones y bien cargadas desde antes de bajar, pero cuando se le apagaba a uno su lámpara no había más remedio que quedarse en ese lugar hasta que algún compañero lo arrimara a uno a donde había

luz eléctrica, para esperar a que alguien llegara a cambiar la lámpara. Me acuerdo cuando éstas tenían fugas de ácido en la parte de la tapadera porque era un ácido demasiado fuerte que no quemaba la ropa, pero en la carne nos hacía un agujero que pasaban semanas para que uno se aliviara y ni como protestar.

Usábamos una lona de material muy duro que no sé de qué preparación era y no se quebraban tan fácilmente, por lo que eran de mucha protección para el trabajador; después empezaron a dar cascos de plástico que son los que actualmente se conocen, también muy resistentes; luego nuestros zapatos con punta de acero que nos daban bastante protección en los dedos de los pies y nuestros guantes de cuero para cuidar las manos.

Si les cuento, no me lo han de creer, a veces salíamos sin ganas de comer y con ganas nada más de dormir hasta el otro día. Hubo ocasiones en que le hacía la pregunta a mi Dios: ¿Porqué ando aquí, si sé hacer otras cosas? Tal vez mi Dios sí me oyó, pero yo no oí lo que me dijo: "Vas a estar 20 años en este trabajo", que fueron los que estuve al servicio de la compañía.

Claro que no estuve en esos lugares que les cuento, traté de pasarla un poco mejor buscando un trabajo que me gustara. Tenía un gran jefe de turno, del que ya les platicué algo y al que le decíamos Tolano. Era un hombre de gran peso, enorme de estatura y con un gran corazón de oro. Recuerdo un día que se lesionó un obrero en un estape entre el 695 y el 740, o sea de un nivel a otro, y teníamos que bajar como siete u ocho escaleras; el trabajador estaba un poco grave y el lugar estaba demasiado caliente. Cuando fuimos a avisar nos encontramos a nuestro cabo Tolano y le dijimos lo que sucedía, y dijo: "Vamos a sacarlo inmediatamente". Bajó, se lo cargó en los hombros y fue subiendo escalera por escalera hasta llegar al nivel 695. Me acuerdo que llegó con una sonrisa de oreja a oreja, con voz de trueno y jadeando terriblemente como un león y nos hizo estremecer. Venía agotado, pero con una gran satisfacción como si le hubiera ganado una batalla a la muerte.

Era muy conciente con todos los trabajadores que pertenecíamos a su corrida. Me acuerdo que convivía con nosotros a la hora del lonche y arrasaba con lo que había en el comedor; luego nos mandaba traer su lonchera a la que le ponían como una docena de gordas (¡Pero gordas!), como de 20 centímetros de circunferencia. ¡Se imaginan que gran hom-

bre! Otro gran jefe que tuve fue Juan Garcés, corpulento, de gran peso y de buen corazón.

Un día comenzamos las obras de lo que sería el gran coloso tiro de La Fortuna, se iniciaron las primeras barrenaciones del gran tiro en el nivel 695 que estaba a la cabeza y no recuerdo si era ingeniero titulado el que lo dirigía, pero les daba las veinte y las malas (que es un dicho minero).

El señor Alfonso fue un hombre clave en este tiro porque tenía grandes conocimientos de éstos junto con un norteamericano, de quien no recuerdo su nombre.

Un día nos mandaron al nivel 830 donde se rezagaba lo disparado y barrenado del nivel 695, haciéndolo caer al 830 donde lo rezagábamos con una pala ya con más rapidez. Les decía que una pala mecánica, de las primeras que bajaron al tiro de La Fortuna, vaciaba el tepetate a unos estapes viejos que se habían preparado previamente para poder recibirlo todo, en el tiro de La Fortuna, conforme se iba barrenando y disparando. Todo lo que se rezagaba en ese turno o en el siguiente se vaciaba en el tiro sur, del que ya les platiqué algo, porque este tiro manteaba al nivel 695 de donde era acarreado al tiro general para que, a su vez, fuera manteado al superior.

Eramos tres rezagadores los que trabajábamos con el contratista y operador José Chairez, hombre de unos sesenta años de edad, chaparrito, pero muy trabajador. Un día, cuál sería nuestra tristeza que ya no lo dejaron bajar a trabajar, lo jubilaron y fue tanta su pena que no se resignaba a que, después de cuarenta años al servicio de la empresa, lo sacaran. Todos los días, después de varios meses, iba antes de las seis de la mañana y antes de las tres de la tarde, que era la hora de la entrada y la hora de la salida, y un día le preguntamos que por qué hacía eso y nos contestó: "No puedo resignarme a dejarlos solos, cuando los veo bajar rezo a Dios y a la virgen María para que les dé licencia de salir con bien de sus trabajos, por eso les pido que hagan su trabajo con mucho cuidado y piensen en sus padres, en sus esposas, en sus hijos, quiero verlos bajar y salir con bien". Nos daba su bendición y claro, así pasó el tiempo y un día nos avisaron que había muerto don José Chairez y, como pertenecía al grupo de contratistas, ese día nada más trabajaron medio día y se reunieron todos para decirle su póstumo adiós en el cementerio y todos los que lo conocimos le rezamos una oración por el descanso de su alma.

Con el tiempo va uno agarrando experiencia y se pierde

el miedo cuando uno esta junto a tres o cuatro máquinas perforadoras que hacen ese ruido tan enorme y que desprenden ese olor tan penetrante a ácido y aceite quemado. Me acuerdo también cuando estaba en el nivel 650, cuyo tiro tenía un promedio de cuatro por cuatro, y en su centro había un barrero ya ademado como de metro y medio por el cual caía la rezaga al 695 y era parecido al que había del nivel 695 al 830.

Me acuerdo del contratista Ramón Sánchez, hombre de condición fuerte, indiado y le llamaban "el Gorra Prieta". Entre sus pistoleros había un señor Juan Perales quien, después de correr el tiempo, sería quien posara su rostro para quedar perpetuado en el monumento al Minero, que actualmente se encuentra en los terrenos de la Lagunilla. Ese grupo que trabajaba en La Fortuna eran especiales, por lo que se les tenía un poco de respeto y admiración, les decían "los Tireros" y además tenían otro modo de tronar las barrenaciones de estopín, disparándolas con electricidad. Los señores Manuel Rocha, José Zavala, Juan Septián, Adolfo Monrreal, Pedro Cazares y Manuel Rojas (más conocido por el mil amores, ya se han de imaginar), eran muy trabajadores y sus pistoleros y rezagadores también.

Pasó el tiempo y por primera vez desde mi ingreso a la compañía sucedió lo que tanto temíamos, un accidente de graves consecuencias en el que murió un gran amigo en el nivel 695. Este amigo se encargaba de hacer las piletas y de la limpieza de la acequia por donde pasaba el agua. Bombeaba el agua al tiro superior con bombas de gran potencia, pero en una ocasión el compañero se recargó en un cable que iba a tierra, o sea iba soldado a la vía donde corren los motores del "traley", lo que le provocó un paro cardiaco.

Después de algún tiempo volví otra vez con mi antiguo jefe Tolano, quien me dió trabajo en el departamento de rieleros, y mi nuevo compañero que se llamaba Juan Pérez me enseñó nuevos trabajos como clavar clavos rieleros, acomodar durmientes y cargar rieles en el hombro sin que me cortaran. Teníamos que tener los rieles de los niveles 785, 830, 875 y 920 en buenas condiciones, para los motores que trabajaban en ellos. En ese entonces otra vez la muerte rondaba sobre nuestros compañeros.

En esa ocasión en el nivel 875, ya terminando el turno de día, se encontraba el contratista Rubén Vázquez y sin ayudante estaba cargando con dinamita un contra pozo (así se le llama a este trabajo, porque si decimos un pozo significa que es hacia abajo y éste es todo lo contrario, está hacia arri-

ba) para hacer un chorreadero con tolva en unos plazos en medio de los niveles 830 y 875. Como les decía, al terminar su trabajo de la dinamita y ya encendida la cuña (que es un conjunto de barrenos de unos 40 centímetros en círculo, que sirven de reventón a la roca) llegaron los ayudantes y los de tabla, que son los últimos de cada barrenación, y lo único que alcanzaron a encender fue la cuña, la cual hizo explosión matando a los dos compañeros. Dicen que se les chorrearón las cañuelas. Con el tiempo se revolucionó este método de encendido de cañuela con unos carretes de alambre que eran llamados Themalito. Primero se enredaban, se hacían bolsas y la gente no las quería, entonces vinieron especialistas en esto de encadenar frentes, rebajes y toda clase de trabajo en explotación, explicando que la cañuela debía quedar con un casquillo de fuera para encadenarla y poder prender la Thermo-lita. Primero no la aceptaron porque estaban impuestos a quedarse a contar los barrenos que se habían cargado y cuando no contaban bien le decían al encargado del siguiente turno: "Nada más conté treinta o treinta y cinco de los cuarenta que habían cargado". Pero después vieron que esta Thermo-lita cumplía con la función y que además no terminaba con la vida de ningún trabajador al encender sus barrenaciones, por que al tronar lo que era el primer barreno ya había una distancia de 100 ó 200 metros de la explosión.

Este contratista era muy joven y tenía escasos dos o tres meses de haber entrado a trabajar a la compañía, lo que nos entristeció bastante a todo el gremio minero y desde luego a los familiares que en cuanto oían las sirenas y silbatos de la empresa sentían temor y zozobra por saber qué había pasado o a quién le había pasado algún accidente o incendio, ya que de ese modo se anunciaban las catástrofes.

Luego de pasar el tiempo nos concentraron a dos cuadrillas de rieleros, una que venía del tiro general y a nosotros que pertencíamos al tiro de Buenos Aires, al frente del general. Venía el contratista Salomón Morales con todos los rieleros diciendo que no había rieleros en toda la compañía y, modestamente, al ver la cuadrilla del Buenos Aires, en la cual teníamos a un gran cabo de vía don Vicente Gaytán, a la hora del trabajo no hubo otra cuadrilla más que la de Buenos Aires.

Riel que se sentaba en los durmientes era riel clavado, no se diga con curva, por lo que nada más nos quedamos a trabajar la cuadrilla de don Vicente hasta la terminación de este contra-cañón que llegó hasta el tiro de La Fortuna. En éste

aprendimos los secretos de la vía, les explicaré, nosotros trabajábamos el riel en tamaño de 25 ó 30 libras y los rieles que se usaban para esos motores eran parecidos a los del traley, que eran más pequeños (60 libras) que los del tren que medían 100 o más libras. Poco después continuábamos con nuestra rutina de trabajo, cuando otro terrible accidente vino a enlutar a la familia minera.

Esta vez se trató del calesero del tiro Buenos Aires, el señor José Carrillo, quien estaba bajando a los trabajadores de la primera división que salían más temprano, ya que laboraban entre los niveles 105 y 560. Salían más temprano que la segunda división debido a las condiciones de trabajo porque, cuando entre los niveles 695 y 920, disparaban la fogata o los gases de la explosión, éstos tendían a salir hacia la parte de arriba y cuando eso sucedía los niveles de arriba tenían que estar ya solos porque podía haber graves consecuencias y gente atrapada.

Les voy hacer un comentario, les decía que los niveles se componían de dos secciones: la primera división y la segunda (a la que pertenecíamos). A ésta última le decían la caldera del diablo por lo caliente, había lugares que pasaban los 50 grados o más de temperatura.

Siendo trabajadores como todos —bueno, sería por el tipo de trabajo— trabajábamos cuatro o cinco días por semana y venía lo bueno. Les decíamos a los faltistas de la primera división: “Te presentas con Tolano o el Chileno, un jefe muy bueno llamado Melquiades Morales, a la segunda división o al tiro de La Fortuna”, o viceversa los de la segunda división nos avisaban: “Te presentas con fulano de tal a la primera división”.

Ya se han de imaginar los resultados, los que estaban arriba e iban a lugares demasiado calientes, hagan de cuenta que apenas iban a trabajar por primera vez, el calor los debilitaba o los deshidrataba y se arrepentían de haber pedido su cambio a la caldera del diablo. Luego para el trabajador que subía castigado a los niveles de la primera las consecuencias eran peores, ya que los lugares tan fríos les provocaban un fuerte reumatismo que daba mas enfermedades y enfermos que trabajadores. Luego se buscaba a los afectados y se arreglaban entre ellos, el sindicato y la empresa y hacían permutas y cada quien se iba a su clima, al que tanto estaban acostumbrados.

Volviendo al relato de nuestro calesero, cuando llegaron al nivel 425 y se dirigían hacia el 470, sucedió la tragedia. Se

resbaló hacia afuera y fue a dar contra los mareas del tiro, cayendo en el piso de arriba sobre algunos compañeros —porque han de saber que esta calesa del tiro Buenos Aires se componía de dos pisos y era el único de todos los tiros que bajaba o subía a gran velocidad— y precisamente por su gran velocidad no dejó que el cuerpo de nuestro compañero cayera al fondo del tiro, pero de todos modos imaginense la calesa y los mareas del tiro que estaban separados por 10 ó 15 centímetros uno del otro, distancia por la que pasó su cuerpo el cual quedó todo molido. Fue así como lo aventó hacia el piso de arriba siendo una gran sorpresa para nuestros compañeros, tanto del piso de abajo que lo vieron desaparecer como los del otro piso a los cuales les cayó encima.

Estos accidentes lo ponen a uno a pensar en dejar este trabajo, pero luego que seguimos con la rutina de nuestro trabajo olvidamos todo. Pero eso sí, pidiendo a Dios y a nuestra madre, la virgen María, nos dé licencia de salir con bien de nuestros trabajos y regresar al lado de nuestras familias, padres, esposas e hijos, porque es una felicidad enorme cuando ya contamos con uno o dos pequeños hijos que vienen al encuentro de su padre gritando por toda la calle con todo ese cariño y amor que sienten hacia él: “Ahí viene mi papá, ahí viene mi papá”, pero que dolor tan grande les causamos cuando ya no se regresa jamás a causa de otro accidente.

En el nivel 425 hubo uno de los más grandes accidentes que hayan ocurrido durante mis veinte años de trabajo en la compañía. Se encontraban cuatro trabajadores cerca de un viejo estope donde estaba escurriendo el agua de los niveles 305 y 385 y posiblemente algunos residuos de tepetate y lodo, este estope estaba taponeando con rollizo de madera y tablas, las cuales, a través del tiempo, se pudrieron y se quebraron. Cuando estos trabajadores se encontraban cerca del lugar estaban saliendo varias toneladas de lodo o “fasfurria”, como comunmente la conocemos, con piedras y agua, algo así como si se hubiera reventado una presa, llevándose a los cuatro y dejándolos sepultados.

Fueron horas de angustia para todos los trabajadores y familiares de los mineros. Me acuerdo que se logró rescatar al señor Heleodoro Tostado y al señor Juan Manuel Arredondo de ese gran lodazal y fueron llevados inmediatamente al hospital de la empresa, estaban todos sangrados y cortados porque habían estado varias horas enterrados. Hubo un gran movimiento de gente, unos rezagaban y otros quitaban madera vieja para lograr encontrar a los otros dos trabajadores

que faltaban; pasó otro día de trabajo intenso y no se logró encontrar nada. Después fuimos avisados que, en el hospital de la empresa, un compañero dejaba de existir a causa de fuertes golpes y estallamiento de vísceras, nuestro amigo era Juan Manuel Arredondo quien dejó a su madre, hermanos y a su joven esposa con un bebé en su vientre, el cual cuenta a la fecha con dieciseis años de edad.

Se siguió con este trabajo con más ahínco para tratar de localizarlos lo más pronto posible, ya no importaba si era de día o de noche, teníamos que encontrarlos vivos o muertos. Era una pena muy grande ver a sus familiares preguntar: "Ya los hallaron, están vivos, queremos verlos". Hasta que por fin un día, Dios nos dió licencia de encontrarlos a los dos, pero ya muertos. Fue una tragedia que nunca se nos olvidará mientras vivamos, los nombres de estos otros dos compañeros eran Antonio Robles y Rosendo Avila. Después de algún tiempo nos dieron oportunidad de trabajar en la superficie, en el acarreo de minerales de las tolvas.

Les platicué de los motores de traley que se trabajaban en la mina y les dije que estos motores arrastraban un promedio de 12 ó 14 toneladas, cada motor. Adonde fui me encontré con que estos motores, que hagan de cuenta que son máquinas de tren, alcanzaban a arrastrar de 100 a 120 toneladas de piedras por viaje las cuales eran vaciadas en quebradoras para su molienda donde, después de ser piedras de medio kilo o más, eran convertidas en algo así como grava; después eran pasados en bandas, con un diámetro de una pulgada, al departamento de molinos donde se trituraban hasta lograr pasar al departamento de flotación y de ahí eran extraídos estos ricos minerales que, por más de cuatrocientos años, han dado a este querido Fresnillo trabajo y bienestar social. En este nuevo trabajo, que me gustó mucho, éramos dos tripulaciones por turno que nos llevábamos muy bien y formamos un equipo de beisbol con el que participamos en la liga municipal, en donde no nos fue muy bien porque nos daban muchas palizas, pero cuando jugábamos asegurábamos que estuvieran más cansados los enemigos, que nosotros.

Les decía que en este trabajo teníamos tres turnos de ocho horas cada uno y trabajábamos días lluviosos, soleados o con grandes estrellas y luna enorme; esas noches nos hacían acordar de nuestras novias. En ese tiempo, su servidor, todavía llevaba serenatas al pie de la ventana de la que ahora es mi esposa y con quien a la fecha tengo cuatro hijos, dos mujeres y dos hombres.

En este trabajo conocí a otro gran jefe de nuestro trabajo, el señor Enrique del Villar, del que hasta la fecha soy buen amigo, aunque estamos ya retirados del trabajo.

Nuestras vidas de mineros no sólo consistían en tener que trabajar y en tener tristezas por la pérdida de grandes compañeros o familiares, también participábamos en eventos culturales ya que se contaba con un gran grupo teatral. Me acuerdo que este grupo se llamaba Minerva y estaba sostenido por el sindicato de esta gran sección 62, el cual se componía de los trabajadores mineros y sus familiares. Nos hacían pasar ratos muy agradables presentando grandes y pequeñas obras que eran pagadas con aplausos que los hacían llorar de emoción, al ver al público de pie aplaudiéndoles a rabiar y gritando de la emoción por el gran momento.

También había grandes cantantes como actores, un gran dueto era el de los hermanitos Guardado que nos complacían con todo el repertorio de sus canciones que nos hacían vibrar y llorar de emoción; otro cantante era nuestro gran amigo el tenor Roberto Covarrubias. Todos ellos eran muy queridos. Me acuerdo que al tenor le gustaba la fiesta brava y lo conocíamos como "el Matador". Le gustaba meterse al ruedo a darle de pases a cuanto toro le salía, pero no solo era él, había muchos compañeros que organizaban grandes charreadas a través de la directiva del sindicato.

Aquellos 11 de julio de cada año se festejaba, a nivel nacional, a todo el gremio minero y a todas sus familias con un grandioso baile-kermes, bueno eso en la noche, y todo el día había juegos. El día se iniciaba con las tradicionales *Mañanitas*, que se dejaba escuchar en lo que era el recinto oficial de nuestra querida sección 62 de mineros. También había carreras de burros, carrera de costales, cochino encebado, carreras de salto, juego de barril de 100 ó 200 metros y el famoso palo encebado repleto de ropa y artículos para el hogar, que eran donados por nuestra cooperativa.

Teníamos una gran participación dentro de la política, fuerte en verdad. Había, bueno cuando yo entré, algo así como tres mil trabajadores más los que ya estaban, llegando a ser algo así como cinco mil, con lo que se han de imaginar lo fuerte del sindicato a nivel político. Claro, como en todo, había varios grupos que peleaban las secretarías y en ocasiones extremas se llegaba a la sangre y al fuego. Pero al correr del tiempo los puestos se ganaban platicando y comunicándose con la gente y con todos los trabajadores. Participábamos en elecciones para diputados federales y diputados locales y me

acuerdo que de nuestras filas salieron algunos diputados federales como el señor Jesús Saucedo, contratista; Adolfo Rodríguez, también contratista (ambos mineros auténticos); después vino Julián Macías, Nicolás Márquez y Hermenegildo Fernández, todos trabajadores de la superficie y hubo hasta un presidente municipal de Fresnillo don Heriberto González. También la inspección de policía la tenía el gremio minero representado por el compañero Manuel Salas. Esto, se debía a la gran fuerza y respaldo de todos los trabajadores y pueblo en general y al apoyo de los directivos de la sección 62 que colaboraban con el ayuntamiento municipal y del estado.

Siempre que se pedía que se colaborara para algún acto o espectáculo de cualquier índole ahí estaban todos los trabajadores con su gran banda de guerra, no digo que era la mejor del estado, pero era un orgullo contar con ella. Hasta la fecha esta banda encabeza toda clase de espectáculos. También había gran participación en el aniversario de la fundación de nuestro Fresnillo. "Porqué será tan 'engridor', será por tanto agujero que tiene alrededor..." Estos versos son algunos de los que componían los corridos que se le hicieron a nuestro Fresnillo. Les decía que se hacían primero fiestas de carnaval con sus grandes reyes feos, y al pasar el tiempo, éstas se convirtieron en grandes fiestas de aniversario en las cuales se celebraban los 400 años de la fundación de nuestro Fresnillo. En uno de los aniversarios salió electa la señorita Lupita Bonilla y ya se han de imaginar lo que duraba nuestra feria, sin mentir, duraba hasta tres o cuatro semanas y todos los días había gran alegría y diversión.

El festejo se iniciaba el 26 ó 27 de agosto y terminaba, bueno digo que terminaba aquí en Fresnillo, casi a finales de septiembre con grandes corridas de toros, espectáculos de charrería, carreras de autos, juegos deportivos y eventos culturales donde se presentaba nuestro gran poeta, el señor Roberto Cabral del Hoyo, que era paisano. "Fresnillo si tu suerte no fuera tan ingrata, pavimentadas lucieras tus calles de oro y plata..." Bueno para decirles lo que era nuestra gente, nos íbamos a alegrarles las ferias a nuestra gran capital Zacatecas porque, como les decía, en cuanto terminaba en Fresnillo empezaba la de la capital y hasta allá íbamos a rematar. Ya les conté de la primera reina de nuestro mineral y de la participación de la sección 62 y sus agremiados que eran puros trabajadores mineros.

Han pasado más de treinta años de certamen para rei-

nas y el gremio minero tiene más de 20 reinas. Se han hecho desde el inicio de nuestra feria, así que imaginen la gran participación de los trabajadores mineros junto con la de los directivos del sindicato.

En los eventos deportivos no crean que era muy fácil conseguir los triunfos, se luchaba o se participaba en buena lid contra empresarios, ganaderos y gente de otros sectores del municipio y sindicatos de la ciudad, que no eran “pesitos” en dulce, tenían lo suyo en cuanto a coordinación y trabajo —deportivamente hablando—, nosotros también teníamos lo nuestro. Había jugadores locales de varias ramas como de beisbol, basquetbol y futbol. Nos platicaban los viejos trabajadores que una vez habían ido a jugar a Cuba beisbol, también nuestro basquetbolista jugó en toda la República Mexicana, poniendo muy en alto a nuestro querido mineral y en futbol ni se diga. Todo esto a nivel amateur.

Luego, la compañía Fresnillo organizaba su gran liga interdepartamental para hacer su campeonato, el cual comenzaba los últimos meses de cada año y terminaba los primeros meses del siguiente. En el equipo, hasta la fecha, se encuentra un gran hombre y deportista que mucho estima y quiere a todos los mineros ya que fue jefe de la oficina de raya y que, aunque ya no trabaja, sigue siendo organizador por parte de la empresa, el señor Jesús Santacruz Gurrola de quien guardamos un gran recuerdo todos los mineros deportistas que participamos en beisbol, futbol y basquetbol.

Les decía que de esta liga guardo gratos recuerdos. Formamos un gran equipo que se llamó Producción y el capitán era el señor Rodolfo Gómez, jefe del tiro general, al que le dimos tres campeonatos seguidos por lo que se sentía muy orgulloso del equipo. El capitán no jugaba con nosotros porque el departamento de jefes tenía su propio equipo.

De todos los equipos que muchos compañeros organizaban estaban los del departamento de ingenieros, del tiro general, del Buenos Aires, del B. Flotación, del taller mecánico, del superior de turbinas, de las oficinas de mantenimiento (que era el equipo de los jefes) de los paleros, del taller eléctrico, del tiro de La Fortuna y el nuestro el gran equipo Producción, en los cuales todos los jugadores eran del departamento donde trabajaban, ya fueran de mina o superficie y estaban representados por todos los jefes de cada departamento. Para que se den una idea de toda la gente que participaba en estos campeonatos de beisbol porque, claro tenían que participar como espectadores las familias de los trabaja-

dores, teníamos un parque que era un orgullo para nosotros los fresnillenses, el famoso *Fresnillo Park* el cual se convirtió en Campo Fresnillo.

Por el diamante de este parque pasaron grandes peloteros de la liga mexicana, como el gran Alonso Perry y para qué les cuento de nuestro gran Aurelio Rodríguez, que era muy joven cuando estuvo en la liga central. Sin menospreciar a nadie, ni siquiera ochenta cuartillas serían suficientes para poner los nombres de tantos y tan buenos jugadores que pasaron por este *Fresnillo Park*, que así era su nombre en el pasado, al cual queremos mucho y que si hablara y dijera todas las cosas grandes que pasaron sobre su diamante, diría que resultaba insuficiente los días de las inauguraciones de nuestros campeonatos de beisbol, que todavía se vienen realizando año con año.

A este gran equipo de producción les envió, desde este relato, un gran saludo a todos los que lo formaban. Había otro club grande con muy buenos jugadores, el del tiro de La Fortuna, el cual era dirigido por un gran jefe de esa corrida que fue ni más ni menos que el señor Juan Montelongo.

Les decía Alonso Perry, que de joven era un gran cacher, que fui su enemigo durante tres años —deportivamente hablando—, y cosa curiosa, después de esos tres años con el equipo Producción, pasé a formar parte de este otro gran equipo Fortuna. Les aclaro que ellos fueron los subcampeones en dos ocasiones y ya jugando con ellos fuimos campeones.

Me acuerdo que en la inauguración de este evento la compañía Fresnillo nos regaló una medalla de mérito por los tres campeonatos y por nuestro gran amor al beisbol. Por eso les digo que no todo en el hombre minero es tristeza o trabajo.

En el camino que me tocó recorrer como minero me encontré de pronto con otro nuevo trabajo en el departamento de exploración, del cual ya les había platicado; mi función era recorrer los departamentos y todos los lugares de la compañía Fresnillo, ya fuera en la superficie o en el interior de la mina.

Conocí todos los lugares de la mina unos con 60, 50 y 40 grados de temperatura; otros con temperaturas normales y otras muy frías. Creerán que exagero pero es la pura verdad, en esos lugares tan calientes quisieran todos andar desnudos, en lugares fríos se ponían hasta chamarras con borrega.

En este departamento, del cual guardo muy gratos recuerdos junto con todos mis compañeros que pertenecían a

él, me acuerdo que anduve con varios maquinistas de exploración porque había pistoleros (eran máquinas para barrenar y tronar y se usaban para el barrenado de recuperación de roca). El contenido de mineral, a cuantos metros o pies se encontraba, se sacaba en cajas de madera las cuales se acomodan como se iba barrenando y se llevaban al departamento de muestreo para así llevar a cabo la explotación. Había dos clases de máquinas exploradoras, una CP65 y la máquina 44. Las primeras funcionaban a base de aire y las segundas eran eléctricas con tubería de mayor diámetro. Estas máquinas barrenaban todos los ángulos: horizontal, vertical y grados menores. Recuerdo que era uno de los departamentos más unidos que tenía toda la empresa, nos llevábamos enormemente bien y fue en ese tiempo que otra vez estuvo rondando la muerte.

Perdimos en ese entonces a nuestro amigo y compañero Campa en el contra cañón 695, cerca del tiro Fortuna. Ya habiendo terminado su turno salieron del tiro de La Fortuna rumbo al tiro Buenos Aires, del que ya les comenté que teníamos que recorrer mil 500 ó 2 mil metros para llegar a él y salir a la superficie y que dábamos gracias a Dios por habernos dado licencia de salir con bien de nuestro trabajo, les decía que no había caminado más de 100 metros del tiro Fortuna cuando de un carro de los motores, que acarreaban mineral del tiro Fortuna al tiro general y su recorrido puede que haya sido de unos 3 kilómetros, se zafó un cuello de 8 pulgadas de la tubería (ya se han de imaginar una presión de 80 ó 90 libras en esa enorme tubería) y aventó tubos de un peso de 100 kilos como si fueran de papel sobre varios compañeros, pegándole a él en la cabeza. Su muerte fue instantánea y el motorista de ese tren salió lesionado y ya no regresó a su trabajo de motorista de acarreo de mineral, lo dejaron en el departamento de veladores en superficie.

Les decía que éramos grandes amigos y compañeros en este departamento y fue aquí donde tuve grandes maestros y un gran amigo que no olvidaré en toda mi vida, el señor Hipólito Márquez, que también fue mi maestro y fue quien me enseñó los secretos de como ser un buen operador de las máquinas CP65 o de la famosa perforadora 44, la que les decía que era eléctrica. Las dos máquinas trabajaban también a base de agua y tubería hueca de mucha resistencia, por lo que se podía perforar hasta con máquinas CP65 que son máquinas chicas y pueden perforar hasta 200 metros y las máquinas eléctricas perforaban hasta 600 o más metros en posición vertical y horizontal. Fue en este departamento que mi maes-

tro Polo, como le decíamos todos de cariño, al correr de los años me salvó la vida.

Ya en otro departamento donde yo era pistolero trabajábamos con máquinas de barreno para disparar y en la exploración también llegué a ser maquinista de exploración. En este departamento teníamos un equipo de beisbol pero no nos importaba el enemigo ni en donde jugábamos con tal de alejar a los compañeros del vicio, porque ya para ese tiempo el departamento se volvió de puros jóvenes que ingresaron a la empresa. Me acuerdo que eran jóvenes que tenían preparatoria, estaban muy preparados, había un joven que se apellidaba De la Rosa quien, con el paso de los años, fue el jefe de personal de la empresa cuando ya estaba graduado de licenciado y también estuvo becado por el sindicato.

Bueno esto que les platico viene a referirse porque en aquellos años, todavía en los sesentas, había mucho trabajador minero que tiraba su raya en vino, música y mujeres. No era el hombre de fe, maldecía y blasfemaba contra todo y contra todos por que, como les decía, había tenido mucho contacto con ellos antes de ser un minero más, al servicio de la empresa. Así que al correr de los años ya los mineros actuales no despilfarran su dinero tan fácilmente. Me acuerdo de unas cosas que pasaban en aquellos años, me acuerdo que les decían "las damas de las cantinas":

—¿Quién eres? ¿Dónde trabajas?

—Soy minero.

—Véngase mi rey.

Cuando ya no tenían dinero, los aventaban a la calle y paraban en la cárcel; había otros que decían "quiéreme chiquitita que soy minero", se les tenía miedo porque se la pasaban ahí los sábados y los domingos, lástima. Ahora la mentalidad del minero ha cambiado, el cien por ciento se dedica a su familia, tiene su casa y vive como todo ciudadano común.

Les decía que cuando tuve que dejar mi departamento de exploración y que me fui de pistolero, caí en manos de otro gran contratista, el señor Enrique Castañeda, que me enseñó como manejar una máquina perforadora, porque parece fácil pero éstas y todas las máquinas tienen su peligro y son capaces de ahorcar a uno si se descuida. Esta fue otra experiencia más, que me dejó grandes satisfacciones personales.

Y así empecé mi nuevo trabajo en los estopes. Ahí se trabajaba de arriba hacia abajo (ahora se trabaja de abajo hacia arriba por ser menos peligroso) y con el corte se iban que-

dando arriba piedras que se iban aflojando con los continuos disparos, cayéndoles encima a los trabajadores, matándolos y así pasó el tiempo. Hoy ya hay mucha protección para todos los trabajadores.

Me dieron mi categoría de pistolero y me invitaron a formar parte de una cuadrilla para barrenar en la frente de los populos para hacer una presa. Según gente muy conocedora y con muchos años de trabajo estos eran proyectos de cuando la compañía era americana (*The Fresno Company*) y querían hacer la presa porque le tenían mucho miedo al agua que tenían que atravesar. Por donde quiera había grandes venenos los cuales —como les decía— eran fuertes corrientes de agua que arrastraban matorrales y palos. Lo que importa de esto es que así se dio inicio a una presa minera, con cuatro cuadrillas de tres hombres cada una, para tratar de troncar y disparar. Cuatro turnos se repartieron las veinticuatro horas del día, ya que normalmente eran de tres a ocho horas por turno, reduciéndose el tiempo a seis horas en las que se tenían que ir poniendo varias tuberías, barrenar y disparar para que en el segundo turno se rezagara.

Les decía de esos palos que llegaron a revolucionar el trabajo del minero, lo hacían mas liviano. Pero amigos, se imaginan las condiciones de esta frente (porque entre más lejos se está de los tiros se ponen más calientes y garrosos y lo dejan a uno todo deshidratado y mal por los gases). Me acuerdo que al paso de los días trajeron una máquina enorme que le llamaban contra posera que daba un barreno como de 8 pulgadas y abajo, en la salida del barreno, se le unía una pieza como de un metro de diámetro con bastantes rodillos con diamantes que parecían una piña. Al subir hacia arriba se llegaba a un contra pozo que venía a aliviar un poco el largo mes de trabajo en el que ningún trabajador de esas cuadrillas faltaba a su palabra de honor y a su trabajo, sin hacer caso a todos los obstáculos.

Así al término de ese mes nos dijeron a todos los que estábamos trabajando que teníamos un *record* (si no mundial, lo teníamos nacionalmente), de lo cual nos sentimos muy orgullosos. Pero no crean que ahí paró la cosa, de ahí en adelante fue puro trabajo bajo las mismas condiciones, tanto en el tiro general como en el tiro de Buenos Aires, y escrito está en la compañía Fresno el trabajo y el esfuerzo de todos los trabajadores, contratistas, pistoleros y rezagadores que hicieron posible que los recesos de la compañía Fresno se vieran favorecidos con estos nuevos yacimientos argentíferos,

con los que se prolongó la vida y el trabajo de nuestro querido Fresnillo.

Recuerdos muy gratos nos quedan de todo esto. Un día nos avisaron a todos los que habíamos trabajado en esas frentes que iba a ir el gerente general de la empresa Fresnillo, por lo que nos reunieron a todos, éramos algo así como cien trabajadores los que participamos en ese trabajo y empezaron a llamar a todos y cada uno de nosotros y cual sería nuestra sorpresa que nos hicieron entrega de un diploma y un reloj grabado con nuestro nombre.

Ya al paso de los días nos avisaron los jefes que tuviéramos cuidado con la tubería de la máquina *Robins*, ese es su nombre pero se le conoce como contra posera, porque ya estaba donde se encontraba un nuevo barreno, según cálculos de los ingenieros. Estábamos al parejo con la contra posera y en el tope de la frente, y ya tenía el fondo como para estar cerca del nivel 270 y del superior.

Ya les decía de esta máquina que trabajaba con tubería de 12 o 14 pulgadas con la que nada pasó, nunca encontramos esa tubería que era demasiado gruesa y pesada (en nada se parecían a las tuberías de nuestra máquina eléctrica 44 o a las de la CP65, que tenía tuberías de 2 y de 1 pulgada) y así al paso de los días y de los meses no se encontró esa tubería, claro se estaba trabajando con la máquina, pero no se encontró por ningún lado en el nivel 270. Se hicieron salones con grandes dimensiones para tratar de encontrarlas pero fue tanto el problema que me acuerdo que vinieron altos personajes, socios de la compañía Fresnillo en México y en el extranjero, a ver que era lo que pasaba, mientras nosotros seguíamos con nuestro trabajo, alejándonos del lugar donde probablemente se encontraba el barreno que daría nacimiento a otro tiro que, tiempo después, le llamarían tiro San Luis. Así pasó el tiempo y nada que se encontraba ese barreno.

Me acuerdo que los contratistas que tenían ese trabajo, ya desesperados de barrenar, hacían disparada tras disparada y grandes rebajes, y nada; había preocupación en todos. Un buen día, más compañeros de la frente no fueron a trabajar y quedé yo solo, y como era el pistolero, me avisaron que me fuera con el contratista señor Luis Alvarado, que era el que estaba en el turno de día, y nos fuimos a rezagar y cuando terminamos quedó todo limpio de rezaga. Nada se había dicho en el reporte del turno de tercera, o sea el de la noche, pero algunos decían que ya se había encontrado el barreno pero eso era todos los días según nos dimos cuenta, así que nos

pusimos a barrenar y el contratista agarró la tabla del lado derecho y yo del izquierdo con barrenos de 160 metros y, en abanico, tratamos de localizar el barreno que bajaba del superior, y nada. Luego metimos un farro de barrenos más grandes, como de 240 metros, y cual sería mi sorpresa que como a los seis barrenos, con ese fierro que es más largo, sentí que la perforadora se hundía como 20 ó 25 centímetros, algo así como el diámetro del barreno, y paré mi máquina perforadora y le avisé al contratista y le dije: "Ahí está el barreno de la contra posera". No me contestó y volví a insistir: "Ese es el barreno", y me dijo: "Ya nos tienen llenos esas palabras: ahí está el barreno". Y pues no me hacía caso, hasta que le paré su máquina, la cual tenía trabajando, y le seguí insistiendo pero como el barreno tenía algo así como 220 ó 230 metros de hondo, no creía y me decía: "¿Estás seguro?". Entonces le dije: "Mire, saque el fierro poco a poco" y al ver que salía jaló lodo (como se les conoce en la exploración a estos molidos que se recuperan en bolsas de hule) y se dio cuenta que era jal con agua asentada la que había en el fondo del barreno del que, por la presión, salía un chorro de lodo y agua. Cuando hizo su aparición este barreno, no se imaginan el gusto que les dio al contratista y a su ayudante.

Bueno yo estaba como prestado en ese lugar, pues no sabía los problemas que ahí había y como decimos cinico al problema pero no al tamaño, gritando y abrazándose los otros dos compañeros se subieron al motor y, recorriendo alguna distancia, llegaron al teléfono mas cercano, ya que el que tenía problemas podía usar los teléfonos que se encontraban en las ventanillas o almacenes de la mina. Me dejaron solo y tapé el barreno con el fierro de barrenar y me senté a esperarlos y grande fue mi sorpresa cuando vi venir una gran caravana de luces, como cuando hay invitados al interior de la mina (en esos casos hay mucha gente, no nomás familias de los trabajadores, que les gusta mucho visitar el interior de la mina y conocer qué es lo que hace el trabajador, como vive en el interior de la mina y se escuchan varios comentarios de gente que, por medio de su posición económica, ha ido a pasear al extranjero y ha conocido otras tradiciones y costumbres y ha estado en espectáculos y diversiones de cualquier naturaleza y lo que han visto en el interior de esta mina los ha dejado perplejos, lo cual nos da una idea de que en nuestro México tenemos cosas grandes y maravillosas que no les envidiamos a ninguna otra nación del mundo, ya sean cosas naturales o hechas por la mano del hombre).

Les decía que estos programas o visitas se repetían una o dos veces por mes, claro con el respectivo permiso de la gerencia, la cual ponía a una o dos gentes comisionadas por el departamento de seguridad. También el señor Moisés Medina y algún ingeniero de la mina corrida apoyaban a estos distinguidos visitantes y a todos los demás que visitaban la empresa.

Estudiantes de minas que egresan de la universidad de Zacatecas, que se encuentra en la capital del estado que esta a 60 kilómetros al sur de la ciudad de Fresnillo, en el lapso de vacaciones la empresa los apoya, no digo que a todos los estudiantes pero sí a los mejores en cuanto a calificaciones, y aprenden y se relacionan con su próximo o futuro trabajo.

Les decía que cuando encontramos el barreno vi venir una enorme manda de luces que venían hacia donde yo me encontraba. Grande fue mi sorpresa cuando vi que a la cabeza venían, hasta corriendo, el señor gerente de la compañía Fresnillo, que en ese tiempo era el ingeniero Justo Wong S., que sin más protocolo me abrazó así como estaba todo mojado y lleno de aceite, me cargaron, me abrazaron, me saludaron y me preguntaron: "¿Cómo te llamas? Platícanos qué contraste porque teníamos meses y meses con esta preocupación, ya no dormíamos por estar al pendiente de este barreno". Fuimos al lugar donde se encontraba el barreno que tanto pendiente le dio al departamento de ingeniería, donde tenían medido donde debería caer la tubería, a los 270 metros de profundidad, pero no lo podían localizar.

Los accionistas hacían medidas y cálculos y pues nada. Luego, cuando ya estábamos frente al barreno con el fierro adentro, les dije a los ingenieros: "Háganse a un lado porque se van a llenar de lodo y agua". No quisieron: "No importa que nos bañe, con tal de que sea el barreno". Saqué el fierro de barrenar y los empezó a bañar de lodo, así como andaban bajaron y hasta con traje se acercaron, querían estar lo más pronto posible en el lugar tan buscado por mucha gente.

Fue la locura, todos se encontraban contentos. Eso no se me olvidará nunca porque ahí nació lo que es ahora un gran tiro que lleva el nombre de tiro San Luis, el que desde el inicio de su tendida de acero ha cobrado su tributo con cinco compañeros nuestros. Estos cinco trabajadores eran mucho muy jóvenes. Hasta el momento que escribo este relato, no me doy cuenta si ya está terminado hasta el nivel 695, que ese será su fin, y digo que no me doy cuenta si esta terminado porque hace varios años que me retiré de la mina.

No se imaginan que gran movimiento se ha desarrollado en esta gran obra y digo gran obra porque aunque suene algo falso, es la verdad. Si no se hubiera decidido a abrir estas frentes, se hubiera cerrado esta empresa y despedido a gran parte de sus trabajadores, porque ahora la mayoría de los mineros están concentrados en estos lugares laborando en contras, pocos, rebajes y frentes, siempre en cortes de metal ¡y qué clase de metal! plata de mucha ley.

Para llegar a estos lugares se tuvieron que explorar miles de toneladas de tepetate que se fue vaciando en lugares viejos y estopes chorreaderos que ya no se tenían en servicio; se prepararon plazas enormes y se fue rellenando hasta que ya no fue posible vaciarlo en el interior. Los malacates tuvieron que montearlo a la superficie y, en camiones de volteo, se vaciaron alrededor de nuestro gran cerro de proaño, convirtiéndolos en algo así como carreteras de varios kilómetros, así que imagínense la cantidad de tepetate que fue sacado a la superficie por esos grandes malacates que no descansaban a ninguna hora, ya que en los trabajos que se desarrollaban en el interior de la mina no había descanso y las veinticuatro horas del día los motores vaciaban miles de toneladas de tepetate al monte, se necesitaba llegar lo más pronto posible a esos lugares que prometían mucha riqueza en minerales y que darían, a la vez, gran protección por su trabajo al trabajador y a sus familias.

Miles de familias fresnillenses dependen de esta fuente de trabajo que se ha conservado por cientos de años. Ya que estamos comentando esto remontémonos al pasado, o sea al inicio de este relato minero, les he hablado hasta el cansancio de este gran tiro que nació a finales de los años cincuentas y se terminó en los ochentas y sabrá Dios que hubiera pasado si hubiera estallado un colapso minero, posiblemente hubieran quedado miles de familias desamparadas y sin trabajo. Recuerdo cuando ingresé a la compañía, sólo daban trabajo para dos años, esto en caso de que no se encontraran nuevas vetas para su explotación, pero pasaron poco más de treinta años de trabajo continuo, sin zozobras ni penas y vimos nacer y morir este gran tiro donde ha quedado la huella del hombre.

Me acuerdo de las grandes explosiones que se escuchaban durante el gran coloso de La Fortuna, con sus 365 metros de profundidad y el rugido de las orgullosas palas mecánicas que levantaban 2 toneladas de mineral (éstas, al paso de los años fueron remplazadas por una enorme *Scoop Tramp*)

y que llegaron a levantar hasta 7 toneladas en su enorme cucharón que vaciaba este mineral en los enormes camiones de volteo de 20 toneladas que a su vez los vertía en los chorroaderos que comunicaban a los botes del manto y al nivel 695. Me acuerdo de la voz del calesero que anunciaba “nivel 1065 bajan”, el cual era el fin del tiro y de esos toques de accidentes que nos ponían tan tristes y nerviosos por saber qué era lo que había pasado. La modernización del equipo de trabajo dejó huellas que costaron vidas, sangre, sudor, zozobras, miedo y terror pero también dejó una gran riqueza.

Cuando estuve en la exploración se hicieron barrenos, siempre tratando de reponer la roca que se iba barrenando, rumbo a esos famosos populos que ya les platiqué y que son mucho muy ricos en plata y que han hecho renacer las esperanzas de la empresa.

Había dos polos, el oriente y el poniente, hacia donde corrían las vetas y recuerdo que se logró dar con ellos por un geólogo, de apellido Bravo, que llegó a ser jefe del departamento de exploración quien nos leyó la cartilla, como vulgarmente se dice: “Señores exploradores, del trabajo y de la responsabilidad depende que logremos encontrar minerales, tenemos pocos meses para poder planear algo que pueda sostener esta empresa. Los montes actuales se están agotando y si para determinado tiempo no hallamos nada, señores esto se acaba”. Y se salió del departamento donde estábamos reunidos todos. Nos dejó pensativos y anonadados sin creer lo que oíamos, pero nos dieron mucho tiempo al servicio de la empresa y no supimos las causas.

Luego el ingeniero geólogo señor Sergio Velázquez sí supo oír los consejos. Les había hablado del señor Justo Alonso, que no era geólogo titulado, que les daba las veinte y las malas a cualquier ingeniero, en cuestión de minería. Me acuerdo cuando él estaba al frente del departamento de geología que nos decía: “Cuando los griegos —decía así con tanta seguridad— monten su máquina exploradora...” (ya fuera la que se trabaja con viento o la 44 que era eléctrica y que seguían lo profundo de los barrenos y se ponían a trabajar dependiendo del tamaño de las máquinas).

Yo no decía que a los tantos pies o metros barrenados se encontraban las vetas, como lo decía él. El señor Justo Alonso conocía la mina como a la palma de su mano, cuando se perdían las vetas que se iban barrenando, luego luego lo llamaban a él para su localización y decía: “Esta veta la dejaron a tantos metros atrás hacia la tabla izquierda o derecha”,

según lo echado de la veta (se dice echado porque hay veces que casi van horizontales y luego se ponen verticales con ligeras inclinaciones, como decíamos, a la derecha o izquierda) era hombre muy conocedor de la minería. Ya hace tiempo que no trabaja, no se si lo pensionaron, y creo que en la actualidad cuenta con setenta o más años. En una ocasión, me acuerdo, vino un joven geólogo de Tampico (aquí a Fresnillo) y siendo compañero de don Justo Alonso se enamoró de una linda joven fresnillense que lo cautivó hasta los sesos y hasta lo más profundo de su ser. Iban a contraer matrimonio en pocos días y ya tenían todo preparado para la boda pero la muerte del joven geólogo truncó todos los preparativos y no hizo posible llevar a cabo los sueños de ambos jóvenes.

Bueno estos son los sucesos de su muerte, me acuerdo que estaban en una plaza, así se les llamaba a unos grandes mantos de mineral diseminado en grandes áreas que se iban explotando y acumulando para que después, con un motor o mosco con dos carretes de cable de acero de media pulgada y un cucharón al extremo, se fueran chorreando en tolvas para que los motores los acarrearán a los chorros del manto que iban a la superficie. Los dos se encontraban en esa plaza supervisando el mineral, cuando de pronto cayó una enorme piedra casi encima de los dos y don Justo logró hacerse rápido a un lado sin poder hacer nada por su joven compañero salvándose de una muerte instantánea como la que sufrió este joven geólogo.

Bueno, no sé si mi relato lo empecé al revés pero quise platicar primero mi vida de minero y luego todo lo que en ella ví, oí y lo que me pasó.

En otra ocasión, cuando fui al nivel 650 del tiro de La Fortuna con el contratista Ramón Sánchez me ordenaron bajar primero al tiro, el cual les decía tenía un barreno como de unos 50 metros de diámetro, porque teníamos que lavar los chocolones (así se les llama a lo que no alcanzó a quebrarse con la disparada o carrisos) y me acuerdo que me aventaron el pasamano o soga para que me amarrara, me amarré de la cintura por cuestiones de seguridad y quise brincar al otro extremo y que me voy por el barreno y me dije: "Es mi final", y nada que me quedé como un yoyo. Esto pasó porque el pistolero no amarró el pasamano templado y pues ya se han de imaginar el tremendo susto que pasé, duré varios días en el hospital como partido en dos.

Luego, al pasar el tiempo, en uno de los motores que hacían el acarreo del tiro inclinado 2526 al tiro general, pasan-

do por el nivel 695, el motorista que se apellidaba Rocha y su ayudante Cuco, que de cariño le decíamos "el Chamuco", cuando se encontraban a cierta distancia de unas puertas de ventilación se tenían que bajar del motor para abrirlas porque pesaban mucho por el viento tan fuerte que baja del ventilador que se encontraba en la superficie del tiro Buenos Aires (les decía que estos carros se jalaban con el motor y se llevaban puchando, es decir iban los carros por delante), entonces nuestro compañero "el Chamuco", al ir a abrir la puerta, se resbaló y cayó sobre los rieles pasando todos los carros sobre su cuerpo y cuando pasó el motor, ya se han de imaginar la tremenda sorpresa del motorista Rocha. Fueron tantos sus nervios que, a fin de cuentas, no logró recuperarse y dejó el trabajo poco tiempo después.

En otra ocasión se encontraban trabajando nuestros compañeros Miguel Cedillo y su ayudante junto con varios pistoleros, también en otra gran plaza del tiro de La Fortuna, cuando de pronto se les vinieron encima unas piedras grandes, quedando los dos sepultados. Los demás compañeros que se encontraban en esa plaza, los cuales eran demasiado jóvenes, corrieron a darles auxilio rescatando primero a nuestro amigo Miguel Cedillo, que ya había dejado de existir y luego se apresuraron a seguir quitando esas enormes piedras para tratar de sacar a su ayudante y que gran sorpresa señores, se encontraba vivo gracias a Dios. Cerca de donde él estaba cayó una piedra como laja cerca de una roca grande derribándolo y esa piedra le sirvió de protección, claro no salió ileso tuvo algunas quebradas en las piernas y algunos golpes en el cuerpo pero, bendito Dios, quedó con vida y se curó. Duró largo tiempo en recuperarse de sus lesiones y en recuperarse de su estado anímico.

Así pasa la vida de nuestros queridos mineros, sin dar ni pedir cuartel a las entrañas de la tierra para arrancarle esos preciados metales que se encuentran en su interior. Por esto mis queridos amigos, les platicué de aquella alegría, abrazos y felicitaciones vivas que se hicieron cuando se localizó el barreno, que más tarde sería el tiro San Luis. Después de encontrarlo, seguimos con nuestro trabajo de cuele o frente, como se le dice en la minería, con mi contratista y gran trabajador minero don Antonio Ortíz.

Como les decía ese contratista era un gran trabajador y tenía esa calma de gran conocedor del trabajo, sabía manejar con mucha pericia las palas mecánicas, los motores y las pistolas perforadoras. Todo joven que le prestaban o cualquier

simple trabajador, terminaba su turno con muchas ganas de volver a ir al lugar en donde trabajaba este señor a quien nunca se le oía maldecir ni renegar con nadie y enseñaba a todos como trabajar la pala, el motor, las máquinas de barrenar y la forma de cargar y encadenar, con mucha seguridad, los barrenos para su explosión.

Recuerdo el día de mi accidente que llegamos al lugar, el que por cierto estaba demasiado blanco, y al estar barrenando el contratista y su servidor, ya casi para terminar la barrenación, estaba un barreno de pata (o sea los barrenos que van en el piso de la frente) y traté de sacar la barrena cuando me cayó en el casco una piedra de la parte de arriba. Nuestro ayudante estaba en "culequillas" limpiando el lodo o jal que tapaba los barrenos de abajo y le grité que se hiciera a un lado, pero no me oyó por el ruido de las máquinas y rápidamente lo estiré del cinto de seguridad hacia atrás cayendo un cuartón grande, aparentemente como polvorón y que sí golpea algo duro. Le hizo una cortada como navajazo en una de las piernas y en la cadera pero lo que pasó después, cuando le dí el jalón en ese momento, fue que se presentó el jefe de turno con otros ingenieros y pensó que estábamos jugando y para pronto trató de regañarme, lo que me dio mucho coraje porque en realidad no se habían dado cuenta de lo que había pasado, hasta que les indiqué la razón del jalón que tuve que darle a mi compañero. Después lo sacamos a la superficie para, de ahí, llevarlo al hospital de la empresa.

Les platicaba que ese día llegamos a ese lugar donde no se necesitaba regar la rezaga ya que como les dije estaba muy flojo y húmedo, porque cuando estaban muy secos pues se tenía que regar para así evitar un poco el polvo, que es nuestro veneno de la muerte, porque provoca silicosis. Cuando éramos niños veíamos a algunos vecinos que aventaban una fuerte cantidad de sangre por la boca y oíamos que decían los familiares y amigos "fue la silicosis". Conocí a dos trabajadores contratistas, al señor Jesús Castro y Jesús Hernández, que murieron como quien dice en su trabajo. Al señor Hernández lo sacaron del interior de la mina y lo llevaron al hospital ya muy grave y el señor Castro salió de vacaciones y ya no regresó, los dos murieron todavía al servicio de la empresa.

Preparábamos el equipo, la pala de rezagar, el motor, los carros y así empezábamos otro día de trabajo en esos lugares. Por lo regular se rezagaba de diez a doce carros de la disparada anterior. El día de mi accidente ya llevábamos como nueve carros rezagados cuando llegó el ingeniero Jus-

to Wong, que era el gerente, con varios ingenieros y jefes de la corrida a ver como se estaba trabajando. Teníamos que ir poniendo marcos de madera con rollizo de 8 pulgadas por 10 pies o más, según se necesitara. Después se fueron a seguir supervisando cuando de pronto me dice el contratista: "Ahorita vengo voy al baño, no me dilato", y como las letrinas o caballos, como les decíamos todos los mineros, estaban demasiado lejos me dije "voy a rezagar lo poco que falta para cuando regrese estemos listos para barrenar". Me acuerdo que le dije a nuestro ayudante, que era muy joven y que tenía poco tiempo de haber ingresado a la empresa: "Súbete al motor y me arrimas los carros para irlos llenando poco a poco", se lo dije, ya que varias veces traté de enseñarme a rezagar con esas palas que pocas veces perdonan la vida y llené dos carros a duras penas y al estar llenando el tercero, ya casi al terminar la rezaga, bajé el cucharón para arrimarlo al tope de la frente y señores, se acabó todo, no supe de mí hasta que empezó mi alma a volver al cuerpo.

Estaba todo adolorido y, como en un sueño, empecé a volver a la vida después de soñar que habíamos chocado en un autobús y que estaba prensado de la parte del pecho entre los asientos y cuando trataban de sacarme yo les decía: "Por favor no me muevan, me lastiman, estoy atorado", oía el murmullo de todos mis compañeros, pero no sabía en donde me encontraba hasta que empecé a ordenar mis pensamientos y luego vi luces a mi alrededor. Me tenían acostado en el suelo sobre la vía y recordé de inmediato que la pala se me había venido encima prensándome contra la roca, lo que me hizo perder el conocimiento.

Mi compañero de trabajo corrió la voz de auxilio cerca de donde llevábamos la frente, nuestros amigos exploradores eran los que tenían el avance de la frente con su barreno de exploración, y hacia ellos corrió y les avisó lo que pasaba. (Ya antes les platiqué los grandes recuerdos que guardo de este departamento donde estuve por varios años y en el que dejé a todos mis amigos). El que fue mi maestro, el señor Hipólito Márquez, era el que tenía a su cargo el barreno de exploración y corrió hacia donde yo estaba con esa fiera de varias toneladas de peso encima.

La máquina rugiendo, por ese enorme ruido que produce su salida de aire y tratando de triturarme entre sus fierros tan potentes, corrió y le cerró al viento que la tenía descontrolada, soltándome de sus garras de muerte y caí al suelo.

Bueno, según me platicaron después, todos mis compa-

ñeros me fueron a visitar al hospital, en el cual duré como setenta y dos horas con oxígeno y médicos; mi familia me veía mucho muy grave. En una ocasión le dije al doctor que mucho le agradecía lo que había hecho por mí, porque me había proporcionado todo el auxilio para poder salir del *shoc* en que me encontraba y me dijo que por qué no le avisaba a mi madre y a mis hermanos de lo que me había pasado y que fueran a verme, porque como les platico, ellos me veían muy mal. Según me pude dar cuenta cada poro de mi cuerpo era una gota de sangre, o sea que estuve a punto de estallar por el peso que tenía encima, pero mi Dios la tenía agarrada un poco para que no me hiciera pedazos y pues la mera verdad, yo en mi interior nunca pensé que me fuera a morir y le daba gracias a Dios por haberme salvado la vida.

Ya en el hospital pensé menos en la muerte y me negué a darle una pena más grande a mi madre y a mis hermanos que se encontraban viviendo en la ciudad de México. Lo único que pedía a mi madre, a la virgen de Guadalupe, era que me diera licencia de reponerme un poco e ir hasta su altar para darle gracias por todos los beneficios que había recibido cada uno de los días de mi vida y abrazar a mi madre que sufrió mucho cuando trabajó en la mina. Cuando Dios me dio licencia de estar junto a ellos y les platiqué lo que me había pasado, me regañaron pero ahí quedó todo gracias a Dios. Quedé vivo para contarlo.

Desde aquí les mando un saludo a todos mis compañeros que intervinieron en mi salvamento y, especialmente, al señor Hipólito Márquez porque decían ese día: "Ya no se puede hacer nada, ya está muerto", pero él, con esa decisión y rápidos reflejos, me salvó la vida. Les he de contar que en la exploración en cualquier otro trabajo, para parar una máquina, un auto o cualquier cosa, se requiere rapidez, con la que se podrían salvar muchas vidas y se evitarían problemas, aunque fueran solamente de trabajo.

Saludos a todos mis compañeros de los tiros La Fortuna, general, Buenos Aires y a todos los que de mí se acuerden. Llevo un largo año en mi recuperación y hago labores propias de un lesionado, hasta donde mi capacidad puede, pero no crean que fue tan fácil con todo el abdomen descuadrado y costillas quebradas, pero logré quedar bien, bendito sea Dios. Al pasar el tiempo me avisaron: "Te vas a la mina, necesitamos que te pongas a trabajar como antes", ya para ese tiempo mi familia, esposa e hijos, que son cuatro (dos mujeres y dos hombres que en ese tiempo eran todavía niños de

primaria), habían tomado la decisión de poner un “changa-rrito” o comercio en la casa, la cual teníamos poco tiempo de haberla pagado, y así en mis ratos libres la atendía, me familiaricé con mi nuevo quehacer y me gustó mucho el ramo. Antes de decidir si bajaba de nuevo a la mina salí de vacaciones y le comenté a mi madre la resolución que habían tomado mis jefes al mandarme otra vez a la mina, platicamos largo rato y llegamos a la conclusión de pedir mi retiro definitivo y dedicarme a mi nuevo trabajo, desde el cual les estoy enviando mi relato minero. Estoy satisfecho con este granito de arena que he puesto con mis experiencias durante veinte años, de los cuales guardo muy gratos recuerdos.

Polvo negro

Serapio Garza Bermea

La explosión de 1939 y mi inicio como minero

Nací en la Villa de San Juan de Sabinas, Coahuila, el día cinco de octubre de 1925. Mis padres fueron: Serapio Garza Hernández y Anita Bermea Bosque. Fui el último de cinco hermanos: Jesús, Carmen, Dionicia y Roberto. Mi padre se dedicaba a las labores del campo, habiendo ocupado algunos puestos en la Presidencia Municipal como comandante e incluso presidente municipal de aquella Villa en tiempos de la Revolución.

Contaba con cinco años de edad cuando mis padres decidieron irse a vivir al mineral de Palaú, en el mismo estado y ahí pasé mi niñez. Siendo un adolescente de catorce años, el 30 de septiembre de 1939, a las cinco de la tarde, en la mina cinco de ese mineral escuché una fuerte explosión que retumbó en los alrededores. Una columna de humo negro se dejó ver desde el patio de mi casa. Entonces le dije a mi padre: "¡Oiga papá, explotó la mina!", y él me contestó con gran angustia: "¡Pero cómo hijo, tu hermano está trabajando ahí!" Corrí y subí a mi caballo y no me detuve hasta llegar a las afueras de la mina. Ya la gente corría por todos lados llorando y gritando, ahí perdieron la vida sesenta y siete mineros, entre ellos mi hermano Roberto que contaba con veinte años de edad.

Los trabajadores Severo Almeida, Lino Sepúlveda y dos más, de quienes no recuerdo el nombre, se salvaron, pues se encontraban en la plancha de la mina, Federico Reyna y Julián Gloria venían de salida en la jaula al momento de la ex-

plosión, uno de ellos salió disparado hacia arriba y el otro cayó en el depósito de las jaulas; ellos también sobrevivieron, siendo los últimos en ser liberados después de 24 horas. El cuerpo de mi hermano Roberto fue rescatado a media noche, con los intestinos de fuera, razón por la cual fue confundido con un señor de nombre Amador (no recuerdo el apellido), que había sido operado recientemente del apéndice y los familiares de esta persona lo llevaron a velar a su domicilio, en el ejido La Cuchilla. El carbón de la mina cubre totalmente las facciones de un minero, siendo esto también motivo de la confusión antes mencionada.

El día de la explosión mi madre se encontraba en el hospital cuidando a mi hermano mayor, Jesús, que se recuperaba de una cirugía. ¿Cómo decirle a mi madre y a mi hermano lo que pasaba? Después de conocer la noticia Jesús pedía al médico que lo fajara para salir en busca de nuestro hermano ya que había pasado un día y aún no lo encontrábamos. Mi padre lloraba y yo iba y venía en mi caballo, buscando noticias de mi hermano muerto.

Fue hasta el domingo, después de medio día, que llegaron mis primos de San Juan de Sabinas y se dedicaron a buscarlo casa por casa, encontrándolo en la casa del señor Amador; lo identificaron por una cicatriz que tenía en el labio superior. Lo llevamos a nuestra casa y lo velamos sólo unos minutos, para después darle sepultura, pues ya habían transcurrido muchas horas desde su muerte.

Una semana después de ese triste día y a pesar de ser un adolescente de escasos catorce años, comencé a trabajar en la mina. Mis padres lloraban la pérdida de mi hermano y no querían que trabajara yo allí. Debido a mi corta edad, tenía miedo cuando salía de la mina a media noche, por lo que mi padre acudía a recogerme para regresar a casa.

Mi primer trabajo fue como caminero, con Manuel Aparicio, que era el maestro en ese departamento; ahí trabajé hasta 1945. En ese año la Compañía Carbonífera de Palaú, S.A., compraba la cooperativa; yo cambié de trabajo a carbonero como extra de planta, tumbando carbón con pico de mano y llenando carros mineros; nos pagaban a dos pesos la tonelada tumbada y cargada, tenía de compañero a Julio "Chinacas". Ese amigo, siempre que comenzábamos el trabajo decía: "En nombre sea de Dios, todo lo que hagamos será para los dos". También trabajaban allí Pedro Sánchez, el "burro maneado" y otros más.

Como extras de planta hacíamos diversos trabajos, un

día me destinaron como chequero en la plancha, quitando los cheques a todo carro lleno que llegaba para pesarlo en la báscula. Eran las tres de la madrugada del 18 de octubre de 1945, estaba platicando con Alejandro Fávila, que era el mulero en la plancha cuando llegó el planchero, don Juan Acosta y le dijo: "Fávila, allá arriba está un viaje parado", Fávila me dijo: "Vente para que me ayudes a gritarle a las mulas". Llegamos y ganchamos a las mulas de los carros, que eran siete, comencé a gritar y ellas a estirar, al ir corriendo a un lado de los carros, mi compañero perdió pisada y cayó en medio del riel pasándole dos carros encima, causándole la muerte instantánea. Vi morir a mi compañero sin poder hacer nada por él.

Un día después me destinaron a trabajar como fogonero en las calderas, en el exterior, pues los malacates que sacaban la carga de la mina trabajaban con vapor, así estuve una temporada; también desempeñé el trabajo de fogonero en la máquina de patio durante un tiempo. Regresé al interior de la mina trabajando como mulero, mi trabajo consistía en arrimar carros para que los carboneros que tumbaban carbón los llenaran. Constantemente cambiábamos de ocupación.

En el año de 1946, en septiembre 14, teniendo veintiún años de edad contraí matrimonio con la señorita Irene García González, originaria de San Juan de Sabinas, Coahuila.

En 1947, siendo nuevamente carbonero, sufrí mi primer accidente en el mes de octubre; al estar tumbando carbón y estar llenando un carro, se vino un "caído" que me arrojó y me hizo caer sentado, quebrándome el hueso de la pelvis; mis compañeros Pedro Sánchez, Rogelio Rangel y Manuel Zamarrón me dieron auxilio, sacándome en una camilla. Durante el trayecto al hospital nos encontró el doctor Ovidio Gutiérrez Boone y escuché que decía: "Este viene bien jodido, quebrado de la espina dorsal" y yo le contesté: "Vengo pura madre, porque muevo la pierna derecha". Cuando llegué al hospital de la compañía me sacaron radiografías y confirmé lo que pensaba, pues no estaba lesionado de la espina dorsal, sólo tenía una fractura en la pelvis, por ello permanecí tres meses hospitalizado, dándome de alta el 31 de diciembre.

Regresé a mi trabajo y me asignaron como ayudante de palero con Tranquilino Nájera, ahí estuve hasta 1949 en que me cambiaron a la mina La Saucedá, con trabajo de planta de carbonero, el cual alternaba con el de ayudante de operador en las máquinas corteras marca *Guzmán*. Mis compañeros eran Raúl Torres y Felipe Gallegos, nos llevábamos muy

bien, a Felipe le decíamos el “Burro” porque era muy “pedorro” y nos aguantábamos el olor, también le apestaban muy feo las patas. Había otro compañero al que le decíamos el “Alazán” éste era ayudante de palero, él y el maestro se encargaban de ademar el lugar para poder trabajar.

Durante todo este tiempo que trabajé como obrero laboré muchas horas de tiempo extra para poder medianamente completar los gastos de mi familia, que entonces se componía de mi esposa y mis primeras dos hijas; adquiríamos la despesa de la cooperativa, la cual se me descontaba de mi salario, quedándome la mayor parte de las veces de 1.50 a 2 pesos para cubrir mis demás necesidades. Así me desempeñé hasta 1956.

De obrero a mayordomo. La explotación de frentes largas

En 1956 dejé de ser obrero sindicalizado y ascendí a mayordomo de segunda. Tenía a mi cargo veinticinco carboneros, dos paleros y a los movedores, que echaban a trabajar los transportadores. Como mayordomo de segunda estuve un año y durante seis meses sustituí en el puesto de minero mayor a José Guerrero, que se encontraba enfermo.

A mediados de 1957 se instaló la primera frente larga en la mina “La Sauceda” y aún siendo el último de los mayordomo que había ingresado a ese departamento me asignaron a dicha frente, que era la siete y media norte.

A Lucio Rodríguez, un compañero mayordomo también, lo envió la compañía a Francia para capacitarse en la explotación de dichas frentes largas y recuerdo que mi gente y yo obteníamos mayor producción en ese tipo de explotación que el grupo de Lucio, él lo atribuía a que su gente no le respondía. Cambiaron mi equipo de trabajo por el de él y seguimos obteniendo mayor producción. Tal vez se debía a mis relaciones de trabajo con mi gente a quien ayudaba en ocasiones, no me limitaba sólo a ordenarles, los consideraba y apreciaba y a pesar de mis malas palabras llevábamos un buen entendimiento en nuestro trabajo.

Continué trabajando en la explotación en las demás frentes largas hasta 1967. En este año me enviaron a la mina número 2 de Barroterán, pues comenzaban allá a instalar una frente larga y necesitaban una persona con experiencia en ese

trabajo para que enseñara al personal de confianza y sindicalizado.

Un domingo, teníamos que hacer un trabajo extra y le pedí a Fabela que trajera a Julián Ríos, que vivía cerca de la mina; bajamos los tres, de pronto se desprendió una enorme cantidad de carbón, cubriendo a Julián. Con gran desesperación, con mis propias manos, lastimadas y sangrantes, escarbaba para liberarlo y salvar su vida, lo cual gracias a Dios logré. Este amigo tuvo siempre un gran agradecimiento y aprecio a mi persona, mas yo considero que sólo hice lo que debía.

En esta mina de Barroterán trabajé durante un año y tres meses e informé al ingeniero Ulises Devese que ya el personal estaba apto para explotar las frentes largas. Comunicaron entonces las minas dos y tres, lo que a mi juicio no estuvo correcto pues consideraba que era peligroso, debido a la falta de ventilación y el riesgo de una explosión que se extendería de una mina a otra. El ingeniero Devese me pedía que me quedara a trabajar con ellos pero yo le comenté que no me gustaba que hubieran comunicado las minas y me regresé a Palaú en 1969.

No hubo que esperar mucho tiempo, desgraciadamente, para que el problema de las minas comunicadas en Barroterán se presentara, el 31 de marzo de ese mismo año.

La tragedia de Barroterán

El 31 de marzo de 1969 salía yo de mi trabajo en el turno de segunda, cuando me informaron que había habido una fuerte explosión en las minas 2 y 3 de Barroterán; me comunicó esto el minero mayor, José Guerrero, diciéndome también que el ingeniero Raúl Meza deseaba hablar conmigo. Al día siguiente me presenté con el ingeniero Meza y me pidió que les ayudara en el rescate de los mineros caídos. Debo decir que esta tragedia llenó de luto a muchas familias de Barroterán y de pueblos cercanos, pues ahí perdieron la vida 156 hombres. Esta noticia fué dada a conocer en todo el país por los distintos medios de comunicación. Fue uno de los accidentes más graves ocurridos en una mina, uno de los que más víctimas ha cobrado en la historia de la minería.

Iniciamos el rescate al día siguiente del suceso a las once de la noche. Todo era un infierno, por todos lados había dolor y angustia en los rostros de los familiares apostados en

las afueras de la mina desde el momento del accidente, esperando tener noticias de sus trabajadores muertos. Murieron ahí padres e hijos o varios hermanos, había en algunas familias hasta cuatro muertos. Fue algo muy doloroso para todos, perdimos familiares, amigos y compañeros. Bajé a la mina con el ingeniero Gutiérrez, el ingeniero Villasana, que era un miembro de seguridad, y algunos voluntarios que se prestaron para las labores de rescate. Al bajar por la mina 3, rescatamos dos cadáveres y luego nos dedicamos a taponear los cruceros con lonas, para así poder ventilar el cañón II poniendo y facilitar el rescate.

El día 3 de abril, en el turno de tercero, bajamos por la mina 2 los ingenieros Meza y Villasana, el señor Guanajuato, una cuadrilla de voluntarios y yo; rescatamos siete cadáveres más que ya se encontraban en estado de descomposición. Para facilitar la tarea de sacar los cadáveres en esas condiciones, nos enviaron de Estados Unidos unas bolsas de polietileno, en las cuales los colocábamos, poniendo en ellos su número de ficha para su identificación. Esto fue de gran ayuda para nosotros.

Regresamos a la frente larga 10 oriente y encontramos dos cuerpos más, recuerdo que nos detuvimos el señor Guanajuato (ese era su apellido), Villasana y yo y el ingeniero Meza siguió caminando, suponiendo que íbamos detrás de él. Al darse cuenta que iba solo nos gritaba muy asustado: "¿Dónde están?, ¡no me dejen solo!" (aclaro que el interior de la mina es totalmente oscuro, sólo nos iluminábamos con la lámpara que llevábamos en el casco de seguridad). Realmente era impresionante caminar como en una pesadilla, viendo compañeros muertos por doquier, alguno se hallaban sentados, envuelta su cara y cabeza con toalla y pañuelos, pretendiendo así no inhalar el mortal gas que despedía el carbón.

La peste era insoportable, cubríamos nuestra nariz con pañuelos para aminorarla un poco, las mulas también estaban ya reventadas, al igual que los hombres. Regresaba a mi casa sintiendo aún el olor de los cuerpos en descomposición, inhalaba perfume en un pañuelo para quitarme esa sensación y durante un tiempo no pude comer carne.

Tomábamos los cuerpos del cinto para colocarlos en la bolsa, pues en ocasiones, al tomarlos de un brazo por ejemplo, nos traíamos pedazos de él, era en verdad terrible.

Había transcurrido un mes de actividades de rescate y aún faltaban varias personas por sacar, entre ellos estaba mi amigo y compañero Alvaro Jaime, recuerdo que su esposa es-

taba embarazada cuando él murió y me preguntaba por los restos de su marido, pidiéndomelos; por desgracia fue de los últimos que logramos rescatar pues no paramos hasta sacar al último minero muerto. También murió en esa catástrofe mi compañero Julián Ríos a quien, como anteriormente mencioné, le había salvado la vida.

Durante el año y tres meses, previos al accidente, que trabajé en Barroterán, vivía en la casa de visitas de la Compañía, al igual que otros compañeros que tenían su domicilio en Palaú, así que cada semana íbamos a ver a nuestras familias y regresábamos el lunes al turno que nos correspondía. Varios de ellos viajaban conmigo, tenía entonces un carro *Chevrolet* 1953, llevábamos una buena amistad y la señora encargada de la casa de visitas nos atendía muy bien. Algunos de estos amigos también murieron en la explosión.

Regresé a Palaú, a mi trabajo normal, después del rescate, me llamaron entonces a la oficina para entregarme una gratificación de 2 mil pesos por mi participación en el rescate de los mineros caídos.

Retiro temporal. Mi familia

Continué en mi trabajo como mayordomo de las frentes largas en la mina La Sauceda, hasta el 27 de diciembre del mismo año, en que me dieron mi terminación. Ese dinero lo utilicé para hacer algunos arreglos y mejorar mi casa.

Con esto terminó mi labor en La Sauceda, inmediatamente se me contrató para hacerme cargo e iniciar la explotación de Mimosa I (era una mina nueva que se acababa de abrir también en Palaú). Abrimos los primeros cañones de esta mina, algunos de mis compañeros fueron David Villalobos y Jesús Beltrán, entre otros. En esta mina hacíamos de todo, de minero, mayordomo, gasero, mecánico etcétera. A mí me tocó bajar las primeras máquinas *Alpine*, e instalar la primera banda en el cañón general poniente. Se desarrolló este cañón hasta que se rompió el cañón tres sur; éste avanzó veintiocho cruces, para hacer la comunicación al tiro vertical. Después de terminar este trabajo, se cambió el abanico general al tiro vertical, toda la carga se sacó en el carro *Eskep* porque todavía no había bandas generales instaladas. Después se cambió el abanico al tiro vertical, se instaló la banda general sobre el inclinado A y enseguida se instaló una banda de 40 pulgadas en el cañón general poniente, y ésta descargaba en una

tolva que servía de depósito y que estaba en el interior de la mina.

Así trabajamos hasta el 25 de agosto de 1978, que fue la última etapa de mi largo recorrido por las minas de Palaú y Barroterán. Procreamos mi esposa y yo una bonita familia, formada por seis mujercitas y un varón. Mis hijas, todas, tuvieron la inquietud de estudiar; en el mineral de Palaú no hay escuelas superiores, por ese motivo tuvieron necesidad de salir a otra ciudad para cursar sus estudios.

Con gran sacrificio económico, dado mi bajo salario, sostuve primero a la mayor de mis hijas, Ana María, que estudió la carrera de química laboratorista en la ciudad de Saltillo. Al siguiente año la segunda de mis hijas, Ninfa, ingresó a la normal del estado, también en Saltillo en donde se graduó como maestra de instrucción primaria, al igual que la tercera, Hortensia. Mi cuarta hija, Yolanda, hizo sus estudios de química farmacobióloga en la Universidad Autónoma de Coahuila. Gloria ocupa el quinto lugar, estudió también la carrera de química laboratorista. La última de mis hijas, Minerva, se graduó como secretaria bilingüe en Monclova.

Trabajaba día y noche en la mina para sostener a mi familia y sus estudios, durante diez años no disfruté mis vacaciones, cubría muchas horas extras, todo esto contando siempre con el respaldo, apoyo y abnegación de mi esposa. Mis hijas, ya graduadas y trabajando las mayores, insistían en que dejara la mina pues habían sufrido junto con mi esposa, durante muchos años, el miedo y la zozobra por el peligro en el que siempre trabajé.

Me retiré de la mina y cambiamos nuestro domicilio a la ciudad de Monclova. A pesar del apoyo económico que mis hijas nos brindaron a mi esposa y a mí yo deseaba trabajar, pues no me acostumbraba a estar inactivo; busqué ocupación en algunas empresas de esa ciudad, lo cual me resultó muy difícil y poco remunerado, pues yo sólo había sido minero durante toda mi vida. Sin embargo desempeñé un trabajo como encargado del almacén de herramientas en el Taller Industrial Diesel de Coahuila, en Monclova, de 1980 a 1983. El más pequeño de mis hijos y único varón, Mario Alfonso, por estas fechas termina la preparatoria e ingresa a la Universidad Agraria Antonio Narro, de Saltillo.

En 1984 recibí mi pensión del Seguro Social. Ingresé en ese mismo año a trabajar para AHMSA, como inspector de seguridad.

En 1985 fui llamado por el ingeniero Raúl Meza que, al

igual que yo, en años anteriores había trabajado en las minas de carbón. Ahora como director de MICARE, reconociendo mi experiencia como minero, me proponía trabajar para esta compañía, donde desempeño actualmente un trabajo muy bonito, en el departamento de capacitación, enseñando a gente nueva a trabajar en las minas. Para mí ha sido de gran satisfacción el sentir que mis conocimientos y experiencia pueden servir de mucho a estos jóvenes.

Afortunadamente, en muchas minas se han mejorado las condiciones de trabajo, son más seguras y productivas, pues el minero tiene ahora a su alcance los avances de la tecnología, maquinaria y equipos modernos que facilitan su trabajo, sin sufrir las condiciones inhumanas que existían cuando yo me inicié como minero. La vida de los mineros es dura y en pueblos como éste ellos sólo gozan de la diversión de compartir su copa con los amigos en el bar, donde acuden para disipar sus tensiones y angustias del trabajo diario. Cada año se festeja el 11 de julio el Día del Minero; se tiene un día de asueto y se celebran diversas festividades y actos populares y se rinde homenaje a los mineros caídos en el cumplimiento de su deber.

Tengo 61 años de edad y estoy feliz pues trabajo en lo mío, en las minas. Para gran orgullo y satisfacción personal, mis hijas todas son profesionistas activas, se han casado y han formado sus propias familias; tengo trece nietos. Actualmente vivimos mi esposa y yo en una de las casas que la empresa construyó para sus trabajadores en Nava, Coahuila. Sostengo los estudios de mi hijo, que está a punto de graduarse como ingeniero agrónomo, ya sin muchos sacrificios y así estoy pasando mis últimos años cumpliendo con mi labor como minero, como padre y como mexicano.

Hago esta narración con ayuda de mi esposa, quien ha compartido conmigo 40 años de vida matrimonial, que representan para nosotros un recuento de esfuerzos, sacrificios, satisfacciones y mucho amor.

Aquel 22 de abril

Arturo González González

Prólogo

Todo sacrificio tiene como premio la inmortalidad, porque quien se sacrifica por el bien de sus semejantes deja una huella imborrable y su nombre permanece con letras de oro en los anales de la patria y del mundo entero. El obrerismo ha tenido muchos de estos héroes, que han ofrendado sus vidas en aras de la justicia social.

Los nombres de esos mártires perdurarán hasta la eternidad y servirán de ejemplo a todas las generaciones, porque con su sangre han realizado las conquistas obreras que han acabado poco a poco con la explotación inicua de las clases populares, para hacer prevalecer el derecho humano y el derecho social que el obrero, como base de la producción, debe ejercer.

En Chicago, en Cananea, en Río Blanco y en otras muchas partes del mundo ha habido sangre obrera para sellar las conquistas laboristas, que han dado como fruto una existencia mejor para quienes tienen necesidad de vender su fuerza de trabajo para subsistir y así, con el transcurso de los años, los ideales de esos hombres van fructificando.

Guanajuato también tuvo sus héroes obreros, hombres que, por el solo hecho de hacer despertar a los obreros del marasmo en que estuvieron sumidos durante siglos de opresión y explotación patronal, fueron vilmente asesinados por una banda de facinerosos contratados exprefeso por los empresarios éxtranjeros, que así creyeron acallar los anhelos de

mejoramiento de un sector que durante toda su vida estuvo al margen de todo progreso social y económico.

El 22 de abril de 1937 cayeron abatidos por balas asesinas Reylando Ordaz, J. Jesús Fonseca, Juan Anguiano, Antonio Vargas, Simón Soto, Antonio García y Luis Chávez.

Todo Guanajuato recuerda aún tan terrible tragedia, pero nunca se ha dado a conocer la verdad de esos hechos, que conmovieron a todo México y que representan uno de los más crueles y despiadados crímenes de que se tenga memoria. En aquellos tiempos hubo muchos intereses e influencias que evitaron toda buena investigación y con ello se ocultó el nombre de los asesinos intelectuales y se evitó el castigo de los ejecutores materiales.

Hace ya cincuenta años de tan cruentos asesinatos, durante los cuales se ha ido borrando un movimiento obrero que debe considerarse, al igual que otros muchos similares, dentro de la historia del obrerismo mexicano. A medio siglo de distancia nos hemos propuesto narrar lo que nos tocó saber entonces y lo que hemos podido averiguar, después de realizar investigaciones especiales, respecto a cómo y porqué se llevó a cabo el crimen, así como cuál fue el epílogo de este estrujante caso.

Antecedentes

Guanajuato era, durante los dos últimos decenios del siglo pasado, una ciudad próspera, cuyos habitantes integraban un conjunto social muy diferente al de las grandes urbes de la República, por las características de cada uno de los sectores que la formaban.

Destacaba desde luego la aristocracia, a la que pertenecían los descendientes de los nobles, a quienes los reyes de España habían otorgado títulos de conde, marqués y otros, debido a las fabulosas aportaciones de oro y plata que enviaban a la mal llamada "madre patria", después de haber descubierto los yacimientos de estos metales en las montañas de la región.

De menor escala, pero también aristócratas, eran los hacendados, familias que se habían enriquecido con la explotación de la gente del campo; eran propietarios de grandes extensiones de tierras cultivables en los alrededores de la ciudad y habían construido grandes mansiones por el rumbo de la Presa de la Olla. Luego estaban los funcionarios del gobier-

no, desde el eterno jefe del Ejecutivo, Joaquín Obregón González, hasta el último burócrata, quienes gozaban de prebendas y alcabalas a cambio de servicios de toda naturaleza en favor de los potentados.

Como en todas partes, las mayorías estaban constituidas por obreros, artesanos y campesinos, a quienes se obligaba a trabajar de sol a sol a cambio de un salario de diez a veinticinco centavos diarios y no sólo eso, sino que la mayor parte de ese sueldo les era cubierto con mercancía en las tiendas de raya, en las que únicamente había maíz, frijol, piloncillo y artículos innecesarios.

Siendo mayor el número de trabajadores de las minas, eran ellos los que más sufrían la explotación, no sólo en lo referente a los míseros salarios, sino también en cuanto a vejaciones y malos tratos. Se les hacía permanecer en las entrañas de la tierra durante doce, catorce y hasta veinte horas, bajo la vigilancia de crueles capataces que, látigo en mano, los obligaban a escarbar sin descanso durante todo ese tiempo; a quienes extenuados de fatiga bajaban el ritmo o se atrevían a parar unos minutos, a base de golpes los hacían proseguir.

¡Ay de aquél que se rebelara o manifestara la más mínima protesta! Entonces se les azotaba hasta sangrar y se les encerraba en las cloacas que dentro de las propias minas tenían y ahí se les dejaba sin llevarles siquiera un mendrugo, a consecuencia de lo cual, muchos llegaron a morir de hambre.

Pero lo más triste y doloroso era que la inmensa mayoría de los mineros sucumbía víctima de la terrible silicosis, enfermedad que iba minando poco a poco el organismo hasta la muerte, pues no había cura, ni siquiera para aminorar un poco los dolores que causaba. Los mineros no tenían la más mínima oportunidad de cambiar su situación, pues se les tenía totalmente controlados, hasta en el seno de sus familias. Si alguno pretendía insinuar algún movimiento masivo, era encarcelado de por vida o asesinado por los propios esbirros de los dueños de las minas o por la gendarmería, comandada por el gobernador y el jefe político.

Durante esos dos decenios fue cuando el presidente Porfirio Díaz entregó mediante concesiones a extranjeros, todos los recursos naturales del país y desde luego los fundos mineros de Guanajuato, los cuales quedaron en poder de compañías inglesas y norteamericanas, cuyos representantes continuaron esclavizando en la misma forma a los trabajadores.

Ya para entonces habían surgido movimientos obreros en la capital del país y en otros lugares, pero todos esos intentos fueron acallados mediante la fuerza, no obstante lo cual y a pesar de que el gobierno procuraba impedir que se conocieran y trascendieran dichos movimientos, siempre hubo quien difundiera cada suceso.

A Guanajuato llegaban mineros de otros lugares y obreros fabriles que platicaban lo sucedido a los tranviarios del Distrito Federal, a los inquilinos veracruzanos, a los campesinos yucatecos y a otros grupos que habían sido reprimidos. Poco a poco fue creándose la conciencia obrera y la necesidad de un cambio reivindicador para los mineros y así, hubo quienes comenzaron a luchar por el despertar de tan cruda pesadilla, enfrentándose a los patrones y al gobierno y hablando a sus compañeros con la verdad e incitándolos a unirse en esa lucha, aún a sabiendas de que sería cruenta y feroz, pero haciéndoles saber que representaba la libertad de actuar y de pensar y el mejoramiento de las condiciones laborales, quizá no para su generación, pero sí para la de sus hijos.

La mayoría de los nombres y acciones de aquellos iniciadores de la lucha obrera en Guanajuato han sido olvidados, pero su obra permanece. Hemos conocido tan solo la acción y la desigual labor de cuatro de esos héroes, precursores del movimiento obrero guanajuatense que así logró sacudirse el yugo patronal años después. Nadie se acuerda ya de ellos, por el contrario, a más de uno lo han presentado como escoria social, pero la historia les debe un reconocimiento y el obrerismo guanajuatense un lugar en la página de los héroes.

Cuatro idealistas

¿Cuál era su nombre?... Le llamaban Juan y le apodaban "Charrrascas", por razón de que llevaba siempre al cinto un largo tranchete (especie de navaja curva de acero con cache de cuerno) y lo blandía en toda ocasión en que era agredido. Era un hombre de casi dos metros de estatura, fornido, de expresión ruda, movimientos ágiles y andar apresurado; vestía siempre pantalón de mezclilla con peto y hebillas de bronce; una chamarra de piel café y zapatos mineros, cubriendo su cabeza con sombrero de ala ancha.

Aún no llegaba a los treinta años cuando inició la lucha por sus ideales. Huérfano de padre desde muy niño, se vio precisado a trabajar en la mina y se dio cuenta de las condi-

ciones inhumanas en que se tenía a quienes extraían de las entrañas de la tierra los tesoros que servían para aumentar la riqueza de los empresarios.

Su padre había muerto víctima de la silicosis y eso lo conmovió profundamente, prometiéndose dedicar su vida a conseguir justicia y libertad para los "esclavos" mineros, por lo cual comenzó a prepararse dedicando sus pocas horas libres a buscar quien le enseñara a leer y escribir. Esto lo llevó a conocer a algunos trabajadores de la fundición de metales quienes, procedentes de México, habían participado en movimientos obreros y pertenecían ya a los grupos anarquistas que operaban en el clandestinaje. Ellos le enseñaron las primeras letras y lo instaron a leer las obras de Bakunin y Popokief y los periódicos que —publicados en México— se distribuían a escondidas del gobierno, lo cual avivó sus ideales y lo instó a intensificar la acción.

Los contactos frecuentes con las ideas anarquistas fueron un factor importante para comprender que si los obreros realizaban un movimiento masivo, podría lograrse el cambio social necesario; por ello se unió al incipiente grupo floresmagonista, asistente al primer congreso celebrado el 5 de febrero de 1901 en San Luis Potosí, en el que se formó el Partido Liberal Mexicano.

Desde un principio comenzó a concientizar a los mineros, instándolos a la lucha; efectuaba reuniones en su propia casa y hablaba de los mártires de Chicago y de todo cuanto lograba saber sobre sucesos laborales ocurridos en el país y así consiguió algunos éxitos como la formación de grupos de defensa contra los temidos capataces, las protestas frente a las oficinas de los empresarios gringos e ingleses, los sabotajes y otras acciones que, sin embargo, eran reprimidas por la fuerza y que costaron a Juan días enteros de encierro en las cárceles privadas de los patrones, pero él sufría resignado y salía con mayor ímpetu a continuar su lucha.

Los dueños de las compañías mineras obligaron al gobierno a intervenir directamente, ante el peligro de que Juan consiguiera levantar al gremio en contra del régimen y de los intereses extranjeros y así, lo aprehendieron y lo llevaron a la prisión de Salamanca que, se dice, era peor que las "tijnas" de San Juan de Ulúa.

Logró salir, según se sabe, por la intervención del joven abogado Joaquín González y González, pero siguió siendo perseguido y un día desapareció para siempre, asesinado quizá o enviado para toda la vida a alguna prisión lejana.

En torno a Juan "Charrascas" se han pergeñado algunas leyendas, en todas las cuales se habla de él como prototipo del macho mexicano, pintándolo como matón, mujeriego, borracho y todo lo que se dice de los hombres "muy hombres", habiéndose incluso hecho la película *Juan Charrasqueado*, que hace años fue muy famosa, pero su trayectoria como pionero del movimiento obrero guanajuatense, pocos la conocen y el mismo sector laboral la ignora.

Había en la hermosa y colonial capital del estado de Guanajuato una pequeña y rústica imprenta cuyo propietario, José F. Granados, se sostenía haciendo novenarios y estampas religiosas allá en los albores del siglo pasado. También imprimía participaciones para bodas, bautizos y primeras comuniones, lo mismo que volantes propagandísticos y programas de espectáculos o, de vez en cuando, trabajos especiales para las dependencias gubernamentales.

Asimismo, era en ocasiones contratado para imprimir papelería de oficina para las empresas mineras. De vez en cuando también le llevaban trabajos los incipientes literatos que lograban reunir lo necesario para editar sus libros de poemas o cuentos. Su trabajo lo puso en contacto con todas las clases sociales y así se percató del marcado contraste entre la opulencia y la miseria. Supo asimismo de la opresión porfirista y del marasmo popular ante la situación imperante. Tuvo contacto con los trabajadores de las minas y pudo ver por sí mismo cómo esos centenares de hombres eran explotados por las compañías norteamericanas, cuyos capataces los tenían vilmente esclavizados tratándolos peor que a bestias.

Así surgieron en su mente las ideas liberales y la determinación de luchar con todas sus fuerzas, hasta lograr el cambio social que la patria necesitaba. Tenía los medios necesarios para iniciar esa lucha y por ello fundó el periódico *El Barretero*, título que le sugirió precisamente el agotador trabajo de los hombres que de las profundidades de la montaña extraen el metal que proporciona a los explotadores la riqueza y el poder.

Sus encendidos artículos estaban siempre dirigidos a despertar la conciencia obrera y exhortaban al pueblo a unirse para conseguir su reivindicación y, con ello, lograr la libertad de las clases oprimidas y la supresión de la dictadura de Porfirio Díaz. Censuraba con valentía el proceder de los representantes de las compañías mineras y la complicidad de

los gobernantes para reprimir toda acción contraria al sistema, lo cual llamó la atención de otros jóvenes idealistas liberales que se le unieron.

El pequeño grupo organizaba mítines en pleno Jardín de la Unión y en la Plaza de la Paz, en el atrio de la parroquia, en donde mediante encendidos discursos se pronunciaba contra Porfirio Díaz y contra el gobernador Lizardi, pero principalmente instando a la clase obrera a unificarse en favor del cambio en las condiciones de trabajo.

A más de uno de estos jóvenes su actitud le costó persecuciones, amenazas y cárcel pero, firmes de convicción, proseguían sin descanso su labor, siendo ellos los fundadores en Guanajuato del Partido Liberal floresmagonista en 1901, teniendo como antecedente un club literario, durante cuyas sesiones se trataban y discutían los planes de acción para hacer triunfar los postulados anarcosocialistas, hasta el derrocamiento del dictador y la organización obrera. Una de las concentraciones masivas más notables fue la realizada en 1906 bajo el pedestal de la estatua de la paz, recién erigida para protestar por la masacre de Cananea; este mitin fue disgregado con violencia por los soldados del gobierno estatal.

El Barretero fue el único periódico del estado que dio amplia y veraz información del artero ataque contra los mineros sonorenses y condenó valientemente al régimen porfirista, lo cual motivó el encarcelamiento del periodista y de sus principales colaboradores.

Soldados y gendarmes, por órdenes del gobernador, destruyeron el taller del periódico pero Granados, una vez en libertad, continuó luchando por sus ideales hasta el derrocamiento de Porfirio Díaz, yéndose a radicar a León, en donde fundó en distintas épocas varios periódicos, siempre defendiendo a la clase obrera, por la cual también ha sido olvidado, no obstante merecer un eterno recuerdo.

Joaquín González y González, joven abogado, tenía ante sí un porvenir halagüeño, ya que pertenecía a una de las familias más prominentes y aristócratas de Guanajuato; dueña de haciendas y fundos mineros. Sus padres le daban todo cuanto quería y cuando obtuvo su título en el Colegio del Estado, ahora Universidad de Guanajuato, lo enviaron a Europa para que aumentara sus conocimientos y adquiriera una especialidad. Sin embargo, desde sus tiempos de estudiante tuvo estrecho contacto con las clases populares; eludía y rechazaba con fre-

cuencia a sus amigos aristócratas, prefiriendo a compañeros pobres, a quienes ayudaba en distintas formas.

En Europa sus convicciones se reforzaron al nutrirse con las ideas de Marx y Engels, a la vez que conoció ampliamente los principios doctrinarios de la Revolución Francesa, por lo cual, a su regreso al solar nativo, se dio a la tarea de organizar a los trabajadores de las minas en grupos de defensa y de atender los problemas de las haciendas, instándolos a que se unieran, ya que a base de la unidad en acciones e ideas se podría cambiar la precaria situación imperante.

Pero la impreparación e ignorancia de mineros y campesinos, aunadas a los obstáculos y amenazas de los patrones, hacían muy difícil conseguir el despertar de aquella gente, en su mayoría analfabeta y temerosa, no obstante lo cual, proseguía su labor tenaz y persistentemente. Esto le valió el repudio de su familia, que lo echó de su seno y además lo abandonó a su suerte, quedando pobre y sin otro recurso que su profesión. El gobierno lo presionaba poniéndole obstáculos en el ejercicio de la abogacía y no sólo eso, sino que su actividad social, considerada subversiva, lo llevaba con frecuencia a la prisión; pero él sabía defenderse en los tribunales y era puesto en libertad después de una confinación de días o semanas.

En la alborada del presente siglo fue cuando Joaquín se entregó completamente a la defensa y organización de los obreros, quienes lo quisieron en verdad y le llamaban "Quino"; fue de los primeros en unirse al Partido Liberal Mexicano de Ricardo Flores Magón y se hizo periodista enviando artículos candentes y realistas a *Regeneración*, cuyo resultado fue una sistemática persecución ejercida en su contra por el gobierno. Se unió luego al periodista José F. Granados y el semanario *El Barrotero* fue el vocero más efectivo de las arengas sociales de Quino, dirigidas en especial a los mineros, a quienes instaba a unificarse y a luchar por la jornada de trabajo de ocho horas; sueldos justos y trato humano; en fin, trataba de infundirles en la conciencia las ideas de reivindicación e igual social.

Quino fue también un esclarecido e inspirado poeta, cantaba al amor y a la mujer como lo hacían los bardos de lejanos tiempos; pero antes que nada, estaba su convicción encaminada al logro del cambio social que México requería. Convocaba a mítines parándose en una banca del jardín principal y cuando se juntaba suficiente gente, clamaba por la unidad de acción, por la lucha en cualquier forma y por la de-

fensa de los trabajadores, terminando por lo general en la cárcel.

Llamado por el gobernador a través de sus padres, tras una reclusión de varias semanas, prometió ante ellos dejar sus actividades subversivas y dedicarse sólo a su profesión; pero tal promesa fue una medida estratégica que utilizó para que le permitieran presentar la escenificación de una zarzuela de la que fue autor, asegurando que dicha obra sería una sorpresa respecto a su modo de pensar.

Creando pues el gobernador que la puesta en escena sería para exaltar al régimen, le facilitó el Teatro Juárez, recién inaugurado por Porfirio Díaz, al mismo tiempo se dio una amplia publicidad, a base de carteles e invitaciones lujosas para los funcionarios, invitados especiales de toda la región y para las familias más prominentes.

A teatro lleno se estrenó la zarzuela titulada *Almas Plebeyas*, y... ¡oh, sorpresa! Se trataba de la representación fiel de los sufrimientos de los mineros, la inicua explotación de que eran víctimas y el contraste entre la opulencia en que vivían los aristócratas y los funcionarios gubernamentales. Qui no fue aprehendido y llevado a la prisión antes de que terminara la representación y condenado a sufrir una larga pena, después de la cual, decepcionado por la falta de respuesta de la mayoría de los obreros y por la incomprensión, se dio a la bebida, hasta llegar a la locura y murió en un manicomio de la Ciudad de México, sin que nadie haya reclamado su cuerpo.

Para los diversos estratos sociales de entonces, Quino González fue un loco, un soñador, un borracho perdido. Para quienes conocieron sus ideas fue un luchador de lo que ahora se ha dado en llamar "derechos humanos"; su obra periodística, social y poética se ha perdido... la hicieron perder quienes han sido siempre enemigos de los cambios sociales.

A los diez años de edad entró a trabajar como aprendiz en el taller de herrería de la hacienda de Pastita, en donde estaban instalados los talleres de la compañía minera Consolidada, explotadora, entre otros fondos, de la mina de Sirena. Ahí mismo, al pie del cerro del mismo nombre, estaban también todas las máquinas y tanques del sistema para el beneficio de los metales.

En los últimos años del siglo XIX era ya un joven que frisaba en los veinte años. Había terminado su instrucción primaria y por tanto, tenía conocimientos elementales de his-

toria de México y había tomado conciencia de lo que fue la conquista, la colonia y la independencia, lo mismo que las luchas sociales posteriores a la independencia, habiéndole llamado mucho la atención todo lo relacionado con la vida y obra del Benemérito Benito Juárez, compenetrándose de su ideología.

No fue trabajador del interior de la mina, pero penetraba a los patios cuando había necesidad de hacer reparaciones de forja, temple de barrenos o arreglo de vías, siendo así como tomó contacto con aquellos compañeros que permanecían en las entrañas de la montaña la mayor parte de su existencia, y palpó por sí mismo la forma cruel en que eran tratados, lo cual le hacía sufrir hondamente. Le conmovía la impotencia de aquel grupo de seres humanos ante el poder de sus verdugos y más de una vez se enfrentó al inhumano capataz, lo cual le costó el encierro en covachas convertidas en prisión particular.

En busca de algún apoyo para iniciar una lucha contra la opresión, hizo contacto con el periodista José F. Granados, quien avivó sus ideales instruyéndolo en la doctrina social bakuniana y la lectura de las obras de Carlos Marx, para después invitarlo a formar parte del grupo que acudió a San Luis Potosí para fundar el Partido Liberal Mexicano. Reunía amigos para instruirlos a su vez y hacerles comprender que es necesaria la unión para lograr la conquista de prestaciones y una vida mejor para los trabajadores.

En dichas reuniones, además, leía las informaciones y comentarios de los periódicos *Regeneración*, *El Hijo del Ahuizote* y desde luego *El Barrotero*, comentando y discutiendo cada una de dichas informaciones, con el propósito de crear conciencia entre sus amigos y compañeros. Logró de esta manera agrupar a trabajadores de las fraguas y herrerías y crear la organización que denominó Unión de Forjadores y Ayudantes que, a manera de mutualidad, atendía a los enfermos, a las viudas y a los cesantes, pero aprovechaba las reuniones para tratar también asuntos políticos y laborales siendo este el primer pretexto de los patrones para ejercer contra él acciones represivas, pero como no cejaba en sus propósitos, lo acusaron de subversivo y el gobierno lo encarceló durante varios meses.

Sus amigos del Partido Liberal intervinieron y consiguieron su libertad, pero perdió el trabajo y fue acosado sin descanso; la Unión de Forjadores fue desintegrada y él tuvo que ocultarse para no ser reaprehendido.

La Unión de Forjadores desapareció, pero la semilla estaba sembrada y tras ella surgieron nuevas organizaciones de obreros. El sembrador fue Nicolás Cano, quien prosiguió trabajando en México como miembro y dirigente de gremios y uniones, entre ellas La Casa del Obrero Mundial. Fue también fundador del gremio de mecánicos en la capital del país y participó en la organización del Partido Antirreeleccionista, creado por Francisco I. Madero, abrazando el constitucionalismo una vez consumado el asesinato del presidente mártir. Su lealtad a Carranza pero más que nada, su trayectoria como luchador por los derechos de los trabajadores, le conquistaron grandes simpatías, por ello fue electo diputado constituyente por Guanajuato, al lado de Francisco Múgica y Heriberto Jara, firme defensor del artículo 123.

A pesar de su firme convicción carrancista, expresó su más enérgica y pública protesta por la represión del presidente contra la Casa del Obrero Mundial y ello le costó la cárcel, siendo uno de los condenados a muerte por la absurda aplicación de una antigua ley porfirista que se intentó aplicar a los dirigentes de la organización. La ley se derogó y los detenidos se salvaron del paredón. Nicolás, con toda valentía, siguió defendiendo la causa obrera y participó en la creación de la primera central nacional años después, siendo dicha central la Confederación Regional Obrera Mexicana.

Continuó su labor organizadora hasta mediados de los años veinte, en que murió en paz con su conciencia, aunque satisfecho a medias, porque no logró culminar del todo la realización de sus ideales.

Cuatro siglos de explotación

Es necesario volver hacia atrás para comprender mejor la precaria situación en que vivían los trabajadores de la mina en Guanajuato y el esfuerzo realizado por los primeros luchadores del sindicalismo.

Desde los primeros años de la llamada conquista, uno de los lugares que mayor interés despertó a los aventureros españoles que se atrevieron a atravesar el mar, fue Guanajuato por ser en esta región en donde se encontraron las más ricas vetas de minerales, que produjeron, según la historia, las dos terceras partes del oro que circulaba en el mundo entero. De aquí procedían las mayores riquezas en que se fincó la grandeza del reino de Castilla, el que antes del "descubri-

miento" estaba prácticamente en decadencia; fue precisamente por las inmensas riquezas que el oro y la plata guanajuatenses le proporcionaron, que el reino español fue el más poderoso de su tiempo.

Mientras eso acontecía en el viejo mundo, seguían viniendo aventureros buscadores de títulos nobiliarios y fortuna, que eran en su mayoría delincuentes y por tanto, incapaces de realizar nada positivo; por el contrario, saqueaban al país de los aztecas sometiendo a la más abyecta esclavitud a los nativos, mestizos y criollos. Al principio se les obligó, a base de azotes, a penetrar en las entrañas de la tierra para que extrajeran los preciosos metales y luego, bajo el señuelo de un salario mísero y su salvación espiritual eterna, se les hacía trabajar desde que el sol salía hasta la penumbra de la noche.

Y en tanto que el oro y la plata eran enviados por toneladas a España y parte de tal riqueza aumentaba las arcas de los iberos que radicaban en México, los pobres, los humildes llamados despóticamente indios, seguían siendo vejados y maltratados hasta la muerte, sin que nadie se preocupara por mejorar un ápice su situación. Indios, mestizos y criollos eran considerados poco menos que bestias propiedad de los patrones.

Miles de mineros murieron lentamente, abandonados a su suerte y con las entrañas deshechas por la terrible silicosis o a consecuencia de los castigos inhumanos que les propinaban los capataces para obligarlos a rendir su máximo esfuerzo en provecho de los conquistadores. Los que por la enfermedad o por la edad no podían trabajar, eran despedidos sin misericordia.

Todo minero incapacitado era arrojado fuera del pueblo por inservible, dejando en el desamparo a su familia y sus hijos heredaban el triste destino de tener que pagar las deudas acumuladas en la tienda de raya.

Era un destino que pasaba de generación en generación, porque la familia de un minero no tenía otra existencia y en tanto que sus explotadores se enriquecían más y más y España seguía siendo la primera potencia del mundo, la esclavitud se convertía en una cosa normal y necesaria, puesto que de otro modo no contarían con mano de obra.

Para las familias mineras no había educación ni progreso; eran los parias, los esclavos a quienes se tenía que sepultar en vida para que no se rebelaran. Así pasaron siglos y siguieron pasando años y más años. La iglesia les enseñaba que sus sufrimientos, entre más grandes fueran, representaban

el camino para llegar al cielo para toda la eternidad y, por su parte, los virreyes y demás gobernantes ningún interés tenían por mejorar las condiciones de quienes eran esclavos y servidores. Ni siquiera la independencia logró arrancar a estos obreros de la esclavitud, pues se fueron los españoles y otros extranjeros llegaron con mayor refinamiento y nuevas ideas para seguir humillando a miles de parias.

La preponderancia de España pasó, como pasa toda época para las naciones poderosas. Fue consumada la independencia de México y comenzaron los mexicanos a gobernarse por sí mismos, pero nuestro país era una nación rica en recursos y pobre en iniciativas. Cada régimen buscaba su afianzamiento y ello provocó guerras fratricidas que costaron mucha sangre.

Entonces entraron en acción los capitalistas norteamericanos, que vieron en las minas de Guanajuato el medio de aumentar el poderío del "Tío Sam" y que, aprovechando las condiciones sociales imperantes, lograron concesiones ventajosísimas para explotar la riqueza argentífera de toda la región, pasando así los mineros a ser nuevamente esclavos y una propiedad más de las empresas. Sus representantes, haciendo a un lado todo sentido humanitario, dieron igual o peor trato a este sector laboral.

Todo el oro y toda la plata extraídos de las minas guanajuatenses iba a parar a Estados Unidos, dejando aquí sólo lo necesario para que los encargados de las compañías vivieran como reyes, al igual que los gobernantes a quienes repartían sólo migajas de aquel tesoro. Centenares de mineros seguían muriendo a causa de la silicosis y el hambre, seguían siendo ignorantes y parias de la sociedad.

Así, desde que se estableció el gobierno independiente, las empresas norteamericanas se apoderaron de los fundos, sin hacer nada por este país que tanto les daba mientras los gobernantes, ocupados en sostenerse en el poder, se mostraban indiferentes ante la situación; aunque algunos de ellos intentaron los cambios sociales necesarios, eran frenados por la ambición del poder y el control de las conciencias.

Llegó la época porfirista y con ella la paz al afianzarse la dictadura, que ha sido motivo de polémicas a favor y en contra. Don Porfirio dio mayores facilidades a las empresas norteamericanas para la explotación minera, sin importarles un ápice el sufrimiento de los trabajadores, siendo así que se cometieron impunemente las mayores injusticias, porque

los empresarios tenían de su parte a la ley y a quienes la aplicaban.

Comenzó el movimiento sindicalista y con él el despertar de los obreros y aunque en Guanajuato estuvo la clase laborante al margen de todo movimiento masivo, llegó el día de la emancipación.

Principios de unidad

Indudablemente que la labor de los primeros luchadores del obrerismo guanajuatense, desde el ocaso del siglo XIX fueron factor decisivo para el despertar paulatino del gremio minero. Desde antes del fin del porfiriato comenzaron a organizarse grupos a manera de mutuales que, sin embargo, fueron desintegrados por el gobierno, pero quedaba en sus integrantes la conciencia y la determinación de seguir adelante.

Durante el gobierno maderista se otorgaron facilidades para la organización obrera y se permitió la libre circulación de periódicos y folletos por medio de los cuales se fue creando mayor conciencia cívica y social y los trabajadores guanajuatenses pudieron mandar representantes a los congresos formativos del Partido Antirreeleccionista primero, y luego a las constitutivas de la Casa del Obrero Mundial, quienes a su regreso procedían al adoctrinamiento, principalmente de los mineros.

Pasó así el periodo revolucionario, cuyo resultado fue la creación de la Constitución en 1917, pero aún había resabios y compromisos que no podían eliminarse ni eludirse si antes no se consolidaba el régimen democrático. Los obreros de todo el país, influidos ya por el ideal de la emancipación, iban logrando poco a poco sus más caros anhelos de mejoramiento en todos los órdenes.

Los mineros no podían quedar a la zaga de esos avances gremiales y comenzaron de nuevo a hacer labor de convencimiento entre sí, explicando en qué consiste la unión y el sindicalismo; primero fue en forma secreta, mediante reuniones sociales y poco a poco más abiertamente, no obstante que muchos fueron víctimas de represalias, despidos y acusaciones penales para evitar la formación de sindicatos.

Renació la Unión de Forjadores y Ayudantes y se integró una sección de la CROM, las que pudieron subsistir por el apoyo directo que tuvo su líder nacional, el presidente Plutarco Elías Calles, pero a base de sobornos y amenazas; no

había estabilidad y por eso no fue posible un movimiento suficientemente fuerte.

Si bien estaba en vigor el artículo 123 constitucional, su aplicación no podía realizarse íntegramente por falta de una ley reglamentaria y eso lo aprovechaban los patrones para entrar en componendas con los encargados de tramitar los asuntos laborales.

Pese a los obstáculos, a finales de 1930 y principios de 1931 se unieron los trabajadores de los talleres de Pastita y de las minas Sirena y Peregrina para exigir a la compañía norteamericana *Consolidated* mayores salarios y mejores condiciones para el desempeño de sus labores. Sin embargo, fracasó el movimiento porque las autoridades se confabularon con los patrones para negar todo derecho, permitiendo que las empresas se declararan en quiebra y cerraran la fuente de trabajo, dejando en la miseria a centenares de obreros, muchos de los cuales se vieron precisados a emigrar hacia otros lugares.

Cerca de tres años duraron paralizados los fondos y cuando se calmó aparentemente la idea del sindicalismo, la empresa volvió a abrirse, pero con una razón social distinta, se llamó Compañía Minera Paxtitlán y sus representantes emplearon a muchos de los participantes del movimiento de 1930, aunque la mayoría eran trabajadores nuevos, reanudándose así las actividades de producción de oro y plata.

La idea de unificarse y pelear dentro de la ley para mejorar sus condiciones quedó latente en el gremio minero; luego de tres años de espera volvieron a trabajar y entonces, ya bajo el gobierno del general Lázaro Cárdenas, se recibió en Guanajuato la visita de quienes estaban organizando a nivel nacional el Sindicato de Trabajadores Mineros, Metalúrgicos y Similares de la República Mexicana (SITMMSRM).

Se forma el sindicato

En México se formó legalmente el sindicato mediante la celebración del Congreso Constituyente, con la representación de los delegados de los principales centros mineros del país: San Luis Potosí, Zacatecas, Pachuca, Cananea, Chihuahua, Nueva Rosita y otros, acordándose enviar delegaciones del comité nacional a cada una de las zonas para integrar las secciones sindicales en cada localidad y en seguida, elaborar contratos colectivos de trabajo con las empresas y presentar

los emplazamientos a huelga para exigir la firma de tales contratos.

A Guanajuato correspondió primero la sección cuatro, en la que estaban agrupados los trabajadores de la minera Paxtitlán, celebrándose las sesiones previas en el teatro al aire libre de la escuela federal tipo Luis González Obregón, diariamente, después de las horas de labor. Al principio fueron pocos los asistentes, pues aún se recordaba el intento anterior, pero cuando se percataron de que el presidente Cárdenas estaba a favor de los obreros y convencidos de que se contaba con muchos miles de compañeros en toda el país, el número fue aumentando hasta que en menos de ocho días la inmensa mayoría de los trabajadores de Sirena, Pastita y Peregrina acudían ya a las sesiones.

Los principales líderes nacionales, enviados como delegados para asesorar en la constitución legal de las secciones, fueron J. Ventura Lara y Filiberto Rubalcava, ambos candentes oradores y expertos en esas lides, ya que tenían algunos años de estar dentro de las organizaciones obreras. La presencia de Lara y Rubalcava suspendió las acciones represivas de los empresarios contra quienes encabezaban el movimiento, los cuales fueron amenazados con cárcel, destierro y algunos de ellos intimidados mediante agresiones por medio de maleantes contratados exprofeso.

Logróse pues, la formación de la Sección número cuatro y fueron electos directivos del comité ejecutivo: Reynaldo Ordaz, Antonio Vargas, Jesús Fonseca, Antonio García, Juan Anguiano y Luis Chávez, además se eligieron delegados en cada una de las áreas y departamentos, entre quienes se encontraban dos de los más entusiastas organizadores, José Escalera y Martín Cordero.

Este comité ejecutivo se puso de inmediato a trabajar en la redacción de un contrato colectivo de trabajo que satisficiera las necesidades más apremiantes de una familia de cinco miembros, que se tomó como base de las peticiones. Es de hacerse notar que entonces, los salarios más altos eran los de los maestros de taller, jefes de departamento y oficiales, sueldos estos que no llegaban a treinta pesos semanales, lo que puede dar una idea de cuál era el salario de los peones de dentro y fuera de las minas.

Durante varios días con sus noches trabajaron en la elaboración de cada una de las cláusulas contractuales, a fin de darlas a conocer a la asamblea diaria general para su aprobación o modificación, hasta que no hubo objeciones. Se plan-

teó la demanda y presentada ésta ante las autoridades correspondientes en la capital del país y la empresa, se promovieron las pláticas de prehuelga.

Durante el lapso transcurrido entre el emplazamiento y el inicio de las pláticas no faltaron las amenazas y las presiones contra los directivos locales del sindicato; los intentos de cohecho a los delegados Lara y Rubalcava; el ofrecimiento de mucho dinero a las autoridades del trabajo para que declararan inoperante la anunciada huelga y nula la personalidad legal del sindicato, pero nada fue suficiente para detener la ansiada reivindicación obrera guanajuatense.

Transcurría el año de 1935 cuando se logró la primera firma de contrato colectivo. Las pláticas de prehuelga se desarrollaron en un ambiente de tensión e inquietud, pero al final hubo acuerdos satisfactorios y la Paxtitlán concedió a sus obreros mejores sueldos y prestaciones ventajosas, aunque el sindicato tuvo que ceder en cuanto a algunas de dichas prestaciones. La cordura, pues, impidió el estallamiento de la huelga y los obreros celebraron con júbilo el éxito logrado. Por su parte, el gobierno del estado donó al sindicato el edificio que anteriormente había ocupado la escuela de Belén, frente al mercado Hidalgo, el cual hasta la fecha sigue siendo la sede de la agrupación.

Pese al éxito obtenido con la firma del contrato en Paxtitlán, la segunda empresa más fuerte, *Reduction Mines and Milling, Co.*, se negó rotundamente a permitir primero, la creación del sindicato y después a aceptar un contrato colectivo.

Las maniobras patronales se intensificaron y esto tuvo como consecuencia una serie de obstáculos con los que tropezaron los directivos locales y nacionales, ya que había que integrar una nueva sección y después elaborar, discutir y aprobar las cláusulas del contrato colectivo.

La empresa amenazaba a los trabajadores que se acercaban al sindicato y aún hubo despidos, ofertas de muchos miles de pesos a los miembros de la primera directiva y naturalmente a los líderes nacionales, pero la inmensa mayoría por fin se agrupó y se hizo el emplazamiento legalmente; ni siquiera se presentaron ante las autoridades los representantes de la compañía y la huelga estalló. Se pusieron las banderas rojinegras en las haciendas de Flores y de Bustos, lo mismo que en las minas Valenciana, Mellado y demás, que explotaba dicha compañía, con cerca de mil trabajadores.

La huelga fue declarada legal y hasta entonces se pre-

sentaron los representantes de la compañía, pero sólo para manifestar su insolvencia económica, aduciendo así la imposibilidad para aceptar el otorgamiento de la más mínima prestación a sus obreros. Además, expresaban que el movimiento sólo era promovido por los líderes, pues la mayoría de los trabajadores estaban contra la sindicalización, por lo que hubo necesidad de hacer un recuento, cuyos trámites fueron retardados deliberadamente, buscando con ello desanimar a la gente.

Entonces fue cuando se vio el gran espíritu de solidaridad y compañerismo del conglomerado minero; cada uno de los trabajadores de Paxtílán acordó donar un día de salario para el sostenimiento de sus compañeros en huelga.

Los dirigentes locales, asesorados ampliamente por los delegados nacionales organizaron una despensa, entregando artículos de primera necesidad a los huelguistas y además hubo una caja con los fondos recabados tanto localmente, como provenientes de todo lugar de la República que tenía ya paz sindical y prestaciones.

La dirección de todo este movimiento estuvo a cargo, principalmente, de Antonio Vargas y Reynaldo Ordaz, pero colaboraban con ellos no sólo los miembros del comité ejecutivo de la Sección cuatro, sino la generalidad de los trabajadores, que independientemente de su cuota, ayudaban a amigos y familiares en diferentes formas.

La empresa, que seguía empeñada en no transigir, creía que sus obreros se rendirían por hambre, pues no habiendo en Guanajuato otro medio de subsistencia que el trabajo en las compañías, habrían de suspender el movimiento y volver decepcionados de esa dura experiencia. Más contrariamente a la apreciación empresarial, la euforia sindical se había apoderado de todos los trabajadores de las compañías mineras y los de las demás empresas seguían afiliándose para formar nuevas secciones y culminar su añeja lucha por su bienestar.

A la sección en huelga correspondió el número 24 y estaba ya integrándose una más con el personal de la mina de El Cubo, la que se integró al fin, siendo la 142; sólo se esperaba el resultado del movimiento contra la *Reduction* para emplazar y exigir la firma del contrato colectivo.

Pasaban los días, las semanas y los meses sin que se vislumbrara la menor intención empresarial de resolver el problema. La compañía, a través de sus abogados hizo uso de todos los medios que tuvo a su alcance para retardar la resolución.

El recuento, como es de suponerse, fue favorable a los obreros a pesar de que la compañía trajo esquiroleros de varios lugares. Ante esa derrota maniobró burdamente haciendo promociones retardatarias en los tribunales del Trabajo, a sabiendas de que se le rechazarían por improcedentes.

En tanto los huelguistas, a pesar de la firmeza de sus convicciones, padecían las consecuencias del prolongado paro, además, la ayuda disminuía cada vez más, por lo que los líderes propusieron la realización de una marcha hacia la Ciudad de México para solicitar masivamente la intervención del presidente Cárdenas en el conflicto.

Se organizó minuciosamente la caravana, programándose en un lapso de diez días cubrir la distancia entre Guajuato y México, haciendo escala en cada una de las ciudades más importantes, con el propósito de dar a conocer los objetivos de la lucha a todos los obreros, a cuyo efecto se organizaron mítines públicos, cuyos oradores aleccionarían a la gente que seguramente se concentraría. Debían hablar con la verdad y solicitar el apoyo de las organizaciones fraternas. Hacían campamentos a un lado de la carretera y pernoctaban allí para proseguir el fatigoso camino, sin importarles las inclemencias del tiempo, la fatiga o el abatimiento.

Fueron más de un millar los peregrinos, pues al grupo de afectados por el paro se unieron algunos compañeros de las otras compañías, además de familiares, entre éstos las esposas de algunos que quisieron también hacer acto de presencia frente al primer mandatario, a fin de que se enterara de que el movimiento era justo. Al frente marchaban los dirigentes locales y nacionales, organizando el trabajo de las comisiones de orden, auxilio y de alimentos, ya que llevaban consigo despensas que repartían minuciosamente.

Silao, Irapuato, Salamanca, Celaya, San Juan del Río, Querétaro y Toluca fueron las ciudades donde efectuaron mítines ante la presencia de centenares de obreros que acudían no sólo a escuchar a los oradores, sino también a dar ayuda en distintas formas.

La llegada a México fue una verdadera apoteosis, pues conforme la caravana marchaba por las calles de la capital, la gente se detenía para vitorearlos e infundirles ánimo. Hubo grupos de obreros de diferentes factorías que se agregaron, acompañándolos hasta el Zócalo formando una verdadera multitud.

El presidente Cárdenas recibió a los dirigentes nacionales y al comité de la Sección 54 del sindicato, y al conocer to-

dos los aspectos y pormenores del conflicto, ordenó que las autoridades del Trabajo le dieran un informe de la situación legal y que de inmediato se resolviera conforme a derecho, pero que lo principal era que los trabajadores volvieran a laborar.

La resolución, favorable a los obreros se dictó días después, condenándose a la empresa a pagar los salarios caídos, previa firma del contrato colectivo y reanudación de actividades, tanto en las minas como en las haciendas de beneficio y los talleres.

La cooperativa Santa Fe de Guanajuato

Cuando las autoridades notificaron la resolución a las oficinas de los abogados de la *Reduction*, estos se dieron por enterados, pero nunca, ningún socio o dirigente de la compañía se presentó para cumplir las disposiciones del Tribunal del Trabajo. Todos huyeron de México dejando abandonada maquinaria, instalaciones y pertenencias, de manera que los obreros no recibieron ni un sólo centavo ni tampoco encontraron la forma en que debían reiniciar las labores, surgiendo un nuevo problema que empañó un tanto el triunfo obtenido. Cundió la desesperación al preguntarse cada uno: "¿Qué vamos a hacer ahora?". No podían apropiarse así como así de la empresa, ni tampoco laborar, puesto que se requería la organización empresarial y sobre todo el dinero para sueldos y la autorización gubernamental.

Por acuerdo de asamblea se organizó entonces un consejo especial para que, asesorado por la directiva nacional del sindicato, promoviera nueva demanda dando a conocer el incumplimiento de la sentencia pronunciada en favor de los obreros, se denunciara el abandono de los norteamericanos respecto a la compañía y se formara una sociedad cooperativa.

Los patronos nunca volvieron y al no contestar la demanda, se pronunció el laudo en el sentido de que se entregaran los bienes de la *Reduction* en pago de las prestaciones que dicha empresa debía cubrir.

Naturalmente que resultaba difícil hacer un reparto de bienes muebles e inmuebles, maquinaria, equipo y metal en proceso, de manera que los líderes propusieron la formación de una sociedad cooperativa, con el fin de que no sólo se evitara el cierre definitivo de la fuente de trabajo, sino que se

lograsen beneficios colectivos y se creara un patrimonio para las generaciones futuras.

Fue así como, aceptada la propuesta, se realizaron los trámites legales y desde luego quedó integrada la sociedad bajo el rubro Sociedad Cooperativa Santa Fe de Guanajuato, SCL que, con el apoyo directo del presidente de la República, fue financiada por la Comisión de Fomento Minero, institución creada por el régimen cardenista precisamente para impulsar la minería nacional.

Dicha cooperativa persiste hasta hoy, habiéndose cumplido las finalidades para las que fue creada, pues es la fuente más importante de trabajo para los obreros guanajuatenses.

El comité ejecutivo de la Sección cuatro de mineros y principalmente Antonio Vargas y Reynaldo Ordaz, desarrollaron una labor altamente meritoria, puesto que, desafiando todos los contratiempos, unificaron por fin a los trabajadores de las más importantes compañías, salvo excepciones que no faltan en casos similares. Esas excepciones fueron algunos traidores a su propia clase que seguían servilmente al lado de los empresarios a cambio de dinero y promesas. Eran miserables espías introducidos en cada departamento y sus actos hicieron mucho daño. Sin embargo, sólo la muerte de los honestos dirigentes podría acabar, según los empresarios, con el sindicalismo y con todo cuanto los obreros habían logrado y lo que aún podían conseguir.

Faltaba sólo una compañía por emplazar, pero precisamente debido a la represión, las amenazas y la labor de los espías se había retrasado la unificación. Dicha compañía era la de El Cubo cuyo gerente, un norteamericano de nombre John C. Kuinn puso en práctica tácticas que, según aseguraba, iban desde atemorizar bajo amenazas, hasta propinar golpizas e inclusive asesinar a los más destacados promotores de la unificación.

De las investigaciones realizadas posteriormente por los mismos mineros se llegó al convencimiento de que Kuinn, al saber que los obreros de El Cubo habían sido convencidos y pronto habrían de exigir la firma de un contrato colectivo de trabajo, convocó a otros gerentes, inclusive al de Paxtílán, no obstante que con éste ya no había problema inmediato.

Sostuvieron pláticas en las que surgió la idea de deshacerse a como diera lugar de los líderes, de tal manera que no quedara ni la más leve sospecha que los comprometiera y así como se planeó esto, se aceptó quedando pues sentenciados

a muerte quienes habían conseguido tras muchísimos años de lucha, el mejoramiento social y económico de los mineros de Guanajuato. Había muchos intereses de por medio, asegurándose que participaron en este contubernio personajes de la política de aquel momento y altos funcionarios del gobierno.

El primer paso para la realización de tan diabólicos planes, consistió en formar una banda de forajidos, dotarlos de armas de alto poder y mandarlos a los montes, para que de ahí se desplazaran por toda la región cometiendo asaltos y aún crímenes impunemente ya que, según se investigó después, se contaba con la complicidad de jefes de la policía y aún del ejército. Esta banda, ciertamente, antes del crimen masivo sembró el terror en la comarca durante mucho tiempo.

Aceptado el maléfico plan, hubo necesidad de buscar a los ejecutores, pero eso ya lo tenía hecho Kuinn y sólo dejó pasar algunos días para presentar ante sus cómplices a los jefes del grupo, y así, los reunió nuevamente pero ahora en un lugar apartado, donde había la plena seguridad de que no habría ningún peligro de que se descubriera el motivo de su junta.

En lo más intrincado de la sierra de Santa Rosa, del municipio de Guanajuato, estaba una hacienda llamada de Las Trancas, propiedad de un potentado de nombre Salvador Azanza y fue ahí donde se realizó la "presentación" de los jefes y una y otra parte pusieron sus condiciones.

Es necesario conocer la personalidad de los cuatro individuos que dirigieron la temible banda que asoló la región, antes del crimen de los mineros.

Leonardo Mandujano hizo su aparición en Guanajuato durante la llamada Revolución Cristera, al frente de una veintena de facinerosos que con el pretexto de defender la religión asaltaban rancherías y mataban a indefensos campesinos; este hombre tenía su cuartel general precisamente en Las Trancas, siendo protegido por el propio dueño de la hacienda, quien luego de la pacificación le permitió seguir viviendo ahí a sabiendas de que era un ladrón y asesino consumado y seguía cometiendo robos y asaltos, después de los cuales volvía a ese escondite.

José Rosario Romero, apodado "el Mano Negra" y "el Patotas", pistolero al servicio de una de los grupos políticos que se disputaban el poder estatal cada cuatro años. Su misión era eliminar a los enemigos de sus jefes y se aseguraba que fue miembro de la célebre banda del automóvil gris.

Juan Rivero, compañero de andanzas de el Patotas, gozaba también de la confianza y protección del gobierno; como antecedente tenía el haber sido uno de los lugartenientes del más temido gángster norteamericano Al Capone. Romero y Rivero fueron premiados por sus servicios nada menos que, el uno con el cargo de inspector de policía en Guanajuato e Irapuato, y el otro con el de jefe del entonces llamado servicio secreto; desde dichos cargos comandaban las gavillas de asaltantes y las bandas de ladrones y traficantes de drogas.

El cuarto fue León Michel, individuo vicioso y desalmado que con tal de satisfacer sus vicios era capaz de cometer los más horrendos crímenes. Irredento drogadicto, fue sacado de la prisión donde purgaba una condena por traficante y homicida, para convertirlo en agente policiaco dominado totalmente por los dos jefes, en cuyo nombre cometió infinidad de delitos.

Secundaban a tan infernal cuarteto otros no menos temibles delincuentes, cuyos nombres nunca trascendieron, pero que aún en los años sesenta sembraba el terror en la sierra de Santa Rosa, siempre protegidos por políticos y talabosques; su último crimen conocido fue el de un joven campesino que intentó unificar a los campesinos de la sierra para acabar con la tala inmoderada y la siembra de mariguana y amapola en el lugar.

Los cuatro jefes fueron presentados a los asistentes a la reunión en que se sentenció a muerte a los dirigentes sindicales, junta en la que se asegura estuvieron presentes también funcionarios gubernamentales.

Estaba pues, formada la banda de maleantes con sus cuatro jefes, listos para cumplir las órdenes de quienes los habían contratado; sólo faltaba saber cómo iniciar el plan de acción de manera que se eliminara toda sospecha de que existían lazos directos entre ellos y los empresarios mineros, terratenientes y funcionarios gubernamentales. En la misma hacienda de Las Trancas seguían reuniéndose, pues había que organizar todo perfectamente bien, con el propósito de que la opinión pública jamás identificara a los directores intelectuales a la vez que difundiera la existencia de una gavilla de asaltantes.

Hubo oposiciones por la responsabilidad que ello traería para el gobierno, aceptándose en principio que los facinerosos hicieran incursiones en los poblados de la sierra y provocaran enfrentamientos para hacer creer que se trataba de enemistades entre los propios campesinos. Se dijo después

de los sucesos, que un sujeto de nombre Jobo Serna fue el que comenzó los asaltos y que hacia él se encaminaron las supuestas investigaciones, cuando la banda comenzó a hacerse notar por sus desmanes en la región.

Hubo crímenes horrendos que no trascendieron porque no existían órganos informativos y las autoridades sólo se concretaban a recibir las denuncias de los afectados y familiares de las víctimas, simulando investigaciones y hasta persecuciones a los bandoleros por parte de las fuerzas de seguridad del estado, pero al poco tiempo dejaban de actuar.

Por todos los poblados serranos se sabía que comandaba esta gavilla Jobo Serna y que cumplía órdenes de Leonardo Mandujano y que éste servía a su vez a uno de los talabosques más célebres, de apellido Santibáñez que por cierto, años después fue diputado federal; nadie se atrevía a hacer una denuncia concreta ante el temor de ser asesinado. Supieron realizar bien los planes, puesto que Romero, Rivero y Michel jamás fueron nombrados, dado el apoyo político y económico de que disfrutaban al lado de los más prominentes políticos del momento, apareciendo dentro de la sociedad como personas honestas, de relevancia social.

Las fechorías de la gavilla se cometían con relativa frecuencia por doquier, lo mismo en El Cubo que en Peregrina, en el monte de San Nicolás, San Pedro Gilmonone y desde luego en los poblados de la sierra, a pesar de la distancia que existe entre uno y otro de esos lugares.

El propósito era pues, desviar la atención y por supuesto eliminar la más mínima sospecha en el sentido de que todo esto estaba encomendado a acabar con el sindicalismo y sus dirigentes. ¡Nada debería relacionar los desmanes bandoleros con los conflictos laborales del momento!

Ya no había reuniones en Las Trancas, la comunicación entre la gavilla y el gringo Kuinn se hacía a través de mensajeros, el propio Kuinn comunicaba a sus cómplices el desarrollo de la trama y por el mismo sistema enviaba dinero, armas y parque a la sierra.

Estaba ya cumplido el propósito de los enemigos del obrerismo, en el sentido de que la atención pública estuviera concentrada en la gavilla de facinerosos, pues todos los habitantes de los poblados cercanos a Guanajuato eran presa de terror. En todas partes se hablaba de los crímenes, asaltos y saqueos; las autoridades seguían sin embargo haciéndose las desentendidas y sólo cuando el amor y la indignación eran

más patentes, se hacían declaraciones en el sentido de que las fuerzas de seguridad del estado andaban tras los bandidos pero en realidad, eso nunca sucedió.

Un tal milite de apellido Valdés Bravo era el jefe de ese supuesto grupo de seguridad; rendía partes que se publicaban por medio de bandos pagados en lugares públicos para justificar su supuesta acción, pero se aseguraba que dicho individuo estaba también en connivencia con la gavilla y por supuesto con quienes la protegían directamente. Precisamente eso era lo que querían los directores intelectuales, pues así el crimen que se gestaba sería achacado a delincuentes comunes, quienes huirían después impunemente y jamás se sospecharía siquiera de la realidad.

Como habían pasado ya algunos meses y el clamor popular crecía, fue necesario acordar definitivamente la forma en que debería ejecutarse a los líderes, para lo cual era necesario que estuvieran todos reunidos en algún lugar alejado de la ciudad; esto estaba resultando bastante difícil, ya que todos ellos se dividían con relativa frecuencia para asesorar a las diversas comisiones, encargadas de la afiliación de los compañeros de las diversas empresas o para presidir sesiones.

Se les ocurrió a los cabecillas introducir espías en cada sección sindical, siendo el más importante un velador de El Cubo llamado Encarnación González, servil incondicional del gringo Kuinn, quien logró en pocos días hacerse de confianza a base de astucia y que cumplió su misión, pues fue quien daba a conocer cada día los movimientos de cada uno de los dirigentes obreros.

El tiempo transcurría y la oportunidad no llegaba, por lo que la orden de Kuinn fue: "¡A como dé lugar, pero ya...!" y así, el Patotas y Rivero discutieron sus respectivas ideas, hasta ponerse de acuerdo definitivamente. La discusión de los cabecillas versó sobre forma, momento y lugar en que debería cometerse el crimen; de ser posible, se mataría a uno por uno, si pudiera lograrse matar a algunos primero y después a los demás, o bien si la oportunidad se presentase, eliminar a todos de una sola vez. Las proposiciones fueron: que Encarnación González, quien se había hecho de confianza entre los líderes y también entre los miembros de la recién formada sección en El Cubo, organizara con la ayuda de otros sujetos, también espías, una fiesta en el pueblito de Rocha o en Marfil, con el pretexto de celebrar la organización del grupo sindical de El Cubo y que ahí, en plena euforia de la música

y el baile provocarían una pelea, durante la cual aparecerían los gavilleros, quienes masacrarían obreros y acribillarían a los líderes.

También se discutió la conveniencia de despachar primero a Vargas, Anguiano y Ordaz, los máximos líderes locales, pues suponían que sin ellos ya nada podrían hacer los dirigentes nacionales. De vez en cuando, antes del movimiento obrero, los tres amigos iban a tomar la copa a una cantina situada en los Dos Ríos, que se distinguía por la originalidad del rótulo que anunciaba su nombre: el dueño pintó en la parte superior de las puertas de la fachada un ala de águila, enseguida una bandera, luego un sol y por último un par de dados de cubilete; se llamaba "A la Bandera, Soldados".

Se propuso llevarlos ahí con algún pretexto o en plan de amistad y entre copa y copa entretenerlos en espera de la llegada de los pistoleros que debían ejecutarlos. La tercera propuesta fue eliminar sólo a los líderes nacionales Buenaventura Lara y Filiberto Ruvalcaba, pensando en que sin ambos nada podrían hacer los guanajuatenses, pero se desechó el plan por considerar que este traería consecuencias graves al estado.

Kuinn rechazó todas las propuestas que se pusieron a su consideración y decidió definitivamente que todos los líderes deberían desaparecer y que, por tanto, a como diera lugar habría que matarlos, fuese como fuese, pero lo más pronto posible. Los espías trabajaban con toda celeridad, buscando la oportunidad de reunir a las futuras víctimas en algún lugar apropiado, pero estaba resultando difícil, porque muy pocas veces se reunían todos debido a que cada uno tenía comisiones diferentes que reclamaban su atención.

En tanto, la situación de la banda se tornaba difícil porque el clamor popular reclamaba, ya, una intervención más directa de las autoridades para frenar los desmanes.

Giras de los líderes

Los miembros del comité ejecutivo de la Sección cuatro realizaban separadamente frecuentes giras a El Cubo con el fin de dar confianza a sus compañeros y mostrarles que no eran uno ni dos, sino todos, los que estaban trabajando por el bienestar del gremio; querían que se supiera realmente que la unificación era necesaria, como lo había sido para lograr los beneficios obtenidos por los compañeros de Paxtítlán y de la

cooperativa Santa Fe. Aún había algunos indecisos y por ello se requería a menudo la presencia de los principales dirigentes y estos se mostraban cada vez más seguros de que muy pronto se conseguiría la unificación total para poder emplazar a la empresa y presentarle el contrato colectivo que debería discutirse en los tribunales.

Las sesiones se realizaban en el propio lugar de trabajo, ya que la lejanía representaba dificultades, porque no había sino un medio de transporte; era un camión que salía de Guanajuato por la mañana y regresaba después de las cuatro de la tarde, así que quienes vivían en El Cubo no podían volver a su casa hasta el día siguiente. Esta circunstancia sirvió perfectamente a los espías, que así conocieron al detalle los días de asamblea, cuántos y quiénes serían los dirigentes en cada viaje, la hora de salida de Guanajuato, lo que se trataba en las asambleas y la hora de regreso.

Informes precisos sobre esto fueron proporcionados a los forajidos, que de inmediato se dispusieron a madurar el plan final, para esperar tan sólo que la oportunidad se presentara para ejecutarlo. Hicieron un recorrido minucioso a lo largo del camino de brecha para buscar el sitio exacto en el que prepararían la emboscada, midieron tiempos y condiciones del terreno y buscaron un sitio para un vigía y otro para un grupo que quedaría en la retaguardia, por si alguna de las presuntas víctimas tratara de escapar.

En tanto, la sección sindical quedó integrada y a principios de abril de 1937 se eligió la directiva, siendo todos sus integrantes trabajadores y vecinos del poblado de El Cubo. Hubo necesidad de formalizar legalmente el acto de elección por lo cual, días después se llevó a un notario público de Guanajuato para que protocolizara, dando fe de la creación de dicha sección sindical y de la elección del primer comité.

Se realizó pues este acto, que fue presidido por Ruvalcaba y Lara. El viaje y la ceremonia se realizaron con toda normalidad, pero como se requería un acto especial para la toma de posesión de los directivos, la asamblea acordó que se hiciera una fiesta en grande y que a ella asistieran en pleno todos los líderes del sindicato. El acuerdo fue que tal acto se efectuara precisamente el 22 del propio abril y se aseguró la presencia de quienes habían hecho posible la unificación obrera que habría de proporcionar los beneficios que justamente se buscaron desde tantos años atrás. Nadie pensaba que el regocijo se convertiría en drama.

Una vez confirmada la fecha de la celebración de la toma

de posesión de los dirigentes de El Cubo se hicieron todos los preparativos y en tanto que en el seno sindical ya se daba por hecho que una empresa más tendría que aceptar la firma de un contrato de trabajo, los espías daban toda clase de datos a los jefes de la gavilla, quienes volvieron con su gente al sitio donde debía realizarse la emboscada para cuidar todos los detalles a fin de no fallar.

Seguros de que no fallarían, Rosario Romero y Leonardo Mandujano citaron a Kuinn en el casino de Guanajuato para darle cuenta de cuándo y cómo sería el asesinato. Se dijo entonces que el trío estuvo celebrando anticipadamente ese día, miércoles 20 de abril de 1937, lo que ellos consideraron un triunfo para su causa, sin que nadie sospechase siquiera el porqué de aquella parranda, pues los maleantes y el gringo iban ahí con frecuencia, como lo hacían muchos empleados públicos y gente de prestigio social.

En tanto, los líderes daban los últimos toques a la organización de la asamblea y los trabajadores organizados en el nuevo sindicato, disponían lo necesario para que dicho acto tuviera el lucimiento debido. Filiberto Ruvalcaba y Buenaventura Lara recibieron el día 21 un telegrama, por medio del cual se requería su presencia en Zacatecas, donde también había problemas. Debido a ello tuvieron que partir hacia dicha ciudad inmediatamente, siendo esta circunstancia lo que les salvó la vida.

El día 22, viernes, poco antes del mediodía Jesús Fonseca, Reynaldo Ordaz, Juan Anguiano, Antonio Vargas, Antonio García y Luis Chávez abordaron el automóvil de sitio en que siempre hacían sus viajes de trabajo a los poblados donde estaban las minas de las compañías; al disponerse a partir llegó Simón Soto, mecánico que no era miembro del comité, sino que iba a realizar un trabajo especial a El Cubo y pidió que lo llevaran, así que se agregó al grupo.

Iban todos contentos y entre broma y broma hablaban del triunfo obtenido en beneficio de los mineros de Guanajuato, considerando justamente que la lucha no había terminado aún, sino que se debería continuar trabajando para superar lo alcanzado, e ir preparando el programa social dentro de cada organización y además, pretendían ir consiguiendo mayores prestaciones en cada revisión de los contratos colectivos.

Mientras tanto, la gavilla de maleantes esperaba el paso del automóvil en un lugar llamado Las Raíces; la gente estaba distribuida estratégicamente: había vigías en lo alto de los

cerros, una partida tras las lomas del sitio exacto y cabecillas montados a caballo en medio de una curva del camino, todos con sendas armas de alto poder. El piso de terracería no era apropiado para que el coche pudiera transitar a velocidad cuando menos regular y así, lentamente se tenían que hacer los viajes, además, previamente se habían puesto rocas al paso, simulando que habían rodado desde arriba en forma natural.

El chofer tuvo que parar la marcha al notar la obstrucción del camino; se disponían a bajar los pasajeros para retirar las piedras, pero no alcanzaron siquiera a abrir las portezuelas cuando salieron de su escondite los de a caballo poniéndose frente al auto mientras los de a pie se colocaron, arma en mano, a los lados del camino. Todos llevaban la cara cubierta con pañuelos.

Sin dar tiempo siquiera a que los viajeros se repusieran de la sorpresa, el criminal que hacía las veces de jefe bajó de su montura y sin más ni más, dijo a los líderes que iban a morir por andar alborotando a los mineros y uniendo la acción a la palabra formó en línea a los gavilleros obligando a salir del automóvil a los líderes; uno a uno los fueron acribillando sin misericordia. Ellos, azorados, intentaron ponerse a salvo corriendo hacia las peñas para cubrirse de la ráfaga, pero los criminales que estaban agazapados ahí los cazaron como animalillos de presa; algunos murieron instantáneamente, pero otros se retorcián de dolor, mientras la caterva lanzaba gritos soeces.

Al ver los siete cuerpos ensangrentados, diseminados algunos aún con vida retorciéndose grotescamente por el dolor en los estertores de la agonía, cuatro sujetos se acercaron a ellos con sus pistolas aún humeantes en la diestra y les dieron el tiro de gracia.

Entretanto el chofer, presa de indescriptible pánico, contemplaba inmóvil la masacre en espera de sufrir la misma suerte que sus clientes pero inexplicablemente, los bandidos lo dejaron con vida, bajo la amenaza de que si identificaba a alguno de ellos, él y toda su familia serían muertos.

Enseguida los bandidos desaparecieron entre los cerros y el pobre chofer regresó a Guanajuato dirigiéndose a su casa a reponerse del tremendo susto, sin pensar siquiera en acudir ante las autoridades a denunciar tan horrible suceso. Se supo después que el dejar vivo al chofer fue otra medida estratégica del director intelectual Kuinn, pues sería un valioso testigo que declararía que los criminales habían sido los

bandoleros que tenían asolada la región y que no había relación alguna entre estos y los empresarios.

Mientras los mineros se reunían en el lugar señalado para la celebración de la asamblea en El Cubo, después de terminadas sus labores, el camión que hacía a diario el viaje del poblado a Guanajuato estaba listo para partir y el chofer esperaba a todos los pasajeros. Había en el poblado un ir y venir de gente que en general se mostraba contenta por el triunfo sindical obtenido, esperando el acto de toma de protesta de los directivos para iniciar una alegre fiesta conmemorativa, pues se sabía que estarían presentes todos los directivos locales y nacionales.

Mientras los trabajadores entraban al local de la sesión, los pasajeros del vehículo se acomodaron en sus lugares y éste dispuso la marcha. Iban a bordo la maestra de la escuela, mujeres y niños con algunos familiares y el delegado municipal del poblado, a quien sus superiores habían enviado a Guanajuato para que diera cuenta de la situación imperante en relación con su cargo. Todo transcurría sin novedad, como ocurría diariamente; el camión iba lentamente sorteando los baches de la terracería y los pasajeros charlaban, meditaban o dormían mientras el chofer y su ayudante comentaban el no haber podido disfrutar de la fiesta que seguiría al acto sindical. Muy grande fue la sorpresa de ambos cuando al llegar a Las Raíces vieron el primero de los cadáveres en medio del camino, sobre un charco de su propia sangre.

El vehículo paró y al bajarse los pasajeros, horrorizados contemplaron los cadáveres masacrados; uno allá junto a la roca, con las manos crispadas como si hubiera intentado asirse a la piedra para escapar; otro bocarriba mostrando en el rostro una mueca de terror; aquél encogido en actitud de haberse arrastrado pecho a tierra para eludir las balas y los demás con todo el cuerpo perforado por la metralla. ¡Todo era silencio y soledad!... ¡ningún rastro de los asesinos!

El pánico se apoderó de todas aquellas personas, no sabiendo qué hacer, e imaginándose que los asesinos estarían en algún sitio cercano para cometer con ellos un atentado similar; pero la pericia, entereza y serenidad imperó, se calmaron y continuaron el viaje, aun cuando el temor no se alejaba de sus mentes. Algunas señoras comenzaron a rezar, el chofer, manejando con cautela seguía adelante mientras el ayudante trataba de calmar a los más nerviosos.

Nada sucedió, pues la gavilla iba sólo por los líderes obreros y todo estaba hecho, así que el camión llegó a Gua-

najuato, los pasajeros se fueron unos a sus casas y otros a cumplir lo que tenían que hacer y el chofer se dirigió luego a dar aviso de lo sucedido a las autoridades. Fueron los mismos viajeros quienes difundieron la noticia del asesinato masivo, noticia que cundió con gran rapidez por toda la ciudad de Guanajuato causando gran conmoción, especialmente en el gremio minero.

Al recibirse el aviso dado por el chofer en la Inspección de Policía, se buscó de inmediato al agente del Ministerio Público, pero éste no apareció por ningún lado, siendo hasta el sábado 23 por la mañana que se le encontró, disponiendo la organización de una partida de soldados de las fuerzas de seguridad del estado, un pelotón de gendarmes y varios agentes de las comisiones de seguridad (Servicio Secreto), para que acudieran al lugar a realizar las investigaciones pertinentes y a peinar la zona en busca de los criminales.

Fue hasta pasado el mediodía del sábado cuando se recogieron los cadáveres de las siete víctimas, llevándolas al hospital civil para la autopsia respectiva, en tanto que el fiscal y sus ayudantes levantaban el acta legal. También en El Cubo se conoció la tragedia hasta el sábado, pues nadie transitó el día del crimen por el camino y los trabajadores esperaron inútilmente a sus dirigentes en el salón de la reunión; al ver que no llegaban, supusieron que algo relacionado con el problema los había detenido, pero que oportunamente conocerían las causas, sin imaginar siquiera el fatal suceso.

¡Así se consumó el crimen más artero y cobarde que registra la historia de Guanajuato!

Los actos luctuosos y el sepelio fueron imponentes. Todo Guanajuato se congregó primero en el hospital en espera de la entrega de los cuerpos y desde ahí estos fueron acompañados al edificio del sindicato para ser velados.

Los siete cuerpos, colocados en sus respectivos ataúdes, fueron colocados en el fondo del salón de sesiones del sindicato, que resultó insuficiente para contener a la multitud formada por hombres, mujeres y niños presas de incontenible llanto. Los familiares de las víctimas, hijos, padres, esposas, hermanos, sufrían frecuentes desmayos que eran atendidos por el grupo de auxilio que se formó y cuyos integrantes cumplían una excelente labor sin descanso.

Aquella compacta multitud se colocó no sólo en el interior del gran salón, sino también desde la calle Juárez hasta el templo de Belén y la Mendizábal, formándose filas compac-

tas para entrar a ver los rostros de los cadáveres y salir después para colocarse en las aceras.

A Filiberto Ruvalcaba y a J. Buenaventura Lara les comunicaron hasta Zacatecas la fatal noticia y se vinieron rápidamente para estar presentes en los funerales y promover con premura la formación de un comité provisional del sindicato, ya que a pesar de todo deberían seguir los trámites legales para formalizar la correcta marcha la resolución de los problemas existentes.

En tanto, el gobernador del estado, licenciado Luis I. Rodríguez acudió también al recinto funerario en unión de sus más cercanos colaboradores e hizo una de las guardias ante los féretros, después de lo cual dio a conocer sus disposiciones que fueron, como sucede siempre en casos similares, el ofrecimiento de que se haría justicia y se realizaría para ello la más minuciosa investigación para lograr la aprehensión y el castigo de los criminales. La gente comentaba entre sí las versiones sobre la forma cobarde en que se cometió el crimen masivo y señalaba con índice de fuego a los gavilleros, pronunciando los nombres de Mac Donald, Lampe y Kuinn, los gerentes de las compañías mineras, como los autores intelectuales y a el Patotas y Mandujano como los asesinos materiales. ¡Todo mundo sabía ya quiénes habían sido los verdugos y por qué!

Al día siguiente se efectuó el sepelio. Fue el suceso más imponente y conmovedor de que se tenga memoria en Guanajuato. Cada uno de los féretros fue llevado en hombros desde el recinto sindical hasta el panteón. Era una fila inmensa de dolientes que se extendía compacta casi un kilómetro, marchando tras los féretros los dirigentes nacionales siguiéndolos representantes de otras agrupaciones fraternas que vinieron desde distintos lugares del país como San Luis Potosí, Zacatecas, Pachuca y otros; luego venía el numeroso contingente formado por los familiares de las víctimas y en seguida la multitud, que llevaba centenares de ofrendas florales. Todo mundo quería llevar los féretros y hubo necesidad de una organización especial para evitar que se aglomerasen los cargadores voluntarios que se cambiaban ordenadamente cada cinco minutos a lo más, siendo esta circunstancia la que hacía más lento el peregrinar.

Imperó el silencio en todo momento y sólo de vez en cuando se oía el murmullo de los sollozos o el lastimero llanto de los hijos y las esposas; así se hizo el recorrido por toda la calle Juárez desde la sede sindical, luego por Tepetapa y

finalmente la subida del panteón, tan prolongada, que desde la parte baja aquel cúmulo de gente parecía un hormiguero. Finalmente el panteón, en donde en los momentos de colocar los cadáveres en la fosa se desbordó el llanto contenido, no sólo de los deudos, sino de todos cuantos acudieron a dar el último adiós a aquellos hombres que dieron sus vidas en aras de una vida mejor para la clase obrera guanajuatense.

A la semana siguiente el sindicato hizo la denuncia formal exigiendo la aclaración del crimen y la captura y castigo de los asesinos; las autoridades, comenzando por el gobernador, aseguraron que desde ese mismo momento se investigarían los hechos a fondo, comenzando por la persecución de la gavilla.

Se denunció desde luego la sospecha que se tenía respecto a quiénes eran los autores intelectuales, aunque no existía ninguna prueba en concreto para proceder en su contra, y aunque el simulacro de persecución y de investigación fue dado a conocer, nunca se aprehendió a nadie ni tampoco se llamó siquiera a declarar a los representantes de las empresas; sólo se interrogó al chofer del taxi, quien no aportó pruebas concretas, pues dijo que no había conocido a los maleantes porque todos iban embozalados. También se llamó a los tripulantes del camión y a algunos de los pasajeros, entre ellos la maestra de la escuela, más todos estos testigos no dijeron sino cómo vieron los cadáveres en el camino y el temor que vivieron al pensar que los bandoleros cometerían otro atentado contra ellos.

Así pasó el tiempo: días, semanas, meses y años. Cuando la indignación popular se conformó, fueron abandonadas todas las investigaciones y jamás se hizo justicia, pues los encargados de ésta, obedeciendo consignas, archivaron el expediente y ahí quedó, en el montón de papeles de alguna dependencia, para escarnio de los enemigos de la clase obrera. Sin embargo la opinión pública, durante dos generaciones, siguió señalando con índice de fuego a los culpables y el destino implacable les hizo pagar su abominable acción. Por otra parte, los asesinatos no detuvieron ni un momento la unificación obrera ni tampoco la realización de sus anhelos de reivindicación.

Consumada la masacre y en pleno simulacro de investigación, los tres jefes de la banda criminal fueron citados en el Casino de Guanajuato por el gringo Kuinn, habiendo estado presentes sólo Romero y Rivero, pues Mandujano, a pesar de

todo, tenía desconfianza hacia sus cómplices y temeroso prefirió quedarse en su refugio de Las Trancas.

El trío estuvo embriagándose abiertamente en la cantina; tanto el norteamericano como los otros dos eran ampliamente conocidos y gozaban de prestigio social. Sabían perfectamente que aquello sería tomado como una parranda y nada más, pero lo cierto es que en uno de los reservados los bandidos fueron recompensados con diez mil pesos para cada uno y cien mil para que fueran repartidos entre todos los miembros de la gavilla. Romero se hizo cargo del "premio" para Mandujano, a quien mandaba llamar con frecuencia, pero éste no quería salir de su cubil.

Todo Guanajuato supo de esa parranda y hubo quien se atrevió a insinuar que debía llamarse al trío para que declarara; más las autoridades, cuando se les hizo la petición verbal de parte de los líderes sindicales, adujeron que sin pruebas concretas no podían proceder.

Mandujano seguía desconfiando y el temor lo hizo cambiar de escondite yéndose entonces de ahí a otro pequeño rancho de su propiedad situado también en la sierra de Santa Rosa, llamado El Chorro, en donde tenía centinelas de vista, hacía probar los alimentos a sus hombres y tenía siempre junto a sí a dos o tres individuos de su confianza.

Había un joven de la entera confianza de Romero. Se llamaba Luis Flores y servía de correo a la banda, por lo que estaba ampliamente enterado de sus correrías y de todos los detalles de la conjura y fue este quien primero platicó a sus familiares algo relacionado con los planes y la forma en que se cometió el crimen, pensando en capitalizar en alguna forma y en el preciso momento todo esto. Posteriormente, los propios familiares de Luis contaron a su vez lo dicho por éste a sus amigos y ello se convirtió en un rumor cada vez más creciente, rumor que corrió de boca en boca, pero que oficialmente no pasó de ahí. Con este sujeto, Romero mandó llamar a Mandujano, pero la respuesta fue que fuera el propio Romero al rancho a llevarle su parte, pues temía ser aprehendido por las autoridades por saberse ya que era un delincuente y por haber sido reconocido al consumir el asalto a un rancho aledaño a Irapuato, meses atrás.

Romero tenía que dejarse ver a diario en el cumplimiento de su empleo burocrático y en unión de su familia en reuniones sociales. Esa era parte de su coartada y por ello nunca quiso ir personalmente a entregar los diez mil pesos a Mandujano.

En tanto, el joven Flores meditaba la forma de sacar provecho de su incipiente complicidad en las andanzas de la banda y la oportunidad se le presentó cuando el Patotas lo comisionó para que fuera a llevar el dinero a Mandujano, quien exigió se le entregara en puros pesos de plata, los cuales fueron colocados en una maleta de cuero, dándole también en sobre cerrado una carta.

Salió, pues, Luis a caballo rumbo al rancho y mientras cruzaba la sierra fue pensando en intrigar para crear mayor desconfianza entre ambos jefes y cobrar los beneficios que dichas intrigas provocarían, puesto que pensaba que no volverían a juntarse porque se temían mutuamente. Al llegar al rancho fue muy bien recibido por los bandoleros, pues además de la paga para el cabecilla, sabían que portaba dinero para cada uno de ellos y así era en verdad.

Mandujano llamó a su gente y procedió a hacer el reparto en presencia del mismo Luis y una vez hecho esto, leyó el recado de Romero e insistió luego en que Luis se quedara ahí esa noche para mandar la contestación, que escribiría con detalles precisos y ello le llevaría algunas horas para no olvidar nada. Entre plática y plática, el enviado comenzó a tratar de realizar su plan diciendo a Mandujo que Romero le tenía animadversión y que había expresado en su contra varias cosas para ponerlo en mal con su gente; además le dio a entender que si se ahondaban las investigaciones sobre el asesinato de los mineros, a él lo escogerían como "chivo expiatorio". Por último le pidió dinero a cambio de mantenerlo informado de lo que se gestaba en su contra.

Sea que Mandujano desconfiara o que Romero en el recado le hubiese insinuado algo, lo cierto es que cuando el joven marchó, el asesino mandó tras él a algunos de sus hombres con instrucciones de que no lo dejaran con vida.

Días después un campesino encontró el cadáver, ya putrefacto, entre la yerba, devorado en gran parte por animales salvajes y aves de rapiña.

Meses después, tras el simulacro de investigación que hicieron las autoridades, anunciaron que definitivamente les resultaba imposible dar con los asesinos y menos aún con los directivos intelectuales. Los propios mineros, al margen de sus líderes, hicieron pesquisas por cuenta propia hasta llegar al convencimiento pleno de que Kuinn había sido el que organizó personalmente todo, desde la formación de la gaviilla hasta el asesinato; que fue personalmente a seleccionar

el lugar del asalto y dispuso la colocación de cada uno de los participantes.

Dieron con el velador Encarnación Sánchez y lo hicieron confesar que fue él quien puso en contacto al gringo con Leonardo Mandujano y que éste a su vez propuso el "trabajo" a Romero y Rivero, quienes escogieron como su segundo al drogadicto León Michel. Contó todos los detalles de las primeras entrevistas en la sierra y las reuniones en el Casino de Guanajuato, las cuales conoció porque el mismo Kuinn lo llevaba, aunque cuando hablaban no le permitían escuchar directamente.

Teniendo pues esta certeza, distintos grupos comenzaron a planear la venganza, siendo el más activo el de un minero llamado Ismael León, que laboraba en el interior del tiro de El Cubo; éste reunió a otros tres compañeros, que esperaban tan sólo una oportunidad para vengarse de manera que no fueran descubiertos.

Kuinn, confiado y seguro de sí mismo y de su impunidad, totalmente despreocupado continuó sus labores habituales, pero también comenzó a ejercer presión contra los trabajadores para hacerlos desistir del sindicalismo y se mofaba de la suerte que habían corrido los líderes. Puso capataces en cada departamento para frenar cualquier acción contraria a los intereses de la empresa, previendo, eso sí, que los trabajadores realizaran actos de sabotaje.

Los viernes de cada semana, el gringo acompañado por tres guardaespaldas iba personalmente al interior de la mina a vigilar y comprobar que todo estuviera normal, bajando por el malacate hasta el tiro más profundo y permaneciendo en su interior varias horas.

Uno de tantos viernes, Ismael y sus compañeros comunicaron el plan a otros más y ya de acuerdo, esperaron a Kuinn en el fondo de la mina. Mientras el grupo separó a los guardaespaldas obligándolos a permanecer quietos, los cuatro se llevaron al empresario al último lugar de aquella profundidad adonde llegaba el elevador y blandiendo sendos zapicos le hundieron las puntas en todo el cuerpo.

Seguramente que hubo gritos de la víctima de esta venganza y que también los vengadores profirieron gritos para decir al gringo por qué moriría, pero nada se escuchó. Los guardias fueron conminados a callar para siempre y simular que no habían penetrado a la mina. Se dijo que fueron obligados a irse de Guanajuato no volviéndose a saber nada de ellos.

Entretanto, cuando se notó la desaparición de Kuinn se creyó que había hecho uno de sus frecuentes viajes a México para tratar asuntos de importancia de la empresa y no fue sino hasta una o dos semanas después que el cuerpo putrefacto fue encontrado por dos ingenieros que bajaron a realizar exploraciones, precisamente en el lugar de la venganza.

La noticia de esta muerte corrió como reguero de pólvora por toda la ciudad, pero los empresarios decidieron evitar una investigación a fondo y reportaron el caso como un accidente de trabajo, quizás para evitar que se conociera la verdad respecto al asesinato y la implicación de la empresa en todo esto.

¡Así acabó el director intelectual de la masacre de los mineros!

Fin de Mandujano

Mandujano, decían, era cobarde, miedoso y desconfiado, por ello eludía a sus otros compañeros de correrías, no obstante haber sido él quien los conectó con el gringo, director intelectual; por esto también prefirió no seguir en Guanajuato. Quizá la actitud y lo dicho por Luis Flores hizo aumentar su temor, ya que tras haber matado a Flores decidió irse a otro lugar más seguro y como había sido en un tiempo capataz en una hacienda cercana a Irapuato, propiedad de un prominente abogado guanajuatense, acudió a él solicitando nuevamente el puesto, el cual consiguió y ahí se refugió bajo la apariencia de un hombre de paz, pero de vez en cuando algunos de sus hombres le exigían "trabajos" y planeaba y realizaba con ellos robos a residencias y factorías.

En tanto, el gobierno de Guanajuato había cambiado, había un nuevo jefe del ejecutivo a quien precisamente, habían servido el Patotas y Rivero como pistoleros durante las luchas sangrientas por el poder. Fue este gobernador quien de nuevo utilizó sus servicios, pero ahora nada menos que colocando a Rosario Romero como jefe de la policía de la capital del estado y al segundo como director de lo que es hoy la policía judicial, mientras que a León Michel, Rivero lo convirtió en flamante subjefe de las propias comisiones.

Mandujano estaba creando dificultades debido a las fechorías que cometía seguro de su impunidad, ya que siendo aquellos los mandones de los cuerpos policíacos, nada podían hacerle.

Así las cosas, Rivero y Romero pensaron en eliminarlo porque temían que les creara conflictos; además desconfiaban cada día más de él y abrigaban recelos respecto a que algún día, si caía en manos de la justicia, denunciara todas las andanzas con la gavilla, o bien que aprovechando la posición de sus compinches les exigiera dinero a cambio de su silencio.

Hasta el rancho llamado El Chorro donde Mandujano se refugió, le llegó una vez una invitación de sus amigos para reunirse en Irapuato a fin de que conociera lo que eran los cuerpos policiacos y sobre todo las fuerzas de seguridad, un ejército creado desde cien años atrás y que independientemente del Ejército Federal, recorría el estado para detectar sembradíos de marihuana o problemas entre campesinos, además de realizar tareas de servicio social. El señuelo fue precisamente incorporarlo a alguno de estos cuerpos de vigilancia y seguridad, pero en realidad pretendían hacerlo entrar en confianza para poder eliminarlo definitivamente.

Acceptó Leonardo ir a la reunión y luego a una y otra más, en las que después de pintarle un porvenir próspero lo embriagaban y lo mandaban al rancho en automóvil de sitio. De esta manera el delincuente borró de su pensamiento toda duda contra sus amigos y les pidió que con un grado de mando lo acomodaran en las fuerzas de seguridad, lo que precisamente esperaban; le aseguraron que de inmediato obtendrían el nombramiento directamente de manos del gobernador y le comunicarían cuándo y donde habría de incorporarse a su comando. Días después le hicieron saber que en vista de que conocía perfectamente la sierra de Santa Rosa, había sido nombrado con una partida de soldados, para instalar en las cercanías de Las Trancas su cuartel, a cuyo fin le señalaron la fecha para su toma de posesión, indicándole que debía estar ahí sin falta y que ambos compinches lo acompañarían.

La forma en que se portaron sus amigos le volvió a inspirar confianza y acudió presto a la cita, encontrando a un grupo de supuestos soldados a los que ya se imaginaba mandaría, pero Rivero y Romero le dijeron que hasta el día siguiente llegaría el comandante de las fuerzas para poner a sus órdenes a aquella gente; en realidad estos no eran sino gendarmes de la policía municipal de Guanajuato llevados por Romero para el simulacro.

En tanto, comenzaron a beber mezcal de la sierra hasta que Mandujano se puso completamente ebrio, lo que esperaban los asesinos; así, bien dormido, lo acribillaron a balazos. Sacaron el cuerpo y lo llevaron a sepultar bajo una pila de

ladrillos, donde quedó para siempre ya que tiempo después, campesinos del lugar lo descubrieron, pero nadie acudió a recogerlo; fue pasto de las fieras que aún existían y lo que pudo haber quedado de aquel cuerpo, fue regado por los alrededores por las mismas bestias y el aire o la lluvia.

Todavía algunos años después, hubo quien señalara ese lugar como la tumba del criminal, pues algún alma compadecida colocó una cruz hecha con ramas de árbol, pero sin una inscripción que lo identificara.

El trío siguió estrechamente unido y como eran delincuentes natos, los cargos públicos les sirvieron a las mil maravillas para continuar sus correrías, a cuyo efecto llamaron de nuevo a algunos de sus cómplices del crimen del 22 de abril, formando con ellos otra banda que ya no sólo cometía crímenes y robos en despoblado, sino en la misma capital del estado. Hubo crueles asesinatos, algunos que nunca se resolvieron y otros achacados a gente inocente que a base de torturas era obligada a declararse culpable y era sentenciada a muchos años de cárcel.

Fue por el año de 1940 cuando se hizo desaparecer a Mandujano, quedando así el campo libre para la gavilla, protegida por los jefes de los cuerpos de seguridad.

El fin del trío

Transcurría el año de 1948 cuando fueron aprehendidos. El primero fue precisamente el Patotas, José Rosario Romero, porque apareció un día gastando monedas de oro en abundancia. En presencia de los agentes federales se acobardó y de inmediato hizo plena confesión del triple crimen, con todos sus detalles y denunció a sus cómplices, que fueron aprehendidos también.

Pudieron recoger las autoridades sólo una mínima parte del tesoro, si bien es cierto que se había repartido entre el trío algo, lo demás fue ocultado por Michel en un lugar que sólo él conocía y jamás se pudo encontrar, aunque las autoridades aseguraron que no existía en la cantidad que se creyó y en consecuencia, decomisaron todo.

Después del proceso los criminales fueron sentenciados a sufrir la pena máxima en prisión, a cuyo efecto los internaron en la cárcel de Granaditas (hoy Museo de la Independencia).

Epílogo

El sacrificio de los mineros no fue inútil, ya que lograron unirse y conseguir algunos años —aunque pocos— de tranquilidad disfrutando de los beneficios que buscaron y por los que lucharon durante más de trescientos años.

El sindicato pues, se formó; se formó una cooperativa y las empresas firmaron contratos colectivos de trabajo que persistieron; pero luego las compañías, intempestivamente, pararon labores abandonando todas sus pertenencias, instalaciones y maquinaria. Los trabajadores de la Paxtítlán quedaron cesantes y el juicio laboral promovido en su contra no tuvo respuesta, porque los gringos se habían ido a su tierra y no hubo quien respondiera la demanda.

Algunos de ellos murieron, otros se fueron buscando horizontes nuevos con toda su familia; los pocos que quedaron en Guanajuato pudieron colocarse en la cooperativa o cambiar de actividad. ¡Esta fue la situación en que quedaron los trabajadores de la compañía minera!

En cambio, J. Buenaventura Lara, el principal líder minero venido de México, luego de contraer matrimonio con la secretaria del sindicato local recibió como premio de su actuación al frente del movimiento la Presidencia Municipal de Guanajuato, pero luego de cumplir su periodo de dos años regresó a la capital del país sin volverse a acordar para nada de sus compañeros.

Filiberto Ruvalcaba, el otro líder, hacía viajes de vez en cuando para auxiliar a los directivos locales en el problema del cierre de las empresas, pero poco a poco el tiempo borró todo lo acontecido, siendo hasta casi diez años después que una campaña periodística revivió el problema y a raíz de ello se hizo la liquidación de los bienes de la Paxtítlán y se pagó la indemnización, minimizada, a los trabajadores o familiares de quienes aún pudo localizarse. Fue verdaderamente una miseria lo que recibieron los trabajadores, pero es posible que con ello hayan logrado remediar en algo sus necesidades.

En la actualidad, ya las nuevas generaciones poco saben de este movimiento obrero que ha sido la más grande lucha por los derechos de quienes en la actualidad, de una manera u otra, gozan de una vida mejor y tienen garantizados sus derechos como seres humanos y como obreros.

Naica. Historia de un mineral tarahumara

Arturo Aldaco Herrera

Testigo de un cambio

La llegada de mi familia a esta población se remonta a 1944, después de haber residido en Hidalgo del Parral, Chihuahua, por un tiempo; mi padre trabajaba como empleado postal y le ofrecieron la administración de correos de esta población. Esto representaba un ascenso dentro de su trabajo y una mejoría económica, por lo tanto, aceptó la propuesta y se dispuso el traslado a dicha localidad.

La casa donde se encontraba el correo comprendía dos cuartos, la cocina que tenía forma de triángulo, muy pequeña y otro cuarto, éste sí bastante grande, donde se encontraba la recámara y la sala. El techo era de lámina galvanizada de dos aguas, así que en tiempo de lluvias se producía un tremendo ruido; en Semana Santa el polvo se colaba por donde quiera y en invierno se dejaba sentir el frío viento del norte.

Al llegar a esta población yo contaba con dos años; conforme me desarrollaba, el poblado iba tomando forma en mi mente. En un principio el frente de la casa era un llano completamente despoblado, a lo lejos apenas se divisaban algunas casas, pues los mezquites y matorrales propios de la región no permitían ver el paisaje con claridad. En la parte de atrás se encontraban algunas viviendas bastante cercanas, hacia el oeste se empezaba a elevar la cuesta; pasando un llano despoblado se encontraban algunas casas, próximas a las vías del ferrocarril. Después de las vías estaban las propiedades de la empresa minera y las habitaciones de los funcionarios de la misma. Al este se extendía la planicie, pero para este

rumbo sí había casas, unidas una a la otra hasta llegar a la esquina donde se encontraba una toma de agua. Pasando ésta empezaban a tomar forma las calles, pues a uno y otro lado se formaban algunas cuadras. La iglesia y la escuela se encontraban bastante lejos y muy separadas entre sí, para llegar a ellas se tenía que recorrer un trayecto bastante grande y despoblado. La iglesia no tenía sacerdote sino que había uno que iba de vez en cuando y sólo cuando se le requería, posteriormente iría semanalmente.

Como la casa donde yo vivía era una de las más próximas a la empresa, los mineros y trabajadores de la superficie, al entrar y salir de sus labores, se veían obligados a pasar cerca de ella. Desde niño me gustaba sentarme en el marco de la puerta para verlos pasar, algunos con sus cascos de seguridad, otros con sus lámparas de carburo y su morral del lonche; los mecánicos de superficie con la ropa llena de grasa y aceite y en la bolsa de atrás, por lo regular, una bola de estopa. Este constante pasar por las mañanas, al medio día y por las noches, me llenaba de curiosidad, quería saber hasta dónde iban y qué hacían. Fué así como un día tuve la oportunidad de estar en un túnel, impulsado por la inquietud despertada en mí por este movimiento.

Tendría yo cinco o seis años cuando una mañana, como a las siete, salí de la casa y me senté a observar el paso de los obreros que presurosos se dirigían a su trabajo. Se me acercó un amigo y me invitó para que lo acompañara a llevarle el lonche a su papá, acepté la invitación y sin avisar a mis padres emprendimos el camino. Había que bordear la falda del cerro, pues la mina en que trabajaba el papá de mi compañero era la mina de San Francisco. Llegamos a ella y permanecemos un buen rato observando a los mineros que cumplían con sus obligaciones y alguna maquinaria que en ese momento se encontraba en movimiento; tiempo después sabría que era un malacate, es decir, un carrete de acero en donde se enrollaba un cable movido por un motor eléctrico, del cable colgaba un bote de acero con el que sacaban el metal y también en ocasiones, a los mineros.

Una vez entregado el almuerzo, iniciamos el camino de regreso; después de caminar un poco decidimos descansar en el lecho de un arroyo, tendríamos allí un buen rato cuando de pronto divisamos a un arriero que se dirigía a donde estábamos; al llegar hasta nosotros, nos invitó a que lo acompañáramos, explicándonos que se dirigía a traer palma para el alimento de las vacas. Estuvimos de acuerdo y nos dispusi-

mos a acompañarlo, él se montó en el burro y nosotros nos metimos en las angarillas, éstas eran una especie de huacales que el burro llevaba colgando en los costados. Iniciamos la marcha y poco a poco nos fuimos retirando del pueblo cada vez más, no supe cuánto caminamos, pero llegamos a un lugar que los arrieros llamaban el "salsipuedes", ya casi era mediodía y el sol estaba en lo alto, el calor se empezaba a sentir con fuerza. En este lugar había un arroyo bastante profundo y era necesario andar subiendo y bajando para cortar la palma y acarrearla. Hasta allí todo iba bien, pero se llegó la hora de comer y el arriero sólo llevaba comida y agua para una persona, lo cual no era suficiente. Serían como las cuatro de la tarde cuando emprendimos el regreso, forzosamente a pie, pues el burro iba cargado, así es que lo poco que comimos y la caminata nos aumentó el hambre y la sed. A todo arriero que encontrábamos le pedíamos agua o algo de comer pero ya nadie traía.

Esta era una de las actividades del pueblo que, aparte de la minería, realizaban algunos mineros o los hijos de los mineros y otras personas que no laboraban en la empresa. El acarreo de la leña era indispensable, ya que era este el combustible más accesible para cocinar los alimentos y para mantener el calor en los hogares durante el invierno. Pero si el acarreo de leña se hacía por el rumbo del noroeste, que es por donde más o menos se encuentra la hacienda de Santa Gertrudis y que es un criadero caballar del ejército y era el lugar que más visitaban los arrieros, al pasar cerca de una caseta telefónica, propiedad de los militares, los arrieros tenían que entregar un montón de leña como pago por permitirles el acceso para que se llevaran la leña de esta región.

Al empezar a caer la tarde, era costumbre el regreso de los leñadores al pueblo y esto se producía a hora temprana, pues el sol se empezaba a ocultar en la sierra y ésta pronto proyectaba su sombra en el poblado. Regresábamos con la palma y llevaríamos caminando la mitad del trayecto, cuando divisamos a un hombre que venía a caballo en sentido contrario, al encontrarnos con él nos enteramos que mi padre lo había enviado a buscarme. Sacó una botella con agua, nos ofreció a todos y luego de saciar nuestra sed, me montó en el caballo y pronto estuvimos en la casa. No me llamaron la atención sino que me acostaron y pronto me dominó el cansancio, dormí hasta el otro día y todo siguió normal. Esta fue una de las primeras experiencias que me permitieron tener un acercamiento a las actividades propias de la población.

Por aquella época en que llegamos, la población no contaba con luz eléctrica. Solamente, como era lógico, quienes tenían este servicio eran los empresarios y los altos funcionarios de la compañía minera, y en el pueblo disfrutaban de este servicio algunos comerciantes que por medio de motores de gasolina producían su propia energía eléctrica. La casa del correo, donde vivíamos, tampoco contaba con este servicio y la oficina de correos también carecía de él por lo que, poco tiempo después de que llegamos, mi padre empezó a hacer las gestiones para que la empresa nos instalara la energía eléctrica. Habiendo sido aceptada su petición, pronto disfrutamos de este elemental servicio y además, se instaló un poste con foco fuera de la casa, por tal motivo, aquél lugar se convirtió por las noches en centro de reunión de todos los chiquillos que vivían próximos a la casa. Transcurrido algún tiempo, se autorizó una ampliación a la casa, construyendo dos cuartos más y reconstruyendo otro que se encontraba semidestruido con lo que contamos con un poco más de comodidad. Así, en esa forma, empezó mi padre a relacionarse con las autoridades del lugar.

Posteriormente le asignaron la oficina subalterna de la Federal de Hacienda y algunos de mis hermanos entraron a trabajar en ella, esto nos permitió vivir con desahogo y tener algunas comodidades, de acuerdo a las condiciones de aquel lugar. Este nuevo empleo le permitió a mi padre aumentar sus relaciones amistosas, pues tanto los comerciantes como los campesinos buscaban su asesoramiento para el pago de impuestos. La misma oficina de correos le permitía atender ahí mismo las otras funciones. Además, esto permitió que disfrutara mi infancia, porque como era natural, todos los circos, atracciones mecánicas y cines ambulantes, tenían que acudir a la oficina de mi padre a solicitar el permiso correspondiente, proporcionándole pases de entrada para la familia. A muchos de esos grupos mi padre los ayudó, pues no les cobraba impuesto, por lo que siempre tuve acceso gratuito a todas estas diversiones.

Me acuerdo que por aquellos tiempos los primeros que empezaron a llegar fueron los húngaros, quienes después continuaron haciendo visitas periódicas al poblado con su cine ambulante. Visitaban también el poblado grupos de indígenas tarahumaras, con el fin de vender canastas tejidas de palma, escobas y yerbas medicinales. Nunca supe de qué rumbo venían, de repente aparecían ahí, en medio del poblado, visitando las casas. Mi madre siempre les compraba algunas co-

sas como yerbas medicinales que en ocasiones nos daba para algún dolor de estómago o cualquier otro mal; era muy natural que siempre anduvieran en el pueblo o llegaran a la casa con su mirada triste, su semblante cansado y su carácter retraído. No permitían entablar conversaciones largas, hablaban lo indispensable para el intercambio. Pero lo más raro es que nunca vi a uno que se quedara en la población, por el contrario, conforme el pueblo fue creciendo los indígenas se fueron retirando, sus visitas fueron menos frecuentes, hasta llegar el momento en que era raro ver a alguno de ellos.

Mi padre había estrechado buenas relaciones con toda la gente del poblado, en particular con los campesinos, asistiendo en muchas ocasiones a sus asambleas. Por lo regular, todos le regalaban algo de la cosecha, llegando al grado tal que en cierta ocasión le proporcionaron una parcela que nunca sembró pero que siempre estuvo a su disposición.

En cierta ocasión llegaron a la casa un grupo de hombres a caballo, le hablaron a mi padre y se lo llevaron (cuando sucedió esto probablemente serían como las once de la noche). No me di cuenta de la hora en que regresó a la casa, pero esa noche nos quedamos sorprendidos por no saber el motivo de esa inesperada visita. Después nos contó mi padre que los que lo invitaron a acompañarlos eran Arturo Martínez, apodado el "Turín" y sus hermanos, y que el padre de ellos los había enviado para mostrarle su agradecimiento por lo siguiente: a este señor, que se llamaba Silvano Martínez, lo habían acusado de asesinato y lo estaban torturando para que confesara; cuando esto sucedía se presentó el Turín, su hijo, con mi padre para plantearle el problema. Mi padre lo aconsejó y le redactó un telegrama para que se lo entregara al gobernador diciéndole, entre otras cosas, que ya había transcurrido el tiempo legal en el que una persona podía ser detenida. Siguiendo el consejo, logró el Turín que su padre fuera puesto en libertad. Y así, asuntos como este y en ocasiones asuntos personales o familiares, le eran confiados a mi padre para que les propusiera alguna solución.

Don Manuel Carrillo, una persona muy amable, era quien se encargaba de llevar y traer la correspondencia; para cumplir con esta actividad contaba con un carro negro algo trabajado y, como el camino era de terracería, se podía adivinar cuando venía hacia el poblado porque se levantaba una gran nube de polvo. Por lo regular la correspondencia llegaba poco después de medio día, como a la una de la tarde. En un principio, a esa hora la gente se aglomeraba para saber si tenía

alguna carta y mi padre leía en voz alta el nombre de los que tenían la suerte de recibir alguna noticia, el resto de las cartas de las personas que no estaban presentes se publicaba en una lista. Tiempo después, cuando aumentó la población, don Manuel adquirió unos autobuses, iniciando el servicio de transporte de pasajeros con una ruta que comprendía, saliendo de Naico, las estaciones Conchos, Saucillo y Delicias, funcionando también la ruta en sentido contrario.

Don Pedro Licón era uno de los comerciantes importantes de la población, tenía una gran tienda de abarrotes y además poco después instaló un cine en un local que también servía para fiestas y bailes. Contaba con la distribución de refrescos, era una de las personas que progresaban junto con el pueblo. Algunas de las primeras películas que se exhibieron fueron: *Las Calaveras del Terror*, que consistía en una serie de episodios semanales y en la que el actor principal era Pedro Armendáriz; después pasaron la serie de *Los Tambores de Fu-man-chú* y otras del mismo estilo.

Otro de los grandes comerciantes era don Rafael Rodríguez, cuyo negocio se situaba en contraesquina del de don Pedro Licón. Don Rafael, aparte de tener un gran negocio de abarrotes, contaba con un molino de nixtamal, con la distribución de la cerveza *Carta Blanca* y era propietario de una de las cantinas más concurridas que se llamaba Club 10-23. El nombre se debía a que este número correspondía a uno de los frentes que se encontraban en el interior de la mina y del que en un tiempo, el grupo de mineros que lo trabajaba, decía que era uno de los frentes del que se sacaba más dinero, por tumbar allí un volumen grande de metal. Enfrente del Club 10-23 se encontraba la carnicería del pueblo, cuyo propietario era don Manuel Ronquillo; este negocio se convirtió después en cantina. Estos comercios, que se encontraban en las cuatro esquinas, conformaban las calles principales de la población y el centro mismo, donde fluía todo el movimiento del poblado.

Don José Angel Burciaga era el matancero del rastro, este rastro lo único que tenía eran los dos postes verticales y otro horizontal, apoyado en los otros, formando un rectángulo de donde se colgaban las reses. Aparte de su oficio, don José Angel se encargaba del grupo de danzantes o matachines, como se les llamaba por aquella región. Los días 12 de diciembre de cada año le bailaban a la virgen de Guadalupe y en algunas otras fiestas religiosas, pero el día más importante era el 3 de mayo, día de la Santa Cruz. Un día antes, el grupo de danzantes y gente del pueblo, hombres y mujeres

y algunos niños subían a la sierra para bajar las cruces que se encontraban enclavadas en la cumbre, una vez que las sacaban, las cargaba un grupo de danzantes o cualquier otra persona que en forma voluntaria les quisiera ayudar y así mientras unos las cargaban otros danzaban en derredor. La bajada era lenta y penosa, pues cuando se iniciaba el descenso el sol se encontraba en lo más alto; en mayo el calor sofocante y el polvo que se levantaba hacían que aquel acto se convirtiera en verdadero sacrificio para quienes participaban en él. Una de las cruces tendría aproximadamente 30 centímetros de diámetro por 6 metros de largo y los brazos de la cruz, unos 4 metros de largo. Los grupos que cargaban las cruces hacían el descenso en etapas y se rotaban. Cuando llegaban a las primeras casas del poblado las depositaban por un buen rato, porque algunas familias les ofrecían agua o algo de comer mientras otros continuaban danzando, y así seguía el ritual hasta llegar a la iglesia, donde continuaban bailando hasta el otro día. Pasados los festejos volvía todo a la calma, pero el problema venía después, porque subir las cruces no era lo mismo que bajarlas, permaneciendo éstas por largo tiempo sobre el piso de la iglesia, hasta que algún pequeño grupo se animaba a subirlas y colocarlas en su lugar. Algunos de los que formaban el grupo de matachines eran mineros y otros campesinos, algunos lo hacían por tradición familiar y otros porque prometían hacerlo ocasionalmente.

Por aquellos años la mina de más importancia en esta población era la de Gibraltar, ya que era la que contaba con más maquinaria. Esta mina se encuentra más o menos a mitad de la altura de la sierra, por lo que extraer el metal y bajarlo representaba un verdadero problema. Para esto se contaba con una especie de teleférico o algo que se le parecía mucho, parte de este equipo era una serie de torres o castillos que iban descendiendo hasta llegar a un lugar llamado el "Chutis", que era un conjunto de tolvas de madera, en las que se encontraba una rueda de acero acanalada; en dicho canal se introducía un cable de acero del que pendían unas canastillas y al tiempo que una descargaba en la tolva la otra era llenada de metal y así, mientras una subía a Gibraltar vacía, la otra se dirigía de bajada al Chutis para ser vaciada.

La empresa minera contaba con un ferrocarril, que comprendía una locomotora de vapor y varias góndolas para el acarreo de metal, incluyendo varios carros tanque para el abastecimiento de agua, ya que el agua es uno de los más graves problemas de la población. El metal era transportado de

Naica a la estación de Conchos, los pozos de donde se abastece la población se encuentran como a 12 kilómetros. El problema que se presentaba muy frecuentemente era que a menudo se descomponía la máquina o las bombas que extraían el agua y ésta escaseaba continuamente. Cuando llegaba el ferrocarril a la población descargaba el agua en una pila, que a su vez la distribuía a dos tomas muy próximas a la oficina de correos. Por los problemas que se presentaban se hacían tan largas las filas en las tomas de agua, que en ocasiones las familias tenían que esperar hasta las once o doce de la noche para poderse abastecer de este líquido. La compañía proporcionaba un viaje de agua a los trabajadores solteros que no tuvieran familia que dependiera de ellos y dos viajes a los que sí la tenían. La cantidad de agua contenida en un viaje eran dos botes cuadrados, como los de alcohol, que la mayoría de la gente cargaba con un palo al hombro y de cuyos extremos colgaban unas cadenas, los botes se aseguraban por medio de ganchos. Esta era una de las actividades más generalizadas, pues las personas que laboraban en el comercio, los campesinos a los mismos mineros, que tenían otra actividad que no les permitía estar esperando hasta que el ferrocarril llegara con el agua, se veían obligados a contratar a alguna persona que se las acarreará. Incluso muchas personas que no trabajaban para la compañía minera no tenían derecho al agua, por lo tanto, pagaban el acarreo y además compraban el agua a la misma gente que se dedicaba a esta actividad.

Las actividades más sobresalientes a las que se dedicaba la mayoría de la población, eran en primer lugar la minería y en segundo la agricultura, aun cuando ésta era muy raquítica, pues era de temporal. Después de ésta, la otra actividad era el acarreo de agua y por último la venta de leña. Había dos comercios que eran los más surtidos y de más importancia; existían dos peluquerías, una de ellas pertenecía a don Ignacio González, que además trabajaba en la mina y como campesino tenía su parcela y la otra era de don José Contreras, que por aquel tiempo era uno de los garroteros del ferrocarril.

Don Juan Pedroza era el dueño de la panadería que surtía a todo el comercio de este artículo y con el tiempo sería el presidente seccional de la población (la cabecera municipal es Sucillo, Naica es una sección del municipio). Este señor se convirtió en uno de los mejores amigos de mi padre, pues para organizar los diferentes festejos que se realizaban por primera vez, se reunía con otras personas como el secre-

tario general del sindicato minero y con algunos comerciantes que se interesaban en que la población contara con dichas celebraciones. Fue así como se llevó a cabo la primera obra social que se construiría en Naica. Esta consistió en la primera plaza principal del poblado, que tenía forma de círculo y en el centro un obelisco, quedando ubicada al centro de los cuatro comercios más importantes de la época. Al mismo tiempo que se constituyó en un centro de reunión y de descanso para los pobladores, también se utilizó para realizar algunos bailes de beneficio social.

La diversión de los domingos consistía en visitar los talleres donde se encontraba la máquina, para observarla sin funcionar; para esto era necesario pedir permiso al vigilante en turno, ya que la empresa no contaba con alguna cerca o valla que impidiera el paso. En otras ocasiones utilizábamos los arzones que se encontraban en las vías (estos eran una especie de plataformas con ruedas de ferrocarril que se utilizaban para el acarreo de la herramienta). Nos reuníamos un buen grupo y mientras unos empujaban otros nos trepábamos para pasearnos y cuando la máquina agarraba vuelo todos brincábamos hacia arriba del carro para disfrutar del paseo.

Pero lo que más me gustaba y disfrutaba era subir a la sierra para contemplar el paisaje, las pequeñas parcelas sembradas de maíz que cubrían los campos de un color verde, el caserío que se desparramaba por la planicie, la vía del ferrocarril que serpenteaba por la falda del cerro; salía del taller primero rumbo al norte, al llegar al pie de la sierra tomaba la dirección hacia el sur y conforme bajaba iba dando una pronunciada curva, formando un semicírculo en torno del poblado, hasta perderse en el horizonte. El subir la sierra era toda una aventura, aun cuando no tenía árboles sino pequeños arbustos, algunos de orégano y de otras yerbas silvestres. Al otro lado de la sierra no se observaba nada que llamara la atención, solamente el lomerío se extendía hacia uno y otro lado y conforme se descendía, se sentía un gran silencio en el que sólo el silbido del viento se dejaba escuchar.

Otra de las distracciones del domingo era ir a misa, ya que como la iglesia se encontraba bastante alejada, debía uno de recorrer la vereda que conducía hasta ella. A los lados, el camino se cubría de mezquites y de huizaches y por aquel rumbo existía un campo de beisbol en donde los mineros acostumbraban distraerse los domingos. Una vez pasando este llano, que constituía lo que era el parque de pelota, el resto del

terreno estaba completamente despoblado hasta llegar a la iglesia, en donde se encontraban las casas de dos familias que habitaban muy próximas a ella. La que se encontraba en uno de los costados, pasando la iglesia, era de don Silvano Martínez y tenía un gran corral, pues él era propietario de una cantidad importante de chivas. La mayoría de la gente que residía en Naica era del mismo estado, algunos habían venido de Delicias, Saucillos, Conchos, Santa Eulalia y unos cuantos provenían de otros estados como Velardeña, Durango.

La escuela, también se encontraba completamente aislada, pues en su derredor no había casa alguna, la más próxima se encontraba a unos 50 metros, era la única casita pequeña, de adobe, adonde la mayoría de los chiquillos acudíamos a pedir agua a la hora del recreo. La escuela tenía forma de U y sus extremos se orientaban hacia el noroeste; el salón en que iniciamos las clases no tenía bancas, así es que teníamos que sentarnos en el suelo. El director se llamaba Roberto Talamantes, fue uno de los más destacados maestros que tuvimos, por su gran dinamismo y la actividad que desarrolló en favor de la escuela. Fue él quien organizó las primeras fiestas escolares, tanto para el día 10 de mayo, como para otros días festivos, y fue uno de los elementos que conformaban un entusiasta grupo, junto con don Juan Pedroza y mi padre.

Poco tiempo después de haberse instituido la escuela primaria se inició una de las etapas de más auge en la población: me encontraría cursando el tercer año cuando presencié la llegada de un sinnúmero de camiones de volteo que venían a reparar, en parte, el camino de terracería que conducía a la estación de Conchos. Poco después dejaron de funcionar las canastillas, la máquina de vapor se paralizó y fue a dar a la chatarra, dejando también de trabajar la mina que había sido Gibraltar. Ahora se iniciaba la explotación de Toledo, para lo cual hubo gran actividad, se montó el molino para beneficiar el metal, se colocaron bandas y más bandas transportadoras, quebradoras del mineral, se adquirieron reactivos químicos y para transportar el mineral camiones *Diesel GMC*. Esto rompió con la vida apasible y tranquila de la que, hasta ese momento, se disfrutaba en aquella población, fue un movimiento inusitado en el que de repente, como de la noche a la mañana, se vio envuelta la población.

Actualmente el mineral ya no se traslada a la estación de Conchos, sino que una flotilla de camiones lo conduce hasta Avalos, que es una población muy próxima a la ciudad de Chi-

huahua y que cuenta con una fundición. Quien adquirió la propiedad minera para su explotación fue la *The Fresnillo Company*, por este motivo empezaron a llegar a Naica infinidad de personas que procedían de Fresnillo, Zacatecas y de otras poblaciones del mismo estado; por supuesto, todos los jefes de los departamentos, si no la mayoría, son originarios de ese lugar. Dos de ellos eran gringos, el gerente general H.F. Keller y el superintendente de la mina, el señor Armstrong, al que los mineros le decíamos el "Canelo". Esta empresa trajo consigo a un contratista que se llamaba Petronilo Rodríguez, con quien se inició la construcción de las primeras casas para los trabajadores. A estas viviendas se les denominó "las cuadras" precisamente por que formaban una cuadra, o sea una serie de cuartos pegados unos a otros y que comprendían tres cuartos para cada familia con una única salida del interior de la cuadra y otra para cada casa en particular. En el centro se les construyeron los lavaderos, baños y demás servicios, en forma comunal. Estas cuadras quedaban al sur del poblado y en el otro costado fue creciendo al mismo tiempo un barrio al que llamaban el "barrio del Costal". Algunos obreros construyeron sus casas por cuenta propia, por no querer aceptar las de la compañía.

Una gran parte de este sector estaba formada por campesinos; esta parte de la población también tuvo un gran impulso, pues al iniciarse la explotación de Toledo se encontró con mantos de agua cuya extracción era necesaria para continuar los trabajos, por lo tanto el cultivo se benefició a lo máximo y con ello se emprendió la siembra de algodón, al que por aquel tiempo se llamaba oro blanco.

La división se hacía notar dentro de las cantinas, pues mientras en el Club 10-23 la mayoría de los trabajadores que lo frecuentaba eran mineros, don Manuel Ronquillo, que también se había hecho de una parcela, instaló por su parte una cantina que se veía muy concurrida por gente que se dedicaba a la agricultura. Después continuó la apertura de otros bares como el Salón Naica, El Cuatro Vientos, El Carioca, El Oscar Club, etcétera, en los cuales únicamente se expendía cerveza, pues la venta de vino estaba prohibida y éste se expendía por medio de contrabando. Las cantinas tenían permiso para mantenerse abiertas hasta las doce de la noche y no existían centros nocturnos, fue hasta la llegada de esta empresa que se permitió que funcionara uno. Este tuvo que ser instalado muy lejos, más o menos en dirección a la escuela, pero mucho más retirado, casi al doble de distancia. Este lu-

gar se llamó El Cafetal, y tuvo un gran auge entre los mineros; algunos de ellos sacaron de allí mujeres para hacer vida conyugal. Esto duró poco tiempo, porque poco después ese centro tuvo que cerrar sus puertas para siempre.

Don Petronilo Rodríguez tomó posesión del terreno que se encontraba frente a la casa del correo, construyendo una gran barda; una parte del terreno la ocupó para construir su casa y la otra la utilizó para taller mecánico, ya que contaba con varios camiones de volteo que junto con los de la empresa formaban una flotilla de unos ocho camiones y tenía además otros vehículos. Ocupaba una gran cantidad de personal para llevar a cabo las diferentes obras que la empresa le asignaba; enfrente del correo construyó un local en donde después se instalaría la primera farmacia del poblado. El dueño de este establecimiento era don Roberto Quiñones, que procedía de Chihuahua y era un gran amigo de mi padre.

La transformación que se realizó durante esta época en Naica, fue completa, ya que con el incremento de la población, su fisonomía cambió radicalmente. En la calle principal, que era la que bajaba desde la empresa hasta la salida del poblado rumbo a Conchos, aumentó el tráfico de vehículos; la flotilla de camiones que en un principio bajaba por esta calle tuvo que tomar una desviación que primero pasaba por el norte y después corría paralela a la calle principal, pasando por el barrio del Costal hasta llegar a la salida de la población. El problema del agua potable ya no fue tan grave, pues el servicio que proporcionaba la máquina de vapor en este sentido fue reemplazado por un camión con tanque adaptado, de los que llaman pipas, este tipo de camión facilitó mucho el transporte del agua, ya que echaba viajes, en cierto horario, hasta resolver las necesidades de la población. Después de este cambio fue muy raro que el agua faltara.

El sindicato compró proyectores y adaptó el local de sesiones para pasar sus propias películas, posteriormente don Jesús Chávez construyó un local apropiado y funcional para un cine, que se llamó más tarde cine Reforma. De esta forma ya eran más las distracciones con que contaban los habitantes para poder elegir las que más les agradaban. Otra de las innovaciones que se hicieron fue una gran barda que construyó la empresa, que iba desde una de las faldas de la sierra hasta la otra, instalando una puerta de tubo con malla, que era donde topaba la calle principal; de esta manera ya no se permitió el fácil acceso a la misma.

El tener que bombear el agua de la mina para explotar

sus yacimientos fue un elemento más que contribuyó a cambiar la fisonomía del lugar, porque para llevar a efecto este desagüe no se construyeron canales especiales sino que se encauzó el agua por medios naturales, simplemente se le fue buscando una salida y ésta formó dos arroyos que al salir de la empresa se dividían. Uno de ellos, al principiar su salida tomaba rumbo al sur y luego se desviaba tomando un camino paralelo al de la calle principal, el otro tomaba un curso similar pero una parte de él pasaba por el barrio del Costal, hasta llegar los dos a los campos de cultivo.

Cuando me inicié en la escuela se me dijo que ésta se llamaba Artículo 123, como era natural, yo ignoraba el porqué. La empresa distribuía aguinaldos en Navidad a muchos de los niños, especialmente a los de la escuela. Se construyeron bancos y se hicieron algunas reparaciones, incluyendo la construcción de aulas y la instalación de canastas en un espacio para jugar basquetbol (aunque sin piso de cemento). Después me enteré que la empresa nunca reconoció oficialmente a la escuela, como dicho artículo lo demanda, aunque sí en forma parcial, pues pagaba algunos maestros pero siempre se negó a asumir la obligación que en este aspecto le imponía la Constitución, a pesar de que por mucho tiempo el sindicato estuvo demandando el derecho que le asistía.

La gran población, que aumentó en corto tiempo, demandó la construcción de una gran plaza y esta obra se llevó a efecto siendo presidente uno de los obreros de la empresa. Miguel Marín fue quien construyó una de las mejores obras: una gran plaza rectangular, con bastantes áreas verdes y suficientes bancas para descansar, enfrente de la cual se edificó una iglesia, grande, con dos torres, quedando estas dos construcciones cercanas al centro. Con la construcción del centro religioso la actividad en este sentido tuvo un aumento considerable, pues contó con un sacerdote de base para que dirigiera esta obra y poder recabar los fondos para tal fin. Otra de las obras fue un edificio en uno de los costados de la plaza, que vendría a ser el Club Social Naica.

La construcción de la iglesia trajo como consecuencia la formación de varias agrupaciones religiosas como la Asociación Católica Femenina, la Asociación de Guadalupanos, la Asociación de Adoradores Nocturnos y otras más. La formación del Club Social Naica y del Club 20-30 fomentó la actividad social, aunque en realidad fue el Club 20-30 el que más actividad desarrolló y el que emprendió algunas obras de beneficio comunitario.

En la empresa se encontraba otro club pero, como era natural, a él sólo pertenecían los empleados de confianza. Así fue como todo se vio alterado en aquel poblado en lo social, en lo religioso y en el aspecto laboral. Fue durante este periodo que se introdujo la energía eléctrica, se reconstruyó el local de la presidencia seccional y junto a la presidencia se construyó una cancha de basquetbol, con lo que también hubo una nueva actividad en el aspecto deportivo. Pero fue en el beisbol donde más se notó el cambio ya que la empresa sostenía un equipo dentro de este deporte. Para ello se habilitó un campo fuera de la población, con gradas para el público y malla protectora; este campo deportivo quedaba entre los límites del poblado, donde comenzaban los campos de cultivo. Lo habían instalado en un lugar bastante retirado de la población, pero como era uno de los deportes con más aficionados, los domingos, que era cuando se realizaban los encuentros con las diferentes poblaciones cercanas, las instalaciones para el público se llenaban a toda su capacidad. Posteriormente, junto a este campo se arregló otro que vendría a ser el campo de futbol, este campo quedó instalado poco antes de llegar al de beisbol y era en la temporada de otoño e invierno cuando se jugaba este deporte, de tal forma, que durante el verano se jugaba beisbol y durante el otoño e invierno la afición se divertía con el futbol.

Como se podrá notar, al inicio de este gran auge que vivió la población las cantinas y bares aumentaron primeramente en forma alarmente, pero después, aunque siguieron existiendo, su crecimiento se estancó para dar paso a las actividades sociales y religiosas, laborales y deportivas. Las actividades mercantiles también aumentaron, aunque en un primer momento, este movimiento se inició con comerciantes ambulantes que con el tiempo se fueron asentando. De las rancherías cercanas a Naica acudían los sábados numerosos rancheros a surtir la despensa; este día, sábado, se notaba un inusitado aumento en todas las actividades, pues era el día de pago y se veía gran movimiento por todos lados, las cantinas estaban llenas, los comercios también, la gente iba y venía de un lado para otro. Era raro que no hubiese baile o alguna fiesta que celebrar, el día domingo, aunque disminuía un poco, continuaba la diversión, ya fuera en el campo de juego o fuera de la población, pues debido al carácter de su trabajo, la mayoría de los trabajadores disfrutaban de este día de descanso.

Incorporación al movimiento

Una vez terminada la primaria tenía que tomar una decisión, continuar estudiando o trabajar. En la población no existía la posibilidad de continuar estudiando, pues el nivel primario era todo lo que había, así es que para poder continuar era necesario salir de Naica y buscar el lugar, de acuerdo a las posibilidades de cada quien. Mi padre me preguntó si deseaba trabajar o estudiar, a lo que yo contesté de inmediato que deseaba trabajar, pues ya antes de terminar la primaria había realizado mis primeros trabajos, primero como bolero y después acarrenado agua y fue en esta forma como empecé a ganar mis primeros pesos, así que cuando se me preguntó qué decidía, no lo pensé mucho. Para 1965 contaría yo con 14 años cuando firmé mi primer contrato para entrar a trabajar como peón en el patio de minas. Se encontraba entonces como secretario general del sindicato el señor Maurilio García, con quien me tuve que presentar para hacer mis primeras gestiones en busca de trabajo. Después de la entrevista y si existían vacantes, lo enviaban a uno al departamento de trabajo con el oficio correspondiente.

Para ello tenía uno que trasladarse a la empresa, tomar la calle principal del poblado y caminar cuesta arriba, así llegaba uno directamente. Al traspasar la puerta, a mano izquierda, se encontraba una barda que separaba las casas de los funcionarios de la empresa del resto de los departamentos, a continuación, a un lado estaba la oficina de raya, junto a ella las oficinas administrativas y al fondo la gerencia general; arriba se encontraban las oficinas de los ingenieros de mina. Por el otro lado, a la derecha, lo primero que se encontraba era el hospital y después un camino que conducía a la gasolinera; pasando esta calle se hallaba una subestación eléctrica y a continuación el departamento de carpintería, después una bodega de cemento. Esta calle terminaba en una pequeña explanada, que era donde se encontraba el taller mecánico a mano derecha y enfrente, subiendo unas escaleras, el molino donde se llevaba a cabo el proceso de la molienda del mineral y el cual tenía uno que pasar para llegar a las oficinas del departamento de trabajo. Detrás del hospital se encontraba otro camino en forma de curva que se extendía y lo llevaba a uno directamente, sin pasar por el molino, a dichas oficinas.

Una vez que le hacían a uno el contrato, tenía que buscar al secretario general o del trabajo para que se lo firmara y posteriormente lo firmaba el gerente. Una vez autorizado

había que distribuir las copias a los diferentes departamentos. Uno de ellos era la oficina de contabilidad y de allí lo enviaban a uno con el tarjetero; éste era una persona que se encontraba encargada de llevar el control de las tarjetas y fichas de todos los trabajadores, esto era así por que no existía reloj checador. Al presentarse el trabajador por primera vez, le grababan en una ficha de aluminio el número que le correspondía de acuerdo con su control. Al día siguiente, cuando se presentaba a laborar, entregaba la ficha y a cambio le daban la tarjeta correspondiente, con la que se presentaba al departamento, se la entregaba al jefe de turno y éste le daba las órdenes del trabajo que se tenía que realizar. Al terminar el turno el jefe le devolvía la tarjeta con su firma y en esta forma se justificaba la asistencia. Esta tarjeta se entregaba al finalizar el turno a la persona que se encargaba de llevar este control, quien le devolvía a uno su ficha.

Al presentarme a mi primer día de trabajo en el patio de la mina, antes de iniciar las labores, me encontré con una de las personas que también laboraban en el patio, don Mateo Chávez, uno de los mineros que ya se encontraba afectado por la silicosis y no podía realizar labores en el interior de la mina debido a su estado de salud. El grupo al que yo me integraba estaba compuesto en su mayor parte por gente que se encontraba incapacitada para realizar su labor normal, se les llamaba "adecuados", porque se les asignaba un trabajo de acuerdo a su incapacidad física, por haber sufrido un accidente o por que su organismo se encontraba consumido por las enfermedades "naturales" de la mina.

El primer trabajo que se me asignó fue el de regar el patio de la mina para evitar que el polvo se levantara; la válvula de la toma de agua se encontraba a unos pocos metros, dentro del túnel, por lo que debía tener mucho cuidado con la entrada y salida de los vehículos; después de realizar esta labor por un tiempo, me ordenaron palear el tepetate, que se iba acumulando conforme se extraía. Esta era roca que no contenía mineral y se trataba de irlo extendiendo conforme iba creciendo el patio de la mina. El mineral se sacaba a la superficie por medio de un motor eléctrico que arrastraba varios carros llamados "conchas" por tener una forma cóncava. En ocasiones no venía bien triturado, por lo que había que quebrarlo con mazo para hacerlo pasar por una parrilla que estaba formada por rieles en forma paralela.

Pasado un tiempo, el auxiliar de la oficina de mina salió de vacaciones y el jefe de esta oficina me llamó para que lo

sustituyera. Este señor se llamaba Antonio de la Rosa y es una de las mejores personas que he conocido, como jefe y como compañero de trabajo. Mi trabajo consistía en asear la oficina de minas, archivar los reportes de trabajo y distribuir las diferentes copias de los mismos a los distintos departamentos. Este tipo de trabajo no me gustó, así que cuando llegó el titular de la vacante me incorporé inmediatamente a mi trabajo normal, pero no duré mucho pues el señor Antonio de la Rosa quiso retenerme; yo no comprendía que el trataba de ayudarme dándome un trabajo más sencillo. Como a mí no me gustó la idea, me aguanté un tiempo dentro de la oficina y poco después me fui nuevamente al patio, donde el trabajo se había incrementado, pues se había ordenado subir los materiales del almacén general al patio de la mina o sea, todo lo que era necesario para realizar las labores dentro de la mina.

Un día que nos encontrábamos cargando con madera un camión que se encontraba cerca de ahí, don Pedro Cazarez, jefe del almacén, me llamó y me preguntó que si me gustaría trabajar en el almacén como auxiliar, a lo cual accedí. El almacén se encontraba al final de la calle, en la explanada donde estaban el taller mecánico y la bodega de cemento; antes de llegar a esta bodega había un compresor que abastecía de aire todo el sistema. Siguiendo esta calle se encontraba un desnivel formado por el tepetate, por arriba del cual pasaba el tren eléctrico para vaciar la carga de tepetate. Por abajo del mismo pasaban los vehículos que transportaban materiales para la mina. Esta calle iba de norte a sur y pasando el desnivel hacía una curva como de 180 grados para llegar al patio de la mina. En aquel tiempo yo como peón ganaba trece pesos veinte centavos y como auxiliar de almacén ocho pesos veinte centavos, la diferencia era notable, por eso en un tiempo me había negado a ser auxiliar de oficina, pero como no surgían vacantes en otros lugares opté por aceptar ya que en el almacén el despacho de materiales, herramientas y refacciones, era un trabajo un poco más dinámico. Trabajando por contratos o sea, con carácter de eventual pasé nueve meses, después de este tiempo adquirí por primera vez el carácter de trabajador de base. Transcurrido un tiempo, el trabajo me pareció aburrido y rutinario, pues no veía la forma de ascender u obtener algún cambio que surgiera dentro del área a la que yo pertenecía.

En el almacén, aparte del despacho de materiales existía la oficina de control de materiales. Sucedió que un día me

llamó don Pedro Cazarez a la oficina y me dijo que le gustaría que yo aprendiera a llevar el control de entradas y salidas de materiales, por tal motivo estuve por un tiempo practicando; realmente este tipo de trabajo tampoco me agradó, pues de lo que se trataba era de llevar un control burocrático y de estar todo el tiempo sentado frente al escritorio, por lo que me regresé otra vez al despacho de materiales.

Don Pedro Cazarez era una de las tantas personas que habían llegado de Fresnillo, Zacatecas y también uno de los mejores jefes, además tenía un gran sentido de responsabilidad. En cierta ocasión llegó un gringo queriéndolo desplazar y después otra persona con las mismas intenciones y él pasaba a un puesto inferior, pero esta situación no duraba mucho, quizás no les gustaba el trabajo, o la región, porque pronto se retiraban dejándole nuevamente su puesto.

Pasado algún tiempo, este tipo de trabajo dejó de interesarme y no encontrando una vacante en otro departamento y al no satisfacer mis aspiraciones, tomé la decisión de renunciar y de buscar trabajo en otro lugar. Contando con la autorización de mis padres salí rumbo a la Ciudad de México con el fin de buscar mejores oportunidades. Una vez en esta ciudad, tuve que enfrentarme al reto que ello representaba, con todos sus problemas. Esta aventura no la realicé yo solo sino que me acompañaba uno de mis amigos de la infancia que se llamaba Leonardo de Haro. El tratar de buscar colocación no fue cosa fácil; después de batallar unos días y no encontrar ningún empleo, decidimos trasladarnos a Acapulco para buscar trabajo en el puerto, cosa que no logramos, teniendo que regresar a la Ciudad de México en donde conseguimos ocupación, después de mucho insistir, en una empresa llamada Nuevos Bordados Suizos, S.A., que se encontraba ubicada en Atzacozalco.

Esto sucedía por el año de 1959, yo había localizado a un familiar, tío de mi madre, que se llamaba Juan Francisco Herrera Rodríguez. Después de entrevistarme con él y de estarlo visitando por algunos días me ofreció ayuda diciéndome que si deseaba seguir estudiando él estaba dispuesto a sostenerme, o que si deseaba estudiar y trabajar, que su casa estaba a mi disposición. Pero como era natural, el ofrecimiento sólo era para mí por lo tanto mi compañero tenía que regresar solo a Naica o continuar en la ciudad, pero por su lado. En ese momento esto no me pareció justo, por lo tanto, después de trabajar un tiempo y reunir dinero para el pasaje nos

dispusimos a regresar; yo tenía la intención de volver por mi cuenta a México.

Una vez en Naica, había que tratar de entrar a trabajar de nuevo en la misma empresa, no había de otra. Tratando de colocarme en algún taller, lo cual no fue posible, me vi en la necesidad de recurrir a don Pedro Cazarez quien me concedió una nueva oportunidad, pero en esta ocasión en la cuadrilla de peones que pertenecían al almacén. En este nuevo trabajo se tenían que hacer verdaderos esfuerzos, porque se tenía que descargar desde camiones con cemento o cal, hasta trailers con madera o con viguetas de fierro. Pasado un tiempo surgió una vacante como auxiliar de almacén, la que pasé a ocupar sin muchos problemas. Otra vez me veía en la misma situación, por lo que no me encontraba a gusto y durante un tiempo estuve pensando en cómo salir de aquello que parecía que me tenía estancado. No encontrando otra salida, me decidí a cambiarme al interior de la mina. Pero para poder trabajar en la mina tenía uno que contar con 18 años cumplidos, o sea, contar con la cartilla o algún comprobante de tal requisito.

Durante este tiempo y por iniciativa de los maestros de primaria se iniciaron por primera vez las clases a nivel secundario, por lo que en la primera oportunidad que tuve me inscribí. Al dar principio las primeras clases nos presentamos un gran número de trabajadores, pero pronto el grupo empezó a reducirse, por diferentes motivos. Estando cursando este primer año de secundaria estalló un paro en la empresa a mí me había tocado la vigilancia dentro de la misma de las cuatro de la tarde a las ocho de la noche, por lo que interrumpí los estudios y, habiéndome atrasado bastante, ya no pude recuperarme aun cuando uno de los maestros que se llamaba Liborio Castañeda me invitaba a continuar; como quiera que sea, perdí esta oportunidad.

Más tarde comencé a prestar mi servicio militar. El encargado de dar este tipo de instrucción se llamaba José Marrufo, había pertenecido al ejército y en ese tiempo trabajaba en la mina; los domingos se dedicaba a esta clase de labor. Se nos ordenó en una ocasión reunirnos para llevarnos a Chihuahua a todos los que prestábamos el servicio militar, pero no se nos aclaró quién pagaría el día, por lo que yo me fui al trabajo para avisar. Ya contando con el permiso correspondiente y el pago del día, mis compañeros y yo nos presentamos en la capital del estado, visitaba la ciudad el presidente de la República.

Aún no terminaba de prestar mi servicio militar, cuan-

do logré por fin cambiarme al interior de la mina. Cuando entraba uno a trabajar a la mina, el primer día había que presentarse en el departamento de seguridad en donde el inspector, después de dar algunas instrucciones al trabajador, le proporcionaba equipo de seguridad como guantes, casco, zapatos y cinto para la lámpara; posteriormente lo acompañaba hasta el departamento que le correspondía.

En esta primera jornada dentro de la mina, al ir a entrar al túnel nos encontramos con unos compañeros del departamento de seguridad cargando una camilla con el cuerpo de un compañero que se había accidentado, el cuerpo estaba cubierto por una manta, por lo que no me enteré de quién se trataba ni de lo que le había ocurrido, pero puedo decir que no sentí ni temor ni lástima, pues no había tiempo para eso, nosotros teníamos que continuar porque el trabajo nos esperaba en el interior de la mina.

El trayecto del túnel en su mayor parte era recto y antes de llegar al tiro principal se encontraba otro tiro que se llamaba Santa Rita y que también se podía utilizar para bajar, pero era más pequeño. La mina tenía ocho niveles o pisos, pero los tres primeros se encontraban abandonados y en el nivel cuatro era poca la gente que trabajaba; los que se encontraban en plena explotación eran el cinco, seis y siete, el ocho se encontraba en la primera fase. Una vez que llegaba uno a donde se encontraba el tiro principal, tenía que esperar a la calesa (si ésta se encontraba en ese momento ocupada) y llamarla por medio de un cable que accionaba un timbre eléctrico. Esta calesa era una especie de elevador, que se utilizaba para bajar tanto los materiales como al personal.

El nivel al que a mí me tocó bajar por primera vez fue el 198; para llegar allí se tenía que bajar de la calesa en el nivel cinco para después trasladarse caminando al 198. En este nivel se encontraban tres máquinas que tenían como función darle mantenimiento al taller en el que yo había entrado a trabajar. Una de ellas era un tractor con bandas metálicas o sea tipo oruga y la otra parte del mismo tractor era el cucharón que le llamaban gismo. El otro tipo de tractor tenía un sistema hidráulico; a la tercera máquina le llamaban jumbo, se trataba de una máquina que tenía cuatro brazos y en cada uno tenía montada una máquina perforadora.

La entrada a trabajar en el primer turno era a las 7:30, pero uno se tenía que presentar mucho antes, pues tenía que llegar a los baños a cambiarse de ropa, pasar por su tarjeta y su lámpara. Mientras la mayoría de los trabajadores espe-

rábamos que el silbato diera la hora para iniciar las labores, platicábamos de diferentes temas: sindicales, laborales o familiares; el departamento de seguridad ponía música, con lo que se alegraba un poco ese momento. Una vez que el silbato lanzaba al aire un silbido se iniciaba la marcha rumbo al interior de la mina y mientras unos entrábamos, salían unos pocos que se habían quedado rezagados. En ocasiones se encontraba uno con el tren que arrastraba los carros con el metal y de inmediato se tenía uno que cubrir porque corría el riesgo de que alguna roca lo golpeará, ya que el espacio era muy reducido. Al llegar al final del túnel teníamos que esperar, porque para bajar se les daba la preferencia a los que iban a la parte más profunda del tiro, después a los del siguiente nivel y así sucesivamente.

El trabajo que yo realizaba era de ayudante de mecánico, al iniciar el turno tenía que revisar los tractores, tanto el combustible como el aceite del motor, las luces y las llantas. Una vez terminada mi labor el operador iniciaba el acarreo del metal; el operador que me dio oportunidad de aprender se llamaba Juan Jiménez y le decían "el Zarco". Poco después de que este señor me enseñó a manejar el tractor, la empresa compró otra unidad, con lo que tuve oportunidad de ascender (aun cuando a mí no me tocó la vacante, pero me daban la oportunidad de cubrir las faltas). Para bajar los tractores de la superficie al interior de la mina, estos se tenían que separar en partes, incluso había que cortar las partes con soplete para después unirlos. Bajaron el tractor nuevo al nivel siete y en él tuve la oportunidad de practicar, pues el piso de este nivel era parejo, el único problema era que al ir por el metal había que hacerlo de frente y la puerta por la que había que pasar tenía el ancho que tenía el tractor y para regresar se tenía que hacer de reversa.

En el nivel cinco el trabajo era un poco más difícil para los principiantes, pues las máquinas se encontraban en el nivel 198 y éste era una especie de inclinado por el cual se trataba de comunicar el nivel cinco con el nivel seis; además, todos los frentes que se trabajaban en el nivel cinco eran completamente a desnivel, unos hacia arriba y otros para abajo formando profundas barrancas. La red de tuberías, tanto de aire como de agua y la saliente de roca representaban un gran peligro para este tipo de trabajo, pues si no se tenía cuidado era muy fácil golpearse o quedar atrapado en las redes de tuberías. Pero en este trabajo aparte de ganar un salario, después de acarrear 18 viajes, le pagaban a uno una cantidad

extra por viaje; como ayudante le pagaban su salario más una cantidad extra como bonificación semanal, que era de cincuenta pesos.

En una ocasión estalló una huelga que duró más de un mes, el problema que se demandaba era el salario real; esta demanda se conquistó pero la empresa, a la cantidad extra que recibíamos como bono todos los mineros que trabajábamos en áreas de mantenimiento u otras, le quitó este carácter y nos lo dio como tiempo extra; en tal forma, que el salario real únicamente lo pagaba a aquellas personas que recibían un bono por una cantidad de trabajo realizada.

Cuando estuve desempeñando este tipo de trabajo como ayudante, mientras no surgieran problemas de reparación o mantenimiento me gustaba ayudar a los compañeros que realizaban otro tipo de trabajo. Por ejemplo, después de las doce del día en el turno de primera y a las siete de la tarde en el turno de segunda, se dedicaban a preparar la dinamita que se utilizaría; esto implicaba el acarreo de la pólvora y la cañuela de los almacenes que se encontraban en el interior de la mina, después había que romper el bombillo con un palo fabricado para tal caso y meter la cañuela en el bombillo. Una vez preparada, se distribuía en los diferentes lugares, en donde se había terminado de barrenar. Poco después de que se hacían estos preparativos, se desalojaba a todo el personal quedándose exclusivamente el personal encargado de dar la pegada, es decir, la orden de encender las mechas de las cañuelas. Todos los demás no reuníamos en la ventanilla, o sea frente a la calesa, formando fila conforme se iba llegando para esperar la hora en que nos sacaran a la superficie. Mientras esperábamos se escuchaban las explosiones y se saturaba el ambiente de olor a pólvora y de una densa nube de polvo del mineral, que se tenía que soportar hasta que nos tocara el turno para que nos sacaran. Porque a la hora de la salida, igual que a la entrada, sacaban primero a los de los niveles más profundos y después a los de los niveles siguientes, en forma sucesiva. Conforme salíamos de la mina, entregábamos la lámpara y la tarjeta, para después dirigirnos a los baños. Este era un gran salón, en cuyo piso se encontraban instalados unos cajones de madera en hilera en los que se depositaban las pertenencias. Tenían una cadena que pendía de una carrucha, uno de sus extremos se metía en el cajón por un orificio y en su interior se aseguraba; en el otro extremo tenía una especie de gancho que tenía cuatro picos para colgar la ropa.

Durante mucho tiempo no asistí a las asambleas, pue:

la mayor parte de la gente que asistía era gente bastante madura, los que empezábamos no teníamos interés por los problemas, en las asambleas nuestra ausencia era muy notable. Por no asistir a las asambleas se nos cobraba una cuota muy baja, algunos preferíamos pagar que asistir. En una de tantas asambleas se tomó el acuerdo de que lo que se recabara por inasistencias, se rifaría entre los presentes, con lo que se incrementó un poco la asistencia. Durante estas asambleas no eran muy notables las diferencias ni las divisiones de grupo, me daba la impresión de que la ubicación del poblado o su tamaño, pues por lo general todos nos conocíamos, influía para ello; salvo pequeñas diferencias, estas reuniones llegaban a feliz término. Durante la jornada de trabajo era raro escuchar comentarios sobre los problemas sindicales. El único momento o etapa de la vida sindical que se veía alterada era cuando se llegaba la revisión contractual, en estas ocasiones las asambleas se prolongaban hasta la madrugada, llegándose a convertir en algunos casos en asambleas permanentes. En las entradas y salidas de los turnos y durante la jornada, en estos momentos de la vida sindical, no se comentaba otra cosa.

Tiempo después de haber entrado a trabajar a la mina, dentro de la familia se empezó a hablar de la posibilidad de salir de Naica, se discutían los beneficios que se podían obtener con este cambio. A toda la familia le costaba mucho esfuerzo hacerse a la idea de salir de este pueblo, pues ya formábamos parte de él, aunque un cambio significara para mi padre un aumento de categoría en su trabajo ya que de acuerdo a su antigüedad le correspondía ocupar una vacante en alguna ciudad de importancia. El tiempo que había transcurrido, en el que vimos crecer y transformarse este pueblo, había permitido echar raíces muy profundas, las cuales no permitían tomar una decisión rápida. Pero se tuvo que llegar a la conclusión de que si se deseaba salir adelante y si para ello era necesario desarraigarse, se haría. Naica, este pueblo donde crecí y me desarrollé y donde tuve las primeras experiencias, como trabajador y como miembro de un sindicato, que me permitieron conocer de cerca y compartir los fracasos y derrotas, los esfuerzos y los triunfos, las alegrías y los sinsabores de la gente de mi clase, debió dejar en mí una profunda huella que con el tiempo se transformaría en la fuerza que, siempre, me impulsaría a continuar el camino trazado por esta causa. Así fue que al salir de esta población lo hice con una idea fija en la mente, continuar.



A mi padre

Rafael Ramírez

Oh, padre santo que acabaste tus pulmones
urgido por tus patronos
en la mina de Mellado

Terminaste bien cascado
por tanto darle al trabajo
o por día o por destajo
hasta terminar tu vida
dejándonos una herida
irreparable y amarga

Fuimos para mi madre una carga
pues trabajando y avante
nos sacó siempre adelante
sin regresar a las minas
de Cata o de Valenciana

Buscando un mejor mañana
crecimos en la pobreza
sin pan sobre nuestra mesa
pero con mucha alegría
cuando tú, padre, bebías
apresurando tu muerte

Pues aunque moriste muy fuerte
quedaste muy seriecito
como muere un pajarito
de los del cerro del Cuarto
o del cerro de Sirena

Calzada de Guadalupe
donde ya de grande supe
las penurias del minero
que por ganar buen dinero
su vida siempre exponía

Y el desgaste que sufría
en estas benditas minas
de Rayas y de Marfil
donde el minero no peca
si el señor de Villaseca
siempre protege al que cree
y en sus milagros se ve

Minero fuerte y talludo
alabo seas corajudo
y al terminar tu faena
no sientas ninguna pena
por tu trabajo tan rudo
pues siempre serás gente buena

Hago por ti, padre hermoso
un brindis muy respetuoso
tú que me viste nacer
tú que me viste crecer
y también caminar descalzo

Por eso mi copa alzo
para brindar por ti que te sueño
y porque aún puedo gritar y decir
que soy hijo de mujer
que tuvo dueño

¡Salud!
y descansas en paz.

Glosario

- Achicar.** Extraer agua de las minas o de una labor a otra.
- Ademes.** Cubiertas de madera con que se aseguran y resguardan los tiros, pilares y labores.
- Amalgamar.** Combinar el mercurio con otro u otros metales.
- Aparejo.** Máquina para levantar los ademes de los tiros de las minas cuando se hunden o para levantar las grandes vigas de donde se cuelgan los malacates.
- Aviador.** El que costea labores de minas, proporcionando capital o material de trabajo al minero.
- Avío.** Préstamo hecho a un minero.
- Azogue.** Nombre vulgar del mercurio.
- Azoguería.** Beneficio de oro y plata por azogue y haciendas donde se ejecuta.
- Bancos.** Peñas que levantan o estrechan la veta o la hacen tomar otro rumbo.
- Barra.** Instrumento de hierro calzado. También la parte que tiene cada dueño de las doce a veinticuatro barras en que se divide una mina.
- Barreteros.** Trabajadores que despegan o arrancan el metal de la veta.
- Beneficio.** Someter los minerales extraídos a tratamiento metalúrgico.
- Boca.** La primera abertura que se hace sobre la veta.
- Bota.** Tonel o vasija de madera en que se echa un líquido para transportarlo.
- Buscones.** Los que obtienen metal en minas abandonadas para disfrutarlo o notificarlo en busca de recompensa.

- Cañones.** Callejones o pasadizos subterráneos por donde se hace la labor de la mina.
- Capellina.** Vaso de una pieza de cobre que sirve para desazogar la plata.
- Cata.** Mina no muy honda.
- Cateadores.** Los que buscan minas y con la jícara hacen tentaduras en pequeño y sobre crudo, para saber si las piedras que sacan de las vetas tienen o no metal y la cantidad aproximada.
- Contramina.** Comunicación de dos o más minas por donde se sacan los metales.
- Crucero.** Trabajo horizontal de la veta para evitar una dureza invencible o para ir a buscar la veta que también se llama cañón.
- Denuncio.** Cuando una mina lleva más de cuatro meses abandonada, para que se adjudique al denunciador con las solemnidades de pregones y citación.
- Desagüe.** Sacar el agua de los planes de las minas, por tiros o socavones.
- Desmorte.** Capa superficial en una mina a cielo abierto.
- Despueblo.** Abandonar la mina sin mantener trabajando a los cuatro operarios que como mínimo manda la Ordenanza.
- Echado.** Inclinación de la veta a los lados.
- Ensayes.** Experimentos por fuego o azogue en corta porción de metal, para saber su ley y si es consteable, probando así la calidad de un mineral o metal precioso.
- Lamas.** Tierras que salen de las tinas en las haciendas de beneficio.
- Ley.** Cantidad de fino que tiene un metal precioso.
- Magistral.** Junto con la sal, son los ingredientes y materiales principales para el beneficio de plata. De la buena calidad del magistral y del buen uso que se le dé, depende el éxito del método.
- Malacate.** Máquina movida por mulas o caballos. Se compone de rueda, linternilla y eje que sirve para enredar las sogas que suben y bajan las mantas de metal o botes de agua por los tiros.
- Mantas.** Costales de mecate para cargar el metal y desmontes.
- Partido.** División de metales entre socios, según sus respectivas partes; lo que hacen los barreteros del metal que sacan además del que se les señaló por tequio; y lo que se paga por los mineros al dueño del socavón o del desagüe general por sacar desmontes, metales y desaguar.

- Patio.** Sistema de amalgamación de los minerales de plata basado en el uso de azogue, pirita de hierro y sal.
- Pinta.** Es la señal con que se sabe la menor o mayor ley de tal o cual metal.
- Piña.** La plata mezclada con el azogue antes de desazogarla.
- Plan.** Piso o profundidad de la mina.
- Pueblo.** Actual labor de la mina con los operarios que previene la Ordenanza, sobre metal o faenas, para beneficiarla.
- Registro.** Manifestación de la mina, su metal y lugar, ante la justicia para que sirva de título de dominio al denunciador como nuevo poseedor.
- Rescatadores.** Los que compran el metal en las minas a los dueños o el partido a los operarios.
- Socavón.** Uno o varios callejones subterráneos por las faldas de los montes para comunicarse con los tiros, desaguar las minas y sacar metales, tepetates y desmontes.
- Tentadura.** Ensayo que se hace de un mineral de plata tratándosele con azogue.
- Tequilo.** Porción que según la dureza o blandura de la mina debe entregar el barretero en las horas de pueblo a favor del amo. Lo más que saque se parte entre el amo y el barretero y se llama partido.
- Tiro.** Pozo para sacar el metal en mantas de cuero y las aguas en botas por medio de los malacates.
- Vena.** Ramas o vetas delgadas.
- Veta.** Rama de piedras metálicas que atraviesan los cerros.

Güereña Gándara Ma. Cecilia. 1985.

Propiedades mineras de las familias Murphy y Sanz, con base al estudio del Archivo de las Haciendas de Mazaquiahua, El Rosario y El Moral. Tesis para obtener el título de Licenciado en Historia. U.I.A.

Relato Minero,
se terminó de imprimir
en marzo de 1988.

La fotocomposición tipográfica
y la impresión se hicieron en
Grupo Edición, S.A. de C.V.
Moras 543-bis, Col. del Valle,
03100 México, D.F.
Se tiraron 1,000 ejemplares.



Centro de
Información y
Documentación

Alberto Beltrán



012666